16623
~~12355~~

74
118

LOS HIPÓCRITAS.

34 – 118

SALVADOR MANERO, EDITOR.

LOS HIPÓCRITAS.

NOVELA FILOSÓFICO—SOCIAL

POR

CEFERINO TRESSERRA

EDICION ILUSTRADA CON PRECIOSAS LAMINAS

GRABADAS POR LOS PRIMEROS ARTISTAS ESPAÑOLES.



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE SALVADOR MANERO

Rambla de Sta. Mónica núm 2, frente á Correos.

1864

ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.





PRIMERA PARTE.

LA OBRERA.

PRIMERA PARTE.

LA OBRERA.

PROLOGO.

Hay tres clases culminantes de hipocresía: la hipocresía religiosa, la hipocresía política y la hipocresía social: es decir, la que se refiere á Dios, la que mira al gobierno de los Estados y la que atañe al individuo en sus relaciones particulares con los demás individuos.

La hipocresía es el arte de engañar *con habilidad* por medio de lo que *no se cree ni se ama*, antes al contrario, se *burla* y se *desprecia*.

La primera de esas tres hipocresías, es un cadáver que en la segunda mitad del siglo XIX en vano intentan galvanizar ridículos mogigatócratas. La segunda se halla herida de muerte desde que la ciencia del derecho es, en la gran mayoría de las inteligencias, objeto del libre-exámen y su fórmula definitiva se encierra en esta palabra: LIBERTAD. La tercera... ¡ah! solo la tercera germina, vive y goza de todos los fueros de la mas alta dignacion social y tiene su asiento en el círculo de los llamados *hombres de bien; hombres de su casa; hombres que no faltan á ninguna de las formas sociales*, y absuelven, indulgentes, toda maldad con tal de no incurrir en el *pecado de escándalo*... .

Este último reducto de la hipocresía es el mas digno de estudio en los tiempos que corren.

En esta obra vamos á habérnoslas cara á cara con semejante clase de hipócritas; resúmen en definitiva de todas las hipocresías.

LOS HIPÓCRITAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Donde se hallaba el nido de la paloma.

Cualquiera que á mediados de mayo de 1848, hallándose en la populosa ciudad de L***, orillas del Ródano, y en el arrabal G.***, hubiese tenido necesidad de saber donde vivia una jóven conocida con el nombre de Eva, bastado le hubiera, para conseguirlo, preguntarlo al primer transeunte de la calle.

Si la casualidad le hubiese deparado una mujer, la mujer le hubiera contestado:

—Caballero, no sois pues del arrabal... tal vez tampoco de la ciudad; porque, ¿quién ignora de otro modo que la señorita Eva vive en la casa del *jardin del Pozo*? ¿No sabeis la casa del *jardin del Pozo*?... Mirad; no tiene pérdida: es la última de todas, al salir al campo: desde aquí se vé.

Y se la hubiera indicado con la mano, porque el arrabal G.*** lo forma una sola calle que es al propio tiempo carretera real.

Y no parára aquí la cosa, sino que, cual fuere la mujer que la suerte le hubiese deparado, hubiera tambien añadido:

—¿No conoceis á la señorita Eva? ¿Vais á verla por primera vez? ¡Oh, es una escelente muchacha... os agradará, caballero, os agradará.

Porque (¡cosa rara entre las mujeres!) en el arrabal G.*** no habia una sola que no se creyese obligada, al hablar de Eva, á hacer al propio tiempo su apología.

Si el transeunte hubiese preguntado á un niño, la contestacion hubiera sido:

—¿Preguntais por la señorita Eva? ¡Ah, venid; yo os acompañaré!...

Y aun cuando al acercaros á él, le sorprendiérais jugando al trompo ó á la pelota, se hubiera colocado á vuestro lado ó á un paso de distancia y sacudiéndose el polvo, aseándose el traje, limpiándose el rostro con su pañuelo si lo tenia, ó si no con las mangas de la camisa ó zamarra, hubierais conocido en el niño el ánimo mas voluntarioso y el placer mas decidido en acompañaros.

Por el camino no os hubierais librado de estas ó parecidas palabras:

—¿Me dejareis entrar con vos, caballero, en la habitacion de Eva? ¡Si viérais como los pájaros penetran en su habitacion y toman las migas de pan de sus propias manos!.... ¡Hasta beben en su pequeño dedal, como si no hubiese agua en el rio tambien para los pájaros!... ¡Oh, como la señorita Eva es tan buena, claro está, todo lo que viene de sus manos es escelente!... Mirad; ninguno de los muchachos del arrabal os daríamos ni por una moneda de oro, un trompo ó una pelota que ella nos hubiese dado: llevan la suerte consigo... Tambien hace muñecas para las muchachas y ¡si vierais como las guardan!...

Es decir que la señorita Eva era de todos conocida y por la muestra tambien de todos estimada...

La ciudad de L***. se parece á esas pintorescas ciudades de Italia que son el sueño de los poetas y la embriaguez de los pintores. Situada en el mediodía de la Francia participa de un clima sumamente bonancible desde marzo á noviembre; lo que hace que desde noviembre á marzo en particular, sus habitantes esperimenten intensamente los rigores de la estacion, ya que las casas están construidas como si dijéramos para prescindir de que en invierno reinan fuertes vientos nordestes que hacen bajar el termómetro frecuentemente hasta seis grados bajo cero, y no termómetro Fahrenheit sino Reaumur. Este defecto es muy peculiar en todas las ciudades meridionales, y no está demás que lo hagamos observar con respecto al punto de que hablamos.

El arrabal de la ciudad L.*** debe considerarse además como una aldea aislada en medio del campo; pues han de saber nuestros lectores que se halla separada de su madre por la distancia de una media legua.

Ahora bien: figuraos la mañana mas hermosa, mas poética, mas pintoresca de que sea capaz la naturaleza y tendreis la mañana á que vamos á referirnos.

G.*** se halla situada al sur de la ciudad L.***

Cuando el sol se levanta tras una inmensa cordillera de montañas, que á lo lejos parecen una faja bordada de colores ó una cortina de transparente gasa cerúlea, sus rayos doran primeramente á G.*** que á L.***; es decir, que cuando el padre de la naturaleza viene por las mañanas á dispertar con su amoroso beso á todos sus hijos en la tierra, la torre afiligranada de la iglesia de G***, el mirador de cristales pintados de su único palacio, y las flores del *jardin del Pozo*, reciben, antes que la tropa de chimeneas de vapor y los tejados de pizarra de L.*** la sonrisa de Dios en su frente, coronada sin alternativa, de flores ó de perlas; que otra cosa no son las gotas de nieve amontonadas sobre el arrabal en los rigores del invierno.

No hay en G.*** casa donde la parra no serpentee por lo alto de las paredes y no cubra como un rico toldo de esmeralda todas las azoteas: la hiedra circunvala todos los muros como una túpida tapicería, y no vereis ventana sin rosal, verja sin jazmin y madreselva, fuente sin lirio acuático y huerto sin árboles frutales que se elevan á grande altura.

En la izquierda de la carretera, á cosa de un tiro de fusil, arranca una florida colina; tras esta colina un monte, y tras el monte una quebrada sierra. Es el monte un bosque que se pierde de vista; la sierra un gigante que toca con su frente al cielo.

A la derecha de la carretera sigue el llano suavemente accidentado y por entre el llano se arrastra, como una serpiente de escamas cobrizas, el Ródano bramador.

Eran todo lo mas las siete de la mañana.

Ni el viento agitaba los abetos que orillan por ambas partes el rio, ni los rayos del sol eran tampoco tan fuertes que todas las ventanas y balcones de G.*** no estuviesen abiertos como en demanda

de ellos. Era una de estas mañanas tibias que el aire transporta en sus alas el aroma embriagador de las plantas selváticas y el sol infunde con sus rayos esa dulce é inesplicable fruicion del espíritu que exalta la mente y conmueve el corazon.

La casa del *jardin del Pozo* se hallaba situada, como ya sabemos, á la entrada de la carretera real. Daba por sus tres lados al campo y estaba separada de la penúltima casa del arrabal por medio de un gran huerto; de modo, que por esta circunstancia, quedaba aislada por sus cuatro alas.

El sol bañaba este jardin desde su salida hasta su puesta.

Tenia la casa todas las apariencias de una moderna quinta. Sus paredes esteriores estaban revocadas de estuco (primera profanacion), sus balcones ostentaban los marcos góticos y el antepecho formando balustrada (risible anacronismo), y el tejado, saliendo del cuerpo del edificio bárbaramente y á guisa de kiosco, remataba en el centro con una puntiaguda cruz... El artista no podia fijar los ojos en aquel edificio sin sentirse ruborizado y ofendido en lo mas íntimo por la dura mano del arquitecto que diseñára aquella monstruosidad. Pero prescindiendo de esto, que solo al arte se refiere, su aspecto era risueño, porque la casa era blanca y reflejaba los rayos del sol y de la luna; agradable, además, porque sus detalles deberian ser copia de dibujos distintos (en lo cual muchos arquitectos hacen consistir todo su mérito), y tenia, en fin, cierto aire de distincion, porque era grande y elevada, y tras los cristales del primer piso se distinguian ricos transparentes de tela y anchas persianas verdes, replegadas cuidadosamente en los dinteles del balcon.

Eva habitaba una parte del tercer piso de esta casa, cuyas ventanas miraban de frente á la colina, si bien por ninguna parte su vista era interrumpida y dominaba perfectamente el rio que parecia murmurar debajo de sus piés como manso arroyo.

CAPITULO II.

De como el nido de la paloma no estaba sin duda exento de las asechanzas del gavilan.

Un hombre que principiaba á entrar en edad, alto, y que á no ser tan alto hubiera podido decirse sin temor que era desmesuradamente grueso; hombre de aspecto entre campechano y fátuo, cualidades muy difíciles de distinguir cuando se usa esa patilla rubia á la inglesa y se tiene el rostro fresco como una rosa y el labio inferior algo caido, subia por el arrabal G.*** en direccion á la casa del *jardin del Pozo*.

De dónde habia salido aquel hombre, lo ignoramos, pero sí diremos que parándose repentinamente en mitad de la calle se puso á mirar á una y otra parte como si tratase de orientarse, y prosiguió de nuevo su camino.

Pocos pasos habia andado cuando avistó en la acera opuesta un niño que se empeñaba en hacer sostener un gato arrimado á la pared sobre sus patas traseras. (¡Tarea inútil la de aquel muchacho!) El hombre se acercó á él con una sonrisa de bobalicon estremada y le tocó con el palo á la espalda.

El niño, asustado, volvió precipitadamente la cabeza, y el gato, aprovechando ocasion tan propicia, huyó pasándole por entre piernas con la ligereza propia de la familia.

—Señor, ¿qué quereis?—dijo el niño levantándose,—habeis hecho escapar á mi *Neftalí*, y ahora... ¿quién lo pilla hasta que oiga el olor de la comida puesta en los platos? Habeis de saber que mi *Nef-*

talí no se entiende de otro llamamiento... Antes, cuando era mas pequeñito, le hacia comparecer fregando un cuchillo por la piedra del lavador de la cocina; pero ahora, ya, ya podeis llamar!... Y bien, ¿qué quereis?... Despachad, que llevo prisa.

El muchacho tendria todo lo mas doce años: se esplicaba como un libro y sus ojos parecian dos centellas.

Al hombre de sonrisa de bobalicon le hizo mucha gracia la tal perorata y dijo:

—Chico, siento que tu *Neftalí* se haya escapado, pero yo no tengo la culpa.

—¿Por qué no pasábais, pues, de largo?—le dijo el niño con desenfado.

—Porque queria preguntarte una cosa.

—Preguntadla, pues, ¿qué quereis saber?

—¿Donde vive la señorita Eva? Me lo han dicho y no lo recuerdo.

El chico abrió los ojos desmesuradamente, cambió de tono y poniéndose alegre preguntó:

—¿Vais á su casa?

—Sí.

—¡Vamos allá,—saltó con viveza,—yo os acompañaré!.. Vive en el *jardin del Pozo*.

—¿Y tu *Neftalí*?—le preguntó el hombre sonriendo.

—Ya le doy libertad; que se divierta...

Y sacudiéndose el polvo de las rodillas, el pequeño guia echó á andar con toda la gravedad usual de un granadero de la guardia.

El hombre le siguió, sin murmurar palabra...

. . . . . .

. . . . . .

La primera puerta que se encontraba al subir á la habitacion de Eva correspondia al segundo *piso* de la casa, que estaba atrancada por la parte esterior con barrotes de hierro y oculto el cerrojo debajo una plancha de madera. Del segundo al tercer *piso*, que era el habitado por la señorita Eva, habia tanta distancia como de este al plan terreno de la calle ó carretera.

De intento hemos subrayado la palabra *piso* al referirnos á la habitacion de Eva, para principiar á llamar la atencion de los lecto-

res sobre ella, ó evitar, que *incontinenti* nos acusen de hallarnos en un renuncio al saber lo que vamos á revelar.

En la mayor parte de las casas de los pueblos agrícolas, debajo de la última cubierta, encontrareis el local destinado á granero, como sitio el mas ventilado y resguardado al propio tiempo de los rigores de la intemperie. Allí se cuelgan las sartas de maiz, se guarda el tocino salado, las frutas á secar y las hogazas de pan de los criados y colonos; en una palabra, es un local que para todo sirve menos para vivienda de personas; donde, sin embargo, anidan los ratones en grande escala, se refugia el murciélago en las horas del dia, cria anualmente la golondrina, y los gorriones á bandadas asaltan los rimeros de trigo y se espacian en ellos como la galeota en las olas de el ancho Occéano.

En un ángulo de este local, que era la azotea de la casa, se hallaba la habitacion de Eva.

Ocupaba dos secciones cuadrilongas. La una contenia una cocina, un comedor y una alacena: la otra una alcoba y un gabinete para trabajar independientemente. Cada pieza tenia una ventana á unos dos palmos de elevacion del suelo, y desde la primera á la última, habia, por la parte esterior, un balconaje corrido, formado de groseros barrotes de hierro cuya base era la cornisa que circuia el edificio. Evidentemente aquella especie de galería estaba practicada con el intento de subir y bajar por allí, por medio de garruchas, los objetos guardados en la azotea.

Se entraba en la habitacion de Eva por una puerta baja, tan baja, que aun al hombre de mas mediana estatura le era preciso encorvar su cuerpo para entrar. Pero una vez dentro era todo lo contrario: el techo se perdia de vista formando un corte angular interior de pirámide, donde apenas penetraba la luz sino cuando el sol en el ocaso enviaba de abajo arriba sus últimos espirantes rayos.

Si un cielo-raso hubiese ocultado aquella especie de losa sepulcral (que otra cosa no parecia, á favor de las sombras allí amontonadas), la habitacion de Eva hubiera tomado un aspecto completamente distinto.

Las paredes eran blanqueadas con esmero, el suelo del gabinete cubierto de estera, las ventanas resguardadas con cristales y delante de los cristales veíanse cortinitas de seda verde.

Todos los enseres de la cocina eran de hierro ú hoja de lata; los vasos, de cristal tallado y los platos de porcelana.

El dormitorio contenia una pequeña cama de hierro con pabellon de percal blanco, tan blanco como la pluma de un cisne indiano. El cobertor era de la misma tela. Nada mas sencillo arrogante al mismo tiempo. El pabellon era un sólio; la cama un trono. Ondulaciones mas graciosas, mas poética suntuosidad no es posible imaginarlas. —Arrimado á una de las paredes habia un peinador de caoba con espejo ovalado y en la parte opuesta un colgador con un solo vestido vuelto al revés: al lado de la cama habia dos sillas de palo pintadas de amarillo y asientos de enea blanca.

Ostentábase en el centro del gabinete en que trabajaba una mesita redonda con tapete de lana azul. Sobre esta mesa veíase un quinqué, un tintero, una resmilla de papel, y algunos libros. Junto á una ventana habia un costurero de palo de rosa; detrás del costurero un sillon con asiento de damasco cubierto con funda de percal. Arrimadas á la pared veíanse cuatro sillas de caoba, y clavados en la misma algunos cuadros.

Tal era en conjunto la habitacion de Eva.

Añadiremos, empero, que en el alfeizar de cada ventana habia dos macetas de flores que Eva cuidaba con esmero, con cariño maternal.

En los momentos de que hablamos, Eva se hallaba sentada en un sillon junto al costurero. Todas las ventanas estaban abiertas y el sol entraba hasta en medio del gabinete.

Eva trabaja. En el pasamanos del balcon, en el alfeizar de las ventanas, en el respaldo de una silla que habia en la otra parte del costurero y en la cornisa que servia de basamento á la galería, revoloteaban, triscaban, piaban, cantaban, una multitud de pájaros de variadas especies y colores.

Eva era esbelta aunque no muy alta. Tenia los ojos azules grandes y rasgados. Su mirada era melancólica ó alegre, segun el estado de su ánimo. Su boca era pequeña, pero formada por dos labios un tanto abultados, levantado el superior lo precisamente necesario para dejar entrever dos menudos dientes blancos como dos finas perlas. Su frente era ancha y revelaba toda la severidad de una alma bella y



EVA.

una inteligencia pensadora. Tenia el cabello castaño claro, casi rubio, abundante y largo; de modo que sus trenzas sueltas y desplegadas debian alcanzar hasta las corbas de sus rodillas: era al propio tiempo naturalmente rizado. El color de su rostro ni era el del alabastro, ni el de la nieve, ni el del marfil, sino el de la rosa blanca de Oriente; es decir, bañado de ese tinte nacarado que se escapa á los pinceles del pintor mas entendido. Su nariz era perfecta, tenia toda la majestad del corte griego y al propio tiempo toda la gracia meridional de la mujer francesa. Su seno era algo abultado, y su garganta preciosamente contorneada. Si sus ojos no hubieran despedido cierta somnolencia de pudoroso encanto, y su boca no hubiese á la par revelado una inocencia angelical, diríase que Eva respiraba una infalible voluptuosidad en el conjunto de sus formas adorables.

Eva no habia nacido, sin duda en el campo ni en medio de los pájaros, porque no conocia ninguna de sus denominaciones, escepcion hecha de los gorriones. Llamaba á los gilgueros *nunca-quietos*, á los pinzones *eléctricos*, á los pardillos *simplones*, á los verdecillos *sin cuerpo*, al pizpitillo ó pajarita de las nieves *desconfiados*... A todos, en fin, daba nombres improvisados y á algunos, á quienes conocia especialmente, daba un nombre particular. Habia entre los gilgueros uno que tenia muchas plumas blancas en la cola, que se diferenciaba visiblemente de los demás, y á aquel le llamaba *Nevadillo*, á otro que pertenecia á la familia de los pardillos, que tenia una pluma levantada en la cabeza, de color rojo, era llamado *el Gendarme*. En una palabra, Eva habia clasificado y calificado á aquella multitud de alados séres que eran, puede decirse, más que sus compañeros sus hermanos. Trataba á todos, sin embargo, con igual solicitud y riguroso cariño. Repartia las migajas de pan, el mijo y el trigo con perfecta igualdad, y solo cuando alguno se manifestaba esquivo con ella ó casquivano con sus semejantes le reñia con frases que parecian entender todos como si hablase su propio lenguaje.

Semejante fraternidad necesariamente debia ser obra de algun tiempo.

Los pájaros tienen la particularidad de prestarse voluntariamente á los primeros pasos de lo que llamaremos su educacion. Ellos soli-

citan la entrada en nuestras casas, por lo cual nosotros les acusamos con frecuencia de atrevidos y léjos de franqueársela lealmente cedemos al deseo de prepararles mil acechanzas, pagando de este modo su confianza y cariñosa solicitud. Esto les ahuyenta y forma recelosos. El hombre se declara su enemigo, ¿qué han de hacer?... Pero allí donde no se les molesta adquieren hábitos de compañerismo y fraternizan con el hombre, mejor que con sus propios hermanos. Nos consideran en estos casos como su especial Providencia cuyas bondades pagan con sus mejores cantos y con sus gracias mas seductoras. Pero no se adquiere esto, ciertamente, sino gradualmente y desplegando cierto talento especial, de que sin duda Eva era un portento.

En los momentos de que hablamos, sobre el mismo costurero de Eva, triscaban dos pajarillos; un *martin pescador* y un *mirlo*. El *martin pescador* se espeluznaba como sucede despues de haberse mojado lijeramente las alas; el *mirlo* revoloteaba del costurero á las manos de Eva y picoteaba el dedal con que cosia.

Eva, sin dejar por esto de trabajar y sin hacer ningun movimiento agresivo, esclamaba cariñosamente:

—¡Quita... loco!...

Pero el mirlo no se daba por entendido y continuaba su tarea.

El *martinpescador* cantaba, y cuando veia que su compañero se detenia harto tiempo sobre la mano de Eva, él tambien volaba y se subia á la otra mano.

Entonces Eva sonriendo como una hada seductora les reprendia diciéndoles:

—¡Vaya!... ¿Me dejareis trabajar?... ¿qué quereis?

Los pájaros picoteaban incesantemente su dedal.

—Bastante os entiendo,—dijo por fin;—quereis agua. Aguardad, aguardad...

Esto sucedia por intérvalos repetidos entre los cuales el *martin pescador* y el *mirlo* saltaban del costurero al suelo, del suelo á la baranda del balcon, y volvian á entrar, y cantaban, y de nuevo se subian al costurero y de este á sus manos.

Eva dejó al fin la labor en el respaldo del sillon, abrió el cajoncito del costurero, cogió un pedacito de lienzo y envolvió el

dedal por la parte esterior dejando la boca destapada. Al punto se inclinó á una cubeta llena de agua que tenia al lado de una canastilla de mimbres y llenó el dedal de agua. Con cuidado, á fin de no derramar ni una sola gota, puso su mano descansando en el borde del costurero, bastante apartada de su cuerpo, y los dos pájaros, de un salto, se colocaron uno á cada lado del dedal y bebieron; pero no los dos á un tiempo, sino alternativamente, uno despues de otro, como lo indican estas frases de Eva:

—Ahora tú, *Atolondrado*.

Y cuando este hubo introducido su gracioso pico en el depósito, añadió:

—Ahora tú, *Charlatan*.

El *martin pescador* se llamaba *Charlatan*, el *mirlo* se llamaba *Atolondrado*...

. . . . . .

. . . . . .

No habrian aun ambos pájaros saciado su sed, cuando se oyó un gran golpe en la puerta.

Eva volvió la cabeza y miró...

En aquel momento estaba sola... todos sus hermanos la habian abandonado de repente, huyendo en una sola bandada por la ventana. Parecia que los pájaros habian visto al gavilan al través de aquella puerta...

Volvieron á llamar.

Eva al tiempo de responder derramó al suelo el agua que todavía contenia su dedal, lo enjugó, quitó el lienzo que lo envolvia, y fué á abrir.

CAPITULO III.

El señor D'Erville, fabricante de hilados y tejidos de algodon en la ciudad de L***.

El niño y el hombre á quienes anteriormente nos hemos referido, se presentaron.

Eva conocia al niño pero no al hombre.

—¿Sois vos la señorita Eva?—preguntó este último, despues de un saludo medio respetuoso.

—Si señor,—respondió Eva;—la misma soy.

—¿Me conoceis?

—No tengo este honor,—contestó.

—Yo soy el señor D'Erville, fabricante de hilados y tejidos de algodon en la ciudad. Es estraño que no me conozcais...

—Ah, de nombre, si señor; pero personalmente hasta ahora no me ha cabido esta honra. Tened la bondad de pasar adelante. Sentaos y dispensad...

A cuyo tiempo Eva ofrecia una silla al fabricante señor D'Erville, que se sentó sin el menor cumplido.

Eva estaba algo conturbada en presencia de aquel hombre.

—¿Podré saber,—dijo,—en qué puedo tener el gusto de serviros.

D'Erville bufó (esta es la verdadera palabra) dos ó tres veces consecutivas enjugándose la frente, y despues, metiéndose las manos en la faltriquera del chaleco y buscando con la vista al muchacho, dijo:

—No tan aprisa, señorita. Dejad que despida al perillan que me ha acompañado.

Y no viendo el muchacho á su alcance, esclamó:

—¡Calle! ¿dónde está? ¿se ha marchado?

El niño habia corrido sin cumplimientos á la galería y se hallaba en el espacio intermedio entre una ventana y otra, de modo que no podia ser visto; pero hubo de oir al señor D'Erville y asomando su risueña cabeza, dijo:

—¿Me llamais?

—Sí.

—Aquí estoy. ¿Qué quereis?

—Toma,—le dijo presentándole un par de monedas de cobre que sin duda eran dos sueldos:—Vete...

El muchacho contestó:

—Guardáoslo, caballero; no quiero nada por semejante trabajo. Y en cuanto á que me vaya, sabed que la señorita Eva no lo quiere. ¿Es verdad?...—Y sin aguardar contestacion alguna, añadió:—¿Han comido ya vuestros pájaros? ¿cuando volverán? ¿Vuestro *Charlatan* ha venido hoy? ¿Volverá vuestro *Atolondrado*? Precisamente llevo pan en mi bolsillo...

Eva le contestó:

—Juanito, si no quieres irte no te vayas; pero si te ven mis pájaros en la galería no volverán, tontuelo.

—Pues aquí me teneis.

Y de un solo salto bajó de la ventana y se sentó en el suelo al fondo del gabinete.

D'Erville trató de disimular cierto disgusto.

—Os quieren mucho en el arrabal,—dijo dando por terminado su propósito.

—Son tan buena gente,—respondió Eva.

—Vamos, pues, al caso. Ya sabeis que nosotros, los fabricantes, tenemos el tiempo muy limitado. Me ha sido preciso venir aquí para cierto negocio de importancia; no creais que haya venido espresamente para vos. Pero una vez aquí, me he dicho: ya que tienes tiempo antes de marchar el carruaje de la hora, sube á verla. Me han dicho que vos sois la mejor costurera de la casa del señor Bel-

tran, lo que equivale á decir que sois la mejor cosedora del país... La casa del señor Beltran está de mala data; atraviesa una crísis de la que no puede salir en bien... La mia, al contrario, se halla en el mejor estado de progreso. Vais á quedar con este motivo de un momento á otro sin trabajo. Antes que otro os solicite, y vos no os comprometais, ¿quereis trabajar para mí?... Esto es lo que vengo á deciros; nada mas. Responded, y asunto concluido.

Eva contestó esta vez sin conturbarse y hasta con cierta gravedad.

—Señor D'Erville, agradezco en el alma vuestro ofrecimiento. Pero sabed que os han engañado al deciros que soy la mejor costurera de la casa del señor Beltran: estoy en la misma línea que muchas otras; nada mas. Una hace lo que puede, sin ánimo de rebajar á nadie... Pero, permitidme que con este motivo os manifieste que me habeis dado un gran sentimiento al decir que la casa del señor Beltran se halla próxima á su ruina... ¡Esto es muy triste! ¡lo sentiria en el alma! Solo en el desgraciado caso que esto llegase á suceder podriais contar con mi trabajo....

—Es irremisible: no hay que hablar de esto. Así va el mundo: unos suben y otros bajan: cae el que cae. Hoy le toca al señor Beltran; mañana le tocará á otro. Hay que hacer los medios para que no le toque á uno este fatal lote... Por esto se trabaja, se suda, y se sube, como yo ahora, á un tercer piso mas alto que un campanario. Repito que no hablemos de esto. A rey muerto rey puesto. Dad por difunto al señor Beltran. No teneis trabajo mas que por ocho dias; ocho dias que son sumamente necesarios para mí, porque tengo que cumplir con un pedido. Y en el supuesto de que os comprometeis á trabajar para mí, ¿que inconveniente puede haber que desde hoy?...

Eva no dejó que D'Erville acabase.

—¡Ah, nó—dijo;—esto nó!... Mientras el señor Beltran no me despida; mientras el señor Beltran no deje de darme trabajo... de ningun modo otro amo.

—Sois muy tonta. Debeis mirar por vuestro interés.

—El interés de una costurera consiste en no ser ingrata con quien le da trabajo, y mucho menos en los momentos de su desgracia. ¡Qué quereis; se me figuraria que cometo una accion villana!

—¡Pobre criatura!—esclamó D'Erville con tono lastimero,—¿y que influencia puede tener en sus negocios la gratitud de una simple trabajadora de su casa?

—Ah, ninguna; ya lo sé.

—En este caso vuestro escrúpulo es una necedad.

Eva miró á D'Erville con manifiesta desconfianza.

—¿Os gustaria á vos?—le preguntó.

—¿Y que me importaria? ¡Nada!... Quizás me haríais un favor, creedlo: aligeraríais el peso de mis gastos, que no es poco en tan críticas circunstancias.

—Si esto fuese así, bien,—dijo inocentemente Eva;—pero ¿quién me lo asegura?

—Yo, que comprendo lo que es esto.

—Pero ¿me habeis dicho que teníais un pedido que satisfacer y que os hallábais agobiado de trabajo?

—Ciertamente. Soy además de fabricante contratista del ejército. Corre de mi cuenta la confeccion de buena parte de las camisas de nuestros soldados.

Eva recapacitó un momento y ganando en su corazon la desconfianza hácia el señor D'Erville, contestó con tono resuelto:

—No puede ser.

D'Erville se mordió ligeramente los labios, y pretendió cortar la cuestion por este lado.

—¿A cuánto os paga el señor Beltran cada camisa de estas que teneis aquí?—dijo señalando una que habia á medio concluir encima del costurero.

—A siete sueldos,—contestó Eva.

—¿Se harán escasamente cuatro al dia?

—Yo llego algunas semanas á treinta; pero generalmente no puedo coser mas que cuatro cada dia.

—¡Ocho francos y ocho sueldos!—esclamó D'Erville,—¡oh, mis obreras ganan mas!... Alguna tengo yo que alcanza diez francos y medio.

Eva se sorprendió y dijo:

—¿Pagais á mas de siete sueldos?

—No á todas; pero á algunas hasta á diez. A vos os ofrezco este precio...

—¿La misma muestra?

—Igual... ó quizás mas accesible aun: mis algodones son mas finos.

En esto el fabricante se habia acercado al costurero: apoyaba el brazo en él, y contemplando á Eva habia tomado esa actitud negligente de los que hacen alarde de superioridad ante sus inferiores. Tenia una pierna puesta sobre la otra. Con la mano derecha acariciaba la caña de su bota y con la izquierda hacia rodar un ovillo, y jugaba con las tigeras y el dedal. En esta actitud hubo de echar una ojeada á la habitacion, y despues de un rato dijo:

—¡Sabeis que vivís aquí como una princesa!

—¡Como que vivo en una quinta!—dijo riendo Eva.

—Esta habitacion es preciosa.

—Si tuviese cielo-raso no diria que no.

D'Erville levantó los ojos y dijo:

—Realmente. ¿Y por qué no teneis cielo-raso?

—Cuesta mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Para este solo gabinete ocho francos.

—¿Y para toda la habitacion?

—¡Ah, señor; toda la habitacion costaria treinta y dos francos! Yo sé esto, porque ha sido mi sueño dorado de siempre tener un cielo-raso.

—Trabajad para mí, y yo mandaré ponerlo.

—No os podria pagar, señor D'Erville.

—¿No vivís con ocho francos y ocho sueldos á la semana? conmigo ganareis... contad: veinte y cuatro por diez doscientos cuarenta; son doce francos cabales; en dos meses lo habreis pagado.

—Gracias. Cuando el señor Beltran no tenga que darme trabajo contad conmigo: ahora es imposible.

D'Eville se levantó y dijo:

—Es tarde y el coche no me aguardaria. Señorita Eva, volveré á veros. Adios.

Eva le acompañó hasta la puerta y le despidió.

CAPÍTULO IV.

De como si el señor D'Erville no era gavilan habia sido pájaro de mal agüero.

Así que Eva hubo cerrado la puerta advirtió que el muchacho permanecia sentado en un rincon del gabinete y le preguntó:

—Juanito, ¿qué haces aquí?

—Aguardo vuestros pájaros ¡Qué! señorita Eva, ¿ya no vienen?

—Sí.

—¿Todas las mañanas?

—Todas las mañanas... Pero aquí estaba el señor D'Erville y no se atrevian á entrar.

—¿Quereis que aguarde sin moverme de este rincon?

—Como quieras.

Eva se puso á continuar su trabajo. Estaba concluyendo el dobladillo de una camisa que formaba un duro borde. Ver aquella mano era contemplar un movimiento maquinal y rápido que desvanecia la vista.

Su mente, empero, no estaba atenta á la labor que tenia entre manos. Pensaba en la estraña visita del Sr. D'Erville que se le figuraba pájaro de mal agüero.

De repente lanzó un grito de dolor, paró de trabajar y se quitó el dedal. El dedo medio de la mano izquierda chorreaba sangre. La cabeza de la aguja habia atravesado uno de los pequeños hoyos del dedal y se le habia introducido entre la uña y la carne.

El muchacho se levantó y corrió al costurero.

—¿Qué teneis, señorita Eva?—le preguntó con ansiedad.

—Nada; este diablo de dedal... Pero, ¡qué digo!... el pobre ya tiene razon: hace tres meses que me sirve.

Juanito cogió el dedal y miró por su interior contra la luz.

Al punto esclamó:

—Señorita, ¡ah! ¿cómo coseis con esto? Es imposible: si tiene por lo menos cuarenta agujeros... no hay hoyo que no traspase.

—Es verdad,—contestó Eva,—ya lo sabia; pero no tengo otro.

Y continuó como hablando consigo misma:

—¡Cuesta dos sueldos! No hay que pensar en comprar otro hasta el sábado. Hoy es lúnes...

Juanito no daba importancia á las palabras que oia y preguntó:

—¿Que vais á hacer ahora? ¿No os curais?

Eva restreñia la sangre con su pañuelo. Pero cada vez que apretaba la herida, exhalaba un quejido de dolor mas profundo.

Entre el dedo y la uña habia quedado un pedacito de aguja...

Perdónenos Dios si formamos un juicio temerario, pero semejante punzada no podemos menos de atribuirla á la visita del señor D'Erville: él era el causante, él habia llevado la conturbacion y la estrañeza en el ánimo de Eva.

¡Pobre Eva!... de cuanta trascendencia no debia ser aquella dolorosa herida!

A las almas buenas siempre las rodean mil acechanzas peligrosas. Y alma buena llamamos á la señorita Eva, buena y generosa, porque lo era. En pocas líneas lo comprenderán nuestros lectores.

. . . . . .

Se levantaba con el sol desde mayo á noviembre: dos horas antes que el sol desde noviembre á mayo. Trabajaba diariamente catorce horas, escepcion hecha de los domingos.

Mientras se levantaba con el sol se acostaba á las once de la noche; cuando se levantaba dos horas antes que el sol, se acostaba á las diez.

Habia alguna, irregularidad en esto, indudablemente, pero nos guardarémos bien de hacer de esta irregularidad un capítulo de cargos en contra suya.

Ganaba un franco y ocho sueldos diario, los dias laborables y los distribuia del modo siguiente:

		Diario.		Mensuales.
1	— Alquiler de casa	3 sueldos	. . .	4 frans. 50 cs.
2	— Vestido y calzado. . . .	2 «	. . .	3 « «
3	Carbon.	2 «	. . .	3 « «
	Pan.	4 «	. . .	6 «
	Legumbres ó verduras. . .	5 «	. . .	7 «
	Aceite ó manteca.. . . .	2 «	. . .	3 «
	Carne de buey ó de tocino (para los domingos) . .	1 «	. . .	1 50
4	Hilo, agujas, dedales, javon y almidon.	1 «	. . .	1 50
5	Para los pobres.	2 «	. . .	3 «
	Para los niños del arrabal.	1 «	. . .	1 50
	TOTAL.	23		34 50

Ganaba treinta y seis francos y cuarenta céntimos al mes y le sobraban para gastos imprevistos dos francos y diez céntimos.

Tenia en el cajon del costurero seis cajitas cada una de un color distinto.

En la primera, que era encarnada, guardaba el alquiler de casa; en la segunda, de color amarillo, reservaba el dinero destinado á vestido y calzado; en la tercera, negra, el de la manutencion; en la cuarta, blanca, el necesario para comprar hilo, agujas, jabon etc.; en la quinta, verde, el destinado á los pobres y niños del arrabal; en la sexta finalmente, azul, se leia sobre la tapa estas palabras: *caja de ahorros.*

¿Cómo estaria la *caja de ahorros* de la señorita Eva, cuando segun espresion que acabamos de oir de sus labios, hasta el próximo sábado no podia desprenderse de dos sueldos para comprar un dedal?.. ¡Lo dejamos á la consideracion de los lectores!

Y estábamos en lúnes...

Semejante dedal era un poema; más: para nosotros un terrible teorema.

A razon de catorce horas diarias de trabajo y en el supuesto de que en un minuto puedan darse treinta puntos; en tres meses, descontando las fiestas, habia servido el tal dedal para dar dos millones cuarenta y un mil doscientos puntos!

¡GUTTA CAVAT LAPIDEM!!

Si la gota de agua taladra la roca con la eterna continuacion de su caida, dos millones cuarenta y un mil doscientos puntos, dados

con la cabeza de una aguja inutilizan el dedal de laton de una costurera! ... Esto es cierto, innegable, justificado, histórico!... A la mano tenemos una prueba; pues entre los objetos que nos son mas queridos, y que mas religiosamente guardamos como un signo de respetuoso amor, contamos un dedal de semejante clase, salpicado de sangre todavía y que serian precisas muchas lágrimas de la actual sociedad para borrar la suma inmensa de dolores que representa...

En seis dias le quedaban á Eva que dar ciento cincuenta y un mil doscientos puntos. ¿Cuantas punzadas le quedarian que recibir en el índice de su mano izquierda? ¿cuántas esclamaciones de dolor?

Un dedal tiene aproximadamente doscientos hoyos; el de Eva tenia cuarenta agujereados, ó sea el veinte por cierto. Conspiraba el trabajo en una hora, contra ella, trescientas sesenta veces justas, ó sean cinco mil cuarenta veces por dia.

¡Y no tenia dinero para comprar otro!

¡Ah! Dejemos aquí á Eva.

CAPITULO V.

Antecedentes justificativos.

Nos vemos en la precision de remontarnos al año 1818.

En aquel año estudiaba el último de medicina en el colegio de Paris, un jóven llamado Tournail que era considerado como de los mejores discípulos, por su talento, erudicion y otras muchas circunstancias que hacian esperar de él uno de los mejores médicos de Francia.

Tenia entonces veinte y ocho años. Era huérfano desde la edad de tres años: es decir, desde el año 1793, en que el tribunal de *Salud pública* mandó decapitar á su padre en la plaza de *La Revolucion* y su madre murió loca pocos dias despues. A las vicisitudes de aquella época debia Tournail el notable atraso de su carrera.

Tournail, durante sus estudios, habia sido mantenido por una parienta lejana que tenia en la ciudad de L.***

Aparte de las circunstancias buenas que hacian esperar de él un médico famoso, tenia otras que, si bien corrian parejas con los acontecimientos de Francia por los años mencionados, no corrian con el siglo. Era legitimista, realista mas que el rey, absolutista *pur sang*, con igual fé que su padre; á quien (sea dicho de paso) el filo de la guillotina al cortar su cuello cortó en sus labios la palabra *¡viva el rey!* justificando de este modo la razon con que el tribunal de *Salud pública* aplicaba en él la *ley de sospechosos*.

Esta circunstancia, la de ser legitimista, atrajo sobre Tournail la enemistad de todos sus condiscípulos. (Siempre los estudiantes de

medicina en Francia se han distinguido por su liberalismo.) Mas ellos, lo mismo que los de todas las carreras, y de todas las universidades del mundo, se han distinguido siempre más, infinitamente más, en saber martirizar soberanamente á aquel que se han propuesto hacer el blanco de sus diabluras. El estudiante que cae en desgracia al ojo de sus compañeros es una víctima cuyos tormentos no tienen ponderacion.

Tournail pagaba, es verdad, á sus condiscípulos con la misma moneda; con un odio reconcentrado. Solo tenia en favor suyo que no siempre se dejaba amilanar; pues, cuando habia agotado todos los recursos de la prudencia, aceptaba sus consecuencias en todos los terrenos. Con este motivo habia tenido que sostener muchos desafíos desde el pugilato á las píldoras de arsénico; de cuyos *lances de honor* habia salido más ó ménos en bien, conservando de ellos hasta su muerte algunas señales en el cuerpo.

El año siguiente, 1819, concluyó la carrera en compañía de veinte y ocho condiscípulos.

Era costumbre ya en aquella época, entre los cursantes del último año de una de las carreras mayores, el celebrar, despues del último exámen, un espléndido banquete en conmemoracion de lo que realmente es en la vida del hombre un verdadero y fausto acontecimiento. El banquete se celebró, pues, pero sin contar absolutamente para nada con Tournail. Mas tarde, por grupos, fueron graduándose casi todos sus condiscípulos; él tuvo que graduarse solo. Muchos se matricularon en el *Real* colegio de medicina de Paris, algunos, como es consiguiente, en los colegios departamentales de Francia; Tournail fué el único que se matriculó en el de L.*** donde habia resuelto ir á ejercer su facultad, al lado de la parienta que habia costeado sus estudios.

Es de advertir que Tournail durante el tiempo que tuvo que permanecer en Paris, por razon de sus estudios, jamás sintió por la capital de Francia el menor apego. Vivió allí como en un destierro suspirando por volver á L.*** La muerte de su padre entraba por mucho en semejante estraña repugnancia. Odiaba á la revolucion y Paris es el pueblo de Europa eminentemente revolucionario. Cada sitio era para él un recuerdo funerario; cada nombre le representaba á

un convencional, ó á un constituyente, ó á un individuo de la Asamblea legislativa, ó á un miembro del Ayuntamiento, ó á un orador de club ó un cabeza de motin. Daba sus antiguos nombres á las calles, edificios y paseos á quienes la *Restauracion* no habia borrado su bautismo revolucionario... De modo que cuando abandonó Paris lo abandonó para siempre y no se llevó de allí mas que un pensamiento lúgubre, y el odio inveterado que tenia á sus condiscípulos.

Por lo dicho se comprenderá que si Tournail podia ser un escelente médico, su carácter debia tener mucho de taciturno irascible é insociable. Si hubiera emprendido la carrera de abogado, por ejemplo, esto le hubiera podido perjudicar bastante, pero como médico, en su siglo y en sus años, tales lunares podian fácilmente confundirse por el vulgo con la gravedad que generalmente es bien admitida en un Galeno. Esto no debia perjudicarle en su carrera.

Establecido en L.*** fué bien pronto considerado como el mejor de los médicos; su fama fué creciendo de dia en dia y llegó á adquirir una reputacion envidiable. Su amor á la ciencia de curar era verdaderamente un amor profundo y casi fanático.

Ahora bien; si en política era legitimista, en religion era archiortodoxo, ultra-católico.

Antes de visitar á un enfermo procuraba indagar si era pobre ó rico; legitimista, republicano ó bonapartista; volteriano, creyente ó ateo. Si el enfermo que demandaba sus servicios pertenecia á la alta clase era preciso, para responder á su llamamiento, que fuese legitimista y ardiente católico; pero si era pobre (esto era una gran perla de su carácter), acudia á él á ojos cerrados. Plagiaba buenamente la conducta de esas celebridades médicas, que nunca han faltado en ningun país del mundo, consistente en exigir á los ricos crecidas sumas por sus servicios, mientras que visitan de valde á los pobres, á quienes además socorren con dinero. Esta circunstancia de su carácter, le captaba justamente las bendiciones de todos.

A la edad de treinta y cuatro años, despues de cinco de ejercicio constante de su carrera en L.*** sintió el deseo de casarse. Esto era para él una circunstancia de la vida á que el hombre debia llegar

á su tiempo y sazon. No habia amado nunca mas que á la ciencia, ninguna mujer habia despertado en su corazon el menor afecto, y aun podríamos decir que miraba á todas con cierto rubor *seminarístico*, inesplicable, hasta cierto punto, en el hombre que habia pasado largos años de su juventud en las salas de diseccion y anatomía de los hospitales, solo en Paris, y en una época en que la juventud teniendo cerradas las puertas del arte, sofocado el entusiasmo de las ciencias morales, y perseguido el espíritu de patriotismo, no tenia otra válbula por donde respirar la exuberancia de su vida que la libertad de costumbres reinante en aquella época. Los pueblos son libres ó libertinos. Cuando pierden su libertad se lanzan en la abyeccion. Paris, que es la Francia, se entregó, como en testimonio de esto, durante el período llamado de la *Restauracion* á costumbres y escesos, á muelleces é intrigas lúbricas, solo comparables con los tiempos de Luis XV. Cada noble se consideraba un Richelieu y cada estudiante un Lauzun.

Tournail no logró contaminarse de este mal inherente á la escuela política á que pertenecia: llegó puro á la edad de treinta y cuatro años, en que trató de casarse como hubiera tratado de llevar á cabo cualquier negocio doméstico.

Para la realizacion de su proyecto no tenia mas que elegir. Cualquier padre hubiera recibido como un distinguido honor la mano de Tournail para su hija: ninguna mujer hubiera dejado de enorgullecerse con la esperanza de llevar su nombre. Nadie veia en el mas que el hombre sabio y caritativo.

Tournail escogió.

El obispo de L.*** era un anciano decrépito que regresó de la emigracion con Luis XVIII y habia permanecido en Coblenza desde la muerte de Luis XVI. Llevó de allí una sobrina suya, huérfana, que era su único parentesco. Esta sobrina se llamaba Ana María y fué la elegida del doctor Tournail.

El obispo se regocijó como si fuese su propio padre y aceptó para su sobrina un partido tan honroso. Ana María apenas fué consultada. Convencida de que no le correspondia otra cosa que obedecer y alegrarse, porque así se lo mandaban, obedeció y procuró por todos los medios posibles manifestarse envanecida por tan inesperada suerte.

Se casó sin apenas conocer al que debia ser su marido.

La boda hizo mucho ruido en la ciudad, sin embargo que se verificó sin fausto de ninguna clase, antes bien, con estremada sencillez. Ana María no tenia dote; lo cual poco importaba á Tournail: el obispo tenia contra su mitra muchos créditos de deudas contraidas con los realistas, que el famoso decreto de los MIL MILLONES impuestos á los franceses por indemnizaciones á la nobleza, no pudo abrigar bajo su manto reparador, por ser de orígen puramente privado y haber percibido de la corte de Austria su asignacion íntegra durante su estancia en ella... El obispo, siendo viejo, pagaba á sus acreedores de la juventud, y esta atencion verdaderamente entre todas preferente para él, le impidieron demostrar su grande amor á su sobrina tal como hubiera deseado. Todo lo más que pudo darla fué su bendicion episcopal y algunos años de indulgencias cada vez que rezase tales ó cuales oraciones delante de algunas reliquias é imágenes de plata de que generosamente se desprendió.

A parte de esto la entregó una carta cerrada diciéndole:

—Hija mia: si algun dia te encuentras necesitada busca á la persona que espresa el sobre, á ella, ó á sus descendientes. Preséntales esta carta en mi nombre, díles de quien eres sobrina y entrégasela. Espero que por este medio tus desgracias serán remediadas al punto. Dios es justo. Ten confianza en él y no temas nada. Yo voy á morir; la carrera de tu esposo es peligrosa. Sus virtudes no le dejarán enriquecerse, ¿quien sabe si en estos momentos te entrego un verdadero talisman?... Toma; guardala y no la abras nunca, no hables de ella á nadie ni la uses sino en el caso de verdadera necesidad.

Esta carta iba dirigida *al señor conde de Morlotte, baron de Chesburgo.—Madrid.*

Monseñor el obispo de L.*** murió un año despues de casada su sobrina.

Tres años despues, 1828, Ana María era madre de una niña que era la admiracion de cuantos la conocian y el embeleso del médico Tournail.

El médico Tournail, consecuente con su conducta caritativa no era potentado.

Merecia la pena, sin embargo, de que pensase en el porvenir de la esposa y de la hija. Su profesion le producia mucho dinero en cuanto á los enfermos ricos que visitaba, pero lo agotaban todo los pobres á quienes asistia. Hacia la vida mas frugal del mundo y no se acordaba jamás de que su escesivo trabajo y el contacto contínuo con los enfermos podian acarrearle la muerte. Tournail, seamos justos, ya pensaba en esto, pero aguardaba *mejor ocasion* para principiar á tomar sus medidas preventivas.

La buena de su mujer, Ana María, le decia con frecuencia:

—La caridad bien ordenada principia por uno mismo.

Y él le contestaba:

—¿Qué te falta?... Compara nuestra casa con la de esos pobres enfermos á quienes es preciso socorrer.

—Ya; si todo el mundo hiciese como tú, bien iria; pero tu solo no puedes remediar tantas miserias,—decia la buena de su mujer.

—Desgraciadamente no...—contestaba el doctor con afliccion.

—Pues modera un poco tu ardor caritativo. Mira los ricos lo que hacen.

—¿Quieres decir que ellos no hacen nada?... ¡Vaya si hacen! Mírales cuando están enfermos de gravedad como me llaman. Ya saben á lo que va á parar su dinero. Son libres de hacer sus limosnas como quieran y cuando quieran. ¿Crees que yo soy mas sabio que mis demás compañeros de profesion? ¡Bah! Cuando los ricos me llaman es que necesitan ver al tesorero de los enfermos pobres.

Ana María insistia contrariándole amigablemente y le hablaba de su hija. Entonces y solo entonces le contestaba:

—Bien, mujer; tienes razon... sí, tienes razon. Desde mañana me ocuparé de esto.

Pero pasaban dias, y meses y en verdad no daba, al parecer, la menor muestra de acordarse.

Y decia en su interior:

—Mi mujer cree que no me acuerdo. Ella no sabe que ni un solo instante me olvido de esto.

Y era así: no lo tenia en olvido, nó.

Desde el mismo dia del nacimiento de su hija se habia propuesto ingresar en la *Asociacion general francesa de socorros mútuos para*

las viudas y huérfanos de los médicos. A este objeto se habia hecho remitir de Paris los reglamentos y estatutos de la asociacion, que le habian sido remitidos con un sin fin de documentos acompañatorios. como memorias, estados demostrativos, acuerdos de las juntas generales, etc., que le probaban hasta la evidencia la importancia de la asociacion y el gran número de asociados en las diversas gerarquías en que se dividia. Todo era para él admirable y digno. Los prodigios de la asociacion le tenian encantado, arrobada el alma. Pero tuvo que tropezar de momento con un gravísimo inconveniente que no pudo vencer.

Uno de sus antiguos condiscípulos habia sido nombrado secretario general de la asociacion; el que mas cruda guerra le habian hecho durante los estudios, el mas burlon, el mas sarcástico de todos y de ideas mas ardientemente republicanas; que era, en una palabra, quien mas amarguras le habia proporcionado, mas en ridículo le habia puesto y mas veces le habia hecho morder las mesas de anatomía del hospital...

El reglamento general marcaba precisamente que las solicitudes para ingresar en la Asociacion, debian dirigirse al secretario general de la misma.

Tournail primero se hubiera cortado la mano antes de dirigir por escrito su solicitud al condiscípulo en cuestion, al republicano furioso, al encarnizado enemigo de la religion y del trono. Era imposible que pasára por semejante humillacion.

¿Qué debia hacer, pues?

Aguardar.

Segun su ver no se esplicaba la elevacion á un cargo semejante de un hombre tal. El buen sentido habia sido sorprendido, la moralidad ultrajada, la importancia de la corporacion escupida. Aquel empleo estaba vendido: en el año 1828 era una especie de anacronismo, una palmaria aberracion. Si hasta los conserjes de las universidades y colegios de medicina habian sido arrojados de sus puestos en masa por decretos de la Restauracion, culpados de adictos á los sistemas derrocados, ¿cómo era posible que todo un secretario de la *Asociacion general de socorros mútuos para las viudas ó huérfanos de los médicos franceses*, no perteneciese al nuevo órden de cosas?

Esto no cabia en la cabeza del buen Tournail. Esperaba, pues, con toda seguridad, con fé ciega que el secretario seria destituido tan pronto llegasen al conocimiento del gobierno, ó mejor dicho del rey, sus opiniones y antecedentes políticos. Y por si este caso no venia, abrigaba la mayor confianza de que en las próximas trienales elecciones seria reemplazado.

Con este objeto se apresuró á escribir algunas cartas á varios médicos de Paris, de opiniones idénticas á las suyas y sobre todo á los médicos de cámara del rey.

Las cartas fueron contestadas con evasivas declarando no atreverse á hablar al rey de un asunto semejante y en algunas se le decia que nadie se atreveria á pedir nada contra el secretario de la *Asociacion de médicos* por ser un hombre de gran reputacion científica y un súbdito inofensivo al monarca.

Esto desesperaba á Tournail de un modo terrible y exacerbaba su propósito de no querer ingresar en la asociacion si habia de pasar por semejantes horcas caudinas.

Afortunadamente el siguiente año cumplia el tercero de la elevacion de su condiscípulo al cargo de secretario general.

El reglamento marcaba el máximum de la ocupacion de este destino en tres años.

Entonces creyó llegada la hora de ingresar en la asociacion, porque ya tenia espedito el paso para solicitarlo sin dirigirse á su adversario. Pero, júzguese de su asombro cuando vió que aquél cesaba en el cargo de secretario de la junta para ocupar el de presidente de la asociacion... Perdió toda esperanza por el término de tres años más.

Puso entonces sus miras en la *Asociacion departamental de médicos de L.**** Se hizo con los estatutos y demás documentos conducentes al exámen de su situacion. Encontró en ellos algunos lunares. El primero fué el advertir que ni se celebraba el aniversario de su instalacion con funcion alguna religiosa ni tampoco se hallaba instituida bajo la advocacion de ningun santo: es decir, que no rendia pecho ni tributo religioso de ninguna clase. Segun él, claro es que Dios y el rey debian intervenir en todas las relaciones civiles de los súbditos comprendidos dentro del Estado.

Este impedimento fué suficiente para que no solicitára su ingreso en ella.

Desde aquel momento, en vez de escribir cartas á los médicos del rey, escribió artículos furiosos contra las asociaciones profesionales, tomando pié de los puntos mas frívolos, que llamaba monstruosos crímenes contra Dios y el *réjimen*.

Los que en Francia no hubiesen sabido que se puede ser un gran médico y un gran loco á la vez, le hubieran considerado un gran perverso; porque en su furor por atacar algunos puntos que no estaban conformes con la estúpida lógica de sus ideas, (momentáneamente dominantes entonces), atacaba tambien terriblemente todas las asociaciones de socorros mútuos.

Pero entretanto pasaba el tiempo y la niña tenia ya mas de un año.

Ana María insistia en sus trece. Le hacia ver que si desgraciadamente dejase de existir, como era posible de un momento á otro, ella y su hija quedarian abandonadas en la miseria.

Tournail tambien siempre de un mismo modo le contestaba á tan justas observaciones:

—Sí, sí; tienes razon esposa mia; desde mañana voy á ocuparme de esto; ya verás... Lo cierto es que Dios tiene en su mano la vida y la muerte de los hombres y yo podria morir, y vosotras quedar abandonadas en la calle...

Pero entre parar la mano á las exacciones á que obligaba á los enfermos ricos y repartir al punto su dinero á los enfermos pobres; entre confeccionar artículos combatiendo las asociaciones en masa y mirar y remirar los nombres de los individuos que componian las juntas en averiguacion de sus opiniones y sobre todo de si entre ellos habia alguno de sus antiguos condiscípulos, el tiempo iba pasando y una enfermedad mortal vino á sorprenderle...

Murió de una congestion cerebral que sus compañeros de profesion atribuyeron al escesivo trabajo á que se hallaba constantemente entregado. Murió á fines del año 1829, pocos meses antes de caer para siempre el régimen absoluto, y cuando la niña solo contaba dos años.

No hay que decir que la muerte de Tournail fué para la ciudad de L.*** un triste acontecimiento que todavía algunos recuerdan

con dolor. Los pobres perdieron su mejor amigo, los ricos su mejor médico, su mujer y su hija perdieron su único apoyo y quedaron abandonadas en la miseria: solo la causa del progreso y de la libertad de los pueblos, que es la mejor de las causas, no perdieron nada con su muerte.

Durante algunos años la madre y la hija vivieron de algunas cuentas *á cobrar* que habia dejado Tournail y de los socorros que algunas personas piadosas les remitian. Continuaron habitando en la misma casa, porque el dueño de ella, agradecido á los servicios del escelente y filantrópico médico les hizo gracia del alquiler para mientras no la abandonasen.

La hija de Tournail y Ana María se llamaba Eva.

CAPÍTULO VI.

Continuacion del capítulo anterior—En busca del conde Morlotte en Madrid.

La casa que habitaban se hallaba situada en el centro de la poblacion, en el punto por donde pasa el Ródano dividiéndola. Era una casa de moderna construccion bastante grande, pero nada ostentosa. Tenia un gran terrado con una galería sobre el rio, un buen patio en el centro de la casa y una especie de parque á la entrada. Las habitaciones todas eran espaciosas: alguna de ellas harto desmantelada.

Eva pues se hallaba habituada desde su mas tierna infancia á respirar con holgura, á vivir anchurosa y á correr libremente por donde tuviese el cielo por techo. En el patio habia árboles, en el terrado flores y madreselvas, en el patio una fuente. Oía cantar los pájaros, mugir el rio á sus piés y balancearse las ramas sobre su cabeza. Habia nacido puede decirse, en pequeño, en medio de la naturaleza. Esto habia infundido en ella el deseo de vivir en el campo como la mas bella y ardiente aspiracion de su infancia.

Pero estos deseos debian verse contrariados por el pronto.

Andando el tiempo Ana María comprendió que no era posible vivir de aquella manera.

Las cuentas se habian cobrado todas y las que no se habian cobrado era ya inútil contar con ellas. La generosidad de las personas que las asistieran en un principio se iba agotando en unos: los otros morian ó se eclipsaba su fortuna. Fué preciso tomar un partido.

La ciudad de L*** es eminentemente industrial, pero su industria se reduce á la fabricacion por medio del vapor. Cuenta mas de ocho mil obreras. Cómo viven esas obreras en aquella poblacion manufacturera no hay para que decirlo: viven miserablemente y es menester haber nacido con ciertas condiciones naturales para soportar tal trabajo y tal miseria. Ana María la sobrina del obispo de la metrópoli no podia pensar en solicitar un telar mecánico de aquella gran manufacturería. Aun así tampoco hubiera podido mantener á su hija. La idea de que su hija entrase en el gremio de aquellas infortunadas mujeres, le deparaba abundantes lágrimas. Es menester ser madre para comprender la estension del dolor de aquella mujer en su triste posicion.

Determinó pues abandonar la para ella triste ciudad de L.*** y trasladarse con su hija á Madrid.

No iba á Madrid á la buena de Dios, como diríase, sino hubiese llevado consigo una esperanza racional, la carta de su tio dirigida al conde Morlotte, baron de Chesburgo.

Era el año 1844 y Eva, que como se recordará habia nacido en 1828, tenia diez y seis años.

La madre y la hija llegaron á Madrid en una noche de invierno; en un mal carruage que empleó en el camino diez dias y medio. La Francia en aquella época estaba intransitable; todos los caminos eran ruinosos y los medios de locomocion groseros, incómodos y sumamente lentos: España con todo le iba muy á la rezaga. Se hospedaron en la posada del *Gallo verde*, situada en una de las encrucijadas del peor barrio de Madrid. Allí pasaron la primera noche.

Sus recursos consistian en unos cuantos luises; no tenian allí nadie que les conociese ni persona que las guiase, solo tenian la ventaja de poseer un poco el idioma español.

Antes del mediodia del siguiente de su llegada se ataviaron con los mejores trajes que tenian y alquilaron un coche para que las trasladase al palacio de Morlotte. El cochero antes de cerrar el trato, reflexionó algunos momentos porque no estaba seguro de donde el palacio de Morlotte se hallaba situado. Pero al fin emprendió el camino haciendo un gesto que significaba:

—¡Marcho á la buena de Dios!...

Recorrieron calles y mas calles y despues de mucho tiempo el coche paró en frente de un gran portal de la izquierda de la Red de San Martin.

Era el palacio de un título que el cochero habia confundido con el nombre de Morlotte.

Enterados de la equivocacion por el portero, el áuriga preguntó por la casa que buscaba.

Sin responder de la exactitud aquel dióle las señas de una casa del barrio de la Cruz.

La distancia de un punto á otro era mas que regular. A escape, en pocos minutos, sin embargo, se presentaron allí.

El cochero preguntó en la portería de una casa de aspecto feudal, que tenia por patio un gran parque. El portero interrogado no supo de quien se le hablaba. Mohino entonces el áuriga á mas no poder, manifestó á las mujeres que conducia en su vehículo que el camino mas corto era presentarse á la gefatura política y preguntar allí la direccion de la casa que buscaban.

Lo dicho fué al punto ejecutado y media hora despues ya estaban en pleno conocimiento de lo que querian. Un oficial encargado del registro urbano, despues de apelar inutilmente á la memoria, abrió un libro alfabético que comprendia la letra *M* y halló *Morlotte*, (conde de) calle de la Estrella núm. 3.

Todos estos incidentes prueban que el sugeto de quien iban en busca, cuando los porteros de las casas principales no sabian dar razon de el, no podia pertenecer al círculo de las personas conocidas en aquella época.—Por esto los hemos hecho constar.

. . . . . .

La casa de la calle de la Estrella núm.*** era una casa de siniestro aspecto. Tenia un portal redondo y bajo, en el estremo de un muro de sillería, con dos colunas de órden dórico en los bastimentos y un escudo en la clave de la bóveda. A la altura de un segundo piso veíase un balcon cerrado con espesas celosías, y correspondiendo á los bajos de la casa, proyectábanse tres ventanas detrás de los robustos barrotes de unas rejas oxigenadas y llenas de polvo y telarañas.

La puerta estaba entornada.

El cochero empujó una de sus hojas y consiguió, valiéndose de todas sus fuerzas, entreabrir tan solo un poco la portezuela.

Un formidable perro de presa respondió con furiosos ladridos al ruido que esto hizo. Llamó entonces con la aldaba, pero por causa del polvo y orin de que estaba revestida apenas produjo mas que un ruido sordo.

La portezuela se abrió como cosa de medio palmo, que era toda la latitud de una cadena de hierro que la sujetaba por la parte superior. Por esta abertura se veia el perro de presa que era colosal, husmeando el suelo como una fiera, y meneando la cola enfurecido.

El áuriga, fuese por un movimiento de respetuosa deferencia con el animal, que no podia pasar mas que la punta del hocico por la apertura de la portezuela, ó por cualquier otra causa, se retiró á una prudente distancia. Levantó la cabeza y miró. Sus ojos entonces observaron una cuerda que pendia de lo alto del portal. Tiró de ella y al propio tiempo contestó el sonido de una campana resonando á lo léjos gutural y profundamente.

El áuriga respiró. Al fin su cometido iba á terminar.

Efectivamente; poco tiempo despues se oyó silvar, y una voz diciendo:

—¡Marat! ¿qué es esto?...

El perro se llamaba Marat, (nombre que po. sí solo recomendaba á la persona que de tal modo bautizára á una semi-fiera semejante).

Luego la misma voz preguntó:

—¿Quién llama por aquí?

El que pronunciaba estas palabras no se veia aun por la abertura de la portezuela.

El áuriga respondió sin embargo:

—Yo; yo soy el que llamo.

Entonces se presentó un hombre viejo, viejísimo, vestido de negro, con pantalon ajustado á la carne, chaqueta larga, chaleco mas largo todavía pues que casi le cubria todo el vientre, zapato con hevillas de plata y abismadas la cabeza y orejas bajo de un negro gorro de lana. Cualquiera al verle hubiera creido hallarse

en presencia de algun portero de seminario ó sacristan de monjas en actos fuera de servicio.

Cuando este hombre y el áuriga se vieron, el primero preguntó al segundo:

—¿Qué quereis?

—Segun nos han dicho, es esta la morada del señor conde Morlotte,—respondió el segundo.—¿Sois vos el portero?

—¿Qué se os ofrece?

—Aguardad un momento.

El áuriga se encaminó á su coche y abriendo la portezuela dijo á la madre é hija que conducia:

—El portero pregunta que se os ofrece, ¿quereis bajar?

Las dos mujeres se apearon rápidamente y se encaminaron al portal de la casa cuya puerta continuaba entreabierta Al divisar al portero le preguntaron:

—¿Vive aquí el señor conde de la Morlotte?

—Sí señora.

—¿Está en casa?

—Sí señora.

—¿Recibe?

—No señora...

—¿Podríais decirnos cuando el señor conde podria tener á bien recibirnos?

—No señora.

La madre y la hija se miraron con asombro.

—¿Qué quereis decir con esto?—preguntó la primera al oir semejantes palabras.

—Quiero decir que mi amo no recibe nunca.

—¡Nunca!—esclamaron á un tiempo.

—¡Nunca, señora! ¿Esto os estraña?... Figuraos que el señor conde ha muerto.

—En este caso viviria alguno de sus sucesores?

—Sin duda.

—¿Tiene hijos?

—Una hija, señora, y una nieta.

—Pues me precisará verla á la hija.

—Imposible.

—¿Decís que es imposible?

—Está en el estranjero. En Viena. Casada con un aleman, el señor baron de Wizet. Solo viene muy de tarde en tarde. ¿Qué quereis saber mas?

La madre y la hija se miraron esta vez con mayor asombro que la primera.

—¡Oh!—esclamó la madre—y sin embargo, es preciso que veamos al señor conde. Vive todavía y...

—Es lo mismo que si no viviese, señoras. Es un delirio vuestro propósito... Al señor conde no le vé nadie; os seria tambien inútil verle. No habla; no recuerda nada: hace cincuenta y cinco años que es una mómia.

—¡Santo Dios!—esclamó la madre tapándose los ojos con ambas manos,—¡estamos perdidas!

El portero no hizo el mas leve movimiento que indicára tener en su alma la menor sensibilidad. Oyó aquellos desgarradores acentos como se oye el susurro de las brisas, ó mejor dicho como si se hubiese vuelto sordo en aquel momento.

Ana María, llena de congoja, saltó:

—¿Qué me aconsejais, pues, señor? ¡Ah, sabed que venimos de trescientas leguas lejos, solamente para presentar á vuestro amo una carta; que somos pobres, que no contamos con mas recursos que con la piedad del señor conde!... Es una carta de monseñor el difunto obispo de L,*** su amigo de la infancia, su mejor amigo...

—Ya os creo, señora; pero, ¿qué le hareis? En cuanto al señor conde es lo que yo os digo. Pero se me hace estraña una cosa. El obispo, monseñor, no tenia conocimiento de la desgracia de su amigo? En cincuenta y cinco años que lleva de fecha ¿ignoraba lo sucedido?

La madre y la hija no supieron que contestar. La observacion del portero no podia ser mas justa.

Este continuó:

—¿Qué fecha lleva la carta?

—Veinte y cinco de julio de mil ochocientos veinte y cuatro.

—¡Veinte años! ¿Y hasta ahora no os ha ocurrido presentar esta

carta?

—No debíamos presentarla antes, señor.

—Todo lo que decís podrá ser cierto, yo no lo dudo; pero creed que debe parecerme muy raro.

—¡Oh, bien lo veo!—esclamó la madre.—Pero prescindid de esto. ¿Qué haremos?... Aconsejadnos vos mismo.

—¿Yo?... ¡Vaya! ¿qué quereis que os diga?... Nada... No puedo deciros sino que volvais el verano, cuando la hija del señor conde esté aquí... Tal vez ella, poniéndose en el lugar de su padre, hará por vosotras lo que él hiciera. Nada mas puedo deciros.

Eva que hasta entonces habia escuchado todo aquello con admiracion y sin desplegar los labios, dijo:

—Si nos pudiésemos dirigir por escrito á la señora hija del conde. Vos debeis saber la direccion.

—Sé que se halla en Viena y nada mas.

—Pero tal vez tenga aquí su procurador ú otra persona que nos pueda comunicar la direccion.

—Su procurador,—contestó el portero,—vive en la calle de Belen, núm. 10, principal. Creo realmente que esta es una buena idea interin llega el verano.

—Nos dirigiremos, pues, allí; perdonad.

La madre y la hija saludaron al portero vivamente conmovidas y se dirigieron otra vez al coche.

El portero cerró la puerta.

El áuriga las preguntó:

—¿Dónde vamos, señoras?

—Calle de Belen, n.° 10.

Allí vivia efectivamente el procurador de la señora hija del conde Morlotte. No le hallaron en casa. Preguntaron la hora segura de hallarle en ella; las dijeron que hasta la tres de la tarde, y decidieron pasearse en coche hasta aquella hora, encargando al áuriga que las condujera por los sitios mas amenos de Madrid.

El áuriga las complació.

Madrid se presentaba á su vista como un mundo fantástico, como una Babilonia imponderable. A cada momento sacaban la cabeza por la portezuela, hacian parar el coche, se apeaban en los paseos

mas amenos y concurridos, hasta que llegó la hora. Fué restableciéndose entretanto la tranquilidad en su semblante y al fin llegaron á la calle de Belen, núm. 10.

Preguntaron á la portería el nombre del procurador, y se lo dijeron.

Se llamaba Jaime Duran.

En aquel momento habia llegado.

Duran les recibió como se recibe en Madrid por ciertas gentes á las personas en quienes se huele á primera vista su pobreza. Por mero cumplimiento les brindó á tomar asiento y se enteró brevemente del negocio que las llevaba á su despacho. La madre queria estenderse mas en la esplicacion, pero el bueno del procurador pretestó sus muchas ocupaciones para despedirlas prontamente. Escribió en un papel la nota que le pedian, y las abrió la puerta del despacho.

Despues de esto se hicieron trasladar á su casa, preguntaron al áuriga cuanto debian darle, y con asombro oyeron:

—¡Treinta y ocho reales!

Con los ojos bañados de lágrimas la madre entregó sin murmurar lo que se le pedia, bien agena, sin embargo, de creer que la mencionada cantidad fuese un robo que se perpetraba en ellas.

Aquella misma noche escribieron á Viena á la escelentísima señora Luisa Morlotte de Wizet.

CAPITULO VII.

Continuacion del capítulo anterior.—A lo que fueron á parar la viuda Ana María y la señorita Eva, su hija.

Pasó una semana, pasaron dos, pasaron tres y no venia contestacion de Viena.

Era natural que principiasen á impacientarse y á reflexionar sériamente. Aun cuando vivian con toda la estrechez posible, sus recursos eran tan escasos que debian agotarse bien pronto. Todas sus reflexiones debian basar sobre un mismo punto; pensar en los medios de ganarse la vida. Eva era hacendosa, su madre tambien. Decidieron *ir á recorrer tiendas* en demanda de trabajos. En la una pedian labor para bordar, en la otra para coser; segun consideraban oportuno: pero la mejor respuesta que obtenian era esta:

—Volved á pasar dentro de algunos dias.

En otras las decían:

—Malos tiempos son estos para buscar trabajo; ¡como no se vende nada!

En una tienda las presentaron unas labores finísimas, diciéndolas:

—¿Sabríais desempeñar estos trabajos?

Y se vieron precisadas á contestar:

—¡Oh, no, somos francas; no sabemos hacer esto!...

En tal alternativa pasaban, como hemos dicho, dias y mas dias, semanas y mas semanas y la respuesta esperada de Viena no llegaba, y el trabajo no venia.

¿Que hacer?

Redoblar y mas redoblar sus pesquisas por las tiendas preguntando en esta é informándose en la otra, de donde podrian encontrar trabajo. Por pereza no dejaban de acudir en parte alguna. En sus escursiones se perdian en el laberinto de calles de Madrid. Entonces no tenian mas recurso que preguntar á los transeuntes que muchos de ellos reparando en su acento estranjero se les burlaban á las barbas, otros las guiaban mal con el propósito de estraviarlas y alejarlas del punto que buscaban.

Su corazon no desfallecia por esto....

Todas las noches al acostarse, rezaban humildemente encomendando al cielo el alma de su padre y esposo respectivo, y rogaban al obispo de L.*** para que intercediese con Dios á fin de que se apiadase de ellas. Todas las noches se dormian en la íntima confianza de que el dia de mañana seria el afortunado para ellas.

Mas el dia afortunado no llegaba.

Varias veces fueron á la casa del procurador de la calle de Belen para preguntarle si sabia algo de su principal, la señora condesa de Morlotte, referente á la carta que ellas la habian escrito.

Unas veces no le hallaban en casa, otras la contestacion del procurador era negativa.

Volvieron á escribir una y otra vez á la hija del conde Morlotte.

Nunca obtuvieron contestacion.

Tampoco olvidáronse de acudir á la portería del palacio de la calle de la Estrella no por esto menos inútilmente.

Sus dias eran una angustia contínua, cada uno que transcurria era otro tormento imponderable...

No encontrando trabajo, no recibiendo contestacion á sus cartas, agotándoseles los recursos por instantes... resolvieron con heroismo lo siguiente:

Aguardar con la mayor impasiblilidad que su dinero disminuyese hasta la cantidad de treinta francos. En llegando á esta cantidad, acudir á un memorialista ó agente de negocios para hacerse inscribir en la lista de sirvientas que desean colocacion...

¡Servir! ¡La esposa de un médico, la hija del mejor doctor en

medicina de la ciudad de L.***! Esto era espantoso, realmente; pero era, al fin, menos malo que morirse de hambre ó prostituirse, despues de haber consumido la última moneda.

Llegó la vigilia del dia en que debian descontar el primero de los treinta últimos francos. Hacia cerca de tres meses que se hallaban en Madrid. ¡Al acostarse rezaron como de costumbre, encomendaron á Dios el alma del doctor Tournail, rogaron al obispo que intercediese en favor suyo, y se dijeron la una á la otra:

—¡Ah! no hay mas remedio... la hora del sacrificio ha llegado!...

CAPITULO VIII.

Continuacion del anterior.—La separacion.

Es inútil declarar aquí que aquella noche ni la una ni la otra pudieron conciliar el sueño, y que entrambas procuraron ahogar hasta el aliento que salia de sus labios por temor de despertarse mútuamente. Sus lágrimas corrian en silencio como un manso arroyo y se empapaban en la almohada donde sus cabezas debian descansar por última vez.

Así que Ana María vió lucir los primeros rayos de la aurora principió á agitarse por la cama. Eva desde aquel momento se creyó á su vez dispensada de permanecer en la inmovilidad que hasta entonces habia procurado observar, y se atrevió á romper el silencio con estas palabras:

—¿Duermes, madre mia?

Ana María respondió en el acto:

—No, hija; no duermo!...

Ambas callaron. Mucho rato despues, la madre, como si prosiguiese una conversacion desde algun tiempo principiada, dijo:

—Hija mia, vamos á emprender una nueva vida en medio de una ciudad que apenas conocemos; en medio de un torbellino cuyas corrientes pueden llevarnos al fondo de un precipicio. ¡Ay! no olvides nunca los deberes que una mujer tiene que cumplir para consigo misma. ¡Hemos sido muy desgraciadas!... Tu pobre padre amaba mucho á los pobres: por ellos sacrificó quizás nuestro porvenir y bienhestar; pero lo que á los pobres se sacrifica, se sacrifica á Dios...

Dios se apiadará de nosotras!... Debemos resignarnos y humillar la cabeza ante sus designios... La resignacion es la mas sublime de todas las virtudes... Sea cual fuere la familia ó casa que nos depare la suerte debemos considerarla como la de nuestros padres. Lo que nos manden, obedecerlo con humildad... y no aguardar que nos reprendan, procurando salir siempre, siendo honrados, al encuentro de sus menores deseos. Debemos oir sin escuchar, y olvidar al punto lo que hemos oido en cuanto á nosotras no se refiera... No tenemos mas libertad que la de examinar atentamente si la casa en que entremos es un peligro ó nó para nuestras almas. Una vez en ella, sigamos con amor todas las vicisitudes que quizás esperimenten; pues, en el mundo nadie está exento de ellas. Grandes riquezas por fuera son á veces grandes miserias por dentro. Un buen criado en una casa es el mejor amigo: se incrusta en la buena familia como un diamante en una plancha de oro. Dios ha querido que viniésemos á ménos; respetemos sus designios.

—Tienes razon, madre mia;—contestó Eva,—tus consejos son muy santos. Pero por lo mismo que este pueblo es una Babilonia, ¿cuántos dias pasarán sin vernos? ¡ay! seria horrible, madre mia, no poder verte á menudo... Si no pudiese abrazarte frecuentemente ¿que seria de mí?

—¡Confiemos en Dios!—contestó la madre.

Ana María, que procuraba contener las lágrimas que se aglomeraban en sus ojos, tenia el alma partida y el corazon quebrantado de pesar. Le era preciso, sin embargo, manifestar mas valor del que tenia y mayor resolucion de la que podia disponer.

Aquella escena era realmente triste, ¿quien sabia lo que un dia despues podia sucederlas?

Pasaron mucho tiempo conversando sobre el mismo asunto.

Sin duda por dicha causa, se levantaron bastante tarde.

Salieron de casa y se encaminaron á los barrios centrales de Madrid, donde en cada calle abundan las agencias de colocacion de criados y criadas.

Pasaban por enfrente de algunas de dichas agencias y no se detidian á entrar. Llegaban á la puerta, se paraban y retrocedian...

Por fin entraron en una.

Era un memorialista que tenia varios anuncios en la puerta.

Aquel memorialista les dió dos direcciones de otras tantas casas que necesitaban criada.

No habia ninguna que necesitase dos á un tiempo, que era lo que con afan se habia apresurado á preguntar la madre.

La una existia en la calle del Noviciado, la otra en la calle de la Comadre: de un estremo á otro de Madrid, es decir, que para reunirse necesitaban andar la una ó la otra media hora de camino.

No podia convenirles; pero el memorialista no tenia otra cosa, y esto no obstó para que dejase de exigirlas dos reales por el servicio.

Fueron á otro.

Tampoco sabia de ninguna casa que necesitasen dos sirvientas á la vez.

Aquel memorialista tenia muchos mas encargos por el estilo.

Hizo que se esplicasen y les dió las señas de dos casas distintas.

La una era en la Caba alta, la otra en la del Almirante.

La distancia era algo menor.

Se hallaban mas cerca de la del Almirante que de la calle de la Caba alta. Encamináronse á la mas cercana.

Era la casa de un rentista que tenia un hijo de veinte años, educado en Francia y que apenas sabia hablar el español.

Allí se quedó Eva á pesar de cierta repugnancia por parte del rentista porque no tenian en Madrid persona alguna que las abonase.

Convinieron en que cada domingo por la tarde la dejarian disponer de dos horas para ella.

La casa de la calle de la Caba alta era la de un sastre, donde se necesitaba una niñera por el precio de dos reales diarios sin darle albergue ni alimentos.

El memorialista solo las habia estafado á medias.

Ana María corrió todo el dia en busca de casa donde servir. Al anochecer, por fin, encontró lo que buscaba en una casa de huéspedes de la calle de San Mateo donde le dijeron que no habia mucho que hacer.

Aquella misma noche pagó en la hostería del *Gallo verde* lo que debia, recogió la ropa y se despidió.

CAPITULO IX.

Continuacion del capítulo anterior.—Fin de Ana María.—La resolucion de Eva.

Dos años, permanecieron en Madrid las dos infelices mujeres sin esperanza de ver al conde Morlotte ni de hablar á su hija ó á su yerno, á pesar de haber practicado diligentes todas cuantas gestiones les sugirió su imaginacion. La carta del obispo de L.*** principiaba á ser para ellas un talisman inútil, una fortuna malograda.

Aquellos dos años fueron un abismo para sus pobres corazones.

La madre tuvo la suerte mas desgraciada. Cambió muchas casas: en ninguna halló otra cosa que tormentos, vejaciones de todas clases, dolores sin fin. Como ya no era jóven no servia mucho para ciertas fatigas domésticas; como su presencia era respetuosa y veneranda, la rechazaban en muchas casas temerosas de encontrar en ella una mujer en quien les repugnase mandar en absoluto, cuando no una inoportuna fiscalizacion de sus actos.

La infeliz madre de Eva, llevó, pues, en Madrid una vida desastrosa. La mujer del mas afamado médico de L.*** hubo de pasar por todo. No tenia en el mundo mas consuelo que su hija, á quien solo veia de ocho en ocho dias, pero no con entera regularidad, pues se pasaban por alto algunos domingos, cuando no por imposibilidad suya por imposibilidad de Eva.

Su salud fué eclipsándose rápidamente. Al año de hallarse en Madrid, nadie la hubiera conocido; á los dos años era una vieja: su

vida no debia pasar del segundo año de haber abandonado á L***.

. . . . . .

. . . . . .

Un domingo por la tarde Eva, despues de haberla aguardado largo rato inútilmente en la Puerta del Sol, que era el punto de la cita dominical, decidió emprender su camino hácia la casa en que su madre servia.

Era en la casa de un yesero de la calle de Santa Brígida, y la Puerta del Sol el punto intermediario entre esa y la en que Eva servia.

Principió á andar con ánimo de alcanzarla en su camino.

A medida que se acercaba á la casa del yesero iba oprimiéndosele el corazon por un funesto presentimiento. El domingo anterio, habia dejado á su madre algo enferma, y si bien no habia temidor durante los seis dias que no la habia visto, que fuese de cuidado la indisposicion que la aquejára, principió desde aquel momento á sentirse acosada por una viva ansiedad. Aceleró su paso velozmente y llegó á la casa del yesero, jadeante y llena de pavor.

Preguntó por su madre y la dijeron que no estaba.

—¿Dónde está?

—En el hospital de los Franceses,—le respondieron con la mayor indiferencia,—teníamos el encargo de mandaros un recado para participároslo, pero como aun no tenemos criada...

—¿Desde cuando,—preguntó Eva con los ojos arrasados en lágrimas,—se halla mi madre en el hospital?

—Desde el lúnes.

—¡Santo Dios!—esclamó la infeliz. Y sin añadir palabra salió precipitadamente de la casa, desatentada, como una loca, emprendiendo su camino hácia el mencionado hospital.

Llegó allí. Preguntó por su madre dando el nombre y las señas que le pidieron, y un pobre viejo, dependiente sin duda del establecimiento indicó con un gesto que le siguiese.

Atravesaron un patio; despues un largo corredor, en cuyo estremo se divisaba una capilla, y penetraron allí.

Era una estancia mortuoria....

Eva, con el pañuelo en los ojos seguia á tientas al hombre que la

acompañaba. El hombre se paró enfrente de un tablado de madera. Eva entonces abrió los ojos... Se encontró en presencia de su madre muerta... Al verla prorumpió en un terrible grito de terror, y cayó al suelo sin sentido, como herida por un rayo...

Cuando volvió en sí, hubo de arrancársela á viva fuerza de encima del cadáver de su madre. Parecia que una locura frenética se habia apoderado de ella. Alguna persona caritativa se apiadó de su desgracia y consiguió, despues de esfuerzos desesperados, acompañarla á casa de su amo...

No habia pensado nunca que pudiese llegar este caso.

Principió á entristecerse despues de algunos dias de indecible desesperacion, á sentirse abatida, á ahogarse dentro del torbellino inmenso de la vida de Madrid y pensó en huir de aquel lugar donde habia tenido que soportar el mayor sufrimiento de su alma.

Resolvióse á regresar á su pais natal.

Pero carecia de recursos.

Entonces habló al rentista, su amo, y le participó su determinacion.

Si aquel hombre hubiese tenido entrañas le hubiera proporcionado en el acto los medios de realizar su viaje. Pero solo convino en ser el depositario de sus mensualidades hasta reunir la cantidad necesaria para su traslacion á L.***

El hijo del rentista fué quien más se opuso á semejante viaje, alegando como motivo suficiente, que el dolor de Eva debia ser transitorio y pasajero... Otra, sin embargo, era la verdadera causa.

Medio año despues Eva tenia el dinero reunido para regresar á L.***

Su estancia en Madrid no habia sido pasagera para todo el mundo. Una persona, quizás sin saberlo, quedaba dominada por la hermosura de Eva; atado fuertemente á sus bondades; profundamente enamorado de ella.

Como interesa saber el nombre del padre y del hijo á cuyo servicio Eva habia permanecido durante los dos años y medio de su destierro de L*** los revelaremos á nuestros lectores.

El padre se llamaba Anton Martin.

El hijo Emilio.

CAPÍTULO X.

Generosidad de la pobre Eva

De intento hemos reseñado desde su orígen, aunque brevemente, la série de acontecimientos que, rodando sin cesar unos tras otros, habian colocado á Eva en el estado de aislamiento y soledad en que la hallamos al abrir las páginas de este libro. Ahora, antes de anudar el hilo de nuestra narracion, conviene revelar aun á nuestros lectores la causa del estado exhausto en que se encontraba la caja de ahorros de la señorita Eva, en los momentos en que recibió en su dedo medio de la mano derecha la fatal herida de que hemos hablado.

Vivia al lado de la casa en que habitaba Eva, en su infancia, una familia pobre, cuyo padre trabajaba en la fábrica de tejidos é hilados del señor Beltran, desde tiempo inmemorial; es decir, desde su mas tierna infancia. Aquel hombre se llamaba Gerard, y usaba como un timbre glorioso de su existencia el no haber trabajado nunca en otro taller que en los del mencionado fabricante. Era un hombre que habia nacido únicamente para el trabajo corporal. Estaba bien en su esfera; tan bien, que hubiera rechazado como un delirio, como una tentativa acaso criminal, cualquiera proposicion encaminada á persuadirle de lo contrario, ó procurado arrancarle del pié de la máquina para ocupar otro puesto, aun dentro mismo del trabajo, más cómodo y productivo. El pobre no valia nada considerado en sus grados de inteligencia. Era un espíritu dormido para todo me-

nos para guiar la fuerza de sus brazos. Era una costumbre viviente.

Para convenir en lo que decimos no habia mas que verle, y sobre todo, verle en el trabajo.

Su cuerpo permanecia constantemente encorvado, efecto de la posicion que guardaba en su trabajo.

El color de su rostro era algo aceitunado. Tenia la nariz perfilada, delgadas sus ventanas, mórvidas, contraidas y de un color de cera vírgen, señales terribles que indican una mortal afeccion en el hígado ó en los pulmones. No llevaba pelo de barba, quizás porque carecia de él. Sus ojos eran brillantes, pues se hallaban siempre como bañados de un líquido claro que no se resolvia en los lacrimales ni se comunicaba á los párpados, secos y pergaminosos, guarnecidos de una escasa pestaña cerdosa y desigual. Casi siempre su mirada era baja. Todo esto unido á unos lábios gruesos, el inferior constantemente caido como un pedazo de membrana muerta y el superior dilatado hasta formar una arruga en el estremo de sus mejillas, imprimia en el conjunto de su rostro esa sonrisa simplona ó medio estúpida que inspira compasion cuando no infunde repugnancia. Completaba este tipo desgraciado una triste configuracion de cabeza, pues era deprimida en su frente, formando una corta línea recta desde las cejas hasta la parte superior delantera, y desde allí, achatada por ambas partes, remataba en el occipucio como una seccion invertida de almendra. El cabello que cubria su cabeza era lanoso y negro y arrancaba á muy pocas líneas de la seccion frontal...

Gerard tenia mujer y una hija.

Su mujer, que se llamaba Resguardo, valia, físicamente considerada, un tesoro en comparacion de su esposo, y la hija comparada con la madre, era una adorable criatura. Ni la una ni la otra, sin embargo, se salian de la vulgar generalidad de las mujeres de sus años.

Luisa, que así se llamaba la hija, tenia en la época de que hablamos diez y ocho años, de los cuales habia pasado buena parte al lado de Eva en su calidad de vecina. Se habian criado juntas, crecido juntas y educado juntas. Habian sido dos amigas verdaderas y

se amaban con ese amor de hermanas que engendra la niñez y no se estingue nunca en almas tiernas y generosas.

Dos años hacia que Gerard habia quedado inútil para el trabajo y Luisa le habia reemplazado en él.

Diremos, aun á trueque de parecer molestos, cual fué la causa de su inutilizacion para el trabajo.

Como era el hombre mas pasivo del mundo y no tenia, puede decirse voluntad propia, se dejaba llevar en todo menos para arrancarle del taller. Esto hacia que en la fábrica pudiese destinársele á cualquiera faena sin que profiriese la mas pequeña murmuracion.

Un dia se le presentó uno de los mayordomos y le dijo:

—Gerard, es preciso que abandoneis el carro de la máquina y paseis al batan.

Gerard no hizo mas que encogerse de hombros y preguntó como si no hubiese oido bien.

—¿Al batan grande?

—Sí amigo, será por poco tiempo,—añadió el mayordomo.

—Por el tiempo que querais,—le contestó buenamente.

Gerard se puso al batan...

Entonces tenia cuarenta y cinco años y, como hemos indicado, principiaban á aparecer en su rostro las señales de una grave enfermedad, hija de la fatiga y continuado trabajo de toda su vida.

Nunca, como desde aquel dia, la máquina habia marchado tan perfectamente: el mayordomo estaba contentísimo. Pero hé aquí que pasadas cuatro ó cinco semanas el pobre Gerard principió á toser de una manera estraña y fatigosa.

Resguardo, su mujer, le decia:

—De esto tiene la culpa la máquina.

Y él contestaba:

—¿Te figuras que soy un chiquillo?

—El polvo del algodon es muy malo, segun he oido decir.

—¿Por ventura yo lo respiro?—preguntaba Gerard.—Vaya, que cosas tienes, mi buena Resguardo.

La mujer quedaba tranquila con esta esplicacion y el buen hombre continuaba con su tos seca, que á veces le dejaba algunos minutos sin respirar.

El tiempo trascurria y no se le relevaba de la máquina.

Un dia el mayordomo pasando por su lado clavó en su rostro una mirada singular.

—¿Cómo va, mi querido Gerard?—le preguntó.

—Muy bien; estoy aguardando que me destineis nuevamente á mi carro.

—Continuad, por ahora,—le contestó;—ya os avisaré cuando sea la ocasion.

Al hablar así, el mayordomo puso la mano sobre la cabeza de aquel infeliz obrero y se la bajó como quien baja la de un maniquí, dócil á la mano del pintor.

El mayordomo, hizo un gesto desagradable, cerró fuertemente los labios y los ojos á un tiempo, y pareció que decia interiormente al compás de ciertos movimientos:

—¡Malo, malo, malo!...

Los cabellos del pobre Gerard formaban materialmente una cáscara como de coco. Fuertemente adheridos entre sí eran una masa sólida, huesosa, clavada á la piel como una monstruosa incrustacion de la misma.

El mayordomo, que no pudo convenir en un principio con la rapidez de semejantes estragos, cuando se hubo convencido, por medio del mencionado exámen, dijo:

—Gerard, hoy mismo dejareis esta máquina.

Gerard, como resentido de lo que acababa de oir respondió:

—¿Por qué, señor?

—Porque no quiero que trabajeis mas aquí.

—Como querais.

—No, no: porque os pondríais enfermo.

—De modo que ahora sois vos el que temeis.

—Temo,—murmuró por lo bajo,—que ya no sea tiempo.

Como Gerard no entendiese bien lo que el mayordomo decia, preguntó:

—¿Qué decís?

—Que no me convenís aquí.

—¿No os gusta mi trabajo? ¡Ah! creed que pongo todo mi cuidado.

—Ya lo sé, mi buen Gerard. Pero temo que os pongais malo.

—¿Soy por ventura un chiquillo?

—No; sois todo un hombre, y por esto no quiero perderos.

Ya era tarde.

Una semana despues dejaba el trabajo, en medio de los mas horribles dolores de que pueda formarse idea, y su razon principió á flaquear hasta el punto de postrarse en una parálisis é idiotez completa.

Su hija, como hemos dicho, le reemplazó en el trabajo.

Cuando Eva regresó de Madrid, una de sus primeras diligencias fué la de correr á abrazarla. La infeliz ignoraba el estado lamentable del pobre Gerard y pensaba hallar á su amiga como la habia dejado. Su asombro fué grande cuando vió que habia tenido que seguir la suerte de las mujeres pobres de su país... Lloró en sus brazos como en otros tiempos habia reido alegremente, y las lágrimas de la una y de la otra se confundieron: las de Luisa lamentando la desgracia de su amiga Eva, las de Eva lamentando la desgracia de su amiga Luisa.

Desde entonces todos los domingos se reunian y solian pasar gran parte del dia juntas.

Un domingo Eva en vano aguardó á Luisa. ¿Qué habia pasado? Tal vez una lijera indisposicion, una causa ténue cualquiera. Eva aguardó al próximo domingo tan solo con una sombra de zozobra. Pero vino el siguiente domingo y Luisa tampoco fué. En su lugar recibió un aviso diciéndole que estaba enferma.

Voló á su lado mas lijera que un pájaro; poco mas ó menos, como habia volado cerca tres años hacia al lado de su madre.

La enfermedad era insignificante al parecer. Con el poste de una máquina habia recibido un pequeño golpe en el pecho izquierdo. Solo le dolia haciendo ciertos movimientos. Pero los primeros dias habia tenido calentura y todavía se hallaba imposibilitada de trabajar...

Apenas pudo resistir al dolor acudió de nuevo al trabajo. Pero ¡cosa rara! ni el tiempo ni los remedios que practicaba para estinguir el resto de aquel estraño mal, la mejoraban. No tenia nada al parecer; ni siquiera en algunas ocasiones podia localizar fijamente

el dolor interno que esperimentaba; pero cuando menos pensaba en él, como por medio de una zaeta invisible, se sentia herida singularmente. Repetia muchas veces los movimientos que segun ella lo habian producido y entonces no sentia nada. Se lo participaba así al cirujano que la habia asistido anteriormente, y el cirujano le hacia mil preguntas que á todas casi siempre contestaba del modo siguiente:

—Yo no se esplicarme; pero es una cosa rara: no siempre que me muevo de la misma manera siento esta dolorosa punzada que me deja casi sin sentido. A veces un suspiro... respirar de esta ó de aquella manera, no se cual, bastan para producirme lo que os digo.

El cirujano no sabia que responder y la miraba con aire compasivo.

Luisa continuaba:

—Esto me tiene de muy mal humor, porque estoy temiendo siempre que me asalten estas crueles punzadas, que si fuesen frecuentes ¡ay! infeliz de mí, no podria aguantarlas...

Y efectivamente se entristecia cada vez más, y al entristecerse enflaquecia...

En el espacio de algunos meses daba compasion el verla.

—¿Pero qué tienes,—le preguntaba su madre,—no dices que este dolor no es contínuo?

—No, no es contínuo; pero no sé lo que tengo.

Sin embargo, Luisa trabajaba.

Un dia el cirujano dijo que queria consultar con un médico sobre aquel caso grave.

—¡Ah! señor, deberemos pagar muy cara,—esclamó la madre, —esta consulta.

—Os costará veinte francos,—respondió el cirujano.

—¡Es imposible!—murmuró la misma, pensando en lo precario de su situacion.

Pero Eva estaba allí y contestó:

—¡Cómo imposible! ¡Vaya si será como el señor lo manda; yo me encargo de esto!

Eva se acordaba de su caja de ahorros y echó mano de ella. La consulta tuvo lugar á los pocos dias.

Su dictámen fué terrible, espantoso...

Todas las señales demostraban la existencia de un cáncer, ó por lo menos de un estado escirroso, evidente; estado que solo se separa un paso del cáncer; paso que casi nunca deja de ganarlo la enfermedad en su curso.

Era preciso aguardar.

A la enferma no se lo dijeron, pero á la madre y á la amiga era preciso advertirlas. Se ordenó por el pronto un tratamiento el mas costoso de todos para la enferma: la abstinencia completa de trabajar y permanecer en la cama ó en el mayor reposo por lo menos, todo el tiempo que durante el dia le fuese posible, mientras se observaba el curso del mal, que si se declaraba con toda su intensidad, no tenia mas esperanza que la estraccion de la parte dañada por medio de una operacion la mas peligrosa y difícil. Era preciso amputar el pecho.

Semejante operacion en una mujer pobre, no puede generalmente practicarse á domicilio.

Poco tardaron, pues, en oir hablar del hospital, porque la enfermedad seguia su curso rápidamente y á los pocos dias de la consulta no dejó duda alguna de que el cáncer estaba formado.

Entonces fué necesario hablar claro á la enferma, y un dia el médico, aprovechando la ocasion, y como quien no dice cosa importante, murmuró sordamente:

—Hé aquí una enfermedad muy fácil de curar si tuvieseis paciencia de sufrir algunos momentos un dolor un poco mas vivo que el que os hacen sufrir los remedios que os administramos.

Luisa saltó con amarga viveza.

—¿Qué decís, señor? ¿no veis cuanto tiempo de sufrimientos intensísimos?... ¡Qué no haria yo para curar de una vez!

—En este caso, probaremos de poneros en salvo prontamente.

—¡Ah!—añadió Luisa vivamente afectada,—¿probareis? ¡Oh! una prueba nó; quiero una seguridad; si me la dais os aseguro que sea cual fuere el remedio, no me oireis desplegar los labios.

—Solo Dios puede asegurar el éxito de una operacion semejante,—contestó el cirujano.

—¿Y cuál es esa operacion?

—La estraccion de la parte dañada... Fuera ella estará fuera el mal.

—¡Ah! ¡Dios mio!—esclamó horrorizada Luisa.—¡Quereis cortarme el pecho!

El médico aprovechó aquel momento y dijo:

—Queremos salvaros, y este es el único camino...

Luisa, que habia llegado al colmo de sus sufrimientos, dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la silla en que se hallaba sentada, y esclamó como si se tratase de todo menos de ella:

—Haced lo que querais.

. . . . . .

. . . . . .

Una semana despues se procedia, en el hospital, á una operacion que fué felicísima.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando Eva se hirió en el dedo, Luisa entraba en el período de su convalecencia, que debia ser larga y delicada.

Ahora, preguntaremos nosotros, si para la consulta primera Eva echó mano de su caja de ahorros, ¿qué no debia haber sucedido después? Ya se sabe, pues, el porque en aquellos momentos no tenia un solo sueldo para comprar un dedal.

CAPITULO XI.

El primer préstamo.—La primera carta.

Ahora reanudemos el hilo de nuestra historia.

Eva desde el momento que recibió la cruel herida en el dedo medio de la mano derecha, procuró restreñir la sangre que manaba con abundancia y se colocó un pequeño apósito empapado en un bálsamo que guardaba cuidadosamente para semejantes eventualidades. Creyó que la herida era leve y de ninguna importancia, y trató de continuar su trabajo.

¡Tarea inútil!

Cogió el dedal y lo examinó atentamente hasta obtener la mas completa conviccion de su inservible estado. Sin embargo, no tenia otro y era preciso trabajar...

Pensó entonces ponerle un forro interior y servirse de él en el dedo anillar, pero ¿de qué materia seria el forro que fuese al propio tiempo suficientemente duro y poco voluminoso, como el caso requeria?

¿De tela? Para dar á la tela la impenetrabilidad bastante para que la cabeza de la aguja no traspasase hasta la carne, eran precisos seis ú ocho dobleces, en cuyo caso el dedal no cogeria ni en el dedo anillar, á pesar de su menor volúmen. ¿De papel ó de carton? Habia los mismos inconvenientes. ¿De hoja de lata? Tal vez; pero se ocurrió á Eva el inconveniente de no tener disponible ni el mas pequeño pedacito de semejante materia.

Eva probó la tela, el papel, el carton. Todo en vano: tuvo que de-

sistir de su propósito. No le quedaba, mas esperanza que la de hallar un pedacito de hoja de lata. ¿Dónde? En la cocina. Allí habia: casi todo su menaje lo era... Pero, ¿inutilizaria alguna pieza de las que lo componian? No era prudente. ¿Se quedaria, pues, sin proseguir su trabajo? No era posible. ¿Qué hacer?... ¡Por tres sueldos que le costaba un pozalito de hoja de lata, dejar de ganar veinte y ocho, que debia valerle el jornal de aquel solo dia, casi era un delito vacilar!...

Pero Eva no se decidia; no podia decidirse.

Miraba á su rededor como si debiese surgir del suelo ó de las paredes un pedacito de semejante hoja. Vana esperanza: si lo queria no le quedaba mas remedio que inutilizar alguna pieza de la batería de su elegante cocina. Esto era doloroso, pero la única salida.

Por fin se decidió... era preciso trabajar.

Puso la vista sobre varios objetos á la vez: ninguno era á propósito. Este tenia un borde que no podria cortar aun con sus grandes tijeras; aquel era de un grueso demasiado resistente; el de mas acá una pieza que costaba dos francos; el de mas allá, indispensable para el servicio del dia... Por último, fijó los ojos en una espumadera que en el estremo del mango tenia como una cinta de la hoja metálica que buscaba, y que servia para ser colgada de un clavo en la pared, en forma de lazada.

¡Ah! aquello podia ser sustituido por un pedazo de bramante: no inutilizaba nada... ¡Pecho el agua! Cogió la espumadera y examinó atentamente el indicado apéndice. Estaba clavado con un fino alambre de parte á parte. ¿Cómo desclavarlo? Se le ocurrió valerse de unas tijeras que ni eran las grandes ni las mas finas de que podia disponer. Lo dicho hecho. De la cocina pasó al gabinete, cogió las tijeras medianas, forcejó... todo iba bien, cuando en un esfuerzo violento le resbaló la mano, y una de las cuchillas de las tijeras se quebró por medio. ¡Diez sueldos perdidos! No se desanimó por esto; prosiguió su tarea y con la otra cuchilla consiguió su objeto que era aderezar el alambre. Entonces con los dedos pulgar é índice de la mano derecha trató de extraerlo. No era suficiente. Acudió al ausilio de los dientes... por el pronto tampoco; pero despues de algun tiempo triunfó completamente...

Aplanó la planchita en cuestion, que tenia unas dos pulgadas de largo por media de ancho y probó de rollarla en el dedo. Perfectamente. Tomó el dedal... no cogia. Era preciso cortar al menos una tercera parte. ¿Con qué? Se le ocurrió que podia segar la lámina doblándola de una á otra parte. Lo probó; mas bien pronto hubo de convencerse de la inutilidad de este medio. Al lado tenia las tijeras grandes: ellas debian servirla y de ellas echó mano. La hoja de lata era dura. Al primer esfuerzo una muesca, al segundo otra; pero el corte profundizaba y esto era lo que convenia... Adelante, adelante... Cayó, por fin, partida la hoja de lata en dos partes... pero las tijeras estaban completamente inutilizadas para cortar nada mas si un amolador no se encargaba de ellas. Cinco sueldos por lo menos. Con la rotura de las otras tijeras, sumaba mas de la mitad de lo que podia ganar en un dia.

De intento hemos descendido á detalles semejantes: son la verdad; toda la pura y sencilla verdad de lo que ocurrió á Eva.

Se nos preguntará ahora. ¿Eva estaba por ventura allí prisionera? ¿No podia salir? ¿Dónde no hubiera encontrado un dedal que pedir bajo cualquier pretesto? ¿No habia en la casa que habitaba alma alguna viviente? ¿No era estimada, querida, respetada por todos los del arrabal?

Si; Eva podia salir siempre que quisiera, nadie se lo impedia; á quien quiera que hubiese pedido, no diremos un dedal sino cualquiera otra cosa, hasta dinero, se lo hubieran entregado en el acto, por lo mismo que todos la querian, la estimaban y respetaban... Pero ¿por qué? Porque nunca habia pedido nada á nadie, sino dado á todos: porque nunca se la veia salir de casa sino á la hora del crepúsculo, cuando la luz natural no era suficiente para trabajar y aun no era la hora de principiar la vela, escepcion hecha de los domingos, que se la veia en la iglesia, á la compra para toda la semana, y despues pasar el resto del dia en el parque de la casa en que habitaba, rodeada de niños y visitada por algunas gentes sencillas que sentian grato placer en hallarse un rato en su compañía.

Antes que Eva pidiese á nadie la cosa mas pequeña era preciso que apelase á todos los medios que su imaginacion le sugiriese: este caso no habia llegado nunca y acabamos de revelar hasta donde llevaba su estremada delicadeza para evitarlo.

Prosigamos, pues, nuestra narracion.

Mientras se ocupó en proveerse de aquella especie de forro para su dedal, no pensó en la herida que tenia en el dedo; no sintió, si así puede decirse, el dolor que le causaba; pero una vez conseguido su objeto y creyendo poder continuar bien ó mal su trabajo, principió al propio tiempo á sentir vivas punzadas en la herida y á esperimentar la molestia de coser de semejante modo. Observó que no tenia la fuerza conveniente con el dedo anillar para apretar la aguja; que para cada punto empleaba cuatro veces mas tiempo que el acostumbrado: lo cual representaba solamente una cuarta parte del trabajo necesario. La impaciencia y el dolor ganaban terreno. Se conturbaba. Aquel objeto mal adherido en el fondo del dedal cada vez le parecia mas engorroso; el apósito del dedo medio la estorbaba; el menor frote le causaba un dolor vivísimo: le parecia que por instantes aumentaba de peso, hasta el punto de no poder sostenerlo. El vaiven de la mano, heria su sensibilidad y observaba en él una pulsacion fuerte, como si fuesen martillazos acompañados de punzadas parecidas á las de hortigas, que se estendian sobre la yema é invadian hasta la segunda falanje del dedo...

Era que la herida se enconaba por instantes; era que no podia continuar trabajando con un dedal de tal manera dispuesto.

Soltó el trabajo y se quitó el dedal.

Pero no renunció á ambas cosas sino á la segunda: pensó que con otro dedal podria continuar su trabajo.

Habia, pues, llegado el caso de acudir al préstamo; al primer préstamo de su vida.

. . . . . .

Juanito, el muchacho que habia acompañado al señor D'Erville, habia vuelto á sentarse en su rincon del fondo del gabinete, aguardando la vuelta de los pájaros. Eva le llamó.

—¿Está tu hermana en casa?—le dijo.

—¡Oh, no!—le contestó;—á estas horas está en la fábrica.

—Es verdad. ¿Y tu madre?

—Tambien está en la fábrica.

—Pues, ¿quién hay en tu casa?

—La abuela.

—¿Quieres hacerme un favor?

—Mandad, señorita.

—Llégate á tu casa y pide á la buena Tronchette un dedal cualquiera, si lo tiene.

—Con mucho gusto.

Juanito fué velozmente á desempeñar su cometido, y volvió con un dedal puesto en el pulgar de su mano derecha.

—Tomad,—le dijo,—este no está agujereado.—He contado á mi abuelita lo que os ha sucedido y me encarga os diga que pongais el dedo en aceite caliente, tan caliente como os sea posible aguantarlo. Dice que esto suele tener malas consecuencias y que debeis cuidar mucho de que no se os encone la herida... Pero decidme, añadió cambiando de tono:—¿los pájaros no volverán?

—Quien sabe... no me han dicho nada al irse,—respondió Eva sonriendo.

—Pues me voy,—saltó el niño con desenfado.—Mi *Neftalí* estará haciendo de las suyas. Mirad como me puso ayer las manos.

Y enseñó sus manecitas llenas de rasguños.

—¡Le martirizas tanto!...

—¡Ah, no; le educo! no hay en el mundo un animal mas tonto, y esto que tiene la cara mas pícara que se haya visto, y parece que todo lo entiende. Pero yo conseguiré enseñarle lo que quiero.

—Cuidado que no te dañe...

—No temais, señorita Eva.

Y haciendo un movimiento de conversion hácia á la derecha, dijo:

—¡Adios...!

El niño desapareció.

¿Aguardaba realmente la vuelta de los pájaros, ó que Eva le diese algun juguete, como tenia por costumbre? Esto es lo que no sabemos.

Eva cerró la puerta tras el niño y se sentó junto al costurero, colocó su nuevo dedal en el dedo anillar y dió algunos puntos á la labor. Inútilmente. En cuanto al dedal trabajaba con mayor desembarazo, pero en cuanto al dedo herido le pesaba mucho más que anteriormente, y parecia que por momentos aumentaba de peso y de

volúmen. Ya no cabia dentro del apósito que se habia puesto, y las punzadas eran cada vez mas vivas y penetrantes segun los movimientos de la mano.

Era forzoso renunciar al trabajo...

Así pasó toda la mañana y parte de la tarde; es decir, intentando de mil maneras diversas continuar su obra y teniendo que desistir constantemente de su propósito.

A media tarde le pareció que tenia calentura, y se echó en la cama. Las punzadas del dedo la impidieron descansar.

Estaba sola, completamente sola en la casa; pues los dueños no vivian en ella, y los colonos se hallaban en las faenas del campo. Hasta la caida de la tarde no debian regresar: se habian ido antes de la salida del sol.

¿Qué hacer en semejante alternativa?

Nada: aguardar.

Entretanto se suministró un baño de aceite caliente en el dedo. Se examinó la herida repetidas veces sospechando contuviese dentro un pedazo de aguja: no vió nada; lo sentia sin embargo, pero creia ser aprension hija del vivísimo dolor que esperimentaba.

La tarde entretanto iba avanzando: la hora del regreso de los colonos se acercaba. Para Eva cada minuto parecia un siglo.

En semejante situacion logró conciliar el sueño, pero ese sueño intranquilo y fatigoso que no consigue dominar el espíritu ni disminuye la sensibilidad de los dolores del cuerpo. Cuando dispertó, (si dispertar puede llamarse el salir de un estado semejante) habia pasado mucho tiempo.

Era la hora del crepúsculo.

La tierra se cubria de tinieblas, y lijeros vapores se estendian por la parte del rio.

Los balcones de la habitacion de Eva estaban abiertos y por uno de ellos penetraba un postrer rayo de sol que iluminaba de lleno la puerta y parte del pavimento.

Eva vió lucir en el suelo, junto á la puerta, un papel doblado. Lo miró medio ensoñolentada y de pronto no hizo caso, pero no separó por esto la vista de aquel papel. No sabia lo que podia ser, no recordaba habérsele caido ninguno, y principió á estrañarle su apa-

ricion, acabando por convencerse de que alguien lo habia introducido por debajo de la puerta.

Entonces se levantó, corrió á él y lo recogió.

El papel estaba escrito; la letra no le era conocida.

Eva leyó lo siguiente:

«Señorita: habeis sido visitada por el fabricante de la ciudad »Mr. D'Erville. ¿Conoceis bien á semejante hombre? Si le conoceis y »le aceptais en vuestra casa, no sois lo que figurais; si no le cono»ceis y él insiste en visitaros... ¡temblad! ¡D'Erville es un malvado!

»Quien os escribe se considera con la obligacion de advertiros. »Temed á D'Erville; no le oigais. Si os habla os engañará; si le »creéis estais perdida sin remedio. Si vuelve, no os manifesteis ad»vertida porque esto podria seros funesto. Haced de manera que »nunca os hable de amor por no tener que contrariarle. Por otra »parte, es un hombre muy temible... Sírvaos este aviso, y ojalá se»pais apreciarlo en lo que vale. Tal vez algun dia sepais quien es »la persona que estas líneas os escribe.

»Guárdeos el cielo, y romped esta carta tan pronto como la hayais »leido, pero gravad su contenido en vuestra memoria. Adios.»

Eva leyó dos veces consecutivas este billete en el momento que el último rayo de sol se apagaba y todo quedaba sumergido en las tinieblas...

—¿Qué es esto?—esclamó hablando consigo misma,—¿qué significa esto? No lo comprendo. ¡Hablarme á mí de amores el señor D'Erville!... ¡Vaya; esto es imposible!... Nó; semejante hombre no me gusta. Tambien á mí me causa horror, sin saber porqué. Sin embargo, él ha venido á mi casa para proporcionarme trabajo. Esto no le puede condenar, ya que yo necesito trabajar para vivir. Bien al contrario. Si el señor Beltran cerrase su fábrica...

En aquel momento una aguda punzada en el dedo interrumpió su monólogo.

Eva exhaló un profundo quejido y dijo:

—Pero, ¿qué es esto, Dios mio?.. No comprendo como un simple pinchazo en el dedo puede martirizarme tan cruelmente. Es muy estraño lo que me pasa... yo que estoy acostumbrada á esto. No puedo sosegar. Tan pronto me parece que me prensan el dedo con

una fuerza estraordinaria, como se me figura que se dilata y ahueca como una campana... Esto es insufrible... ¿Qué tengo en este dedo?

Eva lanzó una mirada por la estancia y se vió rodeada de tinieblas.

Se dirigió á la cocina á tientas y encendió un quinqué. Con él se fué al gabinete dormitorio donde habia el tocador.

Abrió un libro. Entre sus hojas habia un retrato de fotografía.

Estuvo contemplándolo durante mucho tiempo. Entonces hubiérase creido ver en ella á la mujer mas feliz del mundo. Lloraba de ternura..... El retrato era de un jóven de unos veinte años. En aquellos momentos, no hay que dudarlo, no sentia dolor alguno: estaba como sumergida en un éxtasis delicioso...

Mas tarde llamaron á la puerta, Eva hizo un movimiento de infinito disgusto. Escondió el retrato y fué á abrir.

Era Teresa, la esposa del colono de la casa, que llamaba.

Entonces volvió á sentir toda la realidad de su triste situacion...

Eva esplicó á Teresa todo lo que habia pasado, y á esta no se lo ocurrió otra cosa que llamar inmediatamente á un cirujano.

Todo el arrabal supo aquella misma noche su desgracia.

CAPITULO XII.

La segunda carta.

Al dia siguiente, antes de amanecer, Eva abandonó la cama, donde apenas habia podido conciliar el sueño. Despues de un rato que permaneció en el *tocador*, (permítasenos la palabra) salió á la galería, y se sentó en el alfeizar de una de las ventanas. Su actitud contemplativa era la mas triste y melancólica que darse pueda. Algunas lágrimas saltaban de vez en cuando de sus párpados y, cruzando por sus mejillas caian gota á gota en sus manos que descansaban sobre la falda del vestido.

Nadie, al verla, hubiera adivinado en ella á la misma alegre mujer que el dia anterior parecia ser la reina de los pájaros y de las flores... Pensaba en su porvenir, que principiaba á presentársele lúgubre y funerario, y por esto, más que por el agudo dolor que le causaba su herida, su rostro indicaba la profunda pena de un alma apesadumbrada.

La mañana despuntaba en los horizontes con todos los encantos de la primavera. Los lejanos montes, lijeramente tornasolados se dibujaban como una nube transparente á guisa de franja de plata al estremo de una cortina azul turquí salpicada de moribundas estrellas.

El aire era ledo. El rio murmuraba, coronado de brumas que lamian sus rizos apenas perceptibles. Los pájaros descendiendo de los árboles, se revolcaban en la tierra y corrian á bañarse en los pequeños estanques que forman las piedras margenales del rio, des-

gastadas por la eterna corriente de las aguas. La naturaleza, en fin, se despertaba con toda la riente magestad imaginable.

Imposible parece, cada vez que uno sorprende esos cuadros encantadores, que en su fondo y ocultos tras tanta pompa y esplendidez, se oculten séres que solo respiran dolor y melancolía. Sin embargo, para el alma dolorida esos instantes de la naturaleza son parte á aumentar más y más la intensidad de sus dolores.

A medida que el cénit iba clareando, los amigos, los hermanos de Eva iban acercándose de árbol en árbol hácia ella, y alguno que otro se veia triscar ya alegremente por la cornisa del edificio, cantando á media voz y como ensayando el himno matinal con que diariamente acudian todos presurosos á dar los buenos dias á su hermana.

Eva les contemplaba con los ojos chispeantes de lágrimas.

El sér mas libre de la creacion, el pájaro, es, sin embargo, de todos, el mas adicto á la costumbre. Cualquiera alteracion le alarma.

No estaban acostumbrados á ver las ventanas abiertas tan de mañana, y de aquí que, á medida que á bandadas iban llegando, manifestasen todos su asombro. ¿Quién sabe si habian recibido de Dios el encargo de ir á dispertar á Eva todas las mañanas, y al ver á su hermana levantada, se sorprendian avergonzados de su propia pereza?

Parecia que con sus arpadas lenguas interrogaban en este sentido á Eva, y Eva no les respondia sino fijando en ellos una melancólica mirada.

Por fin, Eva, despues de mucho tiempo, y cuando ya el sol principiaba á dorar las copas de los árboles, abandonó el alfeizar de la ventana, dió algunos pasos y se paró.

¿Dónde habia intentado ir? ¿Por qué desistia? Ella misma lo ignoraba. Maquinalmente se habia levantado, maquinalmente se paraba. Pero algunos pájaros entendieron que su hermana les franqueaba la entrada, y se precipitaron al interior de la habitacion, como las primeras guerrillas de una columna invasora. Entonces Eva volvió en sí de su letal ensueño, sonrió y dijo entredientes:

—¡Pobres amigos mios! Dios provee á vuestra subsistencia por-

que os ha puesto en la tierra para cantar todas las grandezas de la creacion; sois el himno mas armonioso que la naturaleza eleva la trono de su creador...

Dicho esto se encaminó á la cocina y poco despues volvió á entrar con un puñado de mijo en una mano y un pedazo de pan en la otra. Desmenuzó el pan y lo esparció por el suelo á un tiempo con el mijo. Los pájaros se precipitaron hasta sus propios piés.

El *Gendarme* y el *Atolondrado* estaban allí, en primer término.

Mientras los pájaros devoraban su racion de todos los dias, Eva se sentó arrimada al costurero. Les contemplaba embebida como la madre contempla á sus hijos jugando alegremente al rededor suyo.

Solo alguno que otro se atrevió á subir al borde del costurero. Eva sonreia, pero sin dirigirles la palabra. Echaban sin duda á menos el no tomar las migas de pan de sus propias manos.

De repente entró *Nevadillo* por la ventana y de un vuelo se colocó á su hombro derecho.

—Hola, perezoso,—le dijo.

El *Atolondrado* no quiso ser ménos y al punto se colocó al otro hombro de Eva.

—¡Pobres amigos mios!—esclamó,—¡si tuviese que abandonaros!... ¡Ah! si debiese resignarme á no oiros cantar!...

Se tocó el dedo herido con la mano derecha y prorumpió en un agudo suspiro añadiendo al propio tiempo:

—¡No puedo, no; es imposible!... ¡Que insoportable dolor!...

Así discurriendo y hablando consigo misma y con los pájaros que la rodeaban, oyó un sordo ruido por la parte esterior de la habitacion. Puso el oido atento y antes de cerciorarse da que aquel ruido provenia de alguno que subia por la escalera, los pájaros se lo advirtieron desalojando de un solo vuelo la estancia y poniéndose casi todos en el pasamanos de la galería esterior del edificio. Allí se quedaron como de escucha ó en observacion; pero al momento se lanzaron á los aires, cantando unos y silenciosas otros, quizás por no perder la miga de pan ó el grano de mijo que se llevaban en el pico.

Llamaron á la puerta en aquel mismo instante.

Eva fué á abrir. Un muchacho se presentó y sin apenas saludarla, le puso una carta en la mano diciéndole:

—¿Es á vos, señorita, á quien va dirigida?

Eva leyó el sobre que iba dirigido á ella exactamente.

—Sí,—dijo,—es para mí... ¿Me puedes decir de quien es?

—Sí, señorita, es de mi amo.

—Y ¿quién es tu amo?

—Mr. D'Erville, fabricante de la ciudad.

—¡Ah!—Esclamó Eva,—¡ya sé!... ¿Te he de dar algo?

—No, señorita, mi amo me ha prevenido precisamente que no tomase nada; pero si vos quereis...

Eva hubiera querido remunerar tal vez por su cuenta al mandadero, pero no le era posible, por los motivos que no ignoran nuestros lectores. Se atuvo á las órdenes del señor D'Erville, diciéndole:

—Otro dia, muchacho; otro dia que no tengas de infringir los mandatos de tu amo.

—Está muy bien,—contestó el niño alegremente y desapareció.

Una vez Eva estuvo sola con su carta en la mano, dijo:

—¡Del señor D'Erville!... ¿Qué querrá?

No tenia mas que romper el sobre y leer su contenido. Sin embargo, aquella carta la causaba cierta repugnancia y hubiera preferido no haberla recibido. No sabia por qué, pero el señor D'Erville no habia podido infundirle la menor simpatía, apesar de no haberle visto sino con un motivo altamente satisfactorio para ella, ya que se trataba de darle trabajo con mejores condiciones que el que tenia. Rompió por fin el sobre.

Su contenido era el siguiente:

«Eva: acabo de saber vuestra desgracia, y al mismo tiempo, »que el fabricante Beltran ha mandado á vuestra casa á reco»jeros la labor que no podeis concluir. Ahora comprendereis cuan »infundadamente tratabais de guardarle ciertas consideraciones, y »que es muy justo, tal cual yo os decia, que cada uno procure solo »para sí. Os considero, pues, á tenor de vuestra oferta, otra de mis »trabajadoras. Las trabajadoras de mi casa, portándose ellas bien, en»fermas ó sanas, no se las abandona nunca: trabajan en lo que pue»den ó nó; pero no se les permite que se mueran de hambre. Hay »siempre suficientes fondos en la casa para hacerles aquellos anti»cipos que se consideren justos y cómodamente reintegrables. Vos,

»aun cuando no podeis coser, (y por una rara casualidad he sabido »que desgraciadamente tardareis muchos dias en poder lograrlo), »podeis, sin embargo, aprovechar el tiempo útilmente. El mal del »dedo creo yo que no os privará de poder prestar vuestros servicios »en faenas que no requieran hacer uso de él.

»Si esto os conviene, poneos en marcha en el acto y preguntad al »portero de mi casa por mí, quien, dando vuestro nombre, os condu»cirá á mi presencia.

»No habrá mas inconveniente para vos, sin duda, sino que ten»dreis que abandonar de dia vuestra casa, pues me seria imposible »remitiros á ella la labor á que os puedo destinar.

»Decidíos, y hacedme el favor de contestar pronto á V. A.

JULIAN D'ERVILLE.»

Dos veces Eva leyó esta carta. A juzgar por su lectura el fabricante que la firmaba se ofrecia á ser su Providencia. Principió á reflexionar, y todo menos una cláusula, lo encontró bien. La cláusula era aquella en que se referia al fabricante Beltran. Que necesidad habia, segun ella, de escribirle: «*ahora comprendereis cuán infundadamente tratabais de guardarle ciertas consideraciones y como es muy justo, tal cual yo os lo decia, que cada uno procure solo para sí.*» ¿A que venia esto? ¿No era acreditar ódio ó envidia á uno de sus cólegas? El hombre envidioso ó que guarda ódio contra sus semejantes, ¿puede ser hombre de bien? Sin embargo, era de hombres de bien, el tratar á un trabajador del modo que decia, y no permitir que se muriese de hambre si alguna vez caia enfermo ó sufria alguna desgracia. Pero Eva creyó por una parte que esta discordancia podria ser hija de alguna enemistad personal, en que D'Erville pensase tener razon, y por otra, un alarde de sobrada franqueza respecto el móvil de las acciones humanas, ya que todo lo reducia al interés de la ganancia. La conducta que con sus trabajadoras decia observar podia ser motivada de esto mismo, en cuyo caso no encontraba ningun mal, por mas que no pudiese confundirse con acto alguno virtuoso.

En cuanto á tener que abandonar su casa durante el dia, de pronto no le pareció gran sacrificio. Habia que sacrificar algo á las circunstancias. Le quedaban los domingos; se levantaria por las

mañanas mas temprano. Precisamente acababa de observar que, por de mañana que se levantase, sus queridos pajaritos estaban ya despiertos y se presentaban á su habitacion tan alegres como media hora ó una hora mas tarde... Pensó que podria dejarles las ventanas abiertas todo el dia, con muchas provisiones en el suelo. Podrian perder alguna de sus costumbres, pero ¡que diantre! ya las volverian á adquirir cuando pudiese de nuevo armarse con su aguja y dedal, y no separarse mas de allí con su costura entre manos...

Decidió aceptar despues de estas breves reflexiones, como un favor llovido del cielo, la proposicion del señor D'Erville.

—¡Alabado sea Dios!—dijo,—cuando se cierra una puerta se abren ciento para el pobre que tiene fé en la Providencia. Acepto, acepto la oferta del señor D'Erville, tan pronto como el señor Beltran mande recojerme la labor.

Mas tarde dijo:

—¡Yo que habia formado de ese hombre casi un mal juicio!... ¡No se puede aventurar nunca ningun concepto sin fundamento!... ¡Es tal vez un hombre francote y yo le tomaba por un malvado!

. . . . . .

. . . . . .

Mientras Eva aguarda el recado del señor Beltran, anunciado por el fabricante D'Erville, conocerán nuestros lectores la familia á la cual pertenecia el travieso Juanito.

CAPITULO XIII.

La familia Tronchette.

La familia Tronchette estaba dividida entre la ciudad y el arrabal. La parte que radicaba en el arrabal constaba de una anciana de setenta años de edad, viuda hacia mas de treinta años; su nuera que contaba unos cuarenta, viuda tambien; una niña de quince años y un niño de doce, que era Juanito.

Moraban estos, en una de las casas de la entrada, en la parte opuesta á la casa del *Jardin del pozo*.

La casa constaba de un piso y planta baja. El piso lo tenian realquilado. La planta baja era materialmente un subterráneo, una cueva, una cosa que no tenia nombre, á semejanza tan solamente de las habitaciones donde moran un gran número de obreros de la ciudad de L***.

Se entraba por una puerta estrecha y baja, inclinada á un lado, pues toda la casa amenazaba ruina. Los sillares, por consiguiente, que la formaban, se hallaban desquiciados y algunos no se comprendia como se aguantaban contrariando evidentemente la fuerza de gravitacion. Arrancando desde el mismo umbral de la puerta el terreno ofrecia una pendiente bastante rápida hasta una segunda puerta, que permanecia casi siempre cerrada. Aquella pendiente parecia conducir á un establo.

La puerta daba entrada á un local espacioso, cuyas paredes eran negras, el techo abovedado y salitroso, el suelo, escepto en un ángulo de la estension de unos ocho piés, era desenladrillado y desigual,

formado de cascajo y tierra arenisca. Recibia la luz por medio de dos ventanas que daban á un gran patio lleno de árboles corpulentos, y tenian fuertes rejas de hierro con puertas de madera, en cada una de las cuales habia una pequeña abertura con un solo cristal.

En el ángulo enladrillado habia un catre, al lado del catre una silla: en la silla permanecia la anciana septuagenaria. Habia veinte años que el cuerpo de esa mujer no habia traspasado los límites del ángulo que todo lo mas contaba ocho piés cuadrados de estension. La infeliz estaba paralitica de medio cuerpo abajo.

Verla era ver una mómia. Su piel arrugada y casi negra; sus ojos hundidos y velados por una especie de nube blanca, daban á su mirada un aire sombrío. Todo su cuerpo, y especialmente su cabeza, como agitado por una mano invisible, movíase eternamente de un lado á otro con rápidez siniestra. La lengua obedecia constantemente á la especie de vértigo que la agobiaba: hablaba sin parar, de noche, durmiendo durante las escasas horas que podia entregarse al sueño, de dia, con las personas que la rodeaban ó bien sola... Tenia siempre unos rosarios en las manos y rezaba frecuentemente mil oraciones distintas, en prosa, en verso, en latin, en su lengua natal; unas veces con acento terrorífico, otras veces medio cantando. Tan pronto reia como lloraba. Su lengua no paraba nunca.

Permanecia sola la mayor parte de las horas del dia, porque su nuera y su nieta antes de despuntar la aurora la abandonaban para acudir al trabajo, y el niño, procuraba huir siempre de su lado, en pos del juego y de los compañeros, en busca del aire, del sol y del espacio donde refocilarse libremente.

Y ya que hablamos del niño preciso es hacerle la justicia de decir que, pues su pobre abuela quedaba á su cuidado casi durante todo el dia, no faltaba, apesar de lo dicho, á ninguna de las obligaciones impuestas por su madre respecto de ella.

A las nueve le daba un pedazo de pan con un rábano crudo, un racimo de uva, unos cuantos higos, ú otra fruta, segun era verano ó invierno. A las doce le daba la comida, á las cuatro la merienda y á las siete la cena, que eran como puede suponerse análogas al almuerzo. El muchacho iba á buscar todo esto en el único figon que habia en el arrabal, donde á su vez él comia tam-

bien. Su madre pagaba por semanas vencidas. Era de ver el cuidado con que Juanito desempeñaba su cometido. Por goloso que fuese era incapaz de mermar los alimentos de su abuela durante el camino ni en un grano de uva; por jugueton y atolondrado, era incapaz de vaciar una sola gota de caldo destinado á su abuela ni de pestañear aun cuando *Neftalí* durante el tránsito se le hubiese aparecido mil veces entre piernas...

Fuera de esto, ni su abuela ni nadie, como no fuese la señorita Eva, hubieran podido conseguir que se fijase en lo que hacia.

La hermana era como ya sabemos, una jóven de quince años. Sabia leer un poco, escribir mal, y coser peor. Desde muy niña la habian ocupado en la fábrica del señor Beltran, donde á la sazon su madre trabajaba tambien.

Era esbelta, morena, cabello rizado y abundante, ojos grandes y negros, cejas un tanto abultadas, frente espaciosa por la parte de las sienes, y algo deprimida por la superior. Su mirada era inteligente; el cabello aun que cuidado con esmero era indomable y se levantaba en su raiz formando un gracioso arco. Tenia la nariz perfecta y la boca un poco grande. Vestia á usanza de las obreras del departamento; es decir, con su cófia blanca, falda de sarja oscuro y corpiño huelgo, apuntado por delante, con manga estrecha y larga hasta la muñeca. Usaba la falda algo mas larga que la establecida por el uso del país, mas no por esto ocultaba su pié pequeño, calzado con esmero con una botita de becerro, alta, que apenas dejaba ver la media de algodon azul. Era de pecho levantado, y cintura delgada. Sus maneras francas realzaban de un modo especial la graciosa naturalidad de que estaba adornada.

Hay, á pesar de todo, entre las obreras ocupadas en las fábricas y talleres industriales, ciertos tipos de una índole especial. En medio de los innegables caractéres de corrupcion que allí se observan vénse destacar como una flor entre zarzales, rostros que cautivan y llaman la atencion cuanto mas observador es el ojo que los sorprende. Esos rostros revelan pureza sin candor, entereza sin esquivez, castidad sin rubor. No hay en ellos el signo bello de la inocencia, pero sí la señal de un cuerpo libre de mancha alguna vergonzosa. Escuchan y parece que no comprenden; las mayores

blasfemias no llevan á sus mejillas el mas ligero carmin. Cualquiera diria que son rostros, modelados con la sonrisa en los labios y la pureza en la frente: insensibles, como de mármol, á todo lo que pasa en torno suyo.

De esta clase de mujeres era la hermana de Juanito...

Su madre se llamaba Agustina y ella Zoa.

. . . . . .

El resto de la familia Tronchette, que radicaba en la ciudad L***, se componia de cinco miembros: padre, madre y tres hijos.

El padre era hermano menor de la madre de Zoa y apenas contaria unos treinta y tres años. El mayor de sus hijos era de ocho años, el menor de tres: todos eran varones.

La casa en que habitaban desembocaba sobre uno de los puentes del rio y nada se diferenciaba de las demás del barrio mas pobre de la ciudad; vivienda esclusiva de los obreros. Era una boardilla, con puerta que no cerraba y daba entrada á otras dos habitaciones alquiladas á familias distintas. Desde la puerta, que no cerraba, á las mamparas de estera que eran la valla que á entrambas dividia, formaba una pequeña pieza de uso comun. Allí habia los fogones para todos, las tinajas, un solo fregador, los sumideros etc., etc. La casa carecia de pozo, lo que hacia que para todos los usos domésticos debiesen servirse de agua del rio, que, si bien pasaba rozando las paredes de la casa, debian ir á buscarla á gran distancia, porque así en aquella época lo disponian los bandos de buen gobierno de la ciudad...

Marido y mujer trabajaban en la fábrica del señor D'Erville.

El marido era un hombre alto, flaco, de ojos pequeños y saltones. Llevaba toda la barba y el cabello largo recogido detras de la oreja, pero tan poco artísticamente dispuesto que causaba, al verle, una invensible repulsion. Su mirada era torba como la de un animal feroz encerrado en una jaula y martirizado por la mano del implacable domador. Era moreno, casi negro, pero de un negro aceitunado y lustroso; no se le veia la boca y toda su cabeza parecia una masa informe de pelo.

La mujer era de estatura pequeña, rechoncha, de rostro pálido y piel acuosa. Tenia los ojos grandes y ribeteados de vermellon; no

podia decirse exactamente si tenia pestañas y cejas, pues no se distinguian sino mirándola muy de cerca, y carecia de cabello escepto alguno que otro mechon enredado desde su coronilla hasta las sienes...

Marido y mujer eran, pues, de una fealdad soberanamente rara.

CAPÍTULO XIV.

Donde se comprueba el aviso del señor D' Erville.

Entre las muchas personas que fueron á ver á Eva, con motivo de la herida que habia recibido, se contaban la madre y la hermana del niño Juanito.

Bien pronto conocieron estas la posicion en que se encontraba Eva. Entre los pobres las situaciones se presentan siempre despejadas. Además, no ignoraban los sacrificios de Eva en favor de su amiga Luisa.

—Mirad, señorita Eva,—dijo la madre,—vos no podeis coser; es enteramente imposible. El mal de vuestro dedo es de larga duracion, ¿que pensais hacer entretanto? Nosotros, los pobres, no podemos vivir sin trabajar; nuestros recursos pronto están agotados: es preciso pensar en esto.

—Teneis razon; pero, ¿qué quereis que haga?...—respondió Eva.

—Toma una cosa ú otra se ha de hacer,—saltó Zoa con ingenuidad.

—¿Pedir limosna?—preguntó Eva llorando.

—Oh, nó... trabajar,—dijo Agustina.

—¿En qué?

—¿En qué?.. Toma, en algo que no necesiteis de la mano derecha. Mirad; nosotras dos,—dijo señalando á Zoa,—lo mismo nos servimos de una mano que de otra. Para tirar el carro de la máquina no necesitamos mas que una mano. Para vigilar los hilos no

se requiere mas que buena vista. Vos la teneis... Todo lo demás consiste en anudar los cabos que se rompen, y esto se hace con el dedo índice lo mismo que con el medio ó el anillar. ¿Quereis que os proponga para una máquina al mayordomo de nuestra cuadra?

Eva sintió agolpársele en el rostro toda la sangre de su cuerpo.

—Vaya; es preciso decidirse.

—Teneis razon,—esclamó;—es preciso trabajar.

—En un momento,—continuó Agustina,—aprenderíais el modo de guiar el carro, ¿qué decís á esto?

—¡Si sufro tanto!—repuso Eva con dolorido acento.

—¡Toma, lo mismo tendreis que sufrir de un modo que de otro. Quizás os distraereis trabajando. Amiga mia, un clavo saca otro clavo. El ruido de las máquinas, el trasiego que allí observareis no os dará lugar á pensar en el mal que sufrís... Probadlo.

—¡Será necesario!...—esclamó Eva:

Agustina dijo entonces con viveza:

—¿De modo, que quedamos autorizadas para pedir en vuestro nombre, una máquina al mayordomo?... Precisamente la hay ahora desocupada; la en que trabajaba Luisa...

—¡Ah!—saltó Eva al oir el nombre de su amiga,—¡pobre Luisa!... No, no quiero... Aguardad: antes veré de apelar á todos los recursos... Ya os avisaré. De todos modos, os doy las gracias.

La impaciencia que madre é hija revelaban para que Eva se decidiese, era una señal del grande afecto que la profesaban. Comprendian lo doloroso que debia serla arrancarla un *sí* sobre aquel asunto, y procuraban obtenerlo cuanto antes, convencidas de que era el mejor bien que en tales circunstancias podian prestarla.

Pero la resolucion de Eva fué la de enviar á buscar de nuevo al cirujano.

Para semejante mal no habia mas remedio que practicar una profundo incision en el pulpejo y proceder á la extraccion del cuerpo estraño que habia dentro. Pero el cirujano declaró que la herida no se hallaba en estado de sufrir esta operacion, y debia aguardarse á que por medio de emolientes se anunciase por sí mismo el punto por donde debia practicarse.

La infeliz Eva sufrió terriblemente al oir semejante declaracion.

Comprendió en seguida que se hallaba imposibilitada de coser quizás por mucho tiempo.

El fabricante D'Erville ya se lo habia anunciado.

Mientras pensaba en lo estraño de esta circunstancia, llegó un recado del otro fabricante, Mr. Beltran, mandándole á buscar la labor que tenia entre manos, diciendo que llevaba prisa y era forzoso entregársela á otra costurera.

Tambien el señor D'Erville se lo habia anunciado.

Decidió, pues, dar contestacion á la carta de D'Erville presentándose al dia siguiente á su despacho.

CAPITULO XV.

El fabricante D'Erville.

En una calle de la ciudad de L.*** que puede decirse venia á desembocar sobre el mismo puente del Ródano, allí tenia su casa el fabricante Mr. D'Erville.

La casa era baja, pintorezca, hermosa; con jardin, molduras en los frontis, parque, cochera: todo, en fin, lo que puede dar una idea de riqueza, buen gusto y suntuosidad se hallaba á la vez allí reunido.

Al lado de la casa, Mr. D'Erville tenia su fábrica con tres chimeneas como tres fantasmas; alta como un castillo, cuajada de ventanas, cuyas bocas de dia eran negras y de noche parecia que vomitaban fuego.

La fábrica ocupaba, sin contar con los parques, un perímetro inmenso: era movida por una fuerza de vapor de veinte caballos. Trabajaban en ella doscientos individuos, divididos en cincuenta chiquillos, treinta hombres y ciento veinte mujeres.

La fábrica era de hilados, tejidos y pintados de algodon. Cada ramo de estos ocupaba un departamento por separado. Cada departamento tenia tres mayordomos: uno con la denominacion de primero y los dos restantes con la de segundos.

Mr. D'Erville era un fabricante sumamente inteligente, acreditado y rico.

La fábrica se abria á las cinco de la mañana; hora en que se tocaba la campana y todos los trabajadores penetraban en ella. La

calle en que se hallaba situada era una de las mas frias y húmedas de L.*** porque desembocaba, como ya hemos dicho, en el Ródano por una parte, y por otra, á una estensísima huerta.

A las cinco y cinco minutos de la mañana se cerraba la puerta y no volvia á abrirse para ningun trabajador hasta las ocho y media; así como el que no llegaba á la una y cinco minutos de la tarde no podia entrar hasta las cuatro y cuarto.

Eran las nueve de la mañana del siguiente dia en que Eva recibió la misteriosa carta, y se decidió á acudir á la fábrica del señor D'Erville...

El portero habia ido á anunciarla.

El ruido del vapor, unido al de las máquinas, parecia que tenian atontada el alma de Eva...

Mientras estaba contemplando todo el movimiento de la fábrica, el portero se presentó y dijo:

—Venid conmigo.

—Y se encaminó á una puerta de cristales que habia en el fondo de un corredor oscuro.

Eva siguió al portero sin desplegar los labios.

Este, al llegar á la puerta la abrió.

—Entrad...—dijo con acento rudo y ademan imperativo.

CAPITULO XVI.

Entre sombras y horrores.

Eva entró. D'Erville se hallaba allí, sentado en un sillon redondo detrás de una mesa. Era una estancia reducida; con una gran ventana que daba al patio, una puerta detrás de la mesa y un armario en la pared opuesta á la ventana. Habia tambien un mostrador con compuerta, sobre el cual veíase un gran rimero de piezas labradas, un tintero y varios papeles.

—¿Habeis recibido mi carta,—le preguntó sin corresponder al saludo que Eva al verle le habia hecho,—y aceptais por consiguiente la oferta que en ella os hago?

Eva se inclinó con modestia, pero sin abrir la boca, y dando de este modo cierto asentimiento á las palabras de D' Erville.

—¿No habeis visto ninguna fábrica de estas, interiormente, y mientras funciona?...

—No señor,—contestó con humildad.

—¿Nó?... ¡Pobre jóven!... A los primeros dias esto os parecerá un infierno. Pero pasa pronto: luego uno se acostumbra.

Eva suspiró profundamente. La idea de acostumbrarse á aquello entrañaba la perspectiva de abandonar por mucho tiempo su amado costurero y los pájaros sus amigos.

D' Erville continuó:

—Además, vos no debeis emplearos en los telares. No es á eso á lo que yo os destino... Os ocupareis en pulir las piezas tejidas; cosa que constituye un trabajo ligero. Estareis sentada. Pasará una

pieza por delante de vuestras manos y vos no debeis hacer mas que cortar con unas pinzas los cabos que sobresalen y los nudos que se forman durante el tejido. Esto os permitirá tener la mano derecha descansada mientras el mal sigue su curso... Ahora mismo os enseñaré esto y podreis principiar cuando gusteis.

—Ah, señor; cuando sea de vuestro agrado,—dijo Eva con acento que indicaba toda su gratitud.—Estoy á vuestras órdenes.

—Pues, seguidme y de paso os enseñaré toda la fábrica, para que al menos podais formaros una idea clara de lo que es esto...

D'Erville se levantó y abrió la puerta que habia á sus espaldas.

Atravesaron una estancia que conducia á un patio interior, y se introdujo por otra puerta. Eva le seguia á algunos pasos de distancia. A medida que andaban iba invadiendo sus oidos un ruido cada vez mas espantoso. Cuando estuvo á poca distancia de un negro portal sintió un calor muy fuerte. D' Erville le dijo señalándole el interior de aquella estancia:

—Aquí teneis el alma que da vida y movimiento á toda la fábrica. De un ángulo á otro todo obedece á sus impulsos. Entrad.

Eva entró con miedo.

—¿Es la máquina de vapor?—preguntó.

—Sí; de la fuerza de veinte caballos.

Mr. D'Erville iba esplicándole las leyes á que obedecia aquel monstruoso mecanismo. Pero es preciso dejar sentado que sus palabras no lograban llamar la atencion de aquella mujer, casi anonada de admiracion. Solo oyó clara y distintamente lo siguiente:

—Sigamos: esto tiene bien poco que ver...

De allí pasaron á una estancia abovedada que tenia practicados en el suelo, como en el patio esterior del edificio, un gran lavadero cruzado por estrechos caminales que solo se levantaban medio palmo de flor de agua. Esos lavaderos no eran profundos y contenian una agua gelatinosa que despedia muy mal olor. Andar por los caminales mencionados,—que se ven en todas las fábricas donde hay blanqueo,—es una empresa arriesgada, mientras no se ha adquirido la maestría que engendra la costumbre, pues se hallan constantemente cubiertos de un lodo resbaladizo que arrastra al inesperto ó inadvertido al fondo de aquella anchurosa algibe.

Eva vió ocupados allí en una misma faena á hombres, niños y mujeres.

—¿Os haceis cargo de lo que significa esto?—preguntóle D'Erville.

—Sí, señor.

—Pues venid y ahora vereis una cosa enteramente distinta. Principiareis á ver los primeros prodigios de la maquinaria unida al vapor.

Habia, al lado de la puerta de este departamento, una anchurosa escalera, de mármol hasta el segundo tramo, con pasamanos de bronce y pomos de cristal. Tenia aquella escalera algo de magestuoso: con una alfombra estendida á lo largo, hubiera podido confundirse con la de un soberbio palacio.

Por allí subieron D' Erville y Eva.

D' Erville iba delante...

CAPITULO XVII.

Luz y tinieblas.

D' Erville y Eva se hallaban en el piso principal.

Era una cuadra anchurosa cargada de maquinaria, cuyo suelo temblaba agitado por un movimiento de trapitacion como á impulsos de un terremoto.

Eva se paró al umbral de la puerta.

Toda aquella maquinaria se le presentaba semejante á un bosque impenetrable.

Era la cuadra de hilados. La mayoría eran mujeres. Ninguna hablaba en voz alta. Casi todas eran jóvenes y sus cabezas parecian de la Edad media, pues su cabello estaba cubierto de un polvo blanco que no era otra cosa que los copos de lana, que la fuerza del viento que produce el movimiento de rotacion de las ruedas levanta al aire y puebla el espacio.

D' Erville hizo un gesto para que le siguiese al tiempo mismo en que dijo:

—¿Os gusta todo esto? Ved... es admirable. Así se hilan en un momento cantidades enormes de algodon. Para obtener el trabajo que hace una sola de estas máquinas, guiada por una mujer que no necesita ningun conocimiento prévio ni mas aprendizaje que el de un dia, en otro tiempo se hubiera necesitado el trabajo contínuo de dos meses. Y esto que la hilatura nunca hubiera sido tan perfecta. Ved con que finura se verifica. Cada ebra que sale por estos inters-

ticios parece un chorro de leche. Aquí se retuerce; mirad: ¿no os parece un prodigio?

—¿Y estas mujeres tienen que hacer siempre lo mismo durante las horas del jornal?—preguntó Eva.

—Sí; todo se reduce á imprimir un suave movimiento retrospectivo á la máquina. No cuesta nada. Hay que tener un poco de atencion por si alguna ebra se quiebra y nada mas...

En esto habia llegado al estremo opuesto de la cuadra ó departamento de hilatura, y el señor D' Erville prosiguió:

—Ahora vereis como se teje con la misma facilidad que se hila.

Iban á pasar de un departamento á otro, cuando Eva estendió su mirada pavorosa sobre aquel mar de cabezas. El rostro de todas las obreras estaba vuelto hácia ella. Eva sintió recorrer por todo su cuerpo un estremecimiento vertiginoso. Parecian una burla lanzada á su rostro.

Penetraron en el departamento de tejidos.

El ruido allí era mas estrepitoso, porque á todo habia que añadir el producido por las lanzaderas que atolondradamente cruzaban la urdimbre con una velocidad que á Eva le parecia mágica é infernal.

—¡Ya veis,—dijo D' Erville parándose delante de un telar,—cuán descansadamente se hace todo esto!

Eva no contestó, tan aturdida se hallaba en la contemplacion de todo lo que veia.

—Un niño puede hacer esto. Pero se destina á los hombres y á las mujeres porque reclama un poco de mayor cuidado. Es necesario cambiar los rolillos, unir los cabos y para esto se necesita parar la máquina. Por lo demás es la cosa mas fácil del mundo.

—Pero veo que todos están de pié,—dijo inocentemente Eva, que en aquel momento estendia su mirada por todo el ámbito de la cuadra.

—Es que no es posible de otro modo para que el trabajo vaya regularizado.

—¡Ah! ya comprendo,—esclamó Eva...

—Entre nosotros el tiempo es dinero, amiga mia.

Del departamento de tejidos pasaron á otro donde habia tambien

muchos trabajadores ocupados: hombres, niños y mujeres. Al pasar por delante de las máquinas cardadoras Eva se paró un momento.

—¿Qué es esto?—dijo;—está herizado de finas agujas.

D' Erville sonrió y dijo:

—Prestadle un rizo de vuestros cabellos, ya vereis... Es un peine admirable.

Eva comprendió al momento lo horrible que semejante cosa seria, y contestó:

—¡Ah!... los arrancaria de raiz!

Fuéronse, y de allí atravesaron varios departamentos hasta que D'Erville abrió una puerta detrás de la cual se presentaba una estrecha escalera y dijo á Eva:

—Bajad.

Eva obedeció. A los cuatro tramos habia otra puerta.

—Aguardad,—le dijo entonces.

Y ganándole la delantera levantó un pestillo, abrió la puerta y penetró, al tiempo de decirle:

—Vais á ver ahora mi habitacion particular.

Eva le siguió silenciosamente, acordándose que no le habia enseñado el departamento de pulidoras donde pensaba ir destinada.

CAPITULO XVIII.

Contrastes.

Detrás de dicha puerta habia una pieza bastante ancha, cuadrada, cubiertas sus paredes de armarios y los armarios atestados de vagilla de porcelana, cristal y plata. En el centro de esta pieza habia una rica mesa redonda de mármol blanco. La pieza estaba rodeada de caloríficos.

No hicieron mas que atravesar esta habitacion y se presentaron en otra que era un vasto salon cuadrilongo con otomanas; cubierto el pavimento de fina estera, y las paredes, así como el techo, soberbiamente pintados al fresco.

Eva miraba como encantada aquel precioso salon.

A cada lado de este salon habia una puerta con cortinas de rica tapicería. D' Erville apartó la de la parte derecha y dijo:

—Por aquí...

La admiracion de Eva subia de punto al contemplar el suntuoso estrado que se presentó á sus ojos.

—¿Os gusta este salon?—le preguntó D' Erville.

—¡Oh, sí, es precioso!...

—¿No veis aquí ninguna puerta?

Eva miró por todos lados.

—No veo mas que estos balcones,—dijo señalando á dos que habia en una pared y que abrian paso á una espaciosa galería.

—Pues bien,—continuó D'Erville dando algunos pasos hasta llegar á un espejo;—mirad!...

Puso el dedo en un botoncito que habia en el marco del espejo, y como por encanto, este se hundió en la pared, á guisa de puerta corredera.

Eva retrocedió un paso.

El espejo al desaparecer no habia hecho el menor ruido.

D'Erville miró á Eva y se sonrió al ver la impresion que aquello le habia causado.

—Y esto ¿qué os parece?—le preguntó.

D' Erville despues de un momento, durante el cual Eva contemplaba todo aquello con asombro, volvió á preguntarle:

—¿Qué os parece?

—Una mansion admirable,—dijo Eva.

Comprimió D'Erville un boton de la parte opuesta del marco donde habia tocado anteriormente y el espejo volvió á aparecer. La estancia desapareció de su vista.

—Seguidme aun,—la dijo al tiempo de principiar á andar;—resta mucho todavía.

Abandonaron aquella estancia, volvieron á aparecer en el salon pintado al fresco y lo atravesaron.

Frente por frente de su puerta habia otra, como ya hemos dicho.

D' Erville se dirigió á ella, levantó la cortina y entró. Habia un salon igual al anterior en su disposicion, con la sola diferencia que la ensambladura de las paredes, lo mismo que la tela de la sillería, eran diferentes; á favor de un juego idéntico al anterior se separaba un espejo y aparecia otra estancia tan rica y suntuosa como la anterior.

Dentro de la variedad relativa de ambas estancias se observaba en todo la mayor simetría.

Entraron D'Erville y Eva en otro gabinete destinado á Escritorio.

D'Erville se sentó en un sillon y dijo á Eva al tiempo de señalarle el sofá para que se sentase:

—Hagamos alto un momento.

Eva obedeció á aquella señal como un mandato; como si se hallase bajo la influencia poderosa de aquel hombre.

CAPITULO XIX.

Donde al fabricante ya no se le aguanta la máscara.

—Y bien ¿qué opinais de todo lo que hasta ahora habeis visto?—preguntó D'Erville despues de algun tiempo.

—Que poseeis una vivienda digna de un príncipe.

—Pues hablemos del asunto que aquí os ha traido. ¿Puedo contar con vuestro trabajo? Acabo de haceros una distincion que han merecido muy pocas de mis trabajadoras. Responded.

—Si señor,—dijo Eva;—contad con mi trabajo...

—¿No pensareis mas en el fabricante Beltran?

—Señor, me ha quitado el trabajo que tenia entre manos, porque despues de mi desgracia, á él le urgia su conclusion...

—Ya lo sé. Pero no es así como yo trato á mis trabajadores: vos lo sabeis tambien. ¿Qué respondeis á esto?

—Que podeis destinarme al trabajo desde ahora.

—¿En el departamento de las pulidoras?

—Unico,—respondió Eva,—donde en estos momentos puedo, sin duda, seros útil.

—Tambien podriais hilar, si tanto conviniese.

Eva dejó brillar en sus ojos un rayo de asombro. D'Erville lo observó y sonriendo repuso:

—No, no lo digo para daros semejante destino; al contrario, quisiera destinaros á otra ocupacion mejor para vos.

—No os entiendo. No puedo coser; no puedo...

—Bien lo veo, pero ¿no es una lástima que una jóven como vos, tan hermosa, tenga que vivir de una manera oscura y dependiendo enteramente de su trabajo; que por bien pagado que sea, relativamente, siempre es una cosa miserable?

—Señor, los pobres no tenemos otra ambicion que la de tener trabajo con que poder ganarnos la vida honradamente.

D'Erville sonrió como habia sonreido antes, y dijo:

—Vaya; si yo os dijese ahora: señorita Eva, podeis elegir de todo lo que acabais de ver lo que se os antoje; el puesto que querais... ¿qué me contestariais? ¿Elegíriais el departamento de labanderas? No. ¿El de tejedoras? Tampoco. ¿El de hiladoras? Menos.

—Me ofreceis un puesto entre el de pulidoras y esto me basta,— contestó Eva confundida.

—Y si os ofreciese otro, ¿lo rechazaríais?

—Advertid que he dicho que no os entiendo. No estrañeis, pues, que no os conteste, señor D'Erville...

—Pues me esplicaré, aun á trueque de pareceros inconveniente.

Eva miró hácia la puerta con espanto.

D'Erville, entonces, con el cinismo de un hombre avezado á lances de esta clase, hizo á la jóven una pintura de lo que él llamaba su amor, y salpicóla con tan vergonzosas proposiciones, que, indignada Eva esclamó:

—¡Basta, señor, basta....!

Pero D' Erville continuó sin inmutarse:

—¿No creeis posible lo que os digo? ¿Creeis que porque soy fabricante, y rico, y hombre de alguna edad no puedo amaros, á vos, solamente porque sois pobre, y huérfana, y desvalida? El amor no mira nada de esto. Yo soy libre, no tengo hijos; á nadie he de pedirle permiso de mis acciones. Dadme una esperanza de amarme y desde hoy vuestra suerte corre de mi cuenta... La mujer á quien yo amo, ya lo comprendereis, no puedo permitir que sufra la menor privacion....

Eva no contestaba. Veia como por momentos iba encendiéndose el rostro de aquel hombre y como sus ojos cada vez brillaban mas intensamente.

—¿Entendeis?—preguntó D' Erville.

Eva pálida como la muerte y temblando de piés á cabeza, con voz grave y majestuosa contestó:

—¡No, señor; no os entiendo!...

—¿No entendeis que os hablo de amor?

—¡Oh, sí... lo oigo!... Pero...

—Me esplicaré mejor... Oid ¿quereis hoy mismo abandonar vuestra miserable vivienda... cambiándola por esta, donde gobernareis como reina y señora? ¿Quereis dejar el trabajo para toda clase de comodidades, que os brindo con toda la buena fé de que soy capaz?

—¿Hoy mismo?... ¡Continuad!... ¡Continuad!...

—¿Qué mas quereis os diga?—esclamó D' Erville con cierto asombro.—¿Todavía no me entendeis?

—¡Ah! demasiado, os comprendo ahora... ¡Solicitais una miserable manceba!

—¡Oh, no!

—¿Es, pues, que solicitais una esposa?—preguntó Eva sonriendo enfásticamente.

D'Erville contestó con precipitacion.

—Tengo horror al matrimonio, os lo confieso.

—¡Bien lo adivinaba!... ¡Señor fabricante, quedaos con vuestras riquezas si no quereis darme trabajo de otro modo. Si para esto os habeis dignado llamarme, os habeis equivocado. Mi madre, mi buena madre que está en el cielo me ha enseñado á estimar en más, en mucho más mi honra. Todos vuestros tesoros y riquezas no son bastantes para comprar una sola mirada de mis ojos.

—¡Sois orgullosa!—dijo sonriendo el fabricante.

—¡Soy honrada!—contestó.

Luego repuso:

—Mandad que me acompañen á la calle.

—¿Os vais?

—¿Quereis prolongar por mas tiempo vuestra vergonzosa situacion?

—¡Oh! no: si es vuestra parecer irrevocable; sois libre.

D' Erville se levantó y repuso:

—Meditad bien lo que haceis: os vais á encontrar en la miseria·

—¡Dios me ayudará!...—contestó con majestad Eva, que durante esta corta pero enérgica conversacion, sus mejillas habian vuelto á recobrar un poco el carmin que habitualmente las adornaban.—Dios me ayudará.

D' Erville no hacia mas que sonreirse.

—Os suplico que no me entretengais por mas tiempo.

—Seguidme,—la dijo viendo la actitud resuelta de Eva.—Voy á acompañaros yo mismo; pero no impedireis al menos que os diga por la última vez... que os amo.

—¡Callad!

—Y que espero...

—¡No espereis nada de mí! Procurad solo que Dios os perdone.

CAPITULO XX.

La resolucion.

Cuando Eva salió de la fábrica del señor D'Erville, anonadada de terror, se dirigió á su casa precipitadamente. No podia darse razon de lo mismo de que acababa de ser actora. No sabia donde ponia los piés y sin embargo, tenia la vista clavada en el suelo. No temblaba, pero trazaba siniestras ondulaciones de una á otra parte de la carretera como si estuviera completamente ébria.

Recordaba, como se recuerda un sueño horrible, la carta anónima que habia encontrado bajo la puerta de su habitacion, y murmuraba con acento trémulo y pavoroso estas palabras:

—«Si os habla os engañará; si le creeis estais perdida sin remedio?»

—¡Santo Dios!—murmuraba,—¡Es un malvado!... ¡un enorme malvado!...

Cuando divisó las primeras casas del arrabal sacudió fuertemente la cabeza como si quisiera apartar de su mente tan horrible pensamiento, y dijo:

—¡Valor!... En cualquiera situacion de la vida puede la mujer portarse con dignidad! No todos los hombres son perversos... Mi madre ruega por mí en el cielo y Dios me ayudará.

En esto se hallaba en frente de la casa de la Tronchette. Se paró

un momento y entró en ella en ocasion en que Juanito disparado como una flecha salia de ella precipitadamente.

—¿Dónde vas?—le preguntó deteniéndole.

—Dejadme,—respondió sin reparar en ella. Pero al punto levantó la cabeza y conociéndola retrocedió un paso y dijo:

—¡Ah! sois vos, señorita Eva... ¿Me preguntais donde voy? ¿No lo veis? mi *Neftalí* se me ha escapado.

Efectivamente; *Neftalí* corria por en medio de la carretera con la velocidad del rayo.

—¿Quieres hacerme un favor?—preguntó Eva.

—Sin vacilar, señorita.

—¿Tienes entrada en la fábrica del señor Beltran?

—Sí.

—Pues ya verás; acompáñame á casa y te daré un recado para tu madre.

El muchacho siguió á Eva sin murmurar.

Llegados allí Juanito salió inmediatamente á la galería por ver si estaban el *Gendarme* y el *Atolondrado*, Eva se dirigió al dormitorio y escribió las siguientes líneas:

«Señora Tronchette, mi buena amiga: estoy decidida á seguir »vuestros consejos. Podeis pedir para mí una de las máquinas pa»radas de la fábrica del señor Beltran. Recibiré como un favor es»pecial de la Providencia el conseguirlo, y os deberé toda mi gra»titud por vuestra mediacion. Espero vuestra respuesta esta misma »noche. Quisiera mañana principiar á trabajar.

»Adios, mi buena amiga. Disponed como gusteis de vuestra ser»vidora,—Eva.»

Escrita la carta llamó á Juanito.

—Corriendo...—le dijo,—esta carta para tu madre.

—¿Os he de volver la respuesta?

—No.

Juanito partió con la misma velocidad que si fuera tras su rebelde *Neftalí*....

Por la noche recibió verbalmente de la Tronchette esta contestacion.

—Todo esta arreglado: quedais admitida y vuestros deseos satis-

fechos. Mañana iremos al *vapor* juntas... Ya vereis como el mal de vuestro dedo no os impedirá trabajar. ¡Pecho al agua y todo irá bien! Quiero decir,—añadió la Tronchette encojiéndose de hombros,—que tengais presencia de ánimo y no os amilaneis por nada... Aquello es muy diferente de esto,—dijo señalando el costurero,—pero ya os acostumbrareis....

—¡Ah!—esclamó Eva mordiéndose los labios por no prorumpir en llanto.

—¿Qué teneis?—preguntó la Tronchette.

—Nada; es una cruel punzada en el dedo...

—¡Bendito sea Dios! Tomad paciencia amiga mia.

Realmente Eva acababa de recibir una punzada, pero no en el dedo sino en el corazon. Las fatídicas palabras «ya os acostumbrareis» habian vuelto á resonar á sus oidos como una lúgubre campanada de muerte.

La Tronchette, satisfecha de su obra, aun que llorando, se despidió....

Antes de acostarse abrió el libro, entre cuyas hojas habia el retrato que ya recordarán nuestros lectores...

Su contemplacion no pudo arrancarle ni una sola sonrisa. Derramó sobre él una lágrima, pero de inmensa amargura.

CAPÍTULO XXI.

De la noche á la mañana.

Eva no pudo dormir en toda la noche.

Contó una tras otra las horas, sumergida en los abismos inmensos de la meditacion que cuando el corazon se halla agoviado de pesares todo toma formas siniestras y espantosas. A medida que el tiempo iba adelantando en su carrera inexorable sentia dos afectos encontrados: el terror y la resignacion, esto es; la fábrica y el salario.

Antes de las cuatro de la mañana abandonó la cama donde se habia revolcado como en el lecho de Procusto y abrió las ventanas.

Era noche todavía.

Las estrellas fulguraban en el firmamento como lámparas que principian á apagarse; la luna se habia ocultado por completo y todo respiraba una calma sepulcral.

La naturaleza en estos instantes de transicion es imponente: parece que demanda silencio á todos los rumores, á todas las armonías de la tierra para concentrarse mejor en el augusto ministerio á que va á consagrarse. Es la disolvencia de un cuadro, sobre el cual hay un momento en que todas las sombras son informes, y todos los reflejos incoherentes: el mundo parece un vapor que se estingue en el instante mismo de fijar en él la vista.

Ni el canto de un pájaro apercibia Eva: todos sus hermanos dor-

mian. El rio como si se hubiese helado no murmuraba. Sintió entonces un vago terror como al dispertarse de un sueño pesaroso, y esclamó:

—¡Dios mio; que oscuridad, ¡que silencio!...

Un cuarto de hora despues, las sombras, estinguiéndose lentamente dibujaban algunas líneas en el espacio y los horizontes iban bañándose de un vago color de perla, con matices y reflejos de púrpura.

Entonces Eva atravesaba solitaria la única calle del arrabal.

Al estremo opuesto de la casa del *Jardin del Pozo* vivia , como ya saben nuestros lectores, la familia Tronchete.

Allí se paró y llamó dando dos fuertes aldabazos que fueron al punto contestados con estas palabras:

—¡Al momento!

Esto indicaba que la familia Tronchete estaba en inteligencia con la persona que llamaba.

La puerta se abrió, salieron dos mujeres y la una dijo:

—¿Vamos?

Se pusieron en marcha silenciosamente.

Fueron andando juntas un buen trozo de carretera, hasta que Eva, meditabunda, abatida, pesarosa, principió á perder terreno...

—¿No seguís?—dijo la Tronchette madre.

—Sí, ya os sigo,—respondió.

Pero no ganaba el terreno perdido...

La hija dijo entonces:

—¡Venid, no esteis triste!

—Andad, no tengais cuidado.

La causa de su abatimiento era que se le habia ocurrido preguntarse:

—¡Y bien! ¿en qué dia estamos de la semana?

Esta pregunta abarcaba toda una situacion: era el exámen de la suya que profundizaba de una sola ojeada.

Hay situaciones que son como una tumba: no hay mas que levantar la losa para ver de un golpe todo lo que encierran: horrores; nada mas.

La situacion de Eva, en aquellos momentos, era cruel.

Era jueves.

«Tengo provisiones,—pensaba,—hasta pasado mañana por la noche. Pasado mañana cobraré tres francos y medio ó lo que es lo mismo tres dias de jornal. ¡Con ellos he de vivir diez dias!... ¿Es posible?

¿Cómo sus reflexiones no habian de ser lúgubres y espantosas?...

Llegados á la mitad del camino, Eva adelantó su paso hasta llegar al lado de las Tronchette: le pareció haber oido algunas palabras cuyo significado convenia aclarar.

La madre y la hija sostenian esta conversacion.

—¡No habrá mas remedio, es preciso!...

—Pero, haciéndolo así, ¿cómo me compro yo zapatos esta semana?... Ya veis que arrastro los piés por el suelo.

—Sí, tienes razon; pero lo primero es lo primero... nos echarian de casa.

—¿Creeis que el amo no se haga cargo de...

—El amo no se hace cargo de nada. ¿Aun no lo sabes? No hay mas remedio... Es preciso pedir dinero adelantado.

Eva en aquel momento estaba á su lado y preguntó:

—¿Dan en la fábrica dinero por adelantado?

—Sí; á cuenta del trabajo futuro...

—¡Ah!—esclamó Eva;—son, pues, muy buenos en la fábrica del señor Beltran!

La madre comprendió lo que aquella esclamacion significaba y dijo:

—Gracias á esto os será posible pedir el dinero que para comer necesiteis durante la próxima semana.

—¿Y á quien se ha de pedir?—preguntó.

—Al pagador general.

—¡Me indicareis la manera de hacerlo?

—Sí, pasado mañana por la noche, cuando nos llamen para cobrar... No paseis ningun cuidado.

Eva respiró fuertemente. Acababa de abrirse á su ojos un cielo inesperado para ella.

Pero volvió á entregarse á la profundidad de sus pensamientos y á retrasar el paso. Entonces por mas que le dirigian la palabra ape-

nas contestaba sino con monosílabos. Parecia que no entendia lo que la hablaban.

Aquellas tres mujeres, marchando con paso precipitado hácia el trabajo, la una como una sombra de la otra, en medio de una carretera orillada de árboles, en la hora crepuscular de la mañana, eran un verdadero cuadro. El pintor que hubiese sabido sorprender la secreta emocion que revelaban sus rostros, y trasladarla al lienzo fielmente, hubiera realizado un poema.

Así llegaron hasta las puertas de la ciudad, donde Eva se unió á sus compañeras...

Pocos momentos despues preguntaba:

—¿Dista mucho de aquí la fábrica del señor Beltran?

—No; está cerca,—respondió la Tronchette hija.

—¿Donde?

—A lo último del muro.

Y señaló con la mano un lienzo de muralla cuyo término no se divisaba desde allí.

Antes de llegar á su estremo se presentaba una pequeña plazoleta desde donde se veia la fábrica.

A sus puertas habia una negra multitud que aguardaba el instante de tocar la campana. Poco se hizo esperar.

Cuando llegaron allí las puertas acababan de abrirse. Entraron en medio de un tumulto y algazara que hicieron estremecer á Eva.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué es esto?—esclamó entre dientes.

La Tronchette madre se dirigió á un ángulo donde habia un hombre hablando con dos muchachos. Este hombre era el mayordomo.

Dirigióle algunas palabras y este dijo:

—Venid.

La madre hizo una seña á su hija y á Eva para que se acercasen.

Despues de cortos momentos dijo á Eva:

—Ocupareis interinamente el telar de Luisa, que es una jóven enferma á quien han tenido que cortar un pecho, y aun tardará algun tiempo en poder ocupar su plaza...

Eva se estremeció.

Ya sabemos quien era Luisa.

CAPITULO XXII.

De la mañana á la noche.

Eva pasó, pues, á ocupar la máquina que su amiga Luisa habia dejado vacante por causa del cáncer que un golpe contra una máquina habia producido en su pecho. ¡Una enferma reemplazaba á otra!

En pocos momentos la instruyeron en el modo de manejar el carro, que ya habia comprendido en la fábrica del señor D'Erville. Los que primero comprenden allí el mecanismo de sus operaciones son aquellos á quienes con mas violencia rechaza la máquina, porque esto supone mayor comprension; facultades mejores para empleos mas elevados. Eva sin duda habia nacido para otra cosa que para simple obrera de una fábrica de tejidos é hilados.

A las dos horas de trabajar en ella, vestida, ó mejor dicho, medio desnuda como los demás, no parecia la misma. Habia su rostro pasado por mil variaciones. El primer contacto de sus manos con el hierro de la máquina, como si hubiese tocado las manecillas de una pila de Volta la hizo estremecer, se contrajeron sus músculos como á fuerza de una violenta repulsion y sus mejillas palidecieron. Sudaba. Su sudor debia ser frio como el de la muerte. Su mirada, fija en la máquina revelaba ese desconcierto de la inteligencia que

suele ir acompañado de fuertes vahidos y estrepitosos golpes en el cérebro.

La pobre se acordaba sin duda de su madre; de su madre, que tanto horror habia sentido á la sola idea de que su hija llegase á necesitar de semejante trabajo...

De vez en cuando brotaban de sus párpados lágrimas que secaba prontamente, como temerosa de denunciarse á las demas obreras, ó como si de este modo tratase de borrar la causa que las producia. Entonces su pálido rostro se enrojecia, su seno se levantaba y un suspiro, que procuraba ahogar en su nacimiento, marcaba las tristes alteraciones de su conturbado ánimo.

¡Pobre Eva!...

Los horizontes que pocos dias antes se le ofrecian tan bellos, al estender su vista, quedaban cortados por una ennegrecida pared, que se levantaba á tres varas de distancia. El murmullo de las pequeñas ondas del rio, que llegaba en brazos de los aires hasta el nido misterioso en que pasaba todas sus horas, se hallaba reemplazado por el ruido del vapor y de la maquinaria... Las cascadas voces de sus compañeras de trabajo; las palabras mal sonantes que algunos proferian, habian sustituido para ella al canto de los pájaros y el rumor de la arboleda. Se consideraba encerrada en una mazmorra en la que habia perdido, á fuerza de sufrimientos, la sensibilidad de los dolores morales. ¡Cuantas sin embargo como Eva habian sufrido, durante los primeros dias de semejante trabajo, iguales tormentos, y habian regado tambien la máquina con lágrimas tan ardientes y dolorosas como las suyas! ¡Cuantas, aun en aquel mismo instante tal vez, sentian taladrado su corazon con la misma honda pena que la que atormentaba aquella flor abandonada de todo el mundo!...

¡Si pudiesen leerse como en un libro la clase de sensaciones que esperimentan las almas abismadas en esas fortalezas de la industria llamados *Vapores*, cuántas encontraríamos bajo un esterior demasiado ennegrido por los vientos de la tempestad, que ruje sobre sus débiles cabezas, no ya dignas de respeto sino de la misma adoracion!

¿Solo Eva habia entrado allí pura, bella, tierna?...

—No todas estas mujeres—se decia,—deben haber olvidado por completo su dignidad; pero de casi todas ¡ay! ha desaparecido el reflejo pudoroso de sus rostros y la aureola de pureza que rodea á la mujer en su inocente belleza.

Paseaba la vista sobre todas ellas y con espanto, entre semejantes reflexiones, se preguntaba.

¿Llegaré á parecerme á estas infelices?

. . . . . .

. . . . . .

Antes de la noche hubo de ser testigo de lances que la helaron de terror. Habia presenciado el tratamiento de que las obreras eran objeto en la fábrica del señor Beltran, por parte de los mayordomos.

Estos trataban de *tú* á todos indistintamente, fuesen mujeres ú hombres. Les hablaban de la manera mas repugnante y absoluta; una muestra de reprobacion era una amenaza con la mano levantada, y sino tuvo lugar de presenciar el acto material de pegar á ninguna de ellas, por lo menos habia visto la pasibilidad con que una habia sufrido un rempujon que la habia hecho tambalear sobre sí misma y retroceder algunos pasos. Y todo, ¿por qué? Por habérsele figurado á un mayordomo que no tenia puesta toda su atencion en la máquina que dirigia...

A medida que las sombras de la noche iban invadiéndolo todo, su corazon se oprimia más y más. La noche da siempre proporciones inmensamente sombrías á todos los dolores del alma.

Al través de las rejas del departamento se divisaba el cielo que principiaba á ennegrecerse. Eva lanzaba por allí sus miradas sombrías como si quisiera detener la luz cerúlea que aun se reflejaba en los horizontes. Le parecia que se habia perdido un dia para ella. Pensaba en sus pájaros que en aquellos momentos debian revolotear junto á sus ventanas, entonando el melodioso himno con que acompañan el sol en su caida.

Absorta en semejante meditacion vino á sorprenderle un espectáculo de implacable crueldad.

Un hombre armado de una larga caña en cuyo estremo ardia una luz, comunicó su llama á un mechero de gas; de aquel á otro,

y en un momento, con la rapidez de la mirada quedó todo el departamento alumbrado por medio de tres grandes líneas de luces simétricamente colocadas sobre las máquinas .. Despues de esto cerró todas las ventanas.

Aquel hombre, con mano inexorable, acababa de robar algunos minutos de dia á los ojos de Eva. ¡Que horroroso crímen para ella!

El contraste era gigantesco. Eva jamás habia visto una cosa semejante. Le parecia desde aquel instante que el ruido aumentaba y las funciones de las máquinas eran mas horribles y amenazadoras. Todo tomó formas mas siniestras. Los rostros de sus compañeras, entre las sombras que proyectaban los mil objetos estraños que las rodeaban, tomaron un tinte cadavérico; ella misma se causaba espanto.

En esto oyó tocar una campana de alguna Iglesia vecina. Era la oracion de la tarde. Oró y su oracion le hizo verter una lágrima porque iba consagrada á su madre y á su padre, sin olvidarse de su pariente el obispo, cuyas buenas intenciones para con su madre de tan poco le habian servido...

Ya no debia oir nada que le revelase la existencia del mundo esterior hasta las ocho, en cuya hora, á la par de la oracion de las ánimas, debia oir la campana que despedia á la gente del trabajo.

. . . . . .

Aquel dia habia comido en compañía de las Tronchette. No habia querido almorzar.

CAPTULO XXIII.

Nueva copa de amargura.

El fabricante Beltran era un hombre bueno á carta cabal. Anciano, generoso, inteligente, que habia puesto la fábrica que llevaba su nombre á la envidiable altura en que se hallaba. Pero habia la particularidad de que en la época de que hablamos, mas de veinte años hacia que no se cuidaba de nada.

Todo corria á cargo de su cuñado, sócio de la casa; en quien tenia una ilimitada confianza. El no hacia mas que firmar los balances sin examinarlos, y percibir por semestres la alicuota correspondiente.

Era el cuñado hombre de unos cuarenta y cuatro años, bajo y grueso, no tanto por su musculatura como por el esceso de carnes; carnes acuosas, fofas, caidas, pero sin ser arrugada la piel. Tenia los ojos salientes y la mandíbula inferior casi suprimida, como la de un gato. Su frente era estrecha y abrumada de cabello, lácio y aplastado sobre las orejas, y la nariz grande y abollada por la parte inferior. Aumentaba la repugnancia que causaba ver este rostro, una sonrisa marcada frecuentemente en sus labios, que le daba todas las señales de la estupidez ó la demencia.

Un dia atravesando el departamento de hilatura se paró y se puso á contemplar á Eva.

Eva continuó trabajando con la vista baja sin hacer el menor ademan que indicase haberlo advertido.

Mas tarde el cuñado de Beltran, que se llamaba Bodin, volvió á pasar por allí en compañia de uno de los mayordomos del departamento.

Volvió á pararse y dijo:

—¿Quién es esa jóven?

—Una de las mas modernas operarias,—contestó el mayordomo.

—¿Cómo se llama?

—Eva.

—¡Bonito nombre!—esclamó y fué siguiendo su camino.

No pasó mas, y Eva hizo por su parte como que nada hubiese oido.

Eva, como era consiguiente, debia llamar la atencion por su hermosura. Pero como la virtud impone ya á primera vista, mayormente si va acompañada de cierta singular belleza, de aquí que durante los primeros dias Eva no tuvo que soportar otras molestias que alguna chanzoneta á estilo de galanteri ı ó amorosa flor. Era esto un augurio que sospechaba podria conducirla á disgustos mayores. Habia entrado en la fábrica con el ánimo predispuesto por las groseras indicaciones que en la suya le habia hecho el fabricante D'Erville.

Efectivamente, los galanteos fueron menudeando, á medida que pasaban dias y mas dias, y alguno habia tenido que soportar, que le parecia harto ofensivo á su persona. Cuanto mas estos aumentaban mas se parapetaba ante una severidad indomable capaz de desvanecer sobre ella la menor esperanza que cualquiera hubiese concebido.

Pero de aquí que al anochecer del mismo dia en que Mr. Bodin habia preguntado su nombre, el mayordomo se acercó á ella y le dijo:

—Eva ven conmigo.

—¿Me llamais para que os siga señor Pedro?—preguntó Eva.

—Sí; hazme el favor.

Eva se puso á andar tras el mayordomo.

Cuando estuvieron fuera de la cuadra, y hubieron atravesado algunos departamentos, bajaron al cuarto principal y emprendieron su camino por un corredor apenas alumbrado por la escasa luz de

un farol colgado del techo. Entonces el mayordomo acortó el paso y dijo:

—Voy á presentarte ante el verdadero amo de la fábrica; esto es, al cuñado del señor Santiago Beltran. Si lo sabes hacer, de esta entrevista puede resultar tu futura suerte. Puedes hacer tu fortuna en un momento. El cuñado es el hombre mas caprichoso del mundo. Por cualquiera de sus antojos es capaz de sacrificar un capital. Ya se vé; ¡como es muy rico! ¡como el señor Beltran no le niega nada!... ¡Es el único pariente que tiene, y vé con las niñas de sus ojos!... Te hablará del amor que le has inspirado con tu hermosura... Si me quieres creer hazte por de pronto la melindrosa; este es el medio de avivar mas y mas su pasion Pero oye, entendámonos, y recuérdalo bien... Yo habré contribuido, dado caso, á tu fortuna. Yo le hice notar tu rara hermosura; entre tú y yo desde luego va á establecerse cierta mancomunidad, que, como comprendes, debe á mí valerme algo...

Eva oia con asombro, las palabras del mayordomo. Cuando este hubo concluido saltó:

—Vamos, señor Pedro, callad; vos siempre estais dispuesto á decir bromas.

—¿Si, he? ¿á decir bromas?—contestó el mayordomo,—¡pues vayan unas bromas!

—Pero ¿qué decís entonces?

—¿No lo has oido?

—Ni he querido poner en ello atencion. Como ya principio á conoceros, creo que no debo incomodarme con vos.

Durante este diálogo habian llegado á la puerta del fondo del corredor.

—Aguarda,—le dijo el mayordomo.

Eva se paró.

—Para lo que pueda suceder debo advertirte una cosa: te he hablado por encargo... Yo ya he cumplido con mi mision; á tí te toca el resto si quieres labrar tu fortuna.

El mayordomo abrió la consabida puerta y poniendo la mano estendida en la espalda de Eva la empujó á dentro entrando él al mismo tiempo....

Todo esto habia pasado rápidamente, en menos de lo que se necesita para referirlo. De modo que Eva se encontraba, en un abrir y cerrar de ojos, del taller al despacho particular del cuñado del señor Beltran, habiendo oido antes como un ruido incoherente, palabras espantosas de las cuales apenas podia darse cuenta.

—Ahí teneis á Eva, señor,—dijo el mayordomo, como una especie de presentacion ridícula en sus situaciones respectivas.—Ya me hareis el obsequio de llamarme con la campanilla, cuando hayais concluido de hablar. Eva no conoce todavía las encrucijadas de la fábrica y se perderia al buscar su departamento.

—Está bien;—contestó simplemente Mr. Bodin.

Eva se quedó inmóvil en el dintel de la puerta, separándose solo un poco para dar paso al mayordomo.

—Sentaos,—le dijo, una vez este hombre conoció por el ruido de los pasos del mayordomo que aquel se hallaba á gran distancia,—sentaos...

Eva obedeció maquinalmente, pero buscando la silla mas inmediata á la puerta.

Mr. Bodin se hallaba sentado en un camapé de paja arrimado entre dos balcones.

—¿Os ha hablado Pedro de mí; es cierto?

—Me ha dicho que me llamabais á vuestro despacho,—contestó Eva procurando afectar una serenidad que no poseia.

—¿No os ha dicho para qué?

—Señor, no lo he entendido.

—¿No os ha dicho que queria regalaros un vestido?

—No lo recuerdo.

—Pues bien, sí; quiero haceros este regalo. Sé que las muchachas que trabajan en la fábrica apenas ganan para mantenerse. La desastrosa concurrencia y la falta de proteccion industrial, nos mata, y no podemos daros mas salario. Esto es triste para nosotros, pero no hay mas remedio.

—Estoy contenta con el salario que me dais.

—Pero esto no obsta para que yo no os haga un regalo. Las trabajadoras que se portan como vos en el trabajo, nos obligan alguna vez á escedernos en nuestras facultades. Además he tomado informes de Pedro y sé que sois una mujer honrada.

Eva bajó los ojos por toda contestacion.

El cuñado del fabricante sonrió de una manera bestial.

—Una mujer honrada,—dijo,—es un tesoro. ¡Dichoso el que puede poseerla! Pero cuando uno no puede lograr su posesion debe por lo menos rendirle culto, y si está en nuestra mano, favorecerla. ¿Os negaríais vos á aceptar una pequeña é insignificante muestra de mi buen afecto?

—¡Ah, señor; si me creeis honrada como decís, comprended que no debo aceptar otra cosa que el precio de mi trabajo!

—¡Bien!—esclamó Mr. Bodin,—¡admirable! Sois lo que me habian dicho, y por consiguiente, una de las mujeres que harian dichoso al que pudiese poseeros... Eva; yo espero que no rechazareis mi pequeña muestra de afecto.

—Ya os lo he dicho, señor.

Mr. Bodin sin hacer caso de lo que oia se levantó y acercándose á un armario sacó una pieza de lana labrada y dijo:

—Mirad que hermosa es esta muestra; que bello el dibujo, que rico el tejido, que lana tan superior.

Esto era cierto: lana, tejido, dibujo, muestra, todo era precioso, raro, poco visto. Pero al fijar en ellos su mirada, Eva se estremeció.

—¿Qué decís á esto?—le preguntó el fabricante.

—Ya os lo he dicho.

—¿No os gusta?

—¡Ah!—esclamó,—es bonito.

—¡Y bueno!

—Sí....

—¿Pues, aceptais un corte?

—¡Imposible!

Mr Bodin volvió á reirse de la manera estúpida que lo hacia y dijo:

—¿Luego. no quereis aceptar un regalo que os ofrezco como el primer signo de mi proteccion? Oid, Eva; vos sois jóven, sois bella, pero sois pobre y vivis de una manera miserable. ¿Creeis que habria muchas mujeres que no aceptasen la proteccion que yo os ofrezco? Sois honrada y continuareis siéndolo, porque el amor no deshonra

á nadie. ¿Qué ultraje hallais en que yo os ame? Ninguno. ¿Por qué no quereis corresponder vos á mi amor?

—Señor, me haceis sufrir terriblemente hablándome de este modo...

—No tengais cuidado. Yo tengo prudencia; tambien soy hombre honrado. ¿Quién quereis que os señale con el dedo hallándoos á mi lado? Comprendo vuestra resistencia; hasta os diré que me agrada infinitamente... Si de pronto hubiese podido conocer que os allanabais á mi amor por una mira interesada, no diera á vuestra correspondencia ningun valor. Pero ahora... ¡Oh! ahora os amo ya, os estimo en lo que valeis...

Eva le interrumpió diciéndole:

—En este caso hacedme el favor de no hablar mas de esto.

—Cuanta mayor resistencia ofrezcais, mas os amaré; os lo declaro. Yo soy así: me gusta vencer los obstáculos cuando son mas dificultosos. Por otra parte vos sois pobre y yo rico; vos sois jóven y yo... tambien; vos sois libre y yo soy soltero: hasta puedo casarme, si me place, con vos.

—Por Dios, señor, si me considerais digna de respeto no me hableis así.

—¡Preocupaciones! En fin: ¿no os ha hablado francamente Pedro? ¿no os ha dicho que no hay en la tierra voluntad capaz de contrariarme cuando yo quiero una cosa? ¡Quiero que seais mia!

—¿Cómo es vuestro un objeto cualquiera por el cual habeis pagado vuestro dinero?—repuso Eva con indignacion á las palabras del fabricante;—con migo os habeis equivocado.

—¿Me provocais á una lucha?—dijo riendo con toda la estúpida maldad que le caracterizaba.

—De ningun modo...

—Pues, seamos amigos.

—¿Puede merecer la amistad de una pobre mujer honrada quien principia por no respetarla?

—¿Cómo os daré una muestra de mi afecto?

—De ningun modo...

—¿Y de respeto?

—Permitiéndome partir, y asegurándome que no me hablareis mas de esto.

Mr. Bodin tiró del cordon de una campanilla y continuó:

—Ya que esta es vuestra voluntad no tengo nada mas que deciros. Pedro os volverá á acompañar á vuestra máquina. ¡Cuán tonta sois!... Pero acordaos de lo que voy á deciros: espero que reflexionareis seriamente sobre vuestra posicion y...

Eva se levantó.

En aquel momento llegaba Pedro.

—¿Me habeis llamado?—preguntó.

—Sí; conduce á Eva á su departamento.

Eva emprendió su marcha. Mr. Bodin en aquel mismo instante sonrió neciamente y dijo para sí:—¡Ya caerás!—Este imbécil de Pedro no ha sabido trabajar el asunto préviamente...

Eva salia asombrada del inesperado fin de aquella escena. No habia oido las últimas palabras de Mr. Bodin.

Pedro así que estuvo fuera tocó á Eva ligeramente por el hombro y la dijo con sorna:

—Vamos, ¿cómo ha ido esto?

—Bien,—contestó Eva;—soy una mujer honrada!

—¿Rehusas hacer tu fortuna? ¡Oh! esto es inaudito; eres la primera que...

—Mentís, señor Pedro. No siempre la miseria se doblega á la infamia.

—Pero, ¿llamas infamia?...

—A vuestros planes. No creo que esta sea la primera vez que oigais de los labios de vuestras operarias una contestacion como la mia.

—¡Créelo!...

—No puedo ni quiero: todavia hay virtudes en la pobreza.

—¡Bah!—esclamó Pedro prorumpiendo en una sardónica carcajada,—esto es lo que tienen estas pobres mujeres; orgullo desmedido. Ya sabes que te he dicho que aprobaba tu fingida resistencia: veo que lo habrás hecho bien. ¡Bribona! tú lo entiendes; tú sacarás de ese estúpido el mejor partido... Vaya, no eres tan tonta como yo creia.

Las palabras de aquel hombre caian como plomo derritido sobre el corazon de Eva. Eran el colmo de los insultos prodigados á la

debilidad y á la inocencia. Debian forzosamente llevar á su alma pura toda clase de amarguras y crueles torcedores; rugian á sus oidos como acentos terroríficos de que su conciencia no podia darse cuenta. Tanta maldad le parecia imposible.

En estas circunstancias llegaron á la puerta del departamento.

Eva se arrojó precipitadamente á su máquina como una hija á los brazos de su madre

CAPÍTULO XXIV.

Donde Eva sucumbe á los pesares.

Tres semanas despues, ni Mr. Bodin ni nadie en su nombre habia vuelto á hablar á Eva del incidente que acabamos de narrar.

La virtud al fin impone respeto á los malvados que la acechan.

Eva al parecer estaba mas tranquila y aguardando con confianza la pronta curacion de la herida del dedo, que, sea dicho de paso, esperimentó varias alternativas de adelanto y retroceso en su penoso curso. Esta tranquilidad era solo aparente, como lo es toda exaltacion de dolor moral que acaba al fin por estallar en tristes ayes de desesperacion:

Si un mes antes la hubieseis preguntado por su suerte, os hubiera contestado:

—Solo soy feliz porque vivo donde puedo ver el campo y las flores y los pájaros, y salir y ponerse el sol todos los dias...

Pero ahora os hubiera dicho:

—Solo soy desgraciada, porque no puedo coser...

Suspiraba, pues, constantemente por el dia, para ella feliz, en que podria volver á coger la aguja.

Segun el dictámen del cirujano debian pasar algunas semanas antes de hallarse en tal disposicion...

Entre las angustias que mas cruelmente la atormentaban habia una que para ella no tenia ponderacion.

Eva era miedosa, y algunas noche tenia que ir sola á su casa, por causa de que Zoa y su madre se quedaban á dormir en casa de sus parientes de la ciudad.

Ya se comprenderá cuales debian ser estas noches, eran las noches mas frias, las noches que amenazaban lluvia, las noches mas oscuras, las noches en que por cualquier incidente, en fin, salian tarde de la fábrica ó se entretenian por el camino...

¿Se dirá que esto argüia cierta crueldad por parte de la familia Tronchette del arrabal? ¡Oh! no. Una madre no ve mas que el interés de su hija. Dios lo ha puesto así en su corazon, y esta es ley de toda buena madre.

Pues bien; un dia habia nevado durante toda la tarde, pero de modo que la nieve, mezclada en agua, se derretia al mismo instante de tocar la tierra, formando un fango helado y negro, sumamente resbaladizo. La noche se presentaba encapotada; no habia luna; no se veia resplandecer ni una sola estrella en el firmamento y lloviznaba, pero de tal manera, que las gotas que caian, mas menudas que las del rocío, formaban solo un vapor denso, frio y sumamente penetrante.

Aquel dia, resultado de una desgracia acontecida en la fábrica, que se llevó el brazo de un operario entre las ruedas de una máquina, se paró el vapor, teniendo que estar suspendido el trabajo por espacio de cosa de media hora. Como la culpa no era de la fábrica, el fabricante no debia perder semejante media hora de trabajo. En vez, pues, de tocar la campana á las ocho de la noche no tocó hasta las ocho y media. Eva y sus dos compañeras de trabajo salieron juntas, pero antes de atravesar el puente de la ciudad, la madre aconsejó á la hija quedarse en L***. Eva era la mujer mas prudente del mundo y á las objeciones que la hija hizo á la idea de su madre, (entre las cuales habia la de no dejar partir sola á su amiga), esta unió sus razonamientos á los de la primera, y afectando cierto contento, que no era más que pura abnegacion, emprendió sola su camino.

Apenas habia andado unos cien pasos se paró repentinamente.

Aquellos pasos eran los de una sonámbula. En medio de una oscuridad profunda, sobre un suelo resbaladizo y helado, habia ido maquinalmente, con el espíritu abstraido por completo ; de este modo que en ciertas ocasiones nos sorprendemos practicando lo que tenemos por rutina en nuestras faenas cotidianas, sin tener de lo



EVA DESDE LA CIUDAD AL ARRABAL.

que hacemos mas que una lijera sombra de conciencia. Al pararse abrió los ojos desmesuradamente: no vió nada. Escuchó: le pareció entonces oir mil ruidos estraños y pavorosos... El cierzo helado agitaba sus débiles vestidos, que, humedecidos por la vaporosa lluvia, azotaban sus miembros convulsivos.

El miedo se habia apoderado de ella.

El miedo es la potencia mas formidable de la imaginacion: crea fantasmas colosales y da formas, movimiento y vida, á los desvarios mas locos de la mente. Las tinieblas se palpan, se visten de sangre ó se agitan entre sudarios de muerte. Los espectros de mano helada nos tocan la frente, nos hablan al oido con voz que imita al trueno y los estraños graznidos de las nocturnas aves. Queremos llorar y reimos; queremos reir y lloramos; queremos movernos y una mano de hierro nos detiene; queremos quedarnos y un empuje como el de la fuerza del torbellino nos arrastra, sin saber donde, á merced de una voluntad terrible y amenazadora... El miedo exalta, perturba, anonada....

Eva al pararse de repente sorprendida por un ruido terrorífico y al mirar á su rededor, no viendo nada con los ojos de la materia, lo vió todo con los ojos de la imaginacion, y oyó clara y distintamente mil voces amenazadoras.

¡Pobre niña! El mugido de las deshojadas ramas de los árboles, las gotas de agua que escurrian de un tronco á otro, el crugido del hielo que se rompia debajo sus piés, le dictaban, como el sacerdote al lado del verdugo pronto á arrancarle la vida, una especie de salmo de la agonía inmensamente funerario...

Aunque hemos dicho que la oscuridad era profunda, nunca, en la márgen de los bosques y en las sinuosidades de los caminos es completa. La noche por negra que sea tiene sus sombras formadas por cierta luz que rodea el viajero como nacida de sus propias pupilas. La naturaleza tiene horror á la oscuridad absoluta: Dios no quiere abandonarla al caos... Pero esa luz, vestida de sombras por el miedo y la tempestad, transforman el árbol en gigante de cien cabezas y la piedra del camino en la boca de un abismo.

Eva se contemplaba rodeada de peligros informes y amenazadores. Sus lábios balbuceantes pronunciaban palabras incoherentes y su

cuerpo tambaleaba. Pudo, por fin, arrancar del fondo de su garganta un chillido que resonó á gran distancia, y luego estas sentidas esclamaciones:

—¡Madre!... ¡Madre mia; mira á tu hija!

Solitaria en medio del camino solo su propia imaginacion podia responderla. Mas, como si la palabra ¡*madre*! dos veces repetida, la hubiese venido á reanimar en medio del terror de que se hallaba poseida, pudo adelantar un paso, despues otro... pero volviendo el rostro de una á otra parte, con los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho y como abrazada con el ser querido á quien acababa de invocar.

Los pasos fueron sucediéndose maquinalmente: su apagada respiracion brotaba de su seno oprimido como por una mano de hierro, cada vez mas fuerte y pesada. A todas partes miraba, con esa mirada del que pretende rasgar con sus ojos las tinieblas que lo envuelven. Si un precipicio se hubiese abierto en su camino no hubiera sentido el vacío y se hubiera derrumbado en él sin interrumpir el movimiento de sus piés: el alma de Esa se hallaba abismada; en estado de completo éxtasis.

Pero la palabra ¡*madre*! continuaba brotando de sus lábios acompañada de mil distintas esclamaciones.

—¡No me abandones!—decia,—¡mírame!... ¡Tu mano!... ¡dame tu mano!...

La velocidad de sus pasos iba aumentando progresivamente. Andaba sin tino. Hundia sus piés en los charcos. Iba de una parte á otra de la carretera, tropezando, ora en las rocas que la orillan, ora en los pequeños arbustos cuyas ramas se adelantaban sobre la valla... Apesar de las sinuosidades que trazaba, adelantaba en su camino con rapidez asombrosa...

Tenia ganada ya la mitad de la distancia que separa la ciudad de L*** del arrabal G***, cuando aquella mujer, aquella niña, no parecia ya un ser humano sino un espectro de los mismos que su imaginacion se presentaba rodeada. El pañolito con que graciosamente cubria las admirables trenzas de su cabello, recogidas sobre la nuca, cediendo á la fuerza del viento, flotaba, aguantándose apenas en su cabeza. Su respiracion se oia como un silbido profundo y doloroso,

y todos sus miembros, presos de una convulsion eléctrica, palpitaban fuertemente. Eva, jadeante, rendida de cansancio principió á acortar el paso y á sentirse desfallecer de angustia...

En estos momentos se oyó realmente á lo léjos, un ruido sordo como el de las olas del mar ó el de un trueno perdido á gran distancia en la inmensidad de los espacios.

Eva se puso á escuchar; comprendió que no era ninguno de esos siniestros rumores que la noche levantaba en torno suyo y logró detener la planta contra el movimiento impulsivo que la dominaba. El hondo rumor que á lo léjos se apercibia, iba aumentando por momentos su intensidad. Mas tarde oyó el ruido de unas campanillas, el chasquido de un látigo y el choque de las herraduras de un caballo sobre la carretera. Eva miró hacia el punto de donde le parecia acercarse el ruido, y no vió nada... Pero no desvió por esto sus pupilas hasta observar, como la aparicion de una estrella movediza en medio de las tinieblas, una luz roja que iba avanzando hácia ella rápidamente...

¡Un coche se acercaba!

La primera intencion de Eva fué aguardarlo allí mismo y pedir ausilio tan pronto estuviese á su alcance. Pero entonces reflexionó con alguna seriedad y se dijo:

—¿Para qué, si yo no tengo mas que miedo?

¡La infeliz no se creia con derecho al ausilio de nadie mientras no tuviese mas que miedo!... Creia deber devorar sola las terribles angustias que sufria, en medio de la lobreguez, la soledad y la nieve de aquella espantosa noche. Se reprochó semejante atrevimiento, que no era mas que falta de valor, y desistió de su propósito.

El ruido, el mas insignificante ruido, en medio de ese silencio de muerte que á veces nos rodea, es una inapreciable compañía. Lo que basta en algunas ocasiones para llenar de pavor el alma, es en otras un confortante poderoso. Eva se hallaba en este caso: aquel ruido la animaba en gran manera... En tal situacion comprendió que dentro de pocos instantes el coche debia pasar por delante de ella con la rapidez del relámpago, y desaparecer. Entonces todo volveria á quedar en el mismo estado; la soledad sepulcral, la noche profunda, la rodearian de nuevo y no podria dar un paso mas. No te-

nia conciencia ni de la distancia que habia andado ni del tiempo transcurrido. Sin duda creia hallarse aun en las puertas de la ciudad. En esta situacion todo su anhelo se limitaba en prolongar los momentos de compañía que debia proporcionarle el coche. Para esto solo habia un medio que de ella dependiese y era el emprender de nuevo su camino retardando cuanto le fuese posible el instante en que el coche debia ganarle la delantera, y luego proseguir trás él hasta donde sus fuerzas alcanzasen...

Esto decidió y esto puso en práctica repentinamente: aquel lúgubre ruido debia suplir para ella la compañía mas animosa, la luz mas resplandeciente y el calor mas vivificante...

Se puso á andar con paso lento al principio, precipitado despues, rápido como el torbellino últimamente. Pero por mucho que anduviese no lograria conservarse á igual distancia del coche. Por la proximidad del ruido conocia que este ganaba mucho mas terreno, y que bien pronto le pasaria delante. Pero como su objeto era solo retardarlo cuanto le fuese posible, no desfallecia en la marcha preprecipitada que llevaba.

Si hubiese acertado á mirar á lo largo de la carretera hubiera visto ya las luces de las primeras casas del arrabal, pero Eva no miraba nada; solo escuchaba y andaba, sin pararse nunca. La misma precipitacion empero, la hacia vacilar sobre sus plantas...

El coche se acercaba. Iba á alcanzarla de un momento á otro.

Eva comprendió que dentro un momento volveria á encontrarse sola en medio de la carretera...

Se decidió á pedir socorro y no pudo: la fatiga no le permitia emitir la voz.

Cruzó entonces por delante de sus ojos como una nube de fuego y sintió helársele todo el cuerpo; sus miembros se enervaron y... cayó presa de un terrible desvanecimiento.

Cayó atravesada á un lado de la carretera.

El coche avanzaba. Nadie se habia apercibido de esto. Al avanzar el coche debia tropezar, con el cuerpo de Eva: solo un milagro podia librarla de que las ruedas le pasasen por encima, la aplastasen bajo su peso...

El milagro no debia verificarse sino á medias.

Llegó el momento en que el coche se hallaba á la distancia de dos varas de Eva, distancia promediada entre las ruedas y su cabeza.

Salvó esta distancia y... un grito desgarrador resonó por el espacio...

. . . . . .

A aquel grito el coche se detuvo en su veloz carrera. Un hombre saltó del pescante, arrancó un farol del lado del vidrio y corrió á ver lo que habia motivado aquel quejido doloroso.

Eva se hallaba á poca distancia del coche, con las manos en la cabeza, los ojos cerrados y comprimidos los músculos del rostro.

—¿Qué es esto?—esclamó atónito el hombre ante la infeliz tendida en el suelo,—¡una mujer!...

Mas como Eva no contestase:

—¿Se os ha hecho daño?—preguntó,—¿Dónde? ¡ah, se os ha herido!

Eva aun cuando no contestaba se revolcaba sobre el helado fango de la carretera.

—¡Buena mujer; responded!—gritaba el hombre repetidas veces.

Era en vano...

Otro hombre que durante este corto intérvalo habia bajado del carruaje, dijo al primero:

—Metámosla en el coche y trasladémosla al arrabal, ¡pronto! Esta mujer se muere. Le habrá pasado una rueda por encima.

—Por encima de la cabeza no, señor: no la conservaria entera. Por el cuello tampoco: mirad... Además menea bien las piernas y los brazos. Como no le haya pasado por encima del pecho ó la cintura no hay cuidado...

—¡Al coche, al coche!—dijo el otro por toda contestacion.

—Muy bien mi amo.

Eran, pues, amo y criado.

El amo la levantó por las espaldas y el criado por debajo las corbas de las rodillas y en un momento la acomodaron en el coche. Durante esta operacion, el primero pudo convencerse de la clase de herida que habian causado á la desgraciada. Todo se reducia á haber pasado una de las ruedas casi frotándole la cabeza, y, car-

gando con todo su peso sobre las trenzas de su cabello, habia arrancado una gran porcion, con tal violencia, que habia hecho brotar sangre de la piel. La herida era insignificante, pero el incidente doloroso.

El desmayo continuaba, sin embargo...

El amo dió órden al cochero para que apresurase el paso encargándose él del cuidado de la mujer herida.

La colocó cómodamente en el asiento de la testera limpióla el rostro con su pañuelo y cerró las ventanillas dando á entender así que sospechaba que la causa de hallarse aquella mujer tendida en medio de la carretera podia ser motivada del intenso frio que hacia.

Pasados algunos minutos Eva abrió los ojos. Miró en torno suyo con esa mirada vaga del que despierta de un profundo sueño y volvió á quedar como abismada en el mayor orgasmo.

El hombre que iba con ella quiso aprovechar este incidente y dijo:

—Buena mujer; no tengais cuidado: esto no ha sido nada.

Eva volvió á abrir los ojos y entonces pronunció estas naturales palabras.

—¿Dónde estoy?

—En salvo, buena mujer; no tengais miedo.

—¿Dónde estoy?—volvió á preguntar.

—Descansad; luego lo sabreis.

Eva entonces hizo un esfuerzo para incorporarse y no pudo. El hombre trató de ayudarla, pero inútilmente.

—¡Ah, ¿qué es esto?—preguntó concentrando sus potencias.—¿Es un coche?

—Sí, ¿no habeis oido un coche que pasaba por la carretera?

—Sí, pero...

—Nada. Os habeis caido sin duda, y ya veis que no era cosa de dejaros abandonada. Perdonad si me he tomado la libertad de...

—¿De recogerme? ¡Ah, caballero; gracias! Pero ¿dónde estamos?

—Cerca del arrabal...

—¡Cerca de mi casa!—esclamó Eva llorando de alegría.

—¿Vivís en el arrabal G***?

—Sí señor, en la última casa; á la misma salida... Soy una infeliz costurera, huérfana, que no pudiendo coser por culpa de una desgracia que recibí en un dedo, no he tenido mas remedio que ponerme á trabajar en una fábrica de la ciudad...

—¡Pobre jóven!... esclamó el desconocido.

—Pero tengo confianza en que pronto dejaré la fábrica,—añadió Eva precipitadamente.

—¿Y volvereis á ocuparos en vuestros peculiares labores?

—Sí señor. Dentro de una semana tal vez, segun me ha indicado el cirujano, ya podré cojer otra vez la aguja.

—¿Ganais más cosiendo, que en la fábrica?

—No señor, algo menos; pero lo prefiero... ¡Ah! si tuviese que continuar así me moriria; os lo aseguro. Me causa horror aquel ruido espantoso... Allí no se respira bien... A mí me gusta la soledad y allí el órden mismo es una confusion espantosa. ¿No habeis entrado nunca en una fábrica? Todos los rostros, aun cuando rian, parecen frenéticos; aun cuanto se oye cantar de vez en cuando á alguna mujer ó niño, su canto tiene no sé qué de lúgubre y espantoso... Hay mujeres hermosas, pocas, pero esas pocas son de una hermosura siniestra; las unas, lánguidas como la misma enfermedad; las otras insinuantes, y como pidiendo á cuantos fijan los ojos en ellas, que las saquen de allí á cualquier costa... Yo no estaba acostumbrada á esto, ¡Dios mio!... Los hombres nos hablan de cualquier manera; nos tutean; no se abstienen de nada ante nosotras... Y se burlan llamándonos *señoritas*, *gazmoñas*, *hurones*, *hipócritas* y que sé yo cuantas cosas por el estilo si no seguimos sus bromas y no nos rebajamos hasta su nivel. Apenas, señor, hace un mes, que por esperiencia sé lo que es trabajar en una fábrica, pero os aseguro que es cosa horrible... No puede esplicarse. Es menester que una sea muy fea para no ser el blanco de terribles insultos; completamente sorda para no oir maldades sin cuento; muda para no contestar á ellos, y manca del todo para no tener que defenderse á cada paso de acciones irritantes... ¿Quién quereis señor que viva bien allí dentro? ¡Oh! y no es esto lo peor. ¡Los mayordomos, los jefes de cuadra!... Cuando una es objeto de sus pretensiones, ¡desgraciada si no les sigue la bro-

ma!... La amenazan con despedirla de la fábrica y... la despiden! Entonces, gracias si no se han pasado la voz de uno á otro y logra una ser admitida á trabajar en otra fábrica. Los amos no se cuidan de esto, ¿Ellos que saben? Nada. Tienen puesta su confianza en los mayordomos y estos contratan y despiden á las trabajadoras, á medida de su capricho... ¡Dios mio! ¡Dios mio no querais saber caballero, lo que es esto!...

Eva hablaba con precipitacion durante este relato como si hablase una máquina por ella; como si hablase soñando; como si hubiese olvidado donde se hallaba, sin advertir que lo que decia no venia á cuento, que no se la habia interrogado sobre esto. Pero es un fenómeno que raras veces deja de observarse, lo que Eva en aquellos momentos hacia sin pensarlo. La lengua cede á las impresiones del ánimo, y en toda conversacion, en toda pregunta, en toda palabra que se pronuncia halla medio de desplegarse segun la idea que imprime en el espíritu ese carácter de exaltacion que lo absorve todo y todo lo concentra en un punto mismo.

Eva habia visto y observado con el ánimo afligido y la mente dolorida, todo cuanto durante un mes habia pasado á su rededor. Hacia sobre ello mil comentarios desgarradores, pero muda y silenciosamente, escepto en las altas horas de la noche que, dormida ó soñolienta, sus lábios se desplegaban para exhalar del fondo de su corazon palabras que correspondian al estado de su ánimo... Con nadie habia hablado conforme acababa de hacerlo. No se le habia presentado ocasion. Con la familia Tronchette, no era posible: tal vez no la hubieran comprendido ni la madre ni la hija... Pero en aquel instante agitado su ánimo, abatida la mente, y en presencia de un hombre que la amparaba; su lengua se desató y brotó á raudales la angustia de que su pecho se hallaba poseido.

El hombre aquel, comprendia todo lo que esto significaba y se guardó de interrumpirla observando en presencia suya un religioso silencio. Cuando hubo terminado y despues de una pausa que duró algunos minutos, dijo:

—Tranquilizaos, niña; procurad curaros de la mano y volvereis entonces á vuestros trabajos habituales. Haceis muy bien en querer huir de la fábrica ya que tanto os repugna su estancia en ella.

—¡Oh, mucho caballero !—contestó.

Eva volvió á caer en una especie de ensimismamiento, y solo despues de algun tiempo dijo:

—Que ha pasado, señor, ¿me lo quereis esplicar? ¿por qué me encuentro aquí?...

—Hija mia, yo lo ignoro. Solo puedo deciros que al pasar por ahí bajo, hará cosa de algunos minutos, oimos un gran grito cerca de las ruedas del carruaje. Creí que habíamos causado alguna desgracia y parámos. Vos estabais tendida en medio de la carretera. Os examinamos, y, gracias á Dios, no habeis sufrido ningun daño. Sería un pequeño desmayo, que tal vez os sobrecogiera en el camino.

Eva se estremeció. Llevó con precipitacion una de sus manos á la cabeza: hasta entonces no tuvo conciencia del daño que habia sufrido.

—¡Estoy herida!—esclamó.

—Os digo que no es nada; tranquilizaos.

En esto habian llegado á las primeras casas del pueblo.

—Pronto llegaremos á vuestra casa,—le dijo el desconocido. Pero antes de dejaros allí me habeis de conceder una gracia.

—¿Cuál?—preguntó Eva con asombro.

—Me habeis dicho, que vuestro cirujano os ha asegurado que dentro de una semana volveriais á estar apta para coser. ¿He entendido mal?

—No señor.

—Pues bien, dejad que concluya la obra que Dios ha puesto en mis manos... Os he salvado, de una desgracia inminente, habiendo antes estado á punto de causaros un grave daño. Quizás os habeis librado de la muerte por milagro. Recibiré como una honra insigne el que , por mediacion mia, no vayais mas á trabajar en la fábrica.

—Ah, señor; esto no es posible.

—¿Por qué?

Eva no supo que contestar.

—¿No quereis deberme nada?

—Os debo la vida... ¿qué mas quereis?

—Pues reclamo, en cambio, vuestros ocho dias de convalescencia.

Y sacándose una cartera del gaban de pieles que llevaba puesto, tomó un billete y la dijo poniéndoselo en la mano.

—Tomad.

—¿Qué es esto?—preguntó Eva con sorpresa.

—Son veinte y cinco francos que os entrego, y que consideraría como un desprecio si no os dignaseis aceptarlos. Lo exiguo de la cantidad os abona que no trato de ofenderos.

—Perdonad; no puedo aceptar semejante dádiva.

—Aceptadla sin rubor... no os ofende, niña.

—No sé á quien debo semejante cosa, y os lo repito, no puedo aceptarlo. Tengo trabajo...

—No, vos no podeis trabajar: necesitais algun descanso. Pero si quereis saber mi nombre os lo diré.

—Seria inútil. No os conozco.

En esto habian llegado ya á la última casa del pueblo. El desconocido hizo una seña al cochero y el cochero se paró.

—Estais en vuestra casa,—le dijo.

—Gracias, caballero ¡me habeis hecho un favor inmenso!

—¿Quereis serme amiga?

—Con toda mi alma.

Bajaron, se dieron la mano y se despidieron al pié de la escalera de la casa.

Cuando el caballero volvió á subir en el coche dijo al conductor.

—Buscad una fonda donde hacer noche; hemos llegado al fin de nuestro camino.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

AMORES.

CAPITULO PRIMERO.

Emilio.

Hemos nombrado en el transcurso de nuestra narracion, la calle de la Caba Alta. Hemos dicho que allí vivia un rentista con un hijo de veinte años; que el primero se llamaba Anton Martin y el segundo Emilio. Nuestros lectores no habrán olvidado que allí era donde Eva habia servido en calidad de criada durante los dos años de su permanencia en Madrid.

El padre era un hombre rico; el hijo un estudiante de último año de leyes.

Cuando al padre se le hablaba de su hijo, decia:

—Es necesario que tenga una carrera. Yo me sé lo que vale un título académico en nuestra sociedad, aunque sea librado al hombre mas imbécil. Mi hijo no ha de ejercer, porque es rico, muy rico. No tiene necesidad de cuidar intereses agenos, si quiere cuidar bien de los suyos.

El hijo (casi parece consiguiente) no hacia, pues, otra cosa que ganar años. Por otra parte no tenia aficion al estudio de las leyes, pero sí, decidida, al de las ciencias exactas, pintura y filosofía.

El padre, era un hombre alto y grueso, de grande abdómen y cabeza pequeña. Parecia mas jóven de lo que era, pues contando cincuenta y cinco años figuraba no pasar de cuarenta y cuatro; debido sin duda á un exquisito cuidado de su persona y á la gravedad y esmero con que vestia. Un hombre rico, con menos cabeza que abdómen, pero con ese talento que en buena sociedad se lla-

ma *tener filosofía*, puede ocultar fácilmente diez años de edad, sin temor de que se los descubra el mas avisado.

El hijo, respiraba todas las señales de un buen fondo: tenia un defecto, sin embargo, para los que á primera vista le observaban. Era, para hombre, demasiadamente hermoso: hubiera podido vestirse de mujer y confundirse con una deidad. Este defecto en los hombres, tiene una analogía con las mujeres feas: desaparece tan pronto como con el trato adquirimos un conocimiento exacto de su carácter. La mujer fea, pero de corazon dulce y elevada inteligencia, parece que tiene, para el hombre de sentimientos, un atractivo más; otro título, como si dijéramos, á su consideracion. El hombre que posee esta cierta belleza que puede confundirse con la de una hermosa mujer, pero que posee sin embargo, una alma viril, un corazon fuerte é inteligencia valerosa; este hombre tiene una gracia más á nuestros ojos, que estimamos, por lo raro, como un don concedido por el cielo.

Emilio era de esta clase.

Sus ojos eran grandes y negros, larga y espesa su pestaña. Su cabello fino, abundante y lustroso no era rizado naturalmente ni tampoco laxo: en el punto que se partiera la raya, fuese donde fuese, se levantaba formando dos graciosas ondas hasta su estremo. Su labio era rojo y el color de su rostro quebrado; grande y bien ritmada la frente y la nariz de corte griego, sin revelar empero, la austeridad de aquel tipo en su pristina pureza.

Era hijo natural del rentista Anton Martin.

No habia conocido á su madre y parecia que esta circunstancia pesaba constantemente sobre su corazon como un dolor imponderable.

Lo único que tenia contra su padre era que este se habia conservado siempre sordo á las súplicas que él le habia dirigido para que le revelase quien era ella. Siempre le contestaba con esta palabras:

—¡Ha muerto!

Emilio no podia arrancarle otros detalles.

Cuando le suplicaba le dijese si habia muerto siendo él muy niño, le decia:

—Lo suficiente para no quedar en tu memoria vestigio alguno de ella.

Emilio se desesperaba, y añadia alguna que otra vez:

—¿Cómo se llamaba?

—¡Oh! señorito,—contestaba Anton Martin,—¡cuánta curiosidad!

—¿Hay nada mas justo que un hombre que ignora el nombre de su madre, lo pregunte á su padre?

—Sí, es muy justo; pero mucho mas justo es, sin duda, que el hijo no lo pregunte cuando su padre no puede decírselo.

—¿Por qué no puede? ¿para que callármelo? Yo lo conservaria en el fondo de mi corazon como en el fondo de un sepulcro.

—Es inútil,—decia con gravedad;—no insistas.

—¡Oh, yo insistiré hasta conseguir...

—Tus preguntas me importunan.

—No cejaré.

—¡Yo lo mando!...

Así terminaban casi siempre estos singulares diálogos. De modo que Emilio no conocia de su madre ni el nombre, ni la edad, y, lo que es mas todavía, no daba á su padre entero crédito, en cuanto á la muerte de su madre. Habia demasiado misterio, y este misterio era demasiado raro, para no engendrar por sí solo una desconfianza en el fondo de su corazon respecto á lo que su padre le decia.

De aquí que en viendo á una mujer hermosa que pasase de los treinta y cinco años, sentia por ella una veneracion infinita, una ternura inefable. En viendo á una jóven que no tuviera madre, ó que teniéndola la amase mucho, sentia por ella una simpatía indecible. Para poder dar á una mujer el nombre de madre ó hermana le hubiera parecido poco dar su vida.

Cosas raras le habian sucedido sobre este particular.

Entre otro un marido habia estado á punto de matarle por celos de su mujer, y un amante á punto de abandonar á su futura por culpa de él.

¡Ah! el que busca una madre le parece hallarla en todas las mujeres. Y esto es fácil de comprender. ¿Qué mujer no ha nacido para madre? O no es mujer ó el sentimiento de la maternidad está en ellas como el alma en el cuerpo humano. Bastábale ver en cualquiera

mujer de cierta edad el cabello hermoso y ondulante como el suyo, para levantar en su corazon una sospecha y una esperanza.

—¡Si será mi madre!—se decia interiormente.

Y no cejaba hasta averiguar la historia de toda su vida.

Lo que decimos del cabello podríamos decirlo de mil otras circunstancias: cualquiera le infundia una sospecha y una esperanza.

. . . . . .

. . . . . .

Cierta noche, que se hallaba completamente abstraido en el estudio, un hombre rigurosamente embozado llamó á la puerta de su casa, y preguntó por Anton Martin. Uno de los criados le dijo que no se hallaba en ella. El embozado ya lo sabia porque habia aguardado verle salir para llamar á la puerta. Entonces preguntó por el hijo y obtuvo la contestacion siguiente:

—Está, pero tendrá usted la bondad de aguardarse un poco, por que mientras se halla en su gabinete no podemos llamarle.

El embozado insistió. Al principio hubo gran resistencia por parte del criado, pero despues, á fuer de manifestarle el embozado que el asunto que allí le traia era sumamente conveniente para el señorito, y que le urgia, (apoyando sus palabras con un argumento espresivo que consistia en ponerle á la mano una moneda de oro), el criado vaciló, y dijo:

—¿De veras es cosa urgente para el señorito?

—Muy urgente,—contestó el embozado.

—¿Y responde usted de que el amo no me despedirá?

—Respondo;—dijo.

—En este caso... entre usted.

El embozado salvó por medio de un movimiento brusco el umbral de la puerta. Cuando estuvo dentro se destapó el rostro y dijo:

—¿Sabes lo que te he puesto en la mano?

El criado lo miró y dijo:

—Vea usted por si se hubiese equivocado: cien reales.

—Nó, no me he equivocado; pero mira si conoces la diferencia con el solo tacto con esta otra moneda.

Y le puso una onza de oro en la otra mano.

—Señor, ¿qué es esto? preguntó el criado.

—Una onza.

—¿Para qué?

—Para que me dejes entrar sin anunciarme.

—¿Oh, cómo es esto posible?—preguntó el criado á quien no faltaba ya la voluntad de servir en todo y por todo al embozado.

—Muy fácilmente.

—¿Cómo?

—Diciendo, si acaso eres interrogado, que me he colado de rondon en un momento en que la puerta de la escalera estaba abierta. Dado caso de haber en esto falta, ya ves que es leve. A cualquiera puede sucederle una cosa semejante.

—Tiene usted razon...

—¿Te decides?

—Me decido. Sígame usted... porque supongo que no sabe usted el camino.

El embozado se sonrió, levantó la vuelta de la capa hasta cubrirse los ojos y siguió al criado.

Atravesaron varias estancias y por fin llegaron los dos á un gabinete de reducidas proporciones.

—Ve usted esta puerta,—dijo el criado señalando una que habia en la parte opuesta.

—Sí, es una mampara.

—Pués aquí está el gabinete del señorito. Supongo que no va usted á cometer ninguna tropelía.

—Voy á prestar á tu amo un gran servicio.

—Pues entre usted.

—No todavía.

—¿No?—esclamó el criado con asombro.

—Quiero antes aguardar un rato solo, aquí. Quiero contemplarle por la abertura de la mampara.

—¡Cosa rara!

—Silencio.

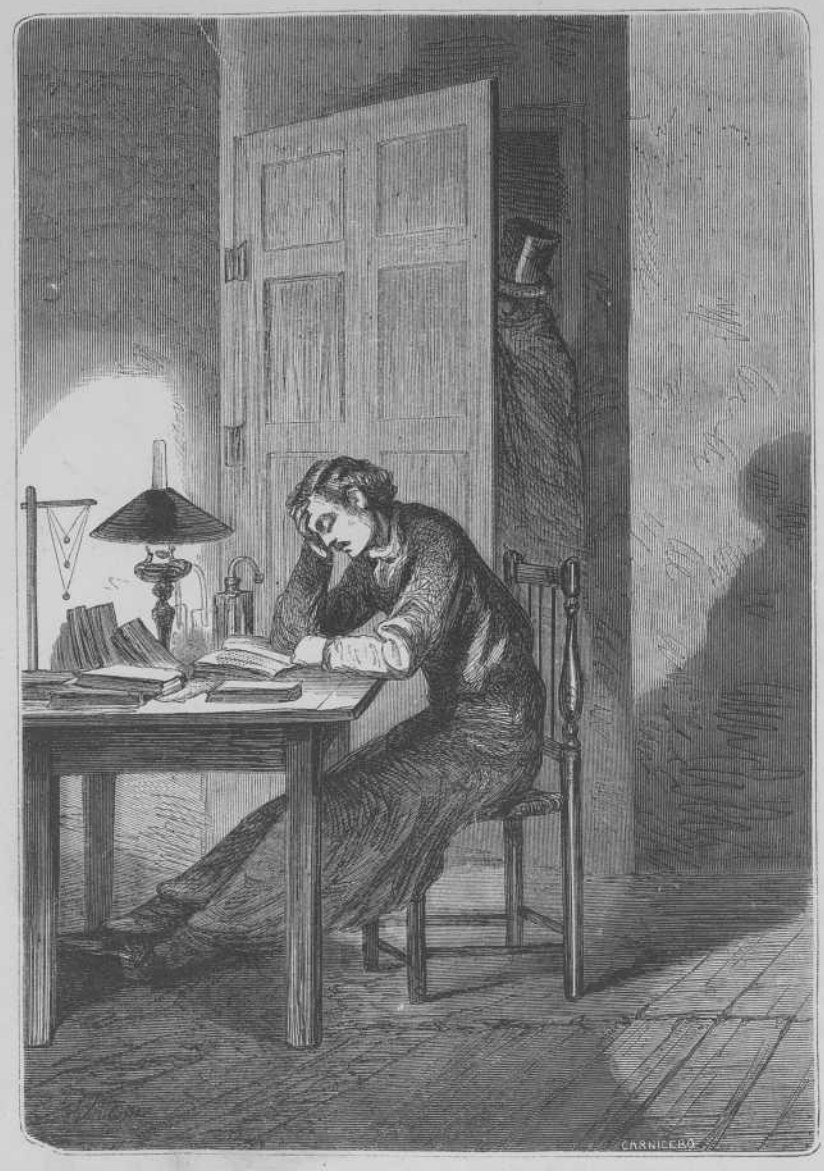
—¿Quiere usted que me vaya?

Sí...

El criado, no sin poca repugnancia, dejó al embozado solo en

aquel gabinete, pero con la intencion de aguardarse en el inmediato para oir lo que allí pasase ó estar pronto á cualquier evento. Tenia el alma en un hilo y casi se hallaba arrepentido de lo que acababa de consentir.

El embozado tan pronto se vió solo cerró, poniendo su pestillo, la puerta por donde el criado acababa de atravesar.



EMILIO.

CAPÍTULO II.

El embozado.

Reinaba la mayor oscuridad en la habitacion que el criado habia dejado al misterioso personaje.

Este se acercó á la puerta con el mayor sigilo y separó un poco la mampara. Miró y vió al jóven á quien buscaba, en la actitud que anteriormente hemos descrito.

Los goznes de la mampara produjeron un pequeño ruido. El embozado hizo un movimiento que indicaba su disgusto pero Emilio no dió señal alguna de apercibirse de nada. Entonces el misterioso personaje abrió más y sucedió lo mismo: crugió la mampara pero Emilio no hizo la mas pequeña demostracion. Estaba embebido, absorto en el estudio y ninguno de estos sordos rumores fué suficiente á distraerle.

A favor de esto el embozado pudo contemplarle, expiar la disposicion del gabinete é introducirse entre la mampara y el marco de la puerta.

Cualquiera que en aquella actitud le hubiese sorprendido, hubiera indudablemente temido alguna siniestra aventura. Tanto más si hubiera podido observar, en la seccion del rostro que dejaba descubierto el embozado, cierta risa sardónica y un rayo penetrante que arrojaba por el iris de sus pupilas.

Aquellos dos personajes rodeados de tinieblas, solo interrumpidas en un pequeño radio, eran un cuadro de tragedia en sus momentos mas críticos. Uno no podia menos de esperar de un instante á otro

que el embozado se arrojase puñal en mano sobre el cuello de su víctima inadvertida. Pero nada de esto. La mampara se abrió de par en par y el embozado presentó todo su cuerpo; volvió á cerrar cuidadosamente, y como si temiese dispertar á un hombre dormido, y dió algunos pasos que no produjeron el menor ruido. Parecia aquel hombre en sus lentos movimientos y sigilosa marcha, la dilatacion de su propia sombra.

Asi llegó hasta ponerse al lado del mencionado jóven, donde se paró y estuvo contemplándole un momento.

Viendo que el jóven no daba por esto señal alguna de haber advertido su presencia, alargó el brazo por debajo la capa y cogió una silla que se hallada á su alcance, la arrimó y se sentó en ella.

Habia hecho algun ligero ruido con esta operacion, pero no fué tampoco advertido por el jóven. Todos sus sentidos estaban sin duda embebidos en el estudio.

Aquello podia durar mucho tiempo de la misma manera. Emilio no lo hubiera advertido nunca. El embozado llevaba trazas de una calma inmensa.

Pero, pasado algun tiempo, el jóven se pasó la mano por los ojos, volvió la cabeza á la parte opuesta que ocupaba el embozado y esclamó:

—¡Arcanos profundos de la ciencia! ¡quién podrá jactarse jamás de penetraros!...

—¡Yo!...—respondió el embozado con voz opaca y profunda, que resonó en aquella habitacion como un eco perdido en el espacio.

Emilio al oir aquella voz volvió rápidamente la cabeza. Al reparar á un hombre á su lado, no pudo evitar un movimiento de gran sorpresa, y de un salto hizo balancear la silla en que se hallaba sentado.

Pero aquella sorpresa fué instantánea, pues instantáneamente tambien se repuso del asombro y clavó en el desconocido una mirada interrogativa.

—¿Teneis miedo de mi presencia?—esclamó el desconocido.

—No;—contestóle Emilio,—ni sé todavía lo que esta palabra significa. El miedo es la cualidad de los cobardes, y...

—Y vos no lo sois,—repuso el misterioso personaje,—no lo ignoraba.

—Mas ¿como estais aquí? ¿quién sois? ¿qué quereis? ¿Es este el modo de presentarse en una casa?

—A todo contestaré.

—¡Pronto!

—Oid: estoy aquí porque he venido,—dijo con cierto aire de insolente franqueza;—soy un hombre incapaz de causar á nadie daño alguno... quiero hablaros á solas. En cuanto al modo de penetrar en una casa, cada cual elige el que mejor le conviene... Estais contestado.

—¿Quien os ha acompañado hasta aquí?

—Uno de vuestros criados, quien me ha hablado de cierta órden que le teneis dada respecto á no dejar entrar á nadie en las horas de estudio. Pero le he convencido de lo conveniente que era para su amo no obedecer esta órden, y le he dado palabra de que hallaríais en esto medios de agradecérselo.

—¿No podíais anunciaros desde la puerta?

—No me hubiérais oido, tan absorto os hallábais en la lectura de este librajo.

—Sea en buen hora. Pero ahora espero que me direis vuestro nombre.

—Ventura,—contestó el embozado.

—Ventura... ¿de qué...?

—Ventura de la Esperanza.

—¿Es pseudónimo?

—No señor... Es la verdad.

—Bien; ¿qué quereis de mí?

—Que me escucheis un momento.

—Hablad.

Ventura, que así llamaremos por ahora á nuestro personaje, se acomodó en su asiento y dijo:

—Cuando os habeis advertido de mi presencia, acabábais de preguntar, «¿quién podria jamás penetrar los arcanos de la ciencia?» Mi voz ha contestado con este monosílabo: «¡yo!» La ciencia es el conocimiento de las cosas en todos los órdenes de la vida. Pero hay una síntesis que lo encierra todo, una fórmula que todo lo incluye. Conocer esta síntesis, vivir segun esta fórmula es el secreto de todas las ciencias. Yo lo poseo; yo vengo aquí á revelároslo.

—¿Vos?—interrogó Emilio, como quien habla con un loco visionario.

—Yo, sí; ¿que hallais en esto de admirable?

—¡Oh! mucho...

—Pues bien, admirable ó nó voy á deciroslo. Todo se reduce á esta palabra: Gozar.

—¿Y que es el gozar?—preguntó con amargura Emilio.

—La satisfaccion de nuestros deseos,—respondió Ventura con mucho aplomo.

—¿Y nuestros deseos no son siempre crecientes y nunca satisfechos?

—No: hay un instante en que el hombre dice: «soy feliz.»

—¡Pero es un instante!—repuso Emilio.

—Echad la suma de estos instantes y aquello es la síntesis, la fórmula de todas las ciencias... Señor filósofo, no os cause horror ni repugnancia lo que digo. Es la verdad y no hay mas; creedlo. Bajo este punto de vista, debe considerarse como un necio, como un grande estúpido, el hombre que no solo desperdicie alguna de los ocasiones que el placer le brinde, sino aquel que no busca con verdadero afan y solicitud todas las ocasiones que pueda evocar, con la facilidad con que se evocaba la presencia de las brujas en los tiempos de nuestros tartarabuelos. ¿Creeis que tengo razon?

—Antes tendria que conocer lo que entendeis por placer.

—Todo lo que proporciona goces á la materia y al espíritu.

—¿Todo?

—¡Absolutamente!

—Teneis un singular modo de discurrir: no soy de vuestra opinion. Pero prescindiendo de esto, veamos de una vez á lo que vais á parar.

—¡Ah! ¡ah!—esclamó Ventura diabólicamente.—Ya adivinais que todo esto tiene su objeto real y práctico. Pues bien, sí; lo tiene.

—Acabad.

—¿Admirais la belleza?

—Sí.

—¿La juventud?

—Soy jóven, caballero.

—¿Sois indiferente á las mujeres?

—No....

—Ved, pues, este retrato que aquí traigo.

Ventura sacó una miniatura del bolsillo del gaban que llevaba debajo la capa y se la presentó.

Emilio al fijar la vista en el retrato sintió un ligero estremecimiento.

—La conozco;—dijo.

—Tanto mejor. ¿No es verdad que es bella?

—Adorable.

—Está en lo mejor de su edad: apenas contará unos treinta y ocho años. ¡Ah! miradla bien; esta mujer sufre por vos. Yo he sorprendido este secreto y creo haber adivinado... ¿quereis que os diga quien es él?

Emilio no respondió. El embozado dijo:

—Sois vos.

—¡Yo!...

—Os asombra.

—¡Oh!

—¿No creeis que una mujer pueda sufrir por culpa de un hombre?

—Lo creo, pero...

—¿Lo encontrais estraño?... Realmente no es muy comun, pero sucede.

—Y ella os ha encargado...

El embozado se sonrió con cierto sarcasmo y dijo:

—¿Me considerais capaz de desempeñar, por encargo, semejante papel? Mal me juzgais. Yo trabajo en todas mis cosas por cuenta propia.

—Perdonad...

—No; no hay para que. No teneis aun motivos de conocerme á fondo y os perdono de buen grado. Yo he sorprendido este misterio y me he dicho: esa mujer morirá conservando su secreto hasta enterrarlo con ella misma. ¿Porqué ha de ser esto así? ¿Quién sabe si tambien él... Voy á prestarle un servicio. Él me lo agrade-

cerá de todos modos, y yo con esto tendré ocasion de pedirle la recíproca.

Emilio contestó con el mejor tono de sinceridad.

—Caballero, yo no amo á esa mujer; la respeto, la aprecio, la venero quizás. En este sentido puedo comprometerme á averiguar... En cuanto á la recíproca, esplicaos.

—Bien; pero antes de esplicarme, conste que yo no he dicho que esa mujer os ame; á vos os corresponde averiguarlo. Yo os brindo con todos los medios posibles para conseguirlo. En cuanto á lo de la recíproca, permitidme una pregunta.

El embozado echó una mirada cautelosa hácia la puerta y dijo:

—Hace dos años, poco mas ó menos, vivia en esta casa una jóven muy hermosa y sobradamente honrada; esa jóven se llamaba Eva...

—Efectivamente,—contestó Emilio, clavando una escudriñadora mirada al rostro del desconocido.

—¿Sabeis su paradero?

—Sí.

—¿Y la posicion que ella ocupa?

—Tambien.

El desconocido hizo como que respirase alegremente y dijo:

—No queria saber otra cosa.

—¿Y es esto la recíproca de que me hablábais? ¿Deseais que os informe?

—No. Porque estoy seguramente tan informado como vos de todo.

—¡Pues!...

—Nada; me convenia saber solamente si vos lo estábais tambien. ¿Quereis saber porqué? Es muy sencillo. Sabiendo vos la posicion que Eva ocupa, en el pobre arrabal de la ciudad que habita, no es posible que la ameis. Teneis demasiado buen corazon para dejar sufrir todos los rigores de la miseria á una jóven objeto de vuestro amor. Nada mas queria saber...

La frente de Emilio se nubló al oir las palabras de Ventura.

—¿Eva, sufre, acaso, todos los rigores de la miseria?—preguntó con viva ansiedad.

—¿No decis hallaros informado de todo?

—Sí, pero...

—¿Pero ignorábais esto?

—Sí.

Emilio se pasó la mano por la frente: sudaba de angustia. Despues de una larga pausa esclamó:

—¡Sufre!...

—Sí, caballero; para que ocultároslo... Es una pobre obrera ¿como quereis que no sea así? Esta es la verdad. En cuyo caso me toca sacar la consecuencia... ¿quereis que lo sepa la mujer de quien antes hablabamos?

Emilio no contestó.

—¿Os duele perder el amor de la una por el amor de la otra? ¿no se ama á la vez á una madre, á una esposa y á una hermana?

—Ciertamente...

—Esta mujer, cuyo retrato acabais de ver, está casada, no puede ser amada como Eva.

Emilio parecia hallarse confundido con toda aquella palabrería de Ventura y dijo despues de una breve intervalo.

—¿Porqué me hablais de este modo?

—Este es mi secreto. No puedo contestaros sin saber vuestra respuesta.

—Tampoco yo puedo responderos sin antes...

—¿Veros con esa mujer?.. ¡Vaya! seamos francos. Por otra parte, creo que haceis bien. ¿Cuando quereis verla? y luego hablaremos de esto. ¿Quereis que sea hoy mismo? A mí me urge la contestacion. Precisamente hoy seria posible á eso de las doce; son las diez. Dos horas no significan nada. Suspendamos este negocio. Luego hablaremos. ¿Dónde nos hemos de encontrar? ¿Quereis en el café Suizo?

Ventura sin aguardar contestacion se levantó, le presentó la mano y dijo:

—Hasta de aquí á dos horas.

Emilio contestó:

—Está bien; pero...

—Pero ¿qué? ¿teneis desconfianza? ¿Miedo tal vez?

—No conozco de esto último mas que el nombre; ya os lo he dicho.

—Pues hasta las doce.

Emilio se levantó y le acompañó hasta la puerta.

Ventura impidió que pasase adelante, diciéndole:

—No os molesteis, ya se el camino.

CAPITULO III.

Quien era ella.

Vivia en la calle de Preciados una mujer de treinta y ocho años.

Era mujer de una belleza singular. Desde su cútis hasta su voz, todo era en ella encantador. Rúbio su cabello, pero de un rúbio mate; rizado naturalmente, pero no crespado, parecia, segun la disposicion del peinado que acostumbraba llevar, una aureola de plata ú oro. Sus dientes eran los mas menudos y mejor esmaltados de cuantos se hayan visto al través de unos labios graciosamente arqueados y rojos como la hoja del clavel color de fuego. Sus ojos eran redondos y grandes y la pupila, azul oscuro, sombreada por una espesa y larga pestaña infundia una siniestra luz á su mirada. Su naríz era de corte griego perfecto y puro.

Nadie andaba con mas magestad y gracia que ella.

Era alta y esbelta, pero tenia la cintura sumamente delgada y el seno ancho y saliente.

Era elocuente con toda clase de elocuencias; poseia una mímica que recorria todos los grados; una voz que imitaba todas las voces.

En el teatro hubiera podido ser una excelente pantomímica y una excelente trágica; una brillante actriz y una famosa cantante.

Estas cualidades, manifestaban en ella un carácter múltiple hasta la saciedad. Alguno podria objetar que esto era no tener carácter;

pero, en realidad en su corazon vibraban las cuerdas de todas las pasiones y afecciones.

Era ambiciosa y desprendida á un mismo tiempo; generosa y vengativa á la par, adicta y voluble igualmente, creyente y atea sin intermision.

Gozaba por consiguiente de distintas reputaciones.

En cierta modesta tertulia la habian rechazado por inconveniente y grosera. En cierta otra, aristocrática, la habian solicitado con afan por sus finísimas y elevadas prendas.

Nadie sabia si era casada, viuda ó soltera.

Aquí se la consideraba como viuda de un rico americano, allí como mujer poderosa que no habia nunca querido sucumbir á la coyunda del matrimonio... Quien la consideraba víctima de un amor desventurado, y quien creia todo lo contrario, que habia sacrificado á su amor mas de una fortuna, reputacion y vida.

Era, en una palabra, una de esas mujeres que nadie sabe de que viven ni como viven. Pero todos se hallaban conformes en que era una mujer de talento, gracia y hermosura sin rival.

De ahí se deducirá que entre las mujeres no debia tener sino afecciones momentáneas y entre los hombres amadores de todo género.

Habia recorrido la mayor parte de los paises de Europa, muchos de América y algunos de Asia y Africa. Y como es de suponer, habia corrido las cuatro quintas partes del globo de distintas maneras, diversas faces y múltiples apariencias.

El traje de hombre le sentaba perfectamente y habia recorrido gran parte de Francia con el nombre de Teodomiro. Cerca le andaba su verdadero nombre...

Y para que no faltase nada al carácter y esperiencia de esa mujer, diremos que en Lóndres hubo de estar presa por reclamacion de cierto banquero, á quien adeudaba sumas de consideracion, que en Nápoles volvió á estarlo, complicada en cierta causa de envenenamiento con un hombre que al fin se descubrió ser su amante. Ella salió bien librada, y él fué encerrado en los *Plomos* donde no volvió á saber nada de su amante.

A la sazon de que hablamos hacia algunos años que no habia salido de Madrid, porque un hombre, con el cual se hallaba aliada

no le permitia la *vida airada*, como él decia, que hasta entonces habia llevado.

Este hombre era un personaje digno de ella.

Tenia entonces unos treinta y siete años. Arrogante figura, audaz, valiente, instruido, con una imaginacion algo apegada á lo fantástico y maravilloso; lo cual imprimia en todas sus acciones cierto carácter de grandeza y romanticismo que le cuadraba perfectamente, sobre todo, le hacia adorable á los ojos de su aliada.

CAPITULO IV.

Quien era ella.

Esa mujer era francesa del departamento del Loire, de allí donde salen las mujeres fuertes de la Francia, audaces y altaneras. Habia brotado de la última de las capas sociales; habia sido obrera en L.*** y trabajado en la fábrica de Mr. Beltran cuyo cuñado, Mr. Bodin, habia hallado en ella toda clase de complacencias.

Mr. Bodin fué solo una de las primeras gradas de la escala espantosa que conduce al abismo á tan gran número de mujeres pobres como arroja el Ródano por sus bocas. L.*** es un arsenal que provee á gran parte de la Francia de las inmundicias que salpican su brillante civilizacion.

Ella á la edad de diez y seis años era ya un modelo de belleza. Rubia como el oro, blanca como el alabastro, de mirada de fuego, de palabra arrebatadora. Sabia leer y tenia una pasion decidida por la lectura; sabia escribir y escribia con tan buena sintáxis como mala ortografía. Puede, sin embargo, asegurarse que nadie la habia enseñado: su talento intuitivo era su maestro. Se habia valido de preguntas, para conseguir su objeto. Todos eran sus maestros y ninguno la habia enseñado.

(Por poco que se observe se verá que son estos casos mas frecuentes de lo que parece).

No tenia familia ni sabia su apellido. Una mujer la habia criado, no por compasion, sino por egoismo: compró en ella por un pedazo

de pan negro un siervo, una esclava, una bestia donde descargar á la vez todo su trabajo y su mal humor...

Entró mal vestida en la fábrica del señor Beltran (¡ella tan soberanamente hermosa!) Era cosa de no tener alma, por parte del bueno de Mr. Bodin dejar de ofrecerla una buena fortuna. Se la ofreció. Ella no deseaba otra cosa. Llena su cabeza de ilusiones y su memoria de hechos, pensó que, si una cantinera puede llegar á ser la esposa de un Pedro el Grande, y una lugareña reinar en la corte de todo un Luis XIV, ella bien podria hacerse amar de un simple fabricante de L.***, estúpido y rico á la vez.

La niña tenia ambicion.

Aceptó, pues, las preseas y riquezas del fabricante, y no se engañó; imperó en el corazon de aquel hombre... ¡ha!... durante toda una semana.

Aun á la sazon decia, echándose en cara su inesperiencia:—«¡Nécia de mí; no supe aprovecharme de mi corto reinado en el corazon de aquel imbécil!»

Pero—«á rey muerto, rey puesto»—pensó; y tardó un nada en aceptar el amor de un militar que se hallaba de comision en L.*** y debia partir dentro de algunos dias á incorporarse en su regimiento de guarnicion en Paris.

El tal militar era un segundon de una familia noble de la Gascuña; familia muy entonada, de la rancia nobleza, y él mismo, á pesar de ser un calavera, á la moda de su país, no estaba exento de ciertas preocupaciones.

Observó que su amante no sabia ortografía y le puso un maestro de gramática; que tenia disposicion para la música y le buscó un maestro de piano; que tenia grandes facultades linguísticas y tomó para ella un profesor de idiomas. Si hubiese sospechado que tambien podia aprender con facilidad, el dibujo y la pintura no le hubiera faltado en el acto quien le enseñára de ambas cosas. Ella tenia talento para todo, y esta vez se decia á sí misma:—«Nó; por culpa mia no dejaré de aprovechar la ocasion!»

El militar se llamba Bertelemin y era solo subteniente. Su padre le pasaba una renta de cinco mil francos.

En Paris tenia muchas relaciones debidas á la elevada alcurnia de

su familia, pero relaciones de la nobleza, donde un subteniente es admitido solo... *con toda franqueza*; cosa que significa en buenos términos que no era recibido en las fiestas, saraos, recepciones y otros actos de la etiqueta nobiliaria. El grado perjudicaba los ilustres timbres de su escudo; oscurecia el color de su sangre.

Esto no le importaba: para un jóven de veinte y cuatro años que profesa por aficion la carrera de las armas, no es lo mas sensible estar divorciado de este modo, con la vieja nobleza de una corte, cuyo rey reinaba en aquella época por la gracia de la Constitucion, y ni siquiera era rey de Francia, sino de *los franceses*. Tenia donde pasar el tiempo mejor, donde ni se veia su nobleza, ni tampoco se le preguntaba su grado.

Bertelemin llegó á llamar la atencion en Paris. No porque era jugador con buena suerte; no porque partia con su pistola una moneda al aire; no porque montaba á caballo como un acróbata; no porque era de arrogante figura y asistia á todos los salones de la banca y alto comercio, y tenia humos de literato y era amigo de cantantes, cómicas y bailarinas. Nada de esto llama la atencion en Paris. Era objeto de curiosidad porque con él iba siempre una jóven de ojos brillantes y rubios cabellos, de boca pequeña, de cuerpo esbelto, de maneras francas y seductoras, de la cual se decia mucho y nada se sabia de cierto.

Unos, por el color de sus cabellos decian que era inglesa; otros por el brillo de los ojos que era italiana. Mas como el color mate de sus cabellos lo hacian parecer plateado, habia quien apostaba que era alemana por ser el peculiar color de la raza sajona, y otros á que era española, porque el juego de sus miradas daban al brillo de sus ojos la fiereza de la raza africana.

Lo que parecia no ponerse en duda por nadie era que Bertelemin la amaba, y que ella amaba á Bertelemin. ¿Eran esposos? Nadie lo creia, pero tampoco nadie lo negaba. Ella debia ser muy rica, porque cinco mil francos de renta con que contaba Bertelemin, en Paris no significan nada. En la ópera asistian en palco; en las carreras de caballos en primera fila. Sus coches eran de los mejores talleres de Inglaterra, sus troncos normandos.

Bertelemen estaba orgulloso de poseer semejante beldad, y tanto

mas orgulloso en cuanto la mayor parte de los dotes que la adornaban, á él le eran debidos. Se contaba que era una artista de gran voz, que hablaba diversos idiomas á la perfeccion, que su instruccion era vastísima.

En el gran mundo de Paris se forma una reputacion con la rapidez del rayo; pero se desvanece tambien con la misma rápidez: esto último se comprende; pero lo primero es uno de estos misterios que no tienen esplicacion. ¿Cómo ha de verse la luz de un fósforo arrojado al mar, sobre cuyas inquietas aguas riela la luna derramando á torrentes los diamantes?...

La estrella de Bertelemin corria riesgo de verse eclipsada de un momento á otro.

Empeñada su renta de cinco mil francos por casi todo su capital representativo, su paga de alférez, su crédito todo, y apenas pudiendo ya contar con nada, llegó el dia en que fué preciso tomar una resolucion. A la edad de veinte y cuatro años las resoluciones se toman con la velocidad del pensamiento. Bertelemin pensó del modo siguiente:

«Tomaré el pase para Argelia, me haré matar por los africanos ó volveré á Paris mandando un regimiento. Antes me casaré y luego, remitiré á mi esposa, á mi padre para que interin se cuide de ella.»

El propósito era honrado, tal vez el único excelente que podia tomar en su estrema situacion. Pero para casarse es menester contar con la mujer que uno quiere hacer su esposa. Bertelemin sabia esto y lo propuso á la hermosa.

Esta, al oirlo, prorumpió en una estrepitosa carcajada que heló de espanto el corazon del pobre alférez. Se negó rotundamente.

—Pués, si no quieres casarte, no puedo ofrecerte mas que una plaza de cantinera en el batallon donde yo ingrese!—dijo Bertelemin.

Esta vez no fué con una carcajada con lo que respondió, sino con algunas palabras insolentes:

—¡Hola, hola!—dijo;—¡un alférez se atreve á querer rebajar hasta á este punto á su generala!

Tenian estas palabras un doble sentido. Un general la habia es-

crito una carta de amor que Bertelemin habia leido.

Este al oir semejantes palabras iba á abalanzarse sobre su cuello con ánimo de ahogarla entre sus uñas; vaciló un instante preso de una cólera espantosa, y cambiando repentinamente de parecer dió dos pasos de frente, se cuadró como un soldado, hizo el saludo militar con todo el énfasis que le fué posible, y dijo:

—¡Mi generala; quedad con Dios!

Dió media vuelta á la derecha y marchó á paso redoblado fuera de la estancia.

No debia volverla á ver mas.

La tenienta efectivamente pasó á ser generala.

El general era un viejo de mas de sesenta años, viudo, sin hijos; pero con parientes pobres, á quienes decia con frecuencia:

—Amigos mios; todo lo que yo poseo es vuestro, todo... pero despues de mi muerte. Era un general del imperio que tenia á gala no haber pisado nunca los salones de las Tullerías durante las dos dinastías que habian sucedido á la derrota de Waterlóo. Por consiguiente, sus parientes, no pudiendo por su medio conseguir empleo, ni destino alguno de la córte, aguardaban su muerte como los judíos la venida del Mesías. Empero sospechaban que su tio el general, viviria mas que Matusalen.

Cuando vieron que se aliaba con una mujer, desfallecieron todos de angustia. Perdieron la última esperanza á la herencia cuantiosa del general, porque sospecharon que siendo libre, se la dejaria á ella por entero. El general estaba loco segun su modo de ver.

En las batallas de amor no son los viejos militares los mas hábiles de los hombres. En la guerra contra los hombres, el valor, la osadía, la temeridad suelen triunfar de todo, en la guerra contra las mujeres el más temerario, el más osado, el más valiente es el que primero sucumbe. El general, para no desmerecer á los ojos de su deidad quiso portarse con la impetuosidad de un cadete, y medio año despues, una cuarta de granaderos de la guardia estaba aguardando á la puerta de su casa su cadáver para acompañarle al panteon de los Inválidos, con los honores de ordenanza.

Su aliada creia no necesitar más de la milicia francesa; creia poder vivir jubilada con la paga, que en forma de renta, el general

decia siempre tenerla destinada. Los parientes se prepararon ya para entablarle pleito. Hicieron más, pidieron á un juez que ordenase proceder á la autópsia del cadáver. De la autópsia no resultaron mas que indicios de envenenamiento, con este dictámen de los facultativos: «no puede precisarse bien si su muerte ha sido producida por una cantidad de digitalina que aparece en las vísceras, porque este veneno es al propio tiempo un medicamento muy usado.»

La hermosa estuvo procesada y presa en la cárcel celular durante el tiempo que duró la informacion jurídica. Entretanto se hubo de abrir el testamento del difunto general.

Todos se llevaron chasco. Los sobrinos que durante el tiempo de los primeros procedimientos habian maldecido mil veces la memoria del tio, y habian blasfemado de su torpeza, se vieron con asombro, nombrados por iguales partes, herederos universales... Ella, que hasta habia vendido ya algunas de las alhajas del general, ni tan solo era mentada en el testamento, que contenia una pieza separada con el inventario de todo lo que poseia, y debia ser reclamado despues de su muerte... á la persona de sus criados.

Tuvo empero por defensor un abogado muy hábil, de singular talento, que supo sacar gran partido del testamento mismo del general y de la particularidad de haberse vendido la acusada, algunas alhajas inmediatamente despues de su muerte.

Dijo, que «para indagar la verdad en medio de las tinieblas, con que se presenta á veces envuelto un delito, era necesario atender al interés que la persona, sobre quien recaen sospechas de haberlo perpetrado, puede tener en su consumacion. La acusada no tenia ninguno. La prueba es, añadió, que no sospechando, ni remotamente, que de la muerte del general pudiese sobrevenirla ninguna riqueza, cometió la falta de sustraer, en los momentos de natural confusion que lleva consigo la muerte, una espada de valor que la acusada estaba pronto á restituir á los herederos del general.

El jurado la declaró culpable de robo de una espada, y absuelta de la acusacion de envenenadora.

Fué mas adelante el abogado.

Entabló en seguida formal acusacion contra los otros, por envenenadores de su tio; acusacion basada en la misma defensa que ha-

bia hecho de su cliente: «la presuncion racional,—dijo,—acusa á los que tenian un verdadero interés en la muerte del general, á fin de heredarle en sus cuantiosos bienes.»

Los parientes se espantaron: uno de ellos huyó de Francia...

Sin embargo, los abogados de ambas partes contrarias se vieron y concertaron.

En la vista de la causa hubo incidentes muy notables.

El defensor de *la generala* retiró la acusacion de envenenamiento contra los sobrinos, haciéndolo de la manera mas hábil y disimulada y dando pié al de estos para una brillante defensa, en que por la misma acusacion se rebatian todos los cargos de culpabilidad. El defensor de los sobrinos por su parte reconoció como verídicos é intachables los testigos que el defensor de la parte contraria prestó, justificando que «habian oido decir mil veces al general, durante su perfecto estado de salud, que, en cuanto cerrara los ojos á la luz de la vida, considerase suya la espada con puño de diamantes, como una muestra de aprecio por sus buenos servicios.»

El jurado absolvió de la instancia á los unos y revocó su fallo anterior dictado contra la otra.

La causa duró algunos meses, durante cuyo tiempo el abogado defensor iba diariamente á visitar á su defendida y trabajaban juntos en la formacion de la defensa. La acusada acreditó un talento asombroso á los ojos de su abogado, pero de la índole del que él mismo poseia: talento de intriga, de cábala. Desde entonces, sintió por ella algo mas que el *interés de la inocencia*.

. . . . . .

. . . . . .

Un dia le dijo sonriendo:

—Señora, sabeis que estoy haciendo un trabajo importante en favor vuestro; sabeis que sacrifico por vos todo mi tiempo, y que me he visto precisado á hacer desembolsos de alguna consideracion?

La acusada, apesar de que su abogado dijo todo esto con cierta sonrisa que indicaba ser pura broma, no pudo menos de fingirse algo sonrojada.

—¿Qué quereis decir?—le preguntó clavando en su rostro una de esas miradas que hacen estremecer.

—Toma, que no teneis bastante oro con que pagarme.

—¡Ah!—esclamó entonces,—Teneis razon habeis hecho mucho en favor mio.

El abogado le presentó la mano diciéndola:

—Dadme vuestro corazon.

La acusada respondió con valentía:

—Os lo debo y seria un crímen el negároslo; pero esplicadme vuestros proyectos, porque en el tiempo que os conozco he profundizado vuestra alma y sé que vos no sois un hombre vulgar capaz de cometer por el amor un desatino.

El abogado contestó:

—¿Me conoceis?... tambien pienso conoceros yo á vos: sois una alma grande, tal como yo soy capaz de adorarla. ¿Quereis aceptar conmigo un pacto de alianza?

—Hablad,—contestó,—ya prolongais demasiado mi ansiedad.

—¿Teneis dinero?

—Como unos quince mil francos.

—¿Pedeis disponer de él á cualquier hora?

—Sí.

—¿No os haceis ilusiones sobre este punto? Mirad que á los presos todo el mundo se considera con derecho á engañarlos.

La prisionera sonrió con cierto desden y dijo:

—¡Decíais conocerme!...

—¡Ah!—esclamó el abogado casi mordiéndose los labios;—no hablemos mas de esto: poseeis quince mil francos.

—¿Y vos sois rico?

—No, señora; en metálico gasto siempre lo que tengo y tengo lo que gasto: es decir que ni cuento con ahorros ni ahorro lo que cuento.

—¡Ah! ¿teneis fé en el porvenir?

—Desde ahora sí... Unido con vos respondo de él.

—Esplicaos, ¿qué haremos?

—Negocios,—contestó simplemente el abogado.

—¡Está bien! pero no os espanta la idea de que puedan salir mal? Miradme á mí; estoy en la cárcel.

—Yo tambien. Mirad, sin embargo, la diferencia; yo estoy aquí para sacaros de ella.

—¿Y me sacaréis?

—Mañana mismo el jurado os declarará libre.

La prisionera le estrechó la mano fuertemente al tiempo de decir:

—¡Ah!... ¡creed que esto me causa horror!

El abogado se rió abiertamente.

—Es preciso,—dijo,—que os advierta que soy terriblemente celoso.

—Esto prueba que sabeis querer.

—¿Y vos?

—Creo que seria capaz de amaros; cosa que hasta ahora...

—¿No habeis amado nunca?

—¡Nunca!

—Al general lo creo; ¿pero al alferez?

—Era un vanidoso sin mérito alguno,—respondió precipitadamente.

—Y al fabricante de L.***

La prisionera se sorprendió notablemente al oir aquella pregunta. Durante la formacion de las defensas le habia contado su vida, pero habia omitido el orígen de ella. ¿Cómo podia aquel hombre estar enterado de este primer episodio de su existencia? Lo ignoraba.

—El fabricante—contestó,—era un malvado.

—¿Qué acepcion dais á esta palabra?... Entendámonos.

La acusada comprendió su situacion y contestó rápidamente.

—Debia haberme conocido. No me conoció y obró como quien era: un estúpido. Yo soy capaz de todo y esto solo puede convenir al que tambien lo sea. Ni le convenia ni me convenia. Mintió y por esto le llamo malvado.

—De modo que si os hubiese elegido por su víctima lo encontrariais bien, pero como cómplice, ¿creeis que obró mal con vos?

—Asi mismo. Al fin es necesario buena fé en una ú otra cosa.

—Hablais á las mil maravillas. Reclamo vuestra buena fé.

—Y yo la vuestra. Ardo en deseos de probar hasta donde llego. El mundo me ha escupido muchas veces en la frente y quiero vengarme.

—¿Atesorais ódio?

—Todo un mundo.

—¿Creíais que el alférez os amaba?

—Perdonad, señor, todavía lo creo, aquel hombre me amaba, pero no supo entenderme ni entenderse. Estoy seguro que si se hace matar como un valiente será por mí. Si llega á general...

—¿Creeis que no hará como el otro?

—No, vendrá á poner su baston de mando á mis órdenes. Los recuerdos de una época feliz de la vida del hombre al lado de una mujer hermosa, se convierten en amor: son una incubacion del alma que da sus frutos.

—En cuyo caso vos olvidaríais sus necedades y...

—Os consultaria diciéndoos: ¿qué me parece?

—¡Oh! ¡hasta este punto!... Bien, ¿seriais capaz de un negocio semejante? Si yo os dijera: «enloqueced de amor á este ó aquel hombre:» ¿sabriais hacerlo?

La prisionera se sonrió con cierto aire que queria decir: «esto es nada en comparacion de lo que soy capaz.»

Pero el abogado sin reparar en esto saltó:

—¿De buena fé?... ¿lo haríais como obedeciendo ciegamente á un mandato?

—Sabiendo que se trataba de un negocio de cuenta y mitad sí...

—Nos comprendemos. ¿Cuándo sellaremos nuestro pacto de alianza?

—Mañana. Así que el jurado me haya absuelto.

—¿Dónde?

—En vuestra casa, que desde ahora es la mia.

Ambos se levantaron, se dieron la mano y mútuamente se dijeron:

—Adios.

. . . . . .

El abogado no volvió la cabeza. Despues de haberse despedido cruzó con paso lento, mesurado y grave por el ámbito de un inmenso corredor con toda la gravedad genial de un abogado defensor que piensa en el proceso de un inocente á quien trata de arrebatar de las garras de los tribunales.

La prisionera se quedó sola y se puso á reflexionar.

Sentada en una butaca que tenia en su celda, con la frente descansando sobre la palma de la mano y el codo apoyado en el brazo de la butaca parecia que sus ojos despedian relámpagos, sonreia y murmuraba algunas palabras incoherentes.

Estas palabras fueron cada vez pronunciadas mas clara y distintamente, hasta poder oirse si alguno la hubiese escuchado en medio de la pavorosa soledad en que se hallaba, el monólogo siguiente:

—Ya lo sabia... lo esperaba. Ese hombre habia de hablarme así un dia ú otro. Sus ojos revelaban todo el fuego de su alma, toda la valentía de su corazon... Durante la informacion de la causa, me ha revelado cosas horribles; ha sorprendido, empero, en el fondo de mi espíritu, secretos espantosos... El talento todo lo domina, todo lo avasalla. La fuerza es el carácter... Todos en el mundo tenemos en otro ser nuestro complemento. Desgraciado el que no lo encuentra: vive sin alma, muere de sed, de hambre... Afortunadamente se atraen la una mitad á la otra como el acero al iman, se juntan al fin, aun cuando la distancia de dos mundos separe el uno del otro! He encontrado mi complemento! ¡Ah! que vengan ahora todos los poderes juntos de la tierra contra mí: ¡son impotentes! ¡Thompson!... has encontrado en mí lo que buscabas; Teodomira, eres feliz!

Thompson era el nombre verdadero del embozado que se habia presentado misteriosamente al gabinete de Emilio. Teodomira el nombre de la mujer de quien habia ido á hablarle.

CAPITULO V.

El amor de Emilio.

Emilio educado bajo el pié que hemos dicho, era, sin embargo, una alma tan bella como su rostro. Llenaban todo su corazon dos afectos análogos, dos amores: un sensualista diria dos ilusiones de la enfermiza mente de un hombre. Anidaba en su pecho todo el amor filial en su espresion mas sublime y carecia de madre, no la conocia, ignoraba quien fuese y si existia. Saltaba su corazon, con todo su impulso, por el amor de amante, es decir por ese amor que llena de dulces lágrimas nuestros ojos y de amarga felicidad nuestra existencia, y ¿á quién amaba fuera de la sombra espiritual de su madre que allá en su mente se forjaba? No lo sabia. Pero cosa rara: cada vez que se lo preguntaba á él mismo, en los horizontes de su fantasía se dibujaba una mujer oculta entre nubes pavorosas. Esa mujer era Eva. Mas, al fijar en ella sus ojos, ella desaparecia: es decir que al preguntarse si era Eva la causa del estraño estado de su ánimo, se sonreia con manifiesta incredulidad. No creia amar á Eva.

Mirad las bordadas nubes que el sol poniente dora con infinita majestad... El viento apenas deja percibir sus quejidos armoniosos; las flores humillan sus corolas sobre la tierra; nubes de incienso, en espirales transparentes, se remontan al cielo; pia el pájaro fatigado, murmura la fuente aquejadumbrada: todo es melancólico... Las bordadas nubes sobre las cuales teneis fija la vista se transforman, reflejan en su seno vuestro mismo pensamiento, vuestro mismo espíritu; son como la dilatacion del alma que da vida á

vuestro ser; son, aquellas nubes nacaradas, que parece lamen suavemente las aguas del rio ó los quebrados picos de la sierra, un fantástico telescópio que os advierte, presentándooslo de relieve, todo lo que en aquellos momentos constituye vuestra naturaleza sensitiva.

¿Sois poeta? Allí vereis todos las metáforas reunidas que el sol poniente dicta á la fantasía? ¿Sois pintor? allí vereis todos los modelos de la forma y el colorido. ¿Sois guerrero? Vereis allí infinitos ejércitos en sus posiciones estratégicas, combatir entre el humo de la pólvora y el polvo de la caballería. ¿Habeis perdido á vuestra madre? Allí la vereis sonriéndoos cariñosa, rodeada de una aureola diamantina y en medio de un coro de alados ángeles. ¿Estais enamorado? Allí vereis el rostro de vuestra amada; su seno de nieve latiendo por vos, sus labios de coral jurándoos eterno amor.

Así son las imágenes del alma: se ven á sí mismas reflejadas en el pensamiento; cuando la conciencia todavía no ha adquirido su certeza ni presentido su existencia.

Emilio amaba á Eva y lo ignoraba.

Su amor era, pues, tan puro como el primer vagido de un niño.

Pero el amor es tambien como las imágenes que se forman entre las nubes en un momento; formado el primer detalle, se despliega, como si se descorriese una cortina, todo el inmenso cuadro que refleja con toda su hermosura y majestad, las sensaciones á nuestra propia conciencia ignotas. Dada la primera sílaba, la palabra se completa por sí sola.

El amor tiene su forma de emanacion: como las flores abren sus pétalos á la luz, despliega tambien sus alas rutilantes en un momento de misterio. Ambos parece que obedecen á la voz de una campanada mágica; ambos parece que tienen sus ojos fijos en un cuadrante misterioso: obra la naturaleza como un remedo de la voz de Dios al pronunciar en lo profundo del caos su *fiat lux*.

Se abren las flores con el mismo misterio que se anuncia el amor.

El corazon, que es la tierra en que el amor germina, incuba á veces largo tiempo ese sentimiento, orígen de toda vida: trabaja con sus raices largo tiempo, rompe la capa que lo encubre, se

dilata sobre sí mismo, brota en capullo, esclata su cáliz, y mira al cielo de hito en hito presentándole su boton de oro.

El amor de Emilio hácia Eva habia pasado por todas estas evoluciones.

La hermosura de Eva fué la primera raiz de amor en su corazon. ¡Cuánto dista la raiz de la flor! La inocente bondad de Eva, reflejó en su alma la primera manifestacion de simpatía. ¿Las simpatías no son ya amor? El infinito dolor de Eva por la muerte de su madre; que pregonaba una alma sensible y capaz de amar hasta morir por un santo afecto, dilataron la estension de sus simpatías hasta un estremo tal, que el padre de Emilio creyó sorprenderlo y adivinarlo todo. El último estremo de las simpatías es el primer grado del fuego de amor. La partida de Eva para su pais natal, lo hizo brotar en capullo. Ya era amor, pero amor recóndito. Su ausencia que dejó en la casa un vacío triste y helado hizo esclatar su cáliz. Entonces principió á ver y quiso comprender; se preguntó que era aquella estraña sensacion que esperimentaba y que llevaba envuelto en sus misterios el rostro angelical de Eva. El amor tomaba formas. Cuando supo que Eva era desgraciada, que sufria, que vegetaba en la mayor miseria, entonces lo comprendió todo...

¡La amo!—se dijo, y voló tras ella.

. . . . . .

. . . . . .

Antes de esto solo habia pensado:

«Si estuviese abandonada de todos, si estuviese sumergida en la miseria yo la amaria.» Estas palabras de Emilio acusaban terminantemente que en su corazon Eva ocupaba un lugar preferente.

Basta, á veces, al corazon, una pequeña sombra de amor para quedar gravado en él eterna é indeleblemente. El corazon es como una plancha de daguerreotipo: tiene su instante, y á este instante contribuyen mil elementos juntos: necesita su sol, su misterio, su obscuridad; en una palabra, una série de preparativos despues de los cuales las leyes naturales obran armónicamente á un determinado fin y objeto.

Habia, pues, en el corazon de Emilio quizás todos los preparativos ordenados: faltaba su instante. ¿Podia ser este el instante mismo

que en su alma vibrase la cuerda de sus sentimientos compasivos? Sin duda alguna. La compasion entra por parte en el amor, porque el amor es como un ramillete formado de las mas preciosas flores de la conciencia: es el conjunto de todos los movimientos generosos y sublimes de la vida. Cuando se compadece hasta el sacrificio, se ama hasta el heroismo.

En algunos casos no se cree amar ó se ignora que se ama, hasta que el amor se despliega en este sentido. Solo entonces se da uno razon del hecho que viene siendo desde mucho tiempo una incubacion secreta. Es tan vario, tan múltiple, tan complexo el amor; que seria de todo punto imposible al fisiólogo mas eminente, determinar todos sus caractéres, todas sus faces, todos sus cambiantes. Aun el trabajo de generalizacion parécenos que seria, por lo inmenso, imposible. Sea, en fin como sea, puede asegurarse que Emilio solo desde aquel instante amó á Eva ostensiblemente.

CAPITULO VI.

El amor de Eva.

Eva ¿amaba á Emilio?

Para respondernos debemos hacer observar otro cambiante del amor.

¿Es amor esa especie de miedo de que el alma se apodera en presencia de una persona en cuyo rostro, en cuyo carácter, en cuyos actos todos, hallamos un conjunto de perfecciones análogas á nuestro modo de ver? ¿Es amor esa especie de anhelo incesante que se siente de ver, de hablar, y recordar siempre, á una misma persona, ya que un momento de separarse de nuestra imaginacion nos parece haber vivido un año privados de luz, de flores, de toda clase de encantos?

Si esto es amor, Eva amaba á Emilio.

Pero si alguien se lo hubiera preguntado, aun cuando hubiese sido su mismo confesor en el acto de bajar á la tumba, lo hubiera negado, y su negativa no hubiera podido ser condenada por falsa. Ya lo hemos dicho: no se tiene conciencia de un sentimiento que no ha pasado primero por la mente. Por la mente de Eva no habia pasado nunca semejante cosa. Si alguna vez se hubiese preguntado ¿amas á Emilio? su respuesta hubiera sido: «¡Imposible!» ¿Por qué? La pobre niña se hubiera echado en cara, como un crímen, como un vergonzoso estravío, semejante pasion. ¿Con qué derecho? ¿Hubiera temido rebajar hasta su nivel, á un jóven que tanto valia á sus ojos? ¿Quién era ella?...

Eva no concebia ni imaginaba que para el amor no hay clases, ni categorías ni distancias sociales. Dos objetos que se atraen, se aman tan pronto funciona su accion absorsiva, porque llevan en sí la facultad de unirse fuertemente la una á la otra. Todos los obstáculos del mundo jamás serán capaces de destruir la menor de las leyes de la naturaleza.

Eva no dejaba un solo momento de tener su corazon ocupado con la imágen de Emilio y la mente en su recuerdo. Para ella era esto tan sencillo como natural. Habia vivido dos años al lado suyo, en la misma casa, como se vive en familia. Solamente las almas groseras son las que no ponen cariño á las buenas gentes con quienes se vive por espacio de largo tiempo. Eva decia: «yo soy de aquellas que en seguida ponen afecto á las personas y cosas que les rodean, y si no hubiese sido por el padre de Emilio nunca me hubiera separado de su casa.»

El padre de Emilio realmente tenia la culpa de su separacion.

Veamos como.

CAPÍTULO VII.

De como el padre de Emilio lo habia adivinado todo.

Un dia Anton Martin llamó á Eva á su gabinete y la dijo:

—Teneis ya en mi poder la cantidad necesaria para verificar vuestro viaje á L.***

—¿Ya?—preguntó Eva como si oyese un imposible.

—Teneis trescientos veinte y tres francos: siempre habeis dicho que en llegando á doscientos teníais intencion de marcharos.

—Efectivamente.

—Pues ved lo que quereis hacer.

—Me parece que deberia aguardar á cuatrocientos. Es tan poca cosa esta cantidad para ir por el mundo...

—Bien, pues, si es esto un inconveniente: yo añadiré lo que os falta y partireis.

—¿Vos? ¡Oh, no!...

—Es un regalo que os hago, en muestra de los buenos servicios que nos habeis prestado; un recuerdo de buen afecto.

Eva creyó que el padre de Emilio la despedia y no respondió.

Pasó casi toda la noche llorando y preguntándose la causa por la cual el padre de Emilio podia despedirla tan bruscamente. Pero tenia la conciencia tranquila y ni una sola vez pudo adivinar la causa: ignoraba á que atribuirlo, y respetaba su decision.

Emilio al dia siguiente, enterado de todo, fué á interrogar á su padre.

—Yo me sé las razones,—le contestó bruscamente,—no hay que preguntarme nada.

Así quedó todo hasta el dia de la marcha, que debia verificarse al amanecer. Eva y Emilio estaban tristes pero no sabian por qué. Hasta el padre parecia que tambien andaba mohino y cabisbajo.

La noche que precedió á la marcha Eva durmió tranquilamente; pero sucedió que quien no pudo dormir fué Emilio.

Dos horas antes de amanecer fué á llamar á su gabinete. Ya la encontró vestida, y ocupada en el arreglo de su único cofre.

—Sabeis que no he podido dormir en toda la noche,—la dijo:

—Oh ¿por qué?

—Porque os vais... francamente.

—Vuestro padre me ha despedido... Pero él no tiene la culpa. Yo hice estos tratos en el mismo dia de la muerte de mi desgraciada madre.

—Sedme franca. ¿Ha mediado entre vos y él algo...?

—Nada. Creed, señorito Emilio, que he pensado mucho sobre este particular y os aseguro que no ha mediado nada.

—Pues no entiendo esto. Todos estamos contentos de vos; habeis sido como parte integrante de nuestra familia...

—Es cierto, me habeis prodigado favores que yo no merecia.

—Prescindiendo de esto, yo os suplico que recapaciteis, á ver si...

—Os digo que no; no atino en la causa.

Eva hizo aquí una suspension y como si tratase de recordar, dijo despues de un buen rato.

—Nada, nada...

—Es decir, que mi padre no os ha dicho nunca nada por donde podais colegir...

—Nunca. Como no sea...

—Qué.

—No; lo que pienso ahora no es nada.

—¿Qué es?

Eva se sintió perturbada y como no queriendo contestar repitió:

—Nada.

—Decidme, por Dios, lo que pensais.

Eva se acercó á la puerta, puso el pestillo y refirió lo siguiente:

—Un dia, ya hace tiempo de esto: me llamó vuestro padre y me dijo:—«os advierto que en mi casa no quiero que nadie se tome franqueza con mi hijo. Ví ayer, con mis propios ojos, en ocasion en que vos regabais el jardin, como él os sacaba el agua de la pila con la regadera y los dos reíais de una manera muy inconveniente. Esto es impropio de lo que á mi hijo se debe. Que no suceda mas.»— Como solo habia sucedido una vez, no volvió á suceder porque aguardé desde aquel dia á que vos estuvieseis fuera de casa para regar. Ya veis que esto no es un motivo, conocí que tenia razon y lo evité en lo sucesivo.

Emilio sonrió ligeramente, pero con esta sonrisa que pinta las megillas de carmin.

—Ya sé por que os dijo esto,—repuso.

—¿Vos?—preguntó Eva sencillamente.

—Sí, estaba enfadado conmigo. Direis ¿qué tiene que ver esto? Ciertamente que nada tiene que ver; pero ahora vereis lo que pasó. Mi padre está gozoso de mis pequeños adelantos en la pintura, y cuando yo no estoy en el taller todo me lo revuelve y fisgonea para luego criticar ó elogiar, segun le place, mis pobres producciones. Un dia hizo lo que tenia por costumbre estando yo ausente, y vió en el caballete un lienzo que yo estaba pintando. ¿Creereis que tenia el capricho de probar si podria retratar de memoria el rostro de una persona conocida? Pues ni mas ni menos. Os elegí á vos...

Eva se sonrió con igual sonrisa que Emilio lo habia hecho antes, pintándosele las megillas, y dijo:

—¿A mí?

—Sí, á vos; ¿y qué tiene esto de estraño?

—Nada,—respondió precipitadamente.

Emilio prosiguió:

—Pues bien; vuestro retrato puede decirse que estaba concluido cuando mi padre lo vió. No sé por qué esto hubo de disgustarle en tan gran manera, que, montando en cólera, oí en en el preciso momento que yo iba á entrar en el taller, estas palabras:

—¡Oh! malo! malo! malo!...

Yo me detuve en el umbral de la puerta y él se encaminó á mi paleta, cogió un pincel, revolvió todos los colores y se dirigió fu-

rioso al bastimento donde habia vuestro retrato, diciendo:

—Todo lo comprendo: ¡Perversos! ¡engañarme así!... Iba á borrar vuestro retrato. Pero me precipité á él y le dije:—¿Qué haceis?

Al oirme tan impensadamente, se quedó inmóvil como una estátua, y prorumpió en una larga carcajada.

—Iba á darte el castigo que esto merece,—dijo.—Este retrato no vale nada. Si no sabes pintar mejor ya puedes abandonar el oficio.

Eva, os aseguro que el retrato seria malo, pero yo lo he tenido siempre como el mejor que he hecho, y el de mas estima, supuesto que lo hice de memoria. Recuerdo que el dia siguiente de esto era el dia de la regadera, á que vos habeis aludido... Yo despues, al reflexionar sobre las palabras que oí á mi padre, llegué á pensar que tal vez él se habia creido que vos permanecísteis en mi taller mientras lo estaba ejecutando.

—Y mi retrato ¿lo habeis borrado?—preguntó con viva ansiedad Eva.

—Sí... y nó,—dijo sonriendo Emilio.

—¿Cómo puede ser esto?

—Sí, porque encima de él puse una capa de color; nó, porque quitando el color, que desaparece lavándolo con cuidado, tengo de nuevo vuestro retrato.

—¿Y por qué no lo habeis borrado del todo?

—Porque es mi mejor obra como artista, y hoy le quiero conservar como un recuerdo vuestro. Os vais, y Dios sabe cuando volveré á veros; quizás nunca.

Eva no contestó manifestando de este modo que no se oponia á la pretension de Emilio.

A los ojos de entrambos se presentaba una débil luz por donde veian ya un poco el orígen de la causa del despido de Eva. Pero ni el uno ni la otra hicieron la menor aplicacion al caso.

Al despedirse Emilio le dijo:

—Eva, si algun dia os encontrais en desgracia, ó bien algun caso apurado os obliga á acudir á alguna persona, ¿pensareis en mí?

—¡Oh, sí! creed que no tendria ningun reparo.

Al darse la mano para despedirse, le entregó un retrato suyo diciéndola:

—¿Me permitireis que os escriba para enterarme de vuestra posicion?

—Sois dueño de hacerlo.

—Me respondereis.

—Vaya;—contestó.—No faltaba sino que sospechaseis de mí semejante grosería. Considerad que siempre que sea de vuestro gusto me honrareis con esto.

CAPITULO VIII.

La visita.

Media hora despues de la entrevista de Thompson con Emilio, en la casa de la calle de Preciados pasaba lo siguiente:

Thompson hablaba con Teodomira y le decia.

—Prepárate para dentro de una hora. Todo ha ido como yo esperaba. Vendrá.

Teodomira se sonrió y dijo:

—Está bien; le aguardaré.

—No te olvides de nada.

—¡Bah! esto corre de mi cuenta.

Nada mas se dijeron.

Thompson se fué y Teodomira se quedó sola. Llamó á su doncella y se hizo poner un vestido de seda casi negro y un peinado sumamente modesto. Cuando entró en el tocador estaba un poco encarnada, cuando salió de él apenas tenia color ni en los labios. Parecia una mujer algo enferma, de modo que inspiraba cierta compasion á la simple vista, mayormente si se hubiese tenido en consideracion su mirada lánguida y melancólica.

Teodomira se trasladó del tocador á un gabinete de pequeñas proporciones, que era lo mas bello, y grave á un mismo tiempo.

Allí se arrimó á una mesa, se sentó en una butaca abrió un libro y se puso á leer.

Habia sobre la mesa un quinqué que difundia por la habitacion una luz suave y misteriosa. Hubiera podido observarse, á su favor,

que Teodomira no volvia hoja ninguna del libro, siempre leia en la misma página ó no leia, pues que algunas veces permanecian sus ojos cerrados, y otras su vista se fijaba sobre un punto determinado sin apenas pestañear. Aquella mujer no leia, meditaba.

Sobre la mesa en que habia el quinqué veíase tambien un reloj.

Cuando señalaba en su cuadrante las doce fijó en él una mirada escudriñadora. Frunció el cejo lijeramente y miró á la puerta de entrada.

Hizo lo propio antes de pasar los cinco primeros minutos y últimamente acabó por tener los ojos fijos en el reloj en vez de tenerlos fijos en el libro.

A eso de las doce y media le pareció oir ruido de pasos en la habitacion esterior. Pasó la mano por la frente, se acarició el cabello y murmuró:

—¡Ya está aquí!

La puerta se abrió de par en par Thompson y Emilio se presentaron.

Thompson se adelantó, tomó la mano de Emilio y se acercó á Teodomira.

—Amiga,—le dijo,—tengo el honor de presentarle á uno de mis mayores amigos, el señor de...

Teodomira no le dejó acabar.

—¡Gracias,—le dijo,—tenia el honor de conocer á este caballero!

Le presentó su mano que Emilio tomó cortesmente al tiempo de contestarle:

—Señora, agradezco vivamente á ese caballero la honra que me dispensa presentándome á vos.

Thompson habia acercado una silla al lado de la butaca en que se hallaba Teodomira y dijo á Emilio:

—Sentaos.

Emilio vió que en la habitacion no habia otro asiento y preguntó:

—¿Y vos; no os sentais?

—¡Oh, no! Yo ya he concluido aquí mi mision. He ofrecido presentaros á la señora, y nada mas. Tengo mucho que hacer y me retiro.

En aquel mismo instante Thompson desapareció.

Para Emilio ciertamente que aquel modo de introducirse en la casa de Teodomira era lo mas estraño y anómalo posibles. Por lo cual quedó sin palabra y mirando como atontado de una á otra parte de la habitacion. Teodomira no quiso darle tiempo á reflexionar ni á deducir de esto ningun concepto, y le dijo:

—No estrañeis caballero, la conducta de ese sugeto. Es así en todas sus cosas. Un dia por casualidad, hallándome en su compañía, os ví. Le hizo, respecto de vos, algunas preguntas, y su contestacion fué esta: «tendré el gusto de presentároslo cuanto antes.» No me acordaba ya de esto, cuando vuestra presencia ha venido á sorprenderme. Ha cumplido su palabra cuando menos lo esperaba y cuando no podia pensar de ningun modo que lo hiciera.

Emilio se mordió los labios ligeramente, y como el hombre que se cree objeto de una grosera burla, contestó:

—Señora; siento en el alma que esto sea de este modo. Tal vez he sido engañado. Sí mi presencia os importuna, perdonad...

Y se levantó, mostrándose confundido. Iba á retirarse. Teodomira á favor de un ligero movimiento le detuvo.

—¡Ah!—esclamó,—bien léjos de esto, amigo mio. Era preciso no manifestar á ese hombre gran interés en veros para conseguirlo.

—¿Luego, deseábais verme?

—¡Oh, sí! mucho tiempo ha; mucho.

Emilio volvió á sentarse.

—En este caso,—dijo,—estoy á vuestras órdenes.

Teodomira dijo entonces.

—Estrañareis, sin duda, la conducta de una mujer que así se anuncia á un hombre, pero afortunadamente soy una mujer que ya no debo inspirar recelos. Casi podria ser vuestra madre...

Emilio al oir la palabra madre se estremeció.

Teodomira ocultó el rostro con un pañuelo que tenia en la mano y continuó:

—Mi edad, respectivamente á la vuestra me pone realmente á cubierto de ciertas sospechas, que de otro modo nunca hubiera arrostrado. Quiero hablaros de cosas muy graves. Espero que me hareis la justicia de creerlo así.

Teodomira se levantó, se encaminó precipitadamente á la puerta y la cerró con llave.

—Perdonad,—continuó,—si obro de este modo; sentiria en el alma alguna indiscrecion de mis criados.

—¿Pero ese caballero que me ha acompañado?...

—Ya no está en casa. Me consta positivamente.

Y restablecida en su sillon, dijo:

—Voy á hablaros de vuestro padre.

—¡De mi padre!—esclamó con asombro Emilio.

—Sí, de vuestro padre. ¿Qué tiene esto de estraño?

—Hablad.

—Siempre confiando en que os hareis cargo del vivo interés que me anima en favor vuestro, y de que diga lo que diga no tomareis mal mis palabras.

—Señora...

—Pues bien. Vuestro padre ¿tiene hecho testamento?

—Creo que no lo necesita,—respondió con estrañeza Emilio.

—¿Por qué?

—Porque soy su único hijo.

—Pero él es libre.

—Es cierto y yo menos que nadie me consideraria con derecho de coartarle su libre voluntad.

—Sois buen hijo,—esclamó Teodomira presentándole una mano;—pero vuestro padre no obraria del todo bien si dispusiera de sus riquezas de otro modo que transfiriéndolas todas á su único hijo.

—Señora, repito que él es libre: por otra parte me ama.

—¡Oh! en cuanto á esto, vuestro padre sabe olvidarse de las personas á quienes ama, con suma facilidad.

—Por Dios señora... Cuando hablais de esta manera debe ser con algun intento, con algun objeto...

—Efectivamente.

—Pues acabemos.

—Vuestro padre amaba infinitamente hace mas de veinte y dos años á una mujer. Le ofreció cuanto oro tenia en testimonio de su amor: le decia que hasta su sangre era poco para pagarle una sola mirada de afecto. Ningun hombre en el mundo tal vez hubiera sido

capaz de ofrecer mayores garantías que las que él ofrecia á la mujer á quien en este instante me refiero. Era un delirio lo que vuestro padre aparentaba por aquella mujer. Creo que si ella se hubiese conservado en la línea de conducta que le marcaban sus deberes, vuestro padre hubiera muerto irremisiblemente... Aquella mujer acabó por amarle; acabo por entregarse á él en cuerpo y alma. Sin embargo, él acabó algunos años despues por aborrecerla por completo.

—¿Y esa mujer...?

—La infeliz se vió abandonada. Si ella no hubiese sido tan desprendida, tan generosa, tan confiada... al abandonarla al menos no hubiera quedado entregada á la mayor miseria.

—¡Gran Dios!

—Es realmente doloroso lo que os cuento ¿no es cierto?

—Ah, sí.

—Pues es lo que pasó.

—¿Y quien era esa mujer?

—Era... madre vuestra.

—¡Gran Dios! ¡mi madre!—esclamó Emilio con asombro.

—Sí; ¡vuestra madre!..

—¿Decís que la abandonó?

—En la mayor miseria...

—¡Es imposible!

Teodomira clavó una mirada siniestra al rostro de Emilio y se sonrió sin contestar una palabra.

—Decid—continuó Emilio con viva ansiedad;—y mi madre de resultas de esto murió tal vez, en la miseria.

—¡Ah! parece que no os cabe ninguna duda que vuestra madre ha muerto.

—Oh nó, si no lo se de cierto.

—¡Pues entonces!

—¿Qué?... Hablad.

—Si no sabeis si ha muerto, porque quereis saber si murió ó no en la miseria?

—¿Y vos? ¿vos lo sabeis?

—Tal vez!...

Emilio se arrojó poco menos que á las plantas de aquella mujer y dijo:

—¡Señora, por Dios; por Dios una palabra mas!

—¿Qué quereis saber?—le preguntó con inusitada calma.

—Si ha muerto mi madre.

—No; yo por lo menos no lo creo!

—¡Ah! ¿quién es mi madre? Decidme quién es mi madre?

Teodomira obligó á Emilio á que se levantase y le dijo:

—Lo ignoro!

Pero Emilio presa de una violenta agitacion respondió:

—¡Oh, no, no!.. lo sabeis. ¡Señora! mi vida, mis tesoros, cuanto soy y cuanto valgo son vuestros, enteramente vuestros si pronunciais su nombre y me decis quien es...

—Aun cuando pudiese jóven ¿creeis que lo haria?

—¡Ah! ¿por qué?

—Porque si ahora hay una víctima, ella; entonces habria dos, ella y vos.

—No comprendo.

—Vuestro padre el dia en que os presentaseis á él diciéndole: «yo se quien es mi madre», aquel dia os aborrecería á vos tambien.

—¡Gran Dios! ¡Esto es horrible! y ¿por qué?

—Porque la aborrece á ella.

—¡Oh! yo haria que la volviese á amar.

—Desgraciado; este intento os perderia.

—¡Y qué me habia de importar! Yo ganaria el pan de su subsistencia, y la mia; yo la elevaria á la categoría que tengo soñada para ella; y si no pudiese conseguirlo viviria como ella en la mayor miseria.

—¿Y lo consentiria?

—¡Ah! Entonces ella seria una ingrata. Por egoismo me robaria el alma...

—¡Santo y noble egoismo,—esclamó Teodomira con cierta compuncion,—de que solamente es capaz una madre con tal de ver á su hijo feliz! Estos sacrificios no los comprende sino quien, como yo, haya sido tambien madre desgraciada.

—Vos tambien...

—Sí.... Hace veinte años que tengo un hijo.

—¿Y le amais?

—¡Ay!... si le amo! Hasta el punto de sacrificarme por él como vuestra madre por vos.

—¿Es decir, que mi madre vive?

—Sí. Y solo consentiria en oir de vuestros labios el dulce nombre de madre, con una condicion.

—¿Cuál?

—Que vuestro padre lo ignorase siempre.

—¡Oh! ¿donde está mi madre? ¿donde? Por Dios señora, una palabra!

Emilio cayó nuevamente á los piés de Teodomira.

. . . . . .

En aquel momento se oyó ruido de pasos.

Teodomira obligó á Emilio á levantarse precipitadamente y le dijo con acento precipitado y como si temiese no tener tiempo para concluir:

—Levantaos y silencio. Va en esto la vida de vuestra madre.

En aquel momento entró Thompson.

—Caballero,—dijo,—supongo que habreis tenido tiempo suficiente de hablar...

—Sí,—respondió Teodomira.

—Vámonos, pues.

Y ambos desaparecieron de la escena.

CAPITULO IX.

Una rara ccincidencia.

La noche que pasó Emilio, subsiguiente á la entrevista que tuvo con Teodomira, fué una noche cruel y espantosa, llena de ideas de felicidad y de temores penosísimos.

¿Sabia Teodomira quien era su madre? ¿Podria ser ella misma? He aquí la serie de reflexiones en las cuales se perdia su espíritu agobiado. Se atrevia á creer lo primero; deseaba lo segundo: no creia lo que deseaba y no deseaba lo que creia. Su mente luchaba en un mar de confusiones.

Aquella mujer tenia unos cuarenta años y era hermosa, hablaba con una ternura infinita. Si era madre debia comprender y abarcar en toda su estension los sentimientos de la maternidad. Si ademas era desdichada, su alma revelaba toda la fortaleza de una mujer que sabe sobrellevar su desdicha hasta el heroismo. ¡Tales cosas podia haber en el fondo de su situacion!... ¡Tal precio podia tener para ella su silencio!... ¿Para ella? ¡Qué horrible sufrimiento el de una madre que ve á su hijo, que estrecha su mano, que le habla y devora sus lágrimas, y se muerde los lábios antes que decirle: «¡hijo mio; tú, tú eres mi hijo!»...

Emilio se volvia loco, su corazon se rompia en mil pedazos dentro de su pecho.

Nunca habia perdido la esperanza de hallar á su madre, antes bien, siempre habia acariciado la idea de que vivia y que Dios la arrojaria en sus brazos. Y tenia en esto tan absoluta fé, que aguar-

daba de un momento á otro que esto sucediese. ¡Tiene el corazon humano presentimientos bien estraños!

En tan honda confusion resolvió presentarse á Teodomira, tan pronto creyese oportuna la hora. Fuese ó no fuese su madre, le habia hablado de ella, y ya no podia menos de estar con semejante mujer ligado con las ligaduras mas estrechas é indisolubles.

Antes de las nueve de la mañana creyó llegada la hora.

En su afan por verla, no quiso saber que Teodomira vivia con todo el lujo y etiqueta de una princesa, y que por consiguiente habian de reirse los criados de su pretension. No vió mas sino que iba en busca de una mujer que habia dispertado en su corazon una tempestad inmensa y que solo en sus manos estaba el apaciguarla.

Voló allí.

Preguntó por la señora.

El criado que fué á abrirle la puerta se quedó atónito al ver que en semejante hora se preguntaba por la dueña de la casa.

—¿Quién es usted?—le preguntó.

—Necesito verla;—dijo sin responder á la pregunta del criado.

—La señora no recibe á estas horas... Descansa.

La primera parte de la contestacion del criado no le importaba; pero la segunda... ¿Podia atreverse á interrumpir el sueño de una mujer que acaso era su madre?

Calló; mas luego dijo:

—¿No entra la doncella en su habitacion?

—Si el caso es urgente, claro está... Pero no puede usted volver mas tarde?

—No... Si...—dijo vacilando en la contestacion que queria dar. —Recibiria un gran favor si permitiese usted entrar á la doncella.

—¿A quien anunciará?

—A Emilio Martin.

El criado al oir este nombre se quitó la gorra apresuradamente, abrió la puerta de par en par y esclamó:

—¡Ah! perdone su merced: pase usted adelante; tenemos órden espresa de acompañar á usted á su presencia á cualquier hora; y de llamarla aun cuando tenga gente en sus habitaciones.

Emilio no supo que responder. Un rayo de alegría brilló en sus ojos.

El criado continuó:

—Pase usted adelante.

Emilio maquinalmente fué siguiéndole. Despues de varias estancias, en las cuales se observaba el mejor gusto en todo y se respiraba una ambrosía suave, en medio de una luz opaca y misteriosa, llegaron á un gabinete que era el mismo donde habia estado la víspera anterior. Allí el criado le suplicó que aguardase mientras iba á avisar á la doncella.

Emilio se sentó en la única butaca que habia.

Enfrente vió un cuadro con un preciosísimo marco de oro. Le llamó la atencion, y observó que sobre un fondo de raso blanco habia unas iniciales entrelazadas, formando dos grupos bordados en cabello: sobre el primer grupo habia un anjel en medio de una nube en actitud de subir al cielo, tapándose con una mano los ojos y con la otra sosteniendo una palma. Era la imágen del Martirio. Debajo de las iniciales, que brotaban de una especie de pevetero, habia la imágen de la Esperanza, con los ojos vendados y la cruz en la mano, arrodillada en actitud humilde. El primero de los grupos era de cabello rubio y lo componian estas iniciales *E. M.*; el segundo, era de cabello negro y lustroso como el ébano formando estas otras, *T. H.* Evidentemente aquellas iniciales indicaban Emilio, Martin, Teodomira... Ignoraba su apellido, pero ya no le cabia duda ninguna que su inicial era una H.

Apenas llegaba allí, y su cabeza ya se desvanecia cruelmente.

Mientras estaba contemplando lo que llamaremos una rara coincidencia, se abrió una puerta que habia tras una tapicería y Teodomira apareció.

—Entrad,—dijo.

CAPÍTULO X.

La Segunda visita.

Teodomira era una aparicion voluptuosa.

Vestia un traje de batista, huelgo como la túnica de la sacerdotisa de Vesta, llevaba un peinador á las espaldas, medio abandonado á sí mismo; el cabello caido en trenzas sobre los hombros; y en desechos bucles al rededor del cuello. Su blancura ofuscaba la blancura del ropage que la envolvia; el negro de sus ojos contrastaba admirablemente con el brillo de sus cabellos de oro.

Quien la hubiera conocido durante todo el transcurso de su vida no hubiera podido decir haberla visto nunca tan hermosa.

Emilio sintió recorrer por todo su cuerpo un estremecimiento singular. Si hubiese podido asegurar que no era su madre, la hubiera tomado por una ninfa al salir del baño. Aquella vestidura se aplicaba sobre su talle de un modo fascinador y ponia de manifiesto todos sus adorables contornos.

Entró sin mirar á ninguna parte.

Teodomira tuvo que ir á su encuentro, ó al encuentro de su mano, como quien guia á otro en medio de la oscuridad.

—Sentaos,—le dijo indicándole un sillon,—y aguardad un momento.

Teodomira desapareció tras las cortinas del pabellon que parecia formado de plumas, tan aereo y rutilante se presentaba á la vista del observador.

Entonces puede decirse que Emilio abrió los ojos á la realidad de aquel lugar.

Era un gabinete pequeño. Sus paredes estaban tapizadas de seda blanca, formando una especie de encolchado, cuyos boatas eran botones de zafir de donde se desprendian unas borlas de oro. El techo, al rededor de una cornisa magestuosa, era un fresco representando un cielo de nacaradas nubes entre las cuales juguetean ban los ángeles y los céfiros de alas de plata. Habia dos espejos de cuerpo entero, colocados uno en frente de otro pero sin marco, en el fondo de la tapicería que formaba á su rededor un relieve ondulante y graciosísimo. El suelo estaba cubierto con alfombra color de tórtola claro, salpicada de menudas flores.

No habia en el gabinete mas que un confidente de terciopelo blanco y dos sillones de resorte, dos pequeñas mesas maqueadas con un reloj de bronce en la una, en medio de grandes floreros de plata, y un grupo de mármol blanco, en la otra, representando las tres Gracias tambien entre floreros de plata.

Del techo colgaba una preciosa lámpara de cristal rosa.

En aquella estancia no debia haber nunca mucha luz, pues no habia abertura alguna por donde pudiese recibirla, ni candelabros que indicasen otra iluminacion que la que debia despedir la opaca lámpara del techo.

Era una mansion misteriosa como una noche de luna en que todos los objetos están iluminados por la melancólica mirada del amor y de la poesía.

Cuando Teodomira volvió á aparecer tras las cortinas del mencionado pabellon, no llevaba el peinador de batista; lo habia sustituido por su albornoz de finísimo cachemir blanco.

—Perdonad,—le dijo sentándose, ó mejor dicho, dejándose caer lánguidamente sobre el confidente.—Perdonad, si os recibo en esta estancia; es mi gabinete dormitorio.

—Al contrario, señora,—contestó Emilio;—me distinguís con esta muestra de vuestra confianza.

—Vamos á ver,—repuso Teodomira prescindiendo de las palabras de Emilio,—¿qué os trae aquí tan de mañana?

—¡Ah! señora;—esclamó,—ignoro si os he de decir la verdad. Ahora siento que los criados me hayan permitido la entrada...

—Tenian esta órden. Ayer se la dí para siempre.

—¡Gracias!

—Sepamos lo que os pasa, mi querido Emilio.

—Nada....—contestó vacilando—No he podido dormir en toda la noche. ¿No os parece esto natural despues de nuestra conversacion de ayer?

—Quizás sí, Emilio; si he de juzgar por mí misma...

—¡Ah! ¿tampoco habeis dormido vos?

—Muy poco; pero no hagais caso. En mi esto no es estraño. ¡He pasado tantas noches sin dormir, pensando en una sola cosa!...

—Señora,—dijo Emilio cogiéndole la mano y poniéndosela sobre su corazon,—¿seré indiscreto si os pregunto cual es la causa de vuestros desvelos?

—Si hijo mio, sí seria una indiscrecion.

—¡Ah!... advertid me llamais hijo vuestro.

Teodomira hizo como que se esforzaba para sonreir y contestó.

—Es una locusion de nuestro idioma. Tambien os he dicho mi querido Emilio.

—Teneis razon, señora, perdonad.

Teodomira con la misma mano que Emilio la tenia sobre el corazon, comprimió fuertemente la suya.

—¡Hay cosas, dijo, que no deben saberse nunca!

—Lo mismo me digiste ayer preguntándoos por mi madre.

—Y es lo único que puedo deciros.

—¿No comprendeis que esto me hará morir de pena?

—Y para evitarlo, ¿espondríais la vida de vuestra madre?

—¡La vida!—Esclamó dando á su voz toda la espresion de su amargura.

—¡Sí, Emilio: la vida!... Contentaos con saber que vuestra madre vive y os ama...

—¡Oh! ¡gran Dios! Esto es horrible.

—Y que la mayor de sus desgracias seria que algun dia vos descubriéseis quien es. Vos sois jóven, vuestro corazon lleno de arranques generosos, vuestra alma pura é inocente; cometeríais alguna imprudencia, y la perderíais.

—¿Yo? ¿yo perder á mi madre con una imprudencia? ¡Ah! seño-

ra; vos no me conoceis! Vos no comprendeis que soy capaz, de enterrar mi secreto en el fondo del corazon mientras aliente. Mi madre debe reconocerme á mí conociéndose á ella. Mi sangre es su sangre; y la mia es noble y valerosa... ¡Ah señora! Aun cuando ahora mismo se presentase mi madre y me dijese: «vos sois el fruto del estravío fatal de una ardiente pasion: vuestro padre os robó á mi amor; mas tarde un hombre se presentó á mí y me ofreció su mano en el abandono en que me encontraba, y este hombre cubierto de canas, de distinciones dignas de su nombre, y honradez nunca desmentida ignora mi pecado, me cree pura, pero yo quiero, Emilio mio, darte el nombre de hijo, porque nadie, puede disputármelo.... ¿qué me importan las riquezas, el honor de un hombre, el honor mio? nada con tal de tenerte á mi lado»... Y yo señora pudiese ofrecerla una corona con solo decir: «esta es mi madre» ¡oh! ¿creeis que lo diria?... No. No lo diria á nadie mas que á ella sola, en el silencio de la noche, en la soledad del desierto; cuando solo Dios y ella me oyesen. Más aun, señora; yo seria capaz de sufrir el tormento del fuego, la muerte en un cadalso ignominioso, antes que revelar á nadie este secreto. Mi pobre madre, señora, podria fiarse de mí como de su misma conciencia. Si mi madre teme esto, mi madre se contradice á sí misma. ¿No tiene ella valor para tener los labios cerrados como una tumba? Pues bien, que me reconozca; menos valor se necesita para guardar yo el secreto que ella. Un hijo puede ser ingrato: una madre, la naturaleza le obliga á ser siempre madre. ¿Quereis que crea que ella no me ama? ¡Oh, no! la naturaleza no cria mónstruos semejantes... hasta los tigres aman á sus hijos...

—Emilio,—gritó Teodomira con voz de espanto,—basta. Os suplico que os retireis. Estais fuera de vos y podríais comprometerme.

—Mandais que me vaya.

—Sí.

Emilio dejó sola á Teodomira, que aparentó quedar sumergida en el mayor abatimiento.

CAPITULO XI.

La tercera visita.

Por la noche Emilio volvió á ver á Teodomira.

Halló su casa llena de gentes porque habia en aquella noche recepcion en sus salones. Emilio no hizo mas que contestar ligeramente á un reverendo saludo del criado que se hallaba en el recibidor para tomar las capas y sombreros, y entró.

Teodomira vió antes á Emilio que Emilio le viese á ella. Al punto se deslizó por en medio de la multitud como una serpiente entre las yerbas y mandó recado á Emilio para que se presentase al gabinete reservado.

Poco se hizo esperar Emilio.

Si por la mañana Teodomira era una deidad mitológica, por la noche parecia una reina asiática. Era siempre la misma hermosura, pero bajo una faz distinta. Emilio apenas podia fijar en ella los ojos como no los puede fijar nadie en el sol.

¿Qué queria Emilio? ¿á que iba allí?

Tampoco lo sabia. Llevaba la mente llena de confusion y el corazon agobiado de infinita pena. Teodomira adivinaba á aquella alma hasta lo mas recóndito y profundo. Conociendo que allí no podia llevarle mas que un pensamiento no formulado, y una idea hija de un sentimiento indefinido, le salió al encuentro procurando evitarle lo penoso de su situacion, diciéndole:

—Emilio, os precipitais... Dios quiera que no tengamos que arrepentirnos vos y yo de lo que estamos haciendo.

—¿Por qué?

—Porque no sabemos disimular.

—No,—contestó Emilio con resolucion,—no es por esto si algun peligro corremos; es porque vos disimulais, fingis, lo que no es posible fingir ni disimular.

—Quizas tengais razon cuando estoy en vuestra presencia, pero fuera de ella...

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡me arrojais de nuevo de vuestro lado!... ¡Oh, no, no! ¡Os juro que no me exaltaré como esta mañana! ¡Os juro que no os hablaré una palabra de mi madre!...

—Así me probareis que sois digno de ella. Vuestra prudencia y vuestro valor son los únicos medios que os quedan para acelerar el dia en que pueda revelaros el secreto... Vos lo teneis que hacer... Está en vuestra mano.

Emilio no pudo contener una lágrima que Teodomira se apresuró á secar con su pañuelo. Una madre no lo hubiera hecho con mayor ternura.

—Hablemos de otra cosa—dijo.

—¿De qué, señora?

—¿No podria interesarme con vos hablar de otra cosa que de vuestros sentimientos? ¡Son tan puros! Despues del inmenso amor que teneis á vuestra madre, decidme, Emilio, ¿no teneis en el corazon ningun otro amor que os haga desgraciado?

Emilio la miró con cierto asombro y solo contestó esclamando.

—¡Ah, señora!...

—Descansad conmigo, que tanto os amo! No lo ignoro, no. Vos amais, amais á una pobre niña huérfana y desvalida. Se que vuestro padre se opone á este amor de un modo cruel. Vuestro padre en asuntos de amor no entiende nada; no cree en ellos, carece de corazon... Pero vos, que lo teneis tan tierno como el de una mujer, porque alentais el de vuestra madre; vos, amais.... Si él con su dureza é inflexibilidad de alma, arrojó de sí una mujer dándole, por herencia del sacrificio que en sus aras hizo, una vida de tormentos y crueldades; no es justo, no lo quiere Dios, que vos sufrais tambien sus enormes consecuencias... Yo se como vivis al lado de vuestro padre, en el seno de vuestra casa. Una niña de quince años,

vive con mayor desahogo, conoce tal vez mejor el mundo. Perdonadme que asi os hable, tratándose del autor de vuestros dias, pero es fuerza advertíroslo: se os prepara desde vuestra infancia para un enorme y cruento sacrificio. En aras de la ambicion de un hombre se quiere disponer de vuestro corazon como un niño dispone de sus juguetes. Esto es espantoso. En cambio una mujer suspira por vos en un rincon de lejanas tierras y vos, aun amándola... la olvidais. ¡Ah! ¡qué no sabeis lo que esto significa!... Mañana este amor os perseguirá como una sombra por todas partes y será vuestro impío torcedor. Ya será tarde: vuestra impasibilidad la habrá visto morir sin sentir por ella ni siquiera el respeto que la desgracia se merece.

Emilio contestó:

—¡Ah! señora. ¡Vos sabeis que amo yo á esa mujer! Si la amo; pero hasta ahora, os lo aseguro, no habia pensado en ella de otro modo que como una amiga, como una hermana del alma... Nunca habia dicho á nadie que la amaba hasta ayer, en que supe que esta mujer era desgracia.

—¡Y tanto como lo es!

—¿Cómo lo sabeis?

—Lo sé, por ese hombre que comparte su vida con la mia; por el hombre mismo que os ha presentado aquí...

—¡Ah! Él es quien me lo ha dicho á mí tambien. Pero él, ¿cómo lo sabe?

—¿Cómo?... Jóven, sois todavía demasiado niño para comprender que hay hombres que todo lo saben; caracteres que parecen dioses de la tierra. Aquel hombre es uno de estos. A su vista no se ocultan sino aquellas cosas que no quiere saber, y que si se las dicen es muy posible que mate al que se tome semejante trabajo... Sabria que soy yo, por ejemplo vuestra amante, y callaria; devoraria en silencio sus lágrimas; pero si se lo comunicase alguno creyéndose prestarle un gran servicio, solo tendria para contestarle la punta de un agudo puñal ó la boca de una pistola... Vos no conoceis al mundo todavía.

—¡Dios mio!

—Pues bien contestadme como contestaríais á vuestra propia madre.

—¡Oh, hablad, hablad!

—¿Amais á Eva?

—¿Es desgraciada?

—¡Es... miserable!

—Pues la amo.

—¿La amais hasta el punto de querer ser su esposo?

—No comprenderia, señora, como podria amarla de otro modo. La desgracia, cuando menos; merece todo el respeto de las almas buenas.

—¡Teneis un escelente corazon!—esclamó Teodomira como conmovida por semejante respuesta.—Pues bien ¿quereis casaros?

Emilio sintió agolpársele la sangre en la cabeza.

—¡Casarme!—dijo con asombro,—nó; yo no puedo casarme.

—Teneis razon; no debiera haceros esta pregunta: vos no podeis casaros. Sois un jóven sin carrera, sin patrimonio propio, sin medio alguno de mantener á... Esto es bochornoso á vuestra edad; pero no teneis vos la culpa; la tiene el autor de la desgracia de vuestra madre. Ya os he dicho que vuestra madre vive... Ella en aras de vuestra felicidad se ha ofrecido al sacrificio de no daros el nombre de hijo; en aras de vuestra dicha se ha consagrado á un corazon, por el cual no siente amor ni siquiera respeto; pero cuando ve vuestra felicidad amenazada de muerte, no puede menos de acudir á vuestro ausilio y deciros.—«si tu padre te tiraniza tu madre te libertará..... Amas á una niña honrada, pobre, enferma; que te ama como á su Dios y cree su amor imposible; pues bien no temas nada, aquí estoy yo.»

—¡Oh, que oigo!

—¿Quereis casaros con Eva, os pregunto yo ahora, en nombre de vuestra madre?

—¡Desde este instante, señora!—respondió Emilio con resolucion.

—Pues vuestra madre aprueba vuestra union y la proteje. Siendo así ¿creeríais no triunfar de vuestro padre?

—¡Ah!—esclamó Emilio—el verdugo de mi madre no puede ser mi padre!.. Sí, quiero triunfar de él.

—¿Cuando quereis principiar á dar una muestra de lo que decís?

—Ahora mismo.

—Bien: os creo. Del éxito de esta sorpresa dependerá que vuestra madre os crea ó nó hombre capaz de resistir á las acechanzas de que seais objeto con este motivo. Ya sabeis donde mora Eva. No es necesario luchar de frente desde un principio. Vuestro padre no os negará que emprendais un viaje á Paris. Vos en vez de ir á Paris os dirigireis á L*** en calidad de apoderado mio y para llevar á cabo cierto arreglo de unos bienes que yo poseo allí... Si vuestro padre os negase su consentimiento, que legalmente no puede negaros, nada os importe, vuestra madre es rica y puede ahogar en oro á vuestro padre: partireis. Una vez allí, escribidme y yo os contestaré segun las instrucciones de vuestra madre. Todo consiste en que vos no os engañeis respecto del amor que decís profesar á Eva.

—¡Oh, no; la amo!

—Pues, teneis derecho á ser feliz en sus brazos.

—Me habeis dicho que era desgraciada.

—Mucho, pero todavía os ama mas que lo inmensamente desgraciada que es. Mas advertid una cosa, sin la cual no descubriríais nada de lo que os importa. Eva es la mujer mas delicada del mundo, mas modesta y mas honrada. Si vais á venderla proteccion, os rechazará; si conoce que le teneis lástima y no amor, creed que no adivinareis en ella el menor afecto. Es orgullosa como la misma honradez y reservada como la propia virtud. Debeis ir con mucho tiento.

—¡Ah! descuidad, descuidad.

—Si teneis valor y prudencia realizareis un triple bien con vuestra espedicion: primero os asegurareis de si lo que sentís por Eva es un verdadero amor; segundo llevareis la felicidad al corazon de una niña desvalida, que muere en silencio de amor por vos, y tercero, y este es el mas incomparable bien que en favor de vuestra madre os es dable practicar en estos momentos, os alejareis de aquí.

Emilio bajó los ojos y no respondió mas que estas palabras:

—¡Mandad!

—¿Cuándo creeis posible la realizacion de vuestra marcha?

—Mañana mismo.

—Sea. Ahora partid. Ya veis que aun cuando considero perju-

dicial que nos veamos, no me olvido un instante de vos. Partid, y no nos volvamos á ver hasta la hora perentoria de vuestra marcha.

Emilio se levantó, tomó la mano de Teodomira y la besó.

—¡Adios!—le dijo esta llevando á sus ojos su pañuelo.

—¡Adios!—esclamó Emilio verdaderamente enternecido.

. . . . . .

. . . . . .

Así que hubo desaparecido Emilio, se presentó Thompson.

—¿Y bien—preguntó—se marcha por fin, este imbécil?

Teodomira lanzó sobre él una mirada significativa y respondió:

—¿No lo has oido?

—Sí, todo lo he oido... Me parece, sin embargo, que es menester mucho cuidado con esa alma vaporosa é infantil. Hubiera sido de desear que no aceptase partir sin conocer á su madre. Tenia en su mano medios de imponer condiciones. No tiene todavía una creencia arraigada de quien es ella...

—Ya solo faltaba que le dijera claramente: soy yo.

—¡Cuidado con esto!... Hay que recorrer mucho trecho de aquí á entonces. ¿Comprendes?

—Déjale por mi mano... Procura tú que los poderes estén estendidos para esta misma noche.

Thompson desapareció.

Teodomira le acompañó hasta la puerta con una mirada odiosa y algo sarcástica. Despues no hizo mas que estender su mano y moviéndola de arriba á bajo esclamó.

—¡Ya!... ¡Aguarda, aguarda!... Veremos quien de los dos es mas imbécil.

. . . . . .

. . . . . .

Tres dias despues de lo que acabamos de referir, Emilio atravesaba á eso de las nueve de la noche la carretera que media desde la ciudad de L.*** al arrabal H.*** de la misma.

A cosa de las dos terceras partes de la misma resonó debajo de las ruedas de su coche un grito de terror...

Nuestros lectores ya saben lo demás.

CAPITULO XII.

Anton Martin.

El padre de Emilio se llamaba Anton Martin.

Por lo poco que de él hemos visto se habrá podido ya adivinar algo de su carácter. Era para su hijo seco como un preceptor de la Edad media y áustero como un verdadero capuchino. Nadie como él hubiera sabido rodear su casa de misterio mas profundo.

Era soltero, pero algunas veces se habia permitido decir que era viudo en obsequio á su persona y á la de su hijo.

En el concepto de viudo y no otro, se conocia generalmente al señor Anton Martin.

De su boca no se oian sino los conceptos mas edificantes y altamente morales, cuando hablaba con alguna persona que apenas le fuese conocida. A las que por lo contrario le eran conocidas les hablaba segun el concepto que de ellas hubiese anteriormente formado. Era religioso hasta el fanatismo con los religiosos ó fanáticos; reformista hasta la anarquía con los políticos radicales; aristócrata con la nobleza, y doctrinario, (polo sur ó polo norte) entre los de la clase media. Hubiérase dicho que era de estos hombres que solo profesan la opinion de que «es preciso estar bien con todo el mundo, para estar mejor consigo mismo.» Para conocer á un individuo de esa variedad abundante de la especie humana, es menester sorprenderlo en el hogar doméstico. Mas con respecto á Anton Martin cualquiera se hubiera llevado chasco. Allí vivia como un santo, no habia tolerancia para nadie; todo estaba por él im-

puesto, y sin embargo, ¿para qué no decirlo?... Anton Martin era una alma templada en las fraguas de Satanás. Queria que se dijese de él: «solo es rígido para su persona, para sus acciones, para sus obras: á todos respeta, á todos ama, á todos compadece,» y en realidad, no tenia respeto á nada santo, bueno ni justo. Su corazon era perverso, solo amaba el mal.

La historia de la madre de Emilio en aquella parte que á él se referia, era el mas elocuente testimonio de lo que decimos.

CAPITULO XIII.

Precedente importante.

Vivia Anton Martin, veinte y cuatro años atrás en un cuarto principal de una de las calles de segundo órden de Madrid.

En el quinto piso de la misma casa vivian dos infelices mujeres: una anciana madre y una hija tan jóven como bella.

El ser inquilinos de una misma casa les valió el conocimiento de entrambos.

La primera vez que Anton Martin encontró á la hija por la escalera la saludó con una respetuosidad poco comun entre las personas que habitan el cuarto principal de una casa y los que habitan el qúinto. Anton Martin quedó como deslumbrado ante su hermosura. Desde entonces se hizo muy encontradizo con ella. Se llamaba Blanca. Cada vez la saludaba con mayor galantería; solo que á su galantería añadía una sonrisa que no por ser muy galante, era por esto menos intencionada. Pasado algun tiempo se permitió, al saludarla, dirigirla algunas palabras afectuosas.

La madre de Blanca estaba sumamente ufana de que el inquilino del cuarto principal se mostrase con su hija tan afable.

Por aquí habia de entrar la desgracia en su familia.

Conoció Anton Martin que su conducta satisfacia mas á la madre que á la hija, porque la madre respondia con una sonrisa de inefable gozo á sus galanteos y la hija se ruborizaba por ellos. La madre de Blanca enfermó en este tiempo: principiaba á ser vieja: y la pobreza generalmente es enemiga de la longanimidad.

Anton Martin supo en el acto este acontecimiento de la familia, y corrió á ofrecerse por cuanto pudiese convenir. Al ojo medianamente esperimentado le basta una mirada para comprender lo que hace falta en una casa. Cuando se entra á ver un enfermo en una de las cuatro secciones de un piso quinto ni siquiera hay que preguntarlo: falta todo, materialmente hablando.

Blanca era soberanamente hermosa: muchos lo habian observado con ojo codicioso y espíritu de rapacidad. Para ciertas gentes, que abundan mas que las espigas del campo, la pobreza de una mujer allana las dificultades que de otro modo considerarian invencibles. A una mujer pobre todo malvado se le atreve. ¿Dónde encontraremos una que no haya sido solicitada por el mal? A veces se lucha contra la seduccion porque se tienen todavía provisiones para hacerle frente; pero cuando se han acabado todos los medios y se ofrece al corruptor el triunfo de la muerte, se verifica una accion heróica, se labra la víctima inmarcesible corona de eterna gloria para su propia frente. Una mujer pobre y bonita puede ser honrada; pero una mujer hermosísima y miserable al mismo tiempo, lo es indisputablemente.

El dia en que Anton Martin entró por primera vez en la vivienda de Blanca no habia lumbre ni pan. La enfermedad de la madre era una postracion proveniente de un trabajo impropio de sus años. Hacia ocho dias que estaba enferma y en este tiempo Blanca habia podido trabajar tan solo la mitad del jornal, y en la casa se habia gastado doble: igual á la pérdida de una semana de trabajo.

Anton Martin sin rodeos de ninguna clase fué derecho á su asunto, y dijo á la pobre enferma:

—Señora, para algo somos vecinos. Yo soy muy franco en todas mis cosas y exijo de los demás igual franqueza. Voy á hacer á usted una pregunta, sin ánimo de ofenderla. De antemano le pido á usted perdon si me equivoco, ó bien si considera usted que me propaso. ¿Me otorga usted su permiso?

—Caballero,—contestó la madre de Blanca,—no puedo creer que usted trate de inferir á mi ancianidad ningun agravio.

—Juro que por lo menos no es esta mi intencion.

—Pues es usted libre de dirigirme la pregunta que de su agrado sea.

—Bien. Mi pregunta se reduce á saber ¿cómo se halla de recurso? Ahora que no nos oye la señorita Blanca; puede usted contestarme sin rodeos.

La enferma por toda contestacion exhaló un suspiro.

Anton Martin ya habia conseguido lo que esperaba.

—Bien; no pase usted ningun cuidado por esto. ¡Que diantre; todo se arreglará!... Es preciso ayudarnos los unos á los otros. No diga usted nada á Blanca...

—Ah señor, yo no tengo secretos para mi hija. Además ¿que le habia de decir si me preguntase...

—Nada; dígale usted que una persona caritativa le ha entregado á usted esto.

A cuyo tiempo ponia debajo de su almohada una moneda de cien reales.

—Señor, si aquí no ha venido mas que usted?...

—¡Ah! en este caso, si no hay mas remedio, paso por lo que usted quiera, señora.

—Pero ¿por qué quiere usted que mi hija lo ignore?

—Mas tarde ya se lo diré á usted.

—¿Mas tarde?—preguntó con asombro la pobre mujer.—Ah, no comprendo; quizás no debo yo aceptar esta dádiva.

—Y con los ojos encendidos y la mano trémula como una azogada buscó la moneda y se la presentó diciendo:

—Yo no comprendo cierto lenguaje de la gente elevada; tal vez debo rechazar esto... Tómelo usted.

Anton Martin sonrió buenamente y dijo:

—Ya que es preciso que me esplique, lo haré, señora. Ya puede usted tomar esta moneda sin escrúpulo, y no solamente esta, sino cuanto sea necesario para su pronto restablecimiento. Por esto no queria yo que la señorita Blanca supiese nada.

La enferma interrumpió á Anton Martin diciendo:

—Pero ¿que tiene que ver mi hija con...

—Oígame usted y lo sabrá todo.

—Sí, esplíquese usted, pronto.

—Es el caso que yo amo á su hija de usted; que me gusta; ella es hermosa y yo se que es honrada. Jamás la he dicho una sola pa-

labra de esto, y tal vez hubiera tardado algun tiempo en decírselo, si no mediasen las circunstancias presentes. Pero ya que llega el caso de decírselo, sépalo usted. Ahora bien; mis escrúpulos son muy naturales; son hijos de mi delicadeza. Mi mayor dolor, mi mas profundo sentimiento seria que en ningun tiempo pudiesen, ella y usted, creer que de esta manera trato de supeditar su corazon; ni siquiera de interesarlo en favor mio. Debe ser libre en su eleccion, y desde el momento que creyese que esto podia influir en lo mas mínimo, me consideraría desgraciado. Amo á su hija y quisiera conseguir que ella me amase á mí por mi solo. La gratitud podria hacerla desgraciada...

La enferma se sonrió y elevando sus ojos al cielo parecia que dirigia á Dios una fervorosa plegaria.

—¿Comprende usted ahora, señora, mi verdadera posicion aquí? Si me dejo llevar de mis instintos generosos, puedo precipitarme al mal que para mí, en estos momentos seria el peor de cuantos haya esperimentado en mi vida. Si prefiero mi amor á todo, soy un malvado, que pudiendo socorrer á una gran desgracia dejo de hacerlo. ¿Comprende usted?

—¡Ah!—esclamó la enferma.—¡Todavía hay en la tierra almas buenas y generosas!

—¡Señora!—dijo Anton Martin con tono de reconvencion,—siempre las ha habido, siempre; porque Dios jamás ha abandonado á sus criaturas enteramente en medio de sus desgracias.

—¡Ah tiene usted fé!

—Y esperanza en Dios!—repuso Anton Martin.

Por lo bajo la pobre enferma añadió:

—(¡Y caridad con los pobres!)

Luego trató de incorporarse en la cama y con voz conmovedora y solemne esclamó:

—¡Dios se lo pague!

A cuyo tiempo besó la moneda de oro que acababa de recibir.

—Señora, ¿qué hace usted? Es pecado creer que cuando uno cumple con un deber que la religion impone, comete una accion heróica... Ofenderia usted mis sentimientos si me tratase así.

—¡Que quiere usted que suceda!—dijo la enferma,—usted cum-

ple un deber que Dios le impone, pero yo lo recibo, y grande. ¡Cuando mi hija lo sepa!...

—Oh no se lo diga usted.

—Me tendria que morder la lengua.

—¿Quiere usted matar mis esperanzas?

—No, ¡mi hija le amará á usted!

—¡Ah! señora se lo prohibo...

En aquel momento se oyó ruido de pasos. Nadie podia ser sino Blanca.

—¿Que responde usted á esto?

—Que obedeceré.

CAPÍTULO. XIV

Precedentes importantes.—Continuacion.

La enfermedad de la madre como era de vejez é inanicion requeria un tratamiento especial. Los médicos, (porque fueron mas de uno los que la visitaron), todos convinieron en el mismo plan. Debia alentársela por grados. Pero el inquilino del primer piso, se rió de semejante prescripcion y dijo que lo que convenia para no perder tiempo, eran buenos alimentos desde un principio.

La enferma se resistia porque habia perdido las fuerzas y el apetito; mas se la convenció que debia aceptar, como una medicina, los alimentos que se la prodigaban y aunque con gran repugnancia, se sometió al parecer de Anton Martin.

Bien pronto la pobre anciana esperimentó una mejoría aparente. Sus fuerzas fueron reapareciendo, su apetito aumentando por grados y pudo pocos dias despues abandonar la cama.

La hija estaba que no cabia de contento. La madre lloraba al hablar del señor Anton Martin á quien llamaba la Providencia de la casa.

—¡Cuan caritativo es ese señor!—esclamaba Blanca.

—Oh mucho, mucho,—respondia la madre;—y esto que aun no lo sabes todo.

—¿Hay mas todavía?

—Si, hija mia; mucho mas.

—Y no puedo yo saberlo?

—Ya lo sabrás con el tiempo, si Dios quiere. El mismo señor don Anton Martin te lo dirá.

—¿Y por qué no usted?

—Porque no puedo.

—¿No puede usted? ¡Habrá cosa mas rara!

—He prometido no decirlo.

—¿Ni á mí?

—Ni á tí... A tí menos que á nadie.

—Esto es muy estraño; ¿que inconveniente puede haber en que yo sepa todo lo bueno y caritativo que es para nosotras el señor don Anton Martin?

—Hija mia, hay cosas que no debe decirlas mas que el interesado...

Este ó parecido diálogo, se repetia todos los dias. Cada vez era mayor la curiosidad de la hija: pero la reserva de la madre siempre era igual.

En aquella casa no faltaba nada; puede decirse que se nadaba en la abundancia.

Un hombre que tanto bien hacia á su familia sin obligacion ni interés de ninguna clase no podia ser indiferente á la hija. La hija le miraba, pues, con verdadero cariño: más aun; se creia obligada á una gratitud sin límites hacia él.

Anton Martin n o hacia mas que observar con atencion el efecto que á entrambas mujeres causaba su conducta.

Un dia Blanca se acercó á su madre y dijo:

—Su salud se halla ya casi completamente restablecida.

La madre sin dejar que Blanca continuase, saltó:

—Gracias á nuestro bienhechor don Anton Martin.

—Ciertamente. Pero llegadas felizmente á este caso, considero regular que vuelvan todas las cosas á su primitivo estado.

—¿Que quieres decir, hija mia?—dijo la madre llena de cierto gozo interior, porque adivinaba lo que su hija iba á decirle.

—Quiero decir—repuso esta,—que no debemos aceptar por mas tiempo los beneficios de nuestro bienhechor. Podria sospechar de nuestra modestia si permitiésemos que por mas tiempo nos prodigase sus ausilios. Es preciso; no vivir mas de este modo. Gracias á Dios, mis cuidados para con usted ya no me impedirán trabajar. Usted tambien puede, en parte, volver á sus habituales faenas.

—Tienes razon, hija mia;—dijo la madre sonriendo alegremente:

—Se lo diremos así mismo al señor don Anton Martin. Pero dime: ¿él no te ha dicho á tí nunca nada?

—¿A mi?... ¿sobre qué?

—¡Qué sé yo!... Sobre... tal vez sobre lo que estamos hablando.

—¿El? Madre, si el señor don Anton Martin me hubiese hablado algo de esto, estaríamos perdidas; esto seria una señal de que consideraba que nosotras abusábamos de él.

—Si, tienes razon; pero si no te ha hablado de esto, ¿no te ha hablado nunca de otra cosa?

—No comprendo...

¿Comó habia de comprenderlo Blanca si su madre no se esplicaba; si guardaba la mas estricta reserva?

Poco tardó en llegar el dia en que Anton Martin tuvo medio de hablar á Blanca encontrándola sola en casa. Era el primer dia que su madre salió para ir á la iglesia á oir misa y dar al cielo las gracias por los incomparables beneficios de que la habia colmado durante su enfermedad.

Anton Martin no le dijo mas que estas palabras:

—Blanca, voy á pedirle á usted un consejo.

—¿A mí?

—Sí, á usted, á quien considero una jóven virtuosa y honesta.

—Puede usted hablar.

—Estoy aburrido—le dijo á secas.

—Aburrido y ¿por qué?

—Porque vivo solo en el mundo, sin familia, sin nadie en quien depositar todo mi corazon, sediento de amor.

—Cásese usted,—le dijo sencillamente Blanca.

—Esto es lo que pensaba, pero ¡ofrece esto tantos inconvenientes!

—Todos pueden vencerse...

—Si se presentasen, y estuviese en su mano de usted trabajar para vencerlos, ¿podria contar con su apoyo para conseguirlo?

—Sin duda alguna, ¡Ojalá pudiese pagar los inmensos beneficios de que mi madre y yo le somos deudoras!

—Tal vez le sea á usted posible...

—¿A mí? ¿cómo?

—Permitiéndome decirla una sola frase, y asegurándome de que

por ella no desmereceré á sus ojos del buen concepto que haya usted podido formar de mí. Esta frase es muy sencilla, es esta: «¡Blanca; la amo á usted!...»

Blanca no tuvo palabra con que contestar; bajó la cabeza humildemente y sus mejillas se ruborizaron.

En aquel momento, llamaron á la puerta, suspendiendo á entrambos con la palabra en la boca.

—¡Mi madre!—esclamó Blanca.

Anton Martin comprendió el efecto que en Blanca habian producido sus palabras y se encaminó á abrir la puerta con cierta sonrisa que indicaba hallarse poseido de interior alegría.

La persona que llamaba no era la madre de Blanca precisamente, pero era uno de los dos hombres que la acompañaban, poco menos que en brazos.

. . . . . .

Hé aquí lo que habia pasado.

Hallándose en oracion arrodillada ante una Vírgen de la iglesia mas inmediata, cayó al suelo sin sentido. Las gentes la levantaron; trataron de volverla en sí; la interrogaron... todo en vano. Trasladada á una casa vecina, corrieron en busca de un médico que tan pronto la vió declaró que la enferma sufría un ataque apoplético.

Entre otras cosas dijo:

—Esto reconoce por causa demasiado salud, demasiada sangre, demasiado robustez, en una palabra. Es preciso trasladarla á su casa... Quizás ya no haya tiempo. Si no tuviese en consideracion lo avanzado de su edad la sangraría en el acto. Pero ¿qué sabe uno? Es menester proceder con tiento. ¡He aquí la consecuencia de demasiado buena vida!

Una persona que habia en la concurrencia esclamó al oir aquella palabra del médico.

—¡Ah, pobre mujer! ¿Pues no dicen que es de demasiado buena vida? Si es una miserable, apenas convaleciente de una larga enfermedad... Los disgustos de no tener que comer: esta sin duda es la causa.

—¡Disgustos!—esclamó el médico,—pues de ninguna manera sangrarla. Trasladarla á su casa en el acto.

—Pero ¿quién sabe donde vive?—preguntó uno del corro.

—Yo—respondió el que antes habia hablado—¿no lo adivinais? Que me acompañe alguno y ya vereis que pronto está aun que tengamos que llevarla en brazos.

—Yo os acompañaré—repuso otro.

—Pues andando.

En el momento en que Anton Martin esclamaba:—«Blanca; la amo á usted,»—la madre de Blanca entraba en su casa para no salir de allí sino para el cementerio.

. . . . . .

Quince dias duró su enfermedad. Nadie como Anton Martin se desvivia para atender á su cuidado. La madre de Blanca no pudo, durante este tiempo, pronunciar ni una sola palabra. Parecia, sin embargo, que tenia la cabeza despejada. Hacia con los ojos esfuerzos supremos para darse á entender en su horrible agonía.

Blanca la entendia algunas veces y en el acto daba cumplimiento á sus deseos. Anton Martin la comprendia en ciertas ocasiones, pero... se hacia el desentendido.

¿Qué es lo que indicaba por medio de esfuerzos supremos la pobre anciana moribunda?.

Nuestros lectores lo comprenderán fácilmente. Se referia á la declaracion de Anton Martin, respeto del amor que le habia dicho profesaba á Blanca. Interrogaba á este sobre sus proyectos; establecia una especie de lazo misterioso con los ojos, entre uno y otro, y aguardaba una contestacion, que no conseguia... La infeliz se desesperaba.

Sabia escribir, pero no podia valerse de este medio por causa de la parálisis completa de sus brazos y manos.

Nada mas triste, mas desgarrador, mas horrible que semejante situacion, para una madre que deja á su hija abandonada; sin otro amparo que un hombre que decia amarla, pero que en aquellos momentos angustiosos no despliega los labios para reiterarle sus promesas... Comprendia que si su amor era puro, debia ratificar su propósito al pié de su lecho mortuorio. De esta manera al menos moriria tranquila respecto el porvenir de su hija, y al espirar podria sin remordimientos bendecir á entrambos desde el fondo de su corazon;

con toda su alma. Cuando se la entendia en otras cosas, ¿porqué no se la entendia en esto? Al fijar una mirada suplicante sobre el rostro de Anton Martin y luego clavarla enternecida en el de su adorada Blanca, ¿no era la espresion mas clara y elocuente de estas palabra:—«señor, piedad de mi hija»—«señor, no desista usted de su propósito;»—«señor por qué no pronuncia usted una palabra de consuelo para esta pobre anciana que se muere?»

Nada. Anton Martin á semejante súplica no respondia.

Hubo al fin, la moribunda, de comprender que no queria entendérsela por parte de aquel hombre, y desde entonces sus instantes iban corriendo á la posta hácia su fin.

Cuando Anton Martin se acercaba á ella, la moribunda cerraba los ojos. Entonces el malvado sonreía.

Cuando se presentaba Blanca la madre no podia espresarse de otro modo que llorando.

CAPITULO XV.

Preliminares importantes.—Continuacion.

Sucedió á Blanca lo que sucede siempre á las almas valerosas, puras y sensibles. Mientras duró la enfermedad de la madre no abandonó la cabecera de su cama sino en los precisos momentos que lo requerian sus cuidados. Estuvo en todo. No sintió sueño, ni abatimiento, ni cansancio. Parecia que su presencia se multiplicaba en todas partes. Era como si hubiese aceptado una desesperada lucha entre ella y la muerte, que venia á disputar á su querida madre, y cuyo triunfo dependiese de sus cuidados, de su presencia de ánimo, y de su valor. Parecia que disputaba el terreno que la enfermedad iba ganando, palmo á palmo, pulgada por pulgada... Sus ojos entre tanto estaban secos, su palabra entera, su actividad como inquebrantarle...

Pero en los últimos momentos; cuando la agonia, que fué breve, se presentó con todo el carácter de invencible y la muerte de su madre era segura dentro de algunos instantes; entonces, la infeliz, principió á sentirse acosada de todos los dolores juntos.

Estaba su madre ya insensible: la parálisis habia ganado su cérebro, y solo manifestaba un resto de vida por medio de un leve movimiento de las arterias, cuando se apoderó de ella una desesperacion tal, que el mismo Anton Martin temió por su razon. Sus ojos parecian saltarle de las órbitas: en un momento sus mejillas se hundieron y los pómulos se bañaron de un color cárdeno; sus labios esperimentaron una contraccion tal, que dejaban descubiertos sus dientes y el hipo que la dominaba imprimia en su cuello unos mo-

vimientos descompasados y fuertes como el infeliz que se ahoga sumergido en las tormentosas olas del mar...

Anton Martin llegó á espantarse al ver aquel súbito cambio de Blanca. No comprendia que la infeliz durante quince dias consecutivos habia ido amontonando en su pecho el dolor y la amargura que el estado de su madre causaban en ella, y que al estallar con toda su intensidad debia ser tanto más cruel cuanto más habia sido la fuerza que para comprimirse habia tenido que ejercer sobre sí misma. Hay hombres que no comprenden nada de lo que á ciertos dolores se refiere.

Con calma glacial, con inmitable acento, apelando á súplicas secas y alguna vez groseras, trataba de tranquilizar á Blanca ó al menos de morijerar su viva desesperacion. Blanca no le escuchaba, no le oia. Abrazada al cuello de su madre moribunda, cuyo rostro inundaba de lágrimas; con los labios sobre su frente y acariciando con mano trémula y fria como la de la muerte sus encanecidos cabellos, prorumpia en mil acentos desgarradores...

—¡Madre mia!—esclamaba;—por piedad!...—Y su acento espiraba en sus labios balbucientes.

La madre no respondia; la muerte iba estendiendo por instantes su negro velo sobre sus entumecidos ojos, sobre su faz cadavérica.

Por fin espiró, con los ojos abiertos y dejando la mirada clavada en su rostro y en el de Anton Martin.

¡Pobre anciana! Moria presa del dolor que le causaba no poder decir á Anton Martin:

—¡Compasion para mi hija! no desista usted de su propósito...

Y á su hija:

—¡Blanca; recompensa con tu amor la caridad de este hombre; si su caridad es honrada, como Dios ordena!

Costa mucho trabajo arrancarla del cadáver de su madre: parecia adherida á él como por medio de una atraccion irresistible y no se hubiera conseguido, por esfuerzos que se hubiesen hecho, si al fin, venciendo la naturaleza al espíritu, no hubiese perdido lentamente la energía nerviosa que la animaba, acabando por caer al suelo sin sentido al esclamar con desgarrador acento:

—¡Ah! ¡desgraciada de mi!... ¡Mi madre ha muerto!

Anton Martin que estaba á su lado aprovechando esta circunstancia ayudó á trasladarla primero á un gabinete inmediato, donde, por su propia mano, le suministró los socorros convenientes para sacarla de aquel fatal orgasmo.

Ahora nos será permitido preguntar: ¿de que moria aquella mujer?

De muerte alevosa,—respondemos.

¿Quién la habia asesinado?

Anton Martin.

No es necesario el veneno ni el puñal para asesinar á una pobre criatura, anciana, sin conocimientos suficientes para adivinar la inícua maldad de un hombre que atenta hipócritamente contra su vida y consuma su feroz propósito con toda la sangre fria del malvado. El veneno y el puñal dejan en el cuerpo de la víctima señales indelebles y en el lecho mortuorio la huella del crímen... Una muerte como la de la madre de Blanca no deja rastro alguno que seguir á la justicia de los hombres; es tan infame que se cubre con el velo de la irresponsabilidad, y del misterio mas oscuro é impenetable. Solo Dios puede tomarlo en consideracion, y Anton Martin no creia en Dios. Semejante creencia arguye, por lo menos un lugar puro en la conciencia del hombre, por pequeño, por atómico que sea; Anton Martin no tenia ninguno: su conciencia era un insondable abismo.

Sin embargo, tan pronto hubo conseguido trasladar á Blanca á otro gabinete, mandó en el acto á ir en busca de un sacerdote. La religion guarda para la agonía sus mas sublimes actos, sus misterios mas sacrosantos: pero ante la muerte, solamente puede elevar sus preces al Señor para que se apiade de una alma que acude á su seno misericordioso; no tiene mas que el agua bendita que arrojar sobre su presa miserable.

El sacerdote oró cortos instantes al pié del lecho mortuorio.

A su lado estaba Anton Martin tambien arrodillado, produciendo con sus labios un rumor como si orase; con los ojos humillados al suelo y una mano cruzada sobre el pecho.

Cuando el sacerdote hubo terminado se levantó.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó Anton Martin.

—Nada—respondió el sacerdote,—¡rogar á Dios por su alma!

—¡Era una santa mujer!—repuso el malvado.

—Pero ha muerto sin recibir los últimos sacramentos. ¿No lo podíais preveer?

—No lo creíamos, padre. Será preciso que la iglesia redoble sus preces. Dios es misericordioso. Quiero que se celebre un oficio de difuntos de cuerpo presente; que se rezen muchas misas en sufragio de su alma. Si alguna parte de responsabilidad puede haber por parte nuestra, á nosotros corresponde interponer nuestros sufragios para con Dios, para que la exima de pena. Era en vida una criatura inocente, una virtuosa mujer... esperemos que Dios se lo habrá tenido ya en consideracion.

El sacerdote al oir las palabras de Anton Martin volvió á arrodillarse y emprendió el rezo de nuevas oraciones.

—No la abandoneis, padre mio;—dijo.

—Se llenará lo que prescribe el ritual en todo; no quedará nada que hacer.

—Todo se abonará... orad y haced orar, padre!

Al pronunciar estas palabras, que Anton Martin pronunció con acento verdaderamente compungido, dejó solo al sacerdote.

CAPITULO XVI.

Continuacion del capítulo anterior.

Blanca permanecia en su lecho de dolor presa de un espantoso delirio. El médico que habia asistido á su madre, se habia incautado de ella, no teniendo ya nada que hacer en el cuarto mortuorio. La fiebre iba en aumento.

A juzgar por el cruel trastorno que en su naturaleza habia producido el golpe funesto de la muerte de su madre, nadie hubiera creido sino que lo habia recibido inesperadamente. Al ver su valor durante los quince dias que duró la enfermedad, no hubiera sido posible adivinar los instantes desgarradores que entonces atravesaba.

Anton Martin llegó á temer por su vida y cruzó por su mente como un relámpago de disgusto, como una sombra siniestra que nubló su frente. Se acercó á ella y la habló:

Su contestacion fué levantar los brazos y echarlos al cuello de aquel hombre, prorumpiendo en un grito espantoso; y como huyendo de un fantasma, ó del puñal de un asesino.

—¡Tranquilízese usted, Blanca!—esclamó Anton Martin, procurando dominar su trastorno.

A cuyas palabras la infeliz repuso:

—¡No, madre mia, no morirás; antes mil veces morirá tu hija!

—¡Soy yo, Blanca! Sosiéguese usted...—dijo Anton Martin con plañidero acento.

—Ya lo sé, madre mia; que estoy en tus brazos... no me abandones. ¿Qué seria de tu hija?... ¡Ah!... ¡yo no quiero que mueras!... ¡Dios no lo quiere tampoco!... ¿Quién se atreveria á asesinarte?

Si Anton Martin hubiera sido capaz de sentir algo, hubiera sentido el espantoso frio de los remordimientos. Pero solo sintió cierta repulsion interior que le obligó á desacirse de aquella mujer cuyos brazos le ahogaban con la fuerza nerviosa con que comprimia su cuello. Cuando lo hubo conseguido procuró sujetarla en la cama sin prorumpir en una sola palabra.

Blanca tambien enmudeció, pero la agitacion de sus brazos, los frenéticos vaivenes de su cabeza, la violencia de su pecho, que se levantaba como preso de un horrible accidente epiléptico, no cesaban.

Cualquiera hubiera sentido horror al verla; solo las entrañas de un tigre no se hubieran conmovido ante aquel espectáculo del amor filial.

Solo Anton Martin no sentia nada.

Mas ¿qué decimos? Bastaba fijar una mirada en sus ojos, leer en su rostro que, sin embargo parecia de mármol siempre, para convencerse de que dentro de aquel pecho rugia tambien una tempestad furiosa, sin nombre, en medio de aquella escena desgarradora.

¿Cuál podia ser? ¿Los remordimientos?

No. Ya lo hemos dicho, nó.

El alma capaz de sentirlos nó es del todo criminal, al menos ante Dios que lee en el fondo de la conciencia del hombre, y conoce los móviles á que obedece, á veces ciegamente, la mano del réprobo. Sentia otra cosa.

Cada vez que Blanca se estremecia, y levantaba con desesperacion sus brazos al aire, desgarraba la púdica tela que, á guisa de misteriosa túnica, cubria sus delicados hombros y espaldas. Su casto seno de nieve, palpitando como á impulsos de un torbellino, se ofrecia sin reserva á los impúdicos ojos de Anton Martin, que parecian devorarlo con la vista. Su cabellera lustrosa como la perla negra, brillante como el ébano, caia desplegada sobre su garganta, ofreciendo el mas vivo contraste que darse pueda. Fidias sorprendiéndola dormida y feliz, hubiera roto sus cinceles y renegado del arte por su impotencia.

Pero nadie en la situacion en que se encontraba aquella criatura, desgarrada por todos los dolores, hubiera pensado en otra cosa que en cubrirla con un velo impenetrable al mismo fulgor de las estrellas. Anton Martin al contrario tenia los ojos como clavados entre los girones de la túnica que, como las puertas del templo de Delfos, nadie debia traspasar ni con el pensamiento...

Habia despedido de allí á la mujer que para el servicio de su madre fué llamada desde el principio de la enfermedad: estaba solo. Si sus ojos indicaban la impureza de sus sentidos, por su mente debian cruzar siniestros pensamientos. En un momento en que Blanca abatida, despues de un esfuerzo supremo en que cayó como una roca desplomada sobre la cama, en que Anton Martin la contemplaba sonriendo diabólicamente y sus dientes parecia que rechinaban de frio, y sin embargo, sudaba abundante y espeso sudor desde la raiz de sus cabellos... en semejante momento, decimos, miró hácia la puerta como si temiese ser observado por alguno, esclamó:

—¡Oh! sí, sí!... El premio de mi constancia... De otro modo seria imposible!...

En aquel momento entró la criada.

—¿Qué hay?—preguntó con acento que revelaba toda una situacion.

—Un sacerdote,—respondio la criada.

—¿Qué quiere?

—Viene á concertar las honras fúnebres que deben rendirse á la difunta.

—Salgo.

Y con la mano hizo un gesto indicando á la criada que se retirase.

Volvió á quedar solo. Entonces pareció que su cabeza vacilaba como la hoja agitada por el viento. Se pasó su mano por la frente dos ó tres veces consecutivas, enjugándose de este modo el sudor de que se hallaba impregnado y volvió á murmurar:

—¡De otro modo seria imposible; imposible!...

Llamó, y la criada volvió á comparecer.

—No abandones á la enferma,—la dijo.

Y salió en el acto.

A los dos pasos de la puerta nadie hubiera conocido en él al hombre que acabamos de describir. Era otro. Su fisonomía tomó repentinamente la actitud apacible que le era habitual, tranquila, grave y serena. Como por medio de un mágico resorte desapareció la nube tenebrosa que ocultaba su mirada. La agitacion de su pecho se calmó, como se calma la mar despues de una noche tempestuosa. Huyó de sus pómulos la rubicundez; sus labios se dilataron; se desarrugó su frente y volvió á respirar tranquila y lentamente.

Hay hombres que se transforman como esos cuadros disolventes que admiramos por medio de los cristales de un panorama. Anton Martin era uno de estos hombres. Hacia de su rostro lo que queria.

Una vez en presencia del sacerdote tomó un aspecto de santa religiosidad, y convinieron en que, lo que debia gastarse en boato se gastase en misas; que el funeral fuese rezado y que se repartiesen algunas limosnas entre los pobres de la parroquia.

—¿En qué forma?—preguntó el sacerdote.

—Lo dejo á la eleccion del mas antiguo de la comunidad.

—¿De cuánto?

—Tambien lo dejo á su arbitrio: tres mil reales destino á este objeto. En cuanto á la limosna de las misas quiero que sea de doble precio de lo que generalmente se acostumbra: se rezarán doscientas.

El sacerdote convino en todo y al despedirse preguntó:

—¿Es usted pariente de la difunta?

—No señor.

—¿Será usted, sin duda, un buen amigo de la familia, desde mucho tiempo? ¡Ah! ya comprendo; los lazos de la amistad se han establecido por Dios para suplir los de la familia.

—No señor,—contestó Anton Martin,—conozco á esta gente de cuatro dias. Pero esto no es un motivo para dejar enterrar á una pobre mujer como una bestia.

—Tiene usted razon... ¡Ah! si tuviese usted muchos imitadores!...

—No faltan, reverendo padre.

—Dios premie á usted y á ellos en su infinita misericordia... ¡Ah!...

Anton Martin comprendió que aquel sacerdote no daba de sí mucho mas que esclamaciones en tono patético, y fué acompañándole insensiblemente hasta la escalera.

—Dios guarde á usted, padre.

—Quede usted con Dios... ¡Ah! ¡ah!...

Y el sacerdote fué bajando la escalera confundido de tanta generosidad en favor de una familia pobre, á quien decia conocer de cuatro dias, y repitiendo su esclamacion favorita.—¡Ah, ah, ah!

. . . . . .

Blanca permaneció toda la tarde y noche en compañía de la sirvienta.

No puede decirse por esto que no recobrase el lleno de sus facultades.

Durante la noche Anton Martin valiéndose de los medios mas infames que puede sugerir una cínica y relejada depravacion logró conseguir la satisfaccion de sus brutales deseos, sin que Blanca pudiese apercibirse de la violencia que contra ella se obraba, pues sus sentidos estaban sujetos á la accion del cloroformo administrado por el criminal.

CAPITULO XVII.

Continuacion del capitulo anterior.

Al dia siguiente se procedió al funeral y entierro de la madre de Blanca con toda la sencilla solemnidad que Anton Martin habia prescrito. Acompañó su cuerpo hasta la última morada, se la depositó en un nincho y nadie mas, desde aquel dia debia acordarse de ella escepto su infeliz hija.

Esta fué restableciéndose paulatinamente; ignoró por completo todo cuanto habia pasado en la fatal noche del dia en que murió su madre; no recordaba nada sino sus terribles sufrimientos.

No volvió á aparecer, sin embargo, en sus mejillas el carmin que las adornaba peculiarmente. Su color fué siempre quebrado, su languidez grande; perdió el apetito, el brillo de sus ojos era distinto, y á los cuatro meses no sabia ella misma darse razon de lo que le pasaba. Sus formas iban desarrollándose lentamente y en toda su naturaleza se ofrecia un cambio visible.

Todos los que la conocian, y particularmente Anton Martin, le decian:

—Ahora salen las consecuencias del gran disgusto causado por la muerte de su madre.

Ella así lo creia y se conformaba.

Pero la enfermedad, si tal puede decirse el estado en que Blanca se encontraba, iba tomando al parecer serias proporciones. Solo Anton Martin estaba tranquilo respecto de sus resultados. La vieron

algunos médicos, meneaban la cabeza y sin atreverse á dar su dictámen decian:

—¡Esperemos!...

Anton Martin hacia, entretanto, algunos juegos de manos con los medicamentos que alguno de los facultativos menos escrupulosos ó inespertos la suministraban; juegos de manos que consistian en cambiar las medicinas ó en arrojarlas sin que Blanca lo apercibiese.

Pasaron así algunos meses.

Entretanto Anton Martin hablaba á Blanca de sus amores. Blanca, agradecida, se creia en el deber de amarle. Pero mas de una vez habia adivinado en él torpes deseos que desdecian del concepto en que constantemente le habia tenido.

. . . . . .

Una mañana, hacia mas de siete meses que habia muerto su madre, Blanca compareció á su casa con una gran provision de labor procedente de la fábrica misma por la cual habia trabajado anteriormente. Aquel dia pareció mucho mas alegre de lo que habia estado hasta entonces. Cuando Anton Martin fué á visitarla segun tenia por costumbre todas las tardes, ella, llena de satisfaccion le dijo:

—¡Mire usted!...—y le enseñó la susodicha labor.

—¿Qué es esto?—preguntó Anton Martin afectando cierto disgusto.

Blanca se lo refirió concluyendo con estas palabras:

—Esto habia de terminar... Soy jóven, sé trabajar, y si he podido aceptar hasta ahora los favores que usted me ha prodigado, en adelante consideraria un crímen permitir que esto continuase.

—¡Ah! ¿no observa usted que está enferma?

—Sí... demasiado lo veo. Pero esto me deja trabajar; me siento mejor.

—Pero no comprende usted, pues, los resultados que puede tener...

—Fatales; ya lo sé... Pero confio en Dios. El caso es, que yo puedo trabajar y debo hacerlo.

—No; todo lo contrario... Y á fin de que comprenda usted cuánto yo la amo, y lo que estoy resuelto á hacer por usted, he concebido un plan.

—¿Un plan? veámos este plan,—contestó Blanca con alguna desconfianza.

—Es muy sencillo. Consiste en que usted se traslade á vivir conmigo al cuarto principal.

—¡Oh!—esclamó Blanca con admiracion,—nó; eso nó.

—Sí,—repuso Anton Martin con naturalidad;—yo necesito una ama de llaves para mi gobierno: nada tendrá que decir de esto la gente; usted es libre. Esto no impide que mas tarde nos casemos si usted no se opone. Entretanto esto llega, ¿quién nos impide vivir felizmente? Yo la amo á usted. Verdad es que en vano he aguardado siempre oir de sus labios una palabra semejante.

—Sí, yo tambien le amo; me creo obligada á esto, y si mil vidas tuviese, dispondria de ellas en favor de usted; pero yo no podria ser feliz con el hombre á quien tanto debo sino despues de consagrada por Dios nuestra union.

—Esto vendrá mas tarde.

—Pues mientras esto no llegue, considere usted que hay entre los dos un abismo. Solo mi corazon es suyo; mis respetos, mis consideraciones, esto sí; pero...

No era esto lo que queria Anton Martin. Trató, pues de cambiar de conversacion aguardando que hablasen los acontecimientos que no debian tardar mucho en presentarse...

Blanca desde aquel dia no aceptó socorro alguno de su mano. Vivió de su trabajo y hasta se hizo la ilusion de que si Anton Martin tardaba mucho en realizar lo que creia sus intentos de casarse con ella, llegaria un dia en que podria decirle:

—Amigo mio, lo que usted ha gastado durante la enfermedad y muerte de mi madre, aquí lo tiene usted... gracias por el favor; pero estamos en paces.

Esta idea la alentaba valientemente para trabajar noche y dia.

La pobre Blanca no sabia lo que Anton Martin habia gastado. Tampoco calculaba que el producto íntegro de su trabajo no hubiera bastado en muchos años para pagarlo.

. . . . . .

Tres meses antes de cumplir un año de la muerte de su madre, Blanca estaba mas triste que de costumbre. La ignorada enferme-

dad de que adolecia la tenia confusa, abochornada. No queria llamar mas á ningun médico por no tener que soportar ciertas preguntas que encerraban un agravio terrible á su honor y reputacion. Se desespe raba y con frecuencia se la oia decir:

—¡Yo moriré, Dios mio!

Su conciencia estaba, sin embargo, tranquila.

Una tarde sintió terribles dolores, Anton Martin estaba allí.

—Es preciso llamar á un médico,—dijo.

—¡Oh, no no! No llamarle por piedad.

Pero el médico vino; la vió y recetó una medicina.

Medio cuarto de hora despues, Blanca ofrecia el mismo idéntico carácter que en la fatal noche de la muerte de su madre; en aquellos momentos en que, sola con Anton Martin, parecia muerta ó presa de un sueño profundo y espantoso.

Se hallaba cloroformizada.

. . . . . .

. . . . . .

Pocas horas despues todo estaba concluido.

El médico pasaba por la calle del Amor de Dios con un niño debajo la capa.

Al dia siguiente aquel mismo niño fué bautizado con el nombre de Emilio.

CAPITULO XVIII.

Continuacion del capítulo anterior.

Anton Martin, desde aquel momento, inventó una fábula para hacerle creer lo mas distante de lo que realmente habia acontecido. Entre las medicinas que se le suministraron las habia encaminadas á borrar todo rastro que se lo hubiese podido dar á sospechar.

Es de advertir que tan pronto se lo permitieron sus villanos manejos, puso al cuidado de Blanca una mujer que era precisamente la misma que habia asistido á su madre.

Cuando las cosas estuvieron restablecidas en su órden natural, Anton Martin hizo su última tentativa respecto de Blanca. Pero todo inútilmente. Aquella mujer estaba resuelta á no salirse nunca de sus deberes y á permanecer honrada mientras viviese, y fuese cuales fuesen las asechanzas que la rodeasen. Rechazó á Anton Martin con términos dignos y elevados.

—¿No me ama usted?—le preguntó este con cierta indignacion.

—Sí, le amo á usted; le amo, en tales términos que pongo á Dios por testigo de mi amor, y juro que mientras viva permaneceré fiel á mí palabra: seré suya ó moriré soltera.

—En este caso su resistencia, sus escrúpulos...

—Son la mejor prueba de que si me ama usted, ama á una mujer honrada.

—De modo que es inútil...

—Todo, Anton Martin, todo cuanto usted haga para obligarme á traspasar los límites de mis deberes. Antes la muerte.

Anton Martin presentó con solemnidad su mano á Blanca y con tono entre patético y sombrío dijo:

—¡Bien, muy bien!

Blanca á su vez le presentó la suya diciéndole:

—¡De todo corazon, es suya!

—No,—contestó Anton Martin;—esta mano no puede, no debe pertenecerme... Pero ha llegado la hora de las revelaciones y es preciso hablar. Yo no puedo casarme...

—¡Cielos!—esclamó Blanca bajando la cabeza y haciendo un esfuerzo para retirar la mano que Anton Martin tenia fuertemente comprimida.—¡Cielos!

—No se asuste usted ni se sorprenda, hasta que haya oido lo que voy á decirla. Yo no puedo casarme: mi vida no puede consagrarse ni á los cuidados de una sola mujer ni de una sola familia. Mi mujer, son todas las mujeres pobres, honradas y virtuosas; mi familia, todas las familias desvalidas; mi casa es la casa del enfermo; mi dinero es del necesitado; mis servicios, en fin, de todos los que los reclamen... Pertenezco á una órden que no tiene prestado ante el ara del altar ningun voto, ni viste traje alguno, ni se congrega debajo las bóvedas de ningun claustro, ni tiene iglesia suya... Esta órden se llama HACER BIEN y nada mas; se nos conoce por hombres honrados y este es nuestro mejor título, nuestro único timbre. Pero el bien es una de las prácticas mas difíciles de ejercer cuando trata de distinguirse el verdadero del falso necesitado; el virtuoso del malvado; la honradez de la hipocresía. Para distinguirlo, no basta la mirada del que el bien ejerce, es necesario apelar á algunas pruebas, repugnantes á veces, para el que las verifica; pero frecuentemente no se presenta otro camino y hay que pasar por él. Hacia tiempo, cuando entré por primera vez en esta casa, que tenia puestos los ojos en su madre, (que tenga Dios en el cielo), y en usted. Veia el afan con que aquí se trabajaba, la escaces con que se vivia, el aislamiento, en que se hallaban... y observaba. Cuando su madre se puso enferma, no me cabia ya ninguna duda, que podia ejercerse en ella el ministerio sagrado de la caridad, no solo como un bien, que reporta alegría al que lo ejerce, sino como un deber de todo hombre, aun por medio del sacrificio. Acudí en ausilio suyo. Usted

sabe lo que sucedió. Dios dispuso del alma de su madre y fué preciso humillar nuestras frentes resignadas ante los secretos designios del que todo lo dispone para mejor bien y honra suya. Sobrevino su enfermedad... yo no podia dejarla abandonada á usted durante su largo y penoso transcurso que, milagrosamente, al fin la ciencia pudo triunfar de ella. Recuerdo con orgullo, porque á usted se refiere, la noble dignidad con que usted, tan pronto se sintió mejorada rechazó mis humildes socorros: esto me evidenció plenamente que en su naturaleza no se anidaba el feo vicio de la holganza. Cesé entonces de hacer por usted lo que tal vez consideraba todavía mi deber. En este caso me correspondia hacer mi última tentativa para probar el temple de su alma, y conocer á ciencia cierta lo inquebrantable de su honradez. Ofrecí á usted oro, posicion, riquezas de todo género; le presenté en perspectiva un porvenir rodeado de placeres y de felicidad, si felicidad y placeres pudiesen hallarse fuera del círculo de las virtudes debidas á Dios y á la sociedad... Hallé su corazon duro como una roca... Blanca, ¡perdon, perdon! si he podido durante este período causar á usted grandes sinsabores; perdon por el concepto que de mí haya podido usted haber formado!... Era preciso para la prosecucion de mis intentos hacer este sacrificio de mi parte; yo que jamás he tenido la menor idea de infamar á una mujer; yo que jamás he sentido por ella el menor deseo impúdico...

Anton Martin respiró aqui fuertemente é hizo una lijera pausa.

Blanca aprovechando esta ocasion preguntó:

—¿Nunca me habia amado usted?

—Como hermana sí; de otra manera... nó,—dijo Anton Martin con la mayor impasibilidad.

—¿Y me hablaba usted de casarse conmigo?

—Era preciso dar el primer paso para ir á parar á lo que despues oyó usted de mis labios...

Blanca se ocultó el rostro con ambas manos, y esclamó:

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Un momento mas de atencion, Blanca, todavía no he concluido.

Anton Martin sacó de la faltriquera del gaban unos papeles y poniéndoselos en la mano dijo:

—Tome usted, este es el premio de sus bondades y honradez.

—¿Qué es esto?—preguntó Blanca sin á penas tocarlos con la mano.

—Es... una renta vitalicia de cuatro mil ochocientos reales.

—¿Con que objeto?

—Con el de que en lo sucesivo goce el premio de sus virtudes á toda prueba, y no tenga usted que trabajar, de la manera penosa y horrible que necesariamente deberia usted hacerlo.

Blanca con tono algo altanero y mirándole el rostro fijamente, esclamó:

—¡Ah! caballero... guárdese usted estas dádivas que para nada las necesito. La virtud lleva consigo misma su recompensa ó deja de ser virtud. No lo quiero. Me ofreció usted su amor y lo acepté. Rechaza usted ahora mi mano... ya nada mas hay de comun entre los dos. Ha sido usted muy bueno, muy honrado con mi madre, conmigo misma; pero ha jugado usted con mi corazon sin saberlo tal vez; y, ¡ay!...! le perdono á usted el inmenso mal que me ha causado!

—Yo no puedo ni he pensado nunca en casarme.

—Está bien; y yo le repito que le perdono el daño que usted me ha inferido!...

Blanca cayó en una especie de ensimismamiento que revelaba toda la profundidad del dolor que las palabras de Anton Martin causaban en su ánimo.

Este permanecia impasible á su lado y grave como una estátua.

. . . . . .

. . . . . .

¡Blanca le amaba! El bien que aquel hombre por miras interesadas y perversas habia hecho á su madre y aun á ella misma, se presentaba á sus ojos como un título de amor, despues de haberla solicitado por esposa. Le perdonaba sus inconveniencias posteriores, que creia fuesen pruebas para asegurarse de su virtud, pero cuando hubo oido de sus labios con glacial indiferencia, lo que Anton Martin acababa de revelarla, cayó como en un abismo y sin poder preferir otras palabras que estas altamente significativas:

—Ha jugado usted con mi corazon de una manera horrible. ¡Ay! le perdono, sin embargo, el inmenso daño que usted me ha causado...

Blanca no aceptó la estraña dádiva de aquel hombre, diciendo repetidas veces:

—No necesito por nada de su oro.

—¿Que piensa usted hacer?—le preguntó;—¿trabajar de este modo como hasta ahora? yo no puedo consentirlo, ¿qué piensa usted hacer?

—Ya lo verá usted.

. . . . . .

. . . . . .

Era, pues, Anton Martin un hipócrita, depravado, pero de un corte refinado y original.

El corazon es el océano, su sonda, el pensamiento, no llega nunca á sus profundidades. La vista ve cruzar sus inmensas olas por delante sin comprender lo que llevan en sus entrañas como en una mortaja impenetrable. ¿Quién, ante cualquiera de los actos ostensibles de ese hombre no le hubiera alargado la mano y llamado amigo? Él socorre al desvalido, cuida á los enfermos, entierra á los muertos, paga á la iglesia las preces por el descanso de su alma... Pero examínese bien: ¡Que traen en su seno algunas de esas olas de color de cielo, y en cuya rizada superficie brilla el sol con apacible majestad? Cieno, corrupcion, muerte. Entre el esterior y el interior de las cosas hay siempre un abismo!... El color no exi te sino en el modo de reflejar la luz... ¿Quereis que sobre un féretro refleje un puñado de esmeraldas? ¿Entre una corona de espinas una lluvia de diamantes? Acudid al prisma. Esto pertenece á un ramo que se llama óptica; en el órden físico. En el órden moral existe tambien, y se llama... *hipocresía*.

Era Anton Martin un maestro consumado en este ramo.

El malvado que lleva en su rostro escrita la perversion y en sus acciones denuncia el crímen, es un desgraciado que halla en la tierra su condigno merecido; pero el áspid que se encapota debajo los pétalos de una flor, se hace llevar en el seno de una vírgen y se embriaga con el incienso de sus adoraciones. Anton Martin era amado: Blanca amaba en él la óptica ilusoria de sus bondades.

Hay un pecado que condensa en sí todos los pecados en que puede incurrir la maldad: es la mentira; pero hay una mentira que encierra todas las maldades en que puede incurrir el crímen: es

una frase que los labios deberian guardar con siete llaves de fuego: ¡*te amo*! Mentir amor es mentir á Dios; es condenar un alma á mayores tinieblas, cuanto es más brillante y pura; es jugar con un corazon inocente sobre el borde de los infiernos.

Anton Martin habia escrito esta frase en el espíritu de Blanca, y Blanca la habia acogido como acoje la flor el rocío de la mañana; como el pájaro las primeras risueñas miradas de la aurora: habia, pues, inclinado su pura frente y exhalado un himno sacrosanto del fondo de su corazon. Vibró en su pecho la voz del desencantamiento que derrite como á la nieve el sol, la venda de rosas de la inocencia y colora infinitos horizontes de zafir y nacar al rededor de un alma anhelante de felicidad.

Producir esta metamórfosis con una sola frase y despues borrarla; escribir su nombre sobre la ancha sábana de los mares, ó en la arena de los desiertos; es producir la vida para luego destruirla; es erigirse en santo siendo demonio.

Pero en las corrientes sociales esto pasa sin ser apercibido, sin que nadie fije en ello su atencion. ¿Quién se para en contemplar la hormiga que la gota de la cascada arrastra por entre las sinuocidades del culantrillo ó del muzgo, de una á otra estaláctita, presa de todas las ansias de la muerte cabe al torrente, del torrente al rio, del rio á la mar? Nadie. Los humanos sentidos son mas groseros: no lo ven.

No se ven tampoco los estragos que el filo infame de las mentiras de amor, producen en las almas puras, y delicadas de la tierra. ¡Y son, sin embargo, estragos desoladores!

¡Oh, si al menos las víctimas pudiesen sondar con la vista las monstruosidades del corazon de sus verdugos!... Entonces todo lo comprenderian. Pero no pueden: el amor es la misma confianza!

¡Que horrible pecado jugar con un corazon capaz de amar!

Pero Anton Martin era mas perverso todavia. No se contentaba con aparentar bondad para ser amado, y ser amado para conseguir sus torpes fines. Verdadero hipócrita, al sacrificarlo todo á sus maldades, debia conservar incólume su reputacion.

Era para Anton Martin una torpeza cometer un daño, aun sin testigos, si la víctima podia convertirse en acusador, si el daño podia dejar rastro de su existencia. Era menester que el crímen

quedase enterrado en el abismo de su sola conciencia, seguro de este modo, de que no se levantaria nunca á demandar justicia ante los hombres; una justicia que no temia porque aquel miserable no creia en Dios.

Un sér de semejante naturaleza debia crear, paso á paso en su carrera, situaciones estrañas, increibles, monstruosas... En vez del rastro por donde cojerle el verdugo, dejaba abismos de tinieblas, y fenómenos ignotos á las humanas gentes.

Es claro.

¿Comprendeis lo que pasaria á una mujer á quien un hombre se presentase y le dijese al oido:—Eres madre de un hijo mio,—y esa mujer se considerase pura como el dia de su nacimiento?... No. Mas si luego hubiese de añadir—he ahí á tu hijo; es este;—lo que por ella pasaria no tiene esplicacion...

El loco no injuria, porque sus palabras no pueden ofender. Lo que no es cierto, ni siquiera posible, segun la conciencia y ciencia de cada uno, no cabe en el órden de lo calumnioso, si tercera persona no lo escucha. No puede prevaricarse por medio de la palabra, sino en uno ú otro de estos dos conceptos. ¿Qué es pues lo que pasaria en su ánimo? ¿Qué hubiera respondido Blanca, si el mismo Dios le hubiera dicho:—es cierto?—Hubiera tomado á Dios por el demonio, pero no le hubiera creido. Y en gracia de su inocencia Dios le hubiera perdonado, por la duda.

Si la medicina legal y la fé jurídica lo hubiesen declarado, y, como autor de un gran crímen, hubiesen de consuno condenado á Anton Martin, Blanca hubiera sostenido la inocencia de aquel hombre y con su sangre hubiera tratado de redimirle de la cadena del presidario. Tranquila su conciencia respecto de su honra; su vida hubiera sido poco para borrar el fallo de los tribunales errado, injusto y perverso á su ver...

Hubiera sido necesario revelarla un secreto; abrir sus ojos á ciertos fenómenos de la ciencia y demostrarle con su luz, todo lo que habia pasado con ella misma.

Tal vez aun así no se hubiera convencido...

He aquí que clase de fenómenos dejaba la estela fúnebre de ese planeta en su marcha sobre la tierra: la impunidad en sus iniquidades.

Añadid á esto el tinte virtuoso que sabia hacer brillar en todos sus actos y resultará, nó que fuese un hombre de bien, (por no saberse de él nada malo) sino un hombre bueno, por pregonar sus hechos virtudes eminentes.

Resultaba practicar el bien con sencillez, espontáneamente, sin reparar en otra cosa que en el cumplimiento de un natural deber.

Para semejantes prácticas necesitaba Anton Martin ser muy rico.

Lo era, y lo era tanto, que todo lo que invertia en tales demostraciones de virtud significaba lo que una gota de agua extraida del mar, comparado con las inmensas riquezas que poseia. A tenor de esto, puede decirse que vivia miserablemente, que no gastaba nada. De modo, que por su parte ni siquiera hacia el sacrificio de comprar cara su reputacion.

. . . . . .

. . . . . .

Respecto del orígen de su fortuna no se sabia mas sino que habia estado en las Américas Españolas, en la India, y en Africa durante muchos años; que habia ido allí pobre y habia vuelto rico.... nada mas se sabia.

Parece que el Océano que divide los continentes, separa las razas, las civilizaciones y los climas; son tambien los abismos del olvido, donde el hombre deja á veces, una naturaleza para tomar otra. Lo que allá es un pirata puede aquí convertirse en un magistrado, lo que allá es un negrero aquí suele ser un miembro de la sociedad emancipadora de la esclavitud, un yankee, un cofrade de la órden Mercenaria de Santo Domingo de Guzman...

Y si al menos al pasar los trópicos dejasen detrás su corazon...

Pero nó; no cambian mas que el semblante; se afeitan, se calzan guantes blancos; doran su conciencia negra y pasan.

CAPÍTULO XIX.

El colono de la casa del jardin del pozo.

Continuemos el hilo de los acontecimientos

Los colonos de la casa del *jardin del Pozo* eran un matrimonio sin hijos.

Eran pobres, porque el cultivo de las tierras del propietario de la quinta del *jardin del Pozo*, era insignificante por lo que se refiere á aquellos lugares, ya que solo contaba anexas algunas hectáreas de campo y un mal viñedo en terreno montañoso.

Ella se llamaba Teresa y él Tomás.

Tomás recibió un recado de Emilio el cual acudió presurosamente á la única posada del arrabal. Emilio no se habia levantado todavía, pero el criado tenia órden de avisarle al momento que se presentase.

Poco despues Emilio se daba á conocer con el carácter de amigo del propietario de la quinta. Entraron en conversacion sobre el estado de la hacienda, que era el mas florido que podia apetecerse atendidas las circunstancias de la mala cosecha del año, (que, como es sabido, ningun colono del mundo ha declarado uno solo completamente bueno) y despues de varias generalidades que no importan á nuestros lectores, Emilio dijo:

—No es el estado de la hacienda que cultivais lo que me llama aquí llevo otros asuntos de mayor importancia. Ya sabeis que vuestro amo es rico y esta hacienda para él es una bicoca. Pero debiéndome hallar de paso en L*** me encargó para vos una visita. Varias

veces he tenido el gusto de hablar con él de vuestra religiosidad en cumplimiento de los deberes que os imponen vuestros compromisos. Está contento de vos y os aprecia: esto os debe servir de gran satisfaccion.

Tomás confundido de alegría ante una declaracion tan desusada por verdadera que fuese y justa, apenas acertaba á dar contestacion á lo que oia.

—¿Y bien cuantos sois de familia?—le preguntó.

—Mi esposa y yo solamente.

—¿Luego no teneis hijos?

—No señor.

—¿Ni parientes?

—Remotos; pero que no viven en el país ni apenas sabemos nada de ellos.

—De modo que podeis decir que sois solos en el mundo.

Tomás meneó la cabeza tristemente y dijo:

—No tan solos, caballero como podeis imaginar. Tenemos, puede decirse en nuestra compañía, una hermana; mas que una hermana una hija: lo que querais. Vive en nuestra casa, con consentimiento del amo, hace mas de un año, una pobre jóven huérfana de padre y madre, que es un ángel, que es una virtud, tan desgraciada como nosotros mismos; mas desgraciada aun...

—¿Jóven, virtuosa y desgraciada? esto es muy triste,—esclamó Emilio.

—¡Ah! si señor, sí, es muy triste.

—¿Y no tiene amparo de nadie? ¿no hay quien la socorra?

—Es muy delicada... Además, aquí todos somos pobres.

—La delicadeza no impide aceptar un beneficio.

—Que le hareis, señor; ella es así. Y no os figureis que sea una cualquiera: es hija de un médico, del médico mas famoso que hace quince años vivia en la ciudad.

—¿Cómo se llama?

—Eva.

—¡Bonito nombre!

—Pues todavía es mas bonito su rostro; es hermosa como un sol.

Hasta aquí todo lo sabia Emilio. Pero se le ocurrió añadir, como otro de los rodeos para ir á parar donde queria:

—Sí es tan bonita tendrá muchos pretendientes, ¿por qué no se casa?

—Parece que tiene horror al matrimonio y dice que no ha amado nunca.

—¿Ella lo dice?

—Vaya, y que no pone obstáculo alguno en repetirlo cuantas veces se habla de esto. Y á fé de Dios, que es digna de un presidente de la mejor república.

(Tomás era republicano de todas veras, y usaba de esta locucion, en lugar de «es digna de un rey»).

Emilio al oir la frase de Tomás para ponderar la estima con que tenia á Eva sonrió ligeramente y dijo:

—Me inspirais deseos de conocerla.

—¡Ah! señor; es muy posible que esto no pueda ser, porque está enferma y me temo que sea de mucha gravedad...

—¿Que decís?

—Es sensible lo que os digo; pero es cierto. Ayer viniendo del trabajo á altas horas de la noche un coche la atropelló.

—¡Gran Dios!—esclamó Emilio sin poder contener el sobresalto de su corazon al oir las palabras de Tomás,—¿es posible?...

—Como lo oís, caballero. Esos señorones que andan en coche por las vias públicas sin cuidado de atropellar á nadie, deberia juzgárseles con la circunstancia agravante de *daño voluntario* al exigírseles la responsabilidad del mal que causan á las pobres gentes. Y ahí teneis una prueba de si es buena la señorita Eva... todavía ayer noche salia en defensa del autor de su desgracia!

—Tal vez tuviese razon.

—¡Ved ahora quien ha de pagarle los dias de jornal que pierda!

Emilio estaba á punto de declarar el hecho á Tomás tal como habia sucedido, pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo dijo:

—Preguntais ¿quien abonará ahora los dias de jornal que pierda la señorita Eva durante su enfermedad? Mirad, vos me pareceis un buen republicano, y como tal ya sabeis lo que significa la palabra *solidaridad*. Habeis logrado hacer interesante á mis ojos á esa seño-

rita. Si ayer la precipitacion de un magnate, como decís, pudo atropellarla, hoy los buenos sentimientos de un honrado ciudadano pueden socorrerla.

Tomás se sonrió meneando acompasadamente la cabeza:

—¿Vos habeis estado en L*** mucho tiempo?—le preguntó.

—¿Por qué me lo preguntais?

—Porque así, no seria estraño que fueseis sabedor de su belleza y de sus bondades: allí la conocen: la Eva del arrabal no tiene limitada su fama solamente aquí, ha traspasado la carretera, y si ella fuese una mujer que se la pudiese ver á todas horas en la calle ó en su casa, vendria gente de la ciudad solamente para verla. ¿Qué estraño seria en este caso que vos quisierais aprovechar la suerte de socorrerla? Sospecho, sin embargo, que seria inútil vuestro empeño.

—¿Ni por mediacion vuestra y de vuestra esposa?

Tomás meneó la cabeza, y no contestó.

—Vamos á ver,—continuó Emilio,—esplicadme como os ha venido la fortuna de albergarla en vuestra casa.

CAPITULO XX.

Esplicacion de Tomás.

Tomás despues de un momento de meditacion, dijo:

—Si, caballero, os lo esplicaré en muy pocas palabras. Mi esposa es lavandera de algunas familias de la ciudad. Como la hacienda del señor marques, sin que esto sea desmerecerla, no nos produce gran cosa; es menester ingeniarse. Mi mujer ayuda á pasar la casa en gran manera; con su ausilio todo nos viene justo. Pero vamos al caso. Teresa, desde el año 1824, hasta el 1829 es decir desde el casamiento de la madre de Eva con el doctor Tournail, que así se llamaba, lavó constantemente la ropa de su casa. Durante este tiempo yo tuve la desgracia de tener algunas enfermedades, entre ellas una muy grave y muy costosa. De todas ellas el doctor me sacó en bien, librándome de una segura muerte y verificando conmigo lo que con todos los enfermos pobres, esto es, suministrándome además de su ciencia su dinero. Esto en una familia de sentimientos como los mios, (porque habeis de saber que mi mujer los tiene idénticos,) no habia de caer en saco roto. Cuando murió el doctor, su padre, que sea dicho de paso, murió segun opinion de todos víctima de su escesivo celo por los enfermos que se hallaban á su cuidado, Teresa dejó de lavar la ropa de la casa, porque Ana María que era la viuda, por razon de economía, se encargó de tan penosa tarea, apesar de que mi mujer se la hubiera lavado de balde. En cumplimiento de un deber de gratitud y de fraternidad, ¡sobre todo de fraternidad! íbamos á visitar de cuando en cuando á las po-

bres madre é hija, del todo desvalidas. No tomeis á vanidad si os digo que no íbamos nunca sin llevarlas una muestra ú otra de la sinceridad de nuestro afecto. Pero andando el tiempo se ocurrió á la buena de la madre de Eva trasladarse nada menos que á Madrid, no sé con que propósito, que esplicó á mi mujer y que yo jamás me he acordado, porque ya conocia que no era otra cosa que la fuerza de la desgracia que las arrastraba al precipicio. Mi mujer y yo tuvimos un verdadero sentimiento, pues, no se nos ocultaba el estado precario en que se encontraban, y nos ofrecimos de todo corazon, con las lágrimas en los ojos, para todo aquello que en medio de nuestra pobreza pudiésemos serla útiles. Ana María despues de algun tiempo de vacilar se decidió á pedirnos una gracia.—Guardadnos algunos muebles,—nos dijo,—no sabremos lo que será de nosotras en Madrid. Por el pronto no podemos llevárnoslos y seria lástima venderlos.—Tenia razon la buena mujer, y tanto Teresa como yo, accedimos gustosos á su peticion, y algunos de sus muebles fueron trasladados á nuestra casa. No supimos mas de ellas, sino por referencia de otras personas, cuando héte aquí que dos años y medio despues, un dia muy de mañana, Eva se presentó á las puertas de mi casa como llovida del cielo. Iba rigurosamente vestida de luto. Teresa al verla repentinamente aparecer, la reconoció en el acto, dió un grito y corrió á sus brazos. Las lágrimas de la una se mezclaron con las lágrimas de la otra: yo tambien lloraba. Todo se lo habian dicho en aquel triste abrazo, su madre habia muerto. Despues de algun tiempo, y cuando ya la cosa iba sosegándose, yo, que se que sin vivir no se puede trabajar y que es preciso trabajar para vivir, me acerqué á ella y la dije:

—Y bien; ¿que pensais hacer ahora?

—Parece que adivinó mi pensamiento y me contestó:—Trabajar. Yo repuse meneando la cabeza, porque sé además de lo dicho lo que esta palabra significa:—¡Quereis trabajar aquí, en L*** cuando en Madrid no habeis podido conseguirlo?—La pobres e esplicó; estaba resuelta á ganarse la vida aun cuando fuese en una fábrica:—Despues de la casa en que habia servido, dijo, no me seria posible acostumbrarme en ninguna otra;—palabras cuyo misterio ni mi mujer ni yo jamás hemos podido penetrar. Porque, lo que decíamos nosotros: si

te echaron de aquella casa, porque señor, la echaron; busca otra, que casas no han de faltar en Madrid donde servir, ya que allí todo el mundo ó es amo ó es criado. ¡Nada! misterios de las mujeres que uno no comprende!... Eva, pues, buscó trabajo en la ciudad y tuvo la suerte de encontrarlo de costurera. Entretanto vivia en una posada, pero allí no podia continuar viviendo. Buscó casa y ahí estuvo toda la dificultad. Ella, en compañía de su madre, habia vivido en una casa grande, cómoda, con patio, galería, terrado. Me parece que la estoy viendo, era una de las mejores casas de la ciudad. Despues, en Madrid, dice que la casa en que vivió todavía era mejor, que tenia un jardin precioso, salones casi académicos; cosa buena señor; en fin, casa de un magnate en donde no se trabajaba nada; pero buena gente, sobre todo el hijo que dice era, mejorando lo presente, un jóven de lo mas guapo de la tierra. Pues bien, en la ciudad, la infeliz se hubiera muerto. Por el precio que ella podia pagar no habia mas casa que una de esas habitaciones parecidas á una tumba: una pocilga, un cuarto estrecho, húmedo, oscuro. Eva debia resistirse á toda costa á enterrarse en vida. En esto, como es mujer de talento, se le ocurrió una idea, la idea fué comunicada á Teresa, Teresa me la comunicó á mí, y yo la acepte en principio. Desde aquel dia quedó acordado que Eva viviese en nuestra compañía. Nosotros queríamos que fuese de valde, pero ella no lo aceptó, so pena de rechazar nuestra compañía. Fijó ella misma el precio, se aseó una habitacion de los sótanos de la casa, levantáronse algunos tabiques, se construyó una cocina y, finalmente, se colocaron los mismos muebles que su madre habia dejado en depósito y nosotros conservamos con todo el esmero que nos fué posible.

Ahí teneis la historia, caballero de como Eva vinó á parar en esta casa, ó mejor dicho de que manera la desgracia nos trajo la suerte de albergar en nuestra compañía á ese angel, que vive allí como un pájaro del bosque, solitaria, trabajando noche y dia... ¡Mas, ay! ¿que digo, caballero; he dicho vive y debiera habre dicho vivia: su mala estrella la ha llevado por fin á tener que trabajar en una fábrica.

—Gran Dios!—esclamó Emilio.—Y esta mujer no tenia amigos. Esplicadme, esplicadme como ha sido esto de tener que trabajar en una fábrica.

Tomás le esplicó todo lo que ya saben nuestros lectores. Cuando hubo concluido su narracion sin callarse el mas pequeño incidente dijo:

—He aquí la bola del mundo qne levanta á unos hasta las nubes y aplasta á otros hasta reducirlos á polvo...

Emilio meditó un instante:

—Os considero un hombre de bien,—dijo presentándole la mano —¿Sois tan prudente como honrado?

—Asi lo creo, y sentiria mucho no solo engañarme, sino que alguno lo dudara.

—Me place vuestra rudeza. ¿Sois hombre para guardar un secreto?

—Os respondo de esto. Si lo juro, primero me arrancarán la lengua que vuestro secreto.

—Juradme, pues, por lo que mas amais en el mundo que no comunicareis ni á vuestra esposa lo que voy á revelaros.

—¿Es honrado vuestro secreto?

—Sí.

—Pues juro,—dijo estendiendo su mano hacia delante,—por la salud de la república-democrática-federal-universal, que no revelaré á nadie lo que en este momento vos me comuniqueis en secreto!

—Pues bien; sabed buen hombre que yo amo á Eva; yo soy el sugeto de quien Eva os ha hablado refiriéndose al hijo de la casa...

Tomás le interrumpió diciéndole:

—No hableis mas. Reconoced por vuestra parte que ya en algo lo habia presentido. Y bien, ¿que pensais hacer?

—Verla.

—Os advierto que está muy mala y vuestra presencia podria serla altamente perjudicial. Tambien os advierto otra cosa. Yo amo á Eva como si fuese su padre, mi mujer como si fuese su madre, ¿me quereis permitir que os haga una pregunta, asegurándome antes que no os ofendereis por ella?

—Hablad.

—¿Vuestros propósitos son honrados?

—¡Os lo juro por la salvacion de mi madre!

—Mandad, pues, y quiera Dios que seais la suerte de la mujer mas digna de la tierra... ¡Ah! permitidme, — añadió cambiando de tono,—¿sois vos realmente amigo del señor marques de...

—Ya hablaremos de esto.

CAPITULO XXI.

La enferma.

Una hora despues de lo que acabamos de narrar. Emilio, acompañado de Tomás, subia la escalera que conducia á la habitacion de Eva.

El corazon de Emilio latia con una violencia estraordinaria.

Al entrar en la habitacion se encontraron con Teresa y algunas otras mujeres del arrabal. No habia mas que mirarles el rostro para penetrarse de que todas se hallaban presas de una gran consternacion. Habia entre la concurrencia un médico.

Las mujeres al ver entrar á un desconocido en compañía de Tomás se apartaron del lado de la cama de la enferma, esceptó Teresa que con la vista interrogó á su esposo sobre la presencia del desconocido. Tomás se acercó á ella y le dijo al oido:

—Es un amigo del señor marques...—y añadió:—Haced que estas buenas gentes nos dejen solos.

Teresa hizo con la cabeza una señal de asentimiento y esclamó:

—¡Ay! Tomás de mi alma, Eva se nos muere!

Pocos momentos despues Emilio y Tomás se hallaban solos con el médico y la enferma.

La enferma se hallaba en cama presa de un principio de congestion cerebral que iba ganando terreno velozmente; el médico habia ordenado lo que en semejantes casos aconseja la enfermedad, que apesar de todo no habia querido ceder en el transcurso de la noche, y

se hallaba meditando, teniendo el pulso de la enferma con una mano y la otra aplicada á las sienes. Eva permanecia con los ojos cerrados, circuidos de una estrecha faja azul, la respiracion fatigadísima, el rostro encarnado y con una especie de ronquido que salia del fondo de su pecho como de una profunda caverna.

Emilio permanecia al pié de la cama, detrás de una de las cortinas del pabellon por temor sin duda de que Eva, dado caso de abrir los ojos, no reparase en él y le reconociese causándole de este modo un trastorno que en aquellos momentos sin duda hubiera sido peligroso.

Eva aun cuando hubiese abierto los ojos no le hubiera podido reconocer; su razon estaba abismada por la fuerza de la ardiente calentura que la devoraba.

El médico, meneando tristemente la cabeza murmuró:

—¡Malo, malo, malo!

—Señor, creeis que realmente esta niña está de peligro.

—Inminente. Precisa abrirle inmediatamente algunas sangrías y aplicarle algunos remedios activos. Pero, ¡ba! esto no es lo que me apura, francamente...

—¿Y pues?

—Perdonad que os lo diga. Pero como esta enfermedad es tan grave y requiere costosos medicamentos, creo que para la enferma sería mucho mejor que, aprovechando los cortos momentos que todavía nos quedan de estar á la espectativa, se la trasladase de aquí á...

—Señor, ¿que quereis decir?

—Os lo diré claramente: soy de opinion, despues de haber consultado con vuestra esposa, de que se la traslade al hospital.

—¡Hija de mis entrañas!—esclamó Tomás sobresaltado;—¡seria posible!

En este tiempo clavó una mirada interrogativa y dolorosa en el rostro de Emilio, que indicaba dejar á él el cuidado de contestar al médico en lo que decia. Emilio no hizo mas que llamar al médico hacia el punto donde él se hallaba.

El médico se acercó y Tomás tras el médico.

—Mirad,—dijo á entrambos.—es preciso que se salve á esta

mujer á toda costa; no debeis estar por nada. Si creeis conveniente en el acto una consulta, decidlo: indicad los mejores médicos de la ciudad y que se celebre sin demora. No pongais reparo en el precio ni en la dificultad: salvad á toda costa á esta mujer sin reparar en los medios: yo os respondo de todo.

El médico miró con asombro á Emilio; Tomás anonadado de esa alegría que hace brotar lágrimas y anuda la voz en la garganta, balbuceaba algunas palabras de gratitud.

—Está bien,—dijo el médico;—lo que inmediatamente procede en este caso es que se llamen á algunas personas para estar á su servicio constantemente.

—Aquí somos dos,—dijo Emilio.

—No basta: será necesario una mujer.

—La mia,—saltó Tomás.

—La vuestra no podrá estar en todo. ¿Teneis repugnancia en mandar á buscar alguna hermana del convento de la Caridad? Ellas son lo mas apropósito en semejantes casos: estan acostumbradas á esto... Ved la disposicion de esta vivienda: será necesario subir y bajar muchas veces de dia y de noche, todos andaríais harto pronto fatigados. Vosotros no preveeis ahora lo que yo...

—Pues,—contestó Emilio,—disponed lo que creais mas conveniente y se hará.

Esta es mi opinion.

—Pues es tambien la mia. ¿Y vos, Tomás?

Tomás arrugó un poco el entrecejo y esclamó en voz baja.

—¡Monjas!—Luego como en un arranque de su carácter, repuso:

—Tambien es esta mi opinion!

—Pues, sin perder tiempo... Vos,—dijo el médico señalando á Emilio,—corred inmediatamente al convento de la Caridad y pedid el ausilio de dos hermanas. Vos, Tomás, llamad á vuestra mujer y que prepare todo lo necesario para practicar enseguida una sangría. Yo mismo sangraré. Luego ireis á la farmacia con una receta, y despues hablaremos de la consulta. ¡Volando; el tiempo urge!

Al pronunciar el médico esta última palabra Emilio habia ya desaparecido. Teresa, un momento despues, estaba allí y el médico abria su estuche y preparaba la lanceta.

CAPITULO XXII.

Sor María del Desengaño.

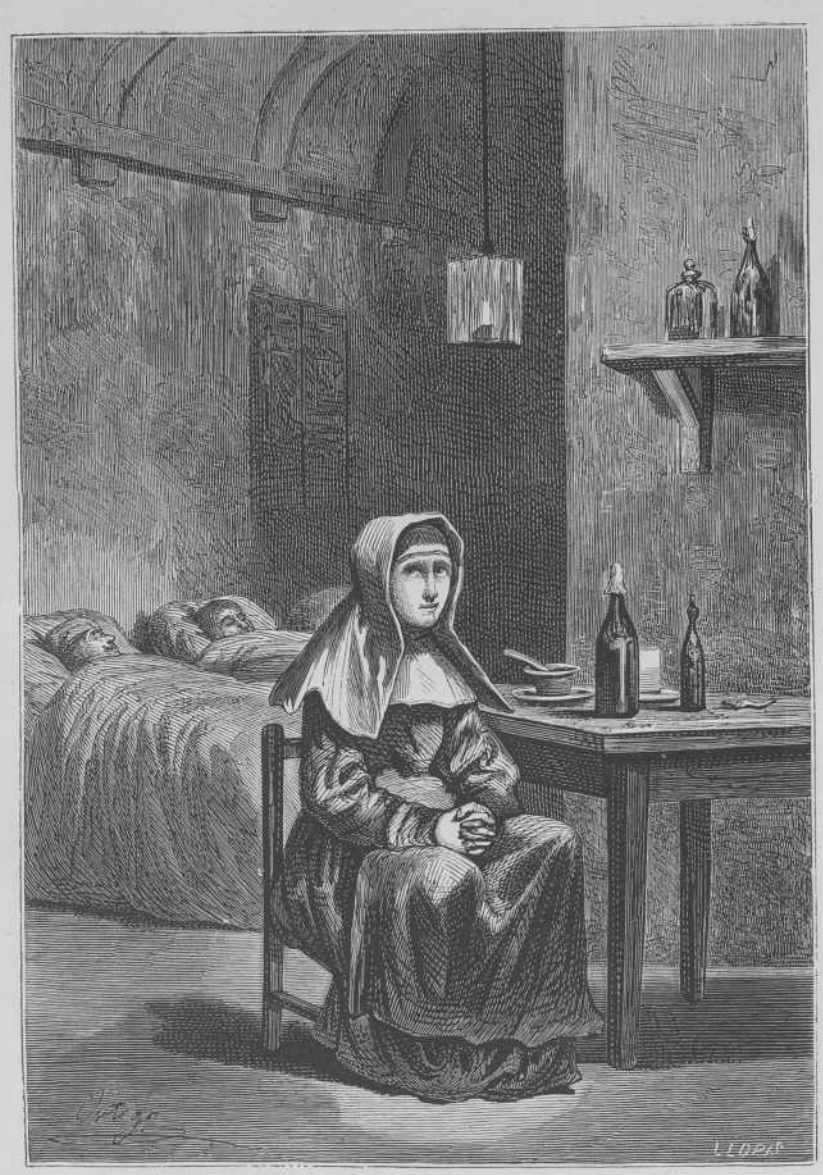
El convento de las hermanas de la caridad, de la órden de San Vicente de Paul, se hallaba, y creemos se halla todavía, situado á la izquierda del arrabal L***. Ya sabemos que este arrabal lo forma una sola calle.

Se destacaba en medio de una hilera de casas bajas y desiguales como un gigante dominando toda la poblacion. Sus paredes negruzcas, con grandes rejas de hierro, y sus tejados de pizarra daban al edificio un carácter sombrío. Nada tenia de notable arquitectónicamente considerado, solo que era grande, de sólida construccion, y poseia un buen campanario con un reloj de campana que se oia á gran distancia.

Vivian allí unas cuarenta religiosas, dedicadas á la enseñanza de las niñas del arrabal, al cuidado de las enfermas. y entregadas á la oracion.

Las maestras eran, prescindiendo de una directora de escuela, las hermanas *inutilizadas en campaña*, es decir aquellas que en actos de servicio, rendidas por la fatiga ó por la enfermedad, de órden superior y bajo dictámen siempre de los facultativos, se mandaba descansar y reponerse de sus quebrantadas fuerzas...

Es sabido que la órden de Vicente de Paul tiene por patria el mundo, por hospital donde socorrer á los enfermos, la casa del enfermo mismo, la tienda de lona del campamento, el buque que transcurre por el ancho piélago de las aguas, la cárcel donde gi-



SOR MARIA DEL DESENGAÑO.

men los penitentes... Entre otras de sus sabias disposiciones cuéntase la de hacer viajar á las regulares de una á otra ciudad, de una á otra nacion, de uno á otro continente; ya con objeto de instruirse, ya con el de desprenderse de humanas afecciones, y poder de este modo consagrarse mas por entero al laudable objeto de su institucion.

Por los años de 1827, una jóven de diez y seis años habia solicitado en Madrid, entrar al servicio del hospital general en calidad de hermana asistente de los enfermos. Fué admitida sin reparo. Un hospital para aquella, que sin duda tenia el espíritu muy dilatado y el corazon muy vigoroso, era un recinto demasiado estrecho: su alma divisaba horizontes mucho mas grandes. Pero su pobreza era tal que no podia pensar en otra cosa, apesar de tener un vago presentimiento de que existia en el mundo algo que deberia satisfacer mejor los santos anhelos de su corazon.

Andando el tiempo tuvo noticia exacta de lo que deseaba, y establecido en España el primer convento de hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, solicitó ingresar en la órden. Fué admitida en su seno con no menos benevolencia que entre las hermanas del hospital, y se consideró feliz...

A la sazon, veinte años despues de su ingreso en la órden, habia recorrido toda Europa, poseia perfectamente sus principales idiomas, y habia asistido, con el valor y la intrepidéz de una heroina, en medio del silbido de las balas y estampido de los cañonazos, á las principales batallas dadas por los mas formidables ejércitos de sus tiempos. Ostentaba, en testimonio de su abnegacion á favor de la humanidad doliente, varias cruces y condecoraciones, que habia rechazado, pero que por órden de santa obediencia tuvo que aceptar, no pudiendo separarlas nunca de su hábito.

Esta hermana era una de las cuarenta que habitaban en la época de que hablamos en el convento de la caridad del arrabal G*** de la ciudad L***.

CAPÍTULO XXIII.

Sor María del Desengaño y Emilio.

En aquel convento, como en todos los de la misma órden, no habia mas que solicitar ver á la superiora por asuntos del servicio para que la superiora se presentase al momento.

Emilio que habia ido allí en busca del socorro para lo cual dichas hermanas se hallan constituidas, fué recibido por una que ejercia las funciones de portera. Esplicó el motivo de su ida y fué introducido al locatorio, interin se pasaba el correspondiente recado.

Poco tardó en presentarse la superiora.

Era esta mujer de unos treinta y seis años, esbelta y á quién el traje negro talar que vestia daba á su cuerpo un aspecto alto y magestuoso. Su fisonommía era de estas fisonomías risueñas que pueden al propio tiempo llamarse graves. Tenia el cutis fino como el raso, blanco como la nieve, pero en la parte inferior de los pómulos ostentaba una rosa de color suave, un poco mas desmayado que el que brillaba en sus lábios finos y delgados. Los ojos de aquella mujer, grandes y espresivos parecian reflejar, y reflejaban evidentemente, el alma elevada y grande de la hermana de que anteriormente hemos hablado. Era la misma, elevada al grado de superiora, desde algun tiempo á aquella parte.

Nunca nuestros lectores podrán imaginarse una toca que mas haga resaltar la belleza de una mujer. Debajo de la onda que formaba su blanca gorra veíanse algunos cabellos rubios como los rayos del sol y sobre la pupila de sus brillantes ojos caía lánguidamente una espe-

sa y larga pestaña que parecia dispuesta para modificar los reflejos que brotaban de sus grandes órbitas.

Cuando se presentó á la vista de Emilio, este se sintió acosado de un respeto tan grande que no pudo menos de inclinar ante ella todo su cuerpo en señal de veneracion.

—¡Señora!—dijo en español sin acordarse de que estaba en Francia, tan embebido se hallaba, y abstraido su ánimo en aquel momento.

—¡Caballero!—contestó tambien en el mismo idioma la hermana de la caridad.

—¡Ah! perdonad,—esclamó Emilio en francés,—os hablaré en vuestro idioma.

—Pues si os es indiferente,—dijo,—proseguid hablándome en español, que es mi lengua natal.

—¡Oh! ¿sois española?

—Para servir á Dios y obedecer vuestros mandatos.

—¡Sois, pues, paisana mia!

—En Madrid he nacido.

—Yo tambien, y esto me augura un presagio feliz en mi cometido.

—¿Qué quereis mandar?

—Es una gracia lo que vengo á pedir aquí.

—Decidla...

—Hay una enferma que necesita de los cuidados de la caridad.

—A este objeto Dios permite nuestra institucion. Pero caballero, venís en hora no muy buena. Todas las hermanas están ocupadas...

—¡Santo Dios!

—¿Es urgente?—preguntó.

—¡Es una pobre jóven que se muere!

—¡Aguardad!—Y sin añadir palabra desapareció.

Emilio se quedó solo en el locutorio. Mil pensamientos encontrados cruzaban por su mente. El locutorio era un local espacioso, algo oscuro, sin mas que dos sillas de brazos en el fondo de la estancia y un descomunal crucifijo en la pared, levantado á grande altura. Emilio levantó los ojos al crucifijo.

Poco despues oyó el ruido de una puerta que se abria. Miró y vió á la hermana con quien al través de las rejas acababa de hablar.

La hermana no iba sola.

La acompañaba otra de la misma órden que era el vivo contraste suyo.

Era una niña de unos diez y séis años, pálida como la muerte, con los ojos clavados en el suelo, la frente estrecha y deprimida, los pómulos salientes, las mejillas hundidas, los lábios de color rosado claro, pequeña de estatura, las manos descarnadas... inspiraba horror el verla y no podia, sin sentirse el corazon movido á honda pena, fijarse en su rostro una mirada.

—¿Dónde tenemos que ir, caballero?—preguntó la hermana superiora.

—¡Ah!—esclamó Emilio al oir aquellas palabras,—¿Podeis prestarme este beneficio?

—Puedo cumplir con este deber. He calculado repentinamente que podia valerme de la hermana Estefanía, que hoy parece se encuentra bastante aliviada de su enfermedad y en disposicion de poder salir á la calle. He ido á preguntarle si estaba apta para esto, y parece que sí. No podemos salir del convento sino de dos en dos. La sub-superiora no se halla en disposicion de salir hace muchos años: es una pobre tullida. Esto me proporciona la ocasion de serviros. ¿Dónde debemos ir?

—A lo último de la calle.

—¿Qué casa?

—La del *Jardin del pozo*.

—¿Quién está enfermo en la casa del buen Tomás.

—Una muchacha que se llama Eva.

—¡Eva!—esclamó la superiora.—¿Eva está enferma?

—Se muere, señora...

—¡Gran Dios! ¿pues qué ha sucedido?

—¿No lo sabeis?

—¡No!...

—Ayer la atropelló un coche.

—¡Cielos Santos! ¿y decís que se muere?...

—Solo grandes cuidados podrán salvarla, señora.

—¡Corramos, corramos á ella!... He oido decir que es una muchacha buena, muy buena, y muy trabajadora.

—Señora, os han dicho poco... Eva es un ángel.

Sin decir mas palabra la superiora del convento de la caridad y sor Estefanía emprendieron su camino por el largo corredor que seguia al locutorio, precedidas de Emilio.

Por el camino preguntó la superiora:

—¿Sois vos pariente suyo?

—No señora; soy...

—¿Su amo?—preguntó sor Estefanía.

—Tampoco.

—¿Un simple conocido de ella?

—No, señoras: soy el causante de la desgracia de esa infeliz jóven.

—¡Ah! se comprende vuestro interés por ella... ¡Corramos!

CAPÍTULO XXIV.

El delirio.

Emilio llegó á la casa del *Jardin del Pozo* con las dos hermanas de la caridad.

Al entrar en la habitacion de Eva el médico se hallaba todavía á la cabecera de la cama.

Eva deliraba.

—Era él,—decia,—era él... le han visto mis ojos y mi espíritu lo ha sentido. Y se ha marchado sin conocerme... yo tampoco le conocí á él. Pero no es estraño. Yo estaba herida y trastornada mi cabeza y no pude reconocerle. Ahora es cuando le veo bien y le conozco. Pero ya es tarde. El no pudo reconocerme á mí porque la noche era oscura; porque ¡ay!... ¡qué estragos han producido en mí quince dias de horribles penalidades! Señor, porqué me le habeis hecho ver si habia de perderlo de vista en el mismo momento. Al menos hubiese tenido tiempo de decirle: señor Emilio...

En aquel momento Eva trató de incorporarse: suspendió la palabra repentinamente y dijo volviendo la cabeza de una parte á otra:

—No, no hubiera podido decirle nada: pero su rostro hubiera vuelto á mi corazon la alegría y la calma á mi espíritu. Él que es tan bueno, me hubiera animado á proseguir en mi camino de espinas con valor y resignacion. Desde entonces la fábrica no hubiera

sido mi tormento sino mi purificacion. Necesitamos un ángel que nos guie en la senda del dolor y él hubiera sido mi ángel. Con decirme esta palabra, esta sola: ¡ánimo! me hubiera infundido todo el valor necesario. ¿Por qué no habia de decírmelo?

Emilio, que oia este triste soliloquio desde un rincon apartado del gabinete se acercó á la cama y tomando la mano de la enferma, le dijo acercando los labios á sus oidos.

—¡Animo, Eva, ánimo!... no tengais cuidado de nada. Emilio está aquí.

Eva fijó una mirada de espanto en el rostro de Emilio, estuvo un buen rato contemplándole con una inmovilidad aterradora y despues sonriendo con esa triste ironía de los delirantes, esclamó:

—Sí, sí; esto es lo que Emilio hubiera dicho: ¡ánimo; no tengais cuidado; Emilio está aquí!... ¿No es verdad que esto es lo que hubiera dicho, caballero?



Emilio dijo:

—Reconocedme, y tranquilizaos, pues.

—Si,—esclamó Eva,—esto es lo que tambien hubiera dicho. ¡Dios mio! ¡y se ha marchado sin conocerme; porque ¿no es verdad caballero que era él?

—Sí, lo era, Eva; pero reconoced, en el que ahora os habla, á vuestro mismo Emilio.

—¿Qué?... ¡Otro D'Erville! ¡otro Bodin!...

Para Emilio estas palabras no tenian significado alguno, pero para los que estuviesen enterados de los acontecimientos de aquellos dias lo tenian y espantoso.

Emilio llevó su mano á los ojos fuertemente conmovido por el estado en que veia á Eva, é iba á hablar en ocasion en que el médico tomándole de la mano, dijo:

—Caballero, perdonad; pero será preciso, si de veras os interesais por la salud de esta pobre niña, que os retireis.

—¿Me lo mandais?—preguntó Emilio.

—Lo manda la ciencia.

—Está bien,—contestó al mismo tiempo de retirarse y mientras oia estas palabras del doctor.

—Sin permanecer al lado de la enferma podeis ser útil á su cu-

racion. Mas tarde ya será otra cosa; necesitaremos de vuestra presencia como de la mejor medicina: retiraos.

Emilio se refugió al gabinete cuyas ventanas comunicaban á la galería que rodeaba aquella parte del edificio.

Sor María del Desengaño apenas hubo saludado, al entrar, á la concurrencia con un saludo general, se arrodilló al pié de la cama y con la frente inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho oró algunos minutos. Su rostro parecia resplandecer en medio de una aureola de gloria. Era la imágen de la caridad en su verdadero sitio.

Cuando concluyó sus oraciones se levantó, buscó con la vista el sitio en que correspondian los piés de Eva y los besó. Acto continuo se dirigió á la cabecera de la cama.

—¡Señorita!—dijo á Eva con una voz de ángel.

Eva no contestó, pero mirándola con asombro sonrió despues ligeramente.

—¿Me conoceis?

—Sí.

—Soy sor María del Desengaño. Vengo á haceros compañía, ¿me permitireis que permanezca á vuestro lado mientras pueda prestaros algun servicio?

—¿Vos?—preguntó Eva con asombro.—¿Vos servirme á mí?

—Sí. Dios nos manda servir á los enfermos. Vos lo estais...

—Ah, es verdad... ¿conoceis la causa.?

—Nos lo han dicho.

Eva mirando de un punto á otro de la alcoba como si temiese que algun otro pudiese oirla, esclamó poniéndose el índice en la boca:

—Era él!... Era...

Iba á continuar en ocasion en que se presentó el médico. Eva al verle cerró los ojos y ocultó su cabeza entre las sábanas.

Entonces el médico, con voz sumamente baja, dijo á la hermana de la caridad.

—Señora, permitidme una lijera advertencia: la enferma necesita de gran reposo, silencio y oscuridad. Sé de la manera como ejerceis vuestro ministerio en la cabecera de la cama de los enfermos.

Por práctica y por intuicion natural, sé que conoceis el tratamiento que corresponde á los enfermos, en cada caso especial; pero, á fin de que por mi parte no quede el menor escrúpulo, me permito advertiros que este pobre niña corre gran riesgo de su vida si no se logra calmar la ardiente fiebre que se ha posesionado de su cabeza.

Sor Desengaño, con humildad suma, dijo:

—Perded todo cuidado.

Y por lo bajo añadió:

—¡Silencio, reposo y oscuridad!... No lo olvidaremos, señor doctor.

El médico salió de la alcoba.

La compañera de sor Desengaño se habia posesionado, permítasenos la frase, de la cocina. Allí estaban tambien los colonos, marido y mujer; todos trabajaban bajo la direccion del médico que se habia constituido en cirujano y farmacéutico á la vez.

A cosa de media hora que se hallaban allí las hermanas de la Caridad, el médico creyó conveniente volverla á sangrar, porque Eva presentaba todos los progresos de una rápida congestion cerebral. Se lo participaron á Emilio, á quien todos desde un principio reconocieron como el jefe de la familia.

Emilio no contestó mas que estas palabras:

—Señor doctor, ¡salvadla!

—Venid,—le contestó este.

Un momento despues se hallaban alrededor de la cama de la enferma el médico, Emilio y las dos hermanas de la Caridad.

Sor Estefanía sostenia una palangana para recoger la sangre, Emilio aguantaba una palmatoria y sor María del Desengaño tenia la mano puesta delante de los ojos de Eva, para que no advirtiese los preparativos de la sangría que iban á practicarle.

La cabeza de la enferma ardia, sus lábios despedian fuego; su respiracion era fatigosa é intermitente.

Cuando el doctor tuvo dispuesta la ligadura del brazo abrió la vena y... una sangre negra, espesa y coagulada principió á manar gota á gota.

El doctor hizo un gesto desagradable.

La enferma solo exhaló un ¡ay! pero su cuerpo apenas hizo el menor movimiento.

—¿Qué decís doctor?—preguntó Emilio.

—Qué será necesaria mas de una sangría.

—Pero ¿la curareis?

—Jóven, no puedo responderos de nada.

Sucedió que Eva á medida que iba perdiendo la sangre de sus venas iba aumentando, si así puede decirse, la vida y la elasticidad de sus miembros. Sus ojos se abrieron y sus lábios se desplegaron. En vez de abatirse por la pérdida de la sangre parecia que iba cobrando alientos, pero su razon no daba señal alguna de restablecerse.

—¡Dios mio!—decia,—¿por qué mi madre me abandona?... ¿No vé desde el cielo que ando errante por un camino oscuro y solitario, aterida de frio, muerta de miedo, ensangrentado todo mi cuerpo, hambrienta... ¡Madre mia! ¿por qué no me llamas á tu lado? Esto es insoportable.

Calló y despues de algunos instantes con voz apagada, repuso:

—¡Emilio!

Emilio contestó:

—¡Eva,... estoy aquí!

El médico hizo un gesto que comprendieron todos y dijo:

—¡Ni una palabra!... silencio todos.

—¿Qué es esto?—preguntó entonces Eva,—¿qué quereis aquí? ¿qué haceis en mi casa?

—Nadie contestó.

—¿Quién sois vos, señora?—continuó dirigiéndose á sor María del Desengaño.

—Una hermana vuestra,—contestó,—que acude á vuestras necesidades...

—¿A mis necesidades?... ¡Ah, señora; creed que son grandes!

Y dejó caer su cabeza sobre la almohada, como una roca que cae al fondo de los mares. Pareció que se desmayaba.

Habian manado de su brazo como unas dos libras de sangre.

—Basta,—dijo el doctor.

Y como todo estaba preparado de antemano por sor Estefanía, el médico no hizo mas que alargar la mano para tomar el pequeño apósito que debia aplicarse á la abertura de la vena. Colocó el vendaje y dijo:

—Ahora, abandonémosla todos menos vos, hermana.

La designada por el médico era sor María del Desengaño.

CAPITULO XXV.

Esplicacion de sor María del Desengaño.

Eva desde el momento que hubo sufrido la sangría, entró en un nuevo período de su enfermedad. La sangre aglomerada en la cabeza, produjo en ella un delirio que podia confundirse con una enajenacion mental, pero la pérdida de la misma, postrándola en una debilidad profunda, dió á su delirio un sesgo diferente. Antes hablaba ordenadamente sobre una idea que la preocupaba mucho; no conocia á nadie: era la fiebre que en su ebullicion llevaba á su cérebro las emanaciones de una alma enamorada; mas ahora era el olvido completo de cuanto la rodeaba , y al desplegarse su lengua revelaba el trastorno completo de su entendimiento. Era una máquina que hablaba, pero al azar, palabras y conceptos sin sentido ni coherencia alguna.

Se acordaba de Luisa y decia:

—Gracias á Dios, amiga Luisa, que se han acabado ya todas tus penas. Ese caballero, tan galante y hermoso como un ángel, me ha dado veinte y cinco francos para tí. Me ha dicho que todos los dias te encontraria en el camino, y todos los dias repetiria su dádiva. Quiere ser tu esposo. ¡Qué fortuna! Este es el premio que Dios tiene reservado á las mujeres honradas.

Se acordaba de su madre y decia:

—Ved aquí, madre mia, á lo que ha venido á parar todo esto. El obispo iba en su coche y me oyó llorar: bajó del coche y me dijo: tu tio no te abandonará nunca; toma y sé feliz. Mi tio creia que el

dinero podia hacerme feliz. Yo le he preguntado por Emilio, y me ha dicho sonriendo: Emilio te quiere, pero nada mas; si necesitares de sus socorros no te faltarian; pero su amor... Yo le he preguntado si era de otra mujer y me ha contestado que sí... ¡Claro está! ¡yo qué tengo que ver con esto!

De modo, dirémos aquí nosotros, que sus ideas estaban completamente trastornadas; carecia de la conciencia del tiempo, del lugar y de las cosas. Todo estaba, en la mente de aquella infeliz criatura, confundido y revuelto en espantosa confusion. Este era un delirio de síntomas fatalísimos.

El médico de cuando en cuando penetraba en la alcoba: la examinaba atentamente el pulso y murmuraba:

—¡Cosa mas rara!

Sor María del Desengaño le interrogaba con la vista.

Entonces el médico decia por lo bajo:

—Esto va mal, muy mal, hermana María del Desengaño!

Esta levantaba los ojos al cielo y con las manos cruzadas sobre el pecho esclamaba:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

—¡Encomendadla á Él señora!

Se volvia el médico y la hermana quedaba á su lado orando por su salud.

A pesar de las prescripciones del médico, Emilio de cuando en cuando, con sumo cuidado por no producir el menor ruido, se presentaba al pié de la cama y observaba con los ojos arrasados en lágrimas la penosa situacion de Eva.

En ocasion en que el médico se hubo retirado para descansar algun tiempo, Emilio avanzó desde el pié de la cama á la cabecera.

Eva tenia los ojos abiertos y parecia que se hallaba conversando tranquilamente con sor María del Desengaño. Pero no era así. La enferma hablaba en voz baja consigo misma, pero sin decirse nada sino murmurar palabra tras palabra sin sentido alguno.

—¿Qué os parece?—le preguntó la hermana de la Caridad.

—Solo puedo deciros,—le contestó Emilio,—que yo que la conozco, y sé lo sentida que es y delicada, no comprendo como ha podido resistir los enormes sufrimientos porque ha atravesado desde algun tiempo esa alma infortunada.

—Parece, sin embargo, que la fiebre va perdiendo su intensidad; si sigue así y logramos que no se recargue mas...

—¡Teneis confianza!

—Sí, caballero, he visto mucho de estas cosas.

—¡Ah! Si hablaseis inspirada por Dios, yo os juro que para esta mujer se habrian acabado toda clase de sufrimientos.

—Quiéralo el cielo, y ojalá no os equivoqueis en el caso de triunfar de la enfermedad. El mal parece que viene de léjos. ¿La conoceis vos de ahora?

—¡Oh, no!... Hace mucho tiempo.

—¿Sabeis algo de ella?

—De algun tiempo á esta parte no.

—Precisamente de este tiempo es que yo sé algo de esta infortunada niña.

—¿Qué sabeis?

—Lo que por ahí se ha contado.

—Referídmelo, si podeis.

—¡Oh, quizás seria una indiscrecion muy grande!

—Me intereso por su suerte, y sea lo que sea me conviene saberlo.

—Aquí en este arrabal se atribuye su tristeza, su método de vida, su aislamiento y exquisita reserva para con todo el mundo, á...

—¿A qué?

—Repito, caballero, que no sé si hago mal en hablar así con una persona; que ignoro...

—Hablad, hablad; os lo suplico.

—Oid.

—¿A qué se atribuye?

—A ciertos amores desgraciados. Dicen que posee algun objeto de profunda veneracion.

—¿Un objeto?

—Sí.

—Pero, ¿no sabeis...?

—Sí; sé lo que es: un retrato.

—Pero ignorais de quien.

—Dicen que de un hombre jóven.

—Lo habeis visto vos.

—No, caballero. Y aun esto que os digo ahora, no es que lo sepa positivamente, lo he oido decir como un rumor vago y oscuro. Quizás nada haya de verdad en lo que os digo. Ya sabeis como llegan á los conventos esos rumores sordos y á veces sin fundamento alguno. Pero, como para estos casos se procuran siempre datos para ausiliar al médico en su curacion, tal vez este le sirva de algo. Cuando los sufrimientos físicos tienen por orígen sufrimientos morales, conviene á veces combatir el mal con diverso tratamiento.

—Teneis razon.

—Tal vez no debais hacer caso de lo que ahora os digo.

—¿Por qué no?... Todo puede conducir al fin único que ahora nos proponemos.

—Seria lástima que muriese... ¡Es tan jóven y tan hermosa!

Emilio se iba á retirar. Pero un profundo suspiro que brotó del pecho de Eva le detuvo al pié de la cama.

—No os vayais,—le dijo,—caballero. Quedaos aquí, os lo suplico por amor de Dios.

—¡Eva!—esclamó Emilio.

—¡Emilio!—gritó Eva.

—¿Me conoceis?

—Sí: sois esa persona caritativa que me ha salvado.

—Y esa persona ¿quien es sino Emilio, Emilio que iba en busca vuestra para deciros una palabra, una sola?

—¡Cuál!

—Vengo á redimiros de vuestra penosa situacion. Nada mas.

—¿Y con qué título?

—Con el que vos os dignaseis aceptar.

—¡Con el de hermano!

—Sí, con el de hermano. con el de padre, con el de esposo...

—Basta, callad: yo no puedo ser esposa del hijo del señor Martin. Su padre me declararia cruda guerra, y ya sabeis que el señor Anton Martin es cruel en estos casos.

—Pero miradme á mí; ¿no quereis reconocer en mí á vuestro amigo, á Emilio?

—Pobre Emilio; está en Madrid.

Iba Emilio á continuar el diálogo cuando una mano le tocó en el hombro y le dijo:

—Basta, ¿quereis que esta enferma no muera?

—Oh sí; lo quiero.

—Pues...

—¡Ya os entiendo!

—Retiraos de aquí y no volvais á entrar hasta que os llamen

Emilio se retiró.

Entonces por casualidad el médico, que tal era el personaje que aparecia sigilosamente, clavó una mirada sobre el rostro de sor María del Desengaño y observó que enjugaba furtivamente dos gruesas lágrimas que cruzaban por sus mejillas.

CAPITULO XXVI.

El retrato y la sorpresa.

Emilio voló á la otra habitacion.

Como guiado por una invisible pero segura mano se dirigió á la mesita donde habia algunos libros y fijó la vista en uno de ellos. Lo hojeó instantáneamente y en el acto se desprendió un retrato.

Era el suyo.

—¡Oh¡... ¡con que es verdad!...—esclamó al verlo,—Eva me amaba. Y yo... ingrato; no adivinaba que esta pobre mujer sufría.

Emilio contempló durante algun tiempo aquel objeto que habia sido tan cuidadosamente guardado y observó en el pié, escritas con lapiz, estas palabras: «de Eva Tournail.»

—Sí, sí,—esclamó—tuyo, eternamente tuyo!

La noche era ya muy avanzada.

Sor Maria del Desengaño habia sido reemplazada á la cabecera de la cama por sor Estefanía.

Diremos sobre la primera de estas dos hermanas de la Caridad una palabra.

Ya han observado nuestros lectores la viva sorpresa que esperimentó al oir de los labios de Eva el nombre de Anton Martin. Este nombre le recordaba toda una historia del alma, una página terrible de su combatido corazon. Desde su juventud no habia oido pronunciar jamás semejante nombre, y si alguna vez se habia presentado á su memoria, como la presencia de un mal pensamiento, habia procurado borrarlo de ella, si bien nunca lo habia conseguido sino á costa de lágrimas y terribles sufrimientos.

Esta vez al oirlo pronunciar, habia procurado tambien olvidarlo en el acto, pero no pudo conseguirlo. Se le figuraba en presencia de Emilio hallarse ante el mismo Anton Martin, con la sola diferencia que ella no debia ser reconocida por aquel. A los ojos de sor María del Desengaño, Anton Martin no era un malvado, por grande que fuese el daño que en su concepto hubiera recibido de él

No pudiendo pues resistir á la tentacion de hablar á Emilio, cuyo padre llevaba un nombre que no podia pronunciar sin estremecerse, se dirigió á la estancia donde este se hallaba procurando no llamar la atencion de Emilio, y como quien procede á impulsos de una simple curiosidad, se presentó á él y le dijo:

—Caballero, perdonad... y dispensadme una pregunta.

Emilio contestó:

—Señora ¿que quereis?

—¿Os llamais de apellido Martin?

—Exactamente.

—¿Que edad tiene vuestro padre?

—Cuarenta y ocho años.

—¿Es francés?

—No señora, es español.

—¿Ha residido en Madrid?

—Allí ha nacido y despues de haber viajado por las Américas allí reside desde muchos años.

—¿Desde que año?

Emilio miró á sor María del Desengaño con sorpresa.

—No os estrañe mi pregunta, respondedme sin temor.

—Desde el año veinte y siete.

—Sabeis en que calle vivia en aquella época.

—Ah señora, hé aquí una cosa que ignoro. Ni siquiera tengo conocimiento de si ha cambiado de casa alguna vez.

—¿Donde vive ahora?

—En la calle del Almirante.

—¿Vos habeis vivido siempre allí?

—Desde que me reuní á él á la edad de catorce años.

Blanca reflexionó algunos momentos. Todo convenia exactamente á lo que sospechaba. Luego con la mayor sencillez preguntó:

—¿Cuántos años teneis?

—Veinte y dos.

—¿Sabeis el dia de vuestro nacimiento?

—Trece de enero de mil ochocientos veinte y seis.

El rostro de Blanca se inmutó visiblemente, y sospechando por primera vez que Anton Martin hubiese sido para con ella un impostor, añadió:

—¿Sabeis desde cuando era casado vuestro padre en la época de vuestro nacimiento?

Martin vaciló un instante: pero luego con franca resolucion dijo:

—Señora... os considero digna de mi respeto y no sabria engañaros. Despues de oir lo que voy á deciros no os acordeis mas de mis palabras: no soy hijo de matrimonio.

—¡Gran Dios! ¡vuestro padre!...

—¡No le acrimineis por esto!

—¿Y vuestra madre?

—¡Oh! mi madre.

—Habladme de vuestra madre: ¿vive?

—Sospecho que sí.

—¿Cómo es esto? ¿lo sospechais no mas?

—No sé quien es.

—¿No os lo ha dicho nunca vuestro padre?

—Nunca.

—¡Cosa rara! ¿Pero posteriormente no ha pensado en casarse, al menos para borrar...

—No señora, mi padre es muy original en sus cosas.

Sor María del Desengaño se cubrió el rostro con ambas manos y esclamó:

—¿Dios mio; Dios mio!...

Acababa de descubrir parte del misterio que respecto á Anton Martin la rodeaba. Ya no era para ella el hombre virtuoso y honrado que lo sacrificaba todo á la caridad, sino un despreciable hipócrita indigno de haber conservado á su memoria el respeto que hasta aquellos momentos le habia consagrado. Todo el bien que para su madre y para ella misma habia practicado, quedaba teñido de opro-

bio. En medio de todo se destacaba una perversa intencion contra su honra y dignidad. Con la severidad de un alma pura y fuerte al mismo tiempo, se propuso desde aquel instante no acordarse mas de semejante hombre, borrar hasta la mas pequeña huella de sus recuerdos. Estaba segura de lograrlo, porque siempre habia hecho de símisma todo cuanto su entendimiento, fortalecido en la desgracia y aleccionado en la moral mas pura, se habia propuesto. Pero ¿podria conseguirlo mientras tuviese en su presencia á Emilio? ¿No habia de llevarle este constantemente á la memoria el recuerdo de aquel hombre? Era preciso abandonar aquella casa para conseguirlo por completo. Estuvo un momento resuelta á verificarlo; pero entonces recordó que sor Estefanía no podia quedarse sola allí segun previene la órden religiosa á que pertenecian, y de otro modo no pódia enviar hermana alguna del convento, como ya hemos dicho. Por huir del recuerdo de Anton Martin, debia abandonar á una enferma en momentos críticos Ante semejante alternativa determinó permanecer en la casa. ¿Qué culpa tenia Eva de semejante cosa? Por otra parte, Emilio podia ser un hombre de bien, de cuya presencia no habia ninguna necesidad de privarse. Y esto último, á todas luces se le presentaba evidente. Desde que le vió por primera vez, en el convento; desde que mediaron con él sus primeras palabras, le pareció un jóven honrado y virtuoso, y sintió en el fondo del corazon una simpatía hácia él indubitable.

Resuelta á quedarse, trató de restablecerse al lado de la enferma.

Esta, desde que se le hubo practicado la última sangría, fué sosegándose paulatinamente de modo que al amanecer mas bien parecia en un estado de estupor que de delirio.

Era este un buen indicio para el curso de la enfermedad. La congestion iba menguando.

Reinaba en toda la casa un silencio imponente. Los remedios ordenados por el facultativo se le suministraban con toda regularidad, sin la discrepancia de un minuto, sin escasear nada: dos hombres constantemente se hallaban consagrados á su servicio, que eran el colono de la casa y el criado de Emilio que se llamaba Alberto. El coche de Emilio servia para trasladarlos de allí á la ciudad con toda premura en cuantas ocasiones era necesario.

CAPITULO XXVII.

La presentacion.

A favor del mas exquisito tratamiento, Eva, á los tres dias siguientes estaba fuera de todo peligro.

Emilio desde que el delirio de Eva habia sido dominado no volvió á presentarse á su vista, sino en los cortos interregnos del sueño y cuando sor María del Desengaño le llamaba cuidadosamente.

Entonces la contemplaba un instante, tomaba su pulso, cuyos latidos examinaba con atencion, y luego desaparecia.

Durante estos tres dias Emilio habia recibido algunas cartas. Eran de Teodomira.

En la última, que habia recibido aquella misma mañana le participaba que su padre, Anton Martin, lo habia descubierto todo y habia mostrado grande indignacion.

Tambien el criado habia recibido una carta de la misma Teodomira, en cambio de tres que este le habia escrito. El criado al salir de Madrid se habia comprometido á tener á aquella mujer al corriente de todo. Y en la mencionada carta habia recibido instrucciones suyas.

Luego veremos en que consistian estas instrucciones.

El médico, á eso de las diez de la mañana habia ido á visitar á Eva por segunda vez. Al salir de la alcoba y de modo que esta no pudiese ver nada, Emilio le paró.

—Y bien, señor doctor,—le dijo,—la enferma está fuera de peligro, ¿es verdad?

—Confio en que sea como vos decís,—le contestó;—pero requiere la enfermedad todavía mucho cuidado.

—¿Creeis que una alegría pueda serle perjudicial?

—Segun y conforme.

—¿Puedo presentarme á ella?

El médico reflexionó un momento y luego dijo:

—¿Vuestra alegría es trastornadora de sí? ¿Podia ella nunca esperar veros?

—Lo deseaba.

—En este caso, entrad cuando gusteis.

El doctor sin embargo por medio de un gesto de mal humor le indicó que mejor seria se abstuviese de llevar á cabo lo que deseaba.

Sin embargo, así que este estuvo fuera, mandó por sor Estefanía un recado á sor María del Desengaño para que se presentase.

Esta se presentó en el acto. Hablaron los dos algunas palabras y volvió á su puesto; esto es, á la cabecera de la cama de la enferma. Al volver á la alcoba leíase en su rostro una especie de alegría indefinible.

Pasó algun tiempo sin decir nada á la enferma. Pero en ocasion en que esta clavó sobre la hermana de la caridad una mirada tierna y dolorosa, aprovechó la ocasion y le dijo:

—¿Cómo os encontrais?

—Bien. Pero tengo vivos dolores de cabeza porque estoy pensando siempre en una misma cosa.

—¿En qué?

—Ah, venerable hermana,—le dijo dejando caer un brazo desplomado á lo largo de la cama,—pienso en darme razon de lo que me rodea. ¿Cómo ha sido todo esto? Yo soy una pobre obrera y me contemplo rodeada de todas las comodidades apetecibles por la mas gran señora. Creeis que esto no deba darme en que pensar?

—Hija mia,—dijo sonriendo dulcemente sor María del Desengaño,—realmente debe pareceros todo esto misterioso. Pero todavía estais demasiado débil para que se os de razon de lo que deseais.

Eva abrió los ojos desmesuradamente y dijo:

—No comprendeis que esta ansiedad es todavía mil veces peor. ¡Ah! señora, hablad por compasion. Decidme lo que pasa.

—Vos teneis amigos.

—¿Yo? ¡Ay! la pobreza solo los tiene entre los pobres. Esto no puede ser resultado de...

—No desconfieis de los ricos... cometeríais un pecado.

—Teneis razon.

—Vos debeis tener alguna persona amiga suficientemente rica, para rodearos de todas las comodidades de que en este momento disfrutais.

—Solo una... Y en estos momentos ¿quién sabe dónde está?

—¿Qué haríais si se os presentase?

—¡Imposible!

—¿Quereis, sin embargo, recibirla?

—¿A la persona que yo aludo?

—¡Quien sabe si es la misma!

—¡Imposible!—repitió Eva con acento entrecortado por la emocion y la debilidad.

Pero apenas acababa de pronunciar estas palabras, el pabellon de la cama se movió á impulsos de una mano que acabó por descorrerlo por completo.

Emilio se presentó. Tenia el pañuelo en los labios y de un modo que ocultaba la mitad de su rostro.

Eva fijó en él una mirada penetrante. Sus ojos no pudieron reconocerle instantáneamente pero su corazon se lo dijo todo.

—¡Ah!—esclamó anonadada de ansiedad,—¡es él!

—Sí,—dijo sor María del Desengaño.

A cuyas palabras Emilio repuso en seguida:

—Sí, yo soy, Eva; yo que vengo á impetrar de tu alma mi perdon.

—¡Emilio!

—Sí, soy Emilio.

—¡El mismo que en momento aciago me salvó la vida!

—No; fué Dios.

—¡Y hoy venis á darme la salud!...

—Que sin embargo, depende solamente de que os sobrepongais á vos misma y os domineis. Todo lo he sabido. ¿No es verdad que el sincero amor que os profeso, puede esperar hallar en vuestra alma una inmensa compensacion?

—¡Os han dicho que os amaba!

Emilio se puso la mano sobre el corazon y dijo:

—Este me lo decia sin cesar; este que ha latido por vos en secreto durante mucho tiempo. Perdonadme Eva.

—¡Me haceis feliz!—dijo por toda contestacion.

Emilio se acercó entonces á la cabecera de la cama y le besó la frente. Eva abrió los ojos y recibió aquel casto beso como la flor que se abre á los primeros albores del dia para recibir el rocío del cielo.

Sor María del Desengaño murmuró por lo bajo casi al oido de Eva.

—¿No os lo decia yo?

—¡Ah, señora...! ¡contemplad en mí desde ahora, á la mujer mas feliz del mundo!

CAPITULO XXVIII

A una sorpresa otra mayor.

Aquella misma mañana habia llegado un viajero en la ciudad de L.*** Apenas llegado, sin mas tiempo que el necesario para descansar algunos momentos, tomó un coche de alquiler y se hizo trasladar á G.***

Una vez en el arrabal mandó conducirse al único hotel que habia.

Allí cambió su trage de camino é hizo al posadero algunas preguntas. Preguntó primeramente si algunos dias antes se habia hospedado allí un jóven cuyas señas dió. Fuese porque realmente el posadero lo ignorase por haber fijado en ello su atencion ó por cierta desconfianza que el viajero le infundiese por el tono misterioso y sombrío ceño con que hablaba, ó por cualquiera otra causa, lo cierto es que no tuvo á bien enterarle de lo que deseaba. Despues de esto le preguntó si conocia la casa del *jardin del pozo* y si sabia, como él dijo sospechar, que se hallaba en venta. A esta última pregunta respondió afirmativamente.

Acto contínuo se hizo acompañar hasta la puerta de la casa del *jardin del Pozo*.

A nadie encontró en la escalera á quien preguntar, y subió como un hombre que ya conoce el terreno que pisa. Llegó á la puerta de la buardilla y observó un silencio sepulcral.

Penetró en ella y se dirigió al cuarto de la enferma.

La enferma dormia, se hallaba entregada á ese sueño delicado que tanto se parece al sueño de un niño.

Cuando entró el desconocido, nadie reparó en él.

Eva con los brazos estendidos sobre la cama tenia una mano entregada á Emilio y la otra á sor María del Desengaño. Esta se hallaba con la cabeza inclinada sobre el pecho y aquel con los ojos cerrados.

El desconocido permaneció al pié de la cama con los brazos cruzados durante algunos minutos y en actitud contemplativa. Paseaba su vista sobre aquel cuadro de una manera singular. De poco en poco su fisonomía fué animándose á medida que su mirada investigadora iba penetrándose del singular espectáculo que presenciaba.

Sor María del Desengaño era conocida de aquel hombre con el nombre de Blanca, hacia mas de veinte y cuatro años: él se llamaba Anton Martin.

No hay necesidad de decir mas para abarcar toda la importancia de aquella escena muda.

¿Quién era la madre de Emilio? Ya lo saben nuestros lectores.

¡Una infeliz sirvienta de su casa habia atraido, por los lazos del amor, á la madre y al hijo junto á su lecho de dolores!

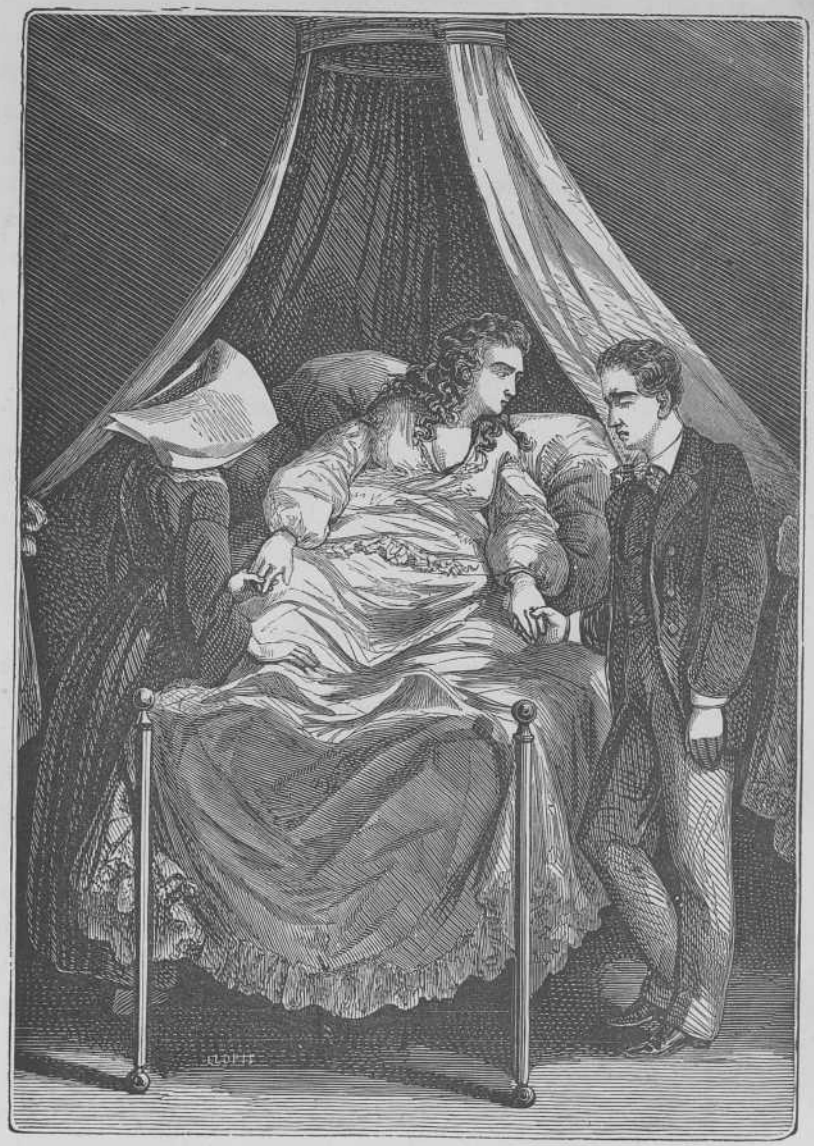
La imaginacion de Anton Martin se perdia en un abismo. Se hacia á la vez mil diferentes preguntas, para ninguna de las cuales acertaba á darse contestacion. Fluctuaba en un mar de dudas y vacilaciones. Le parecia unas veces que el secreto, el horrible secreto que mediaba entre Blanca y él, debia haber sido descubierto, y otras veces le parecia de todo punto imposible. Él no habia desplegado los labios sobre esto; estaba seguro de que ni en sueños habia pronunciado una sola palabra. Entonces nada temia. Pero se preguntaba, ¿sabe Blanca que Emilio es hijo mio? Emilio ¿sabe que yo he sido posesor del corazon de Blanca? ¡Qué caos, qué confusion, para aquella alma tenebrosa y malvada!

Aquella situacion no podia ser duradera.

Determinó, pues, producir un ligero ruido y salir de una vez de aquel estado.

Así lo hizo.

Adelantó un paso hasta tocar con su cuerpo el pié de la cama, que se movió bruscamente. Al instante la enferma abrió los ojos: sor María del Desengaño se incorporó y Emilio apartó su mano de la frente. Los tres esclamaron á un tiempo:



EVA TENIA UNA MANO ENTREGADA Á EMILIO Y LA OTRA Á SOR MARÍA DEL DESENGAÑO.

—¡Ah!...

Pero nadie añadió á esta esclamacion palabra ni acento alguno. Cada uno de por sí esperimentaba en el fondo de su pecho distinta sensacion.

Anton Martin procuró resistir con valentía la diversidad de miradas que sobre su rostro se dirigieron á la vez, y dijo pasado el primer momento.

—Señores, no he venido á interrumpiros. Estais cumpliendo una de las mejores obras de misericordia, y guárdeme el cielo de desviaros. Iba en busca de un hijo que abandonó á su padre sin darle de ello la menor noticia; que desapareció de su casa como desaparece el ladron, furtiva y sigilosamente, dejando en ella el desconsuelo y el dolor. La Providencia ha abierto á mis ojos rastro de su paradero y le he seguido, y hubiera llegado al fin, aun cuando me hubiese conducido al infierno, porque un padre, cuando se trata de buscar á su hijo, no se detiene en parte alguna... ya le he encontrado. Si es cierto que yo creia hallarlo en brazos de una amante, cubriéndose de ignominia y deshonor, me complazco, en ver que le hallo á la cabecera de un enfermo, al lado de una hermana de la Caridad y cumpliendo con un deber sagrado. Venia decidido á arrancarle del precipicio á toda costa, y por los medios que fuesen necesarios; mas ahora solo me resta decirle:—«Continuad, yo lo mando.» Ante los deberes religiosos y morales que el hombre tiene, el hijo puede pasar por encima de la autoridad de su padre, y si es Dios quien le llama, hasta sobre su mismo cadáver.

Anton Martin fingió aquí hallarse poseido de cierta emocion y despues de una ligera pausa, añadió estas palabras:

—Señores, perdonad si con vuestro permiso me rètiro.

Retrocedió un paso, creido que alguno de los presentes tomaria la palabra. Pero nadie contestó. Aguardó un momento y dijo:

—¿Me necesitais?

—¡Padre!—esclamó entonces Emilio como confundido.—Permitidme que os acompañe.

—No debes moverte,—dijo.

Y señalando á la enferma esclamó con voz solemne:

—¡Este es tu puesto!

Y desapareció.

El colono habia oido algo de la conversacion desde la parte esterior del gabinete y adelantando algunos pasos le salió al encuentro.

—¿Sois el padre de ese caballero?—preguntó.

—Sí, ¿qué quereis?—le respondió secamente.

—Ofrecerme á vuestros respetos,—le dijo el colono.

—¡Gracias!

—¿Puedo serviros de algo?

—Sí. ¿Teneis recado de escribir?

—Servíos de los útiles de la enferma, ¿quereis?

—Bien.

El colono dirigió á Anton Martin al gabinete anterior donde habia la mesita redonda y dijo:

—Ved aquí lo que necesitais.

—Está bien.

Anton Martin se sentó precipitadamente, dobló un pliego de papel y se puso á escribir. Su mano mientras escribia parecia un remolino, sus ojos despedian chispas de fuego y sus labios balbuceaban como presos de un temblor furioso. El colono se habia retirado, pero lentamente, y al pasar los límites de la habitacion habia echado una mirada furtiva que sorprendió de lleno á Anton Martin en el furor de la agitacion que le dominaba. El buen hombre no pudo menos de esclamar con voz apagada é imperceptible:

—¿Que es esto?... Este hombre es aquí de mal agüero á pesar de sus buenas palabras al pié de la cama de Eva.

Anton Martin, al oir murmurar sin entender una palabra, levantó la cabeza y dijo tambien por lo bajo:

—¡Qué es esto!

En un momento la carta estuvo concluida, doblada y cerrada. Mientras escribia el sobre llamó al colono.

—¿Sabeis leer?—le preguntó:

Sin vacilar, el colono respondió:

—No.

(Mentia abiertamente, porque no solamente sabia leer sino que era uno de los hombres mas dados á la lectura).

Escrito el sobre, Anton Martin cerró la carta con una oblea.

—¿Me haríais un favor?—le preguntó.

—Señor, estoy á vuestras órdenes, ¿qué quereis de mí?

—¿Ireis á echar esta carta al correo?

—Con mucho gusto.

—Pues, tan pronto como os sea posible... Tomad.

El colono tomó la carta y desapareció.

Por la escalera leyó el sobre que decia. A la señora D.ª Teodomira... calle de... Madrid.

Revolviendo la carta con cierta desconfianza entre sus manos observó que la oblea estaba todavia húmeda. Pasó por su mente una idea que se realizó, puede decirse, en sus manos, sin el concurso de su voluntad obligada. Cuando se halló al final de la escalera la oblea estaba despegada: De aquí á desdoblar la carta y leerla no mediaba mas que un paso. El mas difícil, el que constituia, si así puede decirse la infraccion de su deber, estaba ya hecho. Dudó un momento entre si retrocederia, volviendo á pegar la oblea, ó si consumaria hasta el fin la idea que se le habia puesto en la cabeza; pero por fin cedió á esto último y desdobló la carta.

Rápidamente leyó su contenido, que era el siguiente:

«Señora, todo es verdad.

«He sorprendido á mi hijo en la casa de esa miserable. Pero he seguido vuestros consejos; y por el pronto me he manifestado indulgente. Ella está enferma: antes de su completo restablecimiento provocaré un conflicto.

«No me estiendo mas en esta carta porque... por asuntos que no son del caso esplicar aquí me hallo sumamente afectado.

«Tampoco he tenido tiempo de hablar al criado de mi hijo y ponerme de acuerdo con él, pero creed que no perderé tiempo. Adios.

«Soy vuestro afectísimo A. S. S. etc. »

El colono leyó dos veces esta carta antes de decidirse á dar un paso fuera de la puerta, y se dijo á sí mismo:

—¡Hola, hola!... aquí se preparan acontecimientos serios. Es preciso trabajar, lo primero es lo primero.

Y salió precipitadamente metiéndose la carta en el bolsillo sin cerrarla:

CAPITULO XXIX.

Un hombre bueno contra un mal criado.

Media hora despues el colono habia regresado. Desde la habitacion baja mandó por su mujer un recado á Emilio diciéndole:

—Harás de modo que no lo advierta nadie y le dirás que baje inmediatamente.

La pobre mujer tan pronto como halló ocasion de hablar á Emilio, observando las prescripciones de su marido, le habló; Emilio estrañó semejante recado, pero se abstuvo de hacer pregunta alguna y buscó ocasion de salirse disimuladamente del cuarto en que se hallaba.

Abrió la puerta de la escalera y con la rapidez del viento se trasladó en busca del colono.

—¿Qué es esto?—le preguntó

El colono agitado, y poniéndose el índice entre los labios le hizo señal de que no hablase alto, y con voz baja le dijo:

—¿Quien es ese criado que habeis traido en vuestra compañía?

—Un sujeto que me ha proporcionado una persona amiga, —contestó.

—Desconfiad de él.

—¡Hola! y ¿porqué?—preguntó Emilio sonriendo.

—No me lo pregunteis: creedme y no dudeis de mí. Aquí se os vende. Vuestro padre ha venido á fraguar algo en contra vuestra. Vuestro criado es su cómplice.

La sonrisa de Emilio tomó una gravedad sombría que demudó repentinamente su rostro.

—¿Qué decís?

—La verdad, señor; no puedo dudar de lo que os digo.

—Pero si mi padre y mi criado no se conocen...

—Tal vez sea esto cierto, pero no tardarán mucho en conocerse.

—No comprendo lo que decís.

—No os importe. Pero por Dios, caballero, creedme; desconfiad de vuestro criado.

—¿Y no os es posible darme la razon?—preguntó Emilio clavando una mirada escudriñadora en el rostro del colono.

Este se puso una mano sobre la faltriquera y dijo:

—Sí... nó: no es posible.

Temió revelar á Emilio su mala accion por haber abierto la carta de su padre y no se decidió á poner en sus manos la prueba patente. En su lugar dijo:

—Conozco que no debo seros creido del todo; se trata de vuestro padre y esto no es de estrañar. Pero yo os prometo que si llega la ocasion, sin consideraciones á nadie os lo manifestaré todo. Ahora, no me decido aun. Vigilad, y creed que se trama contra vos alguna conspiracion; contra vos y contra Eva. Ya comprendereis si tengo interés, un grande interés en evitarlo. Preparaos para sufrir algun disgusto, porque os aseguro que lo recibireis y será vuestro padre quien os lo dará.

—Nada entiendo de lo que decís.

—Pero ¿lo tendreis presente?

—Sí.

—Esto me basta. Ahora solo me falta repetiros que podeis contar conmigo en todo y para todo.

—De modo que no quereis decirme en que fundais vuestras sospechas?

—Es de todo punto iuútil. Quisiera y no me atrevo, no puedo... respetad mis motivos...

—No hablemos mas.

—Vigilemos, vigilemos y tal vez podamos de este modo conjurar la tempestad que os amenaza. Primeramente, cuidado con vuestro criado; despues...

El colono presentó su mano á Emilio quien se la estrechó fuertemente.

—Conviene que nos separemos, dijo.—Si tardase mucho, vuestro padre sospecharía de mí:

—Mi padre.

—Sí: he salido por órden suyo.

—Mi padre os ha enviado á alguna parte.

—Sí, caballero.

—¿Donde?

—Al correo á echar una carta.

El colono se puso la mano en la boca, y emprendió rápidamente su marcha escalera arriba.

Emilio quedó algunos minutos pensativo. Si el colono consiente en pronunciar una palabra mas, todo se lo hubiera revelado; pero Emilio, sin necesidad de esto, concibió una sospecha que le puso realmente en el camino de la verdad.

—¡Ah! si será que mi padre..... que el colono..... Todo puede ser.....

Y pegándose un golpe en la frente, emprendió lentamente la subida por la escalera.

El colono habia ido á decir á Anton Martin que su cometido estaba desempeñado; Emilio iba en direccion á la cama de la enferma, cuando su padre le salió al encuentro, y por medio de una seña le indicó que le siguiese. Ambos se fueron á la galeria esterior del edificio.

Allí Anton Martin, sin dirigirle la vista y con voz grave y solemne, le dijo:

—¿Eres un libertino ó un hombre virtuoso?

—¡Padre!—esclamó Emilio,—respondeos á vos mismo.

—Puedo responder de lo que has sido siempre hasta hace pocos dias; un jóven virtuoso: no puedo responder de lo que eres desde entonces acá.

—¿No me habeis dicho que estaba en mi puesto en la cabecera de la cama?

Anton Martin se sonrió.

—¿Qué decís á esto?

—Que no me habeis comprendido. Ningun padre gusta de abochornar á sus hijos delante de los demás, ni aun delante de sus cómplices.

—¿Y por esto habeis dicho...

—Lo que has oido.

—¿De modo que venís...

—Resuelto á oponerme á tu camino.

—Y ¿cuál es mi camino?

—El de la perdicion.

—Esplicaos.

—Estás representando una ridícula farsa de que tú mismo no sabes darte cuenta: crees amar á una mujer.

—¡Y la amo!—contesto Emilio con resolucion.

—Te engañas, repito, y aun cuando fuese lo contrario, yo evitaria sus consecuencias.

—Deseo hacerla mi esposa.

—No será con mi consentimiento.

—Lo sentiria en el alma, pero advertid que no lo necesito. Mi edad, mi carrera...

—¡Con una sirvienta de mi propia casa; con una miserable obrera....!

—¡Padre!

—¡Nunca!

—Jamás habia oido de vuestros labios semejante lenguaje.

—Es que con tu proceder rebelde contrarias mis proyectos de hace mucho tiempo; mis proyectos de hacerte feliz y darte por esposa una mujer honrada.

—¿Mas que Eva?

—Sin duda.

—¡Es imposible!

—¿Luego estás resuelto á casarte?

—Sí.

—Basta, pues; ten presente lo que voy á decirte: esto no ha de ser; apelaré á todos los medios y no lo conseguirás.

—Pero...

—Hay poderosas razones: no lo conseguirás.

Anton Martin dejó solo á su hijo, y se dirigió á la estancia de la enferma.

—¿Dónde vais?—preguntó Emilio.

—A hablar á Eva.

—¡Ah! ¿qué vais á hacer?

—Sígueme y lo oirás.

—Ved que la infeliz no puede soportar la menor emocion; la vais á matar.

Anton Martin se encogió de hombros con cierto aire que queria decir: ¡y bien! ¡qué me importa!

Ante semejante respuesta Emilio sintió estremecerse todo su cuerpo.

—¡Padre!—esclamó interponiéndose en su camino.

—¿Me violentas?

—No; os advierto que vais á cometer un asesinato.

—Déjame pasar.

—¡Nunca!...

Al pronunciar esta palabra abrió los brazos de parte á parte de la puerta y añadió:

—Matadme; pero no paseis. Mandadme lo que os cuadre, obedeceré como un esclavo; pero no deis un paso mas.

—¡Atrás!

—Imposible.

Anton Martin retrocedió diciendo:

—¡Nos veremos!

—Cuando me lo mandeis,—contestó Emilio bajando la cabeza humildemente.

Emilio se quedó un momento como desvanecido: era la primera vez que se revelaba contra la autoridad de su padre. Pero se repuso bien pronto y encaminóse á la habitacion de Eva.

Eva estaba sola.

—¿Cómo es esto?—preguntó Emilio,—¿estais sola?

—No;—contestó la enferma,—¿pues acaso no estabais vos aquí?

—¡Yo!

Eva sonrió melancólicamente, y dejo caer una de sus manos sobre el cobertor de la cama.

Emilio se inclinó y la besó suavemente.

—¿Por qué no os sentais?—le preguntó Eva.

Emilio se sentó.

—Así... mas cerca... ¡De este modo estoy tan bien!

—No os conviene hablar, Eva.

—¿Por qué? ¡si ya estoy buena!

—Estais fuera de peligro; pero debeis evitar una recaida.

—¿Quereis que no os hable?

—Vuestra salud lo exige.

Eva volvió á sonreirse y se quedó mirándole con los labios fuertemente cerrados, indicando de este modo que tenia que hacer un violento esfuerzo para obedecerle.

En aquel momento entró el doctor acompañado de sor María del Desengaño.

Examinó á la enferma, se enteró del cumplimiento de sus prescripciones, y dijo.

—Todo sigue bien.

—Pidió papel para escribir algunas recetas, y Emilio le acompañó á la mesita en que poco antes habia escrito Anton Martin su carta.

El doctor recetó y puso, como es consiguiente, su firma al pié.

Emilio iba siguiendo con la vista la pluma con que el doctor escribia, hasta su última letra; es decir, hasta la última letra de la firma. Emilio la leyó por completo. Consistia en esto:

A. de la Morlotte.

Al leer Emilio este apellido, se demudó visiblemente. Miró al doctor con asombro y dijo:

—¿Os llamais Morlotte?

—Sí.

—Es un nombre ilustre.

—De los mas antiguos de Francia. Pero, ¿por qué me mirais así? ¿tanto os sorprende?

—¡Ah! mucho; no podeis imaginaros lo que por mi alma pasa en estos momentos. ¡Os llamais Morlotte! Doctor, es preciso que me concedais algunos momentos.

—Sin reparo alguno,—contestó;—pero creo que antes conviene que mandeis por esta medicina, y me permitais advertir á la hermana de la caridad lo que debe hacerse con ella.

—Vamos.

—Luego hablaremos.

CAPÍTULO XXX.

Genealogía del doctor Morlotte.

Una hora despues Emilio y el doctor Morlotte se hallaban sentados frente á frente en el gabinete inmediato al que ocupaba Eva.

Hablaban en voz baja, con la puerta cerrada y muy afectadamente.

—¿Os llamais Morlotte?—decia Emilio.

—Sí; ya os lo he dicho.

—No estrañeis mi sorpresa y hacedme el favor de responder á todas mis preguntas con tanta precision como os sea posible, añadió Emilio con acento grave.

—Lo haré,—respondió el doctor,—pero sosegaos, no os manifesteis tan agitado. ¿Qué diantre significa esto?

—Pronto lo sabreis.

Emilio procuró dominarse cuanto le fué posible y continuó:

—¿Cómo se llama vuestro padre?

—Preguntadme como se llamaba; se llamaba Diego.

—¿Y vuestro abuelo?

—Santiago, como mi visabuelo.

—¡Ah, Santiago!.. ¿Alguno de los dos era el baron de Chesburgo?

—No.

—¿No?—esclamó Emilio con sorpresa,—¿decís que no?

—Os digo que no. Mi abuelo era marqués de Bournonville. Vos preguntais por el hermano de mi visabuelo.

—¡Ah!—esclamó Emilio lleno de alegría, —me devolveis la es-

peranza. Vuestro tio en tercer grado vive. Vive en Madrid, no lo ignoro; tiene una nieta casada con...

—El baron de Wizet,—continuó el doctor.

—¡Efectivamente!

—¿Qué se halla en Viena?

—Tal vez...

—¿Qué hace dos años que no ha ido á Madrid?

—Creo que os equivocais.

—¿Sabeis, pues, donde se halla? ¿Ha estado en Madrid durante este tiempo?

—Lo sospecho.

—¡Gran Dios! Vos sois su primo.

—Primo en tercer grado, sí señor.

—¿Correis bien con ella?

—Perfectamente. La he visto y hablado tres ó cuatro veces en mi vida y no nos hemos escrito nunca.

—Hacedme, por piedad, el retrato moral de esa mujer.

—Es difícil.

—¿Por qué?

—Imaginaos cualquiera mujer; la primera que se os antoje, con tal que no posea ninguna calidad eminente. Es un sér vulgar. Es una mujer rica con todos los vicios de la riqueza, y á la última moda de los tiempos que corremos: nada mas.

—¿Es avara?

—Lo suficiente para no ser generosa, por mas que sea espléndida.

—¿Es orgullosa?

—Lo necesario para aparentar distincion entre los de su clase.

—¿Es desdeñosa?

—Lo indispensable para no parecer malvada.

—¿Es religiosa?

—Por bien parecer...

—¿Es agradecida?

—Si no le faltase memoria... tal vez.

—Pero ¿creeis que si un deber moral la obligase al cumplimiento de tal ó cual cosa, la ejecutaria?

—Si fuese moral simplemente, quizás no.

—Entonces esa mujer, es...

—Una mujer vulgar,—saltó Morlotte;—ya os lo he dicho.

—Bien, Pasemos ahora á su marido. ¿Es hombre de talento?

—Superficial.

—¿De conciencia?

—Adormecida entre el ruido de los salones y festines.

—¿Ama á su mujer?

—Es bella, y el baron tiene suficiente amor propio para fingirlo.

—Aun cuando no sea mas que en apariencias, ¿es honrado?

—Creo que sí; mas os aseguro que es muy calavera.

—Basta,—esclamó Emilio:—conozco ya á los dos.

—Que no son otra cosa,—repuso el doctor,—que dos ejemplares de la vasta familia de los ricos... Ahora bien, permitidme preguntaros á mi vez, ¿qué interés teneis en saber todo esto?

Un interés muy grande, mucho. Todo cuanto acabo de preguntaros se halla enlazado con el vivo interés que tengo en favor de la infeliz enferma á cuyos cuidados os consagrais, doctor.

—¡Ah!... No entiendo nada por esto.

—Acaso yo no entienda tampoco mas que vos; pero creed que vuestro encuentro ha de llevarme á alguna parte muy distante. ¿Sois casado?

—No.

—¿Viudo?

—Tampoco.

—Sois pues soltero....

—Sí.

—¿Sois médico del arrabal?

—No. Pero la casualidad me ha traido aquí, donde permanezco hace algunos dias.

—¿Vivís habitualmente en la ciudad?

—Sí; mas hago frecuentes viajes por Francia y por el estranjero.

—¿En qué época?

—Por este tiempo.

—Y ¿os es igual ir á una ú otra parte?

—Segun. ¿Por qué me preguntais esto?

—Porque en el caso de seros igual os propondria un viaje á Madrid.

—¡Ah! ya entiendo, con objeto de que os presente á mi prima Luisa.

—Cabal; y si no se hallase en Madrid ¿me acompañaríais donde fuese necesario, hasta encontrarla? Contad con ganar doble de lo que buenamente considereis sacrificar en mi servicio, ¿Convenís?

El doctor reflexionó un momento y luego dijo:

—Convenido. ¿Cuándo quereis partir?

—Cuando Eva se halle restablecida y en disposicion de emprender igual viaje.—¿Cuánto tiempo creeis que podremos tardar?

—De quince á veinte dias.

—No hablemos mas de esto.

Emilio se levantó y le presentó la mano. El doctor se la estrechó al tiempo de decirle:

—Tenia deseos de hacer un viaje á Madrid.

Emilio salió de la habitacion haciéndole un profundo saludo ... Cuando el doctor se hubo quedado solo, dijo:

—¡Qué diantre!... ¡Veamos en que para todo esto!

CAPITULO XXXI.

El Gendarme y el Nevadillo.

Diez dias despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, Eva habia abandonado la cama convaleciente de la peligrosa enfermedad que la llevara casi al borde del sepulcro. Su rostro indicaba los estragos por los cuales habia pasado su espíritu. Sus ojos lánguidos, sus lábios amoratados, sin color en las mejillas, inspiraba una dolorosa compasion. Habia sufrido mucho en pocos dias; su alma, combatida por fuertísimas emociones, habia esperimentado toda clase de sensaciones, toda clase de dolores, toda clase de angustias. El mal da su dedo se habia resuelto favorablemente y habia desaparecido ante la gravedad de otros mas peligrosos y estensos.

La presencia inesperada, repentina, y casi fantástica de Emilio, y de la cual en los primeros momentos no supo darse razon ninguna, debió infundir en su alma candorosa un efecto inesplicable; la presencia de Anton Martin, padre de Emilio, y su antiguo amo en Madrid, debió tambien causar en ella una sensacion vivísima. De uno á otro de estos acontecimientos habian apenas transcurrido tres dias; es decir, que el segundo golpe vino á sorprenderla apenas el primero habia tenido tiempo de borrar su huella. Eran entrambos de naturaleza distinta. Emilio en medio de su aflictivo estado, y casi moribunda, iba á devolverle la vida y á roderla de inefable felicidad; Anton Martin, padre de este, acudia á sus ojos como una

potestad infernal, á devolverla á la tumba que acaso la reclamára, avara de su dicha y felicidad.

Su alma se hallaba combatida, pues, por toda clase de sensaciones; la vida y la muerte parecia que se disputaban á aquel ser débil, y que, sin embargo, habia resistido tan rudas pruebas

Eran todo lo mas las nueve de la mañana. Aquel dia habia amanecido con el cielo encapotado, pero á medida que el sol iba elevándose, sus rayos eran mas intensos. Las nubes que se arrastraban sobre los picos de los vecinos montes y parecian lamer las copas de los árboles, iban evaporándose lentamente y dejando que un cielo azul, terso y cristalino se presentase con toda la transparencia de un cristal; el viento apenas lograba mover las ramas de la arboleda que en ambas márgenes del rio se estendian hasta perderse de vista. Era uno de esos dias de primavera que parecen adelantarse á la estacion: era un dia caloroso.

Los balcones de la estancia se hallaban abiertos de par en par.

Eva se hallaba sentada en un sillon á poca distancia de una de las ventanas.

Emilio se hallaba á su lado.

Tambien él presentaba en su rostro la huella de profundas emociones. Su palidéz era mas intensa y el brillo de sus ojos irradiaba con profunda melancolía.

No se dirigian ni una sola palabra. Se contemplaban furtivamente y como si el uno temiese en sus miradas ser sorprendido por las miradas del otro. Solo de vez en cuando se escapaba del corazon de alguno de los dos un ahogado suspiro. A no ser por esto hubiera debido creerse que eran dos estátuas: la enfermedad y la melancolía.

En el pasamano de la galería corrida; en los bordes de la cornisa, y en el alfeizar mismo de la ventana, trinaban algunos pájaros mientras otros, revoloteando á su alrededor, no se decidian á posarse en parte alguna. Piaban unos, cantaban otros, pero sus melodiosas voces ó no eran oidas de Eva, su hermana, ó no eran de esta conocidas...

El que algunos dias antes hubiese estado allí en aquella precisa hora, hubiera sin duda adivinado la razon por la cual Eva, tan so-

lícita siempre con los pájaros, permanecia encerrada en tan misteriosa reserva. El *Gendarme* y *Nevadillo* no se hallaban allí. Pero como si estos en sus gracias hubiesen sido reemplazados, los pájaros mencionados se atrevian á penetrar hasta el fondo de la estancia. Eva en aquellos momentos profundamente ensimismada, no se acordaba de nada; habia, sin embargo, momentos antes, esparcido por el suelo el alimento favorito de sus inocentes y cariñosos compañeros.

¿Seria acaso que el *Gendarme* y el *Nevadillo* hubiesen perdido la costumbre de acudir allí todas las mañanas á rendir su melodiosa salutacion á Eva? No; solo habian alterado la hora...

Mucho tiempo hacia que Eva, sentada en la actitud que hemos dicho; rodeada, si así puede decirse de nuevos compañeros, oyó el ruido volador de una ave. Aquella avecilla se colocó en el pasamano de la galería, echó un trino prolongado y se arrojó á la cornisa del edificio que servía de pavimento á la galería, y de allí, á favor de un salto, se colocó al hombro derecho de Eva.

Emilio levantó los ojos, miró á su amada y sonrió melancólicamente.

Eva cerró los suyos y sonrió tambien. Levantó su mano izquierda á la altura de su pecho con un dedo estendido, y pronunció:

—¡*Nevadillo*!

Nevadillo, que no era otro el pajarito que acababa de entrar en la habitacion y de colocarse al hombro de Eva, saltó al dedo de su mano y allí prorumpió en otro agudo trino acompañando su canto con sendos picotazos á la yema de su dedo.

Cosa de un mes hacia que *Nevadillo* no se habia comunicado con la que hemos llamado la hermana de los pájaros.

Donde se hallaba *Nevadillo*, no andaba á gran distancia el *Gendarme*. Así es que no tardó mas que algunos instantes en oirse un trino de distinto tono, aun que mas prolongado si cabe que el de *Nevadillo*.

El *Gendarme* estaba allí...

Esta era la primera vez que Emilio observaba semejante espectáculo. Durante la enfermedad de Eva, y en los accesos de delirio que en la misma habia sufrido, diferentes veces hubo de oir de los labios

de su amada, palabras que revelaban un grande amor por sus flébiles compañeros. Hubo con este motivo de enterarse del significado de sus palabras, y el colono asi como su buena mujer, le pusieron al corriente de estas escenas que á pesar de su veracidad, nunca hubiera creido posibles.

Emilio contempló con asombro la fraternidad establecida entre aquellos séres cándidos é inocentes.

El *Gendarme* y el *Nevadillo* recorrian alternativamente sus hombros, su cabeza, su velador, etc.

De repente el rostro de Eva que por un momento habia tomado una actitud risueña y afable se demudó volviendo á adquirir el aspecto sombrío de pocos momentos antes.

Emilio lo observó.

—Eva,—dijo presentándole una mano, sobre la cual esta depositó la suya,—Eva, ¿qué es esto?... Con la presencia de estos séres en cuya compañía has vivido tanto tiempo, tu rostro ha tomado el aire risueño que nunca debieras haber perdido; pero ¡ay! ¿porqué tan pronto vuelve á demudarse tu semblante?

Eva no hizo mas que suspirar.

—¿Porqué no me contestas?—preguntó Emilio inclinando la cabeza con aire melancólico.

Eva volvió á suspirar, y por fin dijo:

—Esperimento en estos instantes la pena de una separacion que no esperaba hubiese de llegar en ningun tiempo. Mis hermanos me considerarán ingrata al abandonar este nido donde creia concluir mis dias... ¿Qué dirán de mí?... Creerán que les abandono.

—Eva,—contestó Emilio,—no temas: ellos vendrán todas las mañanas en este mismo sitio á rogar á Dios por tu felicidad... Dios les hará sabedores de tu dicha y ellos estarán contentos y le rendirán sus mejores alabanzas.

—¡Partir!—esclamó Eva.

—Si Eva, partir para Madrid, donde he tenido la suerte de conocerte.

—¡Y yo la desgracia de perder á mi madre!—esclamó Eva llevando á su frente una de sus manos pálidas y descarnadas.

—Allí,—prosiguió Emilio,—donde descansan los restos de tu

madre, es donde Dios quiere que tu corazon halle la dicha y el consuelo de que eres tan digna.

Eva meneó tristemente la cabeza.

—¡Cuántas cosas, Dios mio, han pasado sobre mi cabeza como ráfagas de tempestad, en poco tiempo!..¡Ay! Emilio, ¿será verdad que Dios al fin se haya apiadado de mí?... ¡Cuanto he sufrido! Temo, Emilio mio, que la fuerza de mi destino sea superior al poder tuyo, y que en vez de salvarme tú, te arrastre yo al precipicio.

—Eva; ¡confianza en Dios!—esclamó Emilio con acento penetrante.

—Nunca la he perdido,—murmuró Eva;—pero Dios prueba á sus criaturas...

—Tú has triunfado de las mas duras pruebas. Por no haber sucumbido á ellas es, quizás, por lo que tocando mi corazon certeramente, te redime de la espantosa miseria en que los vaivenes de la suerte te habian despiadadamente sumergido. ¡Confianza, Eva, confianza!...

—La tengo,—dijo fijando en el rostro de Emilio una de sus miradas angelicales. Y luego continuó estrechándole la mano:—¡estoy á tu lado! ¡Eres mi protector; has dicho que me amabas!...

—¡Con toda mi alma!—saltó Emilio, no ya estrechando la mano de Eva como esta habia estrechado la suya, sino llevándola á sus lábios;—¡con toda mi alma!...

Nuestros lectores habrán ya observado que Eva y Emilio se daban el tratamiento mas familiar. En pocos dias, y quizá tambien con poquísimas palabras se lo habian dicho todo. Eran dos almas las suyas que sin hablarse debian naturalmente comprenderse. Una y otro llevaban escrito en el fondo de sus corazones todo un tesoro de amor: no habia nunca brotado por sus labios porque, íntegro, lo guardaban depositado en su fondo. Sus pensamientos eran uno mismo. Pero si era justo el miedo y el desfallecimiento en el corazon de Eva, tan fuertemente combatido por toda clase de penalidades, no era menos justo el valor y la esperanza en el corazon de Emilio que, alagado siempre por la fortuna, se creia además protegido por poderosos elementos de favor y de riqueza.

CAPITULO XXXII.

Solicitud de sor María del Desengaño.

Eva durante los dias de su convalecencia habia procurado indagar los misterios de que se contemplaba rodeada. Emilio habia sido quien la habia informado de todo. Nada, segun ella, le restaba saber. Mas se engañaba, era solo conocedora de una parte de los secretos que encerraba su situacion. Sabia que iba á abandonar su casa, sus pájaros, sus amigos los colonos; que iba á Madrid, segura de encontrar á la familia Morlotte, y lo sabia, porque Emilio se lo habia dicho, sin revelarle nada mas, con las siguientes palabras:

—Tan pronto como tus fuerzas permitan emprender nuestro viaje á Madrid, allí nos trasladaremos en compañía de mi padre y del doctor, para consagrar nuestra eterna union al pié de los altares...

Eva habia callado al oir estas palabras y no se habia atrevido á interrogar á su amante. Su asentimiento, despues de abiertos sus respectivos corazones; es decir, despues de haber pronunciado el uno para el otro la palabra *amor*, era completo: era una voluntad que obedecia ciegamente á Emilio como á la voz de su propio corazon.

Entretanto, Sor María del Desengaño, que habia cuidado de Eva como una solícita madre, y que aun no se habia despedido de ella para restablecerse en el convento, era, como puede decirse, la que sin querer habia traslucido alguna luz en medio de la oscuridad

misteriosa que rodeaba á Eva. Ella habia adivinado en Anton Martin, no al hombre honrado y ardientemente caritativo que en sus juveniles años habia creido haber visto, y aun haber amado, sino al hipócrita que bajo la capa de la mejor de las virtudes ocultaba la peor de las perversiones. Tambien habia sorprendido cierta misteriosa intimidad entre Anton Martin y el criado de su hijo. Sin querer, y sin saberlo, vigilaba atentamente todo cuanto á su alrededor pasaba. Su desconfianza era grande con respecto á los unos; su interés era manifiesto y profundo con respecto á los otros.

Hallábase enterada de la próxima marcha de Eva á Madrid, y su corazon se sentia impelido fuertemente á seguirla, y ser otra de las personas que necesariamente debian acompañarles.

Durante el tiempo que Eva y Emilio permanecian sentados junto á una de las ventanas, sor María del Desengaño habia atravesado dos ó tres veces la estancia, parándose á su paso como si quisiera hablarles; pero no habiéndose atrevido, hubo de continuar su camino desistiendo de su propósito.

Por fin, como á impulsos de un violento esfuerzo, se decidió, y presentándose entre los dos como una aparicion mágica les dijo:

—Amigos mios, vais á partir para un país que es mi país, para un pueblo donde han visto mis ojos la primera luz. Tal vez os acompañe, hijos mios...

Al oir estas palabras ambos amantes fijaron en la religiosa una mirada de alegría.

—¿Vos?—esclamaron á la par,—¡acompañarnos hasta Madrid!... ¡Oh, que dicha!

—Y en Madrid,—repuso sor María del Desengaño,—no por esto creais que os abandone, si acaso voy con vosotros. Puedo ir allí á desempeñar una mision...

—¿De vuestra órden?...—saltó Emilio.

—Sí, hijos mios, sí.

Eva cogió una de las manos de sor María del Desengaño y la llevó á sus labios, imprimiendo en ella un fervoroso beso, en correspondencia del cual la religiosa besó la frente de aquella niña, con todo el cariño de una amorosa madre al tiempo mismo de esclamar:

—¡Todavía hijos mios, necesitais de quien os sirva leal y desinteresadamente!

Estas palabras, atestiguaban que sor María del Desengaño hacia estensivo su interés á la persona de Emilio.

Ya sabemos que para Emilio nunca se pronunciaba en vano la palabra hijo, si esta palabra brotaba de los labios de una mujer rayante en los cuarenta años, mayormente si la mujer que la pronunciaba era hermosa y de sentimientos generosos.

Emilio, al oirla, hubiera deseado postrarse á sus piés. Era, por otra parte, tan grande el raudal de simpatías que desde su corazon habia brotado hácia aquella buena religiosa, que oyó con estrema alegría la noticia que acababa de comunicarles.

—¡Madre!—dijo,—vos venís en nuestra compañía!...

—Sí... Entre vosotros y yo, me parece se halla establecido un lazo indisoluble que, como si fuese nacido en la infancia, no debiese en lo sucesivo romperse nunca. Pero, ¡ay! esto no debe ser así, no puede!... Mis deberes para con la humanidad me lo impiden. Dios me llamará sin duda á otras partes. Mi puesto no es al lado de los dichosos, sino al de los desgraciados. Mi mano no puede estrecharse con la felicidad, sino durante cortísimos instantes; pertenece al enfermo, al pobre, al huérfano, al desvalido; consagrada se halla á enjugar lágrimas, que es el mejor placer que Dios puede proporcionar á las almas cuyo destino en esta tierra de otro modo sería inútil y perjudicial...

Hagamos aquí una revelacion.

Aquella misma mañana, sor María del Desengaño habia recibido de la superioridad la órden de trasladarse á Madrid con una mision particular. ¿Habia esta religiosa solicitado su traslado á Madrid, ó realmente con esto no hacia otra cosa que cumplir con la santa obediencia? He aquí lo que no es posible determinar. Pero á juzgar por sus palabras, sin duda nuestros lectores se inclinarán á lo primero. El ascendiente que sor María del Desengaño ejercía en la superioridad y en la órden en general, nos responden de que la menor de sus súplicas ó demandas, debia ser al punto complacida. Habia tenido tiempo para escribir á Paris y recibir de allí contestacion.

Mas sea de esto lo que fuere, sor María del Desengaño, se apresta para su viaje á la capital de España.

CAPITULO XXXIII.

Juego de ojos, juego de palabras.

Lo propio hacia el doctor Morlotte, que se presentó en aquellos momentos.

Al divisarle Emilio y la religiosa, andaron algunos pasos en su recibimiento.

—Doctor,—dijo el primero presentándole una mano y saludándole con franca cortesía.

El doctor, con la gravedad característica de un Galeno, en presencia de la enfermedad casi vencida por la ciencia, devolvió el saludo á Emilio y tomó una silla de las manos de sor María del Desengaño que con amabilidad suma le ofrecia.

Eva, ante la presencia del doctor, pareció que su rostro se animaba.

—Me place vuestro semblante,—la dijo,—vamos ganando terreno rápidamente; os encuentro á la simple vista en un estado tan satisfactorio, cual no me hubiera atrevido á vaticinaros hace algunos dias.

En aquel momento la tomó el pulso.

Eva sonrió dulcemente.

Las palabras del doctor, llenaban de inefable alegría el corazon de Emilio y el de la religiosa.

Eva dijo:

—Vuestros cuidados, doctor, unidos al afecto de Emilio y á la caridad de sor María del Desengaño, han triunfado de la muerte, cu-

ya helada mano iba apoderándose de mí. Dios quiere que á vosotros deba la vida. ¡Ah!... os estoy agradecida.

Y al decir esto, ¡cosa singular! se clavó su mirada tan solo en el rostro de Emilio.

Emilio no pudo contener su emocion y desvió sus ojos de la vista de su amada. Llevó instintivamente su mirada hácia la puerta que comunicaba con la habitacion interior y... se encontró frente á frente de la persona de su padre que permanecia de pié en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza inclinada, y sonriendo débilmente, con esa sonrisa de que se cubren los labios del malvado cuando á sus solas no creen ser observados de nadie.

Al verse sorprendido por la severa mirada de su hijo, tomó una actitud distinta y emprendió su paso lento hácia aquel grupo rebosante de alegría.

Al ruido de sus pasos, Eva, sor María del Desengaño y el doctor volvieron la cabeza hácia él. El doctor se levantó, Emilio le presentó una silla y Anton Martin se sentó á su lado.

—Y bien,—preguntó este al doctor.

El doctor respondió con aire de triunfo:

—¡Está salvada!...

—Os felicito,—dijo,—por vuestra miraculosa curacion. Habeis dado vida á la misma muerte: ¡cuidad que no se os arrebate la presa que habeis ganado!

Estas palabras fueron pronunciadas con acento que entrañaba cierta amenaza mal encubierta con el velo del mayor interés hácia la enferma.

El doctor, que no habia simpatizado con el padre de Emilio, se sonrió, quizás intencionalmente, y dijo:

—No temais; mientras la rodeen nuestros solícitos cuidados, repito que nuestro triunfo es completo!...

—Y nuestros cuidados, padre mio, añadió Emilio, no le han de faltar ya mas...

La mirada de Emilio se cruzó como una mirada de inteligencia entre el doctor y sor María del Desengaño.

Anton Martin esclamó entonces,—no ignorais, señores, los peligros y azares de una convalescencia.

—Los cuales,—repuso el doctor,—se vencerán infaliblemente con el cambio de aires y de clima que tengo ordenado desde algunos dias.

Y dirigiéndose á Eva continuó:

—¿No es verdad, señorita, que vos tambien opinais del mismo modo?

Eva interrogó con los ojos á Emilio, este buscó en los de su padre un signo de asentimiento, Anton Martin miró á sor María del Desengaño que cerró los suyos con piadosa actitud... Aquella cadena misteriosa establecida con la mirada de unos á otros, formaba un lazo de distintos y encontrados efectos. Eva parecia indicar que no era á ella á quien correspondia responder, Emilio manifestaba el deseo de hallarse acordes con su padre, y éste, que habia traslucido la resolucion que habia formado de acompañarles sor María del Desengaño, procuraba investigar la certidumbre de su sospecha. La religiosa impidió que leyese en sus ojos lo que buscaba.

Sucedia esta vez entre Anton Martin y sor María del Desengaño lo que constantemente habia sucedido desde su casual encuentro: jamás, durante este tiempo, el uno habia podido resistir la mirada del otro. Mejor dicho, la mirada del uno huia como espantada de la del otro. Se tenian miedo los dos, y á haberse mirado de hito en hito se hubieran vendido irremisiblemente. Se conocian el uno al otro; pero se hacian la ilusion de engañarse mútuamente. De otro modo, hubiera sido preciso abrazarse ó escupirse el rostro. Si á Anton Martin no le convenia lo primero, sor María del Desengaño estaba imposibilitada por su hábito, por las condecoraciones que ostentaban su pecho, y por la belleza de su alma, de lo segundo.

Anton Martin procurando afectar una calma de que carecia, y sin dar tiempo á la reflexion, dijo:

—Doctor, creo que habeis aconsejado el mejor remedio á esta niña enferma. Los aires de mi pais deben serle favorables, además de que le son ya conocidos y á ellos sin duda deberá su suerte.

Estas palabras tenian un doble significado: así podian referirse al futuro como al pretérito, aludiendo á su permanencia en su casa durante dos años consecutivos.

El doctor era el único que no podia considerarse en autos, pero

leia en el semblante de cada cual cierta confusion que le hacia dudar de Anton Martin. Este queriendo cortar aquella escena preguntó:

—¿Cuándo pensais verificar la marcha?

Emilio, así como Eva y sor María del Desengaño, esperaron á que el doctor hablase.

El doctor dijo:

—Se ha decidido para dentro de ocho dias, pero si conviniese, este plazo podria acortarse considerablemente. Eva no corre ningun peligro; si mañana mismo fuese precisa la partida yo os respondo de todo.

En aquel momento pareció que la sangre de Anton Martin se agolpaba en su rostro.

—No,—esclamó,—no querais precipitar la marcha regular de las cosas.

Iba á continuar, cuando observó que el criado de Emilio se dirigia lentamente hacia allí. Llevaba en la mano algunas cartas, una de las cuales le puso de manifiesto y despues se la metió en el bolsillo. En seguida el criado se acercó á Emilio y le entregó las otras.

Si Anton Martin hubiese seguido con la vista al criado de su hijo, hubiera podido observar en el fondo de la habitacion esterior al colono que al mismo tiempo atravesó de una parte á otra la habitacion contigua.

El colono habia jurado á Emilio que vigilaria muy de cerca á su criado. Cumplia su promesa. La carta que este se guardaba en su bolsillo habia sido leida por el colono antes de entregársela, y con respecto á las que el criado ponia en las manos de su amo se habia asegurado, poco menos que entregándoselas en presencia de Emilio, de que no serian leidas por nadie mas que por él. Anton Martin comprendió claramente que tambien tenia carta.

Allí no habia ido mas que para enterarse del dia que definitivamente se habia fijado para la marcha, sabedor de esto, se levantó y dijo:

—Señores, queda resuelto que dentro ocho dias partiremos.

—Sí,—contestó el doctor,—si los señores aprueban mi dictámen.

Todos dieron su asentimiento á las palabras del doctor.

—En este caso,—añadió Anton Martin,—nada me resta que hacer aquí.

Y saludando cortesmente á los concurrentes se retiró.

Hubo un momento en que todos guardaron un profundo silencio, que al fin fué interrumpido por las palabras del doctor.

—Observo,—dijo á Emilio,—que vuestro padre, ó es de un natural adusto ó en esta ocasion se muestra desfavorable á nuestro viaje proyectado...

Emilio contestó:

—No lo estrañeis, doctor; es su carácter, que en el fondo no deja de ser escelente.

El doctor hizo con los labios un gesto de manifiesta incredulidad.

Eva parecia no escuchar nada de lo que entonces se estaba hablando; en cambio sor María del Desengaño oia á Emilio como si sus palabras debiesen gravársele en el corazon con caractéres de fuego.

. . . . . .

. . . . . .

Anton Martin al salir de la habitacion habia tropezado con el criado de Emilio, que le presentó incontinenti la carta que antes le habia enseñado sigilosamente.

Anton Martin la abrió al momento; su contenido era el siguiente:

«Amigo: todo va bien y todo se hará cual cumple á vuestros «deseos.

«Queda á vuestras órdenes vuestra afectuosa servidora.—Teodo-«mira H.»

. . . . . .

. . . . . .

Poco tiempo despues el doctor aconsejaba á Eva que, aprovechando la deliciosa temperatura de aquel dia saliese á dar un paseo por el parque y jardines de la casa.

Eva se resistió un momento, pero al decirle Emilio que iria apoyada en su brazo y acompañada de sor María del Desengaño, se sintió como animada repentinamente, y esclamó:

—Sí, sí; deseo que me bañe el sol; deseo visitar los nidos de mis queridos hermanos, deseo enseñarte, Emilio mio, los testimonios de mi amor en cada encina del bosque y en cada álamo de la ribera.

Emilio le tendió los brazos, y Eva levantándose débilmente, apoyada en la mano de la religiosa, se dejó caer entre ellos presentándole su casta frente en la cual este imprimió un vaporoso ósculo de amor.

CAPITULO XXXIV.

La flor y el ramillete.

Como hemos dicho, la mañana, si bien en un principio nebulosa habia ido despejándose rápidamente y á la sazon se presentaba serena y esplendorosa. Eva acompañada de Emilio y sor María del Desengaño habia bajado la escalera y una vez en el parque habia aceptado el brazo de la primera. Emilio daba á entrambas la derecha.

El parque era de grande estension, rodeado de una verja de hierro, con dos puertas que comunicaban, la una con un espeso bosque y la otra con un anchuroso jardin. El bosque se estendia hasta una pequeña colina inmediata; el jardin ocupaba el ala occidental de la casa. En el centro del parque habia un saltante de aguas que se remontaban á grande altura desde un grupo informe de toscas piedras, y caian como un ondulante penacho, sobre un estanque que apenas se elevaba del suelo. Este estanque parecia encerrado debajo de un dosel formado por las ramas de los árboles que lo circuian. Varios cisnes y ánades surcaban sus aguas apenas rizadas por la brisa. La verja que circuia el parque estaba enclavada en un pequeño muro que era al propio tiempo un dilatado banco de granito. De distancia en distancia se elevaban, tocando á la verja, pero por la parte exterior, un buen número de acácias, cuyas ramas enlazándose unas con otras, entoldaban el indicado asiento.

Eva con paso lento atravesó la distancia que mediaba entre la

puerta de la escalera de la casa hasta el saltante ó estanque que hemos mencionado.

Allí se paró, contempló un momento con aire meditabundo el espejo que casi á sus plantas se estendia y reflejaba su cuerpo claramente.

Emilio permanecia á su lado como una sombra. Miraba allí donde Eva tenia fija la mirada suya; permanecia como ella mudo y en actitud contemplativa.

Sor María del Desengaño, viendo que Eva permanecia como enclavada le dijo:

—¿Os sentís fatigada?

—No,—contestóle con afabilidad.

Y levantando los ojos y la mano al mismo tiempo, señaló el tronco del árbol que tenia á su derecha, diciendo:

—¡Mirad!...

Sor María del Desengaño no vió en aquel tronco nada de particular, pero Emilio, siguiendo la direccion del dedo observó en la corteza del árbol una letra grabada allí con la punta de un cuchillo. Era una E.

Al mismo tiempo se puso á andar lenta y sigilosamente siguiendo el círculo que formaba el estanque. Sor María del Desengaño al volver á encontrarse en el punto de partida habia contado doce árboles; Eva en frente de cada árbol habia levantado su índice y Emilio habia leido todas las letras que formaban su nombre y apellido.

De allí pasaron al jardin.

Era el jardin lo mas coquetonamente dispuesto, lo más asíduamente cuidado. La mano de Eva se veia en todas partes. Aquel jardin no hubiera podido florecer ni ostentar su brillante galanura sino al influjo de una deidad amante de las flores y hermana de los pájaros. En el fondo habia una gran cascada formando profundas bóvedas y grutas cubiertas de estaláctitas y brillante muérdago, terminando todo en la confluencia de un riachuelo que se deslizaba entre flores como una serpiente de plata, que circuia, orillándolos, los bordes de musgo que formaban los caprichosos dibujos del terraplen.

La cascada se levantaba en la entrada de una especie de bosquecillo, formado solamente de álamos blancos, que al menor soplo de

la brisa levantaban un murmurio que apagaba el argentino rumor de las aguas que gota á gota se desprendian de las yerbas. La arboleda trazaba una estrecha y tortuosa vereda que se perdia de vista á poca distancia. Sin embargo, aquella vereda conducia á una tapia entapizada de yedra en la cual habia una puerta que daba entrada al mencionado bosque.

Eva se encaminó allí sin apoyo de sor María del Desengaño y acompañada de Emilio que cruzaba por fuera del camino. La puerta estaba cerrada con una aldaba de madera; Eva la levantó y un instante despues los tres se hallaban en la entrada del bosque. El bosque arrancaba de allí por medio de tres anchurosos caminales rectos, y que se perdian de vista á gran distancia, presentando el aspecto de otras tantas bóvedas de follage.

Éstos anchos caminales estaban cruzados acá y allá por infinito número de veredas. De trecho en trecho distinguíanse unos bancos de mármol y algunos pedestales que sostenian otras tantas estátuas tambien de mármol.

En aquella hora las plantas silvestres, las blancas flores de la acacia y las doradas bellotas de la encina, impregnaban el ambiente de un aroma embriagador.

Eva dirigió su planta hácia el caminal que se presentaba á su izquierda; asióse del brazo de la religiosa, y con paso lento, acompasado, grave, se dirigió á uno de los asientos, al lado del cual se levantaba un grupo de mármol representando las virtudes cardinales.

—¿Sentémonos?—dijo dulcemente á sus amigos.

Emilio respondió:

—Sí amiga mia, sentémonos.

Sor María del Desengaño añadió:

—Os conviene no fatigaros mucho...

Eva vestia un traje de percalina blanca, con una cinta azul atada á la cintura formando un lazo que caia sobre su falda graciosamente. Aquel vestido recordaba sus mejores dias despues de su regreso de Madrid.

Emilio se inclinó á un lado del banco y arrancó del suelo una gruesa margarita que se ostentaba lozana; se la ofreció á Eva y, al



¡EVA!... ¿ESTÁS TRISTE?

ir esta á cojerla. Emilio se la depositó en su seno. Ningun adorno de rica pedrería hubiera producido mayor encanto. Sor María del Desengaño sujetó convenientemente aquella flor graciosa, mientras Eva sonreia llena de gratitud por la atencion que á entrámbos mereciera.

—Esto es poco,—dijo Sor María del Desengaño,—vòy á construiros un ramillete,—y se levantó apresuradamente dirigiéndose por una contigua vereda hacia un cercado de flores que desde allí se divisaba.

A penas la religiosa se habia interpuesto á las ramas mas escondidas del bosque, Emilio asió la mano de Eva y fijando en su rostro una mirada enternecida, dijo:

—¡Eva!... ¿Estás triste?

Eva, cuya mirada humilde y melancólica parecia indicar cierta distraccion, contestó:

—¡Si estoy á tu lado!... ¿Cómo quieres que esté triste? ¿Acaso no eres tú toda mi felicidad?

—¿Me amas?...

—Como aman á su redentor las almas que sufren. ¿Que seria de mí en estos momentos si Dios no te hubiese señalado el camino de mi salvacion? ¡Era tan desgraciada... un dia mas tarde ya todo hubiera sido inútil.

—No hablemos de esto,—dijo Emilio con voz suplicante;—pensemos solo en nuestra dicha; hablemos solo de nuestro porvenir, que Dios, sin duda, quiere coronar de felicidad.

Eva fijó su melancólica mirada en los ojos de su amante y esclamó:

—¡Quién me lo hubiera dicho hace apenas un mes!

—¡Tu corazon!—esclamo Emilio llevando una mano sobre el pecho de su amada...

—¡Ha! Nada me decia sino que te amaba; y al interrogar al tuyo, al través de la distancia que de él me separaba, nada me respondia.

Iba Emilio á contestar á las palabras de Eva cuando un lijero ruido de pasos y el rumor de las ramas del bosque les advirtieron de la presencia de sor María del Desengaño.

Efectivamente la religiosa estaba allí. Llevaba en la mano un ramillete de las mas lozanas flores:

—Mirad,—les dijo;—son un foco de olores y de hermosura.

Y lo presentó á Eva, quien acercándolo á sus labios depositó en él algunos besos fervorosos.

—¡Gracias!—dijo,—¡Oh, cuan feliz soy! todos los ambientes del amor y de la caridad refluyen sobre mí.

Y viendo que Emilio y sor María del Desengaño cambiaban una mirada significativa, repuso:

—No lo estrañeis, he sufrido tanto y he tocado tan de cerca los horribles infortunios de tantas mujeres, sin amparo y sin piedad de nadie; que al verme hoy escudada por el amor y la caridad, no puedo contener las lágrimas que la gratitud agolpa en mis ojos y los recuerdos arrancan de mi corazon!...

A un tiempo los tres observaron la presencia de un hombre que iba precipitadamente hácia ellos. Era el colono. En un momento estuvo allí. Todos le miraron con estrañeza, pero Emilio se levantó y le dijo aparte:

—¿Qué hay?

El colono contestó:

—La carta que vuestro padre ha recibido, es de Teodomira; aquella mujer aprueba su plan; decid lo que á mí me corresponde hacer.

CAPITULO XXXV.

Revelacion por revelacion.

Desde el momento que Emilio hubo hablado con el colono, se observó en su semblante un notable cambio. Volvió al lado de Eva, la cual leia en su rostro la menor de las emociones de su alma, y se sentó en el puesto que anteriormente ocupaba.

Sor María del Desengaño nada habia observado. Pero resuelta á interrumpir la actitud silenciosa en que parecia se habian entregado, dirigió la palabra á Eva, y le dijo:

—¿Os sentís fatigada?

—No,—contestó Eva lánguidamente.

—¿Os sentís bien en medio del bosque? La ambrosía de las plantas, la frescura de las auras y el rumor misterioso de las ramas ¿no os cautivan, no os llaman á espaciaros en medio de estas soledades?

—Ah,—contestó Eva,—teneis razon.

Y se levantó al mismo tiempo de añadir:

—Disfrutemos de las delicias del bosque; me parece que el paseo en medio de estas soledades, al rumor de estas misteriosas selvas, debe serme provechoso: andemos.

Eva tomó entonces el brazo de Emilio, y al momento de emprender su marcha, repuso.

—Estás triste; leo en tu semblante un cambio que no se esplicarme. Desde que el colono ha venido á hablarte te hallas visiblemente demudado.

Estas palabras advirtieron á sor María del Desengaño una circunstancia que no habia observado. Echó una mirada furtiva sobre el rostro de Emilio, y esclamó:

—¡Ah! Eva tiene razon: algo de estraordinario ha venido á comunicaros aquí el bueno del colono.

Emilio se desprendió del brazo de Eva, asió con la diestra la mano de su amada y con la izquierda la de la religiosa, y parándose en medio del camino, con la frente inclinada al suelo y en actitud de profundo pesar, murmuró:

—No os equivocais.

Eva y sor María del Desengaño cruzáronse una mirada de inquietud. La primera dijo:

—Tengo derecho á participar de todos tus pesares. Reclamo mi parte en ellos.

—Eva tiene razon,—saltó sor María del Desengaño con dulzura, —os amais, y en la comunicacion de vuestras penas hallareis consuelo. Acceded, jóven, á las súplicas de vuestra amada.

Emilio miró á la religiosa con cierta melancolía.

—¿Quereis que me retire?—preguntó con humildad.

—¡Ah!... no. Y pues que ha llegado la hora de las revelaciones, hablaré delante de vos como hablaria en presencia de mi madre. Además, ¿quién sabe si estais llamada por Dios á prestarnos todavía grandes servicios? Perdonadme, pues, si abusando quizás de vuestra complacencia, de vuestro estado y de vuestra posicion, despliego los labios para revelar un misterio funesto. Oid.

Y tomando un aspecto sombrío, continuó:

—Nuestro amor, Eva, tiene un terrible enemigo, ¿quieres saber quién es? Es mi padre...

—¡Cielos!—esclamaron Eva y sor María del Desengaño á un tiempo.

—Sí, mi padre,—continuó Emilio.—¿Quereis saber por qué? Porque mi padre no comprende otro amor que el amor á las riquezas y á la dominacion. Consentiria mi enlace contigo si fueses una mujer poderosa, mas no siéndolo, la guerra que nos prepara será espantosa. Es preciso no darle tiempo de presentarnos la batalla; es preciso huir de aquí antes de que consiga interrumpir nuestra mar-

cha. Trata de sitiarnos, y sospecho que los poderosos aliados con los cuales yo contaba, ó han sido vencidos por él ó á él se han vendido... ¡Ah, si supiérais lo horrible de estas palabras; todo lo que encierran, no os admiraria mi angustia... Ya sabeis que ignoro quién es mi madre, que desde que tengo uso de razon la busco sin cesar y con ardiente fé, y aunque ignoro si vive, creo hallarla en todas las mujeres de noble corazon y desgraciadas. Pues bien; una mujer, hermosa como debió serlo ella; de la edad que en la mente se me figura deberia hoy contar la que me dió el ser, se me presentó no hace mucho tiempo, y me dejó entrever la próxima realizacion de mi esperanza. ¿Quién era esta mujer? ¿Era acaso mi misma madre? Llegué á sospecharlo. Pero ¡ah! solo puedo deciros, amigas mias, que es la poderosa aliada de quien acabo de hablaros.

—¿Y esa mujer os podria vender?—preguntó sor María del Desengaño,—no es, pues, vuestra madre.

—Juzgad por vosotras mismas.

Eva se tapó los ojos con una mano en señal de horror.

Emilio continuó:

—Por ella me encuentro, aquí; sin ella no hubiera volado en tu busca, porque ella me dijo que eras desgraciada.

—Luego,—esclamó Eva,—¿esa mujer me conoce?...

—Sin duda,—repuso Emilio,—y ella fué la que descorrió el túpido velo debajo el cual dormitaba mi amor. Ella agitó las fibras de mi corazon, quiero espresarme así, y me lanzó á tus brazos. Ella, aun más; me proporcionó, en medio de mi impotencia el conseguir lo que desde el momento era un irresistible deseo de mi alma. ¿Tendré de maldecir á esa mujer ó de arrojarme á sus plantas agradecido? Lo ignoro. Lucha mi entendimiento en un mar de confusiones; no sé que opinar, no sé que creer, no sé que desear. La sangre se me hiela en las venas, y mi corazon arde como un terrible volcan. No me cabe duda alguna de que mi padre es enemigo de mi amor y de que se opondrá con todas sus fuerzas á nuestro enlace. He leido una carta suya en donde terminantemente lo declara; iba esta carta dirigida á la mujer de quien os hablo.... ¿Podré dudar de su connivencia? De esta mujer tengo yo tambien repetidas cartas desde que estoy aquí. En todas ellas me anima, me

ofrece las mejores seguridades de triunfo, y en una de las últimamente recibidas, me dice que desbaratará los proyectos de mi padre. Esta mujer ó vende á mi padre ó me vende á mí; en el primer caso no es mi madre, en el segundo no es mi protectora. Sé que si marchamos el dia señalado, y del cual tiene conocimiento mi padre, no llegaremos á Madrid, siendo objeto por el camino de un espantoso atentado...

Eva interrumpió á Emilio con estas palabras:

—¿Y quién es la misteriosa mujer de quien hablas?

—Lo ignoro: solo sé que se llama Teodomira; que su rostro es de ángel, su mirada fascina y su palabra arrebata.

Sor María del Desengaño que escuchaba atónita y confundida todo aquel cúmulo de entrecortados conceptos, se dirigió á Emilio y le dijo:

—¿Y no teneis en el mundo mas protector que esa mujer?

—No.

—¡Ah!—esclamó sor María del Desengaño, dejando caer la frente sobre la palma de una de sus manos en actitud reflecsiva.

Emilio continuó entonces:

—Nada soy, nada tengo, nada valgo sin el apoyo de mi padre. He sido educado para fines que no comprendo. He vivido en la mas profunda oscuridad, aun despues de la época que mis ojos debieran haberse abierto á la luz del mundo, á la vida de la sociedad. He estudiado y aprendido, pero nada sé para poder crearme una posicion independiente. ¿Quereis mayores tormentos? ¿Creeis que pueda haber quien mas sufra lo humillante de su posicion? En medio de las contradicciones en que mi espíritu se halla envuelto, de los peligros que acaso me amenazan, ¿puedo sentirme con fuerzas para luchar? ¡Oh! siento mi espíritu con suficiente anhelo para remontar el espacio en todas direcciones; pero se me han cortado las alas y no puedo valerme de ellas. ¿Pensais que esto no es horrible?...

Sor María del Desengaño durante las últimas palabras de Emilio, como enardecida de entusiasmo, habia ido levantando la mano hácia el cielo, y al concluir su última interrogacion, dijo:

—¡No temais!... Dios está en todas partes; lee en el fondo de to-

das las conciencias y escucha todas las súplicas que se le dirigen. Confiad en él.

Eva cogió la mano de la religiosa, la bajó hasta el nivel de sus lábios, la besó ardientemente y dijo:

—Teneis razon, ¿Acaso yo misma no soy un testimonio de lo que vos decís?

Sor María del Desengaño, cambiando de tono y dejando resplandecer en su rostro una sonrisa placentera, continuó:

—¿Conviene verificar vuestro viaje antes del plazo convenido?

—Si,—dijo Emilio.—no hallo otro medio para desbaratar los planes, cuya perversion vosotros no conoceis todavía. Se trata de un secuestro; de arrebatar á Eva de mis brazos en el transcurso del viaje.

Eva, al oir estas palabras, llena de terror esclamó:

—¡Dios mio! ¡Qué es lo que oigo!...

—No será mientras yo viva; al separarte de mis brazos tendrian que arrancarme el corazon.

Eva continuó:

—¡Qué he hecho yo para merecer tantos tormentos!

Sor María del Desengaño la dirigió una compasiva mirada, y preguntó:

—¿Cuándo quereis partir? ¿Hoy mismo?

Emilio dijo á Eva:

—A tí toca responder á esta pregunta. ¿Te sientes con fuerzas para emprender el viaje?

Eva contestó afirmativamente por medio de un movimiento de cabeza.

Sor María del Desengaño repuso:

—Pues bien; sea hoy, sea mañana, ya que parece que la urgencia no es de uno ni dos dias, sabed que corre de mi cuenta el arreglo definitivo de la marcha... Mas, permitidme ahora una pregunta. ¿Contais con el doctor para este viaje?

—¡Oh, sí!—dijo Emilio,—es fuerza contar con él; es nuestra estrella polar; sin él nuestro viaje no tendria objeto... ¿Quereis saber el motivo de estas palabras?

Sor María del Desengaño dijo:

—No: lo que á mí me importa es tener tiempo para prepararlo todo. Fijemos el dia de nuestra marcha,

—¿No quereis que sea mañana?—preguntó Eva con cierta valentía.

—Tomémonos un dia mas,—dijo Emilio fijando en Eva una mirada de compasion.

—Sea,—esclamó Eva.

—Será pasado mañana.

—Sí.

—¿De noche?

—Es preciso burlar la vigilancia de todos. Sea de noche

—Ya está, pues, resuelto,—dijo sor María del Desengaño;—ya no hay que hablar mas: corre todo de mi cuenta. Confio en Dios en que todo nos saldrá bien. He atravesado grandes peligros en el mundo; no he temido la muerte en medio del fragor de los combates donde la sangre corria á torrentes y el plomo caia enrojecido sobre nuestras cabezas como una lluvia de fuego. He pasado hambre, he vivido en medio de la peste; no he respirado otro ambiente que el de la enfermedad y el de la muerte, y nunca he sentido en mi pecho el pavor ni el desfallecimiento. ¿Habria de temer en este instante la cobardía del malvado? Yo, que he vencido una vez á vuestro padre, ¿habria de temerle ahora? No. Y no me pregunteis en este instante, cuándo ni donde le vencí; algun dia lo sabreis todo. No, no creais que vuestro padre me sea desconocido, y si un dia pude creerle un hombre honrado, perdonad Emilio, si he cambiado posteriormente mi concepto. Ya que Dios me arroja otra vez delante de él, debo conceptuar que lo ha hecho para que le venza y humille nuevamente.

Eva y Emilio durante las palabras de sor María del Desengaño se miraban el uno al otro con asombro. Era una revelacion que no podian menos de oir con profunda estrañeza.

CAPITULO XXXVI.

La fuga.

Dos dias despues de lo que acabamos de relatar, sor María del Desengaño, que se habia cuidado de los preparativos de la marcha, aguardaba que Emilio le indicase la hora en que esta debia verificarse.

Emilio á eso del medio dia se le habia presentado entregándole por escrito un minucioso itinerario del viaje. Este debia verificarse en dos distintos coches hasta alcanzar una de las estaciones del ferro-carril, distante algunas leguas de la ciudad de L.*** La hora señalada por Emilio era la de media noche. A escape debian llegar á la línea férrea minutos antes de pasar el tren, de modo que solo les quedase el tiempo suficiente para tomar los billetes y penetrar en los wagones.

Sor María del Desengaño habia embargado los dos únicos coches de que disponia la administracion de transportes del arrabal G.*** con dos objetos: el primero con el de imposibilitar á Anton Martin los medios de irles al encuentro, dado caso de que este descubriese su fuga y pretendiese salir á su alcance, y el segundo para poder de este modo verificar mas cómodamente su viaje, ya que las personas que debian emprenderlo eran en número de cinco; pues además de los dos amantes y sor María del Desengaño, debian acompañarles el médico y el colono: este último en sustitucion del criado de Emilio.

A las diez de la noche tenian todos la mayor seguridad de que nadie habia traslucido la resolucion próxima á realizarse.

El colono no habia desplegado los labios, sobre esto, ni á su propia mujer; cuando fué preciso advertirla lo hizo con estas precisas palabras:

—Esposa mia, me conviene que nadie sepa lo que voy á decirte: se trata de la felicidad de nuestra querida Eva; una sola palabra que se escapase de tu boca podria perderla y perdernos irremisiblemente. No tengo que decir mas para darte á comprender toda la importancia del secreto que voy a revelarte...

La pobre mujer al oir estas graves palabras le preguntó sobresaltada:

—Querido esposo: ¿qué es esto? ¿nuestra Eva corre algun peligro?

—No,—repuso el colono con viveza,—no, esposa mia, si tú sabes cerrar el pico de modo que no se te escape palabra alguna...

—¿Pero qué es esto?

—Es que esta noche misma, á las doce, es decir, dentro de dos horas, habré tenido necesidad de separarme de tí para no volverte á ver sino transcurridos algunos dias.

—¿Te vas?

—Sí, esposa mia; es forzoso que te abandone.

La buena mujer le preguntó azorada y temblando de piés á cabeza:

—¿Dónde vas?

—A Madrid.

—¡Gran Dios! ¡Fuera de Francia!

—Sí; es preciso: la salvacion de Eva así lo reclama imperiosamente

—¡Oh!...—esclamó su esposa con ánimo conturbado y levantando la voz mas de lo que convenia al colono,—¿me abandonas?

—¿Quisieras que Eva fuese toda su vida una desgraciada, si con tus imprudencias llegase el señor Anton Martin á descubrir su marcha?

A estas palabras el colono puso la mano en la boca de su esposa como para contener su voz, y añadió:

—¡Quieres callar!

—¡Como!—preguntó la mujer,—¿Eva tambien se va?

—¡Silencio!... Sí: tambien Eva, y con Eva Emilio, sor María del Desengaño y el doctor.

—¿Y su padre, el señor Anton Martin?

—Es precisamente la persona que mas que todos debe ignorar nuestra fuga.

—¡Fuga!—esclamó su mujer con acento que indicaba el asombro que estas palabras infundian en su ánimo.

El colono tendió una mirada de desconfianza á su alrededor y dijo haciendo al propio tiempo con la mano un gesto imperativo:

—¡Basta!... ¡A dormir!.. ¡Vete á dormir; ó al menos acuéstate y finge que duermes!

La pobre mujer cerró los labios, levantó los hombros y presentó una mano á su esposo. Este la cogió con cierta emocion y le dijo:

—Hasta la vuelta: no me haré esperar mucho, te lo prometo. Entonces lo sabrás todo y comprenderás la importancia del secreto que de tí reclamo.... Adios.

—¡Adios!—esclamó la esposa presentándole la frente.

El colono se la besó con afabilidad y partió de allí.

Directamente se encaminó á la habitacion donde se hallaban todos nuestros personajes reunidos. Encontró á Anton Martin de pié, despidiéndose de la concurrencia con estas palabras:

—Señores, hasta mañana. Ya solo faltan seis dias para realizar nuestra marcha: voy preparándola para que en su dia nada falte.

El colono se mordió los labios para impedir una burlona sonrisa que asomaba en ellos.

El doctor dijo de modo que Anton Martin que atravesaba en aquel instante el umbral de la puerta pudiese oirlo:

—Yo tambien me despido de vosotros. Me voy á...—Y por lo bajo, de modo que solo sus amigos pudiesen oirlo—á prepararme para la marcha,—añadió.

Emilio, repuso á su vez:

—No nos hagais esperar, doctor; los carruajes aguardarán á muy poca distancia de aquí, debajo de los primeros olmos de la carretera. A la última campanada de las doce arrancarán los caballos.

El doctor se despidió, yendo á acompañarle el colono hasta la verja esterior del parque.

Quedaron solos sor María del Desengaño y los dos amantes. La primera ocupaba el memorable sillon de Eva; esta sentada en una silla ocupaba el ángulo de una ventana; Emilio estaba entre las dos. Una vez solos, cerraron las ventanas para evitar que desde el esterior se viera reflejar la luz de la habitacion, entonces Eva dijo:

—¿Y ya no veré mas el fulgor de las estrellas, los brillantes reflejos de la luna, ni los rayos del sol al través de estas ventanas? Y mis pájaros, mis queridos compañeros, ¿he de abandonarlos para siempre?.. ¡Dios mio! ni tampoco me será dable despedirme de mis amigas; ni siquiera de esa buena mujer que tantos servicios me ha prestado...

—No, Eva,—dijo Emilio;—no pensemos ahora en esto. Podrás sin duda en mejor ocasion probarles la sinceridad de tu buen afecto. No creas que una vez conocidas las causas de tu precipitada marcha no te perdonen todas esta accion á que contra tu voluntad te ves obligada.

Sor María del Desengaño repuso:

—Amiga mia, no penseis ahora en esto. Pensad que falta muy poco tiempo para emprender nuestro viaje, y que debeis animaros para soportar las naturales fatigas que debe causaros.

Efectivamente, eran ya cerca de las once. Emilio mirando su reloj y viendo que solo faltaba una hora para el término indicado, dijo:

—Vamos; salgamos de aquí: la noche es deliciosa; el colono cuidará de trasladar nuestro equipaje á los coches. Empleemos los cortos momentos que nos restan, en espaciar nuestro espíritu en el campo; es necesario animarnos; no pensar en nada sino en nuestra futura suerte. Cualquiera de nosotros que desfalleciese en estos momentos, podria desbaratarlo todo. Vamos, salgamos al campo: iremos á salir á la carretera por el camino del bosque.

Al decir esto, Emilio se hallaba de pié dispuesto á partir.

Sor María del Desengaño imitando á Emilio, se levantó y dijo:

—Apruebo vuestro pensamiento: aquí solos los tres no haríamos mas que entristecer á Eva. Vamos.

Eva no se movia.

Emilio le preguntó entonces:

—¿No eres de nuestra opinion?

—¡Ah!—esclamó Eva respirando profundamente;—¡si supiérais cuantos recuerdos de mi alma, cuantos pensamientos de mi afligida mente guarda esta estancia. Me parece, al abandonar esas paredes, que reniego de todos ellos. ¡Y si supieras, Emilio mio, que todos estos pensamientos, estas emociones, estos recuerdos, á tí solo se refieren!... ¡Cuántos suspiros ahogados por la reflexion, cuántas lágrimas secadas por el viento de estos solitarios bosques! ¿Y quereis que abandone todo esto sin sentir golpear mi corazon como con una mano de hierro?...

—No,—respondió Emilio,—no te despides para siempre de esta estancia en que has anidado como el pájaro en medio de las ramas de un bosque. Mucho tendria que abandonarme Dios para que no volvieses tú aquí á decir á estas paredes, á las auras del monte y á los pájaros, tus hermanos, toda tu felicidad y tu contento.

—Y Dios no os abandonará jóvenes amantes,—dijo sor María del Desengaño levantando al aire una de sus manos en actitud que revelaba toda la ardiente fé de su corazon.

Eva entonces se levantó, estendió una mirada llena de angustias por el ámbito que la rodeaba y sollozó amargamente...

—¡Vamos!...

Pero en vez de dirigirse á la puerta que comunicaba con la escalera dió tres pasos consecutivos hacia su gabinete dormitorio. Emilio y sor María del Desengaño la siguieron. Allí Eva dejó caer su frente sobre la blanca cama donde su cuerpo agitado por tantas ilusiones y tantos sufrimientos á la vez, habia descansado por espacio de dos años. Sin duda dejaba en ella empapadas dos amargas lágrimas; sin duda sus lábios imprimian en ella un ardoroso beso. Sor María del Desengaño y Emilio, á una respetuosa distancia, la contemplaban sin osar interrumpirla.

De repente y como por medio de un violento esfuerzo, Eva enderezó su cuerpo y con paso trémulo, puesta la mano sobre su frente, jadeante, se dirigió al pequeño pupitre que ya sabemos ocupaba un ángulo de esta estancia. De allí estrajo un carpete lleno de ma-

nuscritos y se lo puso debajo del brazo como aquel avaro que logra salvar sus tesoros de en medio de las llamas. Dió algunos pasos mas y salió de la habitacion. Al pasar de una estancia á otra echó una mirada pavorosa á la cocina y volvió á esclamar.

—¡Vámos!

Nada le objetaron ni Emilio ni sor María del Desengaño. Ambos la siguieron hasta la puerta de la escalera, en cuyo punto el primero le ofreció la mano y la segunda dijo:

—Despacio... Emilio sostenedla bien.

CAPITULO XXXVII.

La partida.

La noche era clarísima: la luna brillando en el lleno de sus resplandores bañaba con sus rayos de plata toda la estension del terreno que desde allí se vislumbraba. El viento producia ese rumor vago y misterioso que, agitando las hojas de los árboles, apenas logra levantar un cabello de nuestras cabezas: se oia y no se sentia. Las aguas del saltante que ocupaba el centro del parque producian un ruido fuerte como el de un riachuelo, y los riachuelos del bosque, mansos y apacibles siempre, parecian haberse convertido en caudalosos torrentes. Este es el secreto de la noche: sus pálidos resplandores y débiles ruidos aumentan su intensidad y se nos figura que á impulsos de una mano mágica adquieren doble fuerza y poderío.

Para una imaginacion débil y agitada por grandes emociones, todo esto parece íntimamente relacionado con las causas que producen su quebranto. El corazon humano, tanto en sus pesares como en sus alegrías, todo se lo asimila. El mundo es para el hombre el radio de un círculo cuyo punto céntrico es él: todo lo hace irradiar en sí mismo.

Eva, al salir al aire libre, asida del brazo de Emilio, y precedida de la religiosa, esperimentó una impresion vivísima en los sentidos. Ardian sus mejillas como si una cruel fiebre la dominase, y el contacto del aire, que era ledo y blando como la respiracion de un niño, heló su rostro como si estuviese imprengado de nieve. Los ruidos de las hojas y los rumores de las aguas le parecian los embates

de una mar embravecida. Los pálidos reflejos de la luna herian sus ojos como si fuesen de fuego.

Eva sintió estremecerse todo su cuerpo, sus piernas flaquearon y parecia que de repente hubiese perdido la facultad de andar. Emilio no pudo menos de observarlo y de preguntar:

—¿Desfalleces, Eva?... ¿Habremos hecho mal en disponer nuestra salida por el bosque?

—No se lo que me pasa,—contestó Eva con doloroso acento;—siento frio... ¡Qué noche tan cruel!

—La noche es deliciosa,—repuso Emilio.—Difícilmente hubiéramos podido escoger á nuestro gusto otra mas tranquila y apacible.

Sor María del Desengaño, que todo lo habia observado, pasó á ocupar el lado derecho de Eva y le ofreció el brazo diciéndola:

—Apoyaos tambien en mí.

Eva no aceptó su brazo pero sí una de sus manos.

Entonces principió á andar lentamente, abatida y meditabunda. Cualquiera que la hubiese visto en aquellos momentos hubiera podido confundirla con un sentenciado á muerte al abandonar la cárcel para subir al patíbulo. Llevaba la cabeza inclinada al suelo, su mirada era vaga y sombría y su cuerpo parecia arrastrarse mas bien que andar sobre la arena del pavimento.

Así atravesaron la distancia que separaba la puerta de la casa de la verja que comunicaba con el jardin. Antes de atravesar por ella se sentaron en el banco de piedra á instancia de sor María del Desengaño, quien dijo:

—Descansad un poco, Eva.

Eva al momento de sentarse, como obediente á un mandato imperioso, respondió:

—No estoy cansada, amigos mios; no me faltan las fuerzas materiales sino las del espíritu. Este instante supremo que ni en mis mejores sueños de felicidad me hubiera atrevido á acariciar, tiene para mí ¡ay! suma importancia... ¡Quién sabe Emilio, si te arrastro á un espantoso precipicio. Yo soy la causa de tu disidencia con tu padre. Sino fuese por mí, vivirias feliz y contento á su lado. Ahora, por culpa mia se encenderá su enojo contra tí y me injuriará, y tal vez la ira que contra mí solo debiera descargar, caerá

tambien sobre tu cabeza. ¿Crees, Emilio, que mi corazon no debe luchar en un mar de confusiones?

Emilio, aparentando una sonrisa tranquilizadora, dijo:

—Eva, si hasta ahora he vivido á la sombra de mi padre como un niño en el regazo de su madre; desde que en mi corazon resonó la voz del amor, el amor me ha hecho hombre, y el hombre se siente capaz de todo. Yo me bastaré á mí mismo.... ¡trabajaré!

Eva por toda contestacion sonrió amargamente; ¡tambien ella habia trabajado; largo tiempo se habia bastado á sí misma, hasta que, estenuada de fatiga habia caido en medio de una carretera y debajo las ruedas del coche de un transeunte!. Tal vez porque recordaba esto, era por lo cual se sonreía amargamente al oir pronunciar á Emilio, con tanto ardor, la palabra trabajaré. Si esto era, la infeliz no advertia la inmensa diferencia entre el trabajo de la mujer y el del hombre; entre el del hombre que solo cuenta con el rudo esfuerzo de sus brazos y el que cuenta con los poderosos ausilios de la inteligencia educada é instruida.

Sor María del Desengaño al ver el abatimiento de Eva dijo para animarla.

—Eva, amiga mia; se han pesado todas las razones, no se ha desechado ninguna consideracion, todo se ha meditado; el doctor es un hombre de juicio, Emilio un hombre honrado, yo una mujer de esperiencia: todos hemos convenido en esta marcha sigilosa para burlar las acechanzas de un hombre que por fines egoistas deseaba desbaratar vuestra felicidad futura. Vos misma habeis convenido en todo; todo se ha hecho á vuestros ojos, mediante vuestro asentimiento y aprobacion. ¿A qué, pues, ahora vuestras vacilaciones, vuestras dudas, vuestros temores?

Como si estas palabras hubiesen herido la susceptibilidad de Eva, esta se levantó y dijo:

—¡No dudo, no vacilo, no desfallezco!... Ved como ya no lloro, como levanto los ojos y os miro con serenidad .. ¡Partamos!

Emilio volvió á ofrecerle el brazo.

—Partamos,—dijo,—sí; la hora se acerca, los carruajes estarán aguardando.

Sor María del Desengaño presentó su mano á Eva para que se apoyase en ella. Eva la estrechó cariñosamente y esclamó:

—¡No temais!...

Sin embargo de los esfuerzos de Eva para aparentar cierta valentía, sus piernas flaqueaban y su voz era opaca y débil como la de una enferma de gravedad.

Andaba precipitadamente, con la cabeza alta, con la vista azorada.

Así atravesaron todo el jardin hasta llegar á la puerta que conducia al bosque. A la entrada del bosque habia dos grandes rosales, uno á cada lado de la puerta, atestados de rosas. Eva clavó en ellos una mirada de cariño; parecia un tierno despido.

Emilio, cuyo brazo apenas servia de apoyo á Eva creyó satisfacer un deseo de su amada y se encaminó á uno de dichos rosales y arrancó tres rosas que estaban en el lleno de su hermosura. Las unió y entregó á Eva diciendo:

—Si ningun otro objeto material quedase en tu poder en recuerdo de estos instantes, Eva, guarda estas flores como un símbolo del imperecedero amor del alma que te adora.

Eva las tomó, imprimió en ellas un beso ferviente y devolviéndole una, dijo:

—Tómala y guárdala mientras vivas. Sea cual fuere la suerte que Dios me tenga deparada, ella será un signo de tu dominio sobre mi corazon.

Emilio la tomó y llevándola tambien á sus labios imprimió un beso en su corola.

—¡Gracias!—le dijo.

Eva de las dos rosas restantes tomó una y la depositó en su seno, la otra la presentó á sor María del Desengaño diciéndole:

—Señora, sea esta flor un recuerdo de gratitud hácia vos.

Sor María del Desengaño contestó tomándola:

—Gracias, la guardaré como una reliquia.

Fueron siguiendo su camino hasta llegar al pié de la colina que dividia el bosque en dos mitades, al pié de esta colina habia una estrecha vereda que fueron siguiendo en sus sinuosidades hasta llegar á un muro de piedra que se estendia á gran distancia; al estremo de aquel muro divisábase una puerta.

Se encaminaron á ella y adelantando Emilio algunos pasos, iba á abrirla, cuando con asombro vió que se abria por sí sola.

Emilio se sobresaltó de pronto, mas luego presentándosele el colono dijo:

—¡Ah! sois vos...

—El mismo,—contestó Tomás,—os aguardaba.

—¿Hay novedad?

—Ninguna.

—¿Y el doctor?

—Está en el coche.

El colono añadió á continuacion:

—¿Y Eva?

—A pocos pasos de aquí.

—¿Viene tranquila?...

En aquel momento Eva y sor María del Desengaño estaban allí.

—Miradla,—dijo al colono.

En seguida observando que allí faltaba una persona preguntó algo sobresaltado:

—¿Y la monja?

—Aquí está,—contestó Emilio.

En aquel momento se presentaba á la puerta sor María del Desengaño.

. . . . . .

Cinco minutos despues resonó el chasquido de un látigo y se oyó el ruido de dos coches que rodaban precipitadamente por la carretera.

En el primero iban Eva, sor María del Desengaño y el doctor; en el segundo Emilio y el colono.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

MORLOTTE.

TERCERA PARTE.

MORLOTTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Una fecha memorable.

En la noche del 30 de diciembre de 1793, en el palacio de los condes de Morlotte, en Madrid y calle de la Cruz, se celebraba una espléndida fiesta por tres motivos distintos.

El primero era con ocasion de haber celebrado su matrimonio, dos dias antes, el primogénito de la casa, jóven de diez y siete años, con la señorita hija de Campoverde; el segundo por razon de bautizar la charretera de alferez con que S. M. el Señor rey D. Cárlos IV habia hecho gracia y merced al noble vástago, y el tercero, con objeto de despedirse dignamente de la corte, ya que al dia siguiente debia partir á incorporarse en uno de los regimientos austríacos que con las ejércitos aliados iba á combatir contra la Francia revolucionaria.

Era tan alta la alcurnia de los de Morlotte, que en sus escudos ostentaba los timbres mas considerados por la ciencia heráldica. Corria por sus venas sangre de muchos reyes y era pariente en cierto grado del entonces prisionero del Temple, Luis XVI, por cuya causa se aprestaba á combatir.

Si recordamos la fecha de la muerte del mencionado rey, observaremos que el 30 de diciembre hacia nueve dias que se hallaba consumada. En tal fecha los gobiernos de Europa apenas daban crédito al suceso; los pueblos lo ignoraban, y los fanáticos lo desmentian ya que para ellos se trataba de un horrible sacrilegio que Dios no podia consentir sin abrir la tierra y enviar fuego del cielo. Pero en España, sobre todo entre los *vasallos*, no habia de semejante acto ni siquiera la

menor noticia: falto este país de comunicaciones, sin prensa periódica, muerto el espíritu público; no veia; ni oia, ni sabia nada más que aquello que por las vías oficiales se le comunicaba: y las vías oficiales no comunicaban sino lo que les convenia y les convenia, tener al pueblo ignorante de todo.

Prueba de esto es, que la nobleza, en aquellos dias en que se jugaba su porvenir y se decretaba su muerte, se entregaba sin reserva á grandes festines y espléndidos festejos. No habia adquirido la conciencia de lo que se trataba; no conocia la evolucion que el mundo operaba en aquellos momentos y se burlaba de la Francia revolucionaria como de un niño á quien las disciplinas del dómine debiesen atemorizar tan pronto las levantase al aire. Los nobles y los plebeyos iban á combatir como si se tratase de una romería, de un simulacro militar donde lucir solo el fausto de los uniformes y la esplendidez de los pertrechos de guerra. Nunca la Europa ha pasado por una ignorancia tan grande respecto de sus verdaderos destinos; pero nacion alguna miró tampoco, con mas desprecio la revolucion francesa que España; que era, sin duda, la que en órden á ilustracion política se hallaba mas atrasada de todas. Se burlaba de su poderío como del poderío del gigante de la fábula. Todo llegaba á sus oidos desfigurado, transformado, sofisticado. La supersticion religiosa revestia de formas ridículas, y al propio tiempo espantosas, á cuanto sucedia allende los Pirineos. Sus grandes figuras eran demonios; las víctimas de la justicia popular, que vengaba en ellos largos siglos de crímenes y desolaciones, eran santos. En el púlpito y en la tertulia, en palacio y en la taberna, se pronunciaban sus nombres adulterados: nadie sabia pronunciar *Verniau* ni *Robespierre*, como antes no habia sabido pronunciar *Rousseau* ni *Voltaire*. Se compadecia á Luis XVI en el Temple, pero no se le perdonaba la Carta *concedida* á los franceses. No se tenia conocimiento alguno de los hechos. Se creia que el proceso del rey era una mera fórmula de los *teóricos* que, por sí solo, sin embargo, debia atraer sobre la cabeza de los jueces una muerte segura, porque, fuese cual fuese el rincon del mundo donde se escondiesen, allí iria á buscarles el verdugo. Marat tenia cola y pezuñas de demonio, mandíbulas de tigre, orejas de leon y ojos de fuego: no hablaba sino por medio de un chir-

rido espantoso como el de una caldera hirviente; no se sabia donde habitaba, (se creia que en el infierno, de donde habia sido vomitado). Los milagros estaban á la órden del dia. Mil revelaciones divulgaban á las gentes que en tal noche y á tal hora un coro de ángeles, cantando el trisagio y en medio de una música melodiosísima, habia sacado del Temple al rey y á toda su familia, y llevándolos en alas de las nubes, resplandecientes de luces de colores, habian sido trasladados á Viena, ó á Roma, ó al monasterio del Escorial.... Se profetizaba el dia y la hora que los individuos de la Asamblea serian degollados, entrando en Paris de improviso, como en la barriga del caballo de Troya, los ejércitos aliados. Cada triunfo de Dumourriez, era celebrado por la corte de España como un triunfo de la reaccion. No se sabia nada de cierto, porque no se sabia nada sino por boca de los que tenian un interés funesto en desfigurarlotodo.

¡Curioso período! Puede verse en los papeles de aquella época el cuadro mas negro que la ignorancia de un pueblo y la estupidez de un Estado hayan nunca ofrecido á ojos humanos. Parecia que Francia pertenecia á otro hemisferio y que los franceses no tenian mas hombres que la corte y la nobleza, el clero y los mercenarios suizos que defendieron las Tullerías el 10 de agosto.

Por esto se bailaba en los salones aristocráticos y se denostaba á la revolucion mas grande y trascendental de los siglos, como á una horda de salvajes contra la cual se organizaba una batida que al momento debia esterminarla. Se alistaban algunos nobles españoles para ir á la guerra como á una cruzada santa, donde el enemigo debia caer de rodillas al mostrarles tan solo la cruz del pomo de sus espadas.

El jóven conde, predestinado para uno de los grandes destinos de la corte, al salir en defensa de la monarquía combatida, sabia de antemano cuanto habia de valerle.

Era necesario conquistarse una posicion; volver á Madrid con el empleo de coronel para justificar, aun cuando no fuese mas que por medio de una campaña de unos cuantos meses, y oir los fuegos de un simulacro, que se habia servido al rey y á la patria, (bien que con decir al rey estaba todo dicho).

Bajo este concepto se celebraba, pues, en su palacio y con el tri-

ple objeto mencionado, una fiesta suntuosa. Lo mas granado de la nobleza estaba allí reunido; las mas hermosas mujeres de la corte ostentaban á porfía su magnificencia. El condesito era objeto de mil distinciones. Unos ponderaban su sacrificio y elogiaban con semejante motivo la conducta de la nobleza en general. ¡Abandonar á una esposa jóven, hermosa, riquísima, á los tres dias de casado!.... ¡Oh! esto rayaba en lo epopeico; el que así procedia era un espejo de caballeros, un dechado de virtudes!... Las gentes le miraban con curiosidad, como un objeto raro en sus años y en tales circunstancias. ¡Qué grande ambicion no deberia abrigar el alma del condesito! Y esto que la generalidad, ó la totalidad tal vez, de los que se deshacian en su elogio, creian realmente que de lo que se trataba no era de otra cosa que de un paseo militar. Pero ¿era poco un paseo militar para el jóven que contaba entre sus ascendientes mas de una cabeza coronada? Era un sacrificio escesivo. Por esto todos lo ponderaban; quien tal hacia era digno de que se le vaticinase buena fortuna: y por esto, anticipándose á lo que no habia de suceder, le felicitaban todos y le llenaban de plácemes como si fuese un soldado aguerrido de regreso á su patria y cargado de laureles. Las damas, sin embargo, á quienes el héroe de la fiesta se dignaba dirigir la palabra, le lisonjeaban mostrándole sus ojos bañados de lágrimas. ¡Partir para la guerra á defender la majestad real de un monarca prisionero! ¡Oh!... Esto era sublime.

El palacio de los condes era de lo mas suntuoso y régio que darse pueda. Sus salones se perdian de vista, sus jardines eran espaciosos, sus galerías fantásticas. Su arquitectura databa del siglo xv y por todas partes se respiraba grandeza en las formas y cierta austeridad en las cosas.

Los marcos de todas las puertas eran dorados: se llamaba á las mamparas *portiers* y estas eran pintadas insiguiendo el órden de los dibujos de los salones. No habia *bugías* sino cirios de cera clarificada y aromática. Los espejos eran ovalados con calados inmensos que invadian la luna y generalmente se hallaban muy inclinados fuera de la pared por la parte superior y descansaban por la inferior sobre caprichosas esculturas. El espejo de cuerpo entero no estaba en uso. La tapicería representaba un enorme precio porque

entonces, puede decirse que no se construia sino de encargo. Todavía hay tapicerías de aquella época cuya procedencia se reconoce por las alegorías, motes y escudos peculiares de las casas para las cuales fueron construidas. Habia *juegos* de alfombras, *juegos* de arañas, *juegos* de cortinajes iguales á *la casa de...* ó *á los de...* que se esponian como una distincion orgullosa para rivalizar entre sí. El mueblaje de una casa era una fisonomía que conocíase entre los alcurniados. Ninguno, empero, tan proverbial por su riqueza como la de los condes de Morlotte cuya magnificencia era verdaderamente régia.

Se comprenderá ya que en la fiesta del 30 de diciembre de 1793 debia hacerse alarde de todo.

Y así era en verdad.

CAPITULO II.

Sorpresa y terror.

Pero, escrito estaba que aquel dia debia ser un dia de luto y consternacion para la casa. El condesito no debia partir á la guerra ni siquiera para pasear su charretera desde Madrid á Coblenza; punto de reunion de las conspiraciones contra la Francia.

Diremos por qué.

En ocasion en que daba principio á la segunda mitad del sarao, que solo debian bailar como una gran distincion los parientes mas inmediatos de la familia y los de nobleza tan alta como la suya; y en los momentos en que la multitud se agolpaba en los ángulos del salon para presenciar el *Minué*, en gran voga en aquella época y de la categoría de baile de etiqueta, se presentó el condesito.

Al verle todos los concurrentes prorumpieron en un grito de admiracion, ó como si dijéramos en un *hurra* de alegría.

¿Y qué era?

Que el condesito habia tenido la ocurrencia de despojarse en un santiamen de su pantalon color negro y ancha casaca de moaré verde con bordados é insignias de su nobleza, y se presentaba con el trage de simple alferez de la guardia real austríaca...

Era el condesito de elevado talle y el nuevo trage le sentaba perfectamente. Su rostro á ser posible descartarlo de ciertas sombras que denunciaban demasiada vanidad, hubiera podido decirse que era soberbio. Tenia los ojos grandes y la mirada espresiva como una mujer enamorada. Apenas despuntaba el bozo en sus me-

jillas. Su frente era alta y despejada: largos sus cabellos y empolvados. Tenia la actitud grave, los modales finos, y solo de cuando en cuando desprendia algunos marcados movimientos de orgullo.

Apenas se habian dado algunos pasos del *Minué*... cuando se oyó repentinamente un grito desde el interior de una galería que conducia al patio.

A aquel grito sucedió otro, acompañado de un rumor profundo que fué aumentando como el bramido de una ola, y las parejas, ordenadas convenientemente, suspendieron asustadas sus pasos y estudiados movimientos.

—¿Qué es esto?—preguntaban unos.

—¿Qué hay?—añadian otros.

—¿Qué pasa?—esclamaban todos.

Y la voz que al principio se habia oido á lo lejos y profundamente, se percibia cada vez mas cercana y sonora.

La confusion se introdujo hasta el pié mismo del cuadro de danzantes, lo cual era una grave imprudencia que solo podia justificar algun desastroso acontecimiento.

Por fin la voz se oyó clara y distintamente.

—¡Señores! ¡suspended toda diversion!.... Huid á vuestras casas!... Llorad!... ¡La revolucion ha sacrificado al rey!... ¡Luis XVI ya no existe!!!...

Ninguno de los concurrentes pudo penetrar el verdadero significado de semejantes esclamaciones, que sorprendieron á todos como un trueno furioso en medio de la noche mas risueña y serena... Oian y no entendian los alaridos que resonaban por el ámbito de los salones... El terror se apoderó del ánimo de todos con la rapidez del rayo.

Al pánico general y tumultuoso que reinaba, sucedió por fin, un silencio de muerte, solo interrumpido por alguno que otro grito aislado, de un noble que caia atropelladamente ó de una señorita que se desmayaba... Este silencio era á causa de algunas voces como esta.

—¡Orden, señores!

De entre la multitud salió, sin embargo, un hombre, cuya cabeza descollaba sobre todas las demás, y con acento atronador gritó:

—Caballeros. ¡Basta ya!... ¡El rey será vengado! ¡La Francia, es maldita de Dios! ¡Desgraciada de ella!... Sus hijos, como los de la Jerusalen destruida, llorarán lágrimas de sangre; errantes por el mundo, y arrojados de todas partes como leprosos, serán la abominacion de las generaciones todas... ¡Venganza! ¡Venganza, contra los asesinos del hijo de San Luis; del augusto monarca que ha ceñido la corona de hierro de los Césares!... Vosotros, nobles castellanos, descendientes del Cid, de Pelayo, del Pulgar... no sois una manada de corderos á quienes el bramido del lobo atemoriza: sois ¡españoles!... ¿Qué haceis? ¿por qué os atropellais? ¡Ah! venid á mí; empuñad vuestros aceros... ¡juremos vengar al rey!

—¡Juremos!—contestaban los que aliento para contestar tenian, —¡Juremos!

—¿Quién habla de huir?... ¡Hijo espúreo sea de la patria quien sobre la cruz de su espada no jure saber morir lidiando!—continuó el hombre de atlética estatura.

Pero á la voz *morir* se levantó de nuevo tormentuosa algarabía.

Palidecieron la mayor parte de los descendientes de aquella nobleza que era invocada como la palabra mágica para enardecer sus corazones. Parecia que un incendio devoraba el palacio de los condes de Morlotte y que allí iban á perecer todos.

Pero en medio de esto se hubiera podido presenciar un espectáculo estraño y quizás siniestro.

Las parejas que formaban el primer cuadro del *Minué* se habian desbandado tambien. Mas un hombre permanecia de pié en su puesto como si de repente se hubiese convertido en una estátua. Caida á su lado sobre el pavimento habia una mujer, jóven, hermosa; sin duda profundamente desmayada; con una mano asida á la mano de aquella especie de estátua.

Aquel hombre era el jóven conde de Morlotte: la mujer su esposa de tres dias.

Al invadir el tumulto los salones, habia, con ánimo tranquilo y rostro sereno, querido contrarestar la confusion y la algarabía; habia escuchado la voz de trueno que lo causaba, y pudo oir todo lo que el hombre de atléticas formas dijo con voz aterradora. Al escuchar:—«¡La revolucion ha sacrificado al rey! ¡Luis XVI ya no

existe!»—comprendió que se trataba, de la muerte de su pariente, y sucedió, que, primero se le agolpó toda la sangre al rostro, se le herizaron materialmente los cabellos, contrayéndosele los músculos de la cabeza, y sus ojos parecia que pugnaban dentro sus órbitas para saltar de ellas, inyectados de sangre; despues, palideció mortalmente, y perdió el movimiento de los ojos, el sentido de la palabra, se enfrió su cuerpo como si súbitamente se hubiese convertido en nieve y tomó la rigidez de un cadáver. Su mano derecha hubiera sido imposible desasirla de la izquierda de su jóven esposa, tendida como ya hemos dicho, sin sentido sobre el pavimento...

Acababa de iniciarse en aquella naturaleza una revolucion tremenda, cruel, espantosa...

Un terrible pasmo le habia sobrecogido. Unió á un susto mortal un golpe funesto á su razon. Era para él imposible lo que oia y sin embargo, debia ser cierto. Mas verosímil hubiera sido á su ver, que el sol se hubiese puesto en medio dia, que no que un pueblo decapitase á su monarca. Era esto inverosímil, monstruoso; no cabia en su cabeza, que estallaba en aquellos momentos á impulsos de un violento terror.

Pero á medida que iba pasando el tiempo, y mientras todos los concurrentes huian como corderos desbandados por los salones y se precipitaban á las escaleras para abandonar mas pronto aquella mansion, un momento antes esplendorosa y reinando en ella la majestad de la etiqueta, el conde fué adquiriendo cierta vida, ó por lo menos cierta movilidad nerviosa en todo su cuerpo.

Parecia agitarse ligeramente. La pupila de sus ojos principió á vagar, siniestra é inciertamente, y cualquiera hubiera adivinado, por el movimiento de sus labios, que iba á prorumpir en una estertórea carcajada.

Así fué.

La carcajada vino, horrísona, estridente, prolongada como el eco de un lejano trueno!...

El vizconde habia perdido la razon repentinamente á causa de la sorpresa, del espanto y del terror que infundió en su ánimo la noticia de la muerte del rey de Francia, su pariente y señor...

Cuando alguno de los concurrentes, y sobre todo los criados, ob-

servaron aquel cuadro siniestro, volaron á su socorro. Con dificultad consiguieron hacerle desprender la mano de su esposa para llevarlo en brazos á su habitacion y solo obtuvieron de él estas palabras:

—¡El rey asesinado...!!!

No respondia á nadie; no contestaba á nada. Tan pronto parecia acosado de una profunda demencia, como daba señales de un próximo furioso arrebato. A duras penas lograron hacerle dar algunos pasos. El infeliz no veia con los ojos de la razon y vagaba á merced del combate horrible que atravesaba su espíritu. Queria recordar algo y no podia. Hablaba, pero no acertaba á pronunciar otra cosa que:—«¡el rey asesinado...!!!»—Ni habia conocido que le arrebataban á su esposa de la mano: ya su estado no podia ser mas lamentable.

Se lo llevaron á una habitacion interior, cuyas ventanas daban á un gran jardin del mismo palacio, en ocasion en que todos los salones estaban desiertos, casi todas las velas apagadas y muchos muebles barridos por el suelo como si un huracan hubiese pasado por allí...

CAPITULO III.

Un apropósito.

Tal vez sorprenda á alguno de nuestros lectores el cuadro que acabamos de bosquejar. Parecerá, sin duda, estraño el efecto producido en uno de los palacios de Madrid por la noticia de la muerte del rey de Francia.

Ya hemos dicho que nadie estaba mas ignorante de lo que en aquella época pasaba en Paris que la corte y la nobleza españolas Nada, pues, podia sorprenderlas tanto como la muerte de aquel infortunado rey, cuyo proceso, aunque largo tiempo ha se estaba debatiendo, no esperaban tuviese el desenlace trágico que tuvo, por llegar á sus oidos desfigurado en uno ú otro sentido. Y cuanta mayor era la distancia en que se hallaban de semejante creencia, mayor debia ser por consiguiente el asombro causado por la confirmacion oficial del hecho.

No fué solo este caso que relatamos el único de semejante naturaleza que registran los anales, nó; muchos en número, y mayores quizás en importancia, fueron los acaecidos por semejante causa. Y la razon es óbvia. Aquí no habia constitucionales ni republicanos; solo habia monárquicos netos. La persona del rey, ungido por el Señor, sagrada é inviolable, era como una especie de mito. Roto, despedazado el manto que escudaba semejante dignidad, el rey no era mas que un hombre: la revolucion podia haber consumado en su persona una venganza; pero para los pueblos supersticiosos y la nobleza ignorante de aquella época habia consumado un deicidio.

No fué uno solo, pues, de la nobleza ó del pueblo, de este ó de aquel pais, los que se volvieron locos: fueron muchos segun el testimonio de los médicos y hospitales de aquella fecha; algunos se suicidaron y no pocos murieron de pesar.

Los frailes de las diversas órdenes de predicadores contribuyeron grandemente á semejante resultado. Hacia coro con ellos una profusion de libelos infamatorios que contaban de la Francia revolucionaria cosas estupendas. En todos los conventos de monjas se daba fé y propalábanse centenares de milagros referentes á la muerte del rey.

Se aseguraba por unos, que desde el Temple á la plaza en que fué ejecutado, habia aparecido un reguero de fuego marcando la señal por donde pasaron las ruedas del coche que lo habia conducido. Se decia por otros, que al desmontar el verdugo el patíbulo marcado apareció un cuadro de flores. Que en los momentos de caer la cabeza del *augusto monarca* se habia oido un profundo trueno por la parte del Norte, y que en varios puntos de Francia las nubes habian derramado sangre, azufre, serpientes y fuego. Se inventaron oraciones para el rey. Se distribuian con gran misterio reliquias suyas que se adoraban con mas fervor que las preconizadas por la iglesia.

La corte se vistió de luto riguroso como si hubiese muerto su soberano reinante; se suspendieron los trabajos públicos; se mandó cerrar las tiendas; las campanas se echaron al vuelo durante tres dias consecutivos, y los templos se enlutaron...

Hasta aquellos dias no se conoció en España lo que significaba la revolucion francesa; esto es: una época de la historia que espiraba y otra que nacia. Entonces trocáronse las burlas y el desprecio por un terror inusitado, y principiaron algunos á pensar sobre lo que verdaderamente pasaba allende los Pirineos.

¡Período notable aquel! ¡Cuadro elocuente de nuestra historia que la generacion actual contemplaria con asombro si un oscuro velo no lo encubriese de tinieblas!... Nuestros padres han oido referirlo de testigos oculares y aun nosotros mismos hemos alcanzado alguno que otro testimonio vivo de ello.

No hace mucho, que hablando con un anciano de cerca cien años,

sobre los acontecimientos de la vecina nacion y á propósito del efecto que aquí producian sus grandes catástrofes, nos dijo:

—«El hijo del rey,—*que se llamaba Delfin*...—(¡uf!) era el tema «obligado de las conversaciones de todas las madres de familia. Va- «rias veces se dijo que se habia escapado de la cárcel y aun recuer- «do, como si fuese hoy, la viva ansiedad con que era aguardado fre- «cuentemente en nuestro puerto. Varias personas *iniciadas en los «secretos de aquella época* dijéronme haber visto la cama que se le «tenia preparada en un gabinete de la llamada *casa de la Vi-reina*, «que pertenecia á la mas antigua nobleza.»

Cuando se divulgó mas tarde la noticia de su muerte, nadie la creyó. Decian que se habia escapado, y en vez de entristecerse, algunos se alegraron, contando detalles los mas minuciosos sobre el rapto, en que habia intervenido, y no poco, Nuestra Señora de las Mercedes, redentora de cautivos.

. . . . . .

. . . . . .

Una hermana del hospital de Barcelona, que murió en olor de santidad, oyó tocar campanas y vió pasar una gran procesion de ángeles por delante de su cama, la noche de la vigilia en que guillotinaron á *su majestad*. (El sueño no se supo sino despues de puesta en duda la noticia). Una matrona que cerraba el cortejo de ángeles, le dijo:

—«¡No temas, hija mia, el rey no morirá!»

. . . . . .

. . . . . .

Era, pues, evidente que la noticia de la muerte del rey no habia acontecido.

Referimos estos pequeños detalles, que podríamos multiplicar hasta el infinito, para que no se estrañe la locura de nuestro jóven conde de Morlotte.

CAPITULO II.

De fecha á fecha.—Descripciones.

El 22 de junio de 1848 el palacio de la calle de la Estrella, á eso de las diez de la noche presentaba un aspecto deslumbrador, solamente comparable con la del 30 de diciembre de 1793: es decir, cincuenta y cinco años antes.

El motivo era análogo.

En la primera de ambas fechas celebraba el conde de la Morlotte sus nupcias, con toda la suntuosidad mencionada; en la segunda, su viznieta acababa de contraer matrimonio con el baroncito de Noblestante.

La casa solariega de la Morlotte habia sufrido grandes variaciones; se habia edificado en ella un segundo cuerpo, tomado del espacioso jardin, lo cual daba al palacio dobles dimensiones. Cualquiera que cincuenta y cinco años antes la hubiese recorrido, á la sazon no hubiera reconocido ninguna de sus estancias. Todo estaba cambiado, pero de modo que todo habia aumentado de belleza, buen gusto y suntuosidad. Mas no somos del todo exactos: en medio de la variacion que la casa habia sufrido se conservaban íntegras dos piezas: el régio salon de baile y el gabinete particular del conde Santiago de la Morlotte. El primero era inmejorable en cuanto á sus condiciones arquitectónicas; el segundo era una especie de ancha tumba donde una momia, que se movia y hablaba, permanecia encerrada sin comunicacion alguna con el mundo que la rodeaba. Hubiera sido una profanacion el que mano alguna se hubiese atrevi-

do á tocar ninguno de sus muebles ni alterar en lo mas mínimo la disposicion en que se encontraba. El que allí habitaba era el mismo conde de la Morlotte.

El salon de baile, grave por lo alto y anchuroso, era todo de sillería, formando en el techo una infinidad de bóvedas cuyos puntos coyuntivos suspendian otros tantos capiteles de órdenes distintos y labrados diferentes. Parecia que se habia cegado un inmenso campo de colunas dispuestas para sostener una multitud de pequeñas bóvedas, fuera las cuales no se comprendia, sino por un secreto del arte, su aguante misterioso. Las paredes estaban adornadas con grandes cuadros empotrados en la pared, cuyos marcos eran ricas esculturas de mármol.

De cada uno de los capiteles colgantes del techo y al estremo de un trozo que figuraba una coluna rota, partia una cuerda de oro sosteniendo una araña de cristal. La profusion de arañas, vista desde el pavimento, parecia un segundo techo formado por montones de diamantes. Las velas de esperma encendidas despedian un suave olor que cautivaba dulcemente los sentidos. El suelo estaba cubierto con una rica alfombra azul de cielo, salpicada de flores. Y entre uno y otro de los grandes cuadros de las paredes destacábanse soberbiamente otros tantos espejos de grandes dimensiones, ovalados y con anchos marcos de oro. Arrimados á las paredes habia una hilera de sillones, de góticos y dorados respaldos, forrados de terciopelo granate con fleco en los brazos y en los asientos.

En un ángulo del salon habia un antiguo y precioso clavicornio que hacia juego con un armonium que ocupaba el ángulo opuesto, y en los que correspondian al frente, ostentábanse dos ricas consolas de antiquísimo estilo. Consolas, armonium y clavicornio sostenian profusion de jarros de pórfido y bronce, atestados de flores.

El gabinete del conde contrastaba tristemente con este salon.

Sus dimensiones eran reducidas, las paredes blancas, el techo artesonado: una mesa, una cama con pabellon de damasco verde, dos sillones de nogal con asiento y respaldo de la misma tela que el pabellon de la cama, una cortina, tambien de damasco verde, echada á la parte esterior de una ventana que daba al jardin, y en el centro del gabinete una mesa redonda enclavada al suelo, y arri-

mado á una de las paredes un pequeño escritorio-librería donde habia muy pocos libros y estos pocos eran de devocion y antiguos, era lo que constituia su mueblaje. El recado de escribir veíase envuelto en una gruesa capa de polvo, indicando de este modo no haber servido de tiempo inmemorial.

La persona que ocupaba esta triste habitacion, mas de cincuenta y cinco años hacia que no habia salido de ella: cuando entró contaba solo diez y siete años de edad; tenia pues setenta y dos años. Vestia casaca de moiré color violeta oscuro bordada de seda blanca y verde, llevaba chaleco de damasco blanco con flores violadas, pantalon corto de raso negro, media negra tambien y zapato con hebilla. No llevaba bigote ni patillas. Su cabello era blanco como la nieve y terminaba con una cola larga sobre la nuca. Aquel hombre no desplegaba nunca los labios ni daba señal alguna de oir mas que dos sonidos: el estampido de los cañones de los fuertes de Madrid y la música tomando como tal el canto de los pájaros. Si le hablaban respondia generalmente con monosílabos, y, siempre que le era posible, por medio de signos. Puede decirse, sin embargo, que no se comunicaba mas que con una persona, un antiguo criado de la casa que tenia poco menos que su edad y que desde muy niño servia en ella.

Respecto del traje que llevaba nuestro personaje, diremos dos palabras: era igual al que cincuenta y cinco años antes habia usado para celebrar su boda. No era el mismo, pero cualquiera que lo hubiese recordado lo hubiera creido así. Al pobre conde, nunca, apesar de haberlo probado repetidas veces en el transcurso de tan largo tiempo, nunca habia podido dársele á entender que debia cambiárselo por otra de distinta forma. Para aquel pobre demente no habia pasado el tiempo, apesar de que los años habian arrugado su rostro y apergaminado su cuerpo.

Entre los objetos mencionados en la habitacion del conde habia un retrato de su esposa Luisa de tamaño natural: que le habia sido entregado el mismo dia de su casamiento.

Ver este retrato y mirar despues á su viznieta era ver la reproduccion de una misma figura: era tal su parecido, su identidad, que nadie hubiera creido sino que el retrato de la visabuela era el propio de de la viznieta.

CAPÍTULO III.

De fecha á fecha.—El Minué en resurreccion.

A la hora mencionada los salones del palacio principiaban á estar poblados de gentes.

No diremos si los trajes de las mujeres eran soberbios, si entre ellas habia deidades de primer órden: bástanos dejar sentado que cuanto Madrid encerraba de notable se encontraba allí reunido. Todas las aristocracias juntas, la del talento, la del dinero, la nobiliaria, luchaban á porfía para ostentar á cual mejor su altiva preponderancia.

Y era que además del fausto acontecimiento que allí las habia convocado se preparaba otro de no menos importancia para los adoradores de la diosa Terpsícore. En Paris y en la córte de Prusia se habia en aquella época resucitado uno de los bailes de córte que ahora llamamos de la antigüedad: el *Minué*; baile grave, pausado, difícil, y que exigia la mayor precision, el mayor cuidado, ya que la mas insignificante falta era una caida de tono imperdonable. En los salones del palacio de los Morlotte se inauguraba en aquella noche la resurreccion del baile mencionado. Era pues un verdadero acontecimiento del cual se hacian lenguas las mujeres de la moda y los hombres de tocador. ¿Cómo estos salones no habian de estar, más que concurridos, atestados de gentes?

Desde las diez de la noche el baile habia principiado; desde aquella hora, pues, los acordes melodiosos de una invisible orquesta no ha-

bian cesado sino para dejar oir las armonías de una banda situada en un estremo del jardin.

Y ya que del jardin hablamos diremos de paso que se hallaba misteriosamente iluminado con profusion de luces encerradas en pequeños globos de cristal de finísimos colores; ora suspendidos entre el follage, ora formando mil caprichosos dibujos en las paredes, al borde de los lagos, en la cúpula de las glorietas y hasta en el mismo suelo en medio del musgo y la blanda alfalfa.

Las galerías que comunicaban con los jardines y con las habitaciones interiores del palacio respiraban un puro orientalismo. Sus arcadas estaban cubiertas de flores, su inmensa balaustrada radiante de luz y esplendores.

A pesar de que la misma señora de Morlotte habia inaugurado la danza primera, el salon de baile no era de todos los salones el mas espléndidamente concurrido. Todo el interés, todas las deferencias, todos los homenajes de los convidados se guardaban para el primer baile de la segunda parte en que debia inaugurarse el *Minué*.

El interregno de la primera á la segunda parte del baile, debió durar media hora.

Pero á los diez minutos el salon principió á poblarse de gentes.

De boca en boca corrian los nombres de las personas inscritas de antemano para formar parte de la danza, objeto de general curiosidad. Todos procuraban obtener un asiento, posesionarse de un ángulo ó ampararse de alguna de las confluencias del salon.

Ya hemos dicho que no describiríamos ninguno de los trajes ni ninguna de la belleza de los concurrentes; pero cúmplenos hacer alguna escepcion con respecto de tres pequeños grupos, que el primero componian dos hombres y una mujer; el segundo, dos mujeres y un hombre, y el tercero un hombre y una mujer. Hablaremos de ellos por su órden.

Dos mujeres y un hombre se hallaban sentados junto al armonium rodeados de gente. Parecia ser este grupo al que con preferencia rendian sus homenages los que mas trazas tenian de aduladores. De las dos mujeres la una tendria como unos treinta y ocho años, la segunda unos diez y siete. Notábase entre las dos un perfecto aire de familia: eran madre é hija; nieta y viznieta del conde

de la Morlotte. Ya sabemos que la primera se llamaba Luisa; diremos ahora que la segunda se llamaba Laura. Luisa se conservaba en el lleno de su frescura y arrogancia; Laura era una belleza de todo punto angelical. Si la primera tenia los ojos grandes y rasgados, la segunda además tenia la mirada tan dulce y melancólica que cautivaba al ménos experto en el misterioso juego de las pupilas, que son los signos telegráficos de las sensaciones del espíritu humano. Y si esta tenia sobre la otra semejante don, la otra tenia sobre esta la hermosura de un cabello rubio mate que sentaba soberbiamente á su precioso rostro.

Ambas vestian un traje de doble falda igual, escepto en los colores, pues el de Luisa era de punzó recogido por medio de flores salpicadas de plata, y el de Laura de seda blanca recogido por medio de rosas en capullo, blancas y sin hoja alguna. Ambas faldas inferiores eran de blonda acanalada salpicada de casi imperceptibles estrellas de plata. Escotadas las dos hasta los hombros, rodeaban su cuello, de puro alabastro, dos collares de perlas y diamantes, formando juego con las joyas de rica pedrería que adornaban su cabeza y con las soberbias pulseras de sus brazos que se transparentaban al través de unas mangas de gasa de seda que arrancaba de otra manga perdida rodeada de bellísimos guipures. Dos reinas no hubieran podido presentarse mas ricamente vestidas en sus palaciegas recepciones.

El hombre que las acompañaba era un jóven de unos veinte y cuatro años. Vestia de rigorosa etiqueta. Tenia los ojos grandes y saltones; llevaba un pequeño vigote negro y su cabello era naturalmente rizado, áspero y poco lustroso. Todo indicaba en él un temperamento audaz y voluble; hombre de sensaciones fuertes y momentáneas...

El segundo grupo, compuesto de dos hombres y una mujer, lo formaban el Dr. Morlotte, Emilio y Eva. Vestian los dos hombres como correspondia á la suntuosidad de aquella fiesta; Eva llevaba un vestido de tul blanco cubierto de pequeños volantes de gasa de color de rosa en extremo desmayado. El cuerpo de este vestido formaba como una berta de puntilla de blonda menuda y rizada, dispuesta la una casi encima de la otra, desde las puntas que corres-

pondian á la cintura hasta al cuello, y de aquí siguiendo las naturales ondulaciones de su levantado seno y bien talladas espaldas.

Ya conocemos la singular hermosura de Eva, solo diremos que su tocado realzaba, á ser esto posible, su aspecto seductor.

El tercer grupo lo componia Teodomira y Thompson. Teodomira era la misma voluptuosidad; el arte habia hecho prodigios en ella: parecia una niña de quince abriles sobre la cual todos los encantos del lujo y la coquetería se habian aunado para presentarla un modelo de belleza.

Teodomira y Thompson formaban otra de las parejas comprometidas para bailar el *Minué*.

Ahora, prosigamos.

CAPITULO IV.

Terror y sorpresa.

La invisible orquesta principiaba con mil preludios á anunciar el baile primero de la segunda parte.

Luisa del brazo de un jóven de arrogante figura se presentó en medio del salon, y la multitud abrió un ancho espacio á su alrededor; su marido al lado de otra de las deidades concurrentes se presentó tambien, y Laura y su esposo con distintas parejas presentáronse á completar el cuadro. Al lado suyo fueron presentándose algunos personages iniciados en tan fausto acontecimiento.

Cesaron los preludios de la orquesta. Un rumor general se estendió por el salon. Mil personas rodeaban con viva ansiedad la doble hilera de danzantes. Todos abrian los ojos como para presenciar la coronacion de un rey y las bocas dilatábanse en señal de la pasmosa ansiedad en que se hallaban.

La orquesta por fin rompió en las graves notas primeras de la anhelada danza.

A las viejas debia necesariamente parecerles que su cuerpo se rejuvenecia; á las niñas se les figuraba transportarse á una edad fabulosa y de la cual habian oido hablar como de los tiempos de la edad de oro.

La nota del *Minué* estaba armonizada por una mano maestra de los mejores tiempos de su imperio. En el año 1793 era la pieza mas clásica y la que en todos los salones de la mas elevada aristo-

cracia gozaba de los fueros de dominio esclusivo. Aquellas mismas melodías, idénticamente armonizadas, habian resonado bajo las bóvedas de aquel salon hacia cincuenta y cinco años cabales.

Escusaremos pintar el efecto que produjo en la concurrencia los primeros pasos del baile. A pesar del prestigio de que iba rodeado no pudo librarse de ciertas sonrisas burlonas y de no pocos epígramas que contrabalanceaban la prosopopeya de los danzantes.

Las gentes, como hemos dicho, permanecian agrupadas alrededor de los que tomaban parte en ella, pero de repente se abrió una puerta del salon y empezaron á empujarse y á arremolinarse tratando en vano de averiguar la causa. Todos los rostros se volvieron hácia la mencionada puerta y solo algunos, de los que estaban mas inmediatos á ella, pudieron observar que del fondo de la puerta salia un hombre con paso grave y mesurado; que aquel hombre era un viejo, seco, apergaminado, vestido á la antigua, con el cabello blanco y larga cola...

Aquel hombre iba abriéndose paso lentamente, sin mirar á nadie; como una mómia que se levantase de su sepulcro con la mision de atravesar aquel espacio en línea recta y con la inflexibilidad del destino.

Las gentes al pretender averiguar la causa, se empujaban hácia el punto céntrico del torbellino; pero al observar aquel hombre de faz cadavérica, cuyos ojos brillaban como dos ascuas, huian casi aterrorizadas aumentando de este modo la confusion y el tumulto.

El conde de la Morlotte, que no era otro quien aquella escena perturbadora producia, iba en su tránsito repitiendo esta palabra:

—¡Paso!... ¡Paso!... ¡Paso!...

El trecho desde la indicada puerta por donde habia aparecido como una vision fantástica, hasta el cuadro que formaba la testera en la doble línea de danzantes, que casi ocupaban el salon de parte á parte, fué recorrido en muy breve tiempo. El conde rompió la línea, se colocó en medio del cuadro, presentó su mano á Laura, la tomó con gravedad y dió algunos pasos de *Minué* al compás de la orquesta, con una regularidad y precision asombrosas.

Aquel acto borraba cincuenta y cinco años de su existencia, pues cincuenta y cinco años, cinco meses y cuatro dias antes, en aquella



EL CONDE PRESENTÓ LA MANO Á LAURA.

misma hora, en aquel mismo local, al son de idénticas notas de una nutrida orquesta; y en los mismos pasos del *Minué*, un golpe funesto, terrible para su imaginacion, habia trastornado su cérebro, de tal modo, que nunca mas habia podido volver á la razon.

Ya hemos dicho que Laura viznieta del conde, era una imágen viva de su visabuela.

Inútil es decir que al momento de su presentacion en el cuadro, este se deshizo, y como una cadena cuyos eslabónes se rompen todos á impulsos de un mismo golpe, uno tras otro, fueron deshaciéndose como por encanto. Un grito unánime, sordo, prolongado, resonó por el ámbito del salon; solo la orquesta, cuyos profesores ignoraban lo que pasaba, continuaba poblando el espacio con sus acordes.

A los primeros gritos sucedió una confusion extraordinaria.

—¡Un loco!—gritaban unos.

—¡Fuego!—prorumpian otros que no habian tenido tiempo de enterarse del caso.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritaban todos...

Cincuenta y cinco años antes, tambien habian resonado allí idénticos gritos, igual confusion, semejante algarabía.

El viejo conde miraba todo aquello con asombro, pero con ese asombro de la demencia que, subiendo de punto cada vez con mayor intensidad, acaba por estallar ó en una estridente carcajada ó en un acceso de espantosa furia.

Ni una ni otra de ambas cosas sucedió. El pobre viejo se cruzó de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y murmuró:

—¡El rey de Francia ha sucumbido á la revolucion!... ¡Su testa coronada, befa y escarnio de un insolente populacho, no ha sabido ser sostenida sobre el trono de San Luis por las potencias aliadas de Europa! ¡Qué mengua para el rey! ¡qué terrible castigo para los pueblos!...

Al decir esto, el salon se hallaba casi despejado, las gentes habian huido en tropel esclamando á coro:

—¡Un loco! ¡Un loco!

Un hombre que acababa de entrar, nó vestido de etiqueta como los que huian, sino con traje humilde, al oir á la persona que acababa

de hablar con tono lúgubre y patético, y á la cual no habia visto, esclamó arrojándose en medio del torbellino:

—¡No! ¡Este hombre no está loco!... No os admire lo que oís: los franceses en estos momentos se destrozan á sí mismos en una espantosa revolucion que ha estallado en las calles de Paris. Acaba de saberse por parte telegráfico.

CAPÍTULO V.

Comparacion entre dos fechas.

Los pocos concurrentes que quedaban en el salon al pronunciar las palabras que acabamos de reproducir, creyeron que esas salian tambien de la boca de un loco. No era así si se recuerda la fecha del dia de la fiesta que describimos y la en que el pueblo de Paris, armado de cólera, despues de cinco meses de haber derrocado á Luis Felipe, consumó sus tristes jornadas de julio.

El viejo conde oyó las palabras mencionadas sin asombro alguno, y aun repitiendo algunas de ellas, parecia constituirse en su propio eco.

Los móviles que cincuenta y cinco años antes habian producido una cosa parecida eran distintos. La noticia de la muerte del rey Luis XVI, habia infundido en Madrid un terror pánico, un espanto sobrenatural: el destronamiento de Luis Felipe solo conmovió un tanto los fondos públicos, y si despues sus consecuencias alcanzaron algo mas, no fueron estas acompañadas de los estragos y horrores de la primera revolucion. El derecho de los pueblos de darse el gobierno, ó el rey que mejor les plazca, es su moderno derecho, combatido hoy solamente por el huracan de las pasiones políticas, pero nó en nombre de la justicia ni de los fueros sagrados de los pueblos.

Sin embargo, en los aristocráticos salones por el estilo de los del palacio de la Morlotte, debia producir un efecto algo parecido á los de 1793.

En las estancias inmediatas al salon de baile, y donde no pudo observarse la aparicion del conde, el tumulto y la algarabía allí reinantes, se atribuia al acontecimiento político que acabamos de mencionar.

Permítasenos aquí hacer una observacion relativamente á fechas. El 21 de enero de 1793, fué decapitado Luis XVI; hasta el 30 no se supo en Madrid tan grave acontecimiento. El 24 de febrero de 1848 fué Luis Felipe arrojado del trono; el 26 por la noche principió á divulgarse este acontecimiento que se estendió por todo el pueblo con la rapidez del pensamiento. Las jornadas de junio tuvieron lugar en los dias 18, 19 y 20, el 22 toda Europa tenia noticia de ellas.

¿Se nos preguntará tal vez, la relácion que hallamos entre ese estraordinario progreso y los estraordinarios acontecimientos de que hablamos? Nada responderemos...

El conde se hallaba rodeado de sus parientes y de los mas allegados amigos de la casa, casi todos los cuales se esplicaron el suceso como un hecho natural. ¿Qué de estraordinario habia en la aparicion del conde? Verdad es que sabian casi todos que el Sr. Morlotte permanecia en su encierro como un cadáver en su tumba, y no tenian noticia de que hubiese salido una sola vez en cincuenta y cinco años; pero esto no obstaba para que teniendo la puerta abierta pudiese salir á cualquier hora. Habia salido: ¿qué de particular habia en esto? De aquí que ninguno de los allegados se hubiesen movido del puesto que ocupaban. Pero entre los demás concurrentes que apenas se contaba quien tuviese conocimiento de esto, diremos que el espanto casi era una cosa natural. De aquí que todos hubiesen abandonado el salon.

El conde ante la algarabía producida por su presencia esclamó:

—¡Qué es esto! ¡Qué es lo que por mí pasa!... ¡La revolucion ha triunfado! ¡Ah!

Y volviéndose á su viznieta, y cogiéndo su mano con vehemencia, continuó:

—¡Esposa mia!... ¡huyamos de aquí!

Laura le miró con espanto, y haciendo un esfuerzo para desprender su mano de la del conde, gritó:

—¡Cárlos... socorro! ¡Ay! me destroza la mano!...

Y cayendo arrodillada á sus piés, forcejando con violencia, continuó:

—¡Dios mio! ¡Por piedad!

El conde con la inflexibilidad del hierro y la inmovilidad de una estátua, miraba á su viznieta postrada á sus plantas sin pronunciar palabra alguna.

Cárlos, que así se llamaba el baron de Noblestante, se arrojó entre los dos y cogiendo con una mano el brazo del conde y con la otra los dedos de su mano, forcejó un momento hasta conseguir que soltase á Laura.

El conde vencido en aquella especie de lucha, esclamó:

—¡Me separais de mi esposa!

—No,—dijo el baron,—os separo de la mia.

—¿Qué decís?

—¡Señor conde, tranquilizaos...

El conde como herido de un rayo, encogió sus hombros y cabeza; desprendió del fondo de su pecho un rugido profundo y prolongado, comprimió los puños violentamente y los llevó á sus ojos con un ademan desgarrador. Luego como si se arañase el rostro, como si tratase de arrancarse una venda de sus ojos, esclamó:

—¡Dios mio! ¿qué es esto?... ¡Qué horrible sueño! ¡Qué noche tan profunda y espantosa!... ¡Donde estoy!...

Y dando algunos pasos tambaleando sobre el pavimento como si estuviese ébrio, se dirigió hácia un sillon inmediato con ánimo sin duda de arrojarse en él. Mas antes de llegar, sino hubiese sido por que el baron y alguna otra persona se lanzaron á tiempo á sostenerle, hubiera caido al suelo en vez de caer en sus brazos casi sin sentido.

Varios concurrentes ayudaron á trasladarle á su gabinete preso de un síncope espantoso. Inmediatamente se mandó á buscar el médico de la casa, interin el Dr. Morlotte ofreció sus servicios que fueron aceptados.

La familia y sus amigos mas íntimos que rodearon bien pronto su lecho, creian que para el viejo conde eran llegados sus últimos instantes. Su avanzada edad, las circunstancias especiales con que

á ella habia arribado en medio de un trastorno tal de sus facultades mentales, todo, todo hacia presagiar para aquel accidente los mas funestos resultados...

Dejemos ahora á nuestro conde, y digamos lo que entre tanto pasaba en el palacio.

Mil corros de hombres con escasísimo número de mujeres, se hallaban esparcidos acá y allá. En cada uno se comentaban á su manera los acontecimientos; en todos giraban sus conversaciones sobre dos distintos temas: la aparicion del loco y viejo conde y la inesperada noticia de las barricadas de Paris.

Preciso es consignar que el tema predominante era el último. La cosa pública merece, sobre todo en ciertos círculos, los honores de la preferencia.

Pero ¿cómo se comentaban allí los hechos?

El telégrafo, eléctrico en Francia y óptico en España en aquella época, habia sido el agente trasmisor de la noticia. El telégrafo es breve, su elocuencia grave y lacónica: trasmite el hecho descarnado, la entraña de la cosa: no comenta, no parafrasea; es la idea sin atender al arte. El telégrafo solo habia hablado estas palabras:—«Revolucion en Paris.—Guardia nacional dividida.—Varios regimientos de línea sacrificados en las barricadas.—Nueve generales muertos.—La asamblea ha conferido el poder ejecutivo absoluto en manos de Cavaingac.—El arzobispo de Paris muerto, etc.»

Semejantes ó parecidos términos dejaban al arbitrio de los políticos y noticieros el trabajo de filosofar y comentar tan graves hechos.

A los que mas la noticia habia sin duda sorprendido eran acaso aquellos que se esplicaron los hechos como mas naturales é irremisibles.

—¡Esto era fatal!—decia uno.

—¡Esto era de todo el mundo ya previsto!—decia el otro.

—¡La república de febrero habia de tener este fin!—añadia este.

—¡Lamartine nunca ha sido hombre de gobierno!—reponia el otro.

—¡Era el rey de las barricadas, las barricadas habian de destronarle!

—¡La *vourgesie* no tiene entrañas!

—¡El populacho de Paris no tiene mas política que la revolucion!

—¡Quien no preveia para la vecina Francia una catástrofe semejante!

—Yo no me he engañado;

—A mi no me sorprende;

—A mí tampoco;

—Ni á mí...

—Yo lo esperaba;

—Yo tambien;

—Tambien yo...

Y asi sucesivamente, y aun que tal vez á todos sorprendiera, á nadie alteraba, ni indignaba, y era por todos aceptado como un acontecimiento que en nada se referia á la vida íntima de los pueblos ni á sus intereses morales.

Recuérdese lo que hemos dicho respecto de la catástrofe del rey de Francia Luis XVI y compárese con lo que acabamos de esponer, que no era mas que el sello de muerte, puesto sobre la dinastía de Luis Felipe y la primera palabra del imperio cesariano de Napoleon. ¡Qué diferencia!... ¡Como cambian los tiempos!

Ningun noble llevada trazas de volverse loco como en 1793 habia sucedido; tampoco esta vez aun cuando el rey hubiese caido prisionero en las garras del pueblo, es probable que los que asi hablaban hubiesen levantado tercios pagados de su bolsillo para acudir en defensa de la coronada testa de un rey...

Y no eran estos solos los comentarios que en aquellos salones se oian, sino que entre los concurrentes se hacian otros del tenor siguiente:

—¿Cuanto han bajado los fondos franceses?

—No se sabe á punto cierto: no se anuncian operaciones de bolsa.

—Pero nuestros créditos deben haber sufrido alteraciones...

—Con baja del tres por ciento.

—¡Santo Dios!

—No compraria yo á un quince de diferencia de la cotizacion oficial de ayer.

—¡Compro tres millones de nuestros *treses* á este precio!

—Marqués, perderías.

—No puede ser tanta la pérdida.

—Partamos la diferencia conde; yo os pago los diez millones.

—¡Hecho!

—No hay que hablar mas...

—Y vos baron, ¿á qué quereis jugaros las barricadas de Paris? ¿á la alta ó á la baja?

—A la baja.

—Pues yo á la alta; con la particularidad de que si vos quereis, á lo alza yo os jugaré á la baja. Estamos completamente á oscuras.

—No; insisto en la mia. Os juego treinta millones á la diferencia entre la cotizacion de ayer y la de mañana.

—¡Hecho!...

. . . . . .

Creemos que no hay necesidad de mas para dar á comprender los distintos efectos que las jornadas de junio, en los primeros dias de la republica del cuarenta y ocho, produjeron entre las encumbradas jentes de la corte de las Españas y el primer acto solemne de la república francesa del noventa y tres.

CAPITULO VI.

Genealogia del conde Morlotte.

Santiago Eduardo de la Morlotte, baron de Chesburgo, quedó huérfano á la edad de doce años, teniendo un hermano menor al cual iba anexo el marquesado de Bournonville. Mas tarde hablaremos de él.

Ambos niños habian sido educados en un colegio bajo la tutoria de un tio paterno y otro materno, viejos entrambos, ricos igualmente y que anhelaban con viva ansiedad dejar colocados (como ellos decian) á sus queridos pupilos antes de que la muerte les sorprendiese en su ancianidad. Entendian, sobre todo por colocar á Santiago, proporcionarle una esposa digna de su alcurnia y una posicion en la córte adecuada á la que sus ascendientes habian constantemente ocupado en ella. Esta es la razon por la cual Santiago habia contraido matrimonio en la temprana edad de diez y ocho años.

La esposa del conde, que se llamaba Luisa, era una mujer de veinte años, pero á juzgar por su fisonomía nadie le hubiera atribuido mas allá de diez y siete. Era de estatura regular de rostro algo diminuto, pálida como la cera y el cabello rúbio; era una mujer sumamente delicada de facciones, de mirada lánguida y espresiva.

Puede decirse que la infeliz á los dos dias de casada quedó viuda, pues su esposo desde la escena que acabamos de relatar, encerrado en su gabinete, no debia salir de allí sino pasados cincuenta y cinco

años. La pobre Luisa para mayor desgracia suya, no logró ser admitida al lado de su esposo, sino en los momentos en que este se hallaba entregado en un profundo sueño. Santiago, que así se llamaba el conde, desde el momento en que se declaró perdida completamente su razon, lo olvidó todo, absolutamente todo. Luisa para él pasó á ser una persona estraña, y sobre estraña odiosa. Desde el dia siguiente cuando se presentaba á su lado para ocurrir á sus cuidados, Santiago se enfurecia de tal modo que era preciso separarla de allí para conseguir que el conde se calmase: circunstancia que no debia ceder al través del tiempo ni á favor de los remedios que debian suministrársele.

A los nueve meses de su desgraciado casamiento, Luisa por cuya salud se temió constantemente, dió á luz un niño con toda felicidad. Se le bautizó con el nombre de Daniel.

Luisa era rica de su parte, pero el conde lo era mucho mas. La reunion de ambas fortunas constituia una riqueza colosal. Pero los bienes del conde, anexos al título y á la dignacion de su apellido, eran vinculados segun la fuerza de las leyes de aquella época en toda su plenitud.

Andando el tiempo, Luisa, que apenas habia tenido ocasion de conocer antes de casarse las buenas ó malas prendas del conde y por consiguiente de aclimatársela el dulce sentimiento de esposa, fué lentamente amortiguándose el natural dolor de la situacion en que la mala estrella de su esposo la constituia y acabó por aceptar su situacion mas resignadamente de lo que acaso convenia á su decoro.

El niño fué entregado á ama. El ama era de las montañas de Santander, y so pretesto de que el niño respirase allá mejores aires y su complexion delicada se desarrollase mas saludablemente, Luisa consintió en separarse de su Daniel durante la época de su lactancia. Esto, en aquella época en que la moda aun no habia hecho forzosa esta práctica fatal, indicaba en Luisa cierta carencia de las mas nobles afecciones de una madre.

El niño debia criarse en las indicadas montañas hasta la edad de cinco años. Luisa no podia en manera alguna resignarse á tan larga separacion, y determinó ir á verle todos los años en la estacion veraniega. Pero no era cosa de emprender tan largo camino en com-

pañía de un criado ó de una doncella; antes consideró que era mucho mejor pasar el verano al lado de su hijo, yendo acompañada de algun amigo de su confianza.

No nos queremos permitir la menor murmuracion sobre la conducta de la condesa: la confianza que hacia de algunos de sus amigos podia ser honrada; consignaremos solamente que la nobleza contemporánea suya la criticaba, no por lo que pudiese encerrar su conducta de desarreglada sino por la transparencia que en ella habia.

La moda entre las gentes de gran tono ha sido siempre soberanamente caprichosa. Unas veces ha tolerado el desórden, y aun lo ha cobijado con fruicion, con tal de ejecutarse á cencerros tapados, otras veces lo ha celebrado aunque no existiese, con tal de aparentarlo á ojos vistos. En aquella época el manto de la hipocresía estaba tambien de moda.

Las gentes ocupadas en lo que hacia y decia la condesa no se acordaban ya del pobre conde. En la córte todo se olvida prontamente. Persona habia en la aristocracia que ignoraba por completo su estado: unos la consideraban viuda, otros soltera que no habia queridos ucumbir á la coyunda del matrimonio. En cuanto á las gentes de distinta estofa, ¿qué les habia de importar la duquesa de Morlotte?

Así llegó la época de trasladar definitivamente el niño á su casa.

Esto debia ser para la madre un fausto acontecimento, que decidió celebrarlo con pompa y esplendidez. Las puertas de los salones del palacio se abrieron á los amigos y alcurniados de la córte. Un dia ú otro era preciso que la condesa no desperdiciase su florida juventud llevando una vida constantemente austera, y que principiase á disfrutar de ella cual á su estado y su riqueza convenia.

La fiesta se celebró dando de ella conocimiento al gran mundo por medio del nombramiento de un ayo para el niño, encargado desde aquel momento de su educacion, y se enseñaron á los concurrentes las habitaciones destinadas á él y su servicio.

Nada mas ridículo que esta práctica, entonces tan en boga entre ciertas aristocráticas familias. No hay mas que figurarse á un chicuelo de cinco años, recien llegado de incultas montañas, acostumbrado á arrastrarse sobre la tierra, ganoso de correr tras los mucha-

chos, y verle de repente convertido en un jefe de su cuarto y de su servidumbre con el tratamiento de *usía*, y que se asombra cada vez que por llamarle por su nombre le llaman *su mercé*. Pero la infancia á todo se amolda; á todos los nombres responde con tal de que sus menores caprichos sean satisfechos. Solo por la costumbre podemos esplicarnos actos de tal naturaleza. Comprendemos que la necesidad, y en algunos casos un entrañable amor á la infancia, produzcan los maestros de escuela y las niñeras; pero de ningun modo la razon se esplicará nunca el que haya hombres formales y quizás considerados de sabios y graves, puestos al servicio de un muchacho cuya voluntad ha de ser ley para ellos, y cuyos caprichos órdenes terminantes para sus criados.

Posteriormente y cuando ya el niño iba aprendiendo de leer, á cada libro que cambiaba, en señal de sus adelantos, era para su casa un grato acontecimiento. Nada mas natural. Pero en vez de celebrarlo regalando al niño lo que le sirviese de estímulo en sus progresos, se celebraba con recepciones y fiestas en el palacio. Del mismo modo se solemnizaba cualquier incidente de su vida; de manera que con pretesto del niño la condesa hallaba en todo, medio de satisfacer su afan de lucir y de entregarse á contínuas diversiones. De este modo el niño fué creciendo mimado de un modo estraordinario: claro está que esto debia dar sus frutos precozmente. Como él era el objeto principal de las diversiones de la madre, algo el niño debia participar de ellas. Sin ser su instruccion de lo mas esmerado, era su educacion de lo mas perverso. A los quince años gozaba de una imprudente libertad y cualquiera de sus escesos lo celebraba su madre como una travesura inocente y propia de sus años, Mas fueron tales estos escesos y de índole tan perversa, que al fin la madre comprendió que, por culpa suya, su hijo se hallaba en una pendiente de perdicion y entonces trató de poner un remedio al mla. Quizás era ya tarde; la que no habia sabido educarle mal podia saber corregirle. Como gran correctivo; como única salvacion en sus estravíos, tan pronto cumplió los diez y siete años pensó en casarle.

—De este modo,—se decia ella,—lograremos sosegarle.

Este cálculo, que mas de una madre se hace todos los dias en análogas circunstancias, no es otra cosa que buscar una víctima á quien

sacrificar en aras de la torpeza; algunas veces de la maldad misma. Es un remedio empírico y salvage al mismo tiempo.

Así sucedió.

Entre los muchos amigos de la condesa habia uno, el marqués de Castelnovo, que tenia una hija de la misma edad del condesito á la cual se propuso á este por esposa. Daniel aceptó con transportes de alegría, semejante proposicion. Se le hicieron algunas reflexiones, se le demostró la importancia del nuevo estado en que iba á entrar y se le hizo presente que no debia aceptarlo sino despues de una formal determinacion de abandonar sus vicios y conducta estraviada.

El condesito convino en todo diciendo:

—¡Ah! el género de vida que hasta aquí he llevado me aburre. me fastidia, me mata..... Estoy cansado de la vida si pronto, bien pronto no adapto un sistema diferente. *Cáseseme* y se verá como todo cambia de aspecto.

Una de dos: ó lo que decia el condesito era cierto ó no lo era, En el primer caso. ¿Que se dirá de un jóven que á diez y siete años declara hallarse cansado de la vida por haberla llevado airada y sin concierto? En el segundo ¿no revela claramente semejante petulancia un cerebro vacío y un corazon sin dignidad?

Daniel se casó, pues, á los diez y siete años con una mujer á quien apenas conocía y la cual al entregarle su mano no hacía otra cosa que obedecer á un riguroso mandato de su padre.

La tal niña que se llamaba Margarita, era bella y rica, é hizo que durante medio año pareciese á todo el mundo que Daniel habia sentado la cabeza.

Nadie como ella vestia con mas majestad; ninguna entre las mujeres de la corte lucía con mas pompa, siendo citada como modelo y causando envidia á cada una de sus nobles rivales; pero pasado el indicado medio año, Margarita principió á observar en su esposo, cierto desvío hácia ella, que trató de corresponder con igual moneda. Margarita, amaba á Daniel como Daniel á Margarita, es decir, no se amaban. Lo que no cuesta de conseguir generalmente en poco se estima. Un negocio entre dos personas es una cosa sobre la cual entrambos hallan beneficio. El negocio estaba hecho, ¿qué mas debian esperanzar? Pero un negocio de esta clase, es de-

cir, financiero por una parte y de vanidad por otra, no podia llenar por si solo, los fines de los lazos conyugales.

De aquí que pasado el indicado término, la conducta de Daniel cambiase completamente. Si hasta el dia de su casamiento no habia tenido en realidad motivos de aburrirse del mundo y de las cosas, de allí en adelante, estos medios no habian de faltarle.

Considerado por razon de su estado, como hombre de peso, fué admitido en todos los círculos donde poco antes le hubieran rechazado por inesperto mozalvete. Tenia mujer; tenia por consiguiente, con que responder á la desconfianza que inspirasen sus pocos años y las apariencias de lijereza de carácter. Bebió desde aquel dia con los mas bebedores; jugó con los mas jugadores; montó los potros mas indomables, y se adiestró en el manejo de toda clase de armas. Partidas de caza, viajes al estranjero, y todo cuanto podia dar á su persona el lustre mas envidiable entre los cortesanos, todo lo hizo, á todo se asimiló y de todo consiguió rodearse.

Margarita por su parte, trató de imitarle, y como disfrutaba de toda la apetecible libertad que el caso requeria, consiguió en poco tiempo hacerse tambien notable en este sentido.

Por este lado habian de principiar á palparse los inconvenientes de semejante matrimonio.

Luisa, principió por tener celos de Margarita, su yerna; esta, por envidiar unas veces y menospreciar otras á su suegra.

¿Cuál de las dos era mas hermosa? Cada una por su parte eran una especialidad en su jénero. ¿Cual era mas rica? las dos lo eran en alto grado. ¿Cuál era mas vanidosa y pretendia vestir con mas gracia? Las dos igualmente. Ahora bien: ¿Cabian estos dos séres dentro de una misma casa? No. Y sin embargo vivian unidas, en presencia de las jentes estrañas, y no solamente unidas, sino que aparentaban ser mas que suegra y nuera, cariñosas hermanas. Vivian entre las mismas paredes, pero entre la una y la otra rujía el ódio mas amargo é inveterado.

Tenia cada una sus visitas, que recibian en sus respectivas habitaciones: tácitamente habian hecho un pacto que consistía en que los los dias de recepcion en sus salones, considerarian igualmente amigos á los íntimos de la una y de la otra.

Pero de aquí resultaba que sus adeptos frecuentemente se pasaban de un campo á otro; es decir, que se quitaban respectivamente sus visitas particulares.

Esto daba márgen á serios altercados que se manifestaban frecuentemente por medio de picantes epígramas y satíricas alusiones.

Daniel casi olvidado completamente de su esposa no podia ser ni el mas pequeño obstáculo á la conducta suya: campando á sus respetos, ignoraba completamente lo que entre las dos acontecia.

Mas llegaron las cosas á tal estremo, que las alusiones y epígramas que la una á la otra se dirigian, traspasando los límites del ridículo, penetraron en el sagrado del honor y de la delicadeza. Alusiones semejantes llevan envueltas consigo la presencia de terceras personas. Una de esas personas, era un íntimo amigo de Daniel, jóven de arrogante figura, y hombre montado, en toda la estension de la palabra, á la moda de aquel tiempo.

No se supo como, pero es lo cierto, que Daniel hubo de enterarse de lo que sobre este particular ocurría entre su madre y su esposa. No necesitó mas para considerarse obligado á pedir á su amigo una completa satisfaccion. Cuando los diestros en el manejo de las armas, encuentran, por cualquier pretesto que sea, medio de lucir su maestría y su valor, es seguro de que ni el uno ni el otro retrocederán en su loco empeño.

Daniel y el baron de Bella-Flor, que tal era el sujeto aludido, se concertaron sin mas intervencion que la de los testigos, y salieron al dia siguiente á dilucidar una cuestion de honra con la punta de sus espadas.

La suerte fué favorable á Daniel: el baron de Bella-Flor espiró á sus piés.

Cuando la madre y la esposa tuvieron conocimiento del hecho se horrorizaron de lo que podia llamarse su propia obra. Sin embargo, los efectos fueron distintos. Pasados los primeros meses, Margarita ya no se acordaba del difunto baron, pero Luisa fué entristeciéndose cada vez mas, enflaqueció hasta perder todas sus carnes y acabó por morir dentro del mismo año. A los veinte años de matrimonio el conde de la Morlotte quedaba viudo.

Margarita vió en la muerte de su suegra, la mas patente vindicacion de su honra.

Pocos meses despues de la catástrofe mencionada, se aguardaba en la casa un gran suceso, y Margarita se veia rodeada de todas las atenciones y cuidados tanto por parte de la servidumbre como por parte de su esposo.

El acontecimiento no se hizo esperar mucho.

Margarita dió á luz una robusta niña, la cual bautizaron con el nombre de Luisa, en memoria de su abuela.

Este acontecimiento fué celebrado con inusitada esplendidez. Aquel dia terminó el luto en la casa y se abrieron los salones que durante un largo período habian estado cerrados para todo el mundo.

Luisa fué entregada á ama como lo habia sido su padre, con la sola diferencia de que Margarita no quiso que su hija se separase de su lado.

Luisita fué creciendo tan robusta como bella. Revelaba en todo una precocidad estraordinaria y era el encanto y admiracion de sus jóvenes padres. Al año andaba como una perdiz, á los dos años hablaba como una cotorra, y así sucesivamente, de año en año, presentaba una faz diferente y siempre mas encantadora. A los siete años parecia una mujer perfeccionada; era una miniatura acabada de un tipo escelente de su secso.

Los padres admirados de su belleza y de su talento resolvieron darle una educacion especial. A este efecto pensaron que el mejor medio era educarla en país estranjero. Así lo hicieron. A siete años la mandaron á un colegio de los mas distinguidos y nobles de París. A los diez años la trasladaron á otro de Lóndres, y á los trece, en fin, á uno de Alemania. Sus padres la acompañaban por todas partes, de modo que aun cuando ausente de su familia, esta se hallaba siempre inmediata á sus cuidados. Luisita era en todos conceptos un objeto de fanática idolatría. Sus padres, solo de año en año y á veces de dos en dos, iban á Madrid, en cuya casa permanecian solo el viejo criado, que era el mayordomo á cuyas órdenes se hallaban dos criados mas, destinados al servicio del viejo conde.

A los diez y seis años, trataron de establecerse definitivamente en Madrid donde Luisa bien pronto fué objeto de entusiastas adoraciones.

El 10 de julio de 1831, no contando aun la edad de diez y ocho años, se celebraba en su palacio el fausto acontecimiento de su enlace con el baron de Wizet.

El baron de Wizet tuvo con Luisa una hija, á la que pusieron el nombre de Laura, quien, diez y siete año despues, el 22 de junio de 1848, casaba con el baron de Noblestante, como hemos demostrado anteriormente...

No nos estendemos sobre estos personajes por tener de hallarlos mas de una vez en nuestro próximo camino.

CAPITULO VII.

¿Qué hora es?

Dos horas despues de haber la concurrencia abandonado los salones, el doctor Morlotte, á quien para no confundir con los condes de este nombre llamaremos en adelante Alfonso, que era su verdadero nombre de pila, se hallaba á la cabecera de la cama en compañía de otros dos médicos. Uno de estos médicos era el de la casa; el otro el mas famoso Galeno á quien en aquella época en Madrid se consultaba para todos los casos graves ocurridos entre las familias mas pudientes de la nobleza. En la habitacion habia además de los mencionados facultativos Luisa y Laura con sus respectivos esposos, y entre ellos el antiguo y fiel criado que se llamaba Julian.

Esta reunion de personas formaba dos grupos: el de los médicos y el de la familia. Julian tan pronto se hallaba entre los unos como entre los otros: entraba y salia de la habitacion teniendo en movimiento á los demás criados que se rebullian por la casa corriendo de aquí por allá, todos á sus órdenes, impidiendo que ninguno penetrase en la habitacion de su antiguo amo.

Los médicos estaban en consulta permanente; la familia en la íntima persuacion de que el viejo conde llamaba á las puertas del sepulcro.

Mas el que hubiese observado atentamente al conde de la Morlotte, hubiera visto en su rostro una impasibilidad grande y en sus ojos una serenidad comun. Prescindiendo de la palidez de sus mejillas,

no se hubiera creido ver en él á un enfermo, sino á un hombre que se despierta de un sueño más ó ménos profundo y duradero.

Este estado, atendidas las circunstancias especiales en que se encontraba el conde, era lo que á los facultativos tenia en suspenso y confundidos. Habia permanecido mas de una hora preso de un síncope funesto, sin sentidos, sin aliento, sin pulso unas veces, y otras como agitado de un vértigo violento ó de una convulsion general que producia por su boca un torrente de palabras incoherente, frenético y furioso.

Mas de súbito habia cesado todo esto. A favor de una mirada lánguida que paseó primero por el gabinete y despues por el rostro de todos los concurrentes, habia cerrado los ojos y entrado en un período de inesperada calma. Los facultativos atribuyeron á la eficacia de los prontos medicamentos que se le suministraron, este nuevo período de su estado, en el cual permaneció hasta la madrugada, hora en que, retirándose la familia, quedó solo el viejo Julian con el doctor Morlotte.

El viejo conde poco despues de haber amanecido abrió los ojos y mirando á su rededor preguntó con calma y naturalidad lo siguiente:

—¿Qué hora es?

Julian, testigo de que el conde en cincuenta y cinco años no habia dirigido una sola pregunta á nadie, se sorprendió, de tal modo, que no supo que responder.

El conde repitió la pregunta levantando un poco mas la voz como si temiese no haber sido oido.

Entonces Julian le dijo:

—Señor, son las seis poco más ó ménos.

—Abrid la ventana y apagad la luz.

Julian lleno de asombro abrió los postigos y tomó el quinqué encendido que habia sobre la papelera y lo trajo á la habitacion exterior.

Despues volvió á entrar y se restableció en su puesto.

El conde hizo una seña para que se acercase y le dijo casi al oido, indicando al doctor que permanecia sentado á la parte opuesta:

—¿Quién es ese caballero?

—¡Señor, es el médico.

El conde cerró los ojos y se pasó la mano por la frente, de esta manera inequívoca con que lo hacemos al pretender recordar algo. Despues añadió:

—¿Y que hace aquí el médico?

—Señor, vela vuestro sueño. Habeis tenido esta noche alguna desazon...

El conde miró á Julian de hito en hito, en seguida paseó su mirada por su alrededor y dijo:

—Ya lo recuerdo, teneis razon; he pasado una noche desazonada, pesarosa, cruel... Si supieras, ¡ay Dios!.. Cuanto he sufrido. ¡Qué noche tan larga, tan horrible!.. Me parece ahora que el tiempo ha rodado sobre mi cabeza año tras año... ¡Dios mio! ¿Qué ha sido esto?

—Sosiéguese su mercé: no ha sido nada.

—Ah, sí: ya lo voy recordando todo... «¡La revolucion ha triunfado!» ¿No has oido una voz que resonaba por el ámbito de los salones como el eco de un trueno diciendo: «¡la revolucion ha triunfado!... ¡El rey ha muerto!»

—Nó,—repuso Julian,—el rey no ha muerto; el rey se ha salvado... Ha logrado escaparse del furor de las turbas.

El conde llevó ambas manos á su rostro y dijo:

—¡Gracias, cielo santo!

Ambos tenian razon: el conde se referia á Luis XVI de Borbon; Julian se referia á Luis Felipe de Orleans...

El médico se levantó entonces y tomó el pulso al enfermo. La fiebre que por intérvalos durante la noche le habia devorado, habia desaparecido, puede decirse, por completo. Apenas habia en su pulso una pequeña irregularidad.

—¿Qué haceis, caballero?

—Veo con placer,—contestó el médico;— que se va calmando vuestro estado fatigoso.

—¿Creeis que no será nada?

—Si os sujetais á un riguroso silencio y á los especiales cuidados que reclama vuestro estado, sin duda alguna.

—Doctor, haré lo que vos mandeis; creed que he sufrido muchísimo durante esa cruel noche. No sé lo que me ha pasado; mi cabeza se halla bastante débil todavía para poder decíroslo.

El médico con voz que revelaba todo su interés por el enfermo, dijo:

—Debeis absteneros absolutamente de tratar de recordar nada; si fatigais vuestra imaginacion os anuncio una segura recaida.

—Perded cuidado, doctor: pero aseguradme que el rey no ha muerto, que la noticia de su decapitacion es falsa; probadme que se ha salvado, y os aseguro que esta sola alegría me devolverá la tranquilidad y el aliento necesario para correr á sacrificarme en favor suyo y contra la revolucion.

—Os aseguro, señor conde, que el rey que destronaron hace poco los franceses no ha muerto.

—¿Me lo jurais?

—¡Lo juro!

—¿Por lo que mas sagrado os sea?

—¡Por mi honor, señor conde!

—Os creo y os aseguro que ya estoy tranquilo. Vos sabeis que la primera noticia ha sido la de su muerte; esta noticia me puso al borde de la tumba... Se que el rey vive, que el rey se ha salvado. Quiero vivir para consagrarme á su causa por entero, doctor. Dejadme en paz. ¿Cuánto tiempo quereis que permanezca en el silencio y en la oscuridad?... Decidlo, os juro obedeceros.

—Creo que algunos dias serán suficientes para conseguir vuestra deseada curacion.

—¿Decidme cuántos?

—Ocho tal vez...—dijo el médico siquiera fuese por darle una contestacion.

—¿Ocho dias, doctor, ocho?... Luego en estos momentos vuelvo por primera vez en mí de una enfermedad mas grave de lo que yo creia?

—Sí, señor conde, y os suplico que hagais un esfuerzo sobre vos mismo para no preguntar nada.

—Perded cuidado... Pero antes de encerrarme en el absoluto silencio que me ordenais, permitidme una pregunta.

—Hablad.

—¿Es necesario privarme de Luisa?

—Sí.

—¡Esto es lo único que siento!... Por lo ménos que la vea una sola vez.

—Estaré en observacion y si lo considero oportuno, lo ordenaré.

El conde cerró los lábios y volvió la cabeza, significando así que obedecia con resuelta docilidad las prescripciones del facultativo.

CAPITULO VIII.

El primer rayo de esperanza.

El doctor dejó solo al criado Julian al lado del viejo conde, y se hizo acompañar á la estancia donde se hallaba reunida la familia.

Al aparecer, todos le miraron con asombro.

—¡Mi padre muere!—esclamó Luisa precipitadamente. (Luisa daba al conde el título de padre).—¡Mi padre muere!

—¡Quiere dejarme un funesto recuerdo del dia de mi boda!—añadió Laura.

El doctor, que oyó las palabras que acabamos de mencionar, dijo:

—Señoras, el enfermo está atravesando una crísis singularísima: creo que va á ofrecernos un fenómeno fisiológico de la mayor importancia, tan raro, que sobre él no me atrevo á aventurar ningun pronóstico. La ciencia no tiene palabra alguna para aclarar este misterio. Oid; el conde de la Morlotte, quisiera no equivocarme, pero es lo cierto que todos las señales indican que el peligro que temíamos ayer noche, ha desaparecido por completo...

Al oir estas palabras se miraron los unos á los otros con asombro y despues de algunas preguntas dirigidas al doctor, este contestó:

—Y no es esto solo, sino que todas las señales son de que el conde volverá á la razon.

Las palabras del doctor cayeron como un rayo en medio de la concurrencia.

—¡Cielos!—esclamó Luisa pudiéndose apenas dar razon de lo que oia,—¡será posible!...

—¡De ningun modo!—saltó el baron su esposo;—el doctor está perturbado; no recuerda que es absolutamente imposible semejante cosa... No hay en los anales de la medicina un caso que se le parezca. ¡Cincuenta y cinco años de una parálisis semejante en las funciones de su inteligencia, deben forzosamente haber atrofiado su cérebro, de tal modo, doctor, que, no lo dudeis, vuestras palabras son pura ilusion de vuestra mente.

—¡Quién sabe, papá!—esclamó Laura llena de alegría,—quién sabe si volverá todavía á la razon!

El doctor se encogió de hombros.

—La naturaleza,—dijo,—es tan pródiga en milagros, tan generosa, que no hay que desconfiar de nada. No nos entreguemos á una ciega esperanza, pero estad persuadida de que todo es posible. La ciencia es incrédula sobre este punto, pero ante la evidencia solo hay que inclinar la cabeza y respetar los misterios de la vida.

—Doctor,—esclamó Luisa en medio de un transporte de verdadera alegría,—¿vos teneis confianza?...

—Observo y me asombro, nada mas;—contestó el doctor.

—¡Ah; si volviese á la razon! ¡Dios mio, que felicidad, despues de mas de medio siglo de tan grande somnolencia!—esclamó Luisa en medio de una agitacion estraordinaria.

—Seria un fenómeno de los mas notables, si descorriéndose lentamente la cortina que ha tenido encubierta su razon, se presentase de nuevo y en el lleno de su poderío...

Luisa se levantó y cogiendo de la mano á su esposo el baron y á su hija Laura, dijo dirigiéndose al doctor:

—¡Caballero, acompañadnos á su presencia!.. ¡Corramos!... ¡Que si un momento de lucidez se presenta á su razon, nos vea al menos á su lado y oiga de nuestros labios las protestas de amor...

El doctor antepuso sus manos al pecho de las dos mujeres, que arrastraban cada una por su parte á sus respectivos maridos, diciendo:

—Señoras, por piedad; si amais al señor conde, si os interesais por su vida, si deseais su restablecimiento, si quereis con vivo in-

terés que el fenómeno pueda desarrollarse libremente, es preciso, de todo punto, que mis prescripciones sean puntualmente obedecidas; y lo que sobre todo conviene, lo que es de necesidad absoluta, es que la calma, la soledad, el silencio, le rodeen por completo. Bajo cargo de conciencia y en nombre del sacerdocio que ejerzo al lado del enfermo, protesto con todas mis fuerzas de la presencia de persona alguna en su gabinete... La crísis es sumamente delicada, no sabemos lo que suceder puede; así debemos esperar la muerte, como una curacion inesperada... En cuanto á mí, declaro hallarme en un mar de confusiones y de dudas, y que necesito el concurso de mas de un hombre docto en mi carrera.

Luisa y Laura volvieron á sentarse suplicando al doctor desplegase toda su actividad y celo en favor del enfermo.

Desde aquel momento, escepto en la habitacion del viejo conde, reinó en el palacio la mayor agitacion, el mas inusitado movimiento indicando el celo de que todos se hallaban poseidos.

CAPITULO IX.

Problema á resolver.

El viejo conde Morlotte, ¿habia vuelto por completo á la razon?

En medicina se comprueban, aun que no se esplican, semejantes fenómenos.

Un gran trastorno producido por un golpe moral; un estraordinario dolor que afecte vivamente nuestro organismo, vuelcan el entendimiento y páranse sus funciones racionales, como un reloj que un obstáculo material detuviese en su marcha regular y ordenada. La razon humana paralizada repentinamente, pierde la conciencia del tiempo que rueda inflecsible, y no sabe darse conocimiento de los hechos que le rodean sino con relacion á aquellos que fueron causa á detener la máquina de su juicio. El médico poco tiene que hacer á su lado, patológicamente hablando. Es un estudio de observacion y filosófico, un estudio de análisis fisiológico, en el cual el menor incidente no puede despreciarse ni el menor indicio dejar de tenerse en consideracion. El remedio se ha de sacar de la misma enfermedad. Pero es tan difícil dar con él, y á veces tan absolutamente imposible, que la ciencia desfallece y el médico declara el mal incurable. Sucede con estos desgraciados, como si se hubiese roto un hilo cuya solucion de continuidad no fuese posible sino uniéndolo por los mismos cabos rotos. Si un ser humano ha perdido la razon por haber venido la muerte á cortar el hilo de un amor sublime y entusiasta, ¿cómo quereis anudar por los mismos cabos la razon perdida? Impo-

sible. De la misma manera un reloj cuyas agujas han detenido un grano de arena en su pausada marcha, ¿será posible sin apartarse este obstáculo, que ruede sobre el horario á impulsos de la máquina que lo anima? De ningun modo. Y así como la máquina no habla, ni hablan tampoco los cabos de un hilo roto, el hombre cuya razon ha sufrido un descarrío tal, raras veces señala el remedio que tal vez conviniera adoptar para su curacion.

Si al conde se le hubiese preparado una escena como la que acabamos de describir, tal vez repentinamente hubiera vuelto á la razon. Mas ¿como habia de poder verificarse? ¿Era posible atinar en una cosa semejante? Un conjunto tal de circunstancias, una identidad tan grande de sucesos, no era posible provocarlas. Aun sospechando donde el remedio pudiese hallarse, al médico no le hubiera sido posible echar mano de todos los elementos de que la casualidad rodeó aquel gran suceso, ó acaso la Providencia lo ordenó para sus fines particulares.

Fuese cual fuese la causa secreta á que obedecieron estos, lo cierto es que el conde podia haber vuelto repentinamente á la razon, ayudado en gran parte por la ciencia de tres facultativos.

Pero un hombre que recobra la razon despues de cincuenta y cinco años de haberla perdido, ofrecerá indudablemente á los ojos del filósofo una série indefinida de fenómenos sumamente estraordinarios. ¡De diez y siete á setenta y dos años! Hé aquí un hombre que no ha sido hombre; cuya existencia ha salvado desde un salto de la juventud primera al lleno de la vejez... Hay en su vida un profundo hueco; un abismo tenebroso: toda una época de la vida del hombre; toda una época de la historia del mundo... Si el conde al volver á la razon, el espanto, el asombro, el horror que esos sucesos debian infundir en su organismo, no eran suficientes para abismarle desde luego en la demencia ó en la locura mas espantosas, el conde habria triunfado de todo.

Gracias á la prudencia y ciencia de los facultativos consagrados á sus cuidados, este inconveniente debia salvarse, como el oculista salva en el ciego los de la operacion de las cataratas; primero, manteniendo vendados sus ojos, despues rodeándole muy lentamente de una luz débil cuya intensidad va aumentando por grados hasta poder resistir en su retina los vivos rayos de la claridad.

No se necesitaba al lado del conde el ausilio solamente de los médicos; tenia necesidad del filósofo. El doctor Morlotte reunia esta circunstancia. Hombre de elevado talento, analítico, fisiólogo, observador profundo, dado á la reflexion, despreocupado, conocedor minucioso de la historia, familiarizado por medio de la lectura con sus grandes hombres; era, en una palabra, el elemento mas apropósito para aquellas circunstancias. El conde necesitaba un Morlotte para triunfar de su enfermedad; Morlotte necesitaba un fenómeno como el que ofrecia el conde para desplegar todo su saber y la índole especial de su talento.

CAPITULO X.

Iguales preguntas, distintos significados.

Así Luisa se lo manifestaba siempre que hallaba ocasion de hacerlo diciéndole:

—Doctor, vos habeis salvado á mi abuelo; á vos indudablemente os debe la vida, con la vida la razon y con la razon la calma.

El doctor por su parte le contestaba:

—Señora, aun no ha sonado la hora de cantar el triunfo; ¡resta mucho, mucho, mucho todavía.

—Pero ¿todo va bien, en realidad...?

—Ciertamente.

Su esposo el baron de Wizet le hacia las mismas preguntas en distintos términos:

—¿Es posible que este hombre vuelva á la razon?

—Sí, caballero... Para la naturaleza no hay nada imposible,—respondia el doctor.

—¡Esto me asombra!

Y como si el caso no perteneciese únicamente á la medicina acudia el tal baron al bufete de los mas afamados abogados de la córte con la siguiente tésis á resolver: «¿Puede un hombre despues de haber permanecido loco durante cincuenta y cinco años, incautarse de nuevo de la hacienda y títulos de nobleza que, por decisiones legales habian pasado á sus legítimos herederos?»

Entre los abogados consultados por el baron habia uno que se

llamaba Thompson, y este era el que con sus razonamientos dejaba el ánimo de Wizet mas tranquilo y el que mejor satisfacia sus deseos.

Apesar de que Laura sobre este punto no hacia repetidas preguntas, no era, que digamos, agena del todo á los temores y zozobra de su esposo. Tambien de vez en cuando solia preguntar:

—¿Si el conde quisiese, podria manejar los intereses de la casa, á su gusto y satisfaccion?

La pregunta se hacia estensiva á su padre y á su madre.

El padre opinaba que nó.

La madre al contrario, opinaba que sí, y añadia:

—Aun cuando no fuese su derecho, por mi parte me consideraria en esta obligacion.

. . . . . .

. . . . . .

Esto probaba la ansiedad mortal en que todos se hallaban respecto de este asunto. Los bienes del viejo conde y de su mujer, habian pasado por infinitas peripecias. Dueños de grandes propiedades, territoriales, á las cuales iban anexos muchos señoríos, privilegios é inmunidades, habian perdido gran parte de su carácter y aumentado infinitamente de valor. De propiedad vinculada habian pasado á propiedad libre. Las prestaciones y señoríos se les habian escapado de las manos, hallando, los prestadores de semejantes vasallajes, medio de redimirse de ellos. La propiedad libre, esplotada por el libre trabajo, da por resultado el aumento de riqueza. Los descendientes del conde, que habian modificado su propiedad cambiándola de forma, estendiéndola por una parte y limitándola por otra, habian usado del derecho de propiedad en las diversas manifestaciones por las cuales pasára desde el año noventa y tres, época del renacimiento político, fuente de una nueva civilizacion, orígen de estraordinarios progresos en la historia.

El caso era árduo. Todo dependia de que el conde al volver á la razon mirase las cuestiones que debian presentársele bajo un punto de vista ú otro.

Podia dar su asentimiento completo á lo hecho, ó negarlo. Esto era evidente.

En el primer caso no habia cuestion; en el segundo la cuestion

era muy grave. Si nada en el mundo era capaz de volver las cosas en su primitivo estado, ¿podia el conde reclamar legalmente lo suyo aunque en forma variada?

¿Cual de estas cosas tenia que suceder?

Mas adelante lo veremos.

CAPITULO XI.

El roble de medio siglo.

Un mes hacia que el conde habia vuelto paulatinamente á la razon. El doctor Morlotte especialmente, creia que este se hallaba en disposicion de resistir á los primeros rayos de la luz. La curacion se anunciaba completa: el conde era un niño de diez y siete años, con todas las preocupaciones de un noble español de fines del siglo pasado, con toda la inocencia hija de una instruccion raquítica limitada, y sin embargo, era preciso hacer de él, en mas ó menos tiempo un anciano de setenta y dos años...

Una mañana en que el conde se habia levantado como de costumbre, bastante temprano, y en que durante la noche el doctor Morlotte habia sostenido con él algunos ratos de conversacion, dijo el primero al segundo:

—Y bien, doctor, ¿no creeis todavia bastante fortificada mi razon para resistir las duras pruebas á que decis deber sujetarme?

A cuyas palabras contestó el doctor:

—Señor conde, á vos os toca mas que á nadie decidirlo.

—¿A mí?—contestó con viva emocion,—¿acaso no os lo estoy suplicando contínuamente? ¡Ah! Al menos permitid que entre mi Luisa, mi amada esposa Luisa...—El conde creia que su esposa no habia muertó porque ignoraba aun el tiempo y las circunstancias que habian transcurrido.

El doctor fijando con fortaleza una mirada en los ojos del conde dijo:

—¡Hablais de vuestra esposa, hablais de vuestros nobles amigos, hablais de los acontecimientos políticos que os rodearon en el funesto dia en que recibiste el golpe fatal, de que acabais de salvaros, sin tener conciencia del tiempo transcurrido y de los hechos que necesariamente el tiempo debe haber producido!.. Reflexionad un momento sobre este estremo, y despues, si os sentís con valor de mirar con calma la amarga pérdida de los dias transcurridos, preguntad y os contestaré.

El conde abrió los brazos con trágico ademán y esclamó:

—¿Luego ha pasado algun tiempo del cual no tengo noticia? ¿luego los hechos sucedidos en su transcurso pueden ser tristes y dolorosos para mí?..

—Señor, esto es indudable: el tiempo no rueda en vano sobre nuestras cabezas.

El conde poniéndose erguido como un palo y estendiendo su mano un poco adelante y con el índice estendido en señal de mando:

—Hablad,—dijo al doctor.

—¿Teneis valor?—Le preguntó este con acento grave.

—Sí,—le dijo;—tengo valor, y os aseguro que aun cuando me participaseis que estoy en la otra vida os oiria con la misma calma y serenidad de que tengo ya dadas tantas pruebas.

El doctor continuó:

—Pues bien: hacedme el favor de aguardarme aquí un momento.

—Marchad...

El doctor se fué al tiempo mismo en que el conde se encaminó hácia el balcon que estaba abierto de par en par.

Se puso con el codo apoyado en la balaustrada y la frente descansando en la palma de la mano. Quien en aquel momento le hubiese observado con minuciosa atencion hubiera indudablemente asegurado que aquel hombre sufria una dolorosa metamórfosis. Su rostro se transfiguraba, sus labios dibujaban esa línea doblemente arqueada que es signo infalible de cruel espasmo. Atravesaba uno de esos terribles instantes en que el dolor es mas fuerte que la muerte, y en que esta tiene que retirarse vencida por su adversario. Pero tambien era uno de aquellos instantes en que un jóven se convierte repen-

tinamente en un viejo; una cabellera negra y lustrosa se vuelve blanca como la nieve y plateada como los recuerdos de la senectud.

En aquel momento entró el doctor Alfonso.

—Doctor,—le dijo,—todo lo he adivinado....

Cogiéndole por la mano le acercó al balcon, y señalando á un árbol del jardin, le dijo con acento patético:

—¡Mirad ese roble que teneis en frente!.. ¡El me lo indica todo!..

El doctor miró el roble dándole á entender que nada comprendia.

Mas el conde continuó:

—Vos sabeis que algunas familias nobles tienen la costumbre de plantar un árbol en sus tierras el dia en que Dios se digna concederles un hijo. Este roble fué plantado el mismo dia de mi nacimiento. ¿Comprendeis lo que quiero significar?

El doctor contestó con estas palabras:

—Conde, habéisme ofrecido tener valor para saberlo todo...

El conde continuó señalando siempre el indicado árbol con el índice de la mano derecha:

—¡Observadlo bien!.. ¡cuenta mas de medio siglo de existencia!..

El doctor Alfonso comprendió entonces lo que su pariente queria decir, y observando en su rostro las señales de un inmenso pesar, dijo precipitadamente:

—¡Tranquilizaos, tranquilizaos!... ¡Sois una resurreccion providencial!

El conde se miró de piés á cabeza, y fijando una mirada en sus manos secas y descarnadas, esclamó:

—¡Soy un viejo!...

El doctor quiso aprovechar este incidente, quizás decisivo, y trató que de un solo golpe apurase sobre este punto la triste realidad de su situacion.

Cogió al conde de la mano y le suplicó que se sentase. Despues se encaminó al pupitre donde habia dejado un voluminoso objeto envuelto en un pañuelo y lo tomó. Con él en la mano, se dirigió otra vez al conde y entregándoselo le dijo:

—Desatad vos mismo este pañuelo.

El conde lo desató. Era un marco de madera, un cuadro que le presentó por el reverso, es decir conteniendo una plancha delgada

de madera, sugeta en él por medio de pequeños clavos de acero.

Instintivamente el conde volvió aquel objeto al amverso.

Era un espejo.

El conde se vió reflejado en su fondo; pero no hizo mas que verse é instantáneamente cerró los ojos: el espejo cayó de sus manos al suelo donde se quebró en mil pedazos. Al mismo tiempo salió de su pecho un suspiro profundo que fué seguido de estas esclamaciones:

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

Y juntando sus manos temblorosas dejó caer su frente sobre los afilados nudos de sus dedos.

El doctor le contemplaba con imponente mirada. Temia que aquel golpe tremendo encontrase tal vez su cérebro incapaz de resistirlo. Mas la frente del conde fué serenándose paulatinamente; dejó caer sus manos sobre las rodillas y abriendo los ojos cuya mirada sombría dirigió al doctor, preguntóle amargamente:

—Y bien, ¿cuántos años tiene este anciano?

El doctor contestó con acento pausado y grave:

—Señor, nos hallamos en el año mil ochocientos cuarenta y ocho.

El conde se puso á reflexionar y despues de breves instantes murmuró con voz apagada, grave y lenta:

—¡Setenta y dos años!

Al mismo tiempo volviendo á juntar sus manos y dejando caer sobre ellas la frente, repitió:

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

En esto el doctor se encaminó al pupitre encima del cual habia varios frascos con medicinas preparadas para esta escena y tomando algunas gotas que inmergió en un vaso volvió al conde y le dijo:

—Bebed.

El conde rechazó con la mano aquella medicina y dijo al doctor:

—Os he asegurado que me sentia con valor suficiente para soportarlo todo; de nada necesito para aliviarme del gran peso de mi desgracia... Me ausiliará Dios... Mi cuerpo puede haber envejecido pero mi espíritu es jóven; os lo aseguro.

El doctor principió á pasearse de un extremo á otro de la estancia con los brazos cruzados y la cabeza inclinada al suelo. Hubo algunos momentos de un religioso y profundo silencio, durante el cual solo se oian las pisadas de este y la fuerte respiracion del conde. Este silencio terminó con las palabras del primero, quien, como si hablase consigo mismo, murmuraba:

—¡El espíritu no envejece nunca!.. ¡El alma es siempre jóven!.. ¡El vaso se rompe; la esencia no se pierde!.. La vejez es un espanto de la razon que ve como el cuerpo se aniquila: todos los momentos en que se olvida de esto no hay entre los hombres jóvenes ni viejos... El tiempo pasa por el cuerpo que es perecedero, pero para el espíritu que es inmortal, esta palabra no es de ninguna significacion ni resultado...

El conde oia este monólogo con manifiesto asombro: las últimas palabras le obligaron á decir:

—Doctor, teneis razon; conozco que no hubiera sido posible sostenerme en la menor ignorancia respecto del tiempo que ha rodado sobre mi cabeza, pero si lo hubiese sido, y en vez de años hubiesen pasado siglos, creo que eternamente me hubiera considerado en los diez y siete años de mi edad!..

—Fenómeno singular,—repuso el doctor,—que atestigua los grandes errores en que han incurrido muchos filósofos.

El conde sin atender á estas palabras, sin duda porque preocupado en ideas de distinto órden no le oia, esclamó:

—¡Y mi Luisa! ¿Dónde está mi Luisa?

Alfonso, que continuaba paseándose de un extremo á otro de la habitacion, se detuvo y levantando una mano con magestad señaló el cielo, á traves del balcon:

—¡Allí!—dijo:

—¡Dios de bondad!...—esclamó el conde.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono lúgubre y solemne. Tenia el conde los ojos levantados hácia el cielo y las manos cruzadas sobre el pecho. Despues cayendo en un profundo abatimiento, durante el cual su voz apenas podia oirse, esclamó:

—¡Sólo, Dios mio, en este mundo!..

El doctor no habia sin duda prevenido que pudiese en aquel

instante ocurrírsele al conde semejante idea, á favor de la cual debia encontrar un inefable lenitivo á la triste situacion del conde. Aprovechando pues esta favorable circunstancia, dijo:

—No mueren, señor conde, para este mundo, aquellos que dejan tras de sí en la tierra los frutos de bendicion que el cielo se ha dignado concederles...

El conde miró al doctor con aspecto sombrío.

—¿Qué decís?

—Vuestra esposa ha muerto, es verdad, pero vos sois padre; tres veces padre.

El conde sin desviar la vista del rostro del doctor, se encogió de hombros y meneó tristemente la cabeza.

—¿No me entendeis? Reflexionad que el dia fatal en que vuestra razon se trastornó, era el tercero de vuestra union con Luisa.

El conde como si súbitamente se hubiese sentido agitado á impulsos de una máquina eléctrica se estremeció violentamente y esclamó:

—¡Oh!... ¿Qué decís?

—Que sois padre, tres veces padre; vuestra esposa vive en vuestra nieta.

El conde preguntó con febril ansiedad:

—¿Y mi hijo?

—Vuestro hijo,—murmuró solemnemente el doctor,—vive con vuestra esposa en el cielo.

—¡Dios mio, amparadme!

El esposo de tres dias se encontraba bisabuelo de una mujer casada. Júzguese del natural asombro del conde. En tan breve espacio de tiempo ¡que inmenso cúmulo de sucesos se desplegaba á sus ojos! Habia lo suficiente para volver á perder la razon. Este era el vivo temor del médico y para lo cual habia procurado desde un principio propinar en pequeñas dósis la amargura de su situacion.

—Doctor,—dijo el conde despues de una larga pausa durante la cual este inspeccionaba todos los movimientos de su rostro para sorprender todas las sensaciones de su espíritu,—doctor, permitidme al menos que pueda, cuanto antes, ver ese retoño de la flor de mi juventud... Dejadme que vea á la que debe devolver á mi men-

te los ensueños pasajeros de un dia de felicidad. Yo no he sido feliz sino brevísimos instantes; no he vivido sino cortísimos momentos... ¿A setenta y dos años, doctor, qué vida quereis que me reste? Si el espíritu no muere ni envejece, el cuerpo tiene su duracion limitada y está sujeto á leyes inflexibles. Los límites de la vejez son el sepulcro, y á setenta y dos años nos abre su seno y nos llama para descansar entre sus frios brazos... Doctor, acelerad la hora.

—Está bien,—dijo este,—yo os traeré de la mano á la que lleva, en conmemoracion de vuestra esposa, su mismo nombre.

—¡Luisa!—esclamó el conde en un vivo transporte de alegría.

—Sí.

—¿Se llama Luisa?

—Y es un vivo retrato de su abuela,—añadió el doctor.

El conde agitado y en medio de la mayor commocion gritó:

—Traédmela doctor, traédmela pronto si no quereis que me levante y vaya por toda la casa llamándola á mis brazos.

El conde prorumpió en amargos sollozos

—¡Señor, haced que no vuelva este pobre loco á perder la razon; dejadme abrazar al menos á mi Luisa!

El doctor salió de la habitacion despues de dirigir al conde estas palabras:

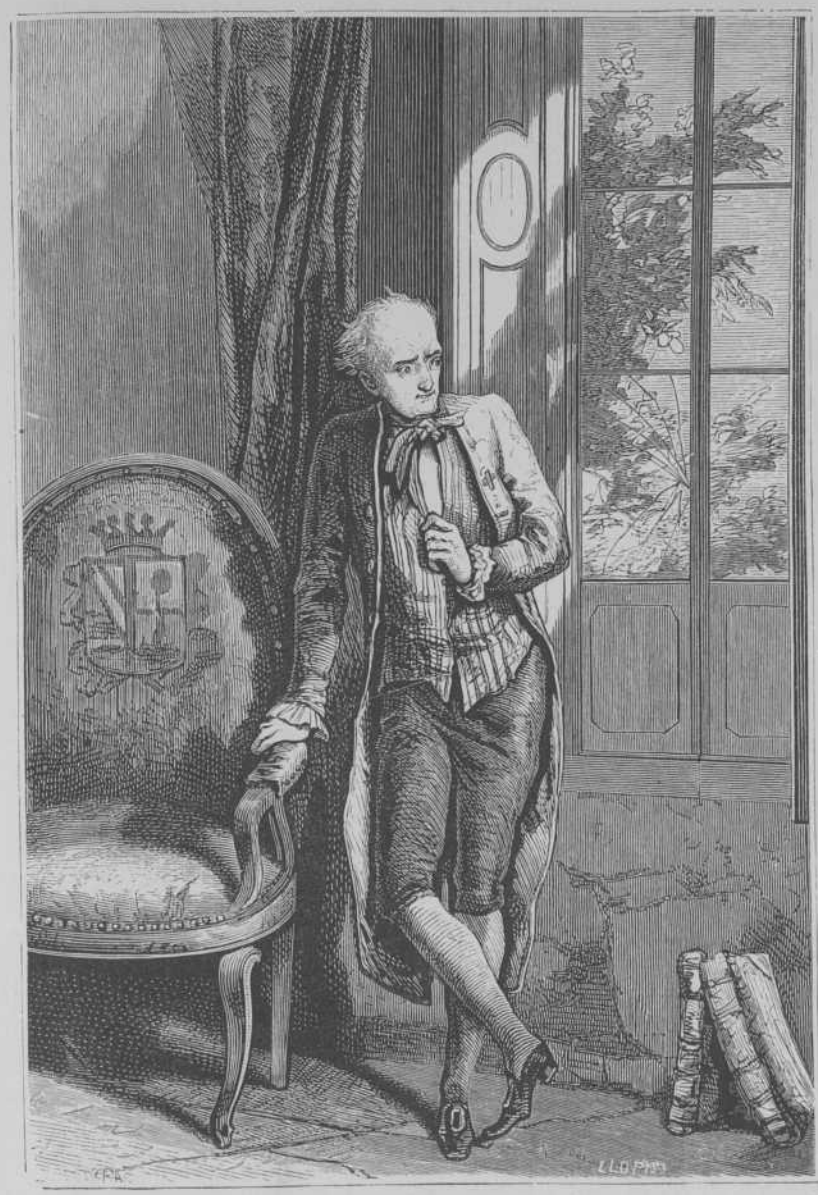
—Yo os traeré á vuestra Luisa y á su esposo: aguardad un momento.

El doctor se fué.

El conde, se quedó un momento con los ojos clavados en la puerta por donde el doctor habia salido; pero insensiblemente fué bajándolos hasta mirar al suelo.

No se habrá olvidado todavía de que á sus piés permanecia roto el espejo que el doctor le habia puesto en las manos. Al bajar la vista, su rostro reflejó en su fondo de una manera informe. La vejez nunca se habia visto retratada de una manera tan espantosa á sus propios ojos. La imaginacion del conde no atinaba en aquel fenómeno tan natural; sin embargo, esto le hizo cerrar los ojos lleno de horror ante su propia imágen.

Hubiera sido doloroso para él, y tal vez funesto á su razon, si hu-



EL CONDE DE LA MORLOTTE

biese tenido tiempo de entregarse á reflexiones de distinto órden de las que hasta allí le habian embargado; pero el doctor que se habia propuesto no dejarlo nunca solo, se presentó de nuevo, abriendo la puerta solo lo justamente necesario para entrar él.

Al verle el conde preguntó con estrañeza:

—¿Y Luisa?...

—Vais á verla; pero os recomiendo, y os conmino á ello como un deber religioso, que procureis dominaros y ostentar ese valor con que Dios os ha agraciado.

—Perded cuidado; presentadme mi Luisa.

El doctor retrocedió un paso, empujó la puerta y la abrió de par en par.

Detrás de la puerta, se hallaban Luisa y su esposo el baron de Wizet, Laura y su marido el de Noblestante.

—Entrad señores,—dijo el doctor Alfonso,—el conde de Morlotte os llama.

Los cuatro entraron en la habitacion y se quedaron de pié, como si en aquel momento una fuerza irresistible y miraculosa les hubiese impedido pasar mas adelante.

CAPITULO XII.

Los abrazos.

El conde abarcó de una sola mirada el grupo que tenia delante, pero particularmente fijó su vista en el rostro de Luisa. Permaneció como encantado, durante brevísimos instantes y despues fué levantándose maquinalmente, dió algunos pasos hácia ella y abrió los brazos. Iba á arrojarse á su cuello cuando Luisa por medio de un movimiento rápido se avalanzó sobre el suyo.

—¡Luisa!... ¡hija mia!—esclamó.

Luisa no profirió ni una palabra. Los sollozos y las lágrimas de entrambos se confundian: hubiera sido necesario tener el corazon de piedra para no sentirse conmovido.

El doctor temiendo qne la emocion embargase el espíritu del conde, arrimó su sillon hasta el punto donde este se hallaba y le obligó á sentarse. Luisa entonces se dejó caer de rodillas y le dijo:

—¡Tranquilizaos!... Vuestra familia ha velado constantemente vuestra persona; de padres á hijos nos hemos ido relevando á vuestro lado. Ya que Dios se ha servido obrar un milagro en vuestra razon, continuaremos siendo vuestro apoyo, vuestro amparo, y de hoy mas vuestro consuelo y vuestra felicidad...

El baron Wizet que no habia desplegado aun sus labios en presencia del conde, añadió á las últimas palabras de Luisa lo siguiente:

—Sí; nosotros procuraremos endulzar vuestra existencia, y el cielo os colmará de toda clase de dichas.

El conde miró fijamente al que hablaba, pero como no contestase á sus palabras, dijo Luisa:

—Es mi esposo, mi buen esposo el baron de Wizet.

—¡Ah!—esclamó el conde lleno de alegría,—¡sois nieto mio!

—Y como tal, hijo obediente,—repuso el baron con tono humilde é inclinándose hasta besarle su mano que tenia colocada en el hombro de Luisa.

—Gracias,—esclamó el conde,—gracias.

Y luego cambiando de tono y casi al oido de Luisa preguntó:

—¿Y estos?...

Luisa se levantó cojiendo á Laura de la mano y la acercó al conde diciendo:

—¡Laura, hija mia, abraza á tu bisabuelo!...

Laura se arrojó al cuello de aquel venerable anciano y dejó caer una lágrima sobre su frente. El conde á su vez imprimió un beso en la suya.

En aquel momento el conde recordó la escena del baile en la cual recobró su razon y mirando al de Noblestante, preguntó:

—¿Y vos sois su esposo?... Venid...

Este se acercó y le abrazó dirijiéndole algunas palabras por el estilo de las que anteriormente al baron le habia dirigido.

El cuadro que estos personajes presentaban era digno del mejor pintor, pero ¿cual hubiera sido capaz de retratar las distintas sensaciones que en el rostro de cada uno reflejaban? Un anciano de aspecto grave, de inocente mirada, respirando en su actitud y en el conjunto de su fisonomía un misterio profundo, sentado en un sillon, con los brazos estendidos, (los cuales descansaban en los hombros de dos mujeres arrodilladas á sus piés y apoyando sus cabezas en su pecho) y el lado de ellas, de pié, dos hombres jóvenes y de mirada altiva, inclinadas sus frentes hácia el suelo, y en último término un hombre, el doctor, con los brazos cruzados y contemplando al anciano con mirada penetrante é investigadora; todo esto es un cuadro fácil de concebir pero imposible de realizar, para ponerlo en evidencia con toda su importancia, á los ojos del espectador. Fuera indispensable para esto que las pasiones mas recónditas, los sentimientos mas ocultos, las afecciones mas raras y estrañas tuviesen su lenguaje

natural en las modulaciones del rostro, conocidas y esperimentadas.

La mayor parte de las sensaciones allí dominantes eran nuevas aun para el fisiólogo. Renunciamos pues á describir un cuadro de semejante naturaleza y en su lugar dejaremos á ellos mismos que espresen algunos detalles del pasmo de aquel cuadro.

El conde dirijiéndose al doctor dijo:

—Amigo mio, Laura es el retrato de mi pobre esposa de su desgraciada bisabuela, mirad,—añadió, señalando el retrato que habia colgado en una de las paredes de la habitacion;—mirad, que inmensa semejanza.

—Ya os lo decia yo,—contestó el doctor.

Luego estendiendo su mano sobre la cabeza de Laura y acariciándola, preguntó á esta:

—¿Cuantos años teneis?

—Diez y siete,—contestó.

—¡La edad de mi Luisa!

Y haciendo estensivas sus palabras á todos los presentes prosiguió:

—¡Si supierais cuan buena, cuan generosa, cuan adorable era!.. La infeliz debió haber sufrido mucho por mi culpa. Y dirigiéndose especialmente á Luisa le preguntó:

—¿La has conocido tú?

Luisa meneó la cabeza contestando al mismo tiempo:

—No señor.

—Debió, pues, haber muerto jóven; ¿que edad tienes tú?

—Treinta y seis años.

—¿Y á que edad murió tu madre?

—A cuarenta y cinco señor.

—¡Todos jóvenes!... todos murieron en harto temprana edad!

El doctor que observaba y oia atentamente al conde, temeroso sin duda de que este no se perjudicase fatigando su imaginacion por la série de preguntas iniciada por su natural curiosidad, dijo:

—Señor conde, todo lo sabreis dentro de breve tiempo; pero por Dios, yo os lo suplico, no querais saberlo todo en un dia; esto podria seros funesto, y perderíamos en una hora el camino conquistado á fuerza de asíduos trabajos.

—Teneis razon,—contestó el conde;—no temais, que me separe un momento de vuestras órdenes.

—Pues si han de obedecerse los preceptos que á mi ver ordena la ciencia, por hoy teneis bastante; quizás vuestra imaginacion se ha fatigado ya sobradamente. Vos no ignorais que hoy mismo debemos emprender otro rumbo. Vuestra familia no tendrá inconveniente alguno en retirarse, sabiendo que lo hace por vuestro bien.

Es de advertir aquí que el doctor Alfonso habia sido elegido por unanimidad el médico de cabecera.

—Todos á la vez contestaron afirmativamente á las palabras del doctor.

El conde añadió sonriendo:

—Me he rendido á discrecion á vuestro alvedrío. Mandad y sereis obedecido.

El doctor hizo un movimiento significativo de cabeza.

La familia del conde iba á retirarse, pero al momento de abrir la puerta, este les dijo:

—Deteneos; una palabra...

Todos se detuvieron. Entonces el conde continuó:

—¿Cuando volveré á veros?

Al doctor le tocaba contestar.

—Siempre que querais,—dijo,—desde mañana en adelante, con tal de que no os fatigueis en vuestras conversaciones.

El doctor acompañó á la familia hasta fuera de la habitacion. Llegados allí repuso:

—Gracias, señores, por haber sabido en esta situacion contenerros dentro de los límites que os he marcado. Desde mañana es probable que el conde os llamará á su lado repetidas veces; siempre debeis tener presente que es absolutamente preciso no satisfacer su natural curiosidad, sino en aquellos casos mas indispensables ó mas ineludibles...

Dicho esto el doctor se réstableció al lado del conde.

El conde le aguardaba con ansiedad.

CAPITULO XIII.

***

El doctor habia hablado de emprender un distinto rumbo. Nuestros lectores habrán adivinado que el doctor se referia al tratamiento curativo del conde. Ya no se trataba de devolverle á la razon, sino de hacer que esta se apoderase de la conciencia del tiempo y de los hechos transcurridos durante el largo paréntesis que habia sufrido. El conde, á la sazon de que hablamos, no tenia mas conocimiento de esto que lo que se referia á su propia sucesion, y esto, segun el doctor, debia ser el punto de partida: de aquí debia ir dominando el ancho círculo que le rodeaba; ó mejor dicho, marcado el punto céntrico, debia colocarse en la circunferencia para de nuevo irradiar en todos sus puntos hácia el centro.

Esta obra del doctor requeria todo su talento, todo su ingenio, toda su vasta y profunda penetracion. Establecido el punto de llegada ¿cuál seria el punto de partida por donde dar comienzo á su importante obra? La historia, las ciencias, las artes en sus ramificaciones con el derecho político y civil, la economía, las divisiones topográficas, la industria, el comercio, los progresos tecnológicos, físicos, químicos, etc., etc. ofrecian á la imaginacion de Alfonso un tejido inmenso de ideas, de cada una de las cuales podia echar mano para recorrer el terreno vastísimo que á su imaginacion se desplegaba. De lo concreto podia lanzarse á lo general, del accidente á lo absoluto. Podia generalizar y especificar. El doctor adoptó el sistema mas sencillo, mas franco; adoptó como punto de partida

la historia política y militar del último período de Francia, que es el nervio de la civilizacion moderna. Desde allí, se propuso aclarar todas las dudas, responder á todas las preguntas, salir al encuentro de todas las objeciones que naturalmente debian surgir del entendimiento del conde, y acabar por ingerir en su cérebro una idea general y acaso completa de lo sucedido en el mas importante medio siglo que cuenta la historia de la civilizacion del mundo.

Debió, pues, principiar por el año de la reunion de los Estados-Generales. Presentia que el conde tendria una idea vaga y evidentemente equivocada desde el 93 en adelante. Por consiguiente, para el doctor este debia ser el período mas escabroso, ya que no se trataba solamente de relatar los hechos y filosofarlos, sino de llevar á cabo la penosa tarea de desarraigar en su ánimo profundísimas preocupaciones. Desde el 93 acá, aun que el trabajo era doblemente importante, debia ser mas fácil y llano para el doctor.

Dicho esto, y sabido el elemento que el doctor trataba de poner en juego para vivificar aquella inteligencia muerta durante mas de medio siglo, veamos prácticamente como el doctor inició su importante obra.

Eran cerca de las diez de la noche.

El tiempo transcurrido entre la escena relatada anteriormente y la hora mencionada tuvo el doctor buen cuidado de emplearlo en conversaciones amenas y superficiales. No necesitó poco esfuerzo para mantener al conde dentro de los indicados límites, ya que este, en medio del asombro que le dominaba, á cada momento, á cada instante pretendia engolfarse en averiguaciones de órden diverso y acaso superior al órden en que el médico queria mantenerle encerrado.

A la indicada hora, y despues de una ligera cena, el doctor le preguntó sonriendo:

—Señor conde, vamos á ver, hoy me propongo que vuestra imaginacion dé un libre, pero pausado vuelo hácia los tiempos que vos recordais como si fuesen los presentes.

—Vamos á ver,—contestó el conde tambien sonriendo y como un alumno ganoso de lucir su saber ante el maestro.

El doctor principió:

—¿Sabeis que en Inglaterra tuvo la revolucion la audacia de decapitar á su rey Cárlos I?

—Lo recuerdo,—contestó el conde.

—¿Os lo han contado ó lo habeis leido?

—Lo he leido y me lo han contado repetidas veces, mis maestros de la infancia, sobre todo, mi ayo, que era un fraile franciscano, hombre de peso, de gran saber y especialmente teólogo consumado.

El doctor se mordió la uña del índice de su mano derecha y prosiguió:

—¿En qué libros habeis leido este suceso; en autores ingleses, franceses ó españoles?

—Españoles,—contestó el conde.

—¿Y en ninguno siquiera francés?

—En ninguno.

—¡Bah! No teneis conocimiento á fondo de otra cosa, sobre este suceso, sino que el parlamento inglés decretó la muerte de Cárlos I, y esto no es tener conocimiento alguno de la verdad del hecho. Los hechos en la historia suponen el conocimiento de las causas originarias con relacion á los sucesos presentes y pasados, interiores y exteriores de un pueblo. ¿Sabríais decirme vos las causas de este acto que vos llamareis sin duda inícuo regicidio?

El conde sin vacilar dijo:

—Las ideas anti-religiosas de aquel salvaje pueblo; he aquí la causa.

—Y sin embargo, señor mio, os puedo asegurar—saltó el doctor que segun el lenguaje moderno de la política y de la ciencia, acabais de proferir dos grandes heregías.

El conde se estremeció ligeramente.

—No os asusteis,—esclamó el doctor,—os daré la razon; llamais al pueblo inglés irreligioso, y hoy los historiadores todos están acordes en que Inglaterra es el pueblo mas religioso del mundo; llamais regicidio á un acto del mas alto y poderoso juzgado de una nacion. No conoceis, pues, las causas de la muerte de Cárlos I. Pasemos ahora, de un salto, de Inglaterra á Francia.

El conde se puso á escuchar al doctor con cierto ceño que no dejaba de tener sus puntos de admiracion.

—Doctor,—le dijo,—vuestro lenguaje me aterra. Hablais de la religion con...

—Con todo el respeto,—se apresuró á decir el doctor.

—Y del rey, además...

—Con toda la dignidad que requiere á un hombre.

—No os entiendo; francamente.

—Ni tampoco es de estrañar, señor conde. Pero os suplico que por ahora, procureis en lo posible no formar juicio tan pronto sobre mis palabras.

El conde poniéndose una mano sobre el corazon esclamó:

—Mi conciencia y mi nobleza, señor doctor...

—Respeto profundo entrambas me merecen,—saltó este con cierto aire de protesta.

—Continuad.

El doctor así lo hizo.

—Decia, señor conde que pasásemos de un salto de Inglaterra á Francia. Pongámonos frente á frente de la monarquía de vuestro pariente y señor el desgraciado rey Luis XVI.

El conde al oir el nombre de su augusto pariente se tapó los ojos con ambas manos y esclamó con acento profundo y doloroso:

—¡Ah!.....

Iba sin duda á proferir algunas otras palabras, cuando de súbito cambiando de parecer dijo:

—Continuad.

El doctor continuó.

—¿Conoceis, señor conde, las causas de tan espantosa catástrofe?

—Oh, sí.

—Esponédlas.

—La defeccion de los demás monarcas de Europa; y sobre todo, los enciclopedistas.

—Os engañais tambien.

—¿Qué es, pues, lo que el ojo de la civilizacion moderna ve en esta espantosa catástrofe?

—La tiranía de diez siglos, el despilfarro de cien reyes, cuya planta tronchaba la cabeza de los pueblos para alimentar con sus

despojos á sus corrompidos aduladores y recrear con el fruto del sudor de sus rostros á sus viles meretrices... Todas las naciones de Europa coaligadas no fueron suficientes para impedir que la ira de los pueblos, levantándose como una protesta soberana contra la régia frente de un pobre hombre, de un escelente padre de familia, de un distinguido artífice, castigase en él los crímenes inmensos de su raza...

El conde á medida que iba penetrándose de las palabras del doctor, parecia que su cabeza iba tambien hundiéndose entre sus hombros.

—¡Cielos!—esclamó por fin.

—No os asombre lo que os digo.

—Me escandaliza lo que oigo.

—Y es, sin embargo, la verdad, conde,la verdad pura.

—Doctor, mentís... ó yo no os entiendo.

El doctor se levantó y se encaminó al pupitre. Sobre el pupitre habia un armario-librería. Los libros que hasta entonces habian contenido sus estantes, de devocion todos, llenos de polvo y telarañas, habian sido sustituidos por las mejores obras que tratan de la historia de Francia. Cogió precipitadamente uno de ellas. Era de Chateaubriand. Esta, lo mismo que todas las demás que ocupaban los estantes, estaban llenas de cintas entre sus páginas, que eran señales que el doctor tenia dispuestos al efecto. Abrió este libro á la vista del conde y le dijo, poniendo el dedo sobre uno de sus párrafos:

—Mirad.

El conde cerró los ojos:

—¿Me presentais á un impío?—preguntó

—Nó,—respondió el doctor;—á un eminente católico.

—¿Pero republicano?

—Tampoco; á un leal monárquico.

—¿A un enemigo de la legítima rama de los hijos de San Luis?

—A su primer adicto.

Entonces el conde abrió los ojos y se puso á leer en alta voz, allí donde el doctor tenia puesto su índice; pero este le dijo:

—Leed en voz baja y meditad.

El conde obedeció.

El conde no solamente leyó el párrafo señalado por el doctor, sino los sucesivos que completaban el pensamiento en él dominante. Mas el doctor puso la mano estendida sobre la indicada página, diciéndole:

—¡Basta! ¡No paseis adelante!...

El conde dejó caer la frente sobre sus manos en señal de horror y entre tanto el doctor le quitó el libro de la vista. En un abrir y cerrar de ojos se encaminó al estante, cogió otro, lo abrió por un punto de antemano señalado, y lo puso en el lugar del que acababa de leer el conde, que permanecia aun con los ojos cerrados y en el mayor asombro.

—Leed ahora aquí, señor conde,—le dijo señalando un párrafo.

El conde levantó la frente y abrió los ojos.

—¿Quien es el autor?

—Lamartine; historiador cristiano, eminente poeta y uno de los hombres mas elocuentes de Francia.

El conde leyó rápidamente el párrafo que tenia á la vista, de aquel fué leyendo otros, volvió la página, prosiguió leyendo hasta que el doctor puso su mano sobre el libro diciendo como habia dicho anteriormente:

—¡Basta!

Pero el conde apartó la mano del doctor esclamando:

—¡Ah! permitidme, permitidme que prosiga.

—No lo hagais.

—Esto es irresistible.

—Pero os es perjudicial.

Entre tanto el conde continuaba leyendo con una avidez asombrosa. Leia uno de los mas brillantes párrafos de la introduccion á la *Historia de los Girondinos*.

—¡Basta!—repitió el doctor, quitándole el libro de entre las manos.—Oidme un momento. La filosofía y la historia, en todas sus cuestiones, se asientan sobre la trípode del raciocinio: el raciocinio tiene tres términos; el primero afirma, el segundo niega, el tercero trata de armonizar. Si este no armoniza se decide la cuestion por el primero ó el segundo de sus términos. Cada uno de los puntos de la controversia forma una escuela. Pero, observadlo bien: la que

ayer afirmaba, hoy trata de armonizar la afirmacion con la negacion; la que hoy armoniza, mañana negará. El movimiento de las ideas es el equinoccio de los mares: avanza incesantemente formando un movimiento de circunvalacion, por do quiera pasa acompañándole el bramido de la tempestad. Ayer Chateaubriand hubiera sido considerado como el génio de la revolucion y de la impiedad; hoy le contemplamos como un canto de la reaccion elocuente, como las últimas palabras de un moribundo. Lamartine, cuya inteligencia, quizás sin saberlo él mismo, pertenece á los segundos, sin dejar de amar á la revolucion, respeta demasiado la reaccion. Pues bien, señor conde ¿no es cierto qué apenas podeis concebir sobre que órden de ideas, se basa en los momentos presentes la negacion ó sea la revolucion?... Tened valor, sin embargo para leer los párrafos que voy á poneros á la vista.

El doctor cogió el libro de Lamartine y lo sustituyó por otro que abrió tambien por el punto que de antemano tenia señalado y le dijo:

—Leed.

El conde obedeció.

El libro que tenia á la vista era el famoso de Alfonso Esquirós, *la Historia de la Montaña*; el párrafo que leia era el de un discurso de Danton.

Puédese calcular, por lo dicho anteriormente, el efecto que su lectura causaria en el ánimo del pobre conde. Parecia que sus blancos cabellos materialmente se erizaban, sus dientes crugian y todo su cuerpo temblaba como el de un azogado.

Tenia establecidos perfectamente á la vista los tres puntos sobre que eternamente girará la filosofía: la autoridad, el eclecticismo y la libertad; el absolutismo, el doctrinarismo y la democracia...

Inútil es decir que el doctor habia escogido en los mencionados libros los pasages aquellos que condensaban perfectamente las tres ideas mencionadas. Se habia apartado de la historia concretándose perfectamente á la filosofía.

El conde no tuvo mas palabras para espresar su asombro que las siguientes:

—¡Señor!... ¿qué es esto?...

A las cuales el doctor contestó:

—Conde... ¡el mundo marcha!

—Al abismo...—gritó el pobre viejo con altanería.

—A la perfeccion,—repuso el doctor,—cuyo centro absoluto es Dios. La civilizacion no se ha detenido nunca. Cuando se la ha contrariado, Dios ha querido que fuese para avivarla. El caballo en su lenta y acompasada marcha, tambien se duerme, y es necesario aguijonearle para que dormido no se derrumbe á un precipicio. Colocáos al punto de partida y mirad el punto de llegada. Aniquilad, borrad un solo eslabon de la cadena de los siglos y vereis como faltándoos la solucion de continuidad no comprendereis nada de allí en adelante. Pero examinad la misteriosa engravacion de los sucesos al través de los siglos, de los años, de las estaciones, de los dias... y os lo esplicareis todo como os esplicais la planta que germina, crece, y en la plenitud de su desarrollo florece, y da su fruto y sus semillas para su infinita reproduccion.

El conde contemplaba con asombro al doctor, quien á su vez no perdia ninguno de los movimientos musculares del rostro del conde.

—¡Qué abismo de heregías doctor!.. ¿que estais diciendo? ¡Dios es inmutable!

—Y se presentó sin embargo á Abraham, á Josué, á Moisés, y á los Apóstoles con manto de distintos colores y matices. Dios es el progreso, y el progreso es vario en sus formas, múltiple en sus atributos. La humanidad es cada dia mas justa, cada dia mas perfecta, cada dia mas santa, porque cada dia tambien se acerca mas al término á que Dios la tiene destinada. Nada se verifica en el mundo dentro del tiempo que atraviesa y del espacio inmenso que le rodea, que no sea un grano más amontonado sobre otro en la gran pirámide cuyo punto final debe tocar al cielo.

—Doctor, doctor, no prosigais...

—¿Os espanta mi lenguaje?

—No, no; le conozco: es el de la impiedad...

—¡Ah, cuánto os engañais! es... ¡el de la fraternidad!

CAPITULO XIV.

El buen criado.

No puede dudarse que en el ánimo del conde la conversacion del doctor abrió un ancho campo en su mente y en su conciencia, pero su ánimo no se hallaba perfectamente dispuesto para recibir con fruto la elevacion de las miras del doctor: era preciso, ya que fueron lanzadas á su investigacion en tropel y casi de súbdito, que sazonasen en su ánimo reposadamente.

Creyó por esto el doctor, conveniente terminar allí la primera jornada de las muchas que tenia dispuesto practicar. Era esa primera conferencia una especie de introduccion á la obra que se proponia llevar á cabo. Pero todo esto era preciso hacerlo sin que el conde notase que se observaba con él un método de antemano preparado. Así es que el conde, al sentirse agobiado por un cúmulo de ideas tan diversas, tan distintas de las que debieran surgirle á partir de las reminiscencias de la filosofía dominante en sus tiempos pasados, trató de poner fin á los discursos del doctor, allí donde precisamente este tenia resuelto terminar.

Pero esto se refería solo á la instruccion oral, quedaba para aquella misma noche la leccion de lectura. Habia elegido con este motivo la historia de Francia de Mr. Thiers.

El doctor habia elegido esta obra como la mas á propósito, es decir, como la más sencilla, la ménos filosófica, la que ménos podia contrariar su espíritu poco fortalecido para recibir las fuertes impresiones de la verdad, y por ser una extensa cronología

(no minuciosa) y á la cual para ser perfecta le falta consignacion y ordenacion regular de un sin número de fechas: obra que es un compendio de la historia de Francia escrito bajo el punto de vista perverso de la doctrina de Mr. Guizot, de la cual Thiers es un digno aprovechado apóstol.

Esta obra era la mejor que al caso requeria. Y como el doctor no habia de ocuparse en leérsela de capítulo en capítulo, ni tampoco entraba en su plan que el conde la leyese por ofrecer esto el inconveniente de proceder en su lectura á saltos y desordenadamente; determinó que el viejo criado se encargase de esta tarea.

El conde habia ofrecido someterse en todo y por todo á las disposiciones del doctor.

Con esta seguridad y de acuerdo con el criado, el conde no debia saber más que hasta allí donde el doctor de antemano hubiese señalado.

El conde dormia, sobre todo de noche, muy pocas horas.

Cuando el doctor se despidió, eran las doce.

El conde que le acompañó hasta la puerta, se quedó solo. Estuvo paseándose de un extremo á otro de la habitacion por espacio de media hora. Sus brazos cruzados, la frente inclinada, y de vez en cuando apoyada la cabeza en la palma de su mano, indicaba en su actitud reflexiva, que las palabras del doctor habian impreso ancha huella en su mente.

En esta actitud el criado se presentó.

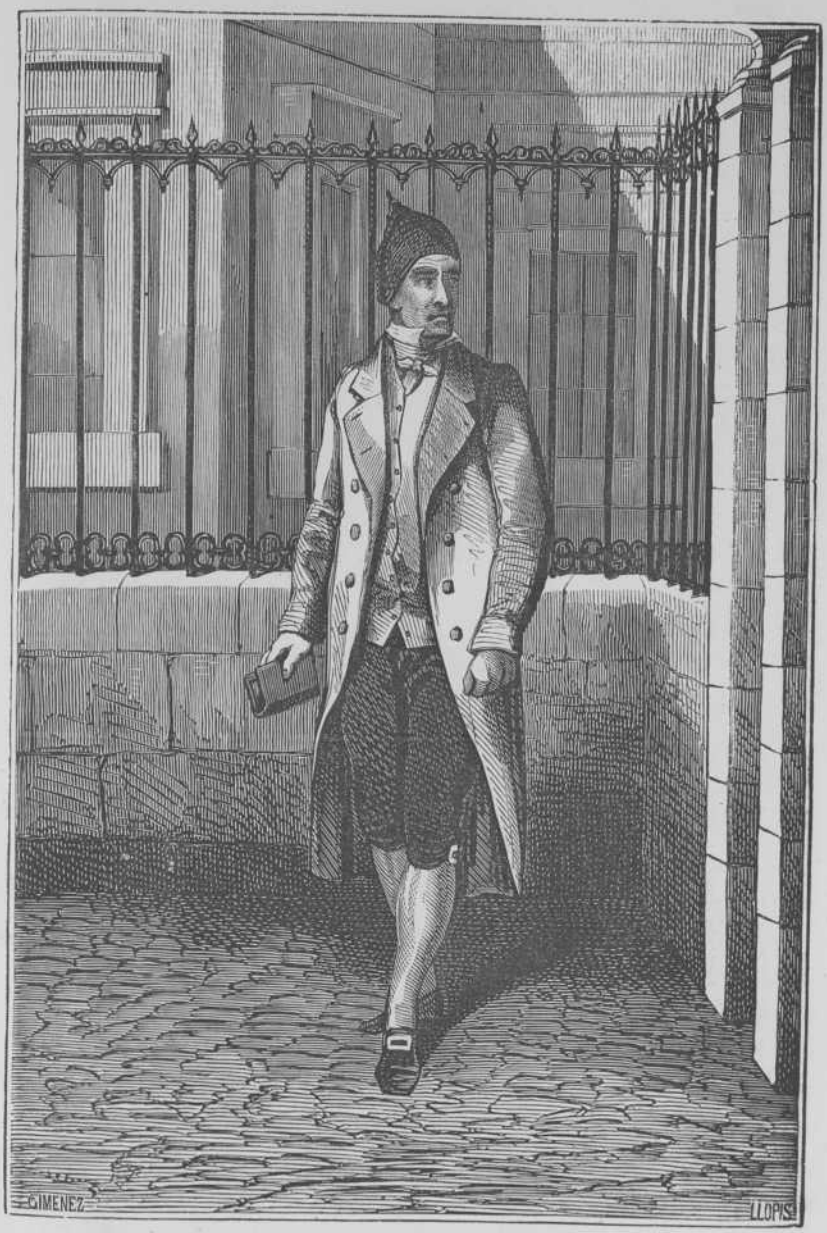
El criado era un hombre singular, expreso para tales circunstancias. Hablaba casi siempre con un laconismo pasmoso. Era grave como la perfecta vejez, sesudo como la esperiencia y adicto como la lealtad misma. Él habia sido, salvo un cortísimo número de personas, el único sér viviente que se habia relacionado con el conde, durante el largo período de su enagenacion mental. El conde se habia acostumbrado á él como á cualquier otro de los objetos inanimados que le rodeaban, pues, se le habia asimilado como su propia sombra. Era este hombre el único que á través de tres generaciones sucesivas habia compartido con su amo la desgracia de que este era víctima. Él le observaba de cerca. Oia sus breves palabras y profundizaba el abismo de aquella catástrofe viviente. Habia

hecho, durante ese tiempo, tristísimas observaciones y comparaciones horribles. Mudo testigo de lo que habia pasado al conde desde su esposa á su viznieta, no habia tenido mas desahogo para su dolor, que las lágrimas solitarias que derramára al pié de la cama de su amo. Los desvíos de la jóven mujer de este, que á los pocos años de su desgraciado matrimonio habian principiado por una indiferencia glacial; la perversa educacion de su hijo, cuyas consecuencias arrastraron á su madre al abismo de la muerte; el altanero carácter de su nieto, enchido de vanidad y saturado de impudismo, y finalmente las pésimas inclinaciones de su viznieta, la cual se sacrificaba al oro y á las torpes grandezas de la tierra; todo, todo lo habia presenciado aquel hombre, desde su juventud primera á su vejez decrépita. Para aquella sucesion de séres, el pobre loco habia sido tenido como un retablo abandonado en un rincon de la casa. El habia visto como desde el primero al último siempre habia ido menguando más y más, no ya el interés sino el recuerdo mismo del conde. Hubiera podido escribir una tabla proporcional para justificar lo que decimos. A la desesperacion de su esposa sucedió la amargura consiguiente; á la amargura el llanto; al llanto la tristeza; á la tristeza la resignacion; á la resignacion el consuelo; al consuelo el olvido... El olvido que al principio no era constante, acabó por serlo. Se hablaba del conde, no como el ascendiente desgraciado, aun que venerable, de la familia, sino como de un objeto estraño á ella, á quien un deber de caridad obligaba á tener en un rincon hospedado y mantenido.

Tal era el criado á quien nuestros lectores ya conocen, por haber sido el que recibió en la puerta del jardin del palacio á Eva y á su infortunada madre dos años antes de la época de que hablamos.

Al difundirse por el palacio, en la memorable noche del baile en celebracion del casamiento de Laura, la noticia de su aparicion en la escena, el pobre criado creyó llegado el término de la vida del conde. Otro en su lugar se hubiera alegrado de la muerte de un hombre que vivia con las condiciones del conde; pero él se habia incrustado, digámoslo así, en aquella vida, de tal modo, que la muerte del conde debia ser la suya propia.

Júzguese ahora de su sorpresa, de su asombro, pero tambien de



EL CRIADO DEL CONDE DE LA MORLOITE.



su contento, é inesplicable alegría, no solo al saber que la vida del conde no peligraba sino que todos los facultativos á una, creyeron posible el restablecimiento de su razon. Por nuestra parte renunciamos á describir este suceso. Solo diremos que esto abona los esquisitos cuidados y precisos esfuerzos que este anciano debia ejercer en favor del conde. Y como el mejor servicio, que segun él podia prestarle era el de obedecer ciegamente las prescripciones de los facultativos, y estos unánimamente habian acordado que fuese el doctor Morlotte el que permaneciese á los inmediatos cuidados del enfermo; de aquí que el criado fuese al lado del conde una máquina, un ser sin voluntad propia á la mas pequeña de las insinuaciones del doctor.

Este le habia dicho:

—Leed á vuestro amo estas páginas que señaladas os pongo de manifiesto...

Seguro podia estar el doctor que el criado no leeria al conde ni una línea mas, aun cuando este le amenazára con la pérdida de su vida. ¿Qué le habia de importar al criado su vida si se trataba del restablecimiento de la razon de su amo?

El doctor habia dicho mas:

—Procedereis con suma pausa á la lectura.

El criado habia de cumplir esta órden ciegamente.

—A cada punto,—habia añadido el doctor,—hareis una suspension proporcional á la importancia del asunto.

Y no menos fielmente que las otras habia esta órden de ser obedecida.

Con todo, diremos aquí que se permitió el criado dirigir al doctor varias preguntas.

—¿Y si el conde me interrogase sobre alguno de los puntos de mi lectura?—dijo:

—Debeis responderle.

—¿Qué señor?

—Lo que vuestro juicio os aconseje.

—¡Ah!—esclamó el criado,—creed, doctor, que me poneis en un grave compromiso.

—¡Vaya!—dijo el doctor.

—Yo no sé de historia.

—Mejor; esto es lo que el conde necesita.

—¡Ah!

—Decidle lo que sepais con ánimo de complacerle, pero no con intencion de instruirle; dejad este trabajo á los libros y á mis conferencias. Si no sabeis de historia podríais engañarle, si lo contrario podríais pervertirle.

El criado miró al doctor con estrañeza, y sin embargo de que su última palabra le pareció á sus oidos mal sonante, dijo:

—Sereis obedecido.

Ya lo sabia el doctor. Lo poco que le habian informado y su certera mirada, habian sido suficientes para formarse de aquel hombre un exacto juicio.

El doctor era hombre de talento, fisonomista como lo son los hombres entregados prácticamente á los estudios fisiológicos; tenia además vivísima penetracion natural; tenia mucho mundo y habia recorrido los principales centros sociales de Europa estudiando en todas sus gradas para adquirir la ciencia que poseia.

CAPITULO XV.

La leccion de historia.

El criado, que como hemos dicho anteriormente, encontró al conde paseándose de un estremo á otro de la habitacion, llevaba un libro debajo del brazo.

Cuando el conde le vió, suspendió repentinamente su paseo, le miró atentamente de arriba á bajo, y le dijo:

—¿Eres tu, mi buen amigo?

—Yo soy, señor conde,—contestó este,—yo, que vengo á proporcionaros un rato de distraccion.

El conde observó que el criado llevaba un libro debajo del brazo, y con cierta alegría, dijo:

—¡Ah! llevas un libro, sin duda el que el doctor tiene ordenado....

—El mismo.

—Bien, muy bien; pasaremos la noche agradable y provechosamente.

—Sí, señor conde....

Este se sentó en su gran sillon; el criado se sentó en el otro colocado al lado de la mesa redonda, encima de la cual habia un quinqué encendido. El criado abrió el libro por la parte de antemano señalada.

—¿Os ha dicho el doctor lo que debeis leerme?

—Sí, señor conde.

—¿De qué trata?

—Señor, se me ha ordenado que procediese á la lectura de los capítulos de esta obra que contienen desde el advenimiento al trono de Luis XVI hasta la convocacion de los Estados Generales.

—¿Será,—preguntó el conde,—un importante período de la historia? Yo debo tener en mi memoria grandes reminiscencias de estos sucesos. Sí; recuerdo mucho de aquella época: era yo niño, muy jóven, demasiado jóven sin duda; pero á medida que vayais leyendo, ya vereis, ya vereis, amigo mio, como lo iré todo recordando.

—Sí, señor conde, vos teneis razon.

El conde, sin embargo, no se acordaba ya de que aun cuando su memoria le fuese fiel en algunos casos, su juicio casi en todos debia estar sumamente discordante. Pero aun cuando de esto se olvidaba podía observarse evidentemente que las apreciaciones del doctor habian influido en él lo suficiente para no preguntar si el autor de la obra pertenecia á esa ó aquella comunion política ó religiosa.

Solo se le ocurrió al prepararse el criado para la lectura esclamar como entre dientes:

—¡Pobre rey mártir!

Hubo despues un momento de silencio. Por fin fué interrumpido con estas palabras del conde:

—Cuando querais, podeis principiar.

—Así que me lo mandeis.

—Pues adelante.

El criado despues de toser y secarse los lábios con el pañuelo, dió principio á la lectura.

Si el doctor hubiese estado allí, hubiera quedado altamente satisfecho del cometido confiado á aquel adicto sirviente del conde. Su voz clara, su entonacion fácil, su puntuacion exacta, su palabra lenta, acompasada y sonora, daban al escrito de Mr. Thiers un realce envidiable. Parecia imposible que un viejo septuagenario pudiese dar tan vivo colorido á la lectura que le estaba conferida. El conde le oia embelesado. Indicaba con los movimientos de su rostro una atencion profunda y que se penetraba íntimamente de lo que oia. En los puntos hacia la pausa ordenada por el doctor, y en esta pequeña interrupcion el conde movia los lábios y murmuraba palabras de las cuales el criado hácia caso omiso. La lectura no se

interrumpia por este accidente. Cuando el pasaje lo requeria era modulado con entonacion; con voz más ó ménos sentimental, mas ó menos alta, más ó ménos rápida ó lentamente.

Con todo, el oir la lectura de un libro durante larguísimo tiempo puede ó no fatigar al lector, pero es innegable que al oyente, despues de haberle hecho pasar por todas las alternativas del ánimo, acaba por adormecerle y hay momentos en que realmente todas sus facultades quedan embargadas y se apaga por completo su atencion.

El conde pasó tambien por esta alternativa. Hubo momentos en que parecia sumergido en un profundo sueño. No llegó á dormirse nunca ni tampoco á perder por completo su atencion, pero las ideas llegaban á su cérebro apercibiéndolas mansamente, como la flor percibe el vaporoso rocío del cielo en una noche oscura.

El criado sin permitirse hacer el menor comentario respecto de esto, prosiguió su lectura un capítulo tras otro. Aun cuando el conde se hubiese dormido profundamente no se hubiera permitido ni suspender su lectura ni dispertar á su amo.

Esto no entraba en el número de las instrucciones dadas por el doctor.

En vista de esta disposicion y sin dirigirle apenas la palabra dió término á su cometido. Habia leido al conde desde el advenimiento de Luis XVI al trono, hasta la reunion de los estados generales de la Francia.

Hubo de emplear en esta tarea, toda la noche.

. . . . . .

Eran cerca las cuatro de la madrugada. Principiaba el cielo á teñirse de un suave resplandor; las estrellas iban apagándose rápidamente y alguno que otro pájaro principiaba á cantar con esa voz adormecida que tiene tantos significados para el poeta y el enamorado.

Cuando el criado terminó su lectura, creia que el conde estaba profundamente dormido. Cerró el libro y dirigió por primera vez su vista al conde.

Este levantó la cabeza y dijo:

—Sí, sí; todo esto es cierto, recuerdo algo de esto, y ahora com-

prendo los motivos que tuvo el buen rey para dar este primer paso, de su funesta caida. Las circunstancias le habian llevado aquí; debia obedecer á ellas. Este mismo debiera haberle salvado á no ser que su propia buena fé, permitiéndole confiar en las engañosas promesas de los hombres, debia arrastrarle al precipicio. Sus antecesores Luis XIV y Luis XV cuyos despilfarros no nos fueron bien conocidos son la causa de estos males.

El conde dirigiéndose á su criado, dijo:

—¿Qué opina sobre lo que digo?

—Que teneis razon.

—A los pueblos no debe cedérseles si no lo que les conviene; y el rey que les cede lo que le piden, se labra su propia desgracia.

—Teneis razon, señor.

—Las debilidades de un rey son la desgracia de sus pueblos. A rey débil, pueblo revolucionario. ¿Qué opinas tú en esto?

—Que teneis razon, señor.

—Y si á todo tengo razon,—continuó el conde,—tú no debes haberte contaminado con las nuevas ideas del siglo.

—No, señor.

—Para tí pues, el lema: «mi Dios, mi rey, mi casa» ¿habrá atravesado incólume el huracan de los tiempos?...

—Sí señor.

—Y supongo que no serás solo en el mundo el que haya de este modo procedido.

El criado estuvo perplejo en la contestacion que debia dar.

—¿Qué quereis que os diga señor?—contestó el criado.

—¡Oh! seria triste que en el mundo no tuviesen sostenedores los buenos principios....

—Señor, los tienen.

—Ah entonces no eres tú solo.

—No señor.

—¿Luego hay un partido que os representa?

—Sí señor.

—¿Cómo se denomina?

—Legitimista en Francia, en contraposicion de la rama que llaman usurpadora y del partido republicano.

¿Y en España?

—Absolutista, cuya guerra contra los constitucionales y radicales es sin tregua, es formidable. Pero señor, permitid que os diga que en ambos paises la opinion pública, ilustrada y moral, no es la suya. Hay grandes talentos y eminentes virtudes en todos los campos mencionados, pero, os lo repito, la ilustracion y la moralidad generales distan mucho de pertenecer al partido que por otro nombre llaman la reaccion.

—El conde clavó en el rostro de su criado una mirada de duda y vacilacion, diciéndole al propio tiempo:

—No te entiendo.

—Señor,—saltó el criado,—en los cincuenta y cinco años transcurridos últimamente, yo no me he cuidado de otra cosa que de permanecer á vuestro lado. Todo mi afan se ha limitado en serviros: estoy casi tan ignorante como vos mismo de todo lo que ha pasado durante este tiempo. Y á fé, señor conde, que han pasado muchas cosas, muchas revoluciones, he visto muchas peripecias, han transcurrido grandes sucesos. De todo esto os hablará el doctor. Yo, señor, ¿qué quereis que os diga?

El criado engañaba sobre este punto á su amo. Nadie habia mas aficionado que él á la lectura de periódicos. ¿Por donde sino habia podido adquirir un conocimiento de la historia, y se habia formado un caudal de noticias suficientes á suplir lo que el conde reclamara de él?

El conde se levantó de su asiento y se acercó á la ventana. Al ver que principiaba á clarear dijo:

—Va invadiéndome el sueño.

El criado le contestó:

—Señor, ya es hora de que os entregueis al descanso.

—¡Que dia tan largo!

—Os habeis fatigado mucho.

—Es que he vuelto á la vida despues de cincuenta y cinco años de interrupcion. Dios ha querido obrar conmigo un milagro: he permanecido como en un limbo espantoso. Ahora comprendo los inmensos servicios prestados en mi persona. Si me hubiesen abandonado, en medio de la vida, sin conducirme de la mano paso á paso; sin

seguir un método ordenado y progresivo, mi muerte hubiera sido segura, y me le hubiera sido imposible resistir al oleaje inmenso de las cosas que han pasado durante este tiempo.

—Señor, el médico que por un acaso providencial, os ha sido deparado, es un gran sabio.

—No lo dudo.

—Y estraña coincidencia: es tambien pariente vuestro.

—Me lo ha dicho.

—Ah, ¿lo sabíais ya?

—Sí.

La conversacion fué languideciendo rápidamente. Los ojos del conde se cerraban al impulso del sueño. Era preciso descansar.

El criado conoció que habia llegado el momento de dirigir al conde una pregunta sin que por ella se incomodase.

—Quereis que os ayude á desnudaros,—dijo.

—Sí.

El conde se dejó desnudar como un niño y se acostó:

Dió al criado las buenas noches y este cerró el balcon y apagó la luz.

—Buenas noches.

Y al decir esto, se sentó en su sillon y se quedó allí á velar á su amo.

El sueño del conde no debia ser profundo. Eran tantas las cosas que se habian atravesado durante el dia que esto no le hubiese sido posible.

CAPÍTULO XVI.

Otra vez Emilio y otra vez Teodomira.

Suspendamos por breves instantes el relato de los acontecimientos de que era objeto el conde, y vayamos en busca de algunos de nuestros personajes.

Despues del bullicio subsiguiente á la aparicion del conde en medio del baile, Emilio acompañó á Eva hasta la portezuela del coche que les aguardaba en la calle, y le suplicó que fuese sola á su casa, dándole por escusa que no era prudente abandonar á la familia Morlotte en el gran trastorno que estaba atravesando. Eva se dejó convencer y partió segun los deseos de Emilio.

Al ponernos en boca el nombre de Eva, nos permitiremos revelar que la carta de su tio el obispo no habia sido puesta en juego todavía. Esta relacion hará mas incompensible su presencia en el baile: pero no están lejos los hechos que nos lo han de aclarar todo.

Emilio volvió á subir al palacio, y, la verdad es, que de lo que ménos se acordó fué del trastorno ocurrido en la familia, sino de buscar á Teodomira que, como ya saben nuestros lectores, era otra de las galas que mas lucian en el salon de baile.

La encontró al momento, la siguió y ya no hubo de abandonarla hasta que penetró en su coche. Emilio vió con placer que iba sola en él.

Apenas el coche hubo parado en la puerta de su casa, y al tiempo mismo de abrir el lacayo la portezuela, Emilio se presentó y alargando su mano á Teodomira la ayudó á bajar. Ambos se mi-

raron sin saludarse, pero por medio de una mirada que revelaba de un solo golpe todo lo que en su espíritu pasaba. Teodomira sonrió dulcemente y al entregar su mano á Emilio, la apretó con violencia dándole á comprender de este modo que le comprendia en toda la estension.

Al poner el pié en el suelo, sin aguardar á que Emilio se lo ofreciese, se prendió de su brazo, y en esta actitud atravesaron el patio hasta llegar al pié de la escalera.

Minutos despues, se hallaba Emilio sentado en el gabinete anterior al de la alcoba de Teodomira, que ya conocen nuestros lectores.

Esta á favor de un simple movimiento de cabeza, le habia ordenado que se quedase allí.

Llevaba un vestido claro y su tocado rigurosamente de teatro, mas cuando volvió llevaba una bata color de lila, y se habia quitado todos los adornos de la cabeza.

Emilio se levantó al verla, y la saludó cortesmente. Esta se sentó en un sillon y señalándole la puerta dijo:

—Hacedme el favor de cerrar.

Emilio se dirigió á la puerta y dobló la llave.

Restablecido en su asiento Teodomira se levantó y corrió á él, casi diríamos con los brazos abiertos y esclamando:

—¡Gracias á Dios que os vuelvo á ver! ¡Si supierais cuanto he sufrido durante vuestra ausencia!... Desde que os conozco, os lo puedo jurar, la escasa tranquilidad de que disfrutaba ha huido de mí, y en su lugar la zozobra y el dolor han venido á sustituirla...

Los ojos de Emilio despidieron como un relámpago siniestro y su frente arrugándose con presteza denunció que por su mente cruzaba una espantosa duda; sin embargo, trató de desmentirse á sí mismo diciendo:

—¡Ah! señora, yo no merezco que por culpa mia pierda vuestro corazon la tranquilidad y la calma que antes de conocerme disfrutaba.

—Vos lo mereceis todo.

—Solo aspiro á merecer vuestra confianza.

—La mereceis cumplida. En prueba de lo cual voy á manifes-

taros el vivo interés que me tomo por vuestra felicidad. Voy á hablaros de vuestro padre, quien, no pudiendo contenerse en una prudente conducta, tan pronto como vió vuestra precipitada fuga á Francia, cometió la imprudencia de precipitarse en vuestro seguimiento. Una casualidad me hizo sabedora de y esto, acto continuo traté de averiguar lo que se proponia á fin de que, conociéndolo todo, pudiese protejeros mejor. Me costó algun trabajo porque entre vuestro padre y yo existe verdaderamente un profundo abismo. Mas todo lo vencí sacrificando mi amor propio y mi orgullo, cerrando los ojos y no mirando mas que vuestro porvenir. De este modo he logrado reconquistar su confianza, y durante su permanencia en L.*** he conseguido tener correspondencia con vuestro padre y sondear sus intenciones.

Emilio al oir esta relacion sospechó que todo podia ser cierto, que aquella mujer si realmente se interesaba por él habia dado una prueba de su talento al propio tiempo que una muestra de su decidida proteccion.

Pero bien léjos de ser así, Teodomira era incapaz de trabajar sino por cuenta propia. ¿Qué le importaba á ella de Emilio, de Eva, ni de Anton Martin? Nada. Sus proyectos eran egoistas y de distinto género.

Emilio, sin embargo, no quiso dar asentimiento en su corazon á sospechas tan poco generosas. Es el malvado el que sospecha maldades en los otros. El hombre bueno y leal no cree, sino despues de verlo y palparlo, la infamia y el crímen. Sabe que en el mundo todo es posible, pero no aventura conceptos, que consideraria temerarios, sino á ciencia cierta.

Emilio, pues, inclinado al bien, contestó á Teodomira del siguiente modo:

—¡Señora! si supierais cuanto he sufrido antes de oir de vuestra boca las palabras consoladoras que acabais de pronunciar. Habeis llevado á mi ánimo un dulce consuelo. Yo no podia adivinar la razon de vuestra correspondencia con mi padre, me habíais dicho que os odiaba y al leer vuestras cartas llenas de celo en favor suyo, me estremecia al pensar que pudiese haber una mujer tan bella como vos y al parecer tan buena, capaz de venderme miserablemente.

—¿Luego vos habeis leido mis cartas dirigidas á vuestro implacable padre?—dijo Teodomira afectando solo natural curiosidad.

—Sí,—contestó Emilio ingenuamente.

—¿Y de qué medio os habeis valido?

—De un medio que me repugna bastante el manifestároslo.

—¿Cuál?

—No me lo pregunteis, señora.

—Esto indica no tener confianza en mí,—dijo Teodomira.

—Señora....

—Bien; no hablemos mas de esto. En un hombre la reserva nunca está de sobras.

—Perdonad: voy á decíroslo.

—No lo consentiré.

—Como este secreto no me pertenece solo á mí, por esto me creia dispensado de daros conocimiento de él.

—Me hareis un favor especial en no revelármelo.

Emilio no insistió mucho sobre este punto y en seguida dijo:

—Pasemos á otra cosa.

—Hablad.

—Y¿ vos no teneis nada que decirme?

—¡Oh! sí, pero antes preguntadme vos lo que querais.

—¿Y mi padre?

—No sabe nada.

—¿Nada?—preguntó Emilio con cierta satisfaccion.

—Sabe que tomasteis en compañía de una monja y del colono de la casa del Jardin del Pozo, el ferro-carril de la frontera en un tren ascendente, lo cual, es camino de España, pero nada mas: ya conoceis que esto es saber muy poco. A corta distancia de L*** podíais tomar mil rumbos diferentes.

—Teneis razon.

—Por esto os decia yo que vuestro padre ignora vuestro paradero.

—Pues que continúe ignorándolo, contestó Emilio con resolucion.

—Oh, sí; conviene absolutamente. Sin embargo, es preciso para continuar gozando de toda su confianza que me crea con vos en íntimas relaciones. Creyendo que yo os vendo, se venderá él mismo á

este doloroso precio. ¿Qué me importa á mí del padre, si obtengo la gratitud del hijo? ¿Qué me importa á mí venderle, á él, si compro de este modo la felicidad vuestra y de dos mujeres que ambas suspiran por vos constantemente? Eva os ama, y vos anhelais descubrir el secreto de vuestra madre...

—¡Ah! señora, es verdad, amo á Eva, pero daria por poder postrarme á las plantas de mi madre hasta la última gota de mi sangre. Hacédmela amar mas; haced de manera de arrojarme á sus brazos como me habeis arrojado á los de Eva.

—Emilio, mi querido Emilio, de vos solo depende esta fortuna. Tened prudencia y seguid con firmeza mis consejos.

—Señora, amiga de mi alma; los seguiré aun cuando tuviese que costarme la vida.

—Pues triunfareis; yo os lo juro.

Emilio apoyó su frente en la palma de la mano y suspiró fuertemente. Hubo aquí algunos minutos de silencio por ambas partes. Teodomira lo rompió diciendo:

—¿Quereis saber lo que piensa vuestro padre? ¿Cuál es el estado de su ánimo? ¿La razon de su conducta?

—¡Oh! sí.

—Pues yo os lo diré. Vuestro padre está enamorado; quiere triunfar de una mujer á toda costa y ha sido en vano. Le ha ofrecido oro inútilmente; consagrar su amor al pié de los altares, y no ha sido escuchado. Ni es rica, ni es hermosa, pero tiene el alma altanera y conoce á fondo á vuestro padre. Sabe que á su voluntad no ha habido voluntad que se le oponga: su oficio de toda su vida ha sido vencer obstáculos insuperables á la vista de todo el mundo. Esa mujer no le ama, antes bien le ha hecho objeto de sus desprecios. Ella tiene una hija fea, repugnante, contrahecha. Esa niña, porque al fin es muy jóven, y es tan jóven como necia, ha venido á ser el precio al cual la madre ha tasado su amor á vuestro padre. Quiere haceros esposo de la hija, para...

—¡Cielos!—esclamó Emilio ante semejante revelacion.—¡Qué inmenso despropósito!

—Por eso os decia yo que ya que vuestra madre no pudo salvarse de la infamia que sobre ella arrojó impiamente vuestro padre, yo

salvaré al hijo á toda costa. La Providencia, por un acaso especial me hizo sabedora de vuestro amor á Eva, ¿creeis que puede haber un medio mejor que este para triunfar de sus proyectos?

—¡Ah!

—¿Principiais, pues á comprender algo claramente mi proceder para con vos?

—Sí.

—Pues confiad en mí.

—De todo corazon.

—Pasemos á otro asunto. Vuestro padre en la actitud rebelde que á sus ojos os habeis colocado, juzgará triunfar de vos amenazándoos con desheredaros. Esto no os debe importar. Vuestra madre es rica; no os abandonará jamás. En estos mismos momentos cree que os encontrais sin recursos de ningun género...

Emilio se sintió herido en su delicadeza Comprendió su verdadera situacion y no pudo menos de avergonzarse.

Teodomira le salió al encuentro con estas palabras:

—Emilio, querido Emilio; si vuestro padre es rico y os abandona antes de concluir vuestra carrera, vuestra madre es rica tambien y esto no debe importaros nada. La herencia de los padres pertenece los hijos. Las leyes os protegerán, y mas que las leyes, Dios. No debeis avergonzaros de la accion de vuestro padre, ni dejar de aceptar las justas dádivas de vuestra madre. Su amor y el vuestro, en medio del profundo secreto que envuelve su misteriosa existencia, son una verdadera y mútua compensacion.

Emilio continuaba como abismado en un profundo rubor.

—¿Qué contestais á esto?

—Nada.

—Y sin embargo, ¿creeis que en todo lo que os digo no hay un fondo de verdad, de honradez, de justicia y de amor?

—Sí.

—Pues bien; hé aquí lo que os toca hacer.

Teodomira se levantó, encaminóse á un pupitre y sacando un puñado de papeles del fondo de uno de sus cajones, dijo:

—Aceptad esto.

Eran aquellos papeles un paquete de billetes de banco.

—¡Nó!—esclamó Emilio verdaderamente avergonzado. —Sabeis que tengo dinero. Vos me entregasteis al partir á Francia una respetable cantidad de oro. ¿En qué quereis que lo emplee?

—¿No pensais en casaros?

—Sí, pero antes me precisa obtener el consentimiento de mi padre ó el reconocimiento de mi madre.

Teodomira le presentó la mano con viva emocion y le dijo:

—¡Sois un hombre honrado!

Esta noble decision de Emilio favorecia altamente los planes de aquella mujer que eran tambien los de su aliado Thompson.

CAPITULO XVII.

Nuevos antecedentes.

Acabamos de decir lo que Teodomira trató de dar á entender á Emilio respecto de su padre. Vamos ahora á revelar la verdad de los hechos.

Teodomira, tan pronto su aliado Thompson hubo conseguido su primera entrevista con Emilio, pensó inmediatamente en Anton Martin á quien forzosamente debia inmiscuir en la jugada; mas su aliado que era, si así puede decirse, el alma de aquella perversa mujer no aprobó su opinion y dejó para mas tarde la conveniencia de semejante paso.

Cuando Emilio despues de algunos dias de contínuas entrevistas con Teodomira decidió partir á L.*** bajo su proteccion, entonces Thompson le dijo:

—Esta es la ocasion de hacer entrar al viejo en juego.—Y comparando el negocio que con tan buenos auspicios se habia inaugurado, con la partida de juego de ajedrez, añadió:—Era preciso alejar al caballo para que la torre no presentase jaque á la reina. Alejado Emilio de aquí, queda el terreno despejado, pues su padre Anton Martin tendrá que abandonar el puesto volando en pos de él.

Teodomira contestó simplemente:

—Siempre vos teneis razon.

—¿Lo dudais, alma mia?

—Oh no; mal que me pese lo he de confesar, sois mas previsor; mas cauto, mas receloso que yo.



ANTON MARTIN.

Emilio partió de Madrid á media noche. Anton Martin llegó á su casa mas tarde y creyó á su hijo recogido en su gabinete desde mucho antes. Se acostó sin saber nada. Mas al dia siguiente muy temprano Anton Martin recibió una esquela de Teodomira suplicándole se apersonase con ella á la mayor brevedad. Anton Martin conocia á Teodomira por haberla hablado alguna vez y por la fama de que en Madrid gozaba en encontrados sentidos: en la esquela le anunciaba el objeto de la entrevista. Entre otras cosas le decia: «Vuestro hijo á estas horas se halla muy distante de Madrid; el amor le arrastra á la perdicion. Si quereis enteraros de su paradero yo os inormaré de él.»

Lo primero que se le ocurrió á Anton Martin fué el ir al gabinete de Emilio, apenas dando crédito á lo que leia, y fué grande su asombro cuando al penetrar en él lo encontró desierto. Llamó al criado y este le aseguró que á las diez, ó antes de esta hora, su hijo habia entrado en casa y, metido en su gabinete, como tenia por costumbre. Que ni él ni ninguno de los demás criados le habian visto salir.

Anton Martin montó en cólera y solo esclamó esta palabra:

—¡Miserable!

Buscó en la habitacion algun indicio de su huida; alguna carta que hubiese podido dejar escrita; pero en vano. Emilio al huir no se habia acordado de dejar para su padre el menor recuerdo, ni aun para tranquilizarle respecto de su paradero.

Anton Martin se hizo vestir á toda prisa y corrió á casa de Teodomira.

Teodomira le aguardaba, segura de que no se haria esperar mucho. Los criados tenian órden de acompañarle en seguida que se presentase á su gabinete.

Cuando Anton Martin penetró en él, Teodomira adelantó algunos pasos hácia Anton Martin manifestándole un vivo interés, y sin apenas saludarle, con voz afectada le dijo:

—Caballero, perdonad mi atrevimiento permitiéndome escribiros suplicándoos os dignáseis venir á esta casa si queríais saber el paradero de vuestro hijo: no era prudente que yo me presentase á la vuestra...

Anton Martin contestó á Teodomira:

—Señora, vos sois la que debeis perdonarme á mí el que, despues del gran favor que acabais de prestarme, me presente dominado de viva afectacion. Debia comprender que quien tanto interés se toma por mi hijo, no podia menos de llevar un consuelo al ánimo de su padre, teniendo en la mano su seguro triunfo. Pero no lo estrañeis, soy padre, y esta sensacion es natural.

—Teneis razon,—dijo Teodomira acompañándole hasta el sofá, —descansad y procurad tranquilizaros.

—El modo mejor, señora, es que sin rodeos y sin miramiento alguno, me digais donde está mi hijo.

—Camino de Francia.

—¿A qué punto de Francia se dirige?

—A L.***

—¡Ah! ¿Vos sabeis á lo que allí va?

—Sí; caballero.

—Decidlo.

—En busca de una jóven á quien vos conoceis.

—¿Y que se llama Eva?...

—Precisamente.

—¡Gran Dios!... Mi hijo quiere deshonrar su nombre. ¿Y cómo habeis sabido esto?

—Muy sencillamente; por medio del mismo criado que le acompaña, que ha sido en otro tiempo uno de mis adictos servidores. Él es quien me lo ha esplicado todo y por quien puedo deciros que vuestro hijo va á casarse.

—¡Oh! no; mi hijo no se casará con esa mujer cuya pobreza es humillante.

—Sin embargo, creo que vos mismo consentireis en tan funesto enlace.

—Nunca señora, nunca.

—Os hablará de su madre.

—Nada podrá decirme de ella.

—Creo que os equivocais, y este tal vez sea el motivo que haya tenido para proceder en los términos que lo ha hecho.

Anton Martin se sonrió de un modo siniestro. Su corazon malva-

do estaba tranquilo sobre este punto: no creia posible semejante cosa. Pensaba que el secreto era suyo, enteramente suyo, y que sus labios no habian proferido jamás palabra alguna sobre este asunto. Nadie podia conocer de un secreto semejante mas que Dios un médico y él.

Pero Teodomira, que en compañía de Thompson, tenia sobre esto formados sus proyectos, dijo:

—Reflexionadlo bien, la madre de Emilio vive.

—Solo Dios lo sabe.

—Y ella misma.

Anton Martin volvió á sonreirse de la manera siniestra que en ciertos casos tenia por costumbre y meneó la cabeza débilmente al tiempo de decir:

—Estais en un error.

—Pues bien; dejad que se presente.

—No será, porque no existe.

—En este caso vais á ser víctima de una infame impostura, que os pondrá en el caso de justificar la muerte de la madre de Emilio. Por de pronto, sabed que una mujer se presentará á los tribunales y reclamará la naturalizacion de Emilio. Vos no podeis desheredar á vuestro hijo á quien habeis legitimado. Confesad que al menos á proporcion de vuestra fortuna se os reclamarán los alimentos para el uno y para la otra.

Anton Martin al oir estas palabras, arrugó la frente y con tono áspero y enronquecido esclamó:

—¡Qué imbecilidad!

Mas Teodomira sin hacer caso de su tono ni de sus palabras, continuó:

—Confesad, sin embargo, que si una mujer se presentase á los tribunales diciendo: «Este es mi hijo,» y acompañase estas palabras con datos minuciosos y testimonios fehacientes de los hechos; confesad, digo, que los tribunales deberian declararlo así, ú os veríais obligado á declarar y probar justificadamente quien sea la madre de Emilio. Sino conseguís lo segundo, tendreis que pasar por lo primero. A vuestro hijo se le ha dado como cierta la existencia de su madre. Ya sabeis que delira por descubrirla, como sabeis tambien que

delira por el amor de Eva. Emilio cree en todo. Se le ha proporcionado unirse á Eva, y se le ha hecho ver que quien esta fortuna le deparaba, era su misma madre. Parece racional. ¿Quién mejor que una madre, puede ocurrir á los apasionados deseos, si por ahí tiene que alcanzar el reconocimiento de un hijo?

Anton Martin se mordió los labios con violencia y esclamó como lo habia hecho antes:

—¡Qué imbecilidad!

Teodomira iba á continuar, pero Anton Martin saltó con viveza:

—Basta; no prosigais: sé un remedio pronto y eficáz para que nada de esto suceda.

—¿Declarar quién es la verdadera madre?—preguntó Teodomira.

—No,—contestó Anton Martin con altanería.

—¿Pues?...

—Correr trás de Emilio, alcanzarle y donde quiera que le encuentre, manifestarle claramente que en semejante proyecto está su perdicion y la de Eva...

—No os creerá, porque tiene sin duda poderosos protectores.

—Aunque le proteja el infierno, sabré detenerle en sus propósitos. Le engañan; pero aun cuando así no fuese, antes sabria ser parricida que sucumbir á sus antojos.

—¿No temeis comprometeros?

—Nada me importa.

—Yo puedo para vuestros fines serviros grandemente.

—¿Vos?

—Sí, no lo dudeis; el criado que Emilio lleva en su compañía, es un fiel servidor, de quien puedo disponer como de un esclavo, como de un perro á quien solo he de señalar la presa para que se apodere de ella, y si esto no basta, el hombre con quien yo vivo, cuyo talento nadie aventaja en pleitos de esta naturaleza, saldrá á la palestra en defensa vuestra. Él y yo tenemos ganados muchos negocios de esta naturaleza, y advertid que á lo que llamo ahora simplemente *negocios*, en boca de algunos necios incapaces de pensar, de sentir, ni de proceder cual corresponde en las grandes situaciones de la vida, han llamado buenamente *crímenes encubiertos*... ¿Me comprendeis?

—Sí,—respondió Anton Martin,—y os prometo no olvidarlo nunca.

—Ahora solo me resta deciros para lo que conveniros pueda, que en el negocio del reconocimiento de la madre de Emilio, anda la sombra de un médico muy afamado.

—¡Su nombre!—esclamó Anton Martin con vivísima ansiedad, —¡su nombre!

—Lo ignoro.

—¿No quereis decírmelo?

—No puedo.

Anton Martín se levantó y presentándole su mano, con vehemencia estrechó la de Teodomira fuertemente al tiempo de decirla:

—Partiré hoy mismo: os escribiré diariamente, hacedme el favor vos de contestar á todas mis cartas.

—Os lo prometo... Creo que haremos negocio.

—Asi lo espero.

. . . . . .

. . . . . .

Queda asi esplicada la imprevista presencia de Anton Martin en L*** y en la misma casa de Eva, y quedan asi mismo esplicadas sus primeras relaciones con Teodomira.

CAPÍTULO XVIII.

Prosiguen los antecedentes.

Veamos ahora el motivo por el cual el doctor, Emilio y Eva se hallaban en el baile del palacio de los Morlotte.

El doctor tan pronto como habia llegado á Madrid, se dirigió á la antigua casa solariega de su apellido. Dos meses hacia que Luisa y su esposo habian regresado de Alemania. Le recibieron con toda la etiqueta correspondiente á la primogenitura de su apellido: hablaron de viages y costumbres; tema obligado de las conversaciones de ciertas visitas. Ambos habian recorrido gran número de los paises de Europa. El doctor Alfonso logró cautivar la imaginacion de Luisa por su vasta instruccion, finura y elocuencia; cosa rara de concebir (segun ella) en un miembro de una rama secundaria con respecto á la principal de una familia noble.

Luisa creyó sin duda que su pariente lejano viajaba por mero lujo, pues á no pensarlo así no le hubiera preguntado el objeto de su estancia en Madrid.

Morlotte se lo dijo sin vacilar, con estas precisas palabras:

—He venido de Francia con la única mision de acompañar á una mujer; que hallándose enferma de bastante gravedad, y debiendo forzosamente emprender un viaje á esta corte, se ha considerado prudente la acompañase un facultativo.

Luisa no pudo menos de suponer que siendo el doctor Alfonso un médico de fama, la señorita á quien acompañára debia pertenecer á una distinguida familia....

Es ocioso preguntar lo que uno considera cierto, y entre personas de cierto rango constituye una falta imperdonable el caèr en un renuncio que podríamos llamar pleonasmo de la etiqueta palaciega. Para Luisa esto hubiera sido imposible, y en vez de preguntar sobre este punto se limitó á informarse de la clase de enfermedad que sufria su clienta, su estado, edad y hermosura.

En cuanto á la enfermedad el doctor Alfonso fué suficientemente cauto para contestarle con buenas palabras aquello que debia necesariamente serle mas simpático. Le dijo: está enamorada. Las demas circunstancias, se las refirió ecsactamente tal cual eran; es decir, le manifestó que tenia diez y ocho años, que era huérfana del todo, y que su hermosura era una hermosura sin igual... Solo se abstuvo de responder á la pregunta que se referia á su estado. Pues sobre este particular le dijo:

—Señora, este es un punto sobre el cual no puedo responderos; es un secreto de conciencia, y vos ya sabeis que los médicos somos tambien confesores.

Esto escitó la curiosidad de Luisa, quien ardiendo en deseos de conocerla le dijo:

—¿No tendré el honor de que esta dama se me presente?

—¡Ah! señora... es una niña tan delicada.

—Y bien...—Esclamó Luisa encojiéndose de hombros de un modo que afectaba cierta gracia infantil.

El doctor la imitó en el mismo movimiento de hombros y contestó:

—No se lo que os diga.

—Hablad.

—Me poneis en compromiso.

Luisa insistió; esto era lo que el doctor Alfonso queria. Por fin le dijo:

—Creed señora que solo á vos podria concederos una gracia de que Eva se regocijará mucho, que la recibirá como un don especial; pero yo, como médico, quizás tenga que arrepentirme, puesto que esto en realidad es precipitar y alterar el plan de curacion que me habia trazado; mas vos lo deseais y esto, mi distinguida parienta, es un mandato que me obliga...

—¿Accedeis?

—No puedo menos, noble Luisa.

—Gracias. ¿Cuando tendré el gusto de estrechar la mano á esa deidad?

—Marcad vos el dia.

Luisa se puso á reflexionar un momento y luego tomando su rostro una actitud risueña, dijo:

—¡Ah! precisamente uno de esos prócsimos dias se celebrará en esta casa un fausto acontecimiento: mi hija, mi amada Laura se casa: vos y Eva quedais invitados para concurrir á la fiesta que con semejante motivo se celebrará algunos dias despues.

. . . . . .

Tal era el motivo de la presencia de Eva, el doctor y Emilio en tal dia en los salones del conde de Morlotte.

CAPITULO XIX.

El primer paso.

El conde durmió hasta las once de la mañana, pero fué su sueño intranquilo, pesaroso, fué un estado de insomnio. Por intérvalos hablaba clara y distintamente; luego murmuraba palabras incoherentes, y por fin quedaba sobrecogido en un aletargamiento tal que no se oia su respiracion ni se observaba en él el menor movimiento: parecia muerto.

Mas á las once de la mañana, relevado el criado mucho tiempo antes por el doctor, el conde se despertó repentinamente.

Aunque la habitacion estaba oscura, el doctor lo observó.

—Señor conde,—le dijo,—¿cómo habeis pasado la noche?

—Bien,—contestó simplemente.

—¿Estais tranquilo?

—Tanto cuanto es posible en mi triste situacion.

—Ya haremos que vuestra situacion no sea triste. Dejadme hacer; sujetaos á mis prescripciones y ya vereis como vuestro restablecimiento dará los buenos frutos que todos deseamos.

El conde suplicó al doctor que llamase al criado.

—¿Quereis levantaros?

—Sí,—contestó.

—¿No quereis antes conversar un rato conmigo?

—No, doctor; luego de levantado hablaremos cuanto querais.

—El doctor, acorrió á los deseos del conde yendo á avisar al criado. Un cuarto de hora despues, durante el cual estuvo conferenciando con la familia del conde, volvió á entrar.

El conde estaba levantado. Vestia pantalon largo, calzaba zapato de charol y llevaba una bata de lana holgadamente ceñida á la cintura. Al pobre criado le habia costado mucho conseguir de su amo la sustitucion de los pantalones modernos, pero al fin hubo de conseguirlo asegurándole que esto debia necesariamente adelantar el dia en que el doctor creyese ya oportuno su comunicacion con la sociedad esterna del palacio.

El doctor se sorprendió grandemente y pensó que el criado habia verificado en su amo un verdadero milagro. Faltaba, sin embargo, una gran reforma que hacer en su persona.

—¡Hola!—le dijo aquel sonriendo afablemente;—habeis dado un gran paso en la carrera del progreso, solo que en vez de principiar por la cabeza habeis principiado por los piés.

El criado añadió:

—Y por las piernas, doctor.

—Verdaderamente.

—La cabeza no es de mi incumbencia,—repuso.

—La cabeza,—saltó el criado,—es del esclusivo dominio del peluquero.

El conde al oir el diálogo entre el doctor y el criado, se puso ambas manos á la cabeza y acariciándose la cola con afecto paternal, pregun tó:

—¿Qué quereis decir con esto?

—Ya lo adivinais,—dijo el doctor.

—¡Ah! ¿quereis que desaparezca este vivo testimonio de los años que han transcurrido durante mi soledad, mi encierro, mi infortunio?

—Señor conde,—esclamó el doctor,—es preciso acomodarse á los tiempos y á las circunstancias.

La resistencia del conde era muy natural; los usos, las costumbres, los hábitos que vienen acompañándonos desde la infancia hasta una edad avanzada, son tanto mas difíciles de desarraigar cuanto mas se refieren al esterior de nuestras personas y á la parte esa que nos permitiremos llamar de ornato. Nada de estraño habia en que el conde manifestase cierta resistencia ante la idea de tener que separar de su cabeza aquel apéndice que aun hoy dia, á despe-

cho de todo, vemos conservar por algunos ancianos con un esmero y solicitud dignos de mejor objeto.

—Es preciso, decís, señor doctor,—dijo el conde,—que sacrifique mi cabello al progreso de los tiempos... ¡Ah; vuestro progreso en este caso, es bien nimio é insubstancial! Mas no me importa; se hará el sacrificio.

Media hora despues el sacrificio estaba hecho.

Su cabello cortado á la moderna, pero un poco largo y á favor de cierta asperosidad que le era natural, parecia rizado. Aquella cabeza con esa sola innovacion parecia otra: la de un hombre que solo tuviese algo mas de cincuenta años.

Apropósito diremos algunas palabras.

El conde tenia setenta y dos años. Si un momento antes parecia un viejo decrépito, era por su traje y su peinado; si ahora nos parecia mucho mas jóven, las causas eran distintas. El conde habia permanecido cincuenta y cinco años sin esperimentar molestia alguna ni física ni moral. Ninguna pasion habia agitado su ánimo durante este tiempo. Habia permanecido allí, segun espresion del mismo, como en el limbo. Los azares de la vida, los disgustos de familia, las vanidades sociales, no habian obrado en él en ningun sentido. Ni los rayos del sol en las altas horas de un dia de verano, ni las heladas noches del invierno, ni los descomedidos paseos á caballo, ni la muelleza y abatimiento consiguientes á las fatigas, ni impresion fuerte, en una palabra, en sus sentidos, habia logrado abatir aquel espíritu cuyos medios de manifestacion estaban completamente adormecidos. Era, pues, un viejo, si se nos permite la palabra, acabado de nacer: su alma vírgen, su cuerpo sin haber podido gastarse con el roce roedor del mundo y de sus pasiones. ¿Cómo era, pues, posible que el brillo de sus ojos fuese velado por esa opacidad que trae consigo la vejez, ni que su rostro estuviese marcado con las arrugas de la senectud? No; la vejez no es tanto el resultado de los años como el producto del desgastamiento de la vida. El tiempo, es verdad, todo lo acaba y aniquila, pero la obra de la destruccion de la materia son los agentes corrosivos que trabajan sobre ellos de un modo mas rápido y eficaz. El conde habia estado desde su juventud á su vejez, fuera de la accion de agentes tales.

Por esto no es de estrañar la circunstancia de que el conde apareciese, una vez cortado su cabello y cambiado su traje, mas jóven, mucho mas jóven de lo que realmente era.

El doctor quiso presenciar esta mutacion en su enfermo. Sólo despues que estuvo hecha, y ausente ya el criado, aprovechó la ocasion para decirle:

—Señor conde, la sesion de esta mañana ocupará el punto opuesto de la de ayer, es decir, esta mañana os colocareis en el punto de llegada así como ayer os colocasteis en el de partida: de este modo terminaremos mas velozmente la carrera que hemos de recorrer.

El conde miró con alegría al doctor y dijo:

—¿Saldré de aquí? ¿Permitireis que se abran las puertas de esa tumba?

—Sí.

—¡Ah! doctor; no se cómo ponderaros mi alegría: hasta que este instante llegue no me consideraré resucitado.

—Dáos, pues, por tal.

—¿No peligra mi salud?

—No, vuestra salud está en vuestras manos; haced que no se os escape y lo conseguireis.

—Sabré dominarme; os lo aseguro,—dijo el conde con entereza.

—Pues sabreis triunfar de vuestra enfermedad.

—¿Y qué es lo que hemos de hacer doctor?

—Cojerse de mi brazo y seguirme; hablar poco y reflexionar mucho.

—Lo haré.

—Principiemos, pues.

El doctor le ofreció el brazo, que el conde tomó con estraordinaria alegría, y ambos se dirigieron á la puerta. El doctor la abrió de par en par. El conde respiró fuertemente como aquel hombre que despues de haber estado casi asfixiado consigue respirar un aire puro.

Inmediatamente despues de la habitacion, ó tumba, donde habia permanecido tanto tiempo, habia un pequeño gabinete algo oscuro; seguia un largo corredor, y por fin, el gran salon de que hemos hablado anteriormente.

Dicho salon ocupaba el punto céntrico del palacio. Desde allí, á favor de distintas puertas abiertas, se divisaban una multitud de estancias y una galería que daba al patio en forma de cláustro.

El conde miró todo aquello con asombro.

—¿Qué es esto?—dijo.

—Vuestro palacio.

—Mi...

—Vuestro palacio,—repitió el doctor.

—No le conozco.

—Está todo cambiado.

—¿Y porqué?

—Se habrá creido conveniente.

—¿Por quién?

—Señor conde, ¿quién quereis que sea? Vuestra familia.

—¿Con qué derecho?

—He aquí una pregunta á la cual yo no puedo responder.

—¿Habia yo muerto por ventura?

—No tal, pero...

—¿Pues...?

—Pronto, si os place, podreis salir de dudas. Mandaré llamar á vuestra nieta.

—¡Oh! esto es muy curioso.

El doctor sin soltar del brazo al conde se dirigió á la pared opuesta por donde habian entrado al salon. Cuando estaban á dos pasos de distancia el conde preguntó con estrañeza.

—¿Dónde vamos?

El doctor no contestó. Alargó su brazo hácia la pared y con la yema del dedo índice apretó un botoncito que en ella habia.

Instantáneamente correspondió á aquella accion un campanilleo prolongado y lijero.

—¿Qué es esto?—preguntó el conde.

El doctor se hizo el desentendido hasta que un instante despues apareció un criado en el umbral de la puerta que sin decir palabra se humilló reverentemente en su presencia.

—Decid á la señora,—dijo el doctor,—que el señor conde la aguarda dentro un rato en este salon.

El criado hizo una segunda cortesía y desapareció.

El conde quedó pasmado de lo que acababa de suceder.

—¿Qué es esto?—volvió á preguntar.

El doctor le contestó:

—Es una de las reformas introducidas en el palacio... sin vuestro consentimiento.

No satisfizo esta contestacion al conde, quien añadió en seguida:

—No me entendeis; ¿os pregunto como ha podido suceder eso? Os acercais á la pared; comprimís un boton que hay en ella, resuena una campanilla y en el mismo acto aparece un criado á recibir vuestras órdenes: todo esto en menos tiempo del que se necesita para decirlo.

—¡Ah! conde, os admirais de la cosa mas sencilla en su órden. Así como he podido llamar á un criado de la casa por este procedimiento, hubiera podido dar los buenos dias al gran Czar de todas las Rusias, de parte vuestra, sin haber empleado mas tiempo que el invertido en llamar á ese pobre diablo que acaba de salir de aquí...

El conde miró al doctor con cierto enfado y como el hombre que sorprende á otro burlándosele en la cara. Pero luego prorumpió en una solemne carcajada y esclamó:

—¡Es risible el demonio de vuestra civilizacion!... Queréisme hacer creer cosas estupendas de estos tiempos. En los mios se atribuian á las brujas; ahora os lo atribuís á vosotros mismos.

—No, conde, nó; á las ciencias. No tomeis á broma lo que os digo; es un fenómeno que se llama electricidad, al cual se ha aplicado la telegrafía. Aquí no habeis visto mas que un signo convencional, un simple llamamiento. Mas tarde os haré presenciar una conversacion sostenida por escrito entre Paris y Viena como si la sostuviéramos nosotros dos sobre una misma mesa; es decir sin mas tiempo que el de escribir vos vuestra misiva y contestaros yo á ella por escrito al mismo tiempo.

El doctor hablaba con tal entereza, que al conde no le fué posible dudar de la veracidad de sus palabras.

—¿Vos creeis lo que decís?—le preguntó.

—A ciencia cierta. Conozco este procedimiento con toda claridad. Me son desconocidas las leyes á que obedece el fenómeno

en este caso, como las desconoce todo el mundo; pero se ponerlos en accion y dominar por ellos el tiempo y las distancias.

El conde dejó caer la cabeza hasta tocar con su barba el pecho y abriendo los brazos esclamó:

—¡Será verdad!

CAPITULO XX.

El segundo paso.

En aquel momento vinieron á interrumpir el asombro del conde, su nieta y su biznieta. Se presentaron las dos asidas de la mano y como si fuesen dos cariñosísimas hermanas.

—Aquí las teneis, señor conde,—dijo el doctor.

Las recien llegadas sin desplegar los labios se arrojaron á sus brazos.

—Hijas mias,—esclamó el conde,—cuanto deseaba veros. El doctor ha creido oportuno levantar la barrera que me detenia en mi lúgubre habitacion. Pero aquí me encuentro como un buque perdido en alta mar. Ignoro si el doctor conoce el laberinto de estancias que se presentan á mi vista. Al propio tiempo que os deseo á mi lado, suplico que me sirvais de brújula para recorrer mi palacio. Esto está todo cambiado.

Luisa y Laura se sonrieron graciosamente. Pero no encontraron una palabra con que contestar al conde.

—¿Y vuestros esposos?—preguntó

—Han salido.—contestaron á la par.

A cuyas palabras, Laura añadió:

—El mio pronto volverá.

—¿Y el tuyo?—preguntó el conde á Luisa.

—No deberá tardar en volver.

—Papá acostumbra á salir temprano,—repuso Laura con dulce acento.



LUISA Y LAURA.

—Y mi yerno, ya lo veis señor conde, tambien madruga,—añadió Luisa.

—Esto indica, á mi ver,—contestó el conde,—su carácter solícito y diligente... Ya les veré mas tarde...

El conde ofreció su brazo á Laura.

—Hija mia,—le dijo;—así debe ser; el tronco viejo y decrépito del arbol, debe apoyarse en su rama mas jóven y vigorosa;—y volviéndose á Luisa prosiguió:—Tú aquí, hija mia, á mi lado; supongo que no te causará enojo esta preferencia hácia tu hija.

Los viejos, y cuanto mas viejos mas sucede esto, no pueden resistir á cierta natural inclinacion hácia los jóvenes, que es mas pronunciada cuanto mas se acercan á la infancia los que les rodean.

—No, señor conde....—Saltó Luisa al oir las palabras de su abuelo;—no me enojaré por esto.

—Llámame tu padre ó tu abuelo,—dijo el conde.

—Os llamaré papá en adelante, como siempre os he llamado refiriéndome á vos.

(Nuestros lectores no habrán olvidado que el mismo criado, dijo en otra época á Eva y á su madre, refiriéndose á Luisa, que el señor conde tenia una hija en Viena.)

—Y yo tambien,—saltó Laura,—os llamaré papá.

—Hijas mias, como gusteis.

El doctor que habia oido esta conversacion sin mezclarse en ella, se colocó al lado de Luisa, y los cuatro, casi de frente, pusiéronse en marcha.

Al salir del salon se encontraron en una estancia régiamente dispuesta. Era una pieza cuadrada de las dimensiones de una cuarta parte del salon. Sus paredes estaban tapizadas de damasco blanco con flores del mas oscuro punzó recamadas de oro; en el centro de las paredes habia unos espejos de cuerpo entero enclavados en la misma con marco de bronce, y delante de cada uno, dos grandes y esbeltos jarrones de marmol con flores naturales las mas raras y de esquisito gusto. Algunas butacas inmediatas á los cortinajes de seda, de igual muestra y colores de la tapicería, y dos magníficos confidentes dorados y forrados de seda blanca, era lo que completaba el mueblaje de aquella habitacion. El suelo estaba cubierto de una rica alfombra.

de Pérsia y el techo era un cielo raso con un gran roseton en el centro del cual colgaba una araña de vivísimos cambiantes.

El conde contempló aquella estancia con placer. Sorprendido de la suntuosidad y buen gusto que allí reinaban, dijo:

—¡Magnífico! este estrado es soberbio.

Luisa y Laura cruzáronse una mirada de intelijencia mientras el conde continuaba:

—Buen gusto... No cabe cosa superior.

Luisa, con una coquetería digna de su vanidad, dijo al conde.

—¡Oh! suspended vuestro parecer por ahora...

Laura añadió:

—No habeis visto nada todavia.

—Vamos al gabinete de la chimenea verde.

Volviendo á atravesar por en medio del gran salon, se encaminaron á una estancia que ocupaba la parte opuesta al gabinete de que acabamos de hablar.

Era de iguales dimensiones; sus paredes estaban cubiertas de una ensambladura que imitaba al mármol. Colgaban de ella ricos cuadros de costumbres de los mejores maestros del divino arte de Velazquez y Murillo. El suelo estaba cubierto de un rico mosaico de madera. En el fondo de esta habitacion habia una chimenea de pórfido verdusco; sobre esta chimenea destacábase un grande espejo que reflejaba en su interior dos grandes caudelabros de plata y un precioso reloj de bronce representando á Urania regulando el movimiento de las estrellas. Delante de esta chimenea habia algunos sillones de terciopelo granate y á sus piés una soberbia piel de tigre cuya cabeza entera descansaba al lado de la chimenea. El conjunto de esta habitacion era estraño, y al conde le sorprendió sobremanera.

Luisa contemplando el efecto que en su abuelo producia le dijo:

—Hay tres habitaciones de este órden, pero de distinto estilo; asi como hay tambien tres de distinto estilo é igual órden de la que habeis visto anteriormente.

Prosigamos nuestra ruta.

La comitiva salió de allí y atravesó la puerta del fondo del gran salon de cuyos alrededores no se habian aun apartado.

Nosotros no les seguiremos por no presentarnos molestos á nues-

tros lectores. Hemos dado ya una idea general de la magnificencia del palacio del conde de la Morlotte; no haríamos ahora mas que proceder á un inventario de la riqueza del moviliario del palacio: digamos solo que el conde se enteró minuciosamente de todo y quedó altamente sorprendido al ver las variaciones de que su casa habia sido objeto. Era realmente, como él habia dicho, una mansion distinta de la que en otros tiempos habia habitado.

Solo hablaremos de los gabinetes dormitorios, respectivos, de Luisa y Laura.

Era el primero una mansion de hadas. Las paredes parecian de porcelana, pues eran primorosamente estucadas, el techo de razo azul con estrellas de oro, el suelo cubierto con una alfombra blanca, el techo descansaba sobre una cornisa dorada y la alfombra tenia en sus estremidades una guarnicion de color púrpura; en el centro, habia una mesa redonda de ópalo con mármol encima. Sobre este mármol habia un grupo de plata figurando á Hércules en el momento de ahogar á Anteo, y al lado de varios objetos de curiosidad y riqueza artística, un precioso álbum de nacar esmaltado en oro y preciosos filigranates. En el fondo de este gabinete habia unas puertas vidrieras que daban paso á una alcoba. Estas vidrieras estaban siempre abiertas, dejando ver una magnífica cama á la imperial debajo de un rico pabellon de seda blanca con guarniciones de blonda holandesa. Sobre un sofá de raso color de rosa habia algunas almohadas de pluma de adredon, y en frente de este sofá una rica consola tambien de ópalo.

Cuando el conde entró en esa habitacion no quedó menos sorprendido que ante la magnificencia de las anteriores.

CAPITULO XXI.

El paso tercero.

Sin embargo, uno de los objetos que mas le llamó la atencion fué el álbum mencionado.

—¿Qué libro es este?—preguntó el conde admirado de tan esquisita preciosidad.

—Un álbum,—se apresuró á contestarle Luisa.

—Y ¿qué significa un álbum?

—Un libro,—saltó entonces Luisa,—en donde se recopilan dibujos, retratos, composiciones poéticas, producciones musicales, etc.

Y diciendo esto, Laura cogió el álbum y presentándolo á su bisabuelo, dijo:

—Este es todo de retratos daguerreótipos; mirad.

El conde admirado de la palabra *daguerreótipos*, que por él no tenia significacion alguna, preguntó:

—¿Qué decís?

Luisa y Laura comprendieron á la vez la estrañeza del conde que no podia saber lo que significaba esta palabra. El daguerreótipo es un descubrimiento moderno que ha tomado el nombre de su autor; mal podia, pues, el conde ser conocedor de su significado atendidas las circunstancias en que se hallaba.

Luisa y Laura le esplicaron á su manera el significado de esa palabra, diciéndole:

—Son unos retratoshechos casi instantáneamente, por medio de una máquina puesta á la accion del sol.

Si esta definicion no era exacta, por lo menos Luisa creia darse á comprender á su manera.

El doctor que se hallaba á su lado se sonrió y cogiendo el álbum dijo:

—«*Nihil est in intellecto quod prius non fuerit in senso...*» Principiemos por ver.

Y cogiendo el álbum y presentándole el primer retrato dijo:

—Mirad... Buscad los efectos de la luz, y cuando veais bien esta figura, avisad.

El conde principió á mover el álbum suavemente, hasta que dijo:

—¡Ahora!...

Entonces el doctor prosiguió:

—Puesto un objeto cualquiera en reflexion por medio de la luz natural en el fondo de una cámara ascura sobre un cristal convenientemente preparado por medio de varios ingredientes químicos sumamente sensibles á la luz como el nitrato de plata, y secantes como los alcohólicos, se obtiene en el la fijacion duradera del objeto reflejado. Así nos lo ha probado el químico Mr. Daguerre obteniendo los mejores resultados.

Francamente diremos, que esta definicion del fenómeno que nos ocupa, no fué para el conde ni mas clara ni mas inteligible. Y esto mismo quizás contribuyó mucho á mantenerle en el asombro mezclado de cierta incredulidad que se apoderó de él desde un principio.

El doctor continuó:

—Y todo esto opera con una rapidez asombrosa, pero requiere una precision y exactitud matemáticas; así en los preparativos como en la ejecucion.

—¡Oh! ¡oh!—esclamó el conde,—¡esto es grande, esto es increible!

—Esto,—repuso el doctor;—es la obra del progreso de los tiempos, de que os hablaba ayer noche... Esto es obligar al sol á trabajar dentro de una máquina inventada por el hombre; es justificar que el arte está en la naturaleza; que en cada uno de sus detalles se encierra un grande artista, ciego y fatalmente artista. Del mismo modo la electricidad de que os he hablado con motivo de los llama-

dores colocados en la pared del gran salon, ha dado lugar á la poderosa mano de un hombre á humillar en sus piés el mismo rayo de los cielos.

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia!—Esclamó el conde conmovida su maravillosidad y profunda veneracion religiosa.

—¡Ah, señor conde, á los que como vos tienen los ojos cerrados á los ajigantados pasos del progreso, en su rápida y majestuosa peregrinacion sobre la tierra, no se me oculta que llaman blasfemia á todos estos arcanos de la naturaleza que las ciencias sorprenden en sus momentos de inspiracion divina! No, conde, esto no son blasfemias: son adoraciones á Dios; son la mayor santificacion de su gloria. Un hombre de elevada mente, de alma generosa, de espíritu libre, de corazon jigante, de conciencia pura y de moralidad santa, desarmó, al impulso de una cometa arrastrada á lo alto por los vientos, al rayo de las nubes, y conducido por una ebra metálica lo sumergió á la tierra, y le puso la planta encima en señal de dominio eterno...!

—¿Era un santo?—preguntó el conde anonadado.

—¡Era un hombre!—contestó simplemente el doctor;—se llamaba Franklin: como físico, sábio; como sábio, filósofo; como filósofo, ardiente partidario del nuevo derecho; última razon de la filosofía moderna.

A estas últimas palabras, el álbum que tenia el conde en sus manos cayó sobre el mármol de la mesa y se desquebrajó por varias partes. El conde abismado de terror esclamó:

—¡Dios mio!... Si será verdad...

Luisa y Laura participaban en cierto modo del mismo asombro. Tal vez mil veces habian leido ú oido palabras idénticas ó muy parecidas á las que pronunciaba el doctor; nunca, sin embargo, habian producido en ellas semejante efecto. Era que nunca tampoco habian podido imaginarse el natural asombro que debian producir en una situacion como la de l conde; esto es, en un hombre que abriese repentinamente sus ojos á la vida y á la luz de la razon, despues de un letargo de medio siglo ininterrumpido. Reflexiónelo cada uno de nuestros lectores y vea, despues, si el asombro del conde, palpablemente de manifiesto, no era natural é irremisible, así como irremi-

sible y natural su contagio á las demás personas que fuesen testigos de él.

El doctor, contemplando con severa impasibilidad al conde, prosiguió:

—Esto que aquí veis es un progreso, un asombroso progreso y como tal hijo de otros muchos y padre de otros infinitos. Permitidme aquí una comparacion: suponed el progreso arrancando de un punto céntrico, y que ese punto es Dios; que de aquel parten infinitos rayos de luz en todas direcciones: es una estrella. Suponed que del término de cada rayo, como otro foco de luz, brotan otros infinitos rayos formando á su vez nuevas estrellas, y así sucesivamente, id añadiendo á la punta de cada rayo nuevos focos de luz y resplandores.... no acabeis nunca, y hé aquí una idea perfecta del progreso. Cada progreso es orígen de nuevos é infinitos progresos: su centro Dios. Nadie es capaz de imaginar lo que un invento está llamado á producir en el mundo. Si fuese posible, que no lo es, suprimir un solo arte, una sola industria, una sola ciencia, sucederia, que ese gran foco de infinitas luces y resplandores con que he comparado el progreso, se ofuscaria repentinamente como si el centro de nuestro sistema solar se ofuscara ó aniquilase: la vida misma no seria posible; la sociedad pereceria. ¡Ay, si en el mundo hubiese perecido uno solo de los elementos que constituyen el misterioso organismo del progreso humano!...

CAPITULO XXII.

El cuarto paso.

El doctor fué prosiguiendo su discurso, si tal nombre merecen las palabras que acabamos de transferir, hasta que el conde, habiendo tomado en la cuestion una parte razonadora, encaminánronse, juntos con Luisa y Laura, á otra estancia que era el gabinete particular del marido de la primera.

No nos entretendremos en describirla: imagínese el lector lo mas suntuoso en su género, pero fije con nosotros su vista en un cuadro al óleo representando una magnífica marina.—Los horizontes son inmensos, el cielo de color plomizo se confunde con el mar de un verde casi negro. Las olas embravecidas luchan entre sí como montañas precipitadas unas contra otras. El rayo alumbra el espacio donde la tinieblas parece que se palpan, y el hórrido estrépito de la tempestad parece que ruge, y sin embargo, surca el salubre elemento una nave majestuosa, tiene la popa abismada en los antros del mar y la proa parece que rasga con la punta de los mástiles y trinquetes la mortuoria sábana de los cielos.

El conde tiene fija la vista en aquel cuadro. La tempestad hace del buque su juguete. Todo indica á su vez que el artista ha querido pintar los últimos momentos, las últimas angustias, los últimos horrores de un naufragio.

Al pié del cuadro vense escritas estas palabras: *Vapor Josefina.*

Al conde le llaman muy particularmente la atencion dos cosas: la

primera la construccion especial de la nave; la segunda la palabra *vapor*.

—¿Es, sin duda, el nombre de esta desgraciada nave el de Josefina—Preguntó el conde con tono grave y hasta sentimental.

—Es, papá—contestó Luisa, recalcando el acento en la palabra es, —es, pues todavía existe.

El conde esclamó con asombro.

—¡Cómo!... ¡Es posible!... ¿Logró salvarse de las garras del huracan? ¡Oh! esto no es verdad, es un disparate del pintor: falta de filosofía en este cuadro.

Mas luego cambiando de tono y sonriendo con cierta afabilidad añadió:

—¡Si será tambien este un nuevo progreso de los tiempos!...

—Indudablemente,—le contestó el doctor.

—¿Construís buques de tal resistencia que se burlan del furor de las olas y desprecian la voz del huracan?

—No, conde,—contestó el doctor,—hacemos más, navegamos sin velas, contra vientos, contra mareas: conocemos las leyes del equinoccio y nos entregamos seguros en sus entrañas sin temor á su potencia.

—¡Gran Dios!... Vuestro orgullo desafía la cólera del cielo.

—Es mas aun...

—¿Todavía?...

—Sí, señor conde,—repuso el doctor,—hacemos más: surcamos los mares con doble velocidad que en alas del viento. Aun tenemos buques de vela; pero con vientos medios, la velocidad de los unos respecto á la de los otros, es la del grajo comparada á la del águila.

El conde repitió las mismas palabras con que hasta entonces puede decirse habia sabido únicamente espresar su asombro:

—¡Gran Dios! ¡Gran Dios!

—¿Y á qué direis es debido todo esto?... No es por cierto á la mágia blanca.

—Sino á la negra,—repuso el conde sonriendo.

—A la ciencia.

—Esto es, esto es lo que yo queria decir; vuestra ciencia es realmente para mí una ciencia diabólica.

—A la ciencia,—repitió el doctor.

—¡Bendita sea!

El doctor profirió estas palabras lleno de alegría:

—Así os quiero oir, bendecid á la ciencia. Aquí,—dijo el doctor señalando al cuadro,—la ciencia ha encerrado este milagro en el fondo de una caldera de hierro. Me esplicaré mejor: la compresion de los vapores de agua producidos por el calórico, se descubrió ser una fuerza siempre creciente y de incalculable poder. Como todos los descubrimientos, fué este debido á la casualidad. Poned un puchero al fuego, lleno de agua, y hacedle hervir; colocad en la boca una tapadera de una materia delgadísima, de hoja de lata, y esperad: no tardareis mucho en observar en la tapadera cierto movimiento que indica ceder á una fuerza que brota del interior de puchero. Esta es la fuerza del vapor. Aplicad aquí el grande ingenio de un mecánico y vereis surgir de este principio, fenómenos que os asombrarán. Tendreis una fuerza inanimada capaz de transportar pueblos enteros de un punto á otro de la tierra, de levantar al través de las nubes pesos enormes, dar vida y movimiento á las industrias que tomarán una nueva faz en todas las artes, y finalmente, esto que aquí veis...

(Al pronunciar estas palabras el doctor tenia el dedo puesto encima del cuadro).

El conde, que habia oido con atencion suma el relato del doctor, esperaba con la boca abierta que este continuase, mas como el doctor no lo hacia el conde le dijo:

—Proseguid, proseguid, amigo mio...

—Señor conde, ¿qué mas quereis saber?

—Comprendo lo que vos decis; veo claro lo del puchero; pero de esto á lo que esplicais...

—¿Media una gran distancia?—saltó el doctor.—Efectivamente.

El conde profundamente ensimismado y sin atender, por consiguiente á lo que el doctor sin duda iba á esplicar, esclamó:

—¿Como anda, como anda?

—Como un vehículo cualquiera. ¿No veis las ruedas?

El doctor tenia aun puesto el dedo sobre el buque llamado la *Josefina* y no hacia mas que pasearlo por su superficie.

—¿Esto son las ruedas?

—Sí.

—¿Se unden en el agua?

—Claro está, supuesto que son de hierro. Girando velozmente sobre un eje adherido á los costados del buque giran con violencia y hallan el firme en la propia flexibilidad de las aguas. No á otro mecanismo obedecen todos los miembros propios para servir á la natacion.

—¡Ah! ¡ah! esto es evidente.

—Y sencillo.

—Sin embargo, es necesario la demostracion práctica para conseguir una idea clara de este mecanismo.

—Como en todas las cosas.

Luisa y Laura, aunque escuchaban con atencion, por ciertos indicios de impaciencia hubiera podido adivinarse que poco ó nada entendian de la esplicacion del doctor. Este lo comprendió así mismo y para evitarles semejante disgusto, dijo al conde:

—Ya vereis esto prácticamente.

—¡Oh! lo espero, lo deseo.

—Nada mas fácil,—esclamó Luisa.

—Sí, sí, continuó el conde. Deseo ver todo esto... Deseo vivir... La vida en cada una de las divisiones del tiempo es mas bella, mas grata, mas sublime. Si todo lo que me decís llega á producirme el efecto que en estos momentos esperimento, ¡gran Dios, qué inmensos horizontes se preparan á mi vista!

—Inmensos, señor conde,—dijo el doctor.

—A cada paso que doy fuera de mi estancia, hallo un nuevo abismo que recorrer con mi inteligencia... ¡Prosigamos, prosigamos!...

El conde asiéndose del brazo del doctor le empujó obligándole á dar un paso hácia la puerta de aquella habitacion.

Luisa y Laura no deseaban otra cosa, de modo que colocándose delante de ellos emprendieron su camino, diciendo las dos á un tiempo:

—Vamos.

Los cuatro, esta vez de dos en dos de fondo, se encaminaron á

otras habitaciones. En cada una encontraba el conde nuevos objetos que admirar, nuevas preguntas que hacer, nuevas reflexiones á que entregarse.

Apenas se le contestaba en nada. Luisa y Laura temian en cada pregunta una interrupcion como las anteriormente sufridas. El doctor esperaba que el acaso le proporcionase algun golpe de efecto por el estilo de los anteriores.

¿Debia hacerse esperar mucho la ocasion?

No era de temer. En lo que iba solo del presente siglo habia lo suficiente para que no sucediese. Cerrar los ojos al término de un siglo para abrirlos á la mitad del próximo siguiente, es morir en una vida para resucitar en otra: todo es distinto, nada se parece: la mayor reminiscencia es la cosa mas confusa, mas oscura mas ignota. Este fenómeno observa en el transcurso de los tiempos una marcha gradual. Llegará tiempo que en un año se observará lo que en las edades medias de la historia ni en un siglo se observaba. El progreso en cualquiera de sus puntos de partida, así en sus accidentes como en su totalidad, demuestra esta misma marcha: al principio es lenta, luego rápida y velozmente.

CAPITULO XXIII.

Suma y sigue.

Al través de varias habitaciones la comitiva llegó á una galería que daba al jardin.

El jardin como hemos dicho era espacioso y ocupaba una estension de terreno colindante con la tapia de Madrid. De modo que no era por ninguna parte dominado. En otros tiempos habia sido sin embargo, mucho mas estenso.

Ya hemos dicho que modernamente se habia edificado en él un segundo cuerpo. El conde recordó su antigua disposicion y al punto dijo:

—Esto está cambiado; ó yo sueño, ó esto antes no estaba así. El jardin era mucho mas ancho. Aquí habia una fuente: allá unas grandes glorietas, allí una oscura arboleda...

Y diciendo esto iba señalando con la mano en distintas direcciones.

—Ciertamente,—dijo Luisa,—teneis razon. Recuerdo siendo yo todavía bastante niña, cuando esto se edificó. Mi padre vendió un gran terreno que tenia al lado, y he oido decir mil veces que con su importe, hubo lo suficiente y aun sobró para toda esta edificacion.

El conde oyó esas palabras con sorpresa, por no decir con asombro, pues al oirlas hizo un movimiento de estrañeza y su faz se demudó ligeramente.

—¿Qué decís?—preguntó.

—¡Ah! ¿qué tiene esto de estraño?

—¿Qué decís?—Volvió á preguntar el conde.

Luisa y Laura se miraron la una á la otra como interrogándose lo que debian contestar.

El doctor no atinó tampoco la causa de la sorpresa del conde, sin embargo se aventuró á preguntar:

—¿Os duele que hayan edificado en el jardin?

—¡Oh! ¿Cómo ha sido esto posible?

—¿Teníais acaso prevenido lo contrario?

—¡No! no comprendo esto.

—¿Por qué?—preguntó Luisa.

—¿Me lo preguntais?

—Es claro,—saltó Laura.

—No os entiendo.

—Ni yo tampoco,—repuso el doctor.

Luisa y Laura encogidas de hombros venian á significar lo mismo; que no entendian nada de lo que el conde queria significar con su sorpresa.

El doctor por fin dijo:

—Espliquémonos, señor conde; no os aturdais: ved que esto podria seros funesto.

—¿A mí?

—Quizás.

El doctor tomó un verdadero susto ante a actitud desordenada del conde. Temió que su razon volviese á ofuscarse.

Pero el conde con ánimo severo, aun que con aspecto sumamente grave, dijo:

—Oid.

Todos se prepararon con la mayor ansiedad á escucharlo.

—Me parece Luisa, que has dicho claramente que el coste de edificacion de este segundo cuerpo del palacio, bastó á cubrirlo el importe de los terrenos vendidos inmediatos á él...

—Sí señor,—contestó Luisa.

—¿Y con qué derecho?—esclamó el conde con tono verdaderamente solemne.

Luisa no supo que responder y solo acertó á pronunciar:

—Señor...

El doctor, creyendo que se referian sus palabras á haber edificado y vendido sin su órden ni consentimiento dijo:

—Tened presente, señor conde que vos no os hallabais en disposicion de ser consultado para nada.

Mas el conde con entrecortado acento repuso:

—¿Y podia yo, yo mismo, dar mi consentimiento para esto? ¿Acaso los bienes del condado de la Morlotte no se hallan justa y debidamente vinculados, y no vienen siendo los mismos, generacion tras generacion, inclusos los aumentos de fortuna debidos á los sobrantes de las rentas y á los enlaces de familia y herencia en línea recta de sus ramas adherentes?...

El doctor no pudo comprimir su risa, que esta vez era de toda satisfaccion.

—¡Gracias á Dios que os entiendo!—esclamó.

Tambien Luisa y Laura vinieron á comprender lo que el conde queria decir.

—No me estraña,—continuó el conde,—que haya habido en mi familia quien haya intentado vender; lo que me asombra es que haya habido quien quisiera comprar. Las leyes, que constituyen la base fundamental de una sociedad bien montada, ¿pueden acaso conculcarse de este modo? ¡Oh, esto no será la obra de vuestro progreso! El respeto á la ley, la inviolabilidad de la propiedad, lo sagrado, sobre todo, de la tierra vinculada para el lustre de las familias, para el honor de la patria, para la inmortalidad de los ilustres apellidos que llenan las mas elocuentes páginas de la historia, ¿son en nuestros dias objeto de burla del primer advenedizo que se presente? Esplicaos, señor doctor; no creo que sobre esto puedan las cosas haber cambiado en nada....

El doctor contestó con tono solemne.

—En todo.

—¡Cómo! ¿Estais en vos?

—¡Oh! sí, estoy en lo cierto y lo que es mas, señor conde, estoy con la razon y con lo justo.

El conde calló, inclinó su cabeza y se cruzó de brazos.

—Imposible,—murmuró despues por lo bajo.

—Estoy por la desvinculacion hasta su última palabra. Vos no

sabeis, conde, que las ciencias, sobre todo la que mas directamente trata de la riqueza de los pueblos, ha venido á proclamar que toda propiedad vinculada es perjudicial á la riqueza pública y á las manos mismas que la poseen: la esperiencia lo comprueba: la ciencia, nueva sin duda para vos, llamada *economía política* lo demuestra. Los pueblos modernos se han visto precisados á hacer esta justa reforma en la propiedad. Ya no hay vinculacion. Y á favor de esta reforma la riqueza ha aumentado en todas partes de un modo asombroso...

—Callad,—dijo el conde.

—Os digo la verdad.

—No dudo de vuestra intencion, pero estais en un error.

—Permitidme que continue.

—Me haceis daño.

—Es para vuestro bien; mas seré breve. Me permitiré dos simples preguntas para el caso.

El doctor cambiando de tono continuó:

—¿A cuánto ascendian vuestras riquezas el dia de vuestro casamiento? Probad de recordarlo.

El conde contestó:

—Es inútil.

—¿No lo sabeis?

—Hay que cederos en todo, señor doctor aguardad.

Y despues de reflexionar breves momentos y de murmurar entre dientes algunas cantidades, dijo:

—A unos cuatro millones de reales.

—Bien,—esclamó el doctor ya tenemos un dato fundamental. Iremos á buscar el otro.

—Que tengo yo perfectamente en mi memoria,—saltó Laura precipitadamente.—Con motivo de mi casamiento he visto deslindada esta cuestion.—Los bienes de mi madre, de mi abuelo y de mi bisabuela ascienden á siete millones. La fortuna que hoy representa la casa, calculada por las rentas, asciende á diez y seis millones. He oido decir que la fortuna del señor conde á quintuplicado...

El conde nada dijo, pero el doctor añadió en seguida:

—Hé aquí los resultados. Todo esto á favor, sin duda, de la des-

vinculacion, de la libertad de industria y de profesion. Vuestra familia es hoy propietaria de una inmensa riqueza. Tocad los resultados del progreso y asombraos...

—No os entiendo,—contestó el conde.

—Esta es obra de mas peso: mas tarde lo vereis tan claro como la luz del sol.

CAPITULO XXIV.

Sigue y suma.

Algun tiempo despues habian recorrido todo el palacio. El conde se habia enterado casi minuciosamente de todo, y á la sazon se hallaba recorriendo los jardines.

El marqués esposo de Luisa y el baron consorte de Laura, no habian llegado todavía. El conde preguntó por ellos distintas veces y las dos respectivas esposas se hallaban vivamente impacientadas.

Ya hemos dicho que los jardines del palacio eran de lo mas suntuoso que darse pueda. Habia un invernadero que parecia un palacio de cristal, pues no solamente contenia las mas ricas, estrañas y variadas flores sino que veíase en su interior algunos muebles del mas esquisito gusto en el orden rústico. El suelo estaba enarenado con arena tan fina é igual que parecia pasado por un tamíz. Debajo de un soberbio plátano habia un camapé redondo imitando entrelazados troncos de vid. Habia tambien un tocador del mismo órden que lo formaba una sola rama. Al mismo tiempo este invernadero era una pajarera conteniendo pájaros americanos y otros propios de los climas cálidos.

En la parte opuesta del jardin veíase un ancho entoldado de madreselva y rosales blancos, de forma cónica y sostenido por medio de colunas cubiertas tambien de plantas enredaderas; en el fondo de esta glorieta veíase un vasto paisaje artificial de un efecto sorprendente. A lo léjos aparecia el mar; por el mar navegaban algunos buques; en la playa varios pescadores ejerciendo su tarea, con todos

los movimientos propios, causaban una ilusion completa. Mas cerca, pero en segundo término, veíase un monte escarpado desde donde se desgajaba con ruido una espumosa cascada que alimentaba un lago de transparentes aguas, rodeado de árboles propios de las orillas de los rios. Sobre el monte, que á trechos estaba cubierto de bosque y entre las ramas de abetos y el tronco de algunas palmeras, anidaba como el águila en los picos mas elevados de las montañas, un monasterio gótico de la forma mas pura y del efecto mas sorprendente; á su alrededor y á poca distancia, por lo bajo del monte, veíanse algunos caseríos esparcidos aquí y allá. El monasterio tenia un grande átrio, dos campanarios cuyas agujas se remontaban á grande altura, y á la espalda del mismo veíase un recinto amurallado sobre el cual se divisaba una cruz negra: este recinto era el cementerio del convento. No era posible fijar la vista en parte alguna de este panorama, sin verse sorprendido agradablemente por los detalles de que era rico y abundante venero.

El conde se quedó admirado tanto de la belleza de este panorama como del invernadero de que hemos hablado anteriormente.

Sin embargo, pasó por delante del uno sin sentirse llamado á penetrar en él; mas en frente del segundo se paró á contemplarle con minuciosidad.

Despues de mucho tiempo de hallarse en presencia suya y en medio de un religioso silencio, dijo:

—Admirable es esto; rico paisaje; magnífica obra del capricho de un artista.

—No, papá,—dijo Luisa apresuradamente,—es una copia plástica, aun que en miniatura, de una de mis posesiones.

—¿Qué?

—Lo que os digo; todo esto que aquí veis es una posesion mia reducida á la escala, de uno por diez mil.

—¡Ah! ¡ah! y en que provincia se halla esto situado.

—En Andalucía. Esto que aquí veis es el monasterio de la santa Estrella.

—¿Y decís que es vuestro?

—Mio, papa.

—¿Cómo puede ser?

—Lo recibí en dote el dia de mi boda.

—¿Y el monasterio?..... ¿Cómo puede ser vuestro el monasterio?

—Mi mamá lo compró.

—¿Cómo? ¿se venden los monasterios?

—Sí señor, de otro modo ¿cómo lo hubiera comprado mi madre?

—¿Con los religiosos y todo?—preguntó el conde fuera de sí.

—¡Ah! no, señor, no; esto no,—contestó riendo Luisa.

—Pues, ¿y los frailes?

—No hay frailes.

—¿Abandonaron el monasterio?

—No; es que no hay frailes ahora.

—¡Qué no hay frailes ahora!—esclamó el conde admirado de lo que oia.—Pues qué, ¿no hay religion?

—Sí, papá; pero no hay frailes.

El doctor que oia este diálogo casi sonriendo, creyó llegado el momento de sacar á Luisa de su apuro, y al conde de su ignorancia.

—No estrañeis nada de esto,—le dijo,—es otro de los progresos de nuestra civilizacion; para que un pueblo sea religioso no son de absoluta necesidad los frailes ni los conventos:

—Y por consiguiente,—saltó el conde,—ni las iglesias, ni los sacerdotes regulares, ni...

El doctor tomó la mano del conde y le dijo con la mayor afabilidad.

—Tranquilizaos respecto de este punto. España todavía es el país que cuenta el mundo con mas iglesias y mas sacerdotes, escepcion hecha de algun pequeño estado de Italia.

—¡Pero sin frailes!—esclamó el conde lleno de dudas.

—Sin frailes precisamente.

—¿Pero, cómo se ha hecho esto?

—Yo os lo esplicaré: muy sencillamente.

—¡Bah! esto no tiene esplicacion.

—Y es muy sencilla.

—Para vos.

—Y para vos tambien.

—Para mí nunca. Preveo que vais á hablarme de un espantoso sacrilegio.

—Sancionado por el papa... Asombraos, señor conde, ya veis que siendo así, esto no puede ser un sacrilegio.

—¿Libremente sancionado?

—No puede menos, señor, ¿creeis que el papa pueda obrar de otro modo? La teoría de los hechos consumados no puede ser doctrina de la Iglesia.

—Esplicaos, esplicaos, doctor.

El doctor dijo al conde:

—¿No recordais en vuestra juventud haber oido contar de las instituciones monásticas, cuentos, anécdotas, chascarrillos, dramas y tragedias de todas órdenes? Conde, principio por deciros que á semejantes gentes se les habrá calumniado inícua y desapiadadamente. Los hechos parciales y de algunos individuos de una órden no debieran hacerse nunca estensivos á la colectividad. Sin embargo, á este progreso no hemos llegado todavía. Aun, en algunos casos, por mas que la razon lo repruebe, se toma la parte por el todo y el todo por la parte. Así ha sucedido en España con las instituciones monásticas: los hechos aislados, las perversiones individuales, lograron hacerse estensivos á todos. Lo que vos en vuestra juventud oíais contar á media voz por temor de ser oido de alguno, acabó por ser oido de todos y creido como exacto. Algunos acontecimientos políticos vinieron á comprobar gran parte de esto. Se les acusaba de fanáticos hasta la crueldad, de inmorales hasta el cinismo, de retrógrados hasta la exajeracion. Se dijo que no podian vivir sin el auxilio de la inquisicion en una mano y del embrutecimiento y la ignorancia en la otra: la primera para sostener á la segunda, la segunda para sostenerles á ellos. Algo, señor conde, veríais en esto de verdad, si no hubiese sido por el largo interregno que habeis atravesado fuera del estado normal, y si hubieseis por consiguiente podido leer en el libro de la historia y en la marcha de los acontecimientos, la verdad pura y desnuda. En lo que va de siglo dos veces han sido espoliados, en ocasion en que el pueblo se ha levantado contra el sistema de tiranía y absolutismo de los reyes, y se ha visto que, solo cuando este se ha vuelto á encumbrar, haciendo

causa comun con ellos, con ellos se han restablecido. Esto ha venido en comprobacion del concepto que os he manifestado...

—¡Volverán, volverán!—esclamó el conde con valentía.

—No,—dijo con gravedad el doctor,—no volverán. Es un castigo del cielo tal vez por los pecados de algunos.

—¡Pero me estraña qué os permitais decir esto, doctor, en presencia de un noble de mi alcurnia y aliado siempre con tan veneranda institucion!...

—Perdonad, conde, no es mi ánimo ofenderos.

—Lo creo.

—Os hablo simplemente por la voz de la historia.

—¿Y qué os dice la historia?

—Que no volverán. La primera vez que fueron arrojados de sus posesiones y suprimida la institucion, el pueblo no tenia mas que el sentimiento de la justicia que ejecutaba; la segunda vez tenia además la conciencia de lo que hacia. En uno y otro caso se cometieron graves faltas; en uno y otro caso, si quereis, graves crímenes.

—¡Cómo!—esclamó el conde,—¿sufrieron sus individuos acaso sacrílegas vejaciones?

—Sí; señor conde.

—¡Cielos santos!

—Sufrieron, sobre todo en algunos puntos de la península indignas persecuciones. El hierro y el fuego cayeron sobre ellos en espantosa confusion. Conde, mis ojos lo han presenciado. Era una noche de un rigoroso estío, el cielo terso y cristalino bordado de estrellas sonreia con una dulzura inefable. De repente como si la mar se desbordase á impulsos de un huracan violento, se oyó un ruido que desde la playa avanzaba atropellando por calles y plazas de una gran poblacion; era el bramido del pueblo que se desbordaba á los gritos sediciosos de muerte y de venganza. Conde, una hora despues, aquel cielo puro y brillante se hallaba enrojecido como si llorase sangre, ó bien negro como cubierto por un paño mortuorio: yo lo ví. Mil espirales de humo cruzaban el espacio llevando en su seno la llama de un fuego devorador. Los conventos ardian, los disparos de las armas detonaban y todo eran sombras, fuego, estrépito. Los religiosos, acosados unos con la cogulla en hombros y

otros á favor de improvisados disfraces, lanzados como fieras de sus guaridas, corrian de aquí por allá pidiendo á Dios perdon, y á las turbas tregua á su matanza....

Al llegar aquí, el conde, subiéndole de punto el temblor que desde un principio se habia apoderado de sus miembros, no pudo ya contenerse y tuvo necesidad de apoyarse en el brazo de Luisa.

—¡Misericordia, Dios mio!—esclamó el conde,—no hay oidos humanos que puedan oir semejantes desvaríos. ¡Qué horribles atentados!

—Ciertamente, señor conde, esto es horrible.

—¿Y qué castigo tenian reservado á esas turbas de foragidos?

—La guerra; la guerra intestina que ya les devoraba.

—¿Y qué sin duda los esterminó mientras hubo uno sobre la tierra?

—Conde, os equivocais; sino triunfaron los incendiarios, triunfó por lo menos el principio que les agitára.

El conde quedó mudo de terror.

El doctor continuó:

—Desde aquel dia la institucion que quince años antes habia muerto, fué enterrada para siempre. Las leyes sancionaron los hechos consumados, y por segunda vez tambien se decretó propiedad absoluta de la nacion, el inmenso patrimonio que poseian.

—¡Robo inícuo!—esclamó el conde.

—Devolucion justa, segun el criterio general,—repuso el doctor.—En su virtud fueron sus bienes vendidos, y pasaron de estemodo á manos de los particulares.

—¡Qué iniquidad!

—Aquí, señor conde, nos encontramos con otro problema de la ciencia nueva. Como antes os he hablado de las ventajas de la desvinculacion, podria hablaros ahora de las no menos ventajosas leyes de la desamortizacion. Señor conde, toda propiedad en manos muertas es igualmente perjudicial á la masa colectiva de los pueblos: todos los bienes comunes son perezosos en el trabajo, tardíos por consiguiente en la produccion, y de escaso provecho á sus esplotadores.

—Basta, basta, doctor. Ya os comprendo,—esclamó aterrado el

conde,—me dormí en un mundo y me dispierto en otro. ¿Dónde estoy?

—¿Dónde? Distais mucho, porque al fin nos encontramos en España, de hallaros en la última grada de la civilizacion del siglo.

—¿Aun hay mas?

—Este país es considerado como el que anda al remolque de los mas adelantados de Europa.....

CAPITULO XXV.

Otro mas de la familia de los hipócritas.

Esta pequeña série de acontecimientos que acabamos de relatar, pasaron por la vista y la inteligencia del conde como una sucesion de cuadros fantásticos de cuya realidad apenas podia darse cuenta. Como luces fosfóricas que mueren en el mismo instante de nacer, no debian dejar en su inteligencia sino una impresion vaga y confusa de lo que habia visto y oido. El doctor procedia con tino en este plan ó método que trataba de seguir con toda escrupulosidad.

Así como durante la vigilia habia querido presentarle el conjunto de un gran período de la historia francesa; habia del mismo modo querido presentarle en conjunto tambien algunos cuadros donde se destacaban los progresos mas culminantes de la civilizacion moderna.

Cuando tuvo al conde en el punto que acabamos de ver, creyó terminada su obra por aquel dia. La sesion, que llamaremos de instruccion particular del conde, habia dado fin.

Continuaron, pues, su paseo por los jardines hablando de generalidades cuidando mucho de no permitirle penetrar de nuevo en ninguna cuestion. El doctor hubiera sin duda hallado medio de entrar en este terreno á cada paso. El conde insensiblemente le arrastraba á él, pero inútilmente.

Despues de algun tiempo, durante el cual descansaron repetidas veces en los bancos del jardin decidieron trasladarse á las habitaciones del palacio.

Apenas entraron, halláronse con el baron de Wizet.

Se nos permitirá decir dos palabras respecto de este personaje á quien nuestros lectores ya conocen de nombre.

Su edad era de unos cuarenta y tres años, su estatura alta y su continente arrogante. Era de rostro moreno, ojos negros y saltones, usaba largos bigotes unidos á una poblada patilla, y tenia el lábio inferior caido de modo que dejaba ver sus blancos y gruesos dientes.

Vestia siempre con la misma elegancia. Sus trajes de caza, sus vestidos de campo y de mañana eran citados como modelo, y puede decirse que en este órden dictaba la moda á los *fationables* de la córte.

Eran sus costumbres las mas finas, y sus maneras las mas agradables á juzgar por las apariencias, pues siempre se hallaba al aviso de sus acciones, y nadie habia podido nunca sorprenderle en el mas pequeño renuncio.

Pasaba por un hombre el mas corriente. No se metia en nada, cerraba los ojos ante los actos reprobables de los demás, y sin meterse á consejero, ni á enderezador de entuertos, pasaba por todo su vista sin llamarle nada la atencion.

Pero nosotros que no necesitamos para conocerle examinarle en sus actos manifestativos, es decir, en sus mas exteriores acciones, diremos la verdad, toda la verdad de su carácter.

Era un hombre jugador, arrebatado, infiel, duro, sin duda por carecer de corazon, esto es, de sentimientos nobles y de ciegos instintos de bondad.

En el juego se manifestaba hidalgo, en el trato particular justo, en el seno de la familia avaro: mezquino en su casa y despilfarrador en la calle. Todos se hacian lenguas de su afabilidad en la tertulia, en el teatro, en el baile; pero á pretesto de su honor vulnerado así provocaba un desafío, que raras veces dejaba de ser encarnizado, como á título de marido ofendido descargaba impunemente, valido de su superioridad, tremendos golpes sobre la infeliz Luisa.

Nadie habia sospechado siquiera que este hombre conociese á Teodomira: nunca se le habia oido hablar de ella, nunca sus lentes tubulares se habian dirigido desde su palco al palco de esa mujer; nunca al pasar á caballo por el lado del coche de Teodomira se le ha-

bia escapado una sonrisa ni su mano se habia levantado instintivamente hácia el ala del sombrero para saludarla. El mundo no hubiera encontrado lo que pesa un cabello para poder deducir de aquí que eran ni tan solo conocidos. Y su conocimiento, sin embargo, era íntimo; databa de larga fecha, y habian pasado entre los dos escenas de toda clase. El amor, los celos, el ódio, la venganza, todos los afectos del ánimo, en fermentacion dentro aquellos dos corazones, habian dado lugar á dramas secretos los mas lúgubres y espantosos. Quizás al baron de Wizet no le hubiera sido posible, atendida su vanidad, que andaba tambien revuelta en su carácter, guardar todo el sigilo y misterio de que era objeto, pero era forzoso que su silencio no discrepase en nada, porque allí se hallaba la persona de Thompson. Teodomira conocia á ese hombre hasta lo mas recóndito de sus entrañas, y el dia que hubiese sorprendido en sus ojos una mirada de celos, hubiera considerado ser el último dia de su vida. Leia en el menor de sus movimientos, en la mas insignificante sombra de su rostro, como en las páginas de un libro, todas sus afecciones, inclinaciones y propósitos. Era, pues, Teodomira la que habia puesto en el baron de Wizet una valla á su vanidad y osadía.

Basta lo dicho para que nuestros lectores adivinen el interés de Teodomira respecto de Emilio y su ardiente amor á Eva.

Todos sabemos ya que Eva tenia algo que ver con el conde de la Morlotte y sus descendientes. Teodomira posesora del corazon del baron de Wizet, debia poseer tambien hasta el mas recóndito secreto de familia.

Así era efectivamente. El hombre mas audaz, mas reservado, mas hipócrita ó mas virulento, puesto frente á frente de una mujer de iguales circunstancias, es lo mismo que un miserable perro que lucha con un tigre: las armas del uno no puede alcanzar al otro; son impotentes.

Esta era la exacta situacion del baron al lado de Teodomira.

Respecto de esta al lado de Eva diremos que su astucia le salió al encuentro por conducto de Emilio. Ya sabemos de que manera. Mas tarde, sin embargo, veremos como y porqué.

Antes de proseguir nuestro relato, y para dar término á esta digresion, diremos que la obra de Teodomira con el baron respecto

de Eva era su obra á medias con su aliado Thompson. Desgraciada de ella si Thompson hubiese adivinado el resto.

Ahora prosigamos nuestro relato.

El baron encontró al conde y á sus acompañantes en la sala comedor mientras le estaban enseñando los preciosos objetos que contenian sus brillantes aparadores.

—Señor baron,—le dijo el conde de la Morlorte,—me he levantado de un profundo sueño para caer en otro. Mis buenas hijas me han acompañado por todas las estancias del palacio. En cada una de ellas he encontrado, al par que algun objeto de sorprendente lujo, mil motivos de asombro de órden mas elevado.

El baron que no creia hallar en su abuelo semejante raciocinio dijo:

—Señor, todo camina á la perfeccion.

—Pero de un modo sorprendente y admirable, —repuso el conde.

—Teneis razon.

—De modo, pues, que mi palacio y mi hacienda deben ser conceptuados en el número de los primeros del reino.

El baron no hizo mas que encojerse de hombros y procurar sonreirse benévolamente. El impersonal *mi* refiriéndose á la hacienda y al palacio habian producido en sus nervios como una tremenda sacudida eléctrica, que habia procurado disimular con su sonrisa afable y benévola.

A los ojos del doctor no pasó desapercibido nada de esto. Pudo vislumbrar de un solo golpe, hasta lo mas recóndito, el efecto que en aquella alma habian producido las palabras del conde.

La conversacion se fué generalizando y ora el uno ora el otro procuraban á porfía responder á las sucintas preguntas del anciano. Aquella escena era notable por mas de un concepto. La una nada tenia que ver con la otra; eran aisladas, heterojéneas. Todo era nuevo para el conde, y cada objeto que se presentaba á su vista hubiera podido ser motivo para una grande disertacion.

De este modo atravesaron una tras otra estancia hasta volver al punto de partida, esto es, al gabinete particular que nosotros llamaremos su tumba de hace cincuenta y cinco años.

Cuando llegaron á la puerta, el conde como apesadumbrado se volvió al doctor y le dijo:

—¿He de permanecer todavia en este recinto?

El doctor le contestó:

—Necesariamente, señor. Mas si las cosas siguen como hasta aquí, no temais nada; pronto saldreis para siempre de este triste calabozo.

El conde inclinó la cabeza con humildad y dijo:

—¡Ah! es verdad, estoy á vuestras órdenes, lo he prometido, y os juro no faltar á mí palabra... Entro.

Y al decir esto atravesó el umbral de la puerta sin añadir palabra alguna.

En aquel momento se oyó ruido de pasos.

Era el baron de Noblestante.

CAPÍTULO XXVI.

Otro ídem de la familia.

El baron de Noblestante era un jóven de veinte y dos años. Pálido rostro, vigote negro y sedoso, cabello del mismo jaez, sin patillas, ancha frente y ojos negros y rasgados como los de una mujer africana. Su estatura era algo baja, sus maneras un tanto afeminadas.

Por la edad que tenia gozaba fama entre los círculos de las gentes del gran mundo. Pertenecía sin embargo á una sola de sus clasificaciones: la mas vil, la mas infame de todas.

Hay en el gran mundo diversos círculos que se confunden sin embargo los unos con los otros, porque todos se rebullen, jiran, mueven sobre una misma procelosa mar. El círculo á que principalmente pertenecia el baron era el círculo de los fátuos. El fátuo participa de todos los vicios y defectos; es un remedo grotesco de todas las innobles pasiones, de todos los crímenes que pueden llegar á obtener gran fama.

Para él no hay en la banca jugador que no sea mezquino y ratero, corruptor que deba á su maña sus triunfos, sino, segun él á la debilidad y á la inocencia; no hay desafío en el cual se haya derramado la sangre, y hasta perecido alguno, que no sea por motivos fútiles ó cuestion de vanidad. Contra esta última sobre todo, el fátuo se enfurece encarnizadamente, sin mirar que la vanidad es la madre legítima de mónstruo semejante, que tiene por término la vil disfamacion: el baroncito era una eminencia de esta familia.

Para él no habia reputacion acrisolada, mujer pura, ni lance medianamente honrado, suelen ser éstos juguete de las pasiones mas bastardas, y él lo era. Conocerle, solo conocerle, era una desgracia Y en verdad que no hay desgracia mayor que haber llamado la atencion una sola vez de semejantes gentes. El dia que á uno le conocen es el dia que puede decirse que se cuenta con un enemigo mas en el mundo. No hay que indagar la causa; su enemistad ni la requiere ni reclama.

Allí en el fondo de sus entrañas se fragua el mal solo por sentir el placer del daño que se infiere. Cuando dan con una reputacion que la sociedad considera inmaculada, buscan un móvil para desvirtuar los hechos que acaso no pueden negarse. Si tiene por madre la vanidad y por hermana la vil disfamacion, tiene por hijo la mentira. Nadie con mas facilidad que ellos inventan falsas delaciones, porque no pudiendo soportar de nadie la superioridad sobre ellos, les es preciso rebajar á todo el mundo. El fátuo es siempre un malvado, pero de tal manera que lleva impreso en sus labios su carácter despreciable. Todas las grandes y perversas pasiones del alma, tienen, es verdad, su lenguaje especial escrito en el rostro, y demostrado en la configuracion de la cabeza; pero es muy difícil sin ser profundo fisonomista, leerlo con ojo certero. Mas el fátuo tiene siempre tres señales infalibles que le acusan por do quiera se presente. Tiene la cabeza del necio, el rostro del inocente y la sonrisa del satisfecho: no puede confundirse con otro. El fátuo se conoce entre mil de los otros defectuosos, no puede equivocarse con ningun.

Pero entre todos los defectos marcados hay uno que descuella sobre todos. Es la cobardía. El fátuo es audaz hasta el peligro; pero en llegando aquí se pára, vacila, tiembla: se desmaya, y pide perdon rastreramente. Tiene la conciencia de su nulidad y no se atreve sino con los débiles é inferiores.

Cuando el baroncito atravesó el salon grande, indicó su llegada por medio de grandes golpes de talones. Al presentarse al umbral de la puerta de la habitacion del conde, se presentó con el sombrero en la mano y sonriendo con dudosa afabilidad, dijo:

—¿Cómo estais, señor conde?

—Bien,—contestó este.

Y volviéndose á Laura le preguntó:

—¿Este es el otro?

—Si, mi marido,—dijo Laura.

—Esto es lo que preguntaba. ¿Es tu marido?

El baroncito saltó con cierto énfasis.

—Biznieto de su merced...

—¡Oh! bello mozo! puedes estar orgullosa de un marido semejante.

—Gracias,—esclamó el de Noblestante.

—Y ¿cómo os llamais?

—Cárlos.

—¿A secas?

—No señor.

—¿Pues?...

—Del Prado Azul; baron de Noblestante.

—Bonito nombre.

—¿Os gusta?

—Bonito es.

—Y de los mas ilustres.

—Por haber conseguido emparentar con dama tan principal, no podia menos; convengo en que debe ser así.

El baroncito volvió á sonreir de la manera que por lo visto tenia por costumbre y añadió:

—¡Sí, somos tal para cual!

—Me alegro.

El doctor no le dejaba el ojo de encima. En cada una de sus palabras, en cada uno de sus movimientos adivinaba una especie de sátira en el baroncito, por lo cual no podia contener á penas su disgusto. Solo Laura estaba contenta al parecer, y satisfecha de hallarse en presencia de su jóven esposo. Nadie mas manifestaba otra cosa que le fuese favorable, que una frivola indiferencia. Su suegra evidentemente le era hostil. A su bisabuelo le sorprendía quizás su entrecortada y ridícula fraseología.

De aquí que no hallando el baroncito medio alguno de dar rienda á su locuacidad soberanamente mordaz, trató de cambiar de conversacion.

—¿Cómo os encontrais, abuelito?

—Bien, le contestó el conde con sequedad.

—¡Qué milagro se ha operado en vos?

—Sí hijo mio, sí; un gran milagro.

—Me lo debeis á mí.

—¿A vos?—preguntó el conde sorprendido.

—¡Pues! Si yo no me hubiese casado con la incomparable hija de vuestra nieta...!

—¡Oh!—esclamó el conde herida su susceptibilidad.

El doctor comprendió el daño que aquellas palabras debian haberle producido y saltó:

—Señores, no hablemos de esto...

Se calló.

. . . . . .

Este último incidente ponia el sello al carácter del baroncito de Noblestante...

El resto del dia lo pasó el conde en compañía de su familia, el doctor y el criado entregados todos á asuntos indiferentes.

Pero llegó la noche.

Debia volverse á cojer el hilo opuesto, es decir; debia continuarse la instruccion del conde por medio de la lectura.

El criado despues de la cena se presentó á él con la *Historia de Francia* debajo el brazo.

Ya sabemos que el dia anterior se habia suspendido la lectura en el capítulo referente á la reunion de la asamblea de los notables.

La leccion correspondia en la noche en que nos hallamos hasta el final de la época del terror.

Ya puede presumirse el efecto que en el conde causaria su lectura.

CAPITULO XXVII.

Discurso del doctor Alfonso.

Al dia siguiente, apenas amaneció, el doctor halló al conde profundamente conmovido.

—Habladme de la época del terror,—le dijo:

El doctor despues de algunas generalidades. que no espondremos, habló de esta manera.

—Hay en la Historia de la revolucion francesa un período sangriento.

Arrastrada la Convencion mas por los sucesos que por la fuerza de una idea, decapitó á sus reyes, sí. Alarmó los grandes intereses creados á la sombra de la monarquía, y suscitó contra ella facciones poderosas; rompió bruscamente con la política tradicional de Europa, y se vió invadida por ejércitos de distintos reinos. Sola, en medio de tantos enemigos, aun que no desmayó, se sintió débil: temió que no le bastase la espada y apeló á la guillotina.

Empezó entonces el imperio del terror que llevó á miles de ciudadanos al cadalso. Erigióse un tribunal revolucionario. Dióse una ley de sospechosos. Ejerciéronse las mas horribles venganzas. Sacrificóse en un principio solo á los enemigos de la república, mas despues hasta á los republicanos. Girondinos, Hebertistas, Dantonianos, Robespierristas, termidorianos, nombres cuyo significado, señor conde, ya comprendeis ahora, sino fueron todos sacrificados, fueron todos víctimas. La revolucion, como el Saturno de la fábula devoró á sus propios hijos.

Impone á la verdad este período. Coincidieron con las ejecuciones los mas brillantes triunfos. Las facciones realistas, perdonad señor conde, apenas alcanzaron mas que abrirse un sepulcro en cada campo de batalla: la Europa no solo fué detenida sino tambien rechazada y á su vez acometida. Mas la libertad me preguntareis por la que con tanto ardor se combatia ¿alumbró un solo momento la república? No; jamás han sido proclamados tan alto los derechos del hombre, pero jamás tan conculcados. Se formuló una constitucion: se la suspendió luego de haberla establecido. Creóse la dictadura por temor á la dictadura. Reinó siempre la violencia.

Esperaban la conclusion de la guerra para realizar el sistema del nuevo derecho; mas cuando vino la paz ¿donde estaban sus apóstoles? Heridos por sus propias armas, habian perdido sus hombres, su cohesion, su energía, su influencia sobre el poder, su fascinador prestigio sobre el pueblo.

Estaban casi desarmados. Tenian contra sí los ánimos de todas las fracciones que cansadas ya de las guerras civiles y de la inseguridad y temor en que vivian, suspiraban ardientemente por un reinado de legalidad y de órden. No vino con la paz la libertad, sino la reaccion.

Conviene por de pronto observar que el sistema del terror no fué en Francia resultado de una idea, sino de un instinto. Aun los que lo aplicaron mas cruelmente hubo un tiempo en que lo rechazaron. Se le aceptó solo como una necesidad y á falta de otro medio. ¿Acaso entre los mismos republicanos, dejaron nunca de levantarse contra él enérgicas protestas? Murió Danton, ya lo habeis visto, solo por haber intentado poner fin á la dictadura revolucionaria, ó lo que es igual á este sistema. Al caer la cabeza de Robespierre, aplaudió la muchedumbre, y ya antes, al verle pasar en la carreta, se abrazaban los ciudadanos de todos los partidos solo porque esperaban que concluyese con él este período de sangre.

Cegó el instinto de conservacion, es verdad á los revolucionarios del 93, hasta el punto de hacerles desconocer la fuerza de su idea. No comprendieron que dentro de la misma libertad está el órden, que nunca puede desplegar mayor energía un gobierno que despues de haber abierto el camino del poder á todos los partidos, que otorgarles

á todos unos mismos derechos es cerrar el paso á la rebelion y desprestigiar á los rebeldes, y hé aquí porque fueron terroristas. «En las actuales circunstancias de la república, decia en la Convencion Saint-Just, no debemos ni podemos establecer la Constitucion formulada: garantizaria los atentados contra la libertad, y esta careceria de la violencia necesaria para reprimirlos. Conviene que la espada de la ley y vuestro brazo estén en todas partes.» ¡Libertad, violencia, ley! ¿Puede ya concebirse mas monstruosa amalgama?

Donde no hay libertad es imposible violarla. Si la Convencion sustituia la violencia á la libertad, ¿no es evidente, señor conde, que lejitimaba las facciones y hasta el hecho de que llamasen en su socorro las armas estranjeras? Sí, tendreis razon objetando así.

Con la libertad no hubieran podido á buen seguro las facciones hacer mas de lo que sin ella hicieron. No se hubieran exasperado los ánimos de tantos disidentes. Hubiera entrado desde luego la division entre los fogosos y los tímidos.

Se temia que conspirasen en las grandes ciudades, mas armado el pueblo y haciendo la misma libertad palpitar de entusiasmo el corazon de una juventud de que salieron tantos héroes, ¿qué temor habian de infundir las maquinaciones de ningun bando caido? La invasion estranjera es probable que no hubiese servido entonces sino para acercar las facciones y generalizar la idea revolucionaria. La Convencion hubiera tal vez reducido en favor de esta lo que mas tarde realizó en provecho suyo la reaccion.

Habria habido de todos modos lucha: mas la libertad hubiera salido ilesa. Ni habria bajado el 18 de brumario á su sepulcro, cubierta á los ojos del pueblo, de ignominia y sangre, ni el partido democrático, que habia tomado á su cargo sostenerla hubiera ido á espirar vergonzosamente en manos de los enemigos.

Bajo el sistema del terror no podia empero suceder otra cosa; y la razon es obvia. Todo partido vive de un principio: si, ya en la oposicion, ya en el gobierno, le niega ó le abandona, ¿cómo ha de evitar su muerte? Y es indudable que negó en aquella ocasion el suyo, el partido de la razon. ¿Es acaso algo mas que negarle, declararle irrealizable mientras los partidos no doblasen la cerviz ante el comité de salud pública? Los partidos ¿podian darse nunca por

vencidos mas que fuesen violentas sus persecuciones ni sangrientas sus derrotas?

Los terroristas, así los del año 93 como los de nuestros dias, han desconocido al parecer el orígen, la naturaleza y la significacion de los partidos. Han creido posible destruirlos. Han aspirado á una unidad absurda. Como si los partidos pudiesen dejar de existir atendido el desarrollo antinómico de nuestra inteligencia. Toda idea tiene una doble faz, su tésis y su antítesis; tésis y antítesis que se refunden en otra idea superior, la síntesis. ¿Es relativa una de esas ideas á la organizacion social de los pueblos? Tarde ó temprano se ha de traducir en una institucion que, como la idea de que deriva, ha de sufrir sus evoluciones contrapuestas y producir su doble órden de efectos. Ahora bien. El objeto de toda institucion, ¿hay álguien que ignore que es el de determinar una ó mas séries de relaciones sociales? Determinar relaciones sociales equivale á determinar intereses; y es no solo accidental, sino de toda necesidad necesario que al paso que los creados por la tésis constituyan otro. Aquel ha de tender á conservar, este á destruir; y no ha de tardar en venir un tercero, luego que conocida la síntesis, se crea haber dado con la institucion que haya de reemplazar la antigua. Aspirar á destruir los partidos ¿no es por lo tanto pretender alterar las condiciones de la vida humana, ó lo que es lo mismo un imposible?

Aun suponiendo que las instituciones no creasen ni lastimasen intereses, se nos presentaria como una necesidad la existencia de dos ó mas partidos. El desarrollo de las ideas es lento en el hombre, en la humanidad lentísimo. No siempre concibe la especie en un siglo lo que el individuo en dias. Conviene para que lo conciba que este se lo elabore hasta darle un carácter de evidencia matemática. Y es porque la inteligencia, aunque igual en todos los hombres, no ha sido en todos igualmente cultivada; ha perdido en los mas la actividad que le es propia; algun tanto atrofiada, se ha apegado á las ideas recibidas hasta hacerlas parte de su vida; ha venido á hacerse al fin la esclava de la tradicion y el hábito. Es porque aun entre los grandes pensadores no se revelan del mismo modo ni á un mismo tiempo las diversas posiciones de las ideas, gracias á no reconocer aun todos la indeclinable ley del desenvolvimiento lógico, ley á

la vez del espíritu humano y del espíritu universal, ley de Dios y del mundo. Es porque, puestos aun en el camino del progreso, somos en lo físico y en lo intelectual foco de virtualidades contrarias, terreno de antagonismo y lucha.

Hoy por hoy es de todo punto imposible que abracemos todos una misma idea, ni la sigamos juntos en sus evoluciones naturales: y ¿se querrá que no haya partidos? ¿Se creerá nadie con derecho para inmolar á un hombre solo porque proteste contra una institucion religiosa, económica ó política? Esos partidos, se dice, son un obstáculo para la marcha de la especie; mas nos vemos en la necesidad de repetirlo: ¿viven los partidos en virtud de un principio, ó solo por la voluntad de los que los componen? Matando al hombre, ¿se está seguro de matar la idea? Mató la Convencion por millares á los enemigos de la democracia; despues de otras dos revoluciones ha sido aun posible en Francia el restablecimiento de la monarquía. El partido realista es aun poderoso; la legitimidad cuenta aun prosélitos.

Hijos los partidos de una idea, solo combatiendo la idea, cabe disolverlos. ¿No ha sido aun aquella bastante combatida para que la abandonen todos ó gran parte de sus partidarios? Se aspirará en vano á imponer otra. Bajo el régimen de la libertad saldrá vencida en las urnas; bajo el de la tiranía en el campo de batalla. Las ideas no se imponen, no se han impuesto nunca. ¿Cuándo ni donde han llegado á imponerlas los mismos terroristas? Las han impuesto, sí, mas por muy breve tiempo: la reaccion no ha tardado en destruir su obra.

«No somos tan ignorantes, decian los terroristas, que no conozcamos la generacion necesaria de los partidos. No aspiramos á destruirlos sino á purgarlos. Los apóstatas y los tiranos abundan. Nuestra sociedad está corrompida. Librémosla de cuantos la inficionan.» Mas ¿cómo no advertian, direis, conde, que su doctrina era la legitimacion de todas las tiranías posibles, y que el que pretende erigirse en dictador mal puede condenar la dictadura? ¿Cómo no advertian que si la podredumbre llega ya desde la planta de la sociedad á la raiz de sus cabellos es debido mas á las instituciones que á los hombres? ¿Cómo no advertian que ellos, que para conseguir su

fin no vacilaron en apelar á la mayor de las violencias ni obrar contra sus mismos principios, falseaban su conducta desde que se constituyeron en brazos vengadores de los demás partidos? porque purgarlos seria evidentemente darles fuerza.

El hombre juzga al hombre, es cierto; ¿puede empero juzgarle, por lo menos hablando en el terreno de las opiniones políticas? Es sabido que se pone ya en duda, y con razon, si el juicio de las ideas políticas es un acto de alta sociedad ó de alta tiranía. Y los demócratas terroristas, se atreverian á agravar las condiciones de este juicio... ¿Ellos, que segun escriben, pretenden destruir la tiranía bajo todas sus formas?

Hoy, en 1848, señor conde, se clama ya decididamente contra la pena de muerte. Francia la ha abolido para los delitos políticos muy recientemente. Los hoy terroristas han aplaudido de corazon el hecho. La abolicion de la pena de muerte, entiéndanlo bien los hombres de todos los partidos, no se reclama por un mero sentimiento de caridad ni por hacer alardes de humanitarismo;—las relaciones individuales pueden estar determinadas por el amor, las sociales solo por la justicia.—Ni se reclaman porque no reuna la pena las condiciones debidas;—la ciencia está aun muy léjos de haber encontrado una proporcion racional entre ningun crímen y su pena.—Se reclama solo en virtud de una filosofía que, despues de haber estudiado al hombre en sí y en sus relaciones con el mundo, le considera como la última evolucion de la idea eterna, y declara su personalidad inviolable. Ninguna razon de conveniencia puede por lo tanto á nuestros ojos cohonestar la pena, ni aun el deseo de salvar principios de que se crea que depende la muerte de la especie. Si cada hombre es un sér en sí y para sí, y la humanidad tiene en él su principio de formacion y de progreso, ¿no se violará acaso la humanidad violando al hombre? Ahora bien; violar la especie en bien de la especie implica contradiccion y absurdo. Ni en consideracion al bien de la especie se debe tolerar la aplicacion de la pena de muerte. Un bien que exija un sacrificio tal, ¿no ha de ser siempre ilusorio?

«Queremos que el pueblo vengue heróicamente sus ultrajes» decian los terroristas; mas la venganza es propia, nó de hombres que ra-

zonan, sino de brutos que obedecen solo á la voz de sus instintos. La justicia social no será nunca compatible con la satisfaccion y las pasiones.—«Nuestros sangrientos espectáculos, replican, dejarán por lo menos honda impresion en los ánimos: servirán de fuente á tiranos y traidores.» La ambicion, empero, no es tan tímida que ceje ante la perspectiva del cadalso. La tendencia á la tiranía es la condicion obligada de todo poder fuertemente constituido. Repásese la historia. Ni la muerte de Cárlos I de Inglaterra sirve de escarmiento á Luis XVI de Francia, ni la de Luis XVI detiene los pasos de la reaccion. No, no es tan ejemplar ni tan eficaz la pena.

Hemos de juzgar á cada cual segun su ley, respondian al fin los terroristas. Mas si así es, ¿cuándo se cerrará la era de las insurrecciones? Colocados los partidos anti-democráticos en una situacion desventajosa para la lucha, ¿dejarán, ni es posible que dejen de apelar á la violencia? No puede además regirse una misma sociedad por leyes entre sí contrarias; debe forzosamente disolverse llevando una contradiccion tal en su misma constitucion orgánica.

Incondicionada la libertad y proclamada para todos, señor conde, los partidos han de esperar naturalmente de esta misma libertad su triunfo y entrar todos en las condiciones legales. Ninguna faccion armada ha de tener nunca, ni real ni aparentemente la razon de su parte. La conciencia de su ilegitimidad ha de precipitar su ruina. Convencidos racional é históricamente de esta verdad, ¿como habíamos de aceptar nunca el terror ó sea el reinado de la fuerza?

Colocarse un partido vencedor en el terreno de la fuerza, es, adviértase bien, negar la legitimidad de la violencia, revelar una debilidad que ha de ser su acusacion perenne, dar de antemano la razon á otra fuerza mayor que le derribe, abrir con sus propias manos su sepulcro. Es confesar que solo la fuerza puede decidir de la suerte de los pueblos. Es sancionar la tiranía y continuar su obra. Esto es innegable.

¿Mas si sois verdaderamente débiles, se pregunta; si mañana, constituidos en poder, contais vuestras huestes y las hallais escasas para sosteneros? Debían haberse contado antes y no esforzarse en arrebatar un puesto que ni les pertenecia ni podia dejar

de ser para ellos un peligro. Ya que hubiéseis cometido la imprudencia de arrebatarle, deberías tener el valor de morir víctimas de vuestros propios principios. ¿Acaso los principios no son antes que todo? Mas los que tales preguntas dirigen no tienen fé en su idea. Hay en el fondo de la sociedad una clase inmensa que á imágen del redentor cristiano, parece destinada á apurar la copa de todos los sufrimientos de los hombres. Esta desgraciada clase ha servido de instrumento á todos los partidos, de ninguno ha recibido palabra de consuelo. El primero que derrame una gota de bálsamo en su herida la tendrá para siempre al pié de su bandera. La democracia no lleva en sí este bálsamo? Tan social como política, no se propone destruir el proletariado, última forma de la esclavitud antigua? Enaltecedora de la dignidad del hombre como la filosofía que le dió la vida, ¿no ha de levantar á todo ser caido, y hacer de igual condicion y poner en iguales condiciones á todos nuestros semejantes?

Apoyado el partido democrático en esta clase numerosa, corrompido tambien, pero solo por la ignorancia y la miseria, sostenido por la ciencia, armado de la razon y la justicia, ni aun ahora seria realmente débil, ni aun ahora tendria tal vez que sucumbir en la lucha interior de los partidos. Bastaríale para sostenerse, que, fiel á su principio, tuviera la suficiente serenidad para cruzarse de brazos ante los resultados mas ó menos alarmantes del ejercicio de nuestras libertades, la suficiente energía para tirar su espada allí donde se menoscabase en lo mas mínimo la libertad de un individuo. La alarma podria proceder unas veces del uso de la libertad misma, otras de su violacion flagrante: aquella no deberia nunca serlo para él; esta en todos tiempos.

Los terroristas parecian creer con los conservadores que el reinado de la libertad absoluta, escluia la accion de los poderes públicos; mas estaban en un error gravísimo. Nunca podrá ser mas rigorosa esta accion que cuando aquella impere; y esto se esplica fácilmente. Lo que le dá mas vigor es la justicia que la determina. ¿Será mayor la justicia ó por mejor decir, ecsistirá la justicia cuando esté acondicionada la libertad ó cuando esté incondicionada? ¿En lo arbitrario puede estar nunca lo justo? ¿Ha sido nunca mas que la arbi-

trariedad la que ha determinado las condiciones de nuestras libertades?

No.

No necesitamos hoy del terror para ser fuertes; el derecho y solo el derecho es nuestra arma de defensa y de combate. Rechazamos el terror, no solo por lo injusto, sino por lo ineficáz é inútil. ¡Quiera Dios que lo rechacen con nosotros todos los partidos! ¡Quiera Dios que ninguno se deje llevar de reminiscencias del 93, leccion tremenda para los mismos terroristas, como habeis visto, señor conde; pero que hoy ya hemos aprendido toda la enseñanza que contenia: vos acabais de oir á uno de sus propios hijos.

Esto es en cuanto al terror; ahora oid dos palabras sobre la monarquía absoluta.

El doctor, se secó con el pañuelo la frente que manaba abundante sudor y continuó:

—En la sútil y sofística interpretacion de algunos textos de las Sagradas Letras, en la autoridad de los papas y en las opiniones de algunos Santos Padres de la Iglesia, fundábase la monarquía absoluta como autoridad emanada de Dios, del cual eran vicarios y lugartenientes los reyes: que viniendo, pues, de tan alto orígen su investidura, solo ante Dios eran responsables de su buen ó mal uso en la tierra; porque siendo la obediencia á las potestades obedecidas uno de lo preceptos impuestos por la religion, mal podia el que obedece por deber exigir responsabilidad alguna al que manda en nombre de un derecho superior al suyo, si es que alguno tuviere.

Bajo esta base estableciόse, pues, la teoría de los deberes y de los derechos, sencilla en estremo, puesto que por un lado no habia mas que el derecho de mandar, al mismo tiempo que por el otro, era él escluido de obedecer incondicionalmente, sin protesta. ¿Qué mas podian estos apetecer? Para que un derecho tan absurdo, nacido forzosamente de ciertas épocas históricas en que pudo crearse, hubiera de prolongar su dominacion, fué necesario inventar toda clase de medios, á fin de que los pueblos permanecieran en condiciones semejantes ya que no idénticas, á aquellos en que tal principio tuvo orígen; porque solo por este medio podia perpetuarse un edificio que tenia por ancha base la ignorancia pública. Los tiem-

pos avanzaron, y con ellos la cultura, las necesidades, la ilustracion y el libre exámen y con él un conocimiento mas razonador de los deberes y de los derechos del hombre constituido en sociedad.

Para atajar tan peligroso como invasor torrente, que subvertia por completo los antiguos é incontrovertibles derechos sobre que se ostentaban las potestades de la tierra, fué para lo que se inventaron, como queda indicado, todo género de represiones, represiones que no hay necesidad de detallar aquí porque fresca está su memoria, y entre las cuales no figuraba ciertamente en menor grado la que perseguia como un espectro al hombre hasta en las mas ínfimas regiones de su conciencia; represion que pesaba de un modo completo sobre el espíritu como sobre la carne. Todo fué en vano: la actividad humana no pudo ser sostenida en los límites de aquellas edades que fueron su cuna, límites dentro de los cuales el instinto real comprendia que solo le era dable vivir. Hubieron tambien de comprenderlo así el clero y la nobleza, por lo cual se vé como al fin de su tiempo y al principio de la tremenda lucha que abre la puerta de la edad presente, aparecen fuertemente unidos con el trono puesto que siendo comun la causa, no podia debilitarse ó desaparecer cualesquiera de las tres fuerzas, sin que se vieran amenazadas las restantes.

A pesar de una suma de poder tal como jamás vieron los hombres, no se creyó sin embargo la monarquía bastante asegurada en su dominio, ni con las escomuniones y medios de reprension que sin cesar descendian sobre los pueblos desde el centro romano. Fué preciso, pues, esforzar mas y mas las razones en que se fundaba su derecho, hacer suya la ciencia, legitimarse completamente á los ojos del mundo, adornándose con tan magnífica vestidura, y buscar por último en el esplendor de las nobles artes su apotéosis. Riquezas, honores y cuanto puede ambicionar el hombre sobraban á los reyes, al clero y la nobleza, no solo para dedicarse á las ciencias y á las artes, sino para proteger con larga mano y asimilarse todo elemento inteligente que brotara fuera de su seno; medio que no pudo ser coronado de un éxito mas feliz, pues suya fué la gloria de las ciencias y suya tambien la gloria de las artes. Aquellas le demostraron su doble derecho divino y humano; la historia narró en

admirable estilo, de la manera que todos saben, sus hazañas; la poesía en magníficos cantos celebró sus glorias y la pintura en lienzos inmortales hizo su apotéosis y legó á los venideros sus rostros para que pudieran admirar las pieles, ó idealizadas imágenes de tan divinas razas. Esto, y no mas es, entre otros, el siglo XVII, y Felipe IV y Luis XIV son indudablemente considerados á través de esta magnificencia, exiguamente bosquejada, superiores á los dioses del paganismo.

Un apreciable escritor asegura formalmente con varias autoridades, que. «El oficio de los reyes fué inventado por Dios para que en ellos se representase su majestad y grandeza, que los persas adoraban á sus reyes como á sus dioses, que los muy antiguos latinos los llamaron indigetes, que quiere decir hombres hechos dioses ó que no han menester á nadie.» No satisfecho con esto, busca autoridades mas irrecusables y cita mutilados, de la manera que mas le conviene, los manoseados argumentos de: «Por mi reinan los reyes. No errará en su juicio el rey. La misericordia y la verdad guardan al rey. El corazon del rey en la mano de Dios, y le inclinara su voluntad, etc.» Ciertamente; que con frecuencia se ha comparado la Majestad Divina con la majestad humana y fué uso corriente y familiar llamarlas ambas majestades divina y humana, y en verdad que si los reyes, especialmente algunos, hubieran de representar la majestad del Rey de los cielos, pobre y exigua idea llegaran los mortales á alcanzar del alto prototipo de todas las cosas, y habria que convenir forzosamente en que tan alta majestad no podia estar peor representada. ¡Lastima dá considerar hasta donde ha llegado el servilismo interesado de ciertos hombres!

Sin necesidad de rebuscar autores, bastará citar vuestro *Catecismo del Estado*, por el Dr. D. Joaquin Lorenzo Villanueva; célebre tratado, que puede considerarse como el resúmen de todo cuanto se ha controvertido sobre la presente materia.

Asienta: que la potestad, tanto espiritual como temporal, viene inmediatamente de Dios; por lo cual, *quitar el mando y la autoridad al príncipe solo á este pertenece*. Preguntando como puede componerse en el heredero de la corona la transmision legal superior á todas las voluntades del pueblo, con la ratificacion que se hace de

él por parte del mismo pueblo, responde: «que en esto no hacen los súbditos mas que una accion de justicia. Esta ratificacion es una obligacion que tienen de reconocer el heredero á quien ha recogido Dios en aquella familia destinada por él al supremo gobierno. En este sentido puede decirse: que siempre que muere el príncipe hay un nombramiento real, un consentimiento de justicia, propiamente dicho, en que el derecho hereditario continue produciendo su efecto y que lo produzca en favor de una determinada persona. Pero, una vez establecido este género de gobierno, no tiene derecho el pueblo para alterar el curso natural y político de sucesion.»

Véase, por último, como la teoría del deber al príncipe se lleva al mas alto grado de horrible exageracion, apoyando en citas de San Ambrosio y San Agustin: pues preguntando que es lo que se debe hacer cuando abusa de su autoridad en provecho suyo y menoscabo de los pueblos, dice: «Los vasallos solo pueden emplear contra su príncipe las armas de los gemidos y de la oracion, resistir á la autoridad con las lágrimas poderosas de la piedad, con los esfuerzos de la caridad, con la santa violencia de la humildad. La oracion y la paciencia es el recurso que dá la religion á los fieles que se ven oprimidos por los malos príncipes». Aquí están encerrados todos sus artificios, sus máquinas, sus intrigas y los últimos esfuerzos de su violencia. No sabe otro camino para defender á sus hijos de la opresion que les causa el abuso de la autoridad pública. Ya no hay mas allá: con un sistema tan piadoso, seguros pueden estar los pueblos de ser esquilmados por toda clase de ateos, holgazanes y perversos. ¿Qué mas pueden necesitar cierta clase de hombres en el poder para gozar impunemente el fruto de sus rapiñas que una mansedumbre tan mansa? Con argucias tales propaladas por tanto taimado como absurdo, se dió lugar á la falsa idea de que la religion cristiana es favorecedora del despotismo.

Pasando á las bellas artes, apenas hay necesidad de esforzar cuanto han contribuido con su servil adulacion á la apotéosis de los reyes. Pantoja presenta á la familia de Felipe III, vestida á usanza del siglo XVI ocupada en los menesteres del nacimiento de la santísima Vírgen. Otro pintor representa á Luis XIV y su familia al lado de una mesa, en la cual y sobre un almohadon se halla el delfin, á

quien varios ángeles traen flores para el príncipe niño. Lopez pinta á Cárlos IV con su familia y varios espíritus celestes que se aparecen. Y por fin, el célebre adulador Ticiano, en la apotéosis de Cárlos V, su obra maestra, segun algunos, representa á la Beatísima Trinidad en lo alto, la Vírgen á la mano dereha y mas abajo varias figuras y patriarcas del nuevo y viejo Testamento: diferentes ángeles introducen en la gloria por el lado izquierdo al emperador, su hijo Felipe II y otros príncipes de su familia.

Ciertamente no se han quedado atrás los poetas de esta emulacion á divinizar la monarquía representada por las familias reinantes. Góngora en unos tercetos á la historia de Felipe II escrita por Cabrera, su cronista, le dice: que hace bien en escribir las acciones de la vida de este rey, con las cuales, si admiró al mundo, adquirió el cielo. Solís dice en un soneto: que no hay acasos en Dios, y que por eso fué á la calle á buscar á Cárlos II para que le metiera en su coche y le llevára á administrar el Viático á un enfermo. En un romance dice á la gran majestad de Felipe IV, que su poderosa mano establece leyes ó las deroga á la gran naturaleza. Figueroa, en una elegía á la muerte del príncipe Cárlos, le dice, que si al pasar por el Leteo no se ha olvidado de su patria, ruegue por ella desde el cielo. Leonardo de Argensola al nacimiento de Felipe III le dice: que nace en hora no entendida ni sujeta al arbitrio de la suerte, y su hermano, el grande adulador Lupercio en una cancion á Felipe II, con motivo de la canonizacion de S. Diego, asegura formalmente, que tambien le adoraremos en los altares, y que estas oraciones, escuchadas por él desde el cielo aliviarán nuestros males; pero que una duda ocurrirá á los venideros, y será el atinar ó saber por cual de sus muchas y variadas virtudes estará adorado...

Innecesario se hace, conde, continuar en este género de investigaciones, pues con los ejemplos citados, primeros que han venido á mi memoria, puesto que son de autores sobrado conocidos, se demuestra lo suficiente para este propósito, que es: indicar como las letras y las artes contribuyeron á hacer de la monarquía un objeto de culto supersticioso y sobre-humano, por mas que pueda parecer vulgar á los sábios esta manera de considerar el derecho divino de los reyes.

Tampoco compete aquí, examinar si fué ó nó útil la adulacion servil de las bellas artes, *esclavas del poder y la mentira* como ha dicho un laureado poeta. Lo cierto es que, llevada á tan alto grado, envileció completamente en sus últimos tiempos á los pueblos, y esta gloria y pompa pasada y goce presente fué el beleño que adormeció las monarquías, y del cual no pudieron dispertar cuando sonó la hora del combate. Sordo era el gemido que se agitaba en el preñado seno de la sociedad en sus últimas capas. Algunas protestas individuales lanzadas enérgicamente por ciertos hombres contra semeante estado, bastaron para poner en combustion el triple órden de cosas sobre que se asentaba tan secular organizacion; y, dicho sea para mengua de aquel entonces, un hombre oscuro y de mal vivir tuvo el suficiente imperio para empuñar la poderosa zapa que, andando el tiempo, habia de demolerlo todo: prueba inequívoca de lo carcomido y mal seguro del edificio que tenia la mision de resistir á tan débiles embates.

La soberanía de Dios ha sido manoseada é invocada para deducir y probar por ella la soberanía de los reyes: esta es toda la realidad del sistema, y en este sentido es como se dice: derecho divino por oposicion al derecho humano. Como Dios no se vale de medios sensibles para comunicar el poder civil, á lo menos en estos tiempos, de aquí la dificultad de las pruebas; puesto que, de lo contrario, señalaria la persona encargada, como tambien el modo de ejercerlo: y á la manera que la iglesia tiene el papa y á la gerarquía eclesiástica el derecho divino por haber recibido directamente de Dios su investidura, del mismo modo es tambien como los reyes se han llamado sus representantes ó lugartenientes en la tierra, instituidos por él para ejercer el poder soberano; de donde les vino la espresion de reyes de derecho divino, que se ha aplicado perfectamente á los monarcas absolutos. Así, pues, desde el momento en que estos quieren ó pueden tomar su voluntad por regla, sin dar cuenta de sus decisiones, este derecho responde á todo, legitíma todas las usurpaciones y no consiente la menor intervencion de los súbditos.

En verdad, que esta célebre teoría examinada bajo el punto de vista en que la han considerado algunos padres de la iglesia, parece no tener nada de alarmante para las sociedades, antes al contrario,

algo de racional y verdadero, visto por cierto lado. Pero al tiempo que se asentaban buenas opiniones, no se deducian de ellas todas sus legítimas consecuencias, proviniendo de aquí interminables disputas suscitadas entre los escolásticos sobre aquellas y estas; disputas que á veces tuvieron, sostenidas por pasiones pequeñas y ocultos celos suscitados entre las dos potestades civil y eclesiásticas, viendo esta de sobra claro, que si aquella venia inmediatamente de Dios se amenguaban por necesidad sus derechos y prerogativas, creando un poder rival, y temiendo con mucha razon aquella, que, si venia *mediatamente* de Dios, se veria por lo mismo desamparada y espuesta á los choques y trastornos fáciles de sobrevenir andando los tiempos. Bien comprendia el papado que si negaba la soberanía real, como venida de Dios, dejaba el poder espuesto al oleage de las revoluciones, y para llenar este vacío dió un nuevo y torcido sesgo á la cuestion que cortó el nudo en lugar de desatarlo. Toda la cuestion estaba, pues, como se nota desde luego, en saber si el poder civil de los príncipes venia *mediata ó inmediatamente*. Como quiera que no conviniese á ciertos intereses una solucion radical, se creó, ó mas bien se esforzó por todos los medios posibles á la interminable série de deberes prescritos á los pueblos, que llegó á convertirlos en verdaderos párias; pero, como esta cuestion de todos los derechos por un lado y todos los deberes por otro, sea de suyo una de las cuestiones mas árduas y espinosas, de aquí el orígen de interminable y enmarañado combate, principalmente tratándose de saber: *cuando era lícito resistir al tirano*; condicion estensa que no todos los publicistas católicos admitian.

Sin duda, en el calor del combate, algunos espíritus fuertes y elevados, sobreponiéndose á las sútiles ideas de los contendientes y de su tiempo, formularon doctrinas mas ó menos terminantes, sobre puntos capitales del derecho público, en favor de la libertad y del progreso, aguijados por su rectitud ó por el deseo de sostener opiniones peregrinas, y á proclamar casi terminantemente el derecho de insurreccion. Pero, en manera alguna, de tan raras escepciones puede deducirse un contenido liberal en el recto sentido de esta palabra: y no era la monarquía la que estaba basada sobre las escasas opiniones de alguno que otro distinguido escritor: pues lo que le

daba aquel pronunciado colorido y aureola semi-divina que la desvaneció en los últimos siglos fué indudablemente, como se ha dicho, la adulacion de las artes, del derecho de tanta muchedumbre de miserables, que en libros ridículos y peregrinos divinizaron grotescamente á los reyes, predicando por do quier, en todas ocasiones y á todas horas, la obediencia y sumision mas ciega á las majestades de la tierra, á los *dii minores*.

Por esto es inútil que tantos publicistas se empeñen en vindicar á la Iglesia de la nota de favorecedora del despotismo y la esclavitud, aduciendo claras y luminosas razones, como tambien copioso número de datos; que nada mas fácil que hallar opiniones mas ó menos esplícitas para sostener una asercion deducida de una doctrina que por tantos siglos ha contenido en su seno toda clase de controversias, y sustentado por algunos de sus individuos opiniones mas ó menos progresivas. Trabajo inútil: una institucion como la católica, tan dilatada en el tiempo y en el espacio, no pudo ser juzgada, en su fuerte apoyo prestado al poder civil, contra ciertos ataques, por escritores de su seno mas ó menos distinguidos; sino por sus hechos y aquel colorido general que le dá todo el conjunto literario, artístico y científico de varias épocas.

Tan cierto es lo dicho, y como la monarquía vinculada en ciertas castas apareció á los ojos de las muchedumbres como emanada directa y privilegiadamente de Dios, que un célebre escritor viene á confesarlo á pesar suyo diciendo: «Cuando Luis XIV decia *el estado soy yo*, no lo habia aprendido ni en Bossuet, ni en Bordalue, ni en Massillon; el orgullo exaltado por tanta grandeza y poderío, é infatuado por bajas adulaciones, era quien hablaba por su boca.» Palabras memorables que confirman mas y mas la opinion de que los reyes no fueron otra cosa últimamente; cuando mas cautela y prevision necesitaban, puesto que los consejos de algunos sabios no prevalecieron sobre las torpes adulaciones de los palaciegos, ni encarrilaron por el sendero de lo racional y de lo justo el juicio de las muchedumbres.

Volviendo á mi propósito, señor conde, bueno será esplanar algo mas la controversia suscitada, y la importancia que se dió, pues verdaderamente la tenia, á la cuestion de saber si la potes-

tad civil venia de Dios á los reyes *inmediatamente* ó *mediatamente*, que se ha indicado antes, por medio del *Canal de los pueblos*. Como habia dificultades en probar lo primero, que solo estaba claro con respecto á la soberanía pontificia, se vino á adoptar en su mayor parte lo segundo, deduciendo violentamente que, en último resultado, era igual uno que otro; ya que una vez nombrado ó consentido el rey por el pueblo, se creaba un derecho natural é irrevocable, y habia una identificacion entre la autoridad, tomada absolutamente, y la persona encargada de ejercerla, por lo cual los pueblos no tenian mas que obedecer, como si Dios hubiese conferido en persona al príncipe la investidura, y que tal veneracion se le debia, que el resistirle no era lícito, salvo, segun algunos, el rarísimo y difícil caso de determinar en que degenera en tirano; sosteniéndose, aun así que hasta la tiranía debia soportarse, por dos razones que se han considerado de mucho peso: la una porque Dios envia los tiranos para castigo de los pueblos por sus faltas, debiendo estos sufrirles para por este medio conseguir la bienaventuranza eterna, y la otra por evitar mayores males, puesto que al deponer al tirano, podrian sobrevenir disturbios y alteraciones en la comunidad. Máximas sin duda muy santas y edificantes para todos, puesto que los que mandan gozarán aquí la suma felicidad y los que obedecen la bienaventuranza eterna; pero es el caso, que hoy los pueblos, cuerdamente, no se hallan muy inclinados á tales mansedumbres y esplotaciones piadosas.

En vano se esfuerzan algunos para probar que el poder, venga ya mediata ó inmediatamente de Dios, es todo una misma cosa. El ejemplo que aduce de una comunidad cualquiera á quien haya dado el soberano sus reglamentos y concedido el derecho de gobernarse y de transmitirlo á la persona ó personas que á ella le pareciese: ó ya bien queriendo que la misma comunidad determine las formas y designe las personas, entendiendo que por este mero acto el soberano otorga, es mas ingenioso que sólido. Los términos de la comparacion no pueden admitirse en buena lógica, tanto, que no hay mas que observar atentamente el símil que propone para convencerse que es un puro sofisma, y que las consecuencias que de él se sacan, no son las que su autor pretende. Tanto es así, que el mismo

autor tiene alguna duda al afirmar que *la paridad es completa*, y esto se hace mas palmario y prueba su no evidencia, cuando concluye diciendo *que hasta en pura teoría es difícil señalar lo que va de uno á otro caso.*

La cuestion era de suya espinosa, como se echa de ver, no tanto considerada en sí misma, como en las consecuencias prácticas que de ella podian resultar si á un tirano le daba la gana de divertirse legítimamente á costa de sus vasallos. De esto nació tambien otro motivo de grande fluctuacion en las opiniones y lo confuso de la la polémica, que el protestantismo llegó á enmarañar completamente.

Roma, que nunca pecó de falta de suspicacia y prevision, deseaba sin duda fortalecer el poder civil por cuantos medios estuviesen á su alcance, pero sin comprometerse, procurando al mismo tiempo tenerle bajo su dominio. Si declaraba de un modo rotundo que venia de Dios inmediatamente, creaba, echaba los cimientos de un poder que andando el tiempo podia emanciparse y volverse contra ella, declarándose en rivalidad manifiesta. Si, por el contrario, afirmaba que venia inmediatamente por la voluntad espresa ó tácita de los pueblos, temia, y con sobrada razon, que estos, sin destruir la autoridad, negasen ó depusiesen las personas que á esta representaban, puesto que eran el producto de su consentimiento; con lo cual podian sobrevenir gravísimos disturbios y mudanzas de cosas. En tal estado apareció, creció y amenazó al mundo católico la Reforma, y con ella el conflicto creció sobre manera, ayudado por el ímpetu poderoso que traen consigo siempre las ideas nuevas y pasiones ciegas y exaltadas. Uno de los primeros principios de la reforma era negar la autoridad al papa, y esta negacion ponia por de pronto á los príncipes disidentes en grave aprieto; porque, si bien por un lado la absoluta independencia de Roma y la posesion de cuantiosos bienes les servia de poderoso aguijon para el logro de sus deseos, la separacion de la Iglesia y la privacion de sus grandes medios de amparo y proteccion que podia dispensarles, los dejaba á merced de la voluntad y pasiones de los súbditos. Proclamar el derecho humano era su muerte, así que una de sus mayores necesidades debia ser la de afianzar el poder, tratando de esforzar las

teorías del derecho divino, que no solo los dejaba en su puesto, sino que servia de poderoso ariete contra Roma, de cuya autoridad y proteccion no necesitaban para nada.

Como en la práctica cada uno toma de las teorías aquello que mas le conviene y puede conducirle al logro de sus deseos y particulares intereses, los príncipes católicos no permanecieron estraños á este ruido, y aun que no pensaron cejar en sus opiniones y obediencia al papa, no fué tanto sin embargo que se desdeñasen por eso de ser eclécticos, principio y práctica que, por mas que parezcan nuevos, tienen rancia fecha. Admitiendo algo de lo que pudiera hacer al caso de su aumento y poderío, procuraron por este medio conciliar tan encontrados estremos. Así fué como, sin faltar á las apariencias y á la sumision y respeto que la córte romana se merecia, le fueron despojando, unos mas pronto y otros mas tarde, de su antigua influencia: llegando Francia á proclamar sus famosas libertades galicanas y España sus regalias, con lo cual no venia á proclamarse á la postre mas que un protestantismo vergonzante y disfrazado.

Los apuros que pasaba Roma eran grandes. No pudiendo con las armas temporales ni espirituales ¡tanto se habian trocado los tiempos! reducir á los disidentes, hubo de contentarse con la sumision, las mas veces aparente, de los príncipes que por su interés la siguieron, y que viéndola ya débil, no dudaron en arrancarla concesiones que poco á poco fueron postrándola de su antiguo esplendor en el estado de abatimiento en que hoy se encuentra. En este estado de cosas, el principio quedó por resolver clara y terminantemente. Cuando Roma pudo hacerlo, no quiso por egoismo propio, y cuando quiso era ya tarde, las circunstancias habian pasado y cada vez se hacia mas árdua su solucion.

Oportuno parece indicar aquí, siquier someramente algunos de los infinitos resortes que se mezclaron á esta cuestion magna; resortes que estorbaron, fuese resuelta claramente en pro de los intereses del poder civil. Esto, en cuanto á la teoría, porque en cuanto á la práctica ó medios de llevarla simultaneamente á cabo, Roma no perdió un solo momento de fortalecer la autoridad de los reyes, tolerando hasta lo absurdo la predicacion de la obediencia ciega que, combinada con una red inmensa de medios coactivos, tanto mo-

rales como materiales, produjeron á la larga el efecto contrario á que se aspiraba, ayudando no poco á ello la irritante influencia de tantos favoritos y aduladores que, sin mérito real en calidad alguna á tal éxito contribuian, como tambien tanta medianía especuladora, fanática é ignorante, que en malos libros, y peores folletos, se prestaba infatigable al sosten de un órden de cosas que, en último resultado, no era base mas que de intereses egoistas, de algunas clases privilegiadas. En este terreno, pues, se debe buscar la afirmacion absoluta del derecho divino de los reyes, afirmacion que no puede desconocerse fué un derecho real y positivo que dominó con absoluto é irresistible imperio de otras épocas que se vinculó en ciertos apellidos, que, perdiéndose en la noche de los tiempos, vienen resonando de siglo en siglo hasta el presente como propietarios, *humano divinoque jure*, de distinguidas razas y vastos territorios...

. . . . . .

. . . . . .

En este momento llegaba el doctor de su discurso, cuando suspendió la palabra, miró al conde y le pareció que se habia dormido profundamente.

CAPITULO XXVIII.

Donde principia á probarse como el conde se democratiza.

El conde bien lejos de haberse dormido creyó haberle llegado el turno de hablar y lo hizo del siguiente modo:

—¡Ah, doctor! ¡Teneis la facultad de llevar al ánimo de los que os escuchan la persuacion y el convencimiento! Como una cortina que lentamente se descorriese, obediente á vuestra voluntad, dejando ver detrás de ella la realidad de las cosas, al parecer mas imposibles; así vos, doctor, presentais á los que os escuchan las imágenes de verdades ni siquiera sospechadas, tan vivas, y de bulto como cuerpos reales y positivos. Veo claro, primero por los ojos de la historia, y despues por los de vuestra filosofía, todo lo que ha pasado al través de la noche profunda que por tanto tiempo me ha rodeado. Vos sois un sabio, doctor, y si lograis desvanecer aun algunas pequeñas discordancias que existen entre mi conciencia y vuestras teorías, moriré adicto á vuestras opiniones...

—Que son las opiniones de la época,—repuso el doctor,—cuya elaboracion constante no es otra cosa que el rebuscamiento de la verdad en todas las esferas de la ciencia; espíritu que preside á la vida humana como el alma á la vida del cuerpo.

—Si, doctor; no solamente os creo, sino que veo con toda exactitud lo que vos me presentais á los ojos de la inteligencia.

El conde guardó aquí un momento de silencio. Durante este tiempo su fisonomía tomó distintas veces una actitud risueña y afable, por fin viendo que el doctor no hablaba, dijo:

—Y yo, necio de mí, que me aprestaba en mis juveniles años, á lidiar por la causa del error, del mal y del absolutismo!... Era mi pariente el mártir, es verdad; pero en tan remoto grado que, sin renegar de la mas pequeña partícula de la sangre de mis venas, puedo aseguraros, que no siento el mas pequeño hervor en ella hácia la causa que simbolizára su personificacion en la historia.

El doctor sonriendo esclamó:

—¿Os transformais, conde, en un áustero republicano?

El conde al oir la palabra *republicano*, preciso es confesarlo, demudó su semblante visiblemente. Sin embargo, esclamó:

—¡Oh! no lo sé; y no me lo pregunteis...

El doctor meneó la cabeza y cerró los ojos en señal de desconfianza.

Desde aquel momento trató de dar á la conferencia de aquel dia un nuevo giro. Habia terminado su cometido. Harto sabia el doctor el valor que podia dar á las palabras del conde. Conocia que eran la impresion del momento que debia desvanecerse en él como la luz fosfórica de un relámpago, sin embargo, de que, al desvanecerse debian dejar, siquiera fuese leve, una huella en su espíritu, y que esta ya jamás podria borrarse. Tenia el doctor un profundo conocimiento del corazon y de la inteligencia humana. Sabia que en ciertas disposiciones del ánimo conviene sembrar mucho para cosechar muy poco, y que solo á medida que la misma siembra llega á bonificar el terreno, se obtiene mayor cosecha á menos siembra.

No tenia, pues, confianza en sus palabras el doctor en toda su estension, pero juzgaba por ellas de un escelente resultado para el dorvenir.

Dejaremos al conde y al doctor en lo que se refiere á su instruccion singular: hemos visto ya los rápidos progresos obtenidos á favor de un sistema tan bien preconcebido como bien ejecutado. Por ello podemos deducir que el fin que se habia propuesto el doctor habia de verse coronado de un éxito brillante y por consiguiente dar lugar á hechos importantes por mas de un concepto. A ellos nos referiremos mas tarde.

En la ocasion de que hablamos era hora bastante avanzada de la noche. El conde aguardaba con ansiedad los momentos en que su

criado debia continuar la lectura de la noche anterior. Habia pues llegado la hora de despedirse por aquel dia.

—Conde, me permitireis que os deje,—dijo el doctor.

—Con todo el sentimiento de mi alma,—contestó el conde.

Y levantándose en el acto, le acompañó hasta la puerta.

Una vez allí el conde añadió:

—Doctor, cuando se abrirán para mí estas puertas para siempre¿ Deseo abandonar esta estancia; me causa horror.

—Pronto, bien pronto,—contestó,—á este paso no tardareis mucho.

En aquel momento se presentó el criado.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

CUARTA PARTE.

DIEGO.

CAPITULO PRIMERO.

Los gemelos.

En el año 1792 el que hoy conocemos con el título del conde de la Morlotte era un niño que apenas contaba quince años. Hijo mimado de la fortuna, de apuesto continente, ojo derecho como suele decirse, de sus padres, gozaba del privilegio de hacer en todo y por todo su santa voluntad

En iguales circunstancias parece que hubiera debido hallarse un hermano suyo que vió la luz del mundo antes que él, y sino en iguales, parece que aun debiera hallarse en mejores circunstancias. Los derechos de anterioridad en ciertas familias, plagadas de rancias preocupaciones, son y han sido siempre y aun mas en la época á que nos referimos, de gran monta y decisiva influencia. Pero los derechos de anterioridad no son siempre los de primogenitura: hay un caso en que precisamente es todo lo contrario.

Santiago y Diego eran hermanos jemelos: Diego habia nacido primero; Santiago era, pues, el primogénito.

Entre Santiago y Diego habia á los ojos de su familia todo el abismo que media entre el heredero y los hijos secundones de una familia aristocrática. El uno habia sido criado desde su nacimiento para ocupar un distinguido rango en la sociedad y el otro destinado desde muy jóven á la carrera eclesiástica.

Empero no siempre son los padres tan afortunados en la eleccion de las carreras para las cuales destinan á sus hijos que alcancen al fin ver coronados sus deseos.

Diego no habia nacido para la carrera eclesiástica; desde muy niño se vió claramente que su cabeza no habia de hallarse nunca dispuesta á la abnegacion, ó cuando menos, docilidad, que reclama semejante estado. Y si en esto se equivocaron sus padres no anduvieron mas acertados en el abismo que iban cabando ante los pies del uno y del otro. Santiago y Diego se amaban, no como hermanos, sino como si fuesen una misma persona. Habia entre los dos alguna diferencia de carácter; pues, Santiago era sesudo, resuelto sin afectacion, prudente sin cobardía, mientras que el otro era terco con humos de caballerosidad, ostentoso, y con un corazon que las menores sensaciones arrastraban como el viento arrastra á las hojas sacas de los árboles.

Entre los dos formaban un solo cuerpo, una sola entidad, de tal modo, que podia muy bien decirse que el uno era el complemento del otro, pues lo que á este sobraba era lo de que aquel estaba desprovisto.

Habia además en sus dos naturalezas una correlacion íntima. Sucedia comunmente que lo que el uno decia terminaba el otro con sus palabras. Se adivinaban en sus menores pensamientos é intenciones. No habia secreto alguno, por consiguiente, entre los dos. Solamente entre sus resoluciones finales discrepaban un tanto. Santiago imprimia en todas ellas su carácter sesudo; Diego al contrario el sello del suyo algo atrabiliario y voluble. Cuando se trató de casar á Santiago por negociaciones de sus tutores, Diego, que por *razon de su edad* y la inferioridad jerárquica que ocupaba en la familia, no podia pensar en semejante cosa, sintió como su hermano abiertas repentinamente las puertas de su corazon al amor.

Diego, amaba como su hermano Santiago; con la sola diferencia que su amor, atendido su carácter, debia ser mas vehemente, pero ni siquiera se atrevió á proponer sus deseos á sus tutores: hubieran sido denegados; hubieran sido oidos con sarcasmo y objeto de burla y menosprecio.

Diego se hizo la resolucion de no pasar por semejante ignominia, pero tambien se resolvió á no abandonar el objeto de sus amores.

Era esta una jóven de su misma edad. Tipo especial de una mujer seductora atendido el carácter de Diego. Morena, ojos negros,



ALEGRIA.

y rasgados, con una pestaña de seis líneas, cejas algo abultadas formando un arco graciosamente delineado. Su frente era ancha y espaciosa y sobre ella caian sus cabellos crispados y negros como el azabache: hubiera sido imposible dominarlos nunca.

Su boca, sin ser menuda era pequeña, y tan pequeña como graciosa.

Sonreia siempre. Eran sus labios dos arcos de flecha del color del clavel mas rojo y pronunciado. Su nariz, sin pertenecer á ningun tipo marcadamente, era la nariz mas graciosa, mas propia, mas fina de aquella fisonomía bajo todos aspectos seductora.

Llevaba el nombre mejor adaptado á sus circunstancias.

Se llamaba Alegría.

Ella y su amante eran un completo tal para cual.

El carácter de Alegría era resuelto, travieso, diabólico; pero sus diabluras encerraban siempre una sátira fina, una mordacidad graciosa.

Habia nacido en Francia, de donde al salir abandonó un colegio de damas nobles en el cual habia permanecido desde la infancia.

Diremos dos palabras para esplicar los motivos por los cuales se hallaba en la corte de España.

Su tio paterno, el conde Douvier habia sido colgado en la linterna por el furor revolucionario en el año 1791.

Cuando así se buscaba el bulto por el pueblo á un pariente tan cercano de la familia, esa creyó que no andaría muy léjos el dia de un inminente peligro para todos.

La familia de Alegría pensaba muy cuerdamente.

Por esto trató de ponerse en salvo, y resolvió emigrar de un pais donde su apellido, en aquella época, podia suplir un proceso de muerte.

La familia constaba de tres personas: el padre que se llamaba Alberto Dourier y era marqués del mismo nombre, un hijo que se llamaba Simon y una niña que era la misma Alegría.

Hé aquí esplicada la razon de hallarse esta en Madrid en la época de que hablamos.

Diego despechado de ver que á su hermano se le consideraba con tal distincion respecto de él, que ni que fuesen de familia distinta y

de diversa gerarquía no podia ser mayor, habló á este en los siguientes términos.

—Santiago, ¿te casas?

—Sí, Diego,—contestó este.

—¿Con la hija del duque de Campoverde?

—Sí.

—Y á mí no me es posible con la hija del marqués Dourier?

—No, segun parece.

—¿Porqué?

—Por una razon de familia; asi lo he oido decir.

—¡Que diablo, ni que razon de familia! Quiero casarme.

—¿Y con qué cuentas para esto?

—Pregúntame con quien y luego sabrás con qué.

—¿Con quien?—Preguntó Santiago.

—Contigo,—respondió Diego.

—¡Ah! Ya comprendo.

Diego al oir esto continuó:

—Desde el instante de celebrar tu matrimonio entras en plena posesion de tus bienes... Eres rico...

—Pero tú,—repuso Santiago,—eres menor y debes continuar bajo las órdenes de tus tutores.

—Está muy bien,—esclamó Diego,—hablas muy juiciosamente, pero yo puedo permanecer á las órdenes de mis tutores, aun despues de casado, si estos ignoran mi matrimonio.

—Tienes razon...

—Que tú apruebas,—saltó Diego,—sin duda, en todas sus partes.

Santiago vaciló, se puso un dedo entre los labios, principió á morderse la uña y despues de algun tiempo dijo:

—Esto vale la pena de reflecsionarlo.

Diego soltó una carcajada y con festivo acento esclamó:

—¡Oh! Se me olvidaba; tú eres un hombre que para cada una de tus resoluciones necesitas dormir antes toda una noche.

Santiago con cierta sonrisa encaminada á martirizar inocentemente á su hermano, pues nunca habia querido causarle el menor daño, dijo;

—O dos.

—¡Hola!—esclamó Diego,—Grave consideras este caso.

—O tres,—repuso Santiago prescindiendo de las últimas palabras de su hermano.

—¡Hola!—repitió este,—señor conde de la Morlotte; no creia hallar á su merced tan reflecsivo y prudente.

Santiago continuó:

—Todavía no tienes diez y seis años.

—Ecsactamente.

—Tenemos los dos una misma edad.

—Cabal: solo que yo tengo algunas horas mas que tú, y por esta diferencia tú eres mayor que yo... ¡Diablos, esto si que es admirable!

Santiago al oir estas palabras se sintió avergonzado. Mas su hermano le preguntó entonces:

—¿A qué viene esto de la edad?

—Te seré franco,—le respondió.—De diez y seis á veinte y cinco van nueve...

—¡Ah! Ya comprendo. Hasta los veinte y cinco años no soy libre de mi hacienda; sí mis tutores no intervienen en esto, puedo agravar considerablemente tu patrimonio... ¡Bueno! ya comprendo, ya caigo, ya oigo... ¡ya sé en fin á lo que vamos á parar!

Santiago que ya anteriormente habia manifestado cierto rubor por sus propias palabras, se sintió del todo avergonzado y adelantando dos pasos, se arrojó al cuello de su hermano rompiendo en un fuerte llanto y esclamando entre sollozos:

—¡Diego, Diego! Perdona mis palabras... Díme lo que debo hacer; mándame lo que quieras... Te amo y no tengo ningun derecho á disfrutar de las felicidades de la vida, si tú no eres feliz tambien.

Esto indicaba que si bien por una parte Santiago era sesudo y lo reflexionaba todo, por otra era hombre de corazon y arranques generosos hasta el esceso.

Mas Diego sin inmutarse en lo mas mínimo, y como si la impresion de las palabras de su hermano fuese la única que durase en él contestó:

—¡Basta!.. Cada uno por su lado, tú con tu hacienda; yo con mis tutores. Tú con tu mujer, yo con mi amante. Dios señalará el camino y ambos obedeceremos... Adios.

—Diego abandonó á su hermano dejándole en el mayor asombro.

CAPITULO II.

¡Mejor.... y mejor!

Ya se habrá observado que en la noche del 30 de diciembre de 1793 Diego no se hallaba presente en la fiesta que se celebraba en el palacio de la calle de la Estrella en celebracion del matrimonio de su hermano el conde.

Diego no habia desistido de su propósito.

En Santiago imperaba el hondo dolor causado por la separacion de su hermano. Habia hecho mas de lo que humanamente le permitia su dignidad para obtener una reconciliacion.

Todo habia sido en vano.

Solo habia podido conseguirse de él la repeticion infinita de estas palabras.

—Te amo mas que mi vida; tanto como á Alegría y solo un punto menos que á Dios.

(Esta última comparacion era metáfora).

Mas no lo era su amor á Alegría. No diremos que la amase tanto que pudiese decirse de su amor, amor á toda prueba. El hervor de la sangre; lo ardiente de su imaginacion, la esquisidad de su temperamento nervioso; su amor á lo bello, á lo novelesco á lo vaporoso era todo su amor. No era pues un amor profundo sino fuerte, un amor puro sino caballeresco.

Cuando Alegría tuvo noticia de lo que habia pasado con el hermano de Diego, no tuvo mas que estas palabras para consolarle:

—¡Mejor!

Y á cada esplicacion de Diego, á cada argumento para justificar su resolucion respecto á la conducta de Santiago, decia:

—¡Mejor y mejor!

Claro está que Diego ecsigió á su vez esplicaciones de las palabras de Alegría.

Mas esta, solo una vez le contestó:

—¡Tonto!... ¿pues no lo adivinas? Yo soy rica.

Desde aquel momento pareció para entrambos que un cielo inmaculado se abria á sus ojos.

Se hacian como suele decirse, la cuenta sin la huéspeda; es decir, cuentas galanas.

Era necesario el consentimiento del marqués de Dourier.

Por vías de un sacerdote, (en aquellos tiempos los sacerdotes se utilizaban á las mil maravillas para casos tales), por conducto de un sacerdote, decimos, se hizo saber á Dourier las pretensiones de los consabidos mozalbetes.

La contestacion fué negativa, y en su virtud desde aquel dia Dourier despidió bonitamente á Diego de su casa.

Diego hasta entonces la habia frecuentado diariamente, con gran franqueza y sin que á nadie se le hubiese ocurrido nunca pensar en el caso que podian hallarse sus amores.

Diego despedido se convirtió en un don Juan hecho y derecho.

Sitió la casa, compró algunos de sus criados, pasó largas horas de la noche rondando la calle, y alguna que otra vez, á favor de una llave falsa de una puerta secreta, se introducia en la casa bonitamente. Mientras el marqués y su hijo Simon dormian el sueño de los justos, Alegría y Diego, al fulgor de las estrellas, á los resplandores de la luna ó á los relámpagos de noche tormentosa, platicaban de amores y se juraban el uno al otro amor eterno.

Cuando recordaban la desicion del marqués sucedia que Diego se encolerizaba llamando al padre de Alegría padre desnaturalizado, padre mónstruo. Mas Alegría refiriéndose á esto mismo esclamaba:

—¡Mejor!

Y á la estrañeza de Diego contestaba:

—¡Mejor y mejor!

Por fin llegó la ocasion de esplicarse y lo hizo de esta manera:

—Somos viejos en el amor, y niños para casarnos. Mas ¿qué dicha podria proporcionarnos el matrimonio, mayor que la dicha de hallarnos el uno al lado del otro, en medio de la soledad de estos jardines, oyendo el canto de las aves nocturnas y el murmurio de las ramas que se balancean como saludando eternamente los lazos indisolubles de nuestro cariño?

Diego escuchaba estas palabras con verdadero transporte de felicidad...

No es necesario estendernos mas para dar á conocer á nuestros lectores las consecnencias que de aquí habian de sobrevenir.

CAPITULO III.

Malas consecuencias.

Una noche en que el cielo estaba encapotado, que el aire mujia con mas intensidad que de costumbre, y que por consiguiente los rumores del jardin eran mas fuertes y al parecer amenazadores, Diego y Alegría se hallaban entregados á un transporte de loca felicidad.

Sus palabras brotaban de sus labios á borbotones como las aguas de un torrente, sus ademanes vivos y elocuentes, y puede decirse que sus ojos, brillaban en medio de la oscuridad como luces fosforecentes.

En los momentos de que vamos á hablar hacia ya mucho tiempo que nuestros jóvenes enamorados permanecian debajo las ramas de un sáuce y sentados en un poyo de mármol.

Trasladaremos aquí el coloquio en que se hallaban ocupados.

—¡Alma mia!—esclamaba Diego,—¿qué seria de mi vida sin tu amor, si mañana me viese privado por cualquier accidente de contar los latidos de tu corazon en estas noches sublimes y llenas de encanto y poesía? La vida seria para mí un páramo desierto, una tumba, un cruel martirio. ¿Qué harias tú si de repente el destino cortase el hilo de nuestra felicidad y nos viésemos sumergidos en el mar de las desdichas?

—Diego mio,—contestó Alegría, apoyando sus dos manos sobre el hombro de su amante,—Diego mio; no me lo preguntes, consulta á tu propio corazon y contéstate á tí mismo. ¿Qué harias tú?

—No quieras saberlo.

—Y sin embargo, me lo preguntas.

—Yo me mataria,—esclamó resueltamente Diego.

—Yo tambien.

Los dos pichones sin duda creian en aquel entonces lo que decian.

Tiene el amor de la primera juventud frases tan propias y especiales que es imposible suplirlas por otras en determinadas circunstancias. ¿Qué habian de contestarse el uno al otro dada la antedicha pregunta?

Se observó aquí un gran rato de silencio.

¿Era que meditaban la gravedad de sus palabras? En manera alguna. La muerte para la juventud es una figura retórica: no tiene mas sentido que el de las formas lúgubres y siniestras de que la reviste la imaginacion. Tiene su poesía y por consiguiente ninguno de los carácteres de la realidad. Si observaban un gran silencio era ó por no saber que decirse ó como decirse lo que querian.

Hay sin embargo una frase interrogativa pendiente siempre en los labios de los enamorados, que si bien supérflua por lo repetida, suele ser el vehículo conductor que arrastra la conversacion al punto que uno quiere, y prepara las situaciones en que desean encontrarse.

Esta frase interrogativa es la siguiente:—¿Me amas?

Diego, pues, rompió el primero el silencio con la indicada frase.

Pero á tal pregunta tal respuesta.

A un «¿Me amas?» corresponde siempre un «Mas que á mi vida.»

Trocadas estas palabras se tiene encarrilada toda situacion.

Diego continuó al instante:

—¡Soy feliz!

—Y yo tambien.

—Tu voluntad es la mia en todo.

—Como la tuya, á su vez, es igualmente la mia.

—¡Repíteme estas palabras, amor de mis amores!

—¡Una y mil veces, vida de mi vida!

Por el espacio, y á pesar de que los rumores de aquella noche eran intensos por la fuerza del viento, resonó un doble y prolongado beso.

Nuestros jóvenes entraban en situacion.

Pero quiso el destino que en aquel momento se oyese un estraño rumor á cierta distancia, que convirtió á los dos poco menos que en estátuas de mármol.

—¿Qué es esto?—preguntó Alegría.

—Nada,—contestó Diego;—es el viento.

Pero las palabras del uno y del otro se pronunciaron tan sumamente quedas que claramente indicaban que ambos á dos les habia producido un malísimo efecto el tal ruido.

El silencio y la soledad son hermanos inseparables del amor. ¿Era por esto el sobresalto que de los dos á la par se apoderó? ¿Era llanamente lo que por su verdadera palabra llamaremos miedo? Hay situaciones en que el miedo no significa cobardía. Téngase esto bien presente para no acusarnos de contradiccion por el hecho de haber declarado algo en el carácter de Diego y de Alegría que significa no conocer tan rastrera sensacion.

Los dos escuchaban con ansiedad mortal hácia el punto de donde al parecer habia brotado aquel estraño ruido que de cuando en cuando se repetia con todos los visos de los pasos de un hombre que sigilosamente avanza entre las ramas de los árboles.

Momentos hubo en que á Diego no le cabia ya ninguna duda de esto. Pero sucedia, que en los momentos tales, precisamente á Alegría le parecia todo lo contrario. El ruido cesaba y entonces asiéndose de la mano nuestros enamorados, respiraban fuertemente; pero el rumor se repetia, y al punto se apartaban el uno del otro como movidos por un maquinal resorte.

En esta angustiosa alternativa permanecieron largo tiempo, hasta que por fin hubieron de convencerse de la presencia real de algun hombre en la frondosidad de la arboleda inmediata al punto en que se hallaban sentados.

Quedaba todavía una esperanza. Este rumor podia ser producido por el criado cómplice de sus amores. Otras veces habia sucedido que, temeroso de algun peligro, habia corrido á avisarles, y en alguna

que otra ocasion esto les habia librado de un fin trágico á sus secretas entrevistas en el jardin.

La esperanza crece y se arraiga mas profundamente cuanto mas inminente y profundo es el peligro que nos amenaza. A medida del uno, crece el otro. La esperanza no es mas que un deseo nacido de un temor, de una duda.

Pronto debia terminar tan terrible ansiedad.

Un jóven de estatura alta, de carácter nervioso y ademanes los mas decididos brotó como del centro de la tierra, y apartando el tronco de un árbol que á su paso se interponia, se adelantó, y cruzándose de brazos con imponente serenidad, dijo:

—¡Bien por la honra de mis timbres!

CAPITULO IV.

Simon Dourier.

Hé aquí un cuadro digno de ser reproducido.

¿Qué habian de contestar los dos amantes á aquel jóven que era el mismo Simon, primogénito del conde de Dourier?

Nada.

Pero á Diego no habian de faltarle recursos en semejante ocasion.

—Amigo mio,—dijo;—tú tambien eres jóven, tú tambien tienes un corazon capaz de amar; juzga por tí mismo y sentencia. Si somos culpables sufriremos resignados el castigo.

Alegría se interpuso entre los dos.

—¿Quién habla aquí de culpables?—dijo,—aquí no hay mas que dos corazones unidos por los lazos mas sagrados de la tierra.

Simon oia con la mayor sangre fria sin proferir palabra.

Despues de algun tiempo, Diego le preguntó.

—¿No contestas, Simon, hermano mio?

Simon desplegando los brazos que dejó caer á lo largo, dijo por fin:

—¿Y puedo contestar cuando te presentas, miserable seductor, desarmado y desprevenido para defender tu vida?

Alegría contestó:

—Su vida es mi vida, ¿te hallas dispuesto á convertirte en un villano fratricida?

—Doblemente; porque tú tambien debes acabar tu vida en mis manos.

—¡Oh! ¿Qué has dicho?— esclamó Diego.

—¿Necesitas que lo repita?...—preguntó Simon.

—Basta. Sitio, hora y armas: no debemos hablar mas.

—Ni una cosa ni otra,—esclamó Alegría.—Es mi esposo.

—¡Mientes!

—A Dios pongo por testigo...

—De tus liviandades.

—De nuestro amor,—repuso Diego apartando á Alegría de delante su hermano; y añadió con voz solemne:

—¡Silencio! O no respondo de si tendré calma suficiente para aguardar la hora de blandir las armas que á tu nobleza y á la mia corresponden.

—¡Noble tú!—esclamó Simon con fiero sarcasmo;—¡noble tú!

—Tanto, que mis escudos no ceden á los tuyos.

—¿Hay nobleza en el ladron que se introduce sigilosamente en una casa para robar el tesoro de su honra? ¡Jamás!

Alegría adelantó un paso y dijo:

—Aquí no hay ningun ladron: no hay mas culpable que una mujer que de rodillas implora el amor de su amante y el perdon de su hermano.

—¡Nunca, miserable!...

Diego cortó la palabra á Simon, diciendo:

—Calla, ó si no eres muerto...

Y al decir esto, rasgándose de un tiron la solapa del pecho se sacó un par de pistolas con la rapidez del relámpago, una de las cuales apuntó al rostro de Simon.

Este sonriendo sarcásticamente y respirando con ira, dijo tan solo:

—¡Tira, malvado!....

Diego bajó la pistola con solemnidad. Habia interrumpido una frase necesariamente injuriosa en los lábios de Simon, y esto le bastaba.

Mas Simon continuó:

—¡Ah! ¿no ibas desarmado? ¿tenias la conciencia de tu maldad?... ¡Bien! ¡Préstame una de tus pistolas y arrimémonos á las tápias!

Alegría en aquel momento se arrojó á los brazos de su amante, gritando:

—¡Por piedad! ¡por piedad!

Mas Diego, sin hacerle caso, loco de ira, despechado de enojo, consiguió entregar á Simon una de sus dos pistolas. Simon dirigió su paso hácia las tápias del jardin. Diego le iba siguiendo con dificultad y casi arrastrando por el suelo á Alegría que hacia esfuerzos desesperados para contenerle.

. . . . . .

. . . . . .

Pocos minutos despues los ecos repetian una fuerte detonacion. El hermano de Alegría caia exánime á sus piés.

La primera persona que acudió á semejante ruido fué el criado cómplice de los amores de Diego y Alegría.

Los dos á la vez esclamaron al verle:

—¡Huyamos!

El criado abrió una puerta practicada en la tápia que comunicaba con las afueras de Madrid, y al instante los dos amantes se perdieron como una vaga sombra entre tinieblas.

CAPITULO V.

La luna de miel.

Diego y Alegría aparecieron un mes despues en la corte de Alemania.

El viejo conde de Dourier murió de dolor, no pudiendo resistir al sentimiento de la muerte de su hijo y ia deshonra de Alegría.

En Viena los dos enamorados tomaron supuestos nombres y vivieron en la intimidad mayor que darse pueda.

Solo habia una persona en el mundo iniciada en este fatal secreto, á cuyas espensas vivian los dos. Era el hermano; era el conde de la Morlotte.

Llevaron un año de rigoroso luto observando una vida aislada del todo y áustera en apariencias, pues en realidad lo que habia de cierto era que pasaban una verdadera luna de miel.

No quiere esto decir que no se acordasen, sobre todo Alegría, de su padre y de su hermano; pues frecuentemente le venian á la memoria y esto era lo único que amargaba su existencia. Pero estos recuerdos iban cada dia estinguiéndose más y acabaron por no molestarles sino como una ligera sombra que empañaba su pasada existencia.

Se disculpaban el uno al otro diciendo:—nosotros no tenemos la culpa.

Mas Diego solia decir :

—Era una cuestion de honra, y entre personas bien nacidas de-

bia resolverse en el terreno de las armas. El juicio de Dios me fué favorable y de aquí que mi conciencia pueda dormir tranquila. No hubo traicion ni alevosía; tu hermano murió como bueno, y yo le maté segun ley de caballeros.

Y Alegría cuya conciencia necesitaba tambien de cierta justificacion, decia:

—Si mi hermano hubiese muerto de cualquiera enfermedad comun, mi padre le hubiera seguido á la tumba, tanto era lo que le queria; la estrella de mi hermano era la suya propia, y de aquí la distincion que habia habido siempre entre los dos. Idolatraba á él, y sin aborrecerme á mí, resultaba un vivo contraste entre los dos ante el cariño de mi padre.

Alegría y Diego, se consolaban de este modo de la trajedia que habian ocasionado.

Pero así como se consolaron de la muerte del padre y del hermano, (lo que prueba que en aquellos dos corazones las sensaciones eran algo pasageras) del mismo modo tambien la luna de miel debia amortiguarse, interponiéndose á ella algunos nubarrones. Antes de terminar el año, como Alegría era muy hermosa y bastaba verla para quedar de ella perdidamente enamorado, alguno de los jóvenes de la córte tuvieron ocasion de ser flechados por los rayos de sus ojos.

Diego se manifestaba en tanto el hombre mas celoso del mundo. Pero, ¡rara anomalía del corazon! Los hombres mas celosos no suelen ser siempre los mas fieles al ídolo de su amor.

Las alemanas tienen cierto encanto, viven rodeadas de cierto misterio y se manifiestan al propio tiempo bajo aspectos tan singulares, sobre todo á los ojos de la juventud que no se ha criado entre ellas, que Diego, varias veces, fingida ó verdaderamente, habia prodigado las flores de su lenguaje á mas de una de esas rúbias cuyos ojos azules parecen las ventanas de un cielo lleno de amor y poesía.

Estas fueron las primeras nubes que indicaban en lontananza las primeras tempestades de su vida.

Cualquiera que á nuestros jóvenes se hubiese atrevido á decirles que su amor no habia de ser eterno é inmenso, hubiera provocado sus enojos. Para aquellas dos almas, fuertemente enlazadas con un mismo sentimiento, no habia mas horizontes que recorrer en su vida que la voz *del uno* hácia el otro.

Y estaban tan seguros de esto que, Alegría, siempre que era objeto de los finos galanteos de algun cortesan , inmediatamente se lo comunicaba á Diego y ambos glosaban sus palabras y le hacian objeto de sus burlas y epígramas.

Lo propio sucedia á Diego.

Cuando habia cruzado una mirada intencionadamente con alguna deidad, y esa deidad habia correspondido á ella, al punto lo comunicaba á Alegría y las sátiras llovian sobre la tal deidad, á quien revestian con el triple sambenito de tonta, necia y fátua...

Mas llegó un dia, por cierto que no se hizo esperar mucho, en que Diego observó que Alegría no era tan esplícita como deseára respecto de esto, y Alegría, á su vez, observó lo mismo por lo tocante á Diego.

En sus mútuas esplicaciones se observaba siempre un vacío. Y daba la casualidad que recaia en las mismas personas; es decir, que cuando Diego referia sus aventuras á Alegría, esta, de un modo ú otro, llegaba en conocimiento de que su amante se habia olvidado de referirle la conversacion mediada entre él y una señorita que en la córte gozaba de fama universal por su talento y hermosura. Y cuando Alegría revelaba á Diego los galanteos amorosos de que habia sido objeto durante el dia ó la noche, no se acordaba nunca de referir sus conversaciones con cierto oficial jóven y buen mozo, de la mas elevada aristocracia de la córte.

¿Por qué seria esto?

A habérselo preguntado á cada uno de por sí, claro está que la contestacion hubiera sido:

—¡Por nada!..

Podia ser que ni el uno ni el otro lo supiesen; porque sucede con los afectos del ánimo una cosa singular: no es el que los siente el que primero de ellos tiene conocimiento. Las miradas se van, las palabras se escapan sin que sintamos ni las unas ni las otras con conocimiento de causa. Y es mas; se procede en un todo como por medio de deliberada intencion.

Si Diego estaba seguro de su amor, ¿á qué no reirse con Alegría igualmente de la una que de la otra de las deidades que le rodeaban?

Y si Alegría estaba cierta de su pasion á Diego, ¿porque no burlarse asi mismo de las *tonterías* de que ese y aquel se hacian objeto á su entender?

¿Diremos aquí nosotros como ellos:—por nada?...

No.

Si ellos lo ignoraban, nosotros lo sabemos.

Habia entre las deidades de Viena una que distaba mucho de ser indiferente á los ojos de Diego. Y entre los jóvenes militares de la misma córte habia tambien uno á quien Alegría miraba siempre muy piadosamente. En esta situacion, es decir, cuando ni el uno ni el otro podian achacarse la mas leve falta en rostro, pero que ambos podian justamente recelarse por un porvenir mas ó menos lejano, sucedió que hubo necesidad de emprender un viaje fuera de la córte.

Este viaje tenia por objeto ocultar el fruto de sus amores.

Era preciso proceder así, porque á la vista de los mas Diego y Alegría eran simplemente hermanos.

La ausencia duró poco mas ó menos unos cinco meses.

Sobre el valor de esta palabra *ausencia* puede desarrollarse toda una estensa teoría. La ausencia es de diversos y encontrados efectos. Es madre del olvido y fuente al propio tiempo de recuerdos; es bálsamo consolador de los pesares y aguijon terrible de dolores; es muerte y vida del amor, al mismo tiempo. Dependen, sin embargo, sus efectos, de la medicion del tiempo y del espacio. Están sujetos sus resultados á una simple regla de proporcion.

El enamorado á quien por remedio manden ausentarse del objeto de su amor, al principio su pasion aumenta hasta el período áljido, luego mengua, se adormece y quizás muere. Pero entendámonos; esto sucede en cierta clase de amores. Hay otros que la ausencia causa en los primeros momentos olvido, despues despierta recuerdos, luego produce afanes, en seguida desarrolla frenética fiebre y finalmente, mata el corazon, frágil vaso que lo contiene. Esto sucede tambien segun las circunstancias que en la ausencia á uno le rodean.

En la soledad, el corazon se alimenta de recuerdos; en medio del bullicio y la algazara, en un constante trabajo ú ocupacion, los recuerdos, cuando menos, llegan envueltos en una nube que los transforma y los desfigura.

Diego y Alegría se ausentaron de Viena para vivir en un punto solitario, agreste y sombrío. Era una quinta en medio de la frondosidad de inmensos bosques, era un sitio pintoresco, poético si cabe, solitario, donde el trato de humanas gentes era una rareza.

¿Habia de convertirse en amor, una inclinacion de la cual quizás nunca se habian dado cuenta? Y si era amor esta inclinacion ¿habia de aumentar ó disminuir en tales circunstancias?

En algunos seres (que no dejan de ser afortunadamente raros fenómenos de la especie), los sentimientos paternales no son otra cosa que un egoista sentimiento sujeto á los vaivenes de sus volubles afecciones.

Dadas las condiciones de Diego y Alegría, de las cuales ya tienen nuestros lectores un cabal conocimiento, el fruto criminal de sus amores no debia influir gran cosa en el órden de sus afecciones.

Así fué en verdad.

Pasados los primeros dias y cuando ya, por razones de conveniencia social hubieron apartado de ellos al niño mas rollizo y cariñoso del mundo, sin que por esto creyesen que pudiese haber sobre la tierra padres que mas amasen á su hijo, resolviéronse á abandonar aquella misteriosa morada regresando á Viena, teatro de sus glorias.

A Viena fueron mas bien atraidos por afecciones que en su ausencia se habian arraigado, que doloridos sus corazones por tener que abandonar el que debia ser principal objeto de su cariño; es decir, que la ausencia de cinco meses, á pesar de todo, produjo en ellos una circunstancia: la de aumentar los recuerdos que ya se habian convertido en deseos apasionados.

La cortesana y el oficial de guardias nobles eran el polo imantado que atraia secretamente así á Diego como á Alegría.

CAPITULO VI.

El cambio de parejas.

Llegados á la córte Diego no vió el momento de presentarse á su Marcelina que así se llamaba la deidad á que nos hemos referido. Alegría, por su parte, anhelaba el momento de ver á su Ricardo, nombre del noble capitan. Si á Diego no le fué difícil conseguir su objeto á Alegría le fué sumamente fácil. Diego se sentia atraido por la hermosura de Marcelina y Ricardo por la de Alegría.

Una noche en que se celebraba un gran baile de máscaras en el teatro Real nuestros jóvenes asistieron á él. Era casi seguro que allí debian encontrar, cada uno por su parte, al objeto cuya sombra misteriosa vagaba constantemente al rededor de sus pensamientos.

Diego tan pronto llegó al teatro llevó á Alegría á un palco que de antemano tenia reservado y se sentaron el uno en frente del otro.

Mas, ¡cosa rara! Diego asi que dirigió su vista sobre la platea y palcos del primer piso acestó como un flechazo certero, una mirada sobre un palco del proscénio donde una mujer de unos veinte abriles, deslumbradora por su arrogancia y belleza, se hallaba sentada y jugando coquetonamente con un ramo de camelias blancas. Á Alegría sucediéndole lo propio que á Diego, su vista se quedó como clavada en un jóven de unos veinte y cinco años que se hallaba como dormido en un sillon del centro del anfiteatro. Los dos amantes no se decian una palabra: ni que cada uno por su parte se hubiese considerado solo hubieran procedido al parecer con mayor independencia y seguridad. Sus cuerpos estaban en un mismo sitio, mas sus almas bien distantes.

Esta situacion, en verdad, es impropia en un baile de máscaras, de dos jóvenes alegres y bulliciosos. No podia, pues, durar mucho; sin embargo duraba acaso porque ni el uno ni el otro sabian como ponerle fin.

Diego despues de removerse violentamente en su sitio, de suspirar con angustia y despues de fruncir el ceño como si una misma pesarosa idea le atormentase, sin separar su vista del punto indicado, habló á Alegría.

—Amada,—le dijo con cariñoso acento,—si no fuese por no dejarte sola me iria un momento para saludar á un compatriota que desde aquí diviso en el fondo de un palco.

Harto observaba Alegría que en el fondo del palco donde miraba Diego, no habia compatriota alguno, sino una mujer que era á sus ojos altamente antipática, ya fuese por su hermosura, motivo de antipatía entre las bellas, ya por cualquier otra causa.

Sin embargo de esto le contestó:

—No te prives, amado mio, de semejante placer, por miedo de dejarme sola; mandaré á un criado que me acompañe á alguno de esos palcos, donde veo tantas amigas.

—Yo te acompañaré si quieres.

—No; déjame primero resolver...

—¿Sobre qué?

—Sobre el punto donde pueda dirigirme.

—¿Tanto cuesta resolverte?

—Como no tengo interés ninguno en que sea aquí ó allá...

Diego se encogió de hombros y dijo:

—Como tú quieras.

Le dió la mano y al tiempo de apretársela, sonriendo graciosamente, añadió:

—Adios; hasta luego.

Diego se fué llevando en su conciencia la seguridad de que Alegría no habia podido ver en los palcos á ninguna de sus amigas, ya que su vista no se habia desviado un momento de una butaca del anfiteatro.

¿Por qué será esto? ¿Cuál es la razon que ofusca la inteligencia de los enamorados en tales casos? ¿Podia decirse que Diego y Ale-

gría no se amaban? De ningun modo. Pero es un hecho constante el poder amar á una persona y pensar en otra. Mientras se tiene el pensamiento fuera de la persona á quien amamos parece que se tiene tambien el corazon alejado de ella. Esto es tener el amor en entredicho. No vemos, no atinamos, no creemos lo que miramos, lo que mañana, cuando nos lo echemos en cara, nos ruborizará por las fatales consecuencias que si no ha tenido, hubieran, sin embargo, sido muy propias y naturales. El ladron cree á todo el mundo con intencion de robarle; nadie anda mas armado y dispuesto á defender su vida que el miserable asesino. Pero en las cuestiones de amor sucede todo lo contrario. El infiel, el que falta á los compromisos contraidos con un corazon amante, no cree que pueda igualmente verse burlado siendo víctima á la vez de su propia falta. Nada le dice el hecho mas claro y visible; las mas terminantes pruebas son falsas apariencias, vanas alarmas que se echa en cara, avergonzado de dudar de la persona querida. Y esto que en circunstancias distintas, nadie ha habido ni hay mas celoso. Una mirada le ha causado un infierno: despues una accion que todo el mundo tomará por una burla á su dignidad, no producen en él el menor efecto.

Veámos ahora la justificacion de lo que decimos.

Diego penetró en el palco de Marcelina; vió que el jóven de la butaca del anfiteatro se levantaba y desaparecia por el fondo de un corredor...

Apenas él se habia sentado al lado de Marcelina, despues de permanecer en pié algunos momentos, durante los cuales se cruzaron frases de mero cumplimiento, Ricardo asomaba á la puerta del palco de Alegría.

Iban iguales: es decir, seguian una misma línea; solamente que el uno iba algunos pasos mas adelante que el otro.

No podemos oir á la vez la conversacion sostenida en uno y otro palco. La referiremos por su órden, dando cima á nuestro propósito principiando por Diego.

. . . . . .

CAPITULO VII.

De uno á otro palco.

—Y bien,—decia este, á cierta respetuosa distancia de Marcelina y desviando su vista de su rostro,—y bien; ¿no os decia el corazon que esta noche nos veríamos?

—Sí; me lo decia pero yo no daba crédito á sus voces alhagüeñas.

—¿Por qué?

—¡Como me ha engañado tantas veces!...

—¿Deseabais que llegase este momento?

—¡Con toda mi alma!

Por debajo del antepecho del palco Diego presentó su mano á Marcelina. Marcelina despues de vacilar un instante le entregó la suya.

El que hubiese observado sus rostros atentamente hubiera visto encendérseles como el fuego.

Pero esta situacion no duró mucho; terminó por medio de un doble suspiro y una contraccion nerviosa por parte de Diego que le hizo mover la cabeza como si se sacudiese los cabellos de la frente.

—¡Marcelina!—esclamó con ahogado acento.

Y calló.

Tampoco Marcelina profirió palabra alguna.

Este silencio tenia algo de patético: parecia una pausa ordenada por un director de escena en un drama romántico.

Era preciso continuar el cuadro: Diego inclinando los ojos y jugando con los lentes que Marcelina habia dejado sobre una almohada, volvió á esclamar.

—¡Marcelina!

Marcelina contestó:

—¿Que?

No podia ser mas lacónica su contestacion.

—¿Me lo preguntais?—dijo Diego.

—Claro está,—repuso Marcelina.

—¡Ah! ¿no lo adivinais?

—Nos vamos á comprometer.—respondió Marcelina.

—Soy libre.

—¿Vos?

—Sí; como el aire de los cielos.

—Os haceis ilusiones.

—Soy tan libre como vos.

Marcelina prorumpió en una sardónica carcajada que hizo estremecer á Diego.

—¿Os burlais?—preguntó este.

—Yo soy viuda.

—Yo soy soltero.

Aquí debia terminar el cuadro.

. . . . . .

. . . . . .

Pasemos ahora al palco de Alegría.

Ricardo se hallaba sentado, tambien á cierta respetuosa distancia de esa mujer encantadora.

—Me engañais le decia.

—Os lo suplico.

—En este caso vuestra conducta es incomprensible.

—Pero debeis respetarla.

—Perdonad.

—¡Ah! Ricardo, hay secretos que no deben revelarse ni aun á la persona que sea mas cara á nuestro corazon.

—¿Comprendeis pues mi estrañeza?

—Del todo, Ricardo.

—Un hermano como el vuestro debe inspirar celos aun al amante mas confiado.

—¡Ah! ¿Os considerais mi amante?

—Sí, Alegría, porque os amo.

—¿Y esto basta? Yo creia que este dictado era propio del hombre correspondido en su amor.

—¡Oh! Ricardo, ¿que decís?

—Os anuncio señora...

Alegría le interrumpió diciéndole:

—Llamadme por mi nombre.

Ricardó continuó:

—Os anuncio Alegría adorada, el término de mi ardiente pasion.

—Nunca; esto nunca.

—No veo por ahora otro camino.

—Esperad.

—Hace un año que muero esperando; es preciso poner fin á esta agonía.

—Alegría llevó un pañuelo á los ojos y verdaderamente conmovida dijo:

—Es verdad.

—¿Vos me amais?

Alegría no contestó.

—¡Ha! Vuestro silencio me lo esplica todo,—dijo Ricardo con tono sentimental.

—Juzgad en este caso, y básteos esto.

—¿No me amais?

—¿Es que no me comprendeis?

—Pronunciad, pues, una palabra.

—¿Lo creeis necesario?

—Mil veces.

—Pues bien oid: os amo.

Ricardo le presentó la mano por debajo del antepecho del palco y Alegría sin vacilar le entregó la suya.

En esta posicion Ricardo dijo:

—Juradme que me amareis eternamente.

—Os lo juro; pero con una condicion.

—¡Ah, con una condicion! ¿Cuál?

—Que procederemos siempre con prudencia.

—No os entiendo, ¿no sois libre?

—Pero vivo con mi hermano, que es á la vez mi... padre.

Ricardo desprendió con violencia la mano de Alegría diciéndole:

—¿Qué significa esto?

—¿No lo adivinais, significa que...

Alegría perturbada no supo que decir.

—Acabemos.

Viéndose en la precision forzosa de contestar dijo:

—Significa que mi hermano, haciendo las veces de mi padre vela por mi honra, y es celoso de ella como un marido.

—Está bien; sé lo que me corresponde hacer.

—¿Qué?

—Presentarme á él y pedirle vuestra mano en matrimonio.

Alegría, al contrario de lo que habia pensado Ricardo, se estremeció.

—¡No hagais tal! ¡No hagais tal!

—¿Por qué?

—Mil veces os he revelado mi aversion al matrimonio.

—¿Quereis pues ser mi amante?—Preguntó con asombro Ricardo.

Alegría vaciló un instante, despues dijo:

—Quizás lo adivinais.

. . . . . .

CAPITULO VIII.

De un amante á otro.

Si no hay efecto sin causa, toda causa supone un efecto, de otro modo no seria causa.

Las escenas que acabamos de relatar debian ser causa de naturales efectos.

Diego acabó por enamorarse completamente de Marcelina y Ricardo de Alegría. Pero lo raro es que Diego y Alegría se amaban, y no como quiera, sino profundamente.

Mas tiene el corazon instantes de somnolencia durante los cuales siente lo que no siente, vé lo que no vé, oye lo que no oye. ¿Quién no ha soñado hallarse por ejemplo, vacilando sobre el mismo bordo de un precipicio y no ha sentido todo el horror de semejante situacion? ¿Quién no ha visto montones de oro en sus manos y no se ha considerado en aquel instante rico, inmensamente rico? ¿Quién no ha oido los melodiosísimos acordes de una música que enchia su pecho de placer? La realidad aquí es solamente el sueño; el sueño es solamente una mentira.

Hé aquí lo que acontece en el corazon algunas veces.

Diego amaba á Alegría y se figuraba al propio tiempo amar á Marcelina; Alegría amaba á Diego y se creia asi mismo amar á Ricardo.

Pero semejantes sueños de amor tienen distintos resultados que los sueños de la mente; entre unos y otros media una distancia inmensa.

En nuestros dos enamorados sucedió bien pronto al amor los celos. Los celos no son mas que una manifestacion del amor, pero, ¡cosa rara! se puede amar á uno y tener celos de otro; lo que en estos casos equivale á amar á dos y sospechar que de los dos nos ama solamente uno. ¿No seria injusto abandonar al que nos ama, por el otro de quien sospechamos lo contrario? Esto es mas frecuente de lo que á primera vista parece. El egoismo, en la vulgar acepcion de la palabra, es otra de las condiciones del corazon en el amor.

Por otra parte, pedir celos es pedir aborrecimiento por amor.

En esta situacion Alegría y Diego entraron bien pronto en un período de agitacion y de acritud el uno para el otro, que debia terminar para los dos de una manera igualmente desastrosa.

Un dia Diego en conversacion con Marcelina, y Alegría con Ricardo, hallábanse frente á frente en dos distintos palcos durante la representacion de una ópera. Diego decia á Marcelina.

—¡Por Dios, alma de mi alma; no me hables con tanta viveza, Alegría puede observarnos y dar por resultado funestas consecuencias.

—No nos vé.

—¡Oh! sí: nos está observando.

—No lo creas; no estiende la vista mas allá de su propio palco. Además, ¿tienes miedo?

—¡Yo!

—Pues lo parece.

Y cambiando de tono, y dando á sus palabras cierto acento epigramático continuó:

—Vaya vaya; no tengas cuidado; tú... *hermana* no te dirá nada por que estes á mi lado: al contrario si se atreviese no dudo que aun te daria las gracias.

Diego se hizo el desentendido, sin duda por no tener que incomodarse y preguntó con inocencia angelical.

—¿Por qué?

—Toma, ¿y me lo preguntas? ¿y me lo preguntas?

—Claro es; no te entiendo.

—Pues es bien sencillo.

—A ver.

—Yo no sé como no conoces que tu... *hermana*, desea que tú la abandones para que corra á su lado ese oficial de guardias nobles. Tu... *hermana* es hermosa, jóven y mujer de talento: debe serle muy sensible, hallándose siempre á tu lado, no tener ocasion de que nadie se le acerque á echarle una flor... ¿Comprendes? Tu... *hermana* no se habrá hecho el propósito de morir soltera.

La sátira con que hablaba Marcelina no podia ser mas clara y penetrante. Encerraba dos conceptos. La duda ó seguridad que tenia de que Alegría no era su hermana, y el propio tiempo la sospecha de que, cuando ménos, el oficial le hacia la corte.

Diego se mordia los lábios y trataba de comprimir su enojo. Al fin y al cabo, ¿por quién sino por Alegría, soportaba la realidad que esta le ponia de manifiesto?

Diego no tuvo mas contestacion que la siguiente:

—¡Oh! no me da cuidado... Es un amigo mio.

Y Marcelina le contestó.

—¡Ah! Si tú lo consientes... ¿á qué en este caso la violencia con que te hallas á mi lado?

—No; no estoy violento, vida mia; es ilusion de tus ojos; cuando estoy á tu lado no pienso mas que en tí; si parezco distraido es porque me siento devorado de un afan irresistible.

Marcelina, cuya mirada penetrante recorria hasta lo mas hondo del corazon de Diego, se sonrió ligeramente y dijo:

—Bien, bien: no hablemos mas de esto.

. . . . . .

Ahora veamos lo que sucedia en el otro palco.

—¿No es vergonzoso,—preguntaba Ricardo,—que por un hombre cuyas apariencias condena todo el mundo tengais de sujetaros á una vida de privaciones y no seais libre de recibir en vuestra casa á persona alguna, ni de ir sin su compañía un solo momento?

Alegría suspiró fuertemente y esclamó:

—Es mi sino.

—Porque vos quereis.

—¿Yo? Ah.

—Os lo repito; porque vos quereis.

—Supongamos que no es así, ¿qué deberia hacer para probaros lo contrario?

—Entendámonos,—saltó Ricardo,—¿para probarme que no lo consentís, ó para probarme que no lo tolerais? En el primer caso basta, á mi ver, que se lo priveis á él, en el segundo que me lo encargueis á mí, ¿cuál de estas dos cosas os seria mas agradable?

—¿Me lo preguntais?

—Creo que sí.

—¿Luego no adivinais toda la intensidad del amor que os profeso?

—Quizás.

—Respondedme pues, optais por lo primero ó por lo último?

—Por lo último, pero con una condicion que habeis de revelarme antes los medios de que querais valeros.

—Son muy sencillos: oid.

Ricardo tomó una actitud grave y dijo:

—Huyamos.

—¡Ah!—esclamó Alegría,—¿huir?

—Si; no queda mas remedio. Esta situacion es triste, angustiosa, inaguantable. Vuestro... *hermano* acabaria por hacérseme insoportable. Se burla de vos y de mí á un mismo tiempo.

—De mí, sobre todo de mí,—esclamó Alegría con ira.

—Y esto basta,—continuó Ricardo,—para que no pueda soportarlo. Decidíos: ó Diego ó yo.

—Vos.

Al pronunciar esta palabra el rostro de Alegría se enrojeció súbitamente. Sin duda por su imaginacion pasaba la sombra angelical de un niño de muy pocos meses. Pero el color de su rostro fué estinguiéndose y acabó por presentarse en él una palidez mortal.

Desde aquel dia Ricardo tomó sobre sí el cargo de preparar un rapto con el mayor sigilo. Alegría recibia conocimiento de todos los pasos que Ricardo adelantaba en el proyecto. Temblaba de miedo; sentia horror, quizás remordimiento; pero no por esto desistia. Cada vez que Ricardo le preguntaba estas palabras:

—¿Estais resuelta?

Ella le respondia.

—Aun cuando debiese costarme la vida.

Poco ó nada habia que hacer ya respecto de esto. Su suerte estaba echada.

. . . . . .

. . . . . .

En cuanto á Diego y Marcelina pasaba una cosa parecida. Siempre que Marcelina le decia:

—¿Por qué no procurais alejar de vos á vuestra *hermana*, casándola? respondia:

—¡Ojalá, me fuese posible!

—¿Y si vuestra *hermana*, temiendo que vos pudieseis oponeros á alguna pasion que en ella hubiese nacido sin adivinarlo vos, desapareciese de vuestro lado de la noche á la mañana?

—¡Ojalá!

Mas esta esclamacion parecia que se la arrancaban por fuerza del fondo de su alma.

CAPITULO IX.

El rapto.

Diego una noche al llegar á su casa, noche en que no habia ido al teatro, ni á tertulia, ni á baile, y por consiguiente, noche en que Alegría se quedó sola en su casa, se encontró con que al ir á dar las buenas noches á su amada, en su gabinete perfumado, su amada no se hallaba en él. Lo que menos se le ocurrió fué que esta podia hallarse fuera de su casa. La llamó, no porque no viese de una sola ojeada que no se hallaba allí, sino porque desde allí le oyese donde quiera se hallase.

En vano: sus palabras se perdieron en el espacio sin obtener contestacion alguna.

—¡Qué diantre!—se dijo á sí mismo,—¿dónde estará mi Alegría?

Y salió del gabinete no pudiendo resignarse á recogerse en el suyo sin haber antes dado las buenas noches á su ídolo adorado.

Llamó por varias habitaciones, las recorrió todas y, nada; nadie respondia á sus voces.

Decimos mal: respondió un criado que en aquellos momentos estaba acostándose y que se volvió á vestir á toda prisa.

—Señorito,—dijo,—¿qué ocurre?

—¿Dónde está la señora?

—En su gabinete,—le contestó.

—No está.

—Estará por ahí, en algun otro cuarto..

—Tampoco.

—¡Ah! señorito, no puede ser,—esclamó el criado con acento verdaderamente penetrado de lo que decia;—no puede ser.

—A ver; vamos á ver como tú eres mas afortunado que yo. A ver si la encuentras.

Mientras la casa se registraba palmo á palmo el criado decia:

—Esto, esto... apuesto que es una broma de la señorita; como tiene el carácter tan alegre...

Pero cuando la casa estuvo registrada y mientras el criado en cuestion se desvivia para dar á entender á Diego que la cosa no pasaba de una broma del carácter jovial de Alegría; Diego se abalanzó de improvisó sobre su cuello y comprimiéndolo fuertemente, gritó:

—¡Ah, pícaro! ¡bribon!... tú eres su cómplice.

El criado manifestó desde un principio por medio de elocuentes ademanes, que si no protestaba de palabra contra la salida de su ama, no era por falta de voluntad, sino por hallarse imposibilitado de emitir por la garganta la menor inflexion de su voz.

—¡Ah, pícaro! ¡bribon! ¡tú eres su cómplice!—continuaba Diego;—verás con que sencillez te mato.

La agonía produce siempre esfuerzos desesperados. El pobre criado estaba casi agonizando. En uno de sus violentos movimientos pudo desprenderse de las garras de Diego, y logró gritar:

—Señor; por piedad, no me mateis.

—Pues confiesa, bribon.

—Confesaré: ¿qué quereis que confiese?

—Que Alegría se ha fugado.

—Sí señor, lo confieso; la señorita Alegría se ha fugado.

—¡Ah!... ¿con que sí?...—gritó desesperado.

Y corrió de nuevo á abalanzarse sobre su cuello.

Esta vez el criado, mas avisado que la anterior, logró escapar de sus uñas, y se salvó de su furor parapetándose tras de una mesa.

Diego resuelto á atormentar á su víctima, continuaba en su persecucion. Fueron los dos rodando en torno de la mesa, la cual derribaron de un empujon.

La mesa rodó por el suelo.

Al caer, cayó tambien una carta doblada.

—¿Qué es esto?—esclamó Diego.

Y sin añadir palabra, se inclinó á cogerla. El sobre decia simplemente:

«Para Diego.»

—Si; para mí... ya lo comprendo; para mí.

Entretanto el criado aprovechando la ocasion, logró escapar de la presencia de su amo. Diego leyó el contenido de la carta.

No tenemos necesidad de transferir lo que decia. Era un adios para siempre que Alegría tributaba á su amante acusándole de infiel, de perjuro y de todo lo mismo que á ella podia tambien haberse acusado á un tiempo. Decia que no volveria á verla mas y le suplicaba que no se acordarse mas de ella; que estaba cansada de sufrir, de amar á un ingrato, etc., etc., es decir, todos los lugares comunes de semejantes casos y situaciones.

Júzguese del asombro que esto causaria al ánimo de Diego cuando despues de haber despedazado la carta con los dientes y las uñas, de haberla pisoteado y escupido, maldiciendo y bramando contra Alegría, prorumpió de repente en una espantosa y horrísona carcajada que duró largo tiempo y terminó con estas palabras:

—¡Bien! ¡muy bien!... has hecho lo que debías. Te has portado como quien eres. ¡Quien á hierro mata, á hierro muere! Me está perfectamente; pero no me pesa... Me libras de una terrible carga; me dejas libre... Ya no te amaba. ¡Gracias, gracias, gracias! Volveré á ser quien era... ¡Me haces feliz! Has adivinado mis deseos. Esto tenia que acabar así... duraba demasiado tiempo. ¡Cuán bien has hecho! Alegría; ahora comprendo que me amabas mucho, porque habiendo adivinado lo que yo queria, lo has realizado. Ahora seré feliz. Marcelina, Marcelina mia; tú eres mi ídolo, mi sol, mi vida, mis encantos, mis placeres, mi Dios!...

Y no pudiendo continuar en la série de imprecaciones contra Alegría, porque el aliento le faltaba y la voz se le estinguia en la garganta, prorumpió en otra horrísona y destemplada carcajada.

—¡Ja, ja, ja, ja!...

Carcajada que resonó por el ámbito de las habitaciones cinco ó seis veces consecutivas.

Apenas el eco se hubo estinguido en el espacio, Diego dió algunos pasos vacilante, como el hombre que se halla dominado completamente por una embriaguez salvaje, y por fin cayó sobre un divan, prorumpiendo en un rugido como un leon herido por el arma de un cazador.

El criado no tuvo corazon para ver á su amo en tan lamentable estado, y corrió á su ausilio.

La presencia del criado le reanimó efectivamente; pero reanimó tambien su coraje. Cuando lo tuvo cerca y le creyó inadvertido se arrojó de nuevo á su cuello.

—¡Infame! tú eres su cómplice.

Esta vez mas afortunado el criado pudo hablar.

—Señor, ¿qué decís?

—Que tú eres su cómplice.

—Estais en un error,—gritó fuera de sí.

—Te mataré.

—Bien, matadme; pero antes permitidme llevar el convencimiento á vuestra conciencia de que soy inocente.

Diego respiró como una fiera. Aflojó los dedos que comprimian su cuello, y le dijo:

—Habla.

—Señor, ¿qué sospechais de mí?

—Que tú has debido saberlo todo.

—Os equivocais.

—Pues, ¿cómo ha podido ser esto?

—No lo sé.

—¿Cuándo ha salido la infame?

—Lo ignoro.

—¿No la has visto abandonar la casa?

—No señor; por esta puerta no ha pasado. Yo la hubiera visto y os lo diria.

—¿Pues por donde ha pasado?

—Debe haber sido por una ventana del jardin.

Diego agarró del brazo á su criado y corrió hacia la única ventana de la habitacion que daba á unos jardines de una casa vecina.

Al llegar allí encontraron la ventana abierta.

Diego exhaló un grito de dolor, miró al alfeizar y observó una cuerda agarrada entre la piedra y la puerta de la ventana, por medio de un nudo en su estremo.

—¡Rayo de Dios!—gritó lleno de ira.

El criado rió, si es que pueda llamarse risa á cierta exhalacion quejumbrosa que brotaba de su pecho.

—No lo veis, señor;—le dijo.

—Lo veo,—contestó.—Pero ¿quién me responde á mí que tú no la has ayudado en esta operacion?

El criado se quedó como aplastado al oir estas palabras.

—Sí,—continuó Diego,—¿quién me dice á mí, á pesar de esto, en vista de esto mismo, que no eres tú su cómplice?

—Yo os lo aseguro.

—¿Tú? ¡bribon!—y volvió á correr contra él como un loco furioso.

Pero ante la actitud tranquila al parecer del criado, Diego se paró á un palmo de distancia de su cuello.

—Y si no yo, otra cosa os lo debe decir tambien.

—¿Qué?

—Su carácter. ¿Creeis que la señorita Alegría necesita de mí ni de nadie para practicar semejante operacion? Si hay aquí un cómplice, ya podeis asegurar que este no he sido yo. Ponéos la mano sobre el corazon y preguntáoslo á vos mismo. Ya vereis como os dirá que no puede ser. La señorita Alegría se basta y sobra para estas cosas. Tiene valor, arrojo, travesura para todo. ¿Cómo quereis que contase conmigo, pobre viejo, que para nada sirvo sino para daros pruebas de mi cariño, de mi respeto y amor? En estas cosas, raras veces suele haber mas que un cómplice, y mas raras veces aun hallareis por cómplice á un pobre anciano.

El criado de Diego era efectivamente un hombre de madurísima edad y muchísimo seso.

Pero por mas que se disculpase y por acertado que estuviese en su disculpa, no eran de gran peso sus razones á los ojos de Diego.

—¡Rayo del cielo!—repitió,—esto es innoble; esto es infame.

Mas luego cambiando de tono y dando á sus palabras cierto aire burlon y sarcástico, continuó:

—Amigo mio; has hecho bien: has contribuido á librarme de un gran peso: te doy las gracias.

—¡Insistís!

—Insisto; pero ya ves en que sentido.

—Señor, no ofendais mis canas.

—No las ofendo; al contrario, veo que como hombre de maduro juicio has obrado á las mil maravillas. Has adivinado mi intencion. ¡Vamos, has hecho lo que debías!

—Me infamais suponiéndome cómplice del rapto de vuestra *hermana*.

Al oir Diego la palabra hermana, no pudo contenerse y entonces de un salto, que fué certero, prendió su garra al cuello del infeliz diciéndole:

—¡Bribon!... no vuelvas á repetir que es mi hermana.

—¡Cómo!... ¿qué decís? ¿negais que fuese vuestra hermana? ¡Ah!... ya comprendo, negais la sangre.

—¡Calla ó te ahogo! No vengas aquí á hablar de sangre... Ya sabes que no era mi hermana.

—¿No era vuestra hermana?

—¡No! Era;.. era mi...

—Perdonad, perdonad, yo ignoraba.

Si no hubiese sido porque el infeliz criado, con el ausilio de sus manos pudo conseguir que saliese su voz por su garganta, Diego, que se hallaba loco de coraje hubiera pronunciado á continuacion una palabra horrible.

—¡Vete!—luego le dijo.

Y aflojando los dedos dió lugar á que el criado se escapara, pero solo á algunos pasos de distancia.

—Señor,—dijo entonces,—os juro por mis años y por la salvacion de mi alma, que nada tengo que ver, absolutamente nada, en la desaparicion de la señorita Alegría. Soy inocente de esto como vos mismo, acaso mas. ¿Cómo yo habia de consentir semejante cosa? ¿Por dinero? Me injuríais. ¿Por afecto á la señorita? ¡Ah! sabeis como se burlaba de mí, como me trataba! Por nada en el mundo, vos, que teneis ocasion y motivos para conocerme, ya podeis ju-

rarlo; por nada en el mundo hubiera sido capaz de tan villana accion. Me juzgais mal... y lo siento por vos.

En las palabras del viejo criado habia un fondo de verdad de todo punto indubitable.

Pero Diego al oirle, dijo:

—¿Pues no te estoy diciendo que me has prestado un gran servicio?

—Es que no os lo he prestado.

—Peor para tí.

—Sea peor ó mejor, es cierto lo que os digo.

—Bien, ya lo creo; pero cree tambien que lo siento ahora por tí. Mejor hubiera sido. La fuga de Alegría, me hará feliz, yo era desgraciado á su lado: no es mi hermana; era una miserable aventurera que huyó de su casa é hizo asesinar á su hermano, causando de este modo la muerte á su padre, honrado anciano digno de respeto y á quien todo el mundo veneraba. Yo la amé por compromiso y ella á mí por capricho. Pero yo amaba á otra mujer... Mañana mismo la verás en mi casa. ¿Qué mas hubiera debido desear yo, que esto que me está pasando? Es mi suerte. Ya verás como la que amo es digna de mí, digna de mi amor... Repito que mañana mismo la verás en casa, sí; la verás en esta casa; ¡oh! ya verás cuanto la amo...

Diego hablaba poco menos que sin concierto y sin saber lo que se decia; tampoco su cuerpo estaba seguro. Su cabeza y sus brazos parecia que se arremolinaban agitándose de una manera que causaba espanto el verlos.

Por fin no pudieron sostenerle sus piernas, volvió á caer sobre el divan que habia en la habitacion.

Todo esto á los ojos de nuestros lectores no debe probar sino que Diego amaba á Alegría, mucho mas de lo que Alegría habia amado á Diego. Los arrebatos é imprecaciones en que uno se desata en semejantes casos, prueban amor; porque son el signo característico del enojo, de la rabia, de los celos: reverso de una misma medalla. El que no siente no se encoleriza en tales ocasiones, es decir, el que no ama. La indiferencia hubiera probado todo lo que las palabras de Diego significaba gramaticalmente; pero en el lenguaje de las pasiones, nó. Compárese el proceder de Alegría con el suyo. ¡Qué

diferencia! Ante un porvenir de fausto y ostentacion se anonada y no puede hablar. Pasa por su mente la idea de su hijo y sin embargo, procura apartarla y borrarla ante un nuevo amor. Allí estaba bien desarraigado el amor; aquí nó. Bramaba, y era el despecho lo que producia sus bramidos. Diego sabia que amaba á Alegría, tenia de ello un conocimiento cierto, lo decia á todo el mundo y se lo decia á él mismo; pero en aquella situacion lo justificaba plenamente y lo sentia con todo el furor de que era capaz su espíritu turbulento y audaz.

Mas el despecho produce los mismos efectos que el desamor. Un corazon ofendido cree aborrecer al que ama, y lo que es mas, produce todas sus consecuencias como si fuese un real y verdadero ódio, una cierta y segura repugnancia hacia el objeto que se ama. El amor propio ofendido y el amor á lo ageno ultrajado, producen el efecto del amor destruido y muerto. Pero ¡ay! de sus cenizas se levantan espantosas llamas que consumen el corazon, lo purifican y templan como el acero: entonces brilla con toda su intensidad facinadora y cruel.

¿Era esto lo que debia suceder á Diego?

Sí. Pero ¿cuándo? Cuando ya no hubiese remedio para él.

CAPITULO X.

La burla y el castillo de la Alphalfa.

Pocas horas antes de lo que acabamos de narrar el rapto se verificó con todo sigilo y mejor éxito que podia desearse; pues Ricardo que lo tenia todo bien dispuesto se refugió en una aldea vecina donde un sacerdote y dos testigos le aguardaban en un castillo de los mas aristocráticos.

Sin duda el hallazgo allí de un sacerdote sorprendió infinitamente á Alegría.

—¿Con qué objeto,—preguntó esta, casi al oido de Ricardo,—habeis convocado á este personaje?

Ricardo respondió lleno de gozo:

—¡Alma mia; vida mia, nuestra union desde este instante va á ser eterna!

Esta contestacion á cualquier otra que no hubiese sido Alegría la hubiera anonadado de placer; pero ella se limitó á esclamar con acento trémulo y apagado:

—¡Ah!

—¡Vida mia; alma mia!—repuso entonces Ricardo,—¿querias que yo comprometiese tu honra, probándote de este modo que mi amor no era síncero y ardiente, y tan ardiente como el tuyo? No, ¡alma mia; vida mia!

—Entonces Alegría creyó que realmente era adorada de aquel hombre hasta lo infinito. Y no pudiendo contener un mo-

vimiento irreflexivo de su naturaleza, se abalanzó á sus brazos y poseida de una verdadera conmocion, esclamó:

—¡Ricardo, Ricardo mio!

Por primera vez acaso, sus ojos manaron abundantes lágrimas. Sin duda comparaba la conducta de Diego con la de Ricardo, entre las cuales mediaba una distancia enorme.

Pero ¿no podia ser tambien que midiese en aquellos momentos la inmensa distancia de la conducta de Ricardo con la suya? Podia ser. Ricardo se entregaba á Alegría, vírgen de todo otro amor; creia haber arrancado á esta del lado de un hermano adusto y tirano para ella. A pesar de sus sospechas, reveladas en mil conversaciones distintas, habia creido á Alegría, sino por lo que esta le decia, por lo que él era incapáz de creer de ella. De modo que la consideraba no solamente pura, sino acaso espuesta á las murmuraciones á que daba lugar la conducta de Diego para con ella.

Las lágrimas de Alegría debian ser lágrimas de remordimiento. No lo eran sin embargo.

Instalada en el castillo de una aldea vecina á la córte de Alemania lo primero que á Alegría se le ocurrió fué esta pregunta:

—¿Dónde estoy?

A lo que Ricardo contestó:

—En mi castillo de la Alphalfa.

Alegría se sorprendió y dijo:

—¿Es vuestro este castillo?

—Sí, y vuestro desde este instante, y con este castillo es vuestro, además de mi corazon, mi gran fortuna.

—¿Sois rico?

—Lo suficiente para haceros brillar en la córte como la primera dama del reino, despues de la esposa de su majestad.

—¡Ah!—esclamó Alegría arrojándose en sus brazos.—¿Me creeis digna de tanta gloria?

—Sí, ¡amor mio, vida mia!

En aquel momento entró un ugier. Habló algunos momentos con Ricardo, y Alegría oyó que le daba el tratamiento de duque.

Alegría corria de asombro en asombro.

Ricardo la acompañó á un gabinete reservado donde una doncella la aguardaba.

Este gabinete parecia una estrella del cielo. Radiante de luz, atestado de olorosas flores, lleno de galas y de magnificencia.

Alegría no sabia lo que le pasaba; estaba anonadada de placer.

Ricardo lo observó, y le dijo:

—¿Me amais?

—Sí.

—Repetídmelo una y mil veces.

—Mientras viva no oireis de mis labios sino palabras de amor.

—Bien, adorada mia. ¿Me considerais digno de vos?

—De una reina, Ricardo, os considero digno.

—Mi nobleza es tan alta como la de cualquier monarca.

Palabras eran estas que confundian de orgullo á Alegría. Por nuestra parte no nos entretendremos mas en revelar lo apasionado de este diálogo. Nuestros lectores deben hacerse cargo de las frases que en aquella situacion el amor del uno y el asombro de la otra debian necesariamente inspirarles.

Pasaremos de repente á presentar á nuestros lectores la palabra final de esta escena...

Una cortina que tapaba la triple arcada del fondo del salon, se descorrió como por arte mágico.

Una capilla ardiente de luz y resplandores, graciosa y bella; pero al mismo tiempo suntuosa y llena de majestad, se presentó detrás de las cortinas.

Los ecos lejanos de una orquesta poblaban el espacio con sus acordes y melodías.

Tres sacerdotes, al pié del altar, con sus incensarios en las manos y de rodillas á las gradas del mismo, elevaban ante la hostia nubes de oloroso incienso que se esparcian en blancos aspirales de aroma y ambrosía.

El cuadro era patético, arrobador.

Pocos momentos despues se presentaban al pié del altar Alegría y Ricardo.

Atravesaron un gran salon, acompañados de una tropa de pages alumbrando su paso con antorchas que llevaban en la mano.

Los novios subieron la primera grada del altar donde los sacerdotes les recibieron con rostro afable y actitud benigna.

Despues de un momento de oracion se levantaron...

La ceremonia de un casamiento es siempre breve, porque es siempre magestuosa. Un trueno lejano de imponente tempestad es á veces mas duradero que el acto de bajar del cielo la bendicion nupcial.

La bendicion cayó sobre sus manos enlazadas, pero trémulas, sobre todo la de Alegría, por la viva emocion de que se hallaba poseida.

La orquesta que habia cesado un momento volvió á prorumpir en armonías.

Ricardo y Alegría, ¿eran ya esposos?

Apenas la señal de la cruz fué trazada sobre sus manos, todos dieron á Alegría el tratamiento de duquesa, duquesa de la *Verde Alphalfa*.

. . . . . .

. . . . . .

Alegría acababa de ser víctima de una cruel burla. Todo habia sido farsa. El oficial de guardias nobles era noble, sí, por la sangre, aunque no era ningun duque como habia supuesto en la fingida boda, pero era ruin y villano de alma, por lo cual todo lo demás estaba de sobras.

Recuérdese que no habia en la ceremonia ninguna dama, si bien esto hubiera sido muy fácil fingirlo de la misma manera que no habiendo ningun sacerdote la ceremonia se simuló perfectamente.

No debia suceder otro tanto respecto de Diego. En sus momentos de desesperacion acudió á Marcelina y le dijo que su hermana habia huido con un guardia noble y al referírselo le indicó que Alegría habia muerto para él.

—No me queda mas, — añadió,—que vos para mí en el mundo.

—Soy toda vuestra.

—¿Consentireis en ser mi esposa?

Marcelina se manifestó un momento pensativa. Por fin dijo:

—Con toda mi alma.

—¡Soy dichoso!—dijo Diego y la abrazó.

Cinco dias despues se celebraban con modesta pompa sus esponsales.

En aquel momento se estaba labrando su infelicidad.

CAPITULO XI.

El despido.

Los dias que sucedieron al casamiento real de Diego con Marcelina, léjos de ser dias de placer y de amor, fueron dias amargos para su corazon, que sin embargo trató de fingir alegres y placenteros.

El que hubiese podido observarle de cerca hubiera leido en su frente las señales de una profunda desazon.

Marcelina lo observaba y trataba de adivinar la causa. A los ojos de una mujer no se ocultan ciertas sensaciones y dolores y lo que es mas no se ocultan los móviles que los producen. Poco tardó en obtener la mas profunda conviccion de estos. La figura de Alegría se presentaba á su mente como un fantasma martirizador, y no se lo esplicaba de otra manera que como el orígen de su malestar. Si Diego estaba triste y meditabundo; si las palabras de amor que le dirigía parecian arrancadas por fuerza de su corazon, si permanecia largos intervalos como distraido; segun Marcelina, la culpa era de Alegría. Todos los movimientos, todas las palabras, todos los actos que á sus ojos rebelasen indiferencia, enojo, fastidio ó ensimismamiento, eran un torcedor tormento para Marcelina que veia el orígen de todo esto en Alegría.

Habrian pasado unos ocho dias desde su casamiento cuando una noche Diego se presentó temeroso á Marcelina y le dijo:

—Oye, amada mia.

Y suspendió su palabra entre sus labios.

—¿Qué quieres decirme?—le preguntó Marcelina.

—Oye...—repitió Diego, pero sin añadir esta vez palabra alguna.

—Oigo, ¿si acabarás?...

—Sí; voy á decirte...

—¿Qué?

—Que es preciso te participe una nueva que en el alma siento tener que revelarte.

—¿Es una nueva mala?

—Para mí, sí...

—En este caso lo es para mí tambien. Sin embargo, habla y sepamos lo que significa esto.

—Vas á saberlo.

Diego vaciló un instante, y por fin como si le arrancasen violentamente las palabras de la garganta, dijo:

—Es preciso que me ausente de tu lado por algunos dias.

—¡Tú!—preguntó con asombro Marcelina.

—Yo, sí, amada mia.

—Y ¿por qué?

—Porque un negocio urgente me llama...

—¿Dónde?

—A una aldea, pocas horas distante de aquí.

—¿Con qué objeto?

—No puedo revelártelo...

Marcelina clavó en el rostro de Diego una mirada que relució como un relámpago y esclamó:

—¡Ah!... ¿Con qué te ausentas por algunos dias, vas á una aldea cuyo nombre no quieres decirme y á un negocio que no puedes revelarme?... ¡Santo Dios! ¡A los ocho dias de haberte entregado mi mano!

—Marcelina, no debe causarte esto ningun cuidado. Sabes que te amo y que mis pasos, diríjanse donde quiera, no pueden ofenderte en nada. Perdóname si con todo, insisto en conservar mi secreto.

—¡Ah! ya estás perdonado... En cuanto á mí, eres libre. Aun que soy tu esposa, aunque soy la única mujer que tengo sobre tí derechos terribles, te lo repito; eres libre, completamente libre.

Si estas palabras no hubiesen sido pronunciadas con cierta ironía, á Diego no le quedaba mas recurso que humillarse y besarle la ma-

no al tiempo de darle las gracias; pero el tono irónico y mas que irónico sarcástico de Marcelina, helaron el corazon de Diego, que respondió con tono severo:

—¡Está muy bien; así es como yo lo deseo!

Dicho esto Marcelina preguntó:

—¿Cuándo quieres partir?

—Creo que será mañana; mas me urge tanto que podria ser que verificase mi viaje esta misma noche.

—¿Es decir, que tampoco puedo saber esto?

—Sí; pero...

—Pero no quieres decírmelo.

—Es que no lo sé.

—¿Depende de las circunstancias?

—Cabal.

—¿Aguardas recibir noticias de tu... *hermana*.

—¡Rayo de Dios! ¡Alegría ha muerto para mí!—gritó Diego.

—Hay muertos que resucitan cuando uno menos lo espera.

—¡Marcelina!—esclamó Diego esta vez enfurecido.

—Nada, nada;—contestó esta, procurando fingir una calma glacial de que no disponia;—no se hable mas de esto. ¿Cuando volverás?

—Dentro dos ó tres dias.

—¿Dependerá tambien esto de las circunstancias?...

Diego por toda contestacion le clavó una mirada feroz que á su pesar hizo estremecer á Marcelina.

Durante aquella noche Marcelina no durmió. Estuvo velando y escuchando el menor ruido, á cada uno de los cuales, (y la noche abunda en rumores para el corazon que se halla preso de algun funesto presentimiento), á cada uno de los cuales, decimos, le parecia que era Diego que se presentaba á despedirse de ella, ó bien que sin despedirse se marchaba de su casa.

Pasó la noche mas cruel de su vida.

Su corazon le decia que aquella marcha tenia relacion con su amor á Alegría, que no podia ser otra cosa sino que la amaba aun. Sospechó que su casamiento era hijo del despecho, de los celos, del ódio momentáneo; que quizás al verse ligado con otra mujer, revivia con toda su intensidad, pero no adivinó los motivos de su marcha.

Diego tenia un secreto para Marcelina y este secreto no habia tenido valor de revelárselo.

Cuando ya era de dia y en ocasion que Marcelina, cansada de la larga vigilia en que habia permanecido toda la noche, rendida de fatiga, cayó en un sueño pesaroso y ligero, Diego entonces se presentó.

Vió que estaba durmiendo y se puso al pié de la cama sin atreverse á dispertarla. Pero de sus labios se escaparon estas palabras:

—¡Infeliz!

Como el sueño de Marcelina era sumamente ligero, á semejante esclamacion se despertó.

—¡Adios!—le dijo presentándole la mano.

—Adios,—contestó aquella simplemente, y abismó en el acto su cabeza entre las almohadas empapándolas de lágrimas.

CAPITULO XII.

El juego ganado por mano.

A donde se dirigió Diego fué á la quinta en que habia permanecido por espacio de cuatro meses en compañía de Alegría.

¿A qué iba allí?

Nuestros lectores no habrán olvidado que Diego tenia un hijo.

Por consiguiente ya lo adivinarán todo.

A las altas horas del sol, montado en un brioso caballo que cortaba el viento como una saeta, llegó á la quinta lleno de polvo y de sudor.

Una mujer se presentó á recibirle, y apenas conoció que su voz podia llegar á sus oidos le dijo:

—¿Qué hay, noble caballero?

—Vengo á haceros una visita,—le contestó Diego.

—Entrad.

Diego se apeó, ató el caballo por las bridas á una reja y se puso á andar tras la mujer que, llena de gozo, apenas podia darse cuenta de lo que pasaba.

La mujer en cuestion le guió á una estancia del piso bajo, con vistas al bosque y decentemente amueblada.

Allí Diego en compañía de Alegría habia pasado largas horas combatido por toda clase de sensaciones: desde el sentimiento del amor hasta el de la paternidad.

Diego lanzó una mirada por el ámbito de aquella estancia, ávido, y como si buscase algun objeto querido á su corazon.

La estancia estaba desierta.

La mujer viendo que Diego permanecia callado le preguntó:

—¿A qué debemos, señor, la dicha de teneros en nuestra compañía?

—A un asunto muy grave.

Y diciendo esto se puso un dedo entre los labios y volvió á mirar á su rededor como si temiese ser oido de alguno

—¿Qué decís, noble caballero?

—Silencio y no hableis una palabra... ¡Mi hijo, vengo á ver á mi hijo!

—¿A Enrique?

—Sí, á mi Enrique.

—¡Cómo! ¿Venís á ver....

—Sí.

—¿Pues no sabeis que hace dos dias su madre vino á buscarle?

Diego sin duda no compren. á estas palabras, ó si las comprendió fué tal el asombro que le causaron que no pudo darse cuenta de ellas.

La mujer continuó:

—¿No habeis estado en vuestra casa de dos dias á esta parte? La señora Alegría lo tiene en su poder.

—¡Rayo de Dios!—esclamó Diego,—¡rayo de Dios!.. ¿Qué decis?

—La verdad, señor, la verdad.

—Volvédmelo á repetir y os ahogo entre mis uñas.

La mujer se puso á temblar como una azogada y se hizo repetidas veces la señal de la cruz desde de la frente al pecho.

Todo lo habia comprendido, y por lo mismo se encomendaba á Dios temiendo el esceso de furor de un padre á quien han robado á su hijo.

—¡Dios me valga! —esclamó anonadada de espanto.

Diego fuera de sí gritó:

—¿Qué quereis que haga de vos ahora, ¡bruja ladrona! sino despedazaros como un tigre á su miserable presa?

A la pobre mujer no se le ocurrió mas que esclamar:

—Señor, ¡perdon!

—¿Dónde está mi hijo?

—En poder de su madre.

—¿Y dónde está su madre?

La mujer se encogió de hombros, abrió los brazos y dijo:

—¿No lo sabeis vos?

—¿Yo?... En el infierno; allí debe estar esa malvada. Pero vos, vos sois cómplice.

—Os engañais; yo no se nada; vos me hablais de esto por primera vez.

—¡Rayo del cielo!.. ¿Y quereis que lo crea?

—Os lo juro.

—Y sin embargo, vais á morir.

Diego se habia arrojado en un sillon desde el instante de penetrar en la estancia. La mujer habia permanecido de pié en presencia de aquel y sin dar mas pasos que los que le obligaba á dar á cada una de sus imprecaciones. Pero á las últimas palabras de Diego habia retrocedido hasta dar con sus espaldas contra la pared opuesta.

Diego instigado tal vez por el mismo terror de la infeliz mujer, se abalanzó á ella gritando:

—¡Miserable ladrona!

Algunos pasos mas y su víctima se hallaba presa en sus garras. Pero en la mitad de su carrera se oyó resonar una voz clara y potente esclamando:

—¡Alto!... ¡Asesino vil!

Diego volvió la cabeza con altanería hácia el punto de donde salió aquella voz.

Un hombre jóven, de atléticas formas, con una carabina en la mano apuntando la cabeza de Diego, acababa de presentarse en el umbral de la puerta.

Diego asi que se hubo penetrado del riesgo que corria su existencia dijo:

—¿Qué quereis vos aquí?

—Haceros respetar la vida de mi madre; si vuestras manos infames se atreven á tocar una sola cana de su cabeza os hago saltar el cráneo en mil pedazos!.. ¡Fuera de aquí, cobarde!

Diego hizo un ademan con el brazo estendido para que aquel hombre desviase el arma de su cabeza.

El hombre levantó el cañon de la carabina y dió con la culata un golpe contra el suelo. Abanzó algunos pasos y agarrando con fuerzas hercúleas el brazo de Diego repitió:

—¡Fuera de aquí; salvaje!

La mujer corrió á los brazos de su hijo gritando:

—No le hagas ningun daño, te lo mando; es un padre desgraciado á quien han robado á su hijo: compadece su desesperacion.

A cuyas palabras contestó el de la carabina:

—Pero es un hombre vil que iba á dejar á un hijo sin madre.

—¡Está loco de dolor!

—Pues bien, caballero, dad gracias á vuestra locura.

Y señalando con la mano la puerta de la habitacion añadió:

—Por ahí es el camino; aprovechaos de estos cortos momentos de intersecion que opone mi madre en favor vuestro, y marchaos á entenderos con la madre de vuestro hijo.

Diego humilló la frente, se oyó rechinar sus dientes y partió.

CAPITULO XIII.

El hijo.

Ya no debemos pensar mas en Diego ni en Marcelina. Como si hubiesen muerto para nosotros, solo debemos ocuparnos de su hijo Enrique.

Veinte años despues de haber sido arrebatado del castillo, por su propia madre, que fué mas previsora y andó mas lista que su padre, Enrique era un hombre solo, enteramente solo en el mundo.

Alegria habia muerto despues de quince años de una vida desastrosa y cruel. El supuesto conde hubo de abandonarla descubriéndole por su propia boca la burla de que habia sido objeto, en medio de una escena tan gratesca como la de su casamiento; es decir, en medio de un fingido festin en honor suyo y rodeada de hombres de la calaña de Ricardo.

Pudo recabar sin embargo, de este, despues de largos dias de dolor y de martirio, que le señalase una exigua pension, con la cual se mantuvo encerrada en un convento hasta su muerte.

Enrique tuvo la fortuna de poder hacer sus estudios en la universidad libre de Francfort, mantenido por uno de los profesores á quien sirvió poco menos que de criado. Pero Enrique descolló en la carrera de las letras y desde un principio se adivinó en él á un futuro sábio.

En aquella época Alemania estaba entregada en espíritu á las ciencias filosóficas y Enrique debia llegar á ser un gran filósofo. Se estaba operando entonces el mas grande movimiento científico que

han presenciado los siglos, y Alemania era el corazon, sino la cabeza, de aquel movimiento colosal y estraordinario del espíritu humano.

Su juventud fué azarosa, pobre, cargada de privaciones. Jamás pudo pronunciar, pasada su infancia, el dulce nombre de madre; no la habia para él: jamás habia conocido ninguna persona á quien poder dar el nombre de padre. Sin familia, sin amigos, sin parientes; criado como un estraño, en la casa de un hombre docto, entregado por completo al estudio y á las mas altas elucubraciones del pensamiento, su juventud se habia deslizado como un rio de aguas cenagosas, y él mismo no habia sido otra cosa que un grano de arena arrastrada por la turbia corriente de la vida.

Pero á veinte años su estrella debia ponerle mejor caríz y sonreirle amistosamente.

El doctor tenia una hija.

Esa hija era anjelical, bella, pura. Su rostro era un modelo para el pintor que se hubiese dedicado esclusivamente á trasladar al lienzo el rostro de la misma hermosura.

Pero esa mujer, cuya naturaleza era toda de su padre, solo sentia para el arte y adoraba en las ciencias. El amor sensual, ni siquiera del espíritu, jámas le habian hablado un solo vocablo.

Era lo que llamaríamos un hombre gastado en el estudio.

Desde muy niña su padre la habia educado solamente para brillar en todos los ramos del saber humano, y su naturaleza era la mas á propósito para esto. Hubiérase dicho que carecia de sexo.

Pero no obstante lo que decimos amaba la virtud, el bien, lo grande con amor que rayaba en lo sublime. Era su mayor gusto resolver un problema matemático; su mayor placer sostener una disertacion histórica; su mayor entretenimiento proceder á una operacion química ó física. En cambio su mayor tormento era tener que escuchar, sin poder rehuirlo muchas veces, estas palabras:

—María, sois encantadora.

Cuando se le decia al oido:

—¡Os amo!

Se ofendia como si fuese un hombre á quien otro hombre requiriese de amores.

Era en fin una naturaleza estraña que podríamos llamar nula en el terreno de las pasiones amativas. Cualquiera hubiera jurado al conocerla que esa mujer debia vivir y morir soltera.

Sin embargo, á su lado estaba Enrique, á quien miraba como un hombre distinto de todos los demás hombres. Tenia con él una familiaridad de hermano y todos sus pensamientos, todos sus raciocinios, todos sus estudios, en una palabra, le eran consultados como el discípulo consulta á su mejor condiscípulo, sino ya como consulta á su maestro.

Enrique y María eran dos naturalezas simpáticas; casi casi vaciadas en un mismo molde.

En cambio esta tenia un hermano que era de distinto género. Carácter meditabundo, egoista, dado á la contemplacion de las cosas del cielo y á la profanacion de las de la tierra: naturaleza santa si miraba á arriba, perversa si miraba á bajo.

No se estrañe lo que decimos; hay naturalezas de semejante órden: dualismos de tales condiciones, de los cuales podríamos decir que son almas celestiales y cuerpos de demonio. Estos tales ó mueren por la fuerza de un combate interior ó sucumbe la mitad de su ser á la otra mitad. De ningun modo el combate se prolonga una vez iniciado.

Este estraño ser se llamaba Paolo.

Tan pronto reinaba la carne en él como el espíritu.

Enamoraba á una mujer y no cesaba hasta llegar á las últimas consecuencias donde quiera estas le llevasen. Una vez producido todo el mal se arrepentia, pero de tal modo, que se imponia una tremenda espiacion que llevaba hasta su última palabra.

Era ascético y hombre de mundo;

Casto y liviano;

Creyente y blasfemo;

Generoso y cruel;

Dadivoso y avaro;

Valeroso y cobarde...

Todo á un mismo tiempo; esto es, sobre un mismo asunto, en un negocio dado; de la noche á la mañana; de un instante á otro.

Mas llegó un dia en que su padre se puso enfermo. Los médicos

no dieron ninguna esperanza de vida para él, pero Enrique queria á toda costa salvarle.

Se presentó á los médicos y les dijo:

—¿Que tiene mi padre?.

—Nada,—le contestaron.

—¡Ah! ¿nada? En este caso se salvará.

—¡Imposible!

—Cómo ¿imposible? ¿No decís que no tiene nada?

—Nada tiene. Pero vuestro padre muere de vejez.

—¡Pues no morirá!—esclamó con valentía,—no morirá; dejadme hacer á mí ya vereis.

—¿Qué es lo que vais á hacer?.

—Lo vereis.

Nada mas dijo y aquella misma noche preparó una operacion arriesgada, empírica, dificil: la transmision de su sangre joven á las venas de su padre viejo.

En aquella época algunas cabezas calenturientas principiaban á dar crédito á semejante procedimiento para renovar con la sangre la vida de los cuerpos moribundos y desauciados.

La operacion fué imposible: Paolo no pudo conseguir mas que desangrarse á él casi por completo.

Al morir su padre, llegó á llamar él tambien á las puertas del sepulcro.

Entretanto su hermana, ayudada de Enrique, estuvo al ausilio de los dos. Si el primero murió, el segundo pudo al fin restablecerse á la vida por completo.

Pero se verificó en su naturaleza un cambio total, absoluto. El bien triunfo sobre el mal, ó por lo menos el mal se rebajó en alto grado y disminuyó su intensidad notablemente.

Desde aquel dia Paolo fué otro.

Si no fué bueno, fué por lo menos tan prudente como es posible al que sin embargo, no sea bueno del todo.

Si fué cobarde, lo disimuló;

Si fué avaro, salvó las apariencias;

Si fué cruel, lo ocultó;

Si fué blasfemo, lo fué en secreto;

Si fué liviano, á nadie escandalizó;

Si fué bebedor, no se le vió beodo.

María y Enrique se asombraron de semejante cambio en él.

Pero ¿que habia de hacer Enrique en la casa del difunto doctor una vez muerto este?

Nada.

Un dia Enrique, que hacia tiempo que se manifestaba algo mas taciturno que de costumbre y en gran manera triste, se encaminó al gabinete de Paolo.

—¿Qué quieres?—le preguntó este con afabilidad, apenas le divisó por la puerta.

—Hablaros un momento.

—Toma asiento.

Esta galantería hasta entonces se hubiera tenido en él por escesiva é ilimitada.

Enrique tomó una silla y se sentó.

—Esplícate.

—Me voy.

—¿Dónde?

—Me voy de esta casa.

—¿Quieres abandonarnos?

—La muerte de vuestro padre me ha dejado aquí sin cometido alguno.

—¿Y mi hermana, y mi hermana?... Enrique, ¿no te necesita mi hermana?

—¡Ah! ¡es soltera!...

—¿Te refieres á la opinion que los gentes podrian formar de tu permanencia á su lado?

—Ciertamente.

—¿Y la opinion del vulgo á tí, te importa?..

—¡Mucho!

—Esta bien, y aplaudo tus intenciones. Pero ¿no seria mejor que no te fueses?

—¡Ah!

—¿No seria mejor que no la abandonases?

—¡Cómo!

—Casándote con ella.

—¡Bah!... ¿no conoceis á María?

—¿Le has hablado alguna vez de esto?

—Nunca.

—¿Te disgustaria ser su esposo?

—Seria una felicidad para mí.

Paolo tiró del cordon de una campanilla, y entre tanto dijo:

—Es preciso preguntar á ella si consiente en que te marches de esta casa y de su lado. Para mí esto seria una gran desgracia. Tengo proyectos para mi porvenir que tu resolucion perjudicaria en gran manera.

Dicho esto se presentó un criado al cual mandó llamar á la señorita.

María se presentó.

Paolo en pocas palabras le dijo lo que Enrique le habia participado.

Aquella misma semana se verificó el matrimonio. Pero lo mas raro de todo es que el mismo dia del casamiento de María y Enrique, Paolo tomó el habito de franciscano en un convento de las afueras de la poblacion.

CAPITULO XIV.

La confesion.

Andando el tiempo Paolo llegó á ser uno de los religiosos de mas fama de la órden. Todos sus desórdenes pasados se redujeron en uno solo; en apasionarse, mucho mas de lo que á su estado convenia, á las cuestiones políticas.

Es necesario ser benignos con él sobre este punto.

Las épocas por las cuales atraviesa el mundo llevan frecuentemente consigo mismas muchos de los males que á veces atribuimos á los hombres en particular. Aquella época llevaba consigo este daño. Los tiempos no han atravesado período alguno mas turbulento, mas agitado, mas combatido por las pasiones políticas.

El padre Paolo tenia gran fama de predicador.

Y asi como tenia gran fama de predicador tenia tambien gran fama de ser un hábil y escelente confesor.

Era además hombre de intachable conducta, y de virtud acrisolada.

Una noche llamaron al convento de Paolo.

El que llamaba era un criado de un monasterio de religiosas.

Una penitenta estaba entregando el alma al Criador y pedia socorro al médico espiritual. La moribunda habia rechazado los ausilios de todo otro sacerdote y demandaba con fervor los del padre Paolo.

Avisado el padre Paolo, de órden del superior del convento fué enviado inmediatamente á socorrer á la pobre moribunda.

Cuando llegó allí aquella vida se estinguia por momentos, pero conservaba el aliento para hablar y tenia la razon clara y espédita.

Paolo se habia impuesto la obligacion de besar los pies al penitente que demandaba sus ausilios, siempre que este se hallase *in artículo mortis*.

Antes de dirigirle la palabra cumplió con su obligacion; mejor dicho con su voto.

Despues dirigió la vista al rostro de la enferma y la dijo:

—¡Ánimo hermana! Aquí estoy á vuestro lado para oiros en confesion: hablad. Cuando llamais con tanta insistencia al sacerdote, es señal que necesitais de él; es señal que vuestro dolor de contricion es grande.

—Sí,—contestó la pobre moribunda—sí; padre.

—Vuestra conciencia os acusa de alguna falta que en este instante daríais la vida gustosa por no haber cometido?

—Sí; padre; y mil vidas que tuviese las daria todas por no haberla cometido.

—Ofreced gustosa la que en este instante teneis en un verdadero peligro...

—Es poco.

—Tened fé en la misericordia de Dios.

—Reclamo su castigo.

—Dios es justo; pero no debeis temerle... Hermana, hablad. ¿Cómo os llamais?

—Alegría.

—¿De qué os acusais?

—De haber abandonado á un hijo.

—Horrible pecado, hermana.—esclamó el sacerdote,—¿Cómo lo abandonasteis y dónde? Esta confesion no se refiere solo á vuestra conciencia, es necesario reparar en la tierra, si es posible, lo que solo Dios puede perdonaros en el cielo.

—Padre, —dijo Alegría inundada de lágrimas, —es imposible.

—¡Santo Dios! ¿Estais segura de lo que decis?

—Harto segura estoy.

—Continuad, continuad, sin embargo; os acusais de haber abandonado un hijo. ¿Dónde?

—En la aldea de X.

—¿En poder de alguna persona?

—Sí, de una persona á quién engañé torpe y miserablemente, ofreciéndole pagar todos los gastos que el niño le irogase.

—¿Y como se llamaba esta persona?

Alegría pronunció un nombre que hizo estremecer al sacerdote. Era el nombre del padre de Paolo.

—Continuad—dijo sin inmutarse,—¿y qué edad contaba este hijo cuando le abandonasteis?

—Seis años.

—¿Como se llamaba?

—Enrique.

—Ah!—esclamó el sacerdote,—Dios es grande y el ojo de su providencia alcanza á todas partes. Admirad sus designios; levantad vuestro espíritu y dad gracias á su misericordia.

Alegría miró fijamente al sacerdote.

—¿Qué quereis decir?—preguntó con sumo estupor.

—Antes de contestaros procurad recordar bien todos los incidentes de esta historia, y referídmelos.

CAPITULO XV.

Una esperanzó.

La confesion de la moribunda fué triste, desgarradora, patética. El que la hubiese oido hubiera derramado lágrimas en abundancia al oir estas palabras.

«Yo he sido, padre, una gran pecadora; mi juventud desordenada pasó entre festines. Amé pero fuí voluble en el amor; enloquecí con mis fugaces bellezas á muchos hombres que me rodearon; he abismado en el fondo de la perdicion á mas de uno de mis adoradores... Tuve ambicion acompañada de orgullo y de vanidad; pensé que todo era poco para mí: riquezas, títulos, dignidades, todo lo que se me ofrecia, consideraba debérseme. Pero, sí mas de un hombre llegó á perderse para mí, yo tambien al fin llegué á perderme por uno de ellos. ¡Ay! Yo le amaba, le amaba con un amor verdadero y profundo; mas un momento de estravío, acosada por mis grandes defectos, me hice indigna de su amor y toqué al fondo del precipicio. Aquel hombre me aborreció y yo creia haberme olvidado de él. No pude, padre: él fué siempre el torcedor tormento de mi conciencia; su imágen no pudo un solo instante separarse de mí. Le veia en mis sueños y en mis delirios como mi propia sombra, y por esfuerzos que hice, ¡ay! no pude en manera alguna evitar que me persiguiese constantemente... ¡Era el padre de mi hijo!

El sacerdote que escuchaba esta relacion con vivísimo interés.

—¿Vive?—dijo.

—¿El hijo?—preguntó Alegría;—¿me preguntais si vive mi hijo? ¡Ah! perdonad, lo ignoro.

—Bien,—contestó el sacerdote;—ignorais si vive vuestro hijo, pero, ¿y su padre?

—¡Dios de bondad!..—esclamó con dolorido acento.

—¿Lo ignorais tambien?

—No, padre; no lo ignoro.

—¿Vive?

—¡Ah! no, no... ¡ha muerto!

—Dios le ha juzgado ya... No tendreis por consiguiente ningun interés en ocultar su nombre.

—Ninguno.

—¿Cómo se llamaba?

—Diego...

—¿De apellido?

—Morlotte; baron de Chesburgo; una de las familias mas distinguidas residentes en España.

El sacerdote sacó de debajo su hábito una cartera y escribió algunas palabras. En seguida con la misma cartera abierta continuó:

—¿Vive aun en España esta familia?

—Asi lo creo.

—¿Dónde?

—En Madrid.

El sacerdote se recogió un momento y enseguida continuó:

—Dad gracias al cielo por haberos impelido á llamarme. Yo me encargo de encontrar á vuestro hijo y de darle á conocer su familia.

Alegría, al oir las palabras del venerable sacerdote trató de incorporarse en la cama y esclamó:

—¿Qué decís..?

Pero no pudo continuar y su cabeza cayó casi desvanecida sobre la almohada.

—¡Hermana, Dios todo lo hace bien! No dudeis de la veracidad de las palabras que acabo de pronunciar.

Alegría se sonrió amargamente.

—¿Cómo quereis encontrarle, padre?

—Dios me proporcionará los medios.

—Dios castiga ¡ay! los pecados del padre hasta la cuarta generacion—esclamó con tono solemne.

—Es cierto; pero esto es cuando la naturaleza del hijo sea réproba como la del padre, y no implora con fervor los ausilios de la divina gracia. Vuestro hijo quizás sea de corazon y alma mas buena que la vuestra.

Alegría con tono de verdadera persuacion dijo:

—¡Oh! sí, sí; teneis razon: mi hijo debe ser mejor, mucho mejor que su desgraciada madre!

—Y si Dios os concede algunas horas mas de vida, le vereis.

El asombro de Alegría subia cada vez mas de punto.

—¿Qué decís?

—Tranquilizaos: yo conozco á vuestro hijo; me habeis relatado una historia que sé por lo menos tan perfectamente como vos misma. Y lo comprendereis cuando os diga, que el nombre que habeis pronunciado antes, es el mio, pues yo tambien me llamo Leon.

—¿Vuestro padre se llamaba Alberto?

—Precisamente, y yo Paolo.

—¡Dios de justicia!—esclamó la infeliz Alegría,—¿es esto un sueño?

—Es la mano de la Providencia. Asombraos ante sus inescrutables designios.

—Padre, padre; dejadme morir en los brazos de mi hijo.

—No os precipiteis. Dios es primero. Continuad vuestro confesion. ¿Cuál fué el móvil del abandono que hicisteis de vuestro hijo?

—La vanidad; la sed inmensa de placeres....

—¿Comprendeis ahora el enorme pecado en que incurristeis?

—Padre, lo comprendo; pero no ahora, precisamente, si no desde muchos años!...

Alegría no pudo continuar su relacion; la ahogaba el pesar y al fin cayó en un desmayo profundo.

El sacerdote llamó en su ausilio á algunas religiosas que se presentaron en el acto. El desmayo duró mucho tiempo, entretanto el sacerdote oraba en un rincon de la celda.

Por fin volvió en sí de su desmayo.

—No os fatigueis, hermana,—le dijo el sacerdote. Y cuando volvieron á estar solos, continuó:—Dios es misericordioso.

—¡Mi pecado es enorme!—contestó.

—Sí; lo es; pero vendria á aumentar su intensidad si desconfiaseis de su misericordia.

—No lo dudo, padre. Pero acabais de decirme que veré á mi hijo, y mi trastorno es natural; esto acortará los instantes que me quedan de existencia.

—Sin embargo, os lo suplico; continuad vuestra relacion.

Alegría respiró fuertemente como si tratase de buscar aliento en el propio aire que ya con dificultad respiraba y obedeció al sacerdote.

—Si la sombra de un hombre,—dijo,—ha podido perseguirme durante el resto de toda mi vida, os lo confieso con toda mi alma, aquella sombra llevaba siempre dibujada la luz risueña y tranquila de mi hijo. Era un niño cuando le abandoné, un niño hermoso como un ángel del cielo, idolatraba en mí y yo le amaba con todo el cariño de una madre. No le hubiera abandonado nunca, si hubiese sido rica. Llegué á ser pobre, porque yo que me creí una duquesa, me encontré que no era mas que una vil meretriz objeto del desprecio y la burla mas cruel de un hombre indigno y perverso. Me creia casada y me encontré... ¡ha, padre; no querais saberlo!

—Hablad, hija mia.

—Mi casamiento era falso.

—¡Santo Dios!—esclamó el sacerdote.

—Sí; padre; falso,—continuó Alegría.—¿No es cierto que esto es cruel?

—Harto castigo fué á vuestras vanidades;—dijo el sacerdote.

—¡Inmenso! Pero habladme de mi hijo, conozco que la vida se me acaba. ¿Porque me habeis dicho que podríais dejarme morir en los brazos de mi hijo? Padre, por piedad si esto os es posible, concededme esta gracia, concedédmela. ¿No es un sueño lo que me está pasando?

—No; es la realidad.

—¿Vive mi hijo?

—Vive.

—¿Aquí?

—Bien cerca de aquí.

—¿En la ciudad?

—Justamente.

—Corred, padre, volad... ¡Ay! yo deliro: esto no es posible.... Señor; yo que tantas veces os he pedido la muerte, llagado mi corazon por toda clase de tormentos y vicisitudes, concedédmela ahora... un punto mas Señor, yo os lo suplico.

Alegría, al pronunciar estas palabras tenia un crucifijo en la mano y lo acercaba á sus labios llenándolo de besos.

—Señor, Señor,—repetia;—un instante mas de vida.

Pero esta agitacion de la enferma, realmente aceleraba los cortos instantes que le quedaban de vida.

—Por piedad, Señor.

—Tranquilizaos.

—No puedo: me habeis hablado de mi hijo, me habeis dicho que vivia, me habeis dicho que estaba en vuestra mano el presentármelo... Padre, ¿por qué atormentais mi agonía?

—Porque Dios no quiere egoismo en los afectos mundanos.

—No hay egoismo en el amor de una madre.

—¿Y creeis merecer semejante nombre?

—Oh si, os lo juro; he llorado muchos años para expiar mi falta, mi gran falta. ¿Quién os ha puesto delante de mí, sino Dios? ¿quién me ha dado aliento para llamaros sino Dios? Vos mismo, padre, me lo habeis dicho. Dios quiere que muera en los brazos de mi hijo. Si no es un sueño, si no deliro; si es verdad lo que me habeis dicho; ¿porqué no correis, porqué no volais?.. ¿que haceis Dios mio, que no me presentais á mi hijo, á mi adorado hijo?

Inspiraba terror oir las palabras de aquella infeliz mujer, que apenas podia respirar, y que sin embargo, del fondo de su pecho sacaba fuerzas para dejarse oir clara y distintamente.

El sacerdote impasible, al parecer, al lado de la cama, la oia sin responder palabra.

Por fin dijo:

—Callad, hermana; sosegaos.

Y le tomó el pulso y se puso á observar sus latidos. ¿Qué pretendia aquel sacerdote? ¡Ah! estaba inspeccionando friamente aquel cuerpo que llamaba á la tumba y procuraba adivinar el tiempo que tardaria en abrirle sus puertas. Calculaba si este tiempo podia ser suficiente para mandar á buscar al esposo de su hermana y si este llegaría á tiempo de ver viva á su madre. No era el tiempo de ida y vuelta el que se necesitaba, no: habia que vencerse una gran dificultad. Alegría se hallaba en clausura. Era necesario una dispensa especial y todo esto requeria algunas horas. Empleado este tiempo, ¿Enrique encontraría viva á su madre?...

Tal era el problema que estaba resolviendo el sacerdote en medio de su aparente actitud glacial.

Por fin dijo entre dientes:

—¡Probemos; quien sabe!...

Alegría adivinó parte de los pensamientos del sacerdote y dijo:

—Sí, sí, todavía hay tiempo.

El sacerdote añadió entonces.

—No abandoneis la imágen del Redentor del mundo; suplicádle esta gracia, y haced que vuestro arrepentimiento sea síncero.

—Corred,—esclamó Alegría por toda contestacion.

El sacerdote desapareció.

CAPITULO XVI.

Madre é hijo.

Alegría quedó en compañía de varias religiosas.

Permaneció una hora larga sin pronunciar palabra alguna; sin moverse de la posicion en que la dejó el sacerdote y solo inclinando de vez en cuando su cabeza ya á un lado, ya á otro. Su mirada no se separaba un instante del crucifijo sino para levantar sus ojos al cielo.

Parecia que aquella mujer hacia esfuerzos supremos y poderosos para retener en su pecho el postrer aliento.

Pasada la primera hora no pudo aguantarse mas en tan penosa situacion y principió á removerse por la cama con ansiedad febril.

Las religiosas procuraban sosegarla, pero sin poder conseguirlo. Se incorporaba y volvia á caer como un tronco desgajado por el rayo.

La agonía daba todos los señales de un fin próximo y terrible.

Queria huir de la cama; intentaba con ademanes vertiginosos recoger las sábanas entre sus dedos crispados; sus ojos vagaban como en medio de la oscuridad y alguna que otra vez sus dientes crugian horriblemente.

Pero no hablaba: todo esto sucedia en medio del mayor silencio.

Mas cuando el reloj hubo dado las dos; es decir cuando hacia dos horas que el sacerdote se hallaba ausente, entonces desplegó sus labios.

—¡Dios mio!—dijo,—yo muero... ¡Dios mio, socorredme!

—Orad, hermana;—le decian las religiosas que tenia á su lado.

—No puedo.

—Ofreced á Dios vuestros tormentos.

—No puedo... Sufro demasiado.

—Dios os amparará, hermana.

—Callad; dejadme... hacedme el inmenso bien de dejarme sola.

Las religiosas, no se movian.

—Me condenaré, Dios mio... ¡Mi sacerdote! ¿dónde está mi sacerdote? Id, corred; decidle que me muero.

En aquel mismo momento se oyó un ruido de pasos.

Todas las religiosas asistentes junto al lecho de Alegría, volvieron la cabeza hácia la puerta de la habitacion.

El sacerdote estaba allí.

Iba acompañado de un jóven que se quedó en la parte esterior de la puerta.

Las religiosas al verle se retiraron á un tiempo, y el sacerdote fué avanzando hasta llegar al pié de la cama.

Cuando Alegría le divisó, pareció que se iba á lanzar de la cama á sus brazos; mas el sacerdote llegó á tiempo de sostenerla por un brazo al tiempo de decirla:

—Hermana, ¿qué haceis?

—Voy en busca de mi hijo; dejadme.

El sacerdote hizo un gesto que indicaba todo el horror que le causaban aquellas palabras.

—¡Hermana, calmaos!

—No puedo; dejadme.

—Os lo manda Dios.

Al oir estas palabras, Alegría dejó caer la frente entre la palma de sus manos esclamando:

—¡Dios mio!... yo me vuelvo loca. ¿Qué es lo que por mí pasa?

—¡Tranquilizaos!

Dijo estas palabras el sacerdote con tal acento y voz majestuosa, que Alegría se puso poco menos que á temblar.

—Ya estoy tranquila,—esclamó.—¿Y mi hijo?

—¿Quereis verle?

—¡Ah! ¿y me lo preguntais?...

—Sí; os lo pregunto porque si quereis verle es necesario que se calme vuestra agitacion.

—¿Está aquí?...

—Sí.

Alegría sonrió de una manera inefable.

—¡Me haceis feliz!—dijo.—Dejad que le vea... ¡no mas que le vea!...

El sacerdote hizo con su pañuelo una señal que pudo verse desde la puerta de la habitacion.

En aquel mismo instante entró un jóven.

—¡Enrique!...

—¡Madre mia!...

Estas palabras se cruzaron á un mismo tiempo, y á un mismo tiempo fueron la señal de abalanzarse el uno en los brazos del otro.

El sacerdote se retiró un paso.

Un beso ferviente se oyó resonar al mismo tiempo.

—¡Perdon!—esclamó Alegría pudiendo apenas pronunciar esta palabra.—¡Perdon!...

—¡Madre mia!...

—¡Hijo mio!...

Escenas de esta naturaleza no son para contadas; es menester que la imaginacion se tome cuenta de ellas por sí sola. Renunciamos, pues, á describir un cuadro de semejante naturaleza.

—¡Veinte años!—esclamó Alegría.

Esta esclamacion lo descifraba todo. Veinte años hacia que aquella mujer habia abandonado á su hijo.

—¡Veinte años sin verte!

—Veinte años de maldicion sobre mí.

—Y en que estado te encuentro, madre mia!

—¡Hijo mio!

El sacerdote volvió á acercarse, y acompañó la cabeza de Alegría sobre la almohada.

Aquella cabeza estaba yerta. Alegría habia muerto; pero Enrique lo ignoraba.

—¡Madre! ¡madre mia!

Nada.

—¡Madre adorada!...

El sacerdote cogió al jóven de la mano y dijo:

—¡De rodillas, Enrique!... ¡No teneis madre! ¡Orad por ella!

. . . . . .

Veinte años despues, Enrique habia muerto y María tambien. Pero habian dejado en la tierra á una hija de muy pocos años.

Solo dos años despues tambien, el sacerdote era el obispo de L.***

La niña se llamaba como su madre, María, la cual casó con el doctor Tournail.

Nada mas tenemos que decir para dar á comprender el misterio de la carta del obispo de L.*** entregada á su sobrina, con destino al conde de la Morlotte.

FIN DE LA CUARTA PARTE.

QUINTA PARTE.

LOS DOCTORES.

CAPITULO PRIMERO.

La visita.

Habia en la época de que hablamos, y en una de las calles mas céntricas, pero menos concurridas de Madrid, una casa de aspecto humilde, que contenia un solo piso y á la cual se penetraba por un patio donde habia algunos árboles, y el suelo estaba cubierto de yerbas y malezas. En línea recta con las casas laterales se estendia una verja de hierro, con una puerta empalizada. Desde esta puerta á la que daba entrada á la habitacion habia un estrecho camino abierto entre las yerbas por la planta de los transeuntes.

Esta casa habia estado desalquilada durante muchísimo tiempo por razones que no viene al caso relatar en este instante, pero sí, diremos que era del dominio y propiedad de los condes de la Morlotte.

Allí vivia el doctor Alfonso en compañía de un solo criado, no sin que fuese objeto de diversas y encontradas murmuraciones por parte de la vecindad.

Tampoco diremos cuales ni en que sentido eran esas murmuraciones. Solo nos permitiremos aventurar un concepto que consistia en el estraño método de vida que el doctor observaba.—Decian que el médico Alfonso no dormia nunca, puesto que de noche se veia constantemente luz en sus habitaciones, se sentia ruido y conversacion, que por desgracia era ininteligible, y añadian que de dia, sentado en su coche, se le veia en todas partes leyendo constantemente.

Pero estas murmuraciones no hacen al caso para nuestro objeto y prescindiremos de ellas para no separarnos de nuestra historia.

Era una noche de las mas calurosas del verano. La luna resplandecia con tal viveza que parecia de dia, sobre todo en la casa del doctor Alfonso, donde sus rayos caian perpendiculares y sin trazar la menor sombra en sus paredes.

Si bien la casa, por lo que llevamos dicho, debe parecer á nuestros lectores de humildes condiciones, advertiremos que de puertas á dentro era todo lo contrario.

Era nada menos que todo un palacio, con grandes habitaciones, ricas molduras y antiquísimos artesonados, con pinturas de mucho mérito y finalmente con grandes galerías que daban á sus jardines todo el aspecto de un claustro.

El palacio estaba desmantelado, diríamos por completo, sino fuese porque una ó dos de sus estancias estaban ricamente amuebladas.

Ya se comprenderá que estas eran las estancias habitadas por e-doctor Alfonso.

Como decimos, era una noche de luna clara y calorosa. Todas las ventanas de la casa estaban por consiguiente abiertas, y se veia (esto era el tormento de los vecinos) luz en su interior y cuchichear, como ellos decian, sin poderse entender palabra á pesar de su fino y atento oido, favorecido grandemente por el silencio de la noche.

Pero como la noche era clara como el dia, algun vecino hubo de observar lo siguiente.

Serian como las dos de la madrugada.

Un coche entró por lo largo de la calle y se paró en frente de la puerta del enverjado.

(Otra de las particularidades de los habitantes de la casa era la de no tener nunca cerrada la mencionada puerta).

La portezuela del coche se abrió, dando paso á un hombre con traje negro.

El hombre penetró en el patio, siguió la vereda que conducia á la puerta de la casa y se paró allí. Buscó con la vista una cuerda ó un picaporte para llamar y no lo encontró. Entonces dió con la palma de la mano dos golpes consecutivos, y al momento desde una de

las ventanas, contestó la voz de un hombre que, en gutural francés, le dijo:

—Aguardad un instante.

El instante no pudo ser mas leve.

La puerta se abrió como por ensalmo, y tras ella el hombre que habia respondido al llamamiento de la puerta, dijo:

—Caballero, ¿venís en busca del doctor, mi amo?

—Si vuestro amo,—contestó el hombre vestido de negro,—es el doctor Alfonso de la Morlotte, en este caso, sí.

—El mismo es.

—Hacedme pues el favor de anunciarle una visita.

—¿De parte de quien?

—Del doctor Mauricio, su colega, para tratar de un asunto de suma importancia.

El criado dijo entonces.

—Perdonad...

Y haciendo una reverente genuflexion le suplicó que se aguardase un momento, mientras iba á avisar á su amo.

Poco se hizo esperar tampoco esta vez. Volvió prontamente y le dijo:

—Tened la bondad de seguirme.

CAPITULO II.

En busca de aclaraciones.

El doctor Alfonso le aguardaba en una habitacion donde solo habia una gran biblioteca, una mesa y dos anchos sillones.

Al divisarle adelantó algunos pasos en su recibimiento.

—Caballero,—le dijo;—á estas horas vuestra presencia me anuncia algun asunto de la mayor importancia.

—Lo adivinais; pero no de tanta urgencia que no me hubiese sido posible diferir hasta mañana mi visita. Mas me consta que para vos lo mismo es el dia que la noche; de aquí que, sucediendo conmigo una cosa enteramente igual, me haya decidido á llamar á vuestra puerta.

El doctor le señaló uno de los sillones, brindándole tomase asiento. El doctor Mauricio solo aguardó que su colega se sentase para hacerlo él.

—¿En qué puedo seros útil?—le preguntó, una vez sentados el uno en frente del otro.

—Habeis adivinado que era un negocio de suma importancia; me permitireis, pues, que os lo anuncie con algunos rodeos.

—Como querais.

—Desde el momento que tuve ocasion de conoceros en casa del señor conde de vuestro propio apellido, me habeis inspirado una ciega simpatía. Sois un sábio á quien reconozco sobre mí una superioridad estraordinaria.

—Amado colega, vos me confundís...

—Os rindo una pequeña parte de la justicia que vos os mereceis.

—Continuad.

—Como decia, me inspirásteis una grande simpatía desde el momento en que tuve el honor de conoceros.

—Gracias.

—Y esta simpatía me ha inspirado una estraordinaria confianza hácia vos.

—Gracias tambien.

—Sé que si os dirijo una pregunta, me contestareis con toda franqueza.

—En esto no os equivocais.

—Vais, pues, á darme en el acto una prueba de lo que os digo.

—Con infinito gusto,—esclamó el doctor Alfonso.

A pesar de la franqueza con que se anunciaba la entrevista segun este diálogo, el doctor Alfonso miraba á su interlocutor con estrañeza.

—¿Me habeis dicho alguna vez que habeis vivido en L.***?

—Sí; no hace dos meses que he salido de allí.

—Teneis allí buenas relaciones.

—¡Psh!—dijo el doctor,—así, así.

—¿Y muchas?

—Esto sí; mas que mejores.

—Bravo. Ya vereis á lo que voy á parar.

Y arrellanándose en su sillon continuó:

—¿Hay allí un convento de monjas?

—Sí, por cierto; de hermanas de San Vicente de Paul.

—¿Qué relaciones teneis con ellas?

—No he estado mas que una vez en mi vida en el convento.

—¿Pero conoceis á alguna de sus hermanas?

—Sí, por cierto; conozco dos.

—Bravo,—repitió el doctor,—esto será lo suficiente... Y por ellas os seria fácil, sin duda alguna, informaros de un asunto sobre el cual quisiera orientarme.

—Hablad.

—Por los años de 1828 entró de hermana del hospital de esta córte una mujer cuyo verdadero nombre no viene ahora al caso

pero que entró en el ejercicio de hospitalaria con el nombre de sor María de los Dolores. Posteriormente supe por las demás hermanas del hospital, que esa buena mujer habia abandonado la córte entrando en la órden de hermanas de San Vicente de Paul, establecida en Francia. He tenido siempre un vivo y grande interés para esa mujer y he procurado seguirla en todas sus vicisitudes; pero esto no siempre me ha sido posible. Ha estado perdida para mí durante largas temporadas. Despues he vuelto á saber de ella. Ultimamente se que se hallaba en L.***

—¿Cómo se llama?

—Esta es mi fatalidad. Me lo dijo una hermana del hospital, que ha muerto y el nombre se me ha olvidado.

—¿Pero no sabeis el suyo verdadero?

—Sí.

—Pues entonces nada mas fácil.

—Por esto cuento con vos.

—¡Ah! ya entiendo.

—Me conviene saber su paradero, pero yo no quisiera sonar en nada, relativo á estos informes.

—Dadme el nombre y apellido de la persona por quien preguntais y casi casi os respondo que mañana sabreis la contestacion.

—¡Cómo!—preguntó el doctor Alfonso—¿Mañana mismo?

—Sí; precisamente hay aqui dos hermanas procedentes del convento á que vos acabais de aludir.

—¡Oh, que suerte!—esclamó el doctor.—Y os son bastante conocidas para...

—Sí; para esto sí.

—Pues os daré su nombre.

El doctor Mauricio tomó un pedazo de papel del que habia sobre la mesa y escribió un nombre y apellido y á continuacion algunas líneas que eran en resúmen las noticias que acababa de manifestar á su colega el doctor Alfonso.

—Tomad,—le dijo,—entregándole el papel doblado.

El doctor Alfonso tomó el papel y añadió:

—Quedareis servido.

El doctor Mauricio continuó:

—Ahora quiero manifestaros, así, algo por encima tambien, una historia de la cual tal vez oigais hablar en lo sucesivo.

El doctor no solo se arrellanó esta vez en su asiento, sino que se puso apoyado de codos sobre los brazos del sillon y su frente sobre la palma de una de sus manos.

Entonces dijo:

CAPITULO III.

Principian las revelaciones.

—Era tambien por los años de 1830. Yo acababa de salir del colegio de medicina. Era entonces muy jóven y mucho mas ganoso de dinero que de honra y fama. Un dia se me presentó un hombre y me dijo que era necesario cubrir una gran deshonra, y que para esto contaba conmigo resueltamente. Presentó el tal hombre con tan vivos colores la situacion de una pobre mujer próxima á verse cubierta de deshonra, que á la verdad creí entonces que no teniendo el corazon de mármol, como no lo tenia, no me quedaba mas remedió que ceder á las instancias suyas.

—¿Accedísteis?

—Accedí.

—¡Desgraciado! ¿No tuviste reparo alguno en proceder á una vil profanacion de nuestro angusto sacerdocio?

—Ninguno, caro colega, no tuve ninguno. Ya os he dicho cuales eran mis convicciones en aquella época.

—Proseguid. Pero antes decidme si lo que me decís es la preparacion de un nuevo crímen. Pues de otro modo...

—Es la reparacion del primero.

—¿Hay pues remedio?

—Por esto he acudido á la puerta de vuestra casa.

—Proseguid, proseguid.

El doctor Mauricio prosiguió:

—Con tales colores aquel hombre pintó la desesperacion de una

mujer, que, como os digo, me creí obligado á acceder á sus pretensiones. Y ¿qué direis eran sus pretensiones? Partear á una mujer y cloroformizarla, y arrebatarla á su hijo por remate.

—¡Desgraciado!

—El hombre díjome que la mujer ignoraba el estado en que se encontraba.

El doctor Alfonso meneó la cabeza y sonrió con cierta ironía esclamando al propio tiempo entre dientes:

—¡Imbécil!

—Sin embargo,—continuó,—hubo momentos en que el hombre aquel se espresaba con tanta persuacion y sabia esplicar los incidentes con tal naturalidad que yo llegué á creerle en mas de una ocasion.

—Ya comprendeis que esto es inverosímil.

—Pero vos tambien comprendeis que en nuestra facultad son tantes los casos inverosímiles, de que la esperiencia nos da, sin embargo, testimonio, que... Mas esto no viene ahora al caso.

—Efectivamente. No perdais el hilo de la narracion.

—La mujer fué cloroformizada; el parto se presentó con alguna dificultad, pero al fin triunfamos. Nació un niño, precioso, robusto, sano. Al principio se presentó en estado de asficsia, pero á favor de activos medicamentos volvió la respiracion y ya no hubo peligro.

—Adelante.

—Ahora me preguntareis, ¿que se hizo de la madre?...

—¡Ah!...—esclamó el doctor,—¿la dejasteis morir cloroformizada?

—No. Dos horas despues de haber saltado su hijo de su seno, no se hallaba de mas peligro que el usual en semejantes casos.

—¿Entonces el crímen se refiere al hijo?—preguntó el doctor Alfonso con tono de igual reconvencion.

—No; tampoco.

—¿Qué hicisteis con él?

—Lo que con todos en iguales casos.

—Y de él ¿qué hicisteis?

—¡Ah! esto ya es otra cosa; este es el caso.

—Le provocasteis la muerte.

—De ningun modo.

—¿Pues dónde está el crímen?

—Me lo llevé á mi casa.

—Esto no tiene gran cosa de particular.

—Mandé que lo criasen á mi mismo lado y lo conservé hasta cuatro años despues. En esta época se presentó su padre.

—Que os lo quitó...

—Cabal.

—Lo cual quiere decir que sois cómplice del robo de un niño hecho á su madre.

—Por su padre: cabal.

—Es una accion infame.

—Pero como yo no he perdido de vista sino por intérvalos mas ó menos largos á la madre, de aquí que acuda á vos para volver á saber de ella. En estos momentos la he perdido. Pero vos podreis sin duda proporcionarme el cabo del hilo para encontrarlo nuevamente.

—¡Ah! ya comprendo,—esclamó el doctor Alfonso,—ya comprendo. Deseais descubrir á la madre este secreto.

—Y restablecerle el hijo.

—¿No le habeis perdido nunca de vista?

—Oh, no; eso no; al hijo nunca.

—¿Ni al padre?

—Tampoco.

El doctor Alfonso le alargó la mano con verdadera emocion y le dijo—no sois del todo malvado.

—Mas esta aseveracion vuestra, que es cierta hoy por hoy, porque en mi vida mas he vuelto á ceder á ninguna de semejantes sujestiones, (y vos sabeis que no faltan asedios por este lado á los de nuestra facultad). Mas ya en aquella época, es decir, diez y ocho años hace, llevaba igual propósito que llevo ahora. Me resolví á toda costa dar á conocer el hijo á su madre.

—Este proceder os abona.

—Pero tiene sus motivos, os lo declaro, egoistas y perversos.

—¡Doctor! ¿qué decis?

—Me resolví á esto, hace diez y ocho años por motivos de venganza.

—¿Os engañó el hombre aquel no cumpliéndoos lo que os había ofrecido en premio de vuestra complicidad? Esto es lo que generalmente acontece.

—No es esto. En la cuestion de intereses cumplió de sobras.

—Pues.

—Asombraos. Despues de haber quedado mi secreto como en el fondo de una tumba, de haber criado á su hijo como al hijo de un rey, pues el médico no se separaba nunca de su lado; despues, en fin, de haberme tomado por el niño un interés que no me hubiera tomado sin duda, por un hijo mio; he aquí que un dia, poco despues de habérselo entregado, me convidó á comer en su casa. Doctor, ¿era cosa de sospechar de su amistad? Creo que no...

—El criminal de nadie debe sospechar tanto como de su cómplice.

—Teneis razon y ya vereis como los hechos vienen aquí á justificar lo que decis. Fuí á comer á su casa y entre los diferentes motivos sobre que versó la conversacion hablamos de las propiedades de los venenos. Es de advertir que el demonio del hombre, no es lego en los secretos de la medicina. De todo sabia algo y bien. No vayais á creer ahora que es un hombre vulgar, nó; dista mucho de serlo. Pero nadie es capaz de creer en él á un hombre infame. Me dió pruebas fehacientes de que conocia las propiedades de todos los venenos, el modo de administrarlos, los vestigios que dejaban y lo que era necesario tener en consideracion para alejar toda sospecha de envenenamiento en una persona; en fin, me habló de esto con tal conocimiento que os aseguro que pocos de nosotros podrian sostener como él, tan brillante disertacion sobre los venenos. Pues bien, doctor Alfonso, habeis de saber que mientras de esto hablaba, mi hombre estaba envenenándome con la vulgar morfina.

—¡Santo Dios!—esclamó el doctor.

—¡Oh! no os asombreis aun; escuchad, escuchad.

—¿Todavía mas?

—Terminada la conversacion sobre los venenos hablo de los crímenes que se descubren por falta de prevision, y entre otros casos citó como la mayor de las imprevisiones del criminal, el confiar sosegadamente con el silencio de sus cómplices. Yo le pregunté, con la

mayor inocencia ¿que es lo que debia hacerse con los cómplices? A cuyas palabras me contestó sonriendo sencillamente,—lo mismo que con todo cuerpo de delito: inutilizarlo.—Desde aquel momento comprendí de todo lo que aquel hombre era capaz; pero todavía no sospeché que procediese de ninguna manera contra mí.

—Debíais, pues, sospecharlo.

—Era tanta la confianza que habia sabido inspirarme que no atiné en que yo tambien era su cómplice, y que tambien yo debia segun él sufrir sus consecuencias.

—Debíais pensarlo.

—Teneis razon, pero ¿qué le hareis? Yo ya no me acordaba de los hechos que habian engendrado nuestra amistad.

—Debíais acordaros.

El doctor Alfonso contestaba con frases lacónicas y entrecortadas á cada uno de los períodos de su colega el doctor Mauricio.

—¿Comprendeis ahora, los motivos que tengo para venir en busca de vuestro apoyo?

—Sí, lo comprendo y os puedo asegurar que por parte mia no habeis de perder la ocasion de encontrar á la hermana en cuestion.

—Solo me falta, pues, añadiros una cosa.

—¿Cuál?

—Sospecho que la tal hermana... Perdonad si provoco la risa en vuestros labios; sospecho que ignora que tiene un hijo, y no que lo tiene sino que lo haya tenido nunca.

El doctor prorumpió en una sonora carcajada.

—¿Qué decis?—preguntó,—¿hablais con formalidad?

—Así como alumbró sin sentirlo tambien.

—Doctor, no blasfemeis de la ciencia...

—Nadie menos que vos se halla facultado para hablar de este modo. ¿Pues no acabais de devolver la razon á un hombre que hace cincuenta y cinco años...

El doctor Alfonso palideció.

—Teneis razon,—dijo.—Tambien en el estado de enervacion producido por el cloroformo... podria ser posible... ¿Quién sabe? He aquí un caso de los mas importantes.

El doctor se puso mas grave de lo de costumbre y observó un gran rato de silencio.

Mientras tanto el otro le observaba.

—¿Qué decís á esto?—dijo por fin.

—Que podeis contar desde ahora conmigo, de una manera absoluta y resueltamente.

Y luego esclamó como consigo mismo.

—Esto es un caso de la mayor importancia.

—Ya sabia yo—repuso el doctor Alfonso,—que vuestro amor á las ciencias, una vez llegásemos á este punto, os habia de resolver á ayudarme. Ya comprendeis que mi objeto hoy no se reduce á encontrar á la madre para devolverle á su hijo, vengándome de este modo noblemente del asesinato que pretendió consumar en mí un hombre malvado, sino que se estiende tambien al deseo natural, en nosotros, de indagar todas las escenas de un drama, que puede llamarnos á grandes y profundos estudios científicos.

—Teneis razon.

—Os lo repito; sabia que podia contar con vos.

—De todas veras.

El doctor Alfonso era fanático por la ciencia siempre que se trataba de sondear sus abimos. Este caso del que se trataba no era para él ni nuevo ni imposible, pero jamás habia tenido ocasion de comprobarlo. Los libros de medicina están llenos de noticias y casos de esta naturaleza, pero se puede dar por dichoso cualquier médico de hallarse en ocasion de comprobarlo.

El doctor Alfonso, en lo sucesivo debia preocuparse vivamente de él.

Mas el otro doctor continuó:

—Ahora solo me falta esplicaros una cosa.

—¿Todavía mas?

—Sí.

—Proseguid.

—Os he dicho que fui envenenado en una comida...

—¡Ah! teneis razon, y como pasó esto.

—¿Cómo? Miradme.

El doctor Alfonso miró á su interlocutor.

Este tenia la boca torcida, los ojos y las ventanas nasales algo destruidas y cubiertas de una epidermis cancerosa. No le quedaba

á penas un diente y sus encías eran verdecientes. En fin, era su rostro la señal de haber sufrido su naturaleza grandes y terribles estragos.

—Mirad,—continuó el doctor Mauricio.

Y le presentó ambos brazos que á penas podian permanecer horizontalmente y parecía que sus huesos estaban bastante doblegados,

—Mirad; no es posible,—dijo,—tener ninguno de mis miembros en reposo.

Efectivamente, un temblor convulsivo dominaba por completo sus brazos.

—¡Gran Dios! y como pudísteis libraros de los efectos de este veneno.

El doctor Mauricio continuó sin responder á lo que su colega le preguntaba.

—Calculad ahora como estarán las mas importantes entrañas de mi organismo. Como estará el estómago, como estará el torax, como el esófago. Todo destruido ó casi destruido.

—Pero habeis salvado la vida.

—Esto os dará á comprender que yo tampoco era lego en el conocimiento de las propiedades de los venenos.

—Os habeis salvado de milagro.

—Hace diez y ocho años, caro colega, que vivo vida artificial, y os aseguro que no moriré de los resultados de la gran dósis de morfina que aquel diablo de hombre me propinó perversamente.

—¡Dios lo quiera!—esclamó el doctor meneando la cabeza con manifiesto aire de duda,—¡Dios lo quiera!

—Creed que tambien por mi parte haré todo lo posible. Cuando me sentí atacado, inmediatamente comprendí la causa. En poco tiempo no os podeis imaginar lo que por mí pasó. Sufrí todos los tormentos juntos. ¡Oh! os aseguro que morir envenenado por la morfina es morir de una manera horrorosa. El hombre no puede hacerse cargo ni remotamente de lo que es esto. Llegué á lo último; solo faltaba exhalar el postrer suspiro. Me revolvia como un endemoniado; me abrasaba en un fuego mucho mas intenso que el del hierro candente. Mis miembros se encojian como si sobre la superficie de mi cuerpo ejerciese por igual su inmensa fuerza una máquina de mil

atmósferas. Despues se dilataban como si me descuartizasen. ¡Vaya, doctor, es imposible deciros esto! Parecía que tenia el estómago lleno de serpientes roedoras que me devoraban todas las fibras con dientes de acero ardiente. Hubo momentos, os lo juro, en que ya no pudiendo resistir mas al horrible sufrimiento pensé en dejarme morir.. pero no tuve valor para esto. Me bastaba acordarme del infame envenenador, para proponerme vivir á toda costa. ¡Era necesario vengarme! ¿Me preguntareis cómo?

—¡Me asustais!—contestó el doctor Alfonso.—No lo digais.

—Oh, sí es preciso que os lo diga: oidlo: descubriendo á la madre el paradero de su hijo. Nada de tribunales. Esto me hubiera perdido tambien á mí, y para él no hubiera sido ningun castigo. El demonio del hombre se hubiera salvado, y de esto, mil veces mayor tormento, para él, no se salvará.

CAPÍTULO IV.

Cuestion científica.

Al dia siguiente ambos doctores volvieron á reunirse. La escena que pasó entre ellos fué diversa.

Era de dia y se hallaban en frente de una mesa redonda llena de copas y botellas. La conversacion era puramente científica y con motivos de la prolongada locura del conde de la Morlotte.

Al doctor Mauricio no le cabia en la cabeza tan larga prolongacion del estado del conde y decia:

—No comprendo del todo tan raro fenómeno, yo que tengo sobre las manifestaciones de la razon ciertas creencias de escuela.

—¿Sois sistemático?—preguntó sonriendo su colega.

El cual contestó:

—¿Cómo puede ser que haya habido tan gran suspension de sus facultades mentales sin terribles alteraciones encefálicas? Y si el cérebro estaba enfermo, ¿cómo no se ha declarado su enfermedad totalmente? es decir ¿cómo ha manifestado tan gran impasibilidad durante tanto tiempo?

—Las facultades perceptivas,—respondió el doctor Alfonso,—encargadas de percibir las sensaciones, tienen por carácter fundamental percibir cada una las que le corresponden: una las existencias, las unidades, los individuos; otra los colores, otra las formas, otra los números, otra los tonos, etc. Esto ya lo sabeis vos.

—Sí,—respondió el doctor Mauricio.

—Cada una—continuó el doctor Alfonso,—tiene de funda-

mental percibir cierto atributo de los cuerpos, y no otro, formar una idea relativa á los objetos ó algunos de sus atributos, y mas circunscritas aun quelos sentidos, no se estralimitan mas allá del círculo de sus ideasrespectivas.

—Corriente.

—Pues bien; dentro del círculo de estas ideas, cada facultad perceptiva puede ser modificada al infinito en su modo de percibir: primero, por el modo como se haya verificado ó verifique la sensacion, de la cual se hace cargo para la formacion de su idea particular ó concreta; segundo, por el grado de actividad ó potencia de percepcion del órgano; tercero, por las influencias que recibe del estado general del cuerpo, del estado de salud, de enfermedad, de las influenciasa atmosféricas, del régimen ó alimentos y bebidas, etc.

Lo fundamental siempre se ejerce, siempre hay el mismo órden ó serie de ideas, colores, tonos, nombres, formas, lugares, etc., para cada série no hay mas que un órgano, pero este funciona de diferentes modos, segun las circunstancias en que despliega su accion.

Cada cuerpo y cada uno de sus atributos da lugar á una idea concreta; así es incalculable el número de ideas que tenemos con el ejercicio de cada facultad perceptiva. Trátase de individuos, de formas, de colores, de sonidos, de nombres, de números, de lugares, de hechos, ¿quién les pondrá límites? ¿Y habrá necesidad de órgano diferente para cada série de esas ideas?

No: el de las formas, por ejemplo, siempre percibe formas; porque esto es lo fundamental, esto es su actividad: si las ideas de formas son varias, es porque varias las tienen los cuerpos, y cada uno con los rayos de las que refleja, impresiona de diferente modo; de aquí la diferencia de sensaciones, de aquí la de la idea. El conde de la Morlotte es un testimonio de esto, en el curso de su demencia. No ha sido demente por completo, pero siempre completamente nulo su cerebro para funcionar en ninguno de los órganos de las facultades relativas al tiempo en transcurso y á la memoria del pasado.

Otro tanto podria decirse de todas las demás facultades perceptivas en cuanto estuviesen afectadas.

A esta diferencia de las ideas particulares debidas á los objetos

provocados por medio de la impresion que dejan en los respectivos nervios, añadid las debidas al grado de energía del órgano perceptivo, y las debidas á las influencias de las demás facultades que pueden trastornarse en sus funciones, y vereis como se ensancha el campo de las modificaciones de cada percepcion fundamental, sin que deje de ser el mismo órgano el que funcione en cada série.

Si se me presentan sucesivamente los colores del arco iris me irán impresionando la retina de diferente modo, tendré siete sensaciones diferentes, y percibiéndolas por la facultad ú órgano que aprecia los colores, tendré siete ideas y todas de color. ¿Tendré necesidad de siete retinas, una para cada color? Pues tampoco la tendré de siete órganos perceptivos de colores. Así como basta para sentirlos todos una retina, así bastará un solo órgano perceptivo para percibirlos todos.

Si en vez de siete colores, son siete tonos; ya no me sirve el órgano perceptivo de los colores, es insensible á ellos; porque percibir los tonos es una facultad fundamental, no una modificacion de otra. Mas ella me bastará para percibirlos todos, porque no son mas que modificaciones de tono

Otro tanto podríamos decir de siete nombres, siete ó mas números, lugares, etc.

Los objetos son infinitos, los atributos numerosos, de consiguiente las ideas deben serlo tambien; mas así como por numerosos que sean los objetos y sus atributos, siempre se sienten por uno de los cinco sentidos, así se perciben siempre por una de las facultades perceptivas.

Mientras el órgano de una facultad perceptiva esté sano y no influido por otros hasta el punto de estraviarle, habrá correspondencia entre la impresion del objeto esterior, la sensacion, y la idea que al percibirla nos formamos de ella. Es el estado normal. Mas si esta correspondencia falta; si la sensacion me provoca otra idea del mismo órden, habrá percepcion, pero errada, habrá error de sentido, mejor se diria de percepcion, habrá ilusion.

El doctor Mauricio, interrumpió á Alfonso diciéndole con tono triunfante.

—Doctor, acordaos que hay una escuela que atribuye las ilusiones ó errores de sentidos á los vicios de estos mismos.

—Los errores de sentidos ó ilusiones—continuó el doctor Alfonso, —son siempre fenómenos anormales de percepcion debidos á una falta de correspondencia entre la sensacion producida, y la idea que se forma ó reproduce.

Yo veo un perro y le tomo por un caballo; una silla y la tomo por un hombre; oigo una voz humana, y creo que es un trueno, huelo un clavel y creo que huelo pólvora quemada; gusto el pan, y le encuentro sabor de acíbar, toco el mármol, y digo que me quemo. En todos estos casos tengo ilusiones, errores de sentidos, mejor de percepcion. El perro, la silla, la voz humana, el clavel, el pan y el mármol han impresionado los nervios del sentido respectivo, han producido la sensacion correspondiente; pero, en vez de provocar en cada órgano perceptivo la idea debida, han reproducido la del caballo, del hombre, de la pólvora, del acíbar y del fuego, ha habido siempre idea de un objeto ó de un atributo; pero esta idea no ha correspondido al verdadero objeto ó atributo que ha sido su provocador actual; en eso consiste la ilusion, fenómeno, morboso comun de los locos, en especial ó maníacos ó monomaníacos, y no imposible ni raro en los cuerdos.

—Y ¿por qué,—preguntó Mauricio,—estando enfermo el órgano de una facultad perceptiva, la impresion de un objeto puede provocar la idea de otro?

—Porque en cada facultad perceptiva,—dijo el doctor Alfonso,—las percepciones se prolongan, se conservan, hay memoria mas ó menos duradera y fin de ellas; y este fenómeno nervioso que hace imposibles las reproducciones de las ideas relativas á los objetos que nos han impresionado, al menos una vez, en otra ocasion, no solo se efectúa con la presencia de esos objetos, sino con cualquier otro estímulo que agite, que haga vibrar este órgano.

Así sucede por ejemplo, cuando otra idea estimula un órgano y recordamos cosas que á la sazon no vemos; pero que hemos visto otras veces; así sucede en los ensueños: con los influjos simpáticos de la digestion, ó de ciertas bebidas, se agitan los órganos cerebrales, y se reproducen ideas que nos hacen sufrir alucinaciones; así sucede con la accion de ciertos agentes medicinales, venenosos, ó escitantes.

Pues bien, la sensacion que produce un objeto cuando el órgano de la facultad perceptiva correspondiente no está sano promueve en él una escitacion; le pone en juego y en vez de percibir este objeto, se renueva el recuerdo de otro, tal vez del que está mas vivo en esa facultad por influencia, acaso de un instinto ó sentimiento exagerado, y ahí teneis el error de sentido, la ilusion, debida á una falta de correspondencia entre el objeto escitador y la idea que tenemos.

Así como puede ser una idea la provocada, puede ser otra, cualquiera de las infinitas que tiene el sujeto, de lo cual se sigue que los errores de los sentidos, que las ilusiones ó sus formas son ó pueden ser tan numerosas como las ideas mismas, sin salirnos de la misma facultad, y sin necesidad de que haya órgano particular para cada una de esas ilusiones.

Así como no hay, ni puede haber una facultad perceptiva para cada objeto ó para cada atributo igual de varios objetos, y caben en una misma fundamental las percepciones, su prolongacion y su reproduccion, así tampoco la hay ni la debe haber para cada recuerdo ó memoria de esos atributos relativos á una infinidad de objetos, suscitados por la presencia del que los reproduce, del que, agitando el órgano, hace tener una idea que no es la correspondiente al objeto actualmente escitador.

Las ilusiones pues, ó los errores de sentido, por numerosos ó variados que sean, no necesitan de un órgano particular para cada uno, puesto que bajo este punto de vista, una mala correspondencia entre el objeto provocador y la idea habida es un fenómeno análogo ó del mismo órden que la buena y normal.

El doctor Mauricio preguntó entonces:

—Y las alucinaciones?

El doctor Alfonso continuó sin interrumpirse:

—Una facultad perceptiva no solo tiene el poder de percibir los objetos y sus atributos para formar ideas concretas, sino la de recordar, de prolongar, las percusiones y de reproducirlas con cualquier estímulo que agite y avive este recuerdo.

No solo puede hacerlo con tanta riqueza, que se haga superior el recuerdo de ciertas percepciones á la accion actual del objeto que

provoca este recuerdo, sino que puede reproducirse con la misma vivacidad que si le impresionase el objeto respectivo presente; sin que le impresionase en realidad en aquel acto y sin que haya objeto alguno esterior que, produciéndole una sensacion, se agite el órgano y brote el recuerdo de esta cosa. Eso es lo que constituye las alucinaciones, las cuales no son mas que efectos de memoria, vivas, vehementes, reproducciones de ideas adquiridas en otra ocasion. Es un fenómeno característico de los locos, y muy comun en los ensueños. Un loco está sumergido tal vez en las tinieblas y vé objetos, luces, formas, etc.; son tan verdad para él como si las viera; es que las recuerda con la misma vivacidad que si las impresiones fuesen reales.

El que sueña, ve y oye cosas con tal verdad, como si realmente fuese así. En uno y otro caso; no hay objeto alguno esterior que provoque esos recuerdos; el fenómeno es completamente subjetivo.

Eso es la alucinacion, diferente de la ilusion, para la cual se ha necesitado un objeto esterior para provocar, no la idea que le corresponde, sino otra.

Siendo, pues, posible, siendo un hecho indisputable que en una facultad perceptiva hay memoria de una infinidad de percepciones de su série peculiar, y que esta memoria así puede ser suscitada por cada objeto respectivo que de nuevo obre, como por otro ó por ninguno, sino por una causa interna, una simpatía de los órganos digestivos, por ejemplo, ó ciertos agentes introducidos en la masa de la sangre, una conmocion moral, etc., no se puede negar con fundamento que una misma facultad perceptiva, así como es susceptible de una multitud de ideas de su série correspondiente, adquiridas y renovadas con la presencia del objeto respectivo, lo sea de otras tantas reproducciones puramente subjetivas, con el solo juego de la memoria, con ese poder que tenemos de representarnos las cosas percibidas otra vez, como si estuvieran presentes, y con la posibilidad y frecuencia de los ensueños y de los estados morbosos que avivan esos recuerdos, igualándolos á las realidades en cuanto al efecto que nos producen.

Todo lo que se diga, pues, respecto de que cada ilusion y alucinacion, modificaciones morbosas y anormales de las facultades

perceptivas, necesita de un órgano particular si ha de admitirse la doctrina de la pluralidad de los órganos cerebrales, no puede ser mas infundado, ni mas contrario á lo lógica, analogía y esperiencia. No ha pensado ni un momento en el mecanismo funcional de las facultades humanas, quien tales argumentos opone á la pluralidad de los órganos cerebrales respecto de las facultades fundamenles del alma.

Si os parece inconcebible el que un órgano destinado á una facultad perceptiva fundamentat, sea capaz de percibir y recor ar una infinidad de sensaciones de su série, y de sufrir ilusiones y alucinaciones diversas y numerosas del mismo órden, si no comprendeis, y esto os sirve de base para negar su doctrina, decidme si lo concebís mejor, si lo comprendeis mas claro, haciéndole el cérebro en masa, por su totalidad, siendo no un solo órgano para cada facultad fundamental el que haga eso, sino un solo órgano tanto para lo fundamental como para las modificaciones accidentales de toda série, órden, especie y clase que fuere.

Todavía ha de ser mayor la dificultad y la confusion, porque siendo el cérebro único, siendo él el órgano de todas sus percepciones, ha de tener impresionabilidad para toda actitud para responder á todo estímulo. ¿Si concedeis, si admitís, pues, lo mas, por que no admitís lo menos? Si reasumís en el cérebro solo todas las facultades, á pesar de los incontestables argumentos que os hemos opuesto á esta pretension tan contraria á todo, tan absurda; ¿por qué no lo aceptais respecto de cada facultad, donde os hemos probado que no hay ni puede haber confusion, que cada série de percepciones tiene su modo peculiar de efectuarse? Es un contrasentido, una inconsecuencia muy propia de nuestros adversarios.

En cada facultad perceptiva puede haber, como lo dejo probado, infinitas modificaciones, pero siempre relativas á su especialidad respectiva. Así como todas las modificaciones del sentido de la vista siempre se refieren á la luz y nada mas que á los fenómenos visibles, los del oido, siempre á los sonidos, y así de los demás, así como en el estado de mayor locura ó aberracion no ven los oidos, ni oyen los ojos, ni huelen las manos, ni palpa el olfato, ni ninguno de estos órganos gusta; porque lo fundamental no puede rea-

lizarse sino por su órgano particular; si tampoco se ve que las facultades perceptivas salven su valla; jamás la destinada á los colores pasa en sus modificaciones á ser facultad perceptiva de formas de números, de palabras, etc., ni cada una de estas pasará á ser la de los colores ni cualquier otra, porque cada uno de esos fenómenos es fundamental, y por mucha modificacion que presente, siempre ruedan por su órbita respectiva, siempre se agitan dentro del círculo especial de su impresionabilidad particular, intransformable en otra fundamental.

Pero siendo esto así, ¿cómo ha de poder el cerebro entero darnos cuenta ni de las modificaciones de cada facultad, ni de cada una de estas? Si lo admitimos en cada órgano respecto de sus modificaciones de accion, ¿cómo lo pretendeis en el cerebro entero, único, respecto de lo fundamentalmente diverso? Con nuestra doctrina no hay confusion, todo es claro, con la de nuestros adversarios todo es barullo. Los hechos huyen de su descabellada teoría, porque no cogen en ella. Y se vienen á la nuestra, porque cada uno encuentra su razon de ser y su apropiada colocacion.

Las facultades perceptivas que son susceptibles de existir como simple complacencia en la percepcion, como aptitud para reproducirla y como genio para crear producciones artísticas en su línea, son tanto mas modificadas en su accion, cuanto mayor sea el grado de desarrollo que tengan, por la influencia de otras facultades de sujeto y por la educacion y circunstancias esteriores. Dadle á una facultad perceptiva artística identidad de circunstancias, y no tendrá modificaciones; variad aquellas, y estas se manifestarán sin que ni en uno ni en otro caso haya habido necesidad de mudar de órgano.

En cuanto á los modos de obrar de cada facultad respectiva, llamados elementos ó facultades del entendimiento por los autores, y que existen en cada una constituyendo entendimientos particulares; depende del mayor ó menor desarrollo de cada órgano, ó lo que es lo mismo, de las partes de que este se compone y del grado de energía de cada una.

Resulta, pues, de todas esas consideraciones, que las facultades perceptivas, ya en su ejercicio normal ó formacion de las ideas par-

ticulares, ya en su memoria ó reproduccion, ya en su creacion artística, ya en su ejecucion anormal ó sea las ilusiones y alucinaciones, nos ofrecen la misma ley, el mismo fenómeno que nos han ofrecido los sentidos, los movimientos moleculares y los musculares, demostrando lo infundado de la objecion hecha por los que profesan vuestra doctrina, doctor Mauricio.

CAPÍTULO V.

Continuacion del anterior.

—Sin embargo,—se apresuró á contestar el doctor Mauricio, —las facultades reflectivas se hallan en igual caso.

—Claro está,—contestó el doctor Alfonso.

—Esplicaos:

El doctor Alfonso continuó:

—Su carácter fundamental es comparar, apreciar las semejanzas respecto de la una, y las relaciones de causa á efecto respecto de la otra, y no en una sola série de ideas particulares ó de fenómenos de una especie, sino en todas.

Siempre que hay que comparar, ora sean percepciones de esta ó aquella facultad fundamental, y sus modificaciones, ya normales, ya anormales, ora conmociones de instinto ó de sentimiento, siempre en una palabra que hay formacion de ideas generales, apreciacion de relaciones para la formacion de abstractos, la *comparacion* y la *causalidad* entran en juego y siempre es un órgano particular el que funciona.

Cada uno tiene modificaciones en su modo de funcionar, hay muchas maneras de comparar y hacer relaciones de causa á efecto; mas la actividad fundamental es la misma; el órgano de la comparacion ó el de la causalidad no varia en su ejercicio.

Conforme sean las sensaciones y percepciones, conforme sean los instintos y sentimientos; conforme sean las influencias de los ausiliares y antagonistas; conforme sea su estado de salud, sus grados

de energía ó el de su enfermedad, asi es el modo de ejercerse cada una de esas facultades, las cuales, mas que ninguna otra necesitan de un conjunto de fenómenos diversos para obrar, y como no es posible que ese conjunto sea siempre el mismo, de aquí la necesidad de las modificaciones de cada facultad reflectiva.

Así como la multitud infinita de ideas particulares relativas á la infinita multitud de objetos esteriores y sus atributos no supone su órgano para la formacion de cada una, bastando una para cada série; así tampoco la no menos numerosa cantidad de ideas generales, nacidas de las relaciones entre las concretas, ha de suponer para cada una de aquellas un órgano especial, mientras sea apreciar semejanzas y diferencias una facultad fundamental basta, la comparacion, y basta un órgano; mientras se trata de ver relaciones de causa á efecto, basta otra, la causalidad y su órgano para ella. Los diversos modos de ejercerse ambas no las multiplican, por lo tanto tampoco aumentan los órganos.

La naturaleza, pues, de estas facultades y funciones no las exime de la ley de las demás.

Los instintos y los sentimientos nos presentan fenómenos análogos. Cada una de las conmociones que los particularizan es fundamental; su carácter particular es sentir deseos, conmoverse á la presencia del objeto ú objetos que pueden escitar su concupiscencia ó volicion ó su repugnancia. No porque esos objetos sean varios, numerosos, infinitos, ha de haber para cada uno de ellos un órgano especial que se conmueva, que los desee ó repugne, con tal que todos ellos sean capaces de estimular el mismo instinto ó el mismo sentimiento.

La naturaleza da el fondo en cada instinto y de cada sentimiento no sus formas ó lo que es lo mismo, no determina los objetos de cada uno; porque con todos los respectivos se llena el fin de la facultad moral. Las circunstancias en que se halla el hombre son las que determinan estos objetos, las formas del sentimiento y del instinto.

Compréndese la verdad de esta doctrina, tan poco estudiada por los filósofos quienes, ni han fijado la atencion en ella, por lo cual han dicho tantos desatinos analizando como entra en juego cada instinto y cada sentimiento.

Esas facultades no se ejercen como no haya ideas particulares ó generales que vayan á estimularlas, presentándoles los objetos á que esas ideas se refieren y como las ideas generales nacen de las concretas, estas de las sensaciones y estas de las impresiones hechas por los objetos esternos en los ramos de los sentidos, resulta:

1.° Que como no procede la accion de estos, por lo menos una vez para cada objeto ó sus atributos; no hay ejercicio de instinto ni sentimiento posible.

2.° Que, segun cuales fuesen los objetos, las ideas particulares que se forman, así serán las formas del instinto y del sentimiento, sin que por eso haya necesidad de un órgano para cada forma ó para cada objeto que nos conmueva de ese ó aquel modo.

Siendo los objetos infinitos, numerosos sus atributos, infinitas las ideas concretas, y numerosas, infinitas las generales, y siendo unas y otras los estímulos de los instintos y sentimientos, concíbese como pueden ser tambien innumerables los modos de ponerlos en juego, ó las formas que tomen en la espresion de la actividad fundamental.

El instinto del amor, por ejemplo, tiene por carácter, por accion fundamental, diferente de todos los demás, desear una persona del otro sexo. Esta conmocion necesita de un órgano, el cual entra en accion, en cuanto le llega una idea del objeto propio para conmoverle. Cualquiera mujer puede escitarle en el hombre, y cualquier hombre en la mujer; sin embargo, no hay un órgano para el amor profesado á cada persona. El objeto elegido para realizar el fin de ese instinto, siempre va decidido por circunstancias esteriores, cuya variedad hace variar las formas de esa realizacion siendo siempre el órgano del instinto conmovido, el mismo, susceptible como todos de diferentes grados de energía y no pocas aberraciones.

Baste lo dicho para su aplicacion, y para que quede consignado que estas facultades están sometidas á la misma ley que las anteriores; todas deponen del modo mas concluyente contra las pretensiones contrarias.

Estudiadas las facultades del hombre bajo este punto de vista, que es el verdadero y el mas luminoso, se comprenderán las infinitas formas de la manía y de la monomanía. Para diacnosticar estas en-

fermedades, los médicos no deben atender á las formas accidentales, á los diversos temas que cada loco presenta, porque las consideran resultado de la combinacion de las mismas facultades del hombre, en medio de las cuales se ha estraviado la razon. Buscan lo fundamental, los caractéres, los rasgos esenciales, los signos llamados patognomónicos y en virtud de la presencia de estos, califican de manía ó monomanía la enfermedad y la especializan segun la tema predominante ó característica.

Si es ridículo exigir para cada idea particular ó general respectiva, al estado de razon, un órgano perceptivo ó reflectivo; ridículo seria tambien pedirle para cada idea concreta ó general al estado de locura.

¿Qué son al fin los temas de los locos? ¿qué son las ideas estraviadas, qué son las ilusiones, las alucinaciones, sino ideas ya provocadas por objetos esteriores á los cuales no responden, ya simplemente reproducidas como efectos de memoria, equivaliendo esa viveza á la realidad?

¿Qué son los delirios de instinto y sentimiento, sino negaciones de estos efectos ó estravíos ó exageraciones de los mismos?

El loco ó no ejerce ninguna facultad anímica ó egerce las mismas que constituyen la razon; los locos no tienen nuevas facultades, son las mismas del cuerdo, solo que no se egercen normalmente con la armonía y segun las reglas de la razon humana.

Pues si en estado de salud no hay mas que un órgano para cada facultad fundamental, siquiera ofrezca cada una infinitas modificaciones fisiolójicas en su modo de ejercerse; tampoco puede haberle respecto de las modificaciones patológicas que cada una de esas facultades presenta al estado de locura.

Que un maníaco ó monomaníaco se figure ser caballo, lobo, Júpiter, Dios, la Trinidad, el diablo, un árbol, una figura de barro, vidrio, cera, papel, etc., etc.; que obre en consonancia con su tema, que es la forma de su locura, ¿podrá jamás suponerse que haya de haber para cada una de esas formas maníacas un órgano enfermo? Cada uno de esos locos, al estado cuerdo, ¿no tenian idea de todos esos objetos ó cosas? ¿Se las habrá adquirido funcionando para cada una un órgano diferente? Todo menos que eso. El loco cuando era

cuerdo adquirió todas esas ideas por medio de sus facultades, las perceptivas, si son concretas; las reflectivas, si generales, prévias las sensaciones. Cada facultad perceptiva le dá todas las ideas particulares de su órden respectivo, siendo en todos la misma facultad, como es el mismo sentido el que le dá las infinitas sensaciones de su clase. Cada facultad reflectiva hace otro tanto con las relaciones, los abstractos y la aplicacion á ello de los atributos de los concretos tanto por la necesidad que tenemos de ello, pues de otro modo no seria posible espresar las ideas generales, á servirnos de metáforas para dar mas energía y viveza á la locucion.

Cuando la mente se trastorna, cuando se pierde la razon, el loco tiene ideas actuales ó reproducidas. Las primeras pueden ser erróneas, delirantes, sino corresponden á las impresiones de los objetos que le hieren como en los errores de sentidos y las segundas se le reproducen como efectos de recuerdos con tal viveza que le hacen lo mismo que si sus objetos respectivos le impresionarán á la razon, que es lo que pasa en las alucinaciones; así se le escitan instintos y sentimientos que son los mismos que al estado cuerdo, solo que constituyen delirio porque delirantes son las ideas que los provocan.

He aquí una aplicacion exacta para la clase de locura del conde de la Morlotte.

CAPITULO VI.

Continuacion del capítulo anterior.

—Otras veces—continuó el doctor,—el instinto, el sentimiento es el enfermo, el exagerado, y obrando sobre las facultades intelectuales las domina y modifica su modo de funcionar, no apreciando las cosas como los cuerdos, sino al través del prisma de su influencia.

Mas en unos y otros casos, siempre hay en juego las mismas facultades, los mismos órganos, y así como en el terreno fisiológico cada uno fundamental es susceptible de modificaciones, sin que haya un órgano particular para cada una; así pasa en el patológico, así debe pasar forzosamente; es el mayor de los absurdos el pretender lo contrario.

Siendo muchas las ideas particulares y generales, siendo muchos los instintos y muchos los sentimientos, siendo los grados de energía de unas y otras facultades y casi infinita la conmocion de sus influencias recíprocas, así como la de las circunstancias esteriores, no solo se concibe como deben ser varias las formas del estravío mental, sino que es una necesidad de que así sea, y la esperiencia lo confirma, pues que no hay dos locos completamente iguales en sus formas ó sus temas, aunque en el fondo pertenezcan á una misma clase de locura.

Creo que abusaria de vuestra paciencia, doctor, y haria un agravio á vuestro entendimiento si insistiese mas sobre este punto. No pienso equivocarme si le doy por suficiente y hasta la saciedad discutido, dejando completamente demostrado que las objeciones vuestras no

tienen fundamento alguno sólido, y que está en abierta pugna con todo lo que arroja el estudio detenido y bien hecho de esta parte de la cuestion.

Yo no necesitaba hablaros tanto sobre ella; en pocas palabras hubiera podido refutar esa objecion. Si me he estendido tanto es por lo espacioso del argumento, y porque esos detalles os podrán servir para acabar de comprender el mecanismo de todas nuestras facultades, las cuales, aunque son varias, siempre realizan la misma ley; siempre ponen de manifiesto la tendencia de la unidad de la naturaleza en la produccion de sus fenómenos, respecto á leyes y causas.

Refutada esa objecion, veamos si hay otras y hasta que punto van fundadas.

Esos mismos adversarios de la doctrina que sostengo han creido hallar en las observaciones dichas, argumentos de hecho contra la pluralidad de los órganos cerebrales, suponiendo que en esas observaciones se ven patentes lesiones, no de las facultades particulares como las he admitido, sino de las abstractas, tales como las admiten los que dividen el entendimiento en atencion, sensacion, percepcion, juicio ó comparacion, memoria, raciocinio ó imaginacion, y la voluntad en ciertas pasiones y sentimientos.

Lo diré mas claro.

Pretenden haber probado con hechos que los locos no pierden ni tienen estraviada, por ejemplo, la memoria de los nombres, de los números de los lugares, de los hechos, etc. ni la atencion por la música, la pintura, las ciencias, etc., etc.; ni ninguna de las facultades particulares que hemos incluido en cada uno de los grupos; lo que han perdido es la atencion, la memoria, la percepcion, el juicio, la voluntad en abstracto, generales, sin referirse á determinados objetos, y como nosotros suponemos ó decimos que esas palabras tienen un sentido colectivo, general, sintético, abstracto; que no son facultades concretas, particulares, por lo tanto, y como tales no tienen órgano particular en el cérebro, ni pueden tenerle en parte alguna; resulta que está probado por los hechos que hay alteraciones morbosas independientes de los órganos cerebrales, y que no puede esplicarse por estos ni sus lesiones la desesperacion ó estravío de esas facultades admitidas por los filósofos.

Aquí teneis la objecion tal como esos adversarios la presentan. El sofisma es demasiado grosero para no verle, y además se apoya en un hecho falso, falsísimo.

Ningun médico alienista que sea buen observador ha podido ni podrá afirmar semejante absurdo.

Suponer enfermos susceptibles de estravío, de abolicion ó exaltacion de las cosas abstractas, solo puede hacerlo quien no tenga la cabeza sana, ó quien con la mayor candidez del mundo toma los abstractos por concretos.

Todas estas observaciones, exactas bajo el punto de vista médico, demuestran, ó alteraciones de facultades determinadas en el sentido que las hemos admitido ó una alteracion general que las invade todas por estar atacada toda la masa encefálica. Mas aun cuando así no fuese, poco importaría que vos ni cualquier otro hubiese creido que tales observaciones prácticas confirmaban la existencia de las facultades intelectuales y afectivas en los términos que las admitia Caudillac como la mayor parte de los psicólogos. Aquellos creian en esas facultades así condenadas en abstracto; tomaron de los filósofos lo que estos les decian, sin examinar hasta que punto es exacto, como lo están haciendo todavía cuantos médicos no profesan la doctrina psicológica del cérebro.

Ellos y vos tambien, doctor, en vuestro laudable empeño de probar que las lesiones del entendimiento y de la voluntad podian ser parciales; que podia un sugeto estar loco de la voluntad y no del entendimiento, y vice-versa; que no siempre se está loco por todo el entendimiento ni por toda la voluntad, en lo cual han hecho un gran bien, no solo á la ciencia, sino á la humanidad, pues mucho se les debe bajo este aspecto: adujeron como prueba los hechos que habian observado para poner fuera de duda que hay lesiones de la memoria, de la atencion, de la percepcion, del juicio, de la imaginacion y de los sentimientos, ó lo que es lo mismo, que no siempre están lisiadas todas las facultades del hombre; que pueden estar unas sanas y otras enfermas.

De esta suerte probaron, en efecto, la parcialidad de las lesiones, la existencia simultánea de facultades del alma, enfermas las unas, las otras sanas, contra los que no admitian las monomanías y las

manías parciales, sin delirio; pero probaron mas de lo que ellos creian, ó de lo que creeis vos, porque no solo demostraron con aquellos hechos prácticos que es una verdad esa parcialidad de lesiones intelectuales y afectivas, sino que pusieron de manifiesto que, en vez de estar enferma la atencion general en abstracto, absoluta, sin referencia á esa ni aquella, siempre se relaciona con objetos determinados, y si hay negacion general, sin afeccion general del cerebro, se esplica por la absorcion de una alucinacion que vuelve insensible á todo llamamiento esterior y estraño á la idea ó sentimiento predominante; que la pérdida ó exaltacion de la memoria siempre es relativa á determinadas cosas, y que otro tanto sucede respecto de las demás facultades del entendimiento, igualmente que las de la voluntad, pues en esos casos prácticos se ven los instintos y los sentimientos que estaban lisiados y los que no, todo lo cual dista mucho de presentar lesiones en facultades abstractas, tales como hablan de ellas los metafísicos.

Aun cuando se les encuentre pasajes en los que digan que habia dañada la atencion, la memoria, el juicio, la voluntad, bien agenos estaban de suponer que lo estaban todas las atenciones, todas las memorias, todos los juicios, todos los instintos y todos los sentimientos. Si usaban de esas voces abstractas, era para la mayor facilidad de locucion, espresando el carácter general de las lesiones parciales, jamás la idea de suponer enfermas facultades en abstracto.

Se engañan profundamente por lo tanto los que así opinan, fundándose en tales observaciones, y les podemos citar estos mismos hechos á que se refieren, como pruebas prácticas patológicas de que el cerebro no funciona por toda su integridad sino por partes, por órganos que funcionan independientemente, por lo cual son posibles esas lesiones parciales que tanto empeño tuvieron en sostener, guiados por lo que les habia dado la observacion y la esperiencia.

El doctor Mauricio dirigió á Alfonso varias preguntas sobre esto y despues dejó que continuara.

CAPITULO VII.

Continuacion del capitulo anterior.

El doctor continuó:

—¿En dónde están estas lesiones del entendimiento, de la voluntad en abstracto, en globo, sin determinar que facultades del uno y del otro están afectos? ¿Dónde está esa locura de todas las atenciones, de todas las memorias, sino están malos todos los órganos?

¿Y cómo no habia de ser así, si lo contrario es un absurdo?

Un acto fisiológico sea normal, sea anormal no puede realizarse sin un órgano que lo ejecute, y así como no la hay para las facultades abstractas al estado de salud, tampoco puede haberle para las mismas al estado de enfermedad.

Está probado hasta la saciedad que las facultades admitidas por los psicólogos están espresadas con palabras de sentido colectivo ó abstracto; que representan conjuntos de actividades de un mismo órden por lo que tienen de comun, y así consideradas, que es como deben considerarse á fuer de abstractas, de espresion, de relaciones, no tienen ni pueden tener órgano particular; no pueden por lo tanto, enfermar, no puede haber enfermos que las presenten lisiadas de esa manera.

Es un absurdo semejante supuesto.

Representando esas voces, con que los filósofos designan los elementos del entendimiento humano, conjuntos de facultades de un mismo órden, cada uno por lo que tiene de comun; solo puede decirse que está lisiada la atencion, cuando todas las atenciones faltan

ó se ejercen mal; que lo está la memoria, cuando nada se recuerde con exactitud, así como no puede decirse que esté perdida ó afectada la movilidad porque haya algunos músculos paralizados, ni perdida la sensibilidad porque algunos nervios no sientan.

Si no se dice, pues, que esta perdida ó enferma la movilidad y la sensibilidad, sino cuando no hay ningun movimiento, ningun músculo hábil y ningun sentido en ejercicio ó sensible, ¡por qué se ha de decir que lo está la atencion, sino han enfermado todas las atenciones; la memoria, sino se han perdido todas las memorias, la voluntad, sino se han apagado ó estraviado todas las voliciones, todos los instintos, todos los sentimientos!

¿Y sucede eso en la locura?

En los casos de lesion parcial, ¿hay esa pérdida, esa lesion universal, esa lesion general?

No.

Si no hay una atencion, una memoria, un juicio, una imaginacion, hay otras, si no hay un instinto, un sentimiento, hay otros.

No hay una manía tan general que no deje íntegras algunas facultades y ninguna monomanía que presente lesion alguna de facultades en abstracto; siempre las liciadas son concretas.

Tan destituido es ese argumento como todos los demás; es otro sofisma fácil de destruir, sin que haya podido hacer vacilar, ni por un momento, mi doctrina.

El doctor Mauricio, despues que su colega hubo hecho aquí un momento de descanso dijo:

—Doctor es un resultado constante del defecto de ejercicio, la atrofía de los órganos y la imposibilidad de volver á desempeñarle. Siendo esto así, ¿cómo los órganos de ciertas aptitudes é inclinaciones que han permanecido inactivos, desde la creacion del mundo hasta el tiempo en que han podido entrar en juego, puesto que los objetos que los han desenvuelto no se habian conocido sino con el transcurso de los siglos y los progresos de la civilizacion; como respeto, no se han atrofiado estos órganos por tantos siglos ociosos?..

A lo cual al doctor Alfonso contestó:

—¿Qué ideas os habeis formado de las facultades del hombre y de su ejercicio que tan peregrino argumento usais?

Veamos como incurrís en un silogismo ridículo.

La premisa es falsa. Lo probaré.

Eso de atrofiarse los órganos que no se ejercen, como no haya, otra razon que la falta de ejercicio, no es cierto, ni en la vida orgánica, ni en la vida intelectual y moral.

Que no sean tan espéditos, que sean algo torpes en su funcion, despues de un reposo demasiado sostenido, es verdad, pero que lleguen á atrofiarse hasta el punto de quedar inhábiles para su funcion particular, eso jamás.

Y aun cuando eso así no fuese, quisiera saber si es posible esa suposicion tan peregrina que haceis: si ha llegado, si ha podido llegar el caso que suponeis de haber estado desde la creacion del mundo por muchos siglos ociosos ciertos órganos. ¿Os habeis olvidado que estamos cada próximo pocos años en ese valle de lágrimas?

Segun os espresais, no parece sino que todos los hombres, doctor, hemos vivido desde los tiempos de Adan acá, puesto que han transcurrido siglos antes de los descubrimientos que han puesto en juego ciertos órganos ociosos. ¡Vaya una broma tan pesada, doctor, para seres que con rarísimo privilegio viven ciertos años!

Si ese ocio de los órganos fuese posible, y en su consecuencia, la atrofia; no nos hableis de siglos, habladnos de años, y gracias; porque lo mas que pueden tener de ociosidad los órganos de cada sugeto de la especie humana, en la cual los Matusalenes ni son ya *rara avis*, son algunos fragmentos de centurias.

El hombre que nace hoy, no trae órganos ociosos de cinco mil ochocientos cuarenta y ocho años, como por un error de cálculo venís doctor, suponiéndolo; los trae nuevecitos, acabaditos de nacer, y léjos de atrofiarse, le van creciendo todos los dias hasta los veinte y cinco años.

¡Si traeremos al nacer la fecha de todos nuestros antecesores!

Pero en fin, yo quiero saber cuales sean estas aptitudes é inclinaciones, cuyos órganos han estado ociosos por espacio de tantos siglos, por lo que han debido atrofiarse.

¿Son acaso los de los instintos, los de los sentimientos?

¿Y quién se atreverá á decir, si no ha perdido el uso de la razon, que los instintos y sentimientos que tenemos hoy dia, no son

los mismos que han tenido todas las generaciones desde la primera, y que tendrán todas las venideras hasta la última?

¿En qué edad del mundo no ha habido manifestaciones de todas las facultades morales del hombre?

Ahí teneis la historia sagrada y profana, ahí están los libros de Moisés y las poesías de Homero. Ahí teneis todas las creaciones mitológicas, donde se refleja toda la moral del hombre, y os contestarán por mí.

En el decurso de los siglos habrán podido variar las formas, los objetos, sobre los cuales se habrá ejercido toda facultad moral y como varian tambien en los paises, y en cada uno de los hombres.

Mas en el fondo, en lo fundamental, lo mismo es hoy que en los tiempos de Adan y de Noé, y lo mismo será en los siglos venideros; y así las presenta el hombre del Norte como el del Sur, el de Oriente como el de Occidente, el de un hemisferio como el de otro; el de una como el de otra raza.

El hombre tiene su código natural, único, y ese código no varia como los humanos, civiles y criminales.

CAPITULO VIII.

Continuacion del capitulo anterior.

—Ahora, amigo,—dijo el doctor Alfonso,—objetareis que si un órgano de facultad determinada puede serlo de esta y de sus modificaciones, el cérebro podrá serlo tambien de todo, considerando como modificaciones de su actividad las facultades fundamentales.

Eso es desconocer completamente las sólidas y lógicas razones de toda especie que hemos aducido para probar que toda facultad fundamental necesita un órgano, y que no lo necesitan las modificaciones; eso es desconocer completamente que el cerebro, que un órgano único no se halla, ni puede hallarse con las condiciones de cada órgano para hacer posibles las manifestaciones de facultades fundamentales.

Que cada facultad fundamental necesita un órgano particular; que las modificaciones de que cada una es susceptible no le necesitan, lo hemos visto hasta la saciedad en todos los grupos de facultades; lo hemos visto minuciosamente en las nutritivas: en los movimientos musculares y en los sentidos, y nadie es capaz de decir lo contrario, porque salta á los ojos de la evidencia; aquí no cabe tal negacion en un hombre cuerdo.

Lo hemos visto en las facultades intelectuales, en los instintos y en los sentimientos, sino de un modo tan objetivo, tan palmario como en aquellos tres primeros grupos, de un modo no menos concluyente, por exigirlo así la ley de la organizacion, en esto potentísima.

Hemos visto mas, que siquiera un órgano destinado á desempeñar una facultad sea susceptible de modificar su accion peculiar, siempre rueda esa modificacion dentro de un círculo, jamás invade el de otras.

Modifíquese cuanto se quiera la accion del nervio óptico; verifíquense como quiera las sensaciones de la vision, siempre son fenómenos provocados por la luz, propios de ese agente agitador, jamás de los sonidos, olores, sabores, ni superficies, consistencias ó temperaturas.

Otro tanto sucede respecto de los demás sentidos en lo que á cada uno corresponde.

Los errores de sentido y las alucinaciones nos han ofrecido el mismo ejemplo; la observancia de la misma ley.

Jamás un sentido en sus estravíos da lugar á errores de otro, menos aun á alucinaciones pertenecientes á otras ideas que las que se adquieren por él.

Podrá haber malas correspondencias entre un objeto y sus atributos apreciados por medio de la vista, y las ideas del mismo órden; pero jamás una cosa provocara un error de sentidos en el otro.

Podrá, si se vé un perro, tomarlo por un caballo; pero no creerá nadie en vez de verle, que oye una campana, ni que huele una rosa, que coma naranjas ó que toca un mármol.

La vista de un perro podrá hacer ver que ladra, que acomete, etc.; mas el fenómeno de la vision se ejerce bien, no hay en el error de sentido; lo que hay es alucinacion, provocada por la percepcion del animal, y efectuada por el estado en que á uno le deja el miedo al perro, y esa provocacion es un efecto de las influencias recíprocas de las facultades, capaces de escitar recuerdos con mas ó menos viveza, no una invasion de una en otra.

Un ciego de nacimiento no tiene errores de sentidos en todo lo que atañe á la vision, ni puede tener alucinaciones en lo mismo.

Ya puede estraviársele como quiera cualquier otro sentido; jamás se le provocará una alucinacion de color, ni de forma, ni de nada visible, pues como no ha tenido nunca una idea de este órden, tampoco puede recordarla.

Ahí teneis doctor,—dijo el médico Alfonso,—una prueba irrefragable de la imposibilidad de invadir un sentido y unas facultades perceptivas otras.

Otro tanto le ha sucedido al sordo-mudo de nacimiento, respecto á todo lo que son sonidos.

Léjos de probar las modificaciones de una facultad la necesidad de un órgano para cada una de ellas, demuestra la necesidad de un órgano para cada facultad fundamental: puesto que siquiera este no se ejerce del mismo modo, jamás se sale de su esfera, jamás invade ni es invadida, jamás sustituye, ni otras las sustituyen á ella.

El cérebro, único como órgano solo y condicion material de todas las facultades en masa, no puede hacer lo que los órganos particulares, porque las facultades de estas no son meras modificaciones, son fenómenos fundamentalmente diversos.

Las diferencias de manifestacion no son simples modos de una accion misma, sino acciones en esencia, en naturaleza distintas, y estas no pueden ser desempeñadas por un órgano solo; hemos demostrado que en ninguna organizacion, tanto animal como vejetal, sea cual fuere el órden de facultades, hay un solo órgano que reasume las funciones de los demás.

Suponer que el cerebro es capaz de eso, es negar la existencia de una ley á todas luces evidente, constante é invariable en toda organizacion.

Tened en cuenta, además, que esas modificaciones de que cada facultad fundamental es susceptible, no solo son debidas á su grado de desarrollo y modos de funcionar, sino tambien á las influencias de las otras y de las circunstancias esteriores.

Recordad que las hay ausiliares y antagonistas; unas con tendencias iguales, otras opuestas.

Pues bien, nada de eso es posible, siendo único el órgano de todas ellas. Ni hay posibilidad de modificaciones debidas á diferentes grados de desarrollo y energía parciales, ni debidas á ausiliares ni antagonistas. Un órgano único que no funciona por partes sino en masa, siempre obra en todo del mismo modo: débil si es débil, fuerte si es fuerte, como el génio, como la medianía ó como la nulidad.

Es ocioso, doctor, que enumere aquí las incontestables razones teórico prácticas fáciles de aducir para combatir las doctrinas que proclama el cérebro como órgano único de las potencias anímicas.

Dar á cada facultad un órgano susceptible de modificacion en su modo de funcionar, debidas á varias causas, sin necesidad de otro mientras aquellas no se salgan de su círculo respectivo, es ponerse de acuerdo con las leyes de organizacion y los hechos que la observancia y la esperiencia nos presentan.

Suponer que no hay para todas sus facultades y modificaciones mas que un órgano único, es hacer inesplicables los fenómenos que ofrece el hombre en la manifestacion diversa de sus actividades, y marchar en pugna abierta con las leyes de la organizacion y los hechos prácticos de la misma.

La eleccion, pues, no es dudosa. Sus objeciones son tan nulas como las de los demás, y sobre todo mas ridículas.

Acusaciones de esta especie no merecen la pena de ser refutadas.

Que esto que aclama conduce á legitimar el imperio de la fuerza, se funda en que con la pluralidad de órganos y debiéndose á estos la facultad del hombre, no puede haber una ley soberana que emcarga y enseñe á todos los deberes y obligaciones que tienden al cumplimiento de un objeto comun; es que niega el poder de la educacion, y que, en vez de considerar la sociedad y los deberes sociales como efectos de esa ley, los consideramos como efectos de la organizacion: todo lo cual está contrariado por la historia de los pueblos que se ha ido mejorando bajo el imperio de esa ley.

Prescindamos doctor, de si proclama ó no la doctrina del egoismo y el absolutismo, porque eso no es aquí de cuestion, mas puesto que lo atribuís á estas condiciones; decidme si en cuanto llevo dicho habeis visto ni una sola proposicion que tenga con esa doctrina el menor punto de contacto.

Si admitimos en el hombre instintos y sentimientos, que, predominantes y exagerados, avasallando los demás y junto con ellos la reflexion, pueden volverle egoista, tambien los hemos admitido antagonistas de esta tendencia.

Obraríais, doctor con mas acierto estudiando mejor la doctrina que combatís, antes de levantar acusacion contra de ella.

Lejos de respirar absolutismo y apología de la fuerza, nuestra doctrina es su mayor enemigo, y la prueba, aun cuando faltaran otras mucho mas eficaces, estaria en que precisamente los que mas nos combaten son los absolutistas y partidarios de la fuerza.

Si el hombre no tuviera mas que un impulso sin frenos en sí mismo para contenerle, de seguro que se levantaria el imperio de la fuerza; mas teniéndolos varios y encontrados y además la reflexion que tanto puede refrenar la voluntad emitida. ¿Por dónde colegís que la pluralidad de órganos ha de conducir al imperio de la fuerza y de la astucia, y ha de impedir una ley que enseña los deberes y obligaciones sociales?...

El doctor adversario del de la Morlotte, se puso á reflexionar, pero nada dijo. Mas este prosiguió:

—Y ¿quién os ha dicho que la educacion sea impotente para dirigir los instintos y sentimientos del hombre?

Si hay alguno de ciertos instintos y sentimientos escesivamente desarrollados, que se hagan superiores á todo, es verdad, la educacion nada puede y ahí están no pocos ejemplos que por desgracia lo demuestran.

Mas creed que la inmensa mayoría de los hombres, ley orgánica y social, tienen las facultades medianamente desenvueltas, y que en esas organizaciones sienta su imperio la educacion, la cual impotente como todo para derogar facultades, si existen, y para darlas si faltan, puede refrenar los malos instintos con la ayuda de los buenos, la reflexion y la instruccion.

La desigualdad de organizacion que se mira como un obstáculo para la igualdad política y la libertad, es un hecho, y es altamente ridículo para nivelarla como tal obstáculo.

Tanto impide esa igualdad y libertad de diferencia de organizacion, como la estatura y la fisonomía.

Quien de tales armas se vale para discutir, está desautorizado como hombre lógico y no deberia ser admitido en el debate, por no hacer mas que ruido y levantar polvo.

No os seguiré en las demás reflexiones de vuestra escuela.

Ahora bien: demostrado que el hombre tiene cierto número de facultades para llenar su destino; que estas facultades han de ser des-

empeñadas por órganos, que no pueden serlo por otras que por el cerebro, y que es e no puede funcionar íntegro sino por partes; podria completar este estudio, viendo, si es posible determinar esas partes si es posible decir y señalar á tal facultad corresponde tal órgano ó tal parte del cerebro; si es posible, en fin, por la configuracion de la cabeza del hombre conocer las facultades que predominan en él, y decir en vista de ello, cual es la aptitud industrial, artística y científica y cual su carácter moral.

He aquí doctor una cuestion grave, de grande, trascendencia, que ha llamado la atencion de los sabios de todos los siglos y que desde el principio del actual ha tomado gigantescas proporciones, elevando esos estudios á la categoría de un sistema y de una doctrina, contra la que se han levantado los filósofos de todas las escuelas, porque á todas ha venido á contrariar, no precisamente por el señalamiento y designacion de cada parte correspondiente á cada facultad, sino por el modo de concebir los elementos de la razon humana.

El Dr. Gall, es el que mas ha descollado en linea y á la aparicion de su sistema, quedaron eclipsados todos los esfuerzos anteriores, hechos con el objeto de localizar las facultades del hombre.

La *croneoscopia* como sistema es verdaderamente de Gall.

¿Ajitaré esta cuestion? ¿Entraré de lleno en ella? ¿Me empeñaré en probaros ó negar, que sea posible la designacion material de cada órgano correspondiente á cada una de las facultades que hemos admitido.

No, amigo mio, no entraré por entero en esta cuestion.

Yo me he fundado á rebatiros solamente en los actos esteriores del hombre, en las manifestaciones prácticas de sus actividades tanto de su vida orgánica como de la relacion, en los hechos que están al alcance de todos, que todos pueden observar y someter á la prueba esperimental, considerándolos con razon como resultados forzozos, como efectos necesarios de potencias interiores é inherentes á la organizacion humana.

He comenzado por observaros todos estos actos, todas esas manifestaciones esteriores.

Sentada esta base natural, siendo fuera de toda duda, vistos los

fenómenos he debido buscar sus causas: los actos suponen necesariamente accion y ajentes; de aquí la deduccion lójica de que, puesto que el hombre presenta fenómenos de vida nutritiva, estática, sensible, moral é intelectual, habia de haber en él como deseos, potencias ó facultades relativas á cada uno de esos fenómenos; principio no menos inconcuso que el primero y comunmente lójico.

Establecida la ecsistencia de potencias y facultades, he debido afirmar que habian de tener condiciones materiales para realizarse puesto que ninguna potencia, ninguna facultad, ninguna fuerza puede obrar sin esas condiciones.

Estos son los órganos.

Así como las facultades ó funciones orgánicas, los movimientos musculares ó los sentidos, tienen sus órganos respectivos; sus órganos respectivos deben tener las percepsiones, la reflexion, los instintos y los sentimientos.

Considerados todos como actos de la vida, como funciones, la ley de la organizacion ecsijia que les diese órganos para poderse realizar.

Puesto que siendo funciones, que siendo potencias, han de tener órganos, he debido investigar cuales son estos, y el estudio me ha inducido á demostrar que el cerebro es el órgano central de todos ellos; y que solo él puede serlo.

Por último, siendo fundamentalmente diferentes en fenómenos deben de serlo sus potencias ó causas, y siéndolo estas, un solo órgano funcionando en masa, no podia serlo, tenia que funcionar por partes. De aquí el principio doctrinal de la pluralidad de órganos.

Para todo esto no me ha hecho falta ninguna el estudio de la localizacion de las facultades, ó la designacion de los órganos encargados de ella.

La doctrina fisiológica puede llegar á un grado de evidencia, sin contar para nada con la *croneoscopia*.

Ya habeis visto doctor, que no la he necesitado, no he hablado de ella como si no ecsistiese, como si nadie hubiera pensado ni soñado en semejante cosa.

En la profusa multitud de pruebas anatómicas, fisiológicas y patológicas que acaso hubiera deducido para probar que el cerebro es el

órgano del alma, y que funciona por partes, nunca he dicho palabra alguna ni hubiera intentado semejante cosa, para probar de determinar las partes á que corresponden las facultades.

Que sea ó no verdad la doctrina de Gall sobre la configuracion del cráneo, y las protuverancias, designadoras de determinadas facultades, la filosofía fisiolójica siempre será la misma, porque no se puede en la craneoscopía, no tiene nada que ver con ella; son dos cosas independientes, verdad que es necesario no perder jamás de vista; porque son muchos los que la confunden, y de sus objeciones dirigidas contra la una, deducen la falsedad de la otra.

No es, pues, la craneoscopia de lo que me he servido para tratar al conde, cuyo fenómeno, fisiológicamente, considerais admirable. Bajo el punto de vista de la doctrina espuesta he visto siempre su curacion posible. Los hechos han venido á justificarlo. La parálisis de todas las facultades psíquicas del conde, no radicaba en una enfermedad total del cerebro, sino en los órganos del tiempo, de la causalidad y de la comparacion, afines todos. Restablecidos estos en sus libres movimientos, han adquirido los demás su lucidéz y actividad solamente interrumpida.

. . . . . .

Aquí dió fin el doctor á su discurso. En cuanto á nosotros que ya sabemos que el tal doctor era un sabio, no nos ocuparemos mas de este asunto y proseguiremos al hilo de la narracion.

CAPÍTULO IX.

Recuerdos.

Era una mañana muy temprano, es decir, como todo es relativo en este mundo, seremos mas esplícitos, diciendo que eran las nueve de la mañana. En la casa de un conde de la mas antigua nobleza era muy de madrugada.

Toda la familia de los Morlotte dormia, pues, á pierna suelta. Mas Santiago velaba, inquieta y desasosegadamente, sentado en un sillon inmediato á los balcones que daban á la galería del jardin.

No se hallaba solo, porque el criado, el viejo y atento servidor suyo, permanecia allí con la vista fija siempre en su amo y aguardando sorprender en el menor de sus movimientos el mas insignificante de sus deseos.

Con frecuencia el conde miraba el cuadrante de un reloj de pared que habia en la habitacion.

Eran como hemos dicho las nueve; pero eran en punto en el indicado reloj.

El conde al observarlo suspiró profundamente y dijo como si hablase consigo mismo:

—¡Las nueve; y el doctor no se halla aquí todavía!

El criado, aun cuando no se le dirigia á él la palabra contestó:

—Bien poco deberá tardar... Ya sabe su merced que el señor doctor no tiene la costumbre de hacerse esperar.

Entonces el conde miró al criado y dijo:

—¡Ah! ¿estás aquí?

—Señor,—contestó;—estoy siempre á vuestro lado. El único objeto de mi vida consiste en serviros.

—¡Lo sé; lo sé!—esclamó el conde: eres mi buen amigo...

—Vuestro leal servidor.

—Mi amparo; el que has tenido que soportar todas mis molestias, todas mis rarezas y contrariedades.

—¡Señor!...

El criado se consideraba confundido ante el elojio que de él hacia su amo, sin embargo de merecerlo por completo.

Mientras sostenian este pequeño diálogo, se oyó ruido de pasos y á continuacion resonó el timbre de una campanilla.

—Aquí está,—esclamó el conde.

Efectivamente; el criado levantó el pestillo de la puerta y el doctor se presentó.

Tenia la costumbre el criado de interrogar al doctor con la vista, cada vez que entraba á ver el conde, si debia quedarse en su compañía ó no. Esta vez, como todas, fijó su mirada en él, y la contestacion fué con un apenas perceptible movimiento de cabeza que le dió á entender podia retirarse.

El criado se deslizó dejando solos al conde y al doctor.

Este último suplicó al conde que se sentase y ambos lo verificaron el uno al lado del otro.

—Ay, doctor;—dijo el conde;—si supierais que mala noche he pasado!

—¿Y esto?—le contestó—¿porqué, quereis que vuestra salud se resienta?

—No lo quiera Dios. Pero los acontecimientos vienen á agravarlo todo. A medida que voy recordándolo todo; á medida que voy haciéndome cargo de las cosas; creedlo, sufro mucho; sufro terriblemente.

—Esto es natural, pero no en tan alto grado como manifestais. Es necesario tener valor y la mejor prueba de valentía que un hombre puede dar, no lo dudeis, señor conde, la mejor y mas importante prueba de todas, está en la resignacion. Hay golpes en la vida humana que no pueden repararse de otro modo.

—Ya lo sé... pero ¿qué quereis? os aseguro que he pasado mala

noche. La pérdida de mi pobre hermano; los acontecimientos sobrevenidos á su persona despues de mi desgracia; todo me tiene contristado, abatido y dominado por un dolor profundo y desgarrador. ¡Ah! si supierais doctor, le amaba tanto!

—Bien lo creo.

—Y al pensar que sin duda nadie habrá sabido mas de él...

—¡Oh! esto es imposible de adivinar ¿quién sabe? Las noticias que os dí ayer noche pueden todavia arrojar alguna luz sobre esto.

—No veo, sin embargo indicio alguno. Porque ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Por ahora: teneis razon nada; pero con el tiempo.

—Nada tampoco; ya lo vereis doctor.

A lo que el conde y el doctor se referian, era á la carta del obispo de L. dirigida al conde Morlotte y entregada como ya saben nuestros lectores á la madre de Eva.

El doctor le habia hablado de esta particularidad; pero el conde no recordaba que le hubiesen unido nunca relaciones con el obispo de L*** cuyo nombre y apellido le reveló. No solamente no le conocia sino que aseguraba no haber oido en su vida pronunciar semejante nombre.

¿Por qué, sin embargo el doctor, buscaba hallar cierta relacion entre aquella carta, que Eva guardaba en su poder como una reliquia y el hermano del conde, Diego, de quien hemos esplicado la historia á grandes rasgos?

Hay presentimientos; verdaderos presentimientos en el corazon humano.

Ya nuestros lectores saben la relacion que realmente habia: pero ni el conde ni el doctor podian, por esfuerzos que hiciesen, hallar el hilo que pudiese ponerlos en situacion de descubrirlo. Habia por fin de llegar este caso. Y esto no podia ser de otro modo que leyendo el contenido de la carta que Eva guardaba en su poder.

¿Por qué no se la habian entregado á aquellas horas?

La razon era bien sencilla. El doctor no lo habia estimado oportuno por razon de la enfermedad del conde. Antes, es decir, durante el estado de demencia suya hubiera sido completamente inútil, porque ¿qué hubiera resultado? Nada. Lo mismo que si se hubiese

confiado al fondo de una tumba, ningun provecho hubiera resultado. Pero en la situacion en que ahora el conde se hallaba; era todo diferente. Cuando este habló al doctor de su hermano, aquel creyó ocasion oportuna hablarle del obispo y de la carta.

Despues de seguir durante algun tiempo conversando los dos sobre ambas cosas á la vez, el conde dijo:

Pero amigo mio, ¿cuándo será la hora de leer esa carta, de ver á esa mujer, de conocer quien era el obispo en cuestion?

—¡Ah! esto aguardaba que me preguntaseis vos.

—¡Yo! ¿acaso no estoy á vuestra disposicion en todo?

—Esto no obstante, os diré que vos sois quien debeis fijar la hora, el dia...

—Al instante,—respondió el conde,— al instante; sí por mí fuera ahora mismo.

—Pues bien, sea como vos quereis... Y si os he de decir la verdad no esperaba menos de vos. Ayer no os acordasteis mas que de lamentaros, no pudisteis hacer otra cosa que sentir, ya sabia yo que hoy querríais saber el contenido de la carta y ver la persona en cuyo poder se halla.

—¡Oh! todo lo adivinais; todo lo prevenís. Doctor ¡cuan agradecido estoy! De modo que hoy mismo...

—Os he dicho que no ignoraba vuestros deseos de este instante.

—Hoy mismo podré leerla, verla...

—Si quereis en este mismo instante. No he de hacer mas que llamar fuera de esta puerta.

El conde sonrió afablemente y dijo:

—¿Pues no lo he de querer?

El doctor se levantó y se encaminó á la puerta.

CAPITULO X.

La cajita de metal.

Detrás de ella se hallaban Sor María del Desengaño y Eva.

El doctor, le hizo una seña con la mano á tiempo de decirlas:

—Señoras, el señor conde de la Morlotte se sirve suplicaros que entreis.

Acto contínuo tomó una por cada mano y dijo al conde:

—Señor, aquí teneis lo que deseábais.

El conde se inclinó reverentemente ante Sor María del Desengaño y despues saludó con afabilidad á Eva.

Hizo el doctor su mútua presentacion y luego tomaron asiento.

—Señor,—dijo este mismo.—Hace tres años que una madre desamparada de todo el mundo, con una hija de la mano, se apeó de un coche á la puerta de esta casa. Llegaban á ella con el ánimo contristado y el corazon abatido; llamaban á la puerta de esta casa como el pobre á las del convento, despues de haber agotado todos los recursos que la miseria encuentra consigo misma. Un criado salió á abrirlas y figuráos cual seria su sorpresa al oir de los labios de la madre el nombre vuestro. Aquella mujer preguntaba por vos, señor conde, por vos, que permaneciais hacia mas de medio siglo encerrado entre las cuatro paredes de un gabinete como entre las cuatro losas de una sepultura. Puede ser que el criado en medio siglo no hubiese oido nunca preguntar una sola vez por vos en la puerta de vuestra casa. Aquella madre, con su hija de la mano acababan de llegar de tierra estraña, y se presentaban, puede decirse, con el polvo de la carretera.

—¡Gran Dios!—esclamó el conde.

Sor María del Desengaño humilló la frente sobre el pecho.

El doctor continuó:

—Sí, señor conde; de trescientas leguas léjos. Venian despues de agotados todos los recursos con una carta en la mano, que un venerable obispo habia escrito para vos, veinte años antes, y cuya carta era su última y única esperanza.

—¿Y esta carta?..—esclamó el conde con vivas muestras de ansiedad.

—No os impacienteis; ya llegaremos á ella. Decia,—continuó el doctor,—que era aquella carta, su única y última esperanza. Las infelices ignoraban lo que aquí habia pasado, no sabian nada de vos, no os podian conocer; ni el obispo mismo que la escribiera, tenia conocimiento en lo mas mínimo de nada. Si el asombro de vuestro criado fué grande al ver aquellas dos pobres mujeres preguntando por vos, el asombro de aquellas dos pobres mujeres fué mayor aun al oir, de los labios del criado, algunas pocas palabras que las hicieron perder toda esperanza. Sin embargo preguntaron por vuestra descendencia y se las informó de que vuestra nieta,—el criado dijo vuestra hija—casada con el baron de Wizet se hallaba ausente, y que solo venian á Madrid muy de tarde en tarde. Aquí su quebranto debia necesariamente subir de punto, porque las infelices no tenian recursos para aguardar el tiempo necesario á la vuelta del baron y su esposa que se hallaban entonces en Alemania donde se educaba su hija.

El conde saltó lleno de curiosidad.

—Podian haber escrito.

—Señor, lo hicieron.

—Y que resultó.

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Absolutamente. Vais á oirlo. La madre y la hija preguntaron al criado donde vivia el procurador y se lo dijo. Este le dió la direccion para que consiguiesen hacer llegar á ellos sus cartas. Las infelices escribieron y no alcanzaron contestacion.

—Debian volver á escribir.

—Lo hicieron.

—¿Y no tuvieron contestacion?

—Tampoco.

—¡Es singular!—esclamó el conde.

—Y tan singular,—repuso el doctor,—que justamente ofendidas no se atrevieron á escribir mas...

—¿Y cuántas veces escribieron?

Eva, que hasta entonces no habia aun desplegado los labios, saltó presurosamente:

—Infinitas veces, señor; y solo cuando estuvimos bien convencidas de que recibian nuestras cartas y que era inútil esperar contestacion, solo entonces dejamos de escribir.

—¿Y las cartas detallaban bien exactamente todas vuestras pretensiones?—preguntó el conde.

A cuyas palabras Eva vacilando dijo:

—Señor, nuestras pretensiones se reducian á darles conocimiento de que teníamos una carta para ellos que debíamos entregarles personalmente, por ser descendientes de la persona á cuyo nombre iba dirigida. Les decíamos las palabras que el obispo, tio de mi madre desgraciada, pronunció al entregársela, y por donde debia necesariamente colegirse toda su importancia.

—¡Y no contestaron! ¡no contestaron!

—Nunca, señor.

—¡Ah! hacedme el favor de entregarme esta carta.

Eva miró al doctor como interrogándo lo que debia hacer, pero el doctor tomó la palabra y dijo:

—Señor conde, el resultado de no haber contestado á aquellas pobres mujeres fué cruel, desolador. Aguardaron un dia tras otro, siempre con la esperanza en el corazon de que tarde ó temprano podian acercarse á ellos, y entre tanto la miseria se les apoderó y llegaron hasta su último estremo. La esposa del mas afamado médico de uno de los departamentos de Francia, hombre que todo lo habia sacrificado por las ideas de su padre, víctima de la revolucion, que todo cuanto tenia era el patrimonio de los pobres, la esposa y la hija del que fué víctima, en fin, de sus bondades, llegaron al estremo de tener que entregarse al servicio doméstico, el mas hu-

millante de todos para cierta clase de personas. Allí la madre encontró la muerte, y la hija el odio temerario y cruel de un malvado ¿por qué? porque vió á su hijo, hombre virtuoso y cándido, seriamente enamorado de ella.

Sor María del Desengaño se estremeció al oir la referencia que el doctor hacia de Anton Martin.

Pero el conde sin apercibirse de esto volvió á esclamar:

—¡La carta; presentadme la carta!

Eva volvió á interrogar al doctor con la vista y este entonces le dijo, dirigiéndose á ella abiertamente.

—Entregádsela, Eva, entregádsela por vuestra propia mano.

Eva se metió la mano en una de las faltriqueras del vestido y sacó una cajita de metal.

Aquella cajita estaba fuertemente adherida á la tapa y estuvo forcejando por largo rato hasta que al fin dijo entregándosela al doctor:

—No puedo; he mirado durante toda mi vida con tan religioso respeto esta caja, que encierra todas mis ilusiones; me he guardado tanto de tocarla, como si fuese un objeto sagrado, que no es estraño que se halle tan fuertemente cerrada.

El doctor forcejó tambien, pero obtuvo el mismo resultado, no pudo.

—¡Oh!—esclamó,—parece soldada.

—Tal vez se halla cerrada por medio de algun resorte.

—No.

—Pues es difícil... abrirla.

Haciendo un esfuerzo poderoso, por fin la tapa cedió.

CAPITULO XI.

La carta.

La tapa cedió, sí; pero júzguese del asombro del doctor cuando observó que se hallaba vacía.

—¡Diablos!—esclamó.

—¡No hay nada!—dijo con asombro Sor María del Desengaño.

—Os han robado, pobre niña,—añadió el conde;—pero no tengais cuidado. Os habeis amparado á mí y yo no os abandonaré.

Eva muda de terror tomó la cajita y la examinó.

—¡Ah! no es nada;—esclamó al poco tiempo.

Y levantó una tapa interior y apareció un carpete de pergamino.

Eva lo estrajo y dijo:

—Tomad.

El conde tomó el carpete que estaba en blanco y abierto, y sacó en el acto una carta cuyo sobre iba dirigida á él con estas palabras:

«Al señor conde de la Morlotte, baron de Bournonville.»

—El mismo soy,—dijo.

La carta estaba cerrada con un sello episcopal.

—¿No habeis tratado de abrirla nunca?

—¿Nunca, señor,—contestó Eva.

—Eso es toda una virtud; mas de quince años en poder de dos mujeres...

Mas observando luego que sus palabra no eran del todo delicadas en presencia de aquellas dos, dijo:

—No hubierais cometido ninguna imprudencia, no; perdida toda

esperanza de utilizaros de ella, debia ser para vosotras un simple documento de curiosidad.

—¡Ah! no señor, no; nunca: eso nunca.

—Bien, bien.

En esto la carta estaba ya abierta: todavía sus renglones contenian adherido á la tinta el serrin que el obispo habia echado encima y alguna porcion que se habia desprendido ya.

Era esto una prueba material de la realidad de las palabras de Eva.

Cuando la carta estuvo abierta, el conde se levantó y con ella en la mano se dirigió á la puerta de la habitacion, volvió la llave que estaba puesta en el cerrojo por la parte interior y se restableció en su asiento.

Al pasar por delante del doctor dijo:

—Tomad; hacedme el favor de leerla vos.

Y se la entregó.

El doctor al tomarla miró á Eva y dijo:

—Aquí todos somos como miembros de una misma familia: ¿no es verdad, Sor María del Desengaño?

Esta no hizo mas que humillar la vista al suelo y decir:

—Me honrais demasiado, doctor.

El doctor leyó lo siguiente:

«Señor conde de la Morlotte baron de Chesburgo.

»Caballero y muy respetable señor: el que en estos momentos os escribe, indigno siervo de Dios y humilde prelado de la diócesis de L***, acude á vos con el corazon enardecido por la mas síncera confianza de que hallará en vos un cristiano oyente á las prácticas de los deberes de humanidad y fraternidad que nuestro padre comun tiene á todos ordenados.

»Si algun dia llegais á leer esta carta será señal evidente y palmaria que hay un desgraciado que implora á vuestro pecho compasion y á vuestra conciencia un deber; uno de esos deberes de la naturaleza á los cuales el hombre de bien debe atender con toda urgencia y preferencia.

»Yo no os conozco, no sé siquiera á quien me dirijo, pero como no me dirijo á vos por ser quien seais, sino por lo que valgais ante Dios,

de aquí que no me importe conoceros ni saber quien sois: os tengo por un hombre honrado y justo, como la religion nos manda considerar á todos nuestros hermanos.

»Uno de esos actos de que nuestro sagrado ministerio puede ser único depositario, me puso en conocimiento de un secreto de la vida de una mujer que ya tiene rendidas sus cuentas al juez supremo de todas las acciones humanas. Por medio de la confesion de una desgraciada que murió arrepentida de todas sus faltas, despues de haberlas espiado durante una larga série de años, por medio de la confesion de una reciente arrepentida, os digo, que llegué á venir en conocimiento de los grandes estravíos de vuestro hermano Diego... »

El doctor y el conde, Eva y Sor María del Desengaño, se miraron estupefactos los unos á los otros.

—¡Cielos!—esclamó el primero.

—Calma, señor conde, calma;—profirió el segundo con acento que revelaba su triunfo; es decir, que sus presentimientos iban á verse realizados.

—¡Qué oigo!—continuó el conde.

—Seguid escuchando y no os precipiteis.

El conde calló haciendo notorios esfuerzos para conseguirlo.

El doctor prosiguió la lectura de la carta.

«Vuestro hermano Diego llevó una juventud azarosa, desordenada, febril. El amor y los consiguientes escesos de todas las pasiones le llevaron, segun confesion de una moribunda, á enamorar á una mujer cuyos sentimientos atendida su fogosidad y ardimiento correspondian á su carácter, la llevaron á enamorarse de vuestro hermano de una manera loca y frenética.

«Esta mujer se llamaba Alegría.»

—¡Alegría!—esclamó el conde;—lo recuerdo, la conocí; ¡desgraciada!

—Efectivamente,—dijo el doctor leyendo:—«se llamaba Alegría, y es la misma á quien recibí la confesion de que os hablo.

«Por medio de una larga historia que podreis leer escrita de su puño y que yo ahora no puedo relataros, además de que seria inútil por la razon que acabo de revelaros, esta mujer al fin se hubo de separar de vuestro hermano, porque bastó la menor contrariedad en

su camino para que, careciendo como carecia de los lazos sacramentales del matrimonio, el menor soplo del viento de las pasiones que agitaban constantemente sus corazones, rompieran y destruyeran, como se rompen y destruyen las cosas que no son de Dios.

«Al romperse no se volvieron á ver mas...»

—¡Oh! esto era consiguiente. Recuerdo perfectamente el carácter de mi infeliz hermano,—dijo el conde.

—¿Continuó?

—Sí.

El doctor prosiguió:

—«Al romperse no se volvieron á ver mas: cada uno por su parte tocaron bien pronto las consecuencias de su funesto primer estravío. Pues si en el primer caso habia al menos los lazos del amor que tal vez mas tarde hubieran hecho nacer los de la honradez y el temor de Dios, en el segundo caso fueron víctimas cada uno de por sí de funestísimos engaños.»

—¡Pobre hermano mio!—esclamó el conde.

—Señor, así es la vida.

«Pero habia un hijo que Alegría consiguió al separarse de su padre arrebatarlo del poder de una nodriza que lo acababa de criar.

«La desesperacion de vuestro hermano debió ser grande y por la accion de su desgraciada compañera se comprenderá á primera vista que su amor á ella no debia ser menos grande que el que le tenia el padre.

«El hijo se perdió.»

—¡Válgame Dios!—esclamó el conde.

—No os desazoneis,—dijo el doctor.

—¡Oh! ¡qué gran desgracia!

Sor María del Desengaño que tampoco hasta entonces habia desplegado los labios, dijo:

—Señor conde, tranquilizaos; aguardad hasta el fin de la lectura de la carta; aguardad.

—¡Gran Dios, gran Dios!

Eva permanecia muda y sin saber á que atenerse respecto de lo que pasaba á su alrededor. ¿A qué iria á parar todo aquello? Lo ignoraba.

El doctor continuó.

—«Pero el hijo no se perdió para todo el mundo. Dios no quiere que se pierdan las criaturas á quienes abandonan sus padres en esos momentos de estravío.

«Una familia honrada lo recogió como si fuese sangre de su sangre, y desde aquel dia tuvo familia, no careció de padres ni de hermanos.»

—¡Ah! luego vive; luego vive mi sobrino!...

—Señor conde reportaos.

—No puedo. Mi ansiedad es natural.

—«Sí porque lo encontró todo en una familia honrada de la capital de Alemania. Y mas que padre y hermanos encontró tambien allí esposa. Casó con la hija de la casa en cuyo seno halló la hospitalidad que su situacion requeria.

»Señor conde, haceros la apología del hijo de vuestro hermano, seria tarea asaz difícil para mí. Vuestro sobrino fué un dechado de honradez y de toda clase de virtudes y halló en una mujer no menos virtuosa y honrada toda clase de recompensas.

«Esa mujer era mi hermana.»

—¡Ah! hermana de monseñor el obispo de L***,—esclamó el conde; mi sobrino!...

—«Murió poco tiempo despues y quedó una hija.

»Esta hija es mi sobrina á quien entrego esta carta, encargándola que dado caso de hallarse un dia necesitada, os la presente y sepais por ella misma que si os place conocer á fondo la historia de vuestro hermano por las relaciones que de ella hace la desgraciada Alegría, os dirijais al archivo episcopal de L... y pidais al bibliotecario el volúmen que á vuestro nombre obra en el registro general con el número 70124.

CAPITULO XII.

La escalera secreta.

La casa en que habitaba Teodomira era una casa muy capaz, espléndidamente amueblada, antigua y de esas casas que llamaremos laberínticas por la estraña y desordenada distribucion de las estancias.

Daba por una parte á un callejon sin salida, al fin del cual se veia una pared cubierta de yedra y muzgo, y por cima de ella caian las ramas de algunos robustos árboles, señal de que por la parte interior debia haber algun huerto ó jardin de alguna casa vecina. Por otra parte daba á la ancha calle de R.

Se observó durante una temporada en que Thompson se hallaba ausente por asuntos particulares, que en la casa se hacian obras de albañilería. Las obras se practicaban en el interior, pero los vecinos no pudieron menos de observarlo, y por cierto que á alguno de ellos les llamó altamente la atencion.

Nadie pudo nunca adivinar que clase de obras se hacian en la casa.

Nosotros lo revelaremos.

La pared de la calle mencionada lindaba con el jardin; el jardin pertenecia á una casa medio arruinada y era un jardin grande, olvidado y donde crecian las yerbas y malezas á placer, y sin que nadie las molestase en sus rápidos progresos. El cuerpo de la casa se hallaba muy separado de la pared que cerraba el paso al callejon.

Antiguamente esta casa habia pertenecido á una comunidad religiosa; se habia vendido, pero sus nuevos propietarios, inseguros de su posesion y no decidiéndose á vendérsela, no se habian decidido tampoco á edificar en sus terrenos. Se habian contentado con alquilarla á un ganadero que poseia para el abasto de algunos parroquianos, un gran ganado de carneros.

De modo que todo el dia se oia el esquilo de las cabras, y el caramillo de un muchacho que las pacia dentro de aquella gran cerca cubierta de yerba.

El ganadero era un hombre de bien; un buen hombre, para espresar mejor el sentido de la frase; es decir, era un hombre bonachon, inocente en cuanto cabe, incapaz de pensar mal alguno de nadie ni de nada, y por consiguiente algo deprimido en sus facultades mentales y reflexivas.

Un dia se le presentó un hombre jóven, y dijó que iba á proponerle un negocio.

El buen hombre le escuchó.

De aquella entrevista vinieron las obras de albañilería que hemos mencionado.

Cuales fueron estas obras van á saberlo nuestros lectores en tres palabras.

Una puerta secreta.

Rara es la puerta secreta que no posea su complemento; que no tenga su apéndice.

Ese apéndice es una escalera.

Pues bien tras de la puerta se practicó la escalera, y la escalera conducia á la misma habitacion de Teodomira; de aquella habitacion tan voluptuosa, tan soberbia, tan oriental y fascinadora.

En honor de la verdad debemos decir que la construccion de la puerta y la escalera se llevaron á cabo con velocidad suma y que á los cuatro dias no se conocia donde habian sido practicadas ni nadie se acordaba de que en la casa se hubiesen hecho obras de albañilería. Y en honor de la verdad tambien, debemos decir que Teodomira jamás dió á sospechar á nadie el menor indicio respecto de aquellas obras. Y tanto es así, que á la sazon de que hablamos, despues de algunos años de construidas, Thompson que todo lo sabia, que todo lo hus-

meaba, que todo lo presentia y adivinaba, Thompson mismo, decimos, ignoraba completamente su existencia.

Toda puerta secreta tiene su mision, porque en este mundo todas las cosas tienen su objeto peculiar; pero no hay que preguntar para lo que sirve una puerta secreta, porque el mismo nombre lo indica: para entrar y salir secretamente por ella.

Tal era pues la mision de la puerta que comunicaba con los terrenos vecinos de la casa que habitaba el pastor ó ganadero.

Pero tambien una puerta secreta no es secreta, sino escusada, desde el momento en que el secreto se halla en manos de muchos.

La puerta secreta que conducia á la habitacion de Teodomira era verdaderamente secreta, pues solo habia tres personas en el mundo que tuviesen de ella conocimiento: el cabrero, Teodomira y.... el baron de Wizet. Los albañiles habian muerto y el cabrero no tenia completa la razon.

Ahora, pues, prescindiendo de esto que no importa al caso, vamos á nuestro asunto.

Era una noche de oscuridad profunda; como boca de lobo. Lloviznaba y el suelo era un lodazal pues que todo el dia habia llovido á mares sobre Madrid. La hora, todo lo mas, las once de la noche.

Thompson y Teodomira se hallaban en su gabinete reservado. Acababan de llegar del teatro y apenas uno y otro habian tenido tiempo de cambiarse sus trajes.

Thompson llevaba bata de lana y conservaba el cabello rizado; Teodomira llevaba un vestido de coselin color de plomo con flores de amaranto.

En aquella hora, es decir, á la salida del teatro acostumbraban á tomar un thé.

Teodomira leia mientras tanto algunos periódicos de la noche en alta voz cuando encontraba algun párrafo ó artículo notable ó bien amenizaba la hora con sus agradables y chistosas conversaciones. Todo esto cuando algun otro asunto no ocupaba su atencion ó algun motivo de celos no la hacia todavía mas agradable, porque en este caso el término de las conversociones era siempre un arrebato de amor que acababa por adormecerlos el uno en brazos del otro.

Pero, generalmente la costumbre de Thompson era, mientras toma-

ba descansadamente su thé, fumar entretanto un par de vegueros que hubieran dado envidia al mismo emperador de la China ó al hombre mas sibarita de la América septentrional.

Pero ¡cosa rara!

Dias habia que el veguero adormecia al pobre diablo con una velocidad suma, y una vez dormido, su sueño era estraordinariamente profundo, y se ponia á hablar á veces con una locuacidad asombrosa.

¿Era aquello una especie de borrachera causada por el humo del cigarro?

Indudablemente lo era.

Pero aquellos cigarros ¿tenian por su naturaleza semejantes propiedades, ó estas propiedades eran homogéneas de la naturaleza de Thompson?

Nadie hubiera podido adivinarlo: pero á nosotros no se nos oculta nada de esto.

Teodomira, cuyo génio evidentemente era remarcable, habia podido observar durante el tiempo de su alianza con Thompson que le era imposible, de todo punto imposible, segregarse un solo momento de su vigilancia escrupulosa. Durmiendo Thompson no estaba segura de si la vigilaba; ausente Thompson estaba casi cierta de que la veía; trabajando Thompson Teodomira podia contar que tenia su atencion en ella puesta; en fin: era un martirio para Teodomira el no poder separarse de encima el ojo vigilante de Thompson.

Esto era insoportable para una mujer como ella.

Esto por consiguiente era preciso que un dia ú otro terminase.

Cuando uno no mira los fines para conseguir los medios, tiene mil ganados contra uno.

Teodomira no era mujer que reparase en los medios, ya que la moralidad en ella era una palabra que carecia de sentido en el diccionario de su lengua. Es decir, este principio, el mas inmoral de todos los principios, para Teodomira era un principio como cualquier otro; tenia sus fines y á los fines iba ella siempre sin reparar en mas.

En uno de sus viajes á Italia se apersonó con un famoso médico y

le consultó sobre una enfermedad de su marido. La enfermedad era grave, y sin embargo no reconocia causa natural ninguna.

El médico se sonrió, porque esto de efecto sin causa en los galenos es lo mismo que si se les hablase de enfermedad sin mal. Le hizo algunas preguntas, y se enteró sin embargo minuciosamente.

La enfermedad que Teodomira consultó para hallar un remedio era la falta de sueño.

—Dormir,—le dijo el médico.

—No puede.

Despues de muchas preguntas, le dijo:

—¿Vuestro marido fuma?

—¡Oh! sí: mucho,—le contestó Teodomira.

—Pues ya tenemos el remedio. ¿Guarda los cigarros debajo llave?

—No;—contestó Teodomira,—pero esto no le hace; cerrojo que cede á una llave cede á otra que sea absolutamente igual.

El médico comprendió que tenia razon; así como comprendió que lo que aquella buena mujer queria era un narcótico para el que llamaba su marido.

A los dos dias le remitió una botellita, diciéndole:

«Señora; seis gotas en un vaso de agua. El cigarro se sumerge, se deja secar y cuando se halla en disposicion de fumar observareis que, antes de consumido la mitad del cigarro vuestro marido se verá sobrecogido de un sueño irresistible y dormirá profundamente. No hagais caso si entretanto habla consigo mismo: es que goza de todas las delicias del paraiso; pero no temais que se dispierte hasta pasadas tres horas. Si poneis ocho gotas de este líquido en el agua de inmersion de los cigarros, os sucederá lo mismo, solo que dormirá cuatro horas, y así sucesivamente os advierto que la progresion seguirá hasta doce gotas: llegado á este número vuestro marido no se dispertará jamás.

»Concluida la botella, me mandareis vuestro recado y yo os suministraré otra. Creo que no será necesario, porque teneis aquí medicamento para mas de un año á razon de seis gotas diarias.»

El médico solo se equivocó sobre este punto, pues á los seis meses recibió recado de que le enviase otra botella.

Un cigarro de estos era el que á la sazon estaba fumando Thompson.

—¿Tienes sueño?—le preguntó Teodomira.

—Sí.

—¡Cosa rara! Tan pronto me pongo á leer te sobrecoge esta mortal modorra. ¡Qué hombre!

—¿Qué le harás?...

—Oh, nada, nada.... fuese cosa nueva.... pero ya deberia estar acostumbrada.

—En verdad tienes razon.

—Pero ¡cosa mas rara!

—Lo es.

—En cuyo caso ¿qué piensas hacer?

—Lo de siempre.

—¿Acostarte?

—Sí, hija mia, sí; acostarme y dormir.

—Vamos, pues; á dormir.

Teodomira se levantó y se acercó á él.

Thompson estaba tendido en el sofá como si estuviese en una cama.

—Ya voy,—le dijo.

—Vamos.

—Te digo que ya voy.

Pero Thompson no se meneaba; no ponia en accion ninguno de sus miembros para conseguir levantarse.

—¿Qué hacemos?—le preguntó.

—Lo de siempre.

—Pareces embriagado.

—Parezco ¿qué?...

—Embriagado.

—Puede ser.

—¿Y tienes valor de decírmelo?

—¿Por qué no, si es verdad?

—Desgraciada.

—Desgraciada ó no; esto es así.

—Pero como ha sido esto.

—Que se yo; pero es.

Teodomira fingió hallarse resentida de lo que oia y dijo:

—Acabaremos.

Entonces Thompson hizo un esfuerzo y se levantó.

Pero volvió á caer sobre el sofá.

—¡Cosa rara!—dijo.

—Vamos.

A esta voz, que parecia voz de mando, Thompson sacó fuerzas de su propia flaqueza y consiguió ponerse en pié.

Teodomira le ofreció el brazo que Thompson aceptó sin reparo. Ambos se pusieron á andar. La cabeza de Thompson casi descansaba sobre el hombro de Teodomira.

—Tengo sueño,—dijo por el camino.

—Demasiado lo veo.

—¿Te incomoda?

—Nada sacaria de esto.

—Pues señor, no sé que decirte: esto es una enfermedad.

—Por que no llamas á un médico.

—El sueño es la enfermedad de los chicos que anuncian larga vida y de los viejos que no debe tardar mucho en venirles la muerte. Teodomira, Teodomira oye: ¿soy yo viejo ó niño?

—Niño.

—¡Ah! ¿con qué no soy viejo?

—A cuarenta y dos años, una naturaleza como la tuya es de niño.

—¿De veras?

Thompson hablaba con lengua estropajosa y como si realmente estuviese ébrio.

—¿De veras?—volvió á preguntar.

—No me creas si no quieres.

—¿Vienes conmigo á mi gabinete?

—Hasta dejarte en la cama.

—Tengo miedo de...

Por lo bajo Teodomira dijo.

—(Pues no morirás de otro mal).

Así llegaron al gabinete dormitorio de Thompson. Un criado se encargó de él casi en la misma puerta y entraron.

Cuando le dejó en manos del criado, Thompson estaba completamente sin sentido, pues se le arrojó al cuello diciéndole:

—Amada, amada mia, ¡cuánto te amo!

Teodomira se volvió de espaldas en aquel mismo instante y se dirigió al gabinete suyo.

CAPITULO XIII.

Él y ella.

Cuando Teodomira hubo de nuevo penetrado en su gabinete esclamó:

—¡No hay cuidado! ¡Oh! y cuanto ha tardado esta noche... Mañana... ocho gotas!

Ya comprenden nuestros lectores lo que significaba esto.

Lo primero que hizo despues fué cerrar la puerta por dentro diciendo:

—¡Vale mas! No por él; pero...

Este pero era bastante significativo.

Luego se encaminó al espejo de cuerpo entero que ya saben nuestros lectores habia en el gabinete y á favor de un lijero empujon rodó sobre la alfombra sin hacer el menor ruido apartándose del lugar que ocupaba la distancia de una media vara.

Cuando hubo practicado esta operacion dió un golpecito en la pared.

Acto contínuo resonó otro en la parte interior de la misma que se oyó débil y sigilosamente repetido.

Teodomira entonces buscó con la mano un imperceptible boton que en ella habia y al mismo momento se abrió una puerta.

Tras la puerta apareció el baron Wizet.

Nada se dijeron.

Esto prueba que se esperaban.

Wizet adelantó un paso sigilosamente y tras él volvió á cerrarse la puerta.

Cuando Wizet estuvo dentro entonces se dijeron alguna palabra. Este iba embozado en una capa y se desembozó.

Teodomira le ayudó á quitársela de los hombros con una maestría que no la hubiera superado el mas adiestrado chambelan de la corte de Luis XV.

Luego se quitó el sombrero.

—¿Vienes mojado?—le preguntó.

Wizet no contestó. Se desabrochó el gaban, y, siempre con la mayor calma y el mayor silencio, se sacó un par de pistolas y las depositó encima del mármol de la mesa redonda que habia en medio de la sala.

Teodomira desvió la direccion del sitio que ocupaban y despues preguntó:

—¿Has tenido que aguardar mucho tiempo?

Teodomira no obtuvo contestacion alguna.

El baron, procedido que hubo á las mencionadas operaciones se echó al sofá y bufó, esta es la verdadera palabra.

—¡Uf!... Sí; vengo mojado,—dijo,—he tenido que aguardar demasiado, y á fé de Dios...

—Yo no tengo la culpa. Ha tardado tanto esta vez en venirle el sueño.

—Será culpa tuya.

—Mia. ¡Ah! ¡no sabes lo que te amo!

—Pero se lo que con él eres complaciente, y esto me basta.

—¿Yo?

—Sí. Todo lo he oido.

—¿Qué?

—Todo...

—¡Esplícate!

—Cáigame primero la lengua: no quiero.

—Pues no has oido nada.

—Todo lo que aquí ha pasado.

—Por esto te he dicho, y ahora te lo repito, que no has oido nada, nada ha pasado; nada he dicho que haya podido ofenderte.

—No hablemos de esto. Pero si, que es preciso que sepas que esto ha de tener un fin, pronto y rápido.

—¡Un fin!—esclamó Teodomira como profundamente afectada por lo que acababa de oir;—¡un fin!

—Sí, un fin.

—Proponlo tú, y yo obedeceré.

—Este hombre,—dijo Wizet señalando con el dedo á la puerta de entrada,—este hombre está de sobras.

—¡Thompson!

—El mismo.

—¿Cómo?

—Como tú quieras.

En aquel momento le pareció oir ruido de pasos.

—¡Silencio!—esclamó Teodomira.

—¡Bah!—respondió el baron.

Y en el mismo instante se levantó, tomó las pistolas y las amartilló.

—¿Quieres que abra?

—No. Vete.

—No me voy.

CAPITULO XIV.

El negocio de familia.

Los pasos que se oian resonar en la habitacion contigua cesaron de repente! Reinó un silencio sepulcral, así en el interior como en el esterior de aquella habitacion. Pero despues volvieron á resonar cada vez mas lejanos é imperceptibles.

Entonces Teodomira respiró fuertemente.

—¿Qué será esto?—preguntóse á ella misma.

—Nada,—contestó el baron de Wizet;—Thompson no puede ser. Si ha fumado mas de la mitad del cigarro; es imposible.

—Oh sí, mucho mas;—saltó Teodomira.

Y luego añadió con tono mas tranquilo y sosegado.

—Será el criado que se dirige á su aposento.

—Pero se ha acercado aquí.

—En fin... sea lo que sea; Thompson no es; no puede ser.

Poco á poco Teodomira fué tranquilizándose y el baron volvió á dejar las pistolas encima la mesa.

—No hablemos mas de esto,—dijo:

Teodomira volvió á sentarse en el sófá y el baron entonces se colocó en un sillon inmediato á él, tan inmediato que tocaba con el mismo.

—Ayer hicimos una calaverada,—dijo Teodomira.

—¡Una calaverada!—esclamó el baron—¿y esto por qué?

—Cuando saliste de aquí amanecia. Pocos momentos despues de que hubiste salvado la puerta del jardin, apareció el pastor, puedo decir esto porque oí los esquilos del ganado.

—Esto no importa.

—Pero quiero decir que hoy es preciso que te retires mas temprano.

—Sí, precisamente hoy,—contestó con intencionado acento,—precisamente hoy, tengo necesidad de retirar algo mas temprano.

—¡Ah, sí!... ¡rara coincidencia!

—Rara ó no, es tal como lo digo.

—¿Y por qué?

—Porque no he venido aquí hoy sino para tratar de un negocio.

—¡Hola! ¿qué significa esto, señor mio? ¿No vienes por mí?.. En este caso ¿á qué haber venido á estas horas, esponiéndome por nada á un conflicto de estos á que estamos espuestos á cada paso?

—Porque sí...—respondió el baron indiferentemente.

—¡Gran razon!

—Porque el negocio en fin, es un negocio que solo compete á los dos.

—¡Veamos!—contestó Teodomira,—veamos que negocio es este.

—Muy sencillo, sin embargo. ¿Recuerdas que cierto dia te hablé de la historia de una mujer que con el tiempo podia darme muchos disgustos?

—Sí.

—Pues esta mujer al fin se ha presentado.

—¿Dónde?—preguntó Teodomira.

—A mi casa.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—Bendito sea Dios y ¿qué quiere?

—¡Toma! ¿qué quiere? ¿qué ha de querer?

—Reclama...

—Ciertamente... y esto es la cosa mas natural.

—¿Y qué piensas tú hacer?

—¡Yo!

—¿Que le has dicho?

—¡Yo!—volvió á esclamar el baron,—Yo no la he visto.

—¿Pues...

—La ha visto el conde, lo cual es mucho peor.

—¡Diablos! y que ha sucedido.

—Nada, lo que ha sucedido no es nada, pero lo que sucederá se deja bien adivinar.

—Es claro, es claro, reclamará lo que de rigor le pertenece. ¿Qué hacer en este caso?

—Esto es lo que venia á preguntarte.

—¿A mí?

—Sí; tú eres mi único y leal confidente, ¿qué hacer en este caso? Es preciso que sepas que estoy resuelto á todo, á todo enteramente. Conviene librarnos de esa mujer.

Teodomira se puso á reflexionar.

—Dices, á toda costa?—preguntó.

—¡Oh, sí!

—¿Y comprendes el valor de esta palabra?

—Repito que sí.

—Pues no hablemos mas de esto. ¿Quieres dejarme obrar á mí libremente?

—Segun.

—¿Quieres que dentro dos dias Eva venga á comer conmigo?

—¡Ah! ya te comprendo, ¿pero no temes ningun compromiso?

—Ninguno.

—Aceptado, pues; trabaja á tu gusto.

—¿Te he comprendido?

El baron por toda respuesta la abrazó fervientemente diciéndola:

—Eres el mismo demonio; te haces adorar por fuerza; eres irresistible.

—Puedes repetir con seguridad tus palabras—saltó Teodomira, —atribuyéndotelas á tí mismo. Eres el mismo demonio y no hay medio de resistirte.

La contestacion fué otro abrazo, mas ferviente todavía que el anterior.

Despues habló el baron.

—¿Qué dice Thompson de la cuestion legal entre el conde y...

—¿Y vos?

—Entre el conde y yo, sí, ¿qué dice?

—Que es pleito perdido. El conde tiene derecho á reclamar lo suyo. Dice que lo mas justo es una clasificacion de los bienes y una reparticion equitativa entre las partes.

—¡Cielos santo! en este caso yo estoy arruinado.

—Bastante lo sé y lo sabe él tambien, amado mio; pero dice que de lo justo á lo resultante dista una inmensidad.

—¿Esto ha dicho?

—¡Te estraña! ¿No se lo has oido decir mil veces?

—Sí, pero, lo cierto es que él te lo ha dicho á tí tambien!

—Sí, mil veces.

—¿Y se halla preparado?

—A todo.

El baron dejó caer su cabeza sobre el respaldo del sofá y cerró los ojos. Luego como hablando consigo mismo continuó:

—¡El demonio de la mujer!... ¿á qué ha venido aquí sino á complicar los negocios que de sí se hallaban bastante embrollados?

—¡Oh! no te apures por esto, amado mio; esto sucede siempre: una desgracia nunca es otra cosa que el primer eslabon de una cadena. No hay desgracia que venga nunca sola.

El baron no contestó. Pero al cabo de un largo espacio de tiempo dijo:

—Mañana parte el doctor para L.***

—¿Con qué objeto?

—Con el de recoger del archivo la historia de la moribunda.

—¿Sabes esto de cierto?

—Yo he contribuido en la resolucion.

—Entonces la partida está ganada.

—¿Cómo?

—Muy sencillamente.

—Habla.

—En un punto cualquiera de la frontera de España saldrán ladrones al doctor... ¿comprendes?

—¡Ah! sí. Pero como...

—¿Me lo preguntas?

—¿Así puedes disponer tú de una partida de ladrones?

—Yo... Vamos; parece que no nos conocemos. Tres hombres resueltos y decididos á llevar á cabo este negocio bastan para su realizacion.

—Y quienes serán estos tres hombres. ¿Los tienes aquí dispuestos?

—Sí.

—¡Ah!—esclamó el de Wizet bajando la cabeza.

—Tengo un criado de toda mi confianza.

—¡Uno!—esclamó el baron.

—Thompson no se desdeñará tampoco de entrar en la partida.

—¡Dos!—esclamó el baron,—falta uno.

—¡Y tú!.....

—Yo.

—¡Pues! ¿Te desdeñarias de acompañar á las personas que van á arriesgar su reputacion y su vida por tí?

—¡Ah! tienes razon.

—Hé ahí pues el tercero; ya no falta nadie.

—Arriesgado es el paso,—esclamó el baron meditando,—arriesgado es.

—Pero preciso. Verás como este es el mejor medio.

—Bien mirado.

—No, no medites; bien mirado ya verás como no hay otro.

—Pues, cuéntese conmigo. Mañana mismo vendré á ver á Thompson. Quiero que estés en esta entrevista.

—Nada mas fácil.

El baron se levantó.

—Ahora, permíteme que me retire.

Teodomira sonrió desdeñosamente y le preguntó:

—¿Te vas?

—Sí, quiero descansar: estoy fatigado; me siento rendido. Estos negocios me tienen muy mal parado.

Teodomira esclamó entonces:

—Hé aquí lo que sois los hombres, no teneis corazon para nosotras sino cuando vuestros negocios marchan con calma y sosegadamente. Un pequeño disgusto doméstico calma vuestras pasiones y no servís para nada. ¡Oh! esto ya lo sabia ciertamente. Al hombre no hay que buscarle como á la mujer, en sus momentos de aflixion. Amais, si las cosas os van bien; el menor disgusto apaga la llama de vuestro amor. ¡Ah! baron... tú no sabes lo que es amar; acabo

de proponerte un negocio comprometido; acabo de proponerte un asesinato que estoy pronta á cometer por mi propia mano, no en interés mio, sino tuyo, y ardo en deseos de tenerte á mi lado y de abrazarte y de demandarte tus caricias; mientras que tú, por una miserable cuestion de interés ni tienes aliento para tender los brazos hacia mi cuello. ¡Qué diferencia! ¡Qué inmensa diferencia! Entre el amor de un hombre y el amor de una mujer media un abismo. En vosotros todo se halla subordinado á la reflexion, en nosotras todo al amor, á la pasion.

—¡Teodomira!—esclamó el de Wizet con acento de reconvencion.

—¿Me reprendes?—contestó Teodomira.

—No, pero...

—¿Pero te molesta mi lenguaje?

—Es que yo te amo.

—Pero tu amor no iguala al mio.

—¡Es inmenso!

—El mio es infernal...

—¿Qué quieres?

—Tu amor... Que no te vayas; que no me dejes sola esta noche; que me pruebes que tu amor todo lo desafia y que hallándote en mis brazos lo olvidas todo, todo...

El baron de Wizet volvió á sentarse.

—Gracias,—esclamó Teodomira presentándole una mano.

El baron se la besó ardientemente. Entretanto Teodomira dijo:

—Cuando mayores son los peligros, cuando mas grandes son los disgustos que el hombre atraviesa; mas queremos ser amadas, porque solo así se nos prueba hasta donde somos capaces de inspirar amor. El hombre que retrocede en tales casos, no es digno sino de un amor vulgar y de una de esas mujeres que no saben lo que es amor. Mira á Thompson...

El baron al oir pronunciar el nombre de su rival apartó su mano de la de Teodomira y dijo:

—¡Desgraciada!

—Así te quiero. Pero déjame acabar. Mira á Thompson te repito, á quien aborrezco entrañablemente, y aprende. Es mi esclavo, es mi perro. Si supiese que he proferido una sola de estas palabras á

otro hombre, haria un cordel con los cabellos de mi misma cabellera y me ahorcaria sin compasion; yo lo sé, lo se bien. ¿Qué ves en mí, sin embargo? Examínalo, y comprenderáslo todo.

—¡Teodomira!—esclamó con cierto desden el de Wizet,—¿y yo, no hago nada por tí? ¿De dónde proviene mi ruina principalmente?

—¿Hablas de tu ruina?

—¡Me obligas á ello!

—Ah siempre mezclando la vil cuestion de interés en todas tus afecciones, que no deberian llevar impreso ni el menor viso de egoismo. ¿Te pesa haber gastado algunos miles de duros en obsequio á mí? ¡Bha! Los hombres siempre sois los mismos.

—¡Teodomira! ¿qué estás diciendo?—gritó el de Wizet.

—Que tú das alguna importancia á las cuestiones de intereses y no quieres que yo dé ninguna á la que es de vida ó muerte para mí. La perdida de algunos miles de duros pueden dominar tu espíritu hasta el punto de negarme tus brazos en ocasion como esta, mientras que yo al borde del sepulcro mismo, porque otra cosa no es amarte en la situacion en que yo me encuentro respecto á tí, no tengo ningun miramiento á nada y te detengo, y quiero...

Teodomira no concluyó la frase porque el baron se arrojó á sus brazos diciendo:

—¡Haz lo que quieras de mí; mujer infernal!

Teodomira esclamó:

—¡Así te quiero, angel mio!

Dejemos ahora á estos dos personajes de este terrible drama y digamos nosotros por ellos cual era su verdadera situacion respecto del negocio de Eva.

CAPITULO XV.

Las cartas.

De la narracion del capítulo anterior se desprende que el baron de Wizet se hallaba enterado de la relacion que existia entre su familia y la infortunada Eva.

¿Por qué medios podia hallarse enterado? Por las cartas que esta y su madre le habian dirigido no era posible, porque para esto hubiera sido preciso que estas estuvieran en antecedentes y nadie habia en el mundo que estuviese mas ignorante de esto. No, no era, ni podia ser por este medio.

¿Seria por conducto de Anton Martin? Menos, ó por lo menos igualmente imposible. Nada sabia Anton Martin de semejante negocio.

Venia de léjos el conocimiento que el baron de Wizet tenia de lo que pasaba.

Veinte años antes, el obispo de L.*** habia escrito al conde de la Morlotte, participándole la confesion que habia recibido en el convento de S., pero participándoselo muy por encima, ya que no era prudente hacerle revelaciones terminantes antes de tener una seguridad de lo que hacia.

Como la primera carta del obispo no obtuvo contestacion, dejó pasar algun tiempo.

Pasado este tiempo insistió el obispo y volvió á escribir.

El conde de la Morlotte en aquella época hacia ya bastantes años que se hallaba enterrado en vida en el fondo de su gabinete, víctima de una terrible lesion mental.

Sin embargo, á la tercera ó cuarta carta, que entre una y otra dejó pasar bastante tiempo, recibió por fin una contestacion.

La contestacion era evasiva. Participaba al obispo la desgracia del conde, pero en el fondo de su contenido se destacaba la idea de que el obispo se esplicase mas minuciosamente respecto de este misterio.

Al obispo no le cayó muy en gracia la carta en contestacion á la que al conde de la Morlotte habia dirigido, y contestó tambien con evasivas.

De este modo era á todo punto imposible que llegasen á una entera inteligencia.

Pasaron años y mas años, y cuando el baron de Wizet hubo entrado en la familia, necesariamente hubo tambien de tratar de informarse del misterio que acaso encerraban las cartas del obispo.

Tomó la pluma y le escribió:

A la diferencia de su antecesor, y ya desde la primera de sus cartas hubo de manifestarse de un modo enteramente distinto.

Fué galante, respetuoso, interesado como el que mas en descubrir lo que hubiese sobre este punto, y por ello, trató de ganar el corazon del buen obispo de un modo que no le cupiese duda alguna respecto de sus buenas intenciones.

Nunca el obispo habia deseado otra cosa sobre este asunto.

Le respondió, y desde aquel dia el obispo y el baron de Wizet siguieron una correspondencia sumamente respetuosa y digna.

El obispo, sin embargo, como perfecto hombre de iglesia, se resistió siempre á soltar prendas que una vez soltadas no pudiese ya recojerlas en lo sucesivo.

El baron de Wizet, como hombre de mundo, y del mundo que ya saben nuestros lectores, no escaseaba en protestas de buena fé, de adhesion á su persona, de reparacion á los agravios que hubiese podido recibir la naturaleza por medio de algun miembro de la familia...

Pero esto no bastaba al buen obispo, ni tampoco era suficiente al baron de Wizet.

Pero debia terminar de un modo ú otro esta escepcional situacion.

Y terminó del modo siguiente.

El obispo le remitió cópia de la historia que la penitente le habia mandado entregar pocos momentos antes de morir, pero tuvo la ocurrencia de no incluir los nombres de las personas sino con estas palabras: *El hermano del señor conde*; *vuestra sobrina*; *mi hermano*; *etc.*

Nuestros lectores ya saben quienes eran todos estos; pero el baron de Wizet ignoraba quienes eran algunos.

La dilacion, y hasta cierto punto los recelos que habian manifestado en sus cartas el uno del otro, provenia de falta de franqueza, primero, del obispo para con la familia de Morlotte; despues, de los miembros de esta para con el obispo.

Este no queria comprometer el porvenir de su sobrina dado caso que diese con una familia sobrado interesada á la cual las propias revelaciones suyas fuese causa á poder negar la evidencia, negándole el derecho; aquel no queria aventurar su palabra por temor de que algun dia le ecsigiese su cumplimiento.

Pero llegó el dia en que uno y otro se espontanearon no obstante ciertas reservas observadas por ambas partes.

Mas el obispo murió durante el último período de esta negociacion y no se volvió á hablar mas del negocio, en muchos años.

Pero llegó el dia en que las mismas interesadas, hallandose en aflictiva situacion apelaron á la carta del obispo; cosa que ya saben nuestros lectores, asi como el motivo por el cual el baron de Wizet no creyó sin duda conveniente contestarlas nunca.

No era lo mismo entenderse con el obispo con ánimo de prepararse para ganar en la contra, ó escribir á las mismas interesadas despues de conocido á fondo el negocio.

Y á fé que el negocio era muy árduo de resolver, sobre todo tratándose de un hombre que buenamente ha confesado hallarse próximo á la ruina.

Nada menos se trataba que de reconocer la descendencia del hermano del conde; de aquel Diego tan fuertemente enamorado de Alegría.

Se apelaba para esto á la generosidad del conde, á los buenos sentimientos de sus descendientes.

En cuanto al baron de Wizet esto era batir en hierro frio. Pero quedaba algun derecho en favor de Diego; no los de la legitimidad, pero sí los de la naturaleza.

Diego habia reconocido á su hijo; quedaba por este solo hecho reconocida por consiguiente la nieta.

Esto era embrollo de familia que valia la pena de prevenirlo.

El obispo pensaba, antes de tener conocimiento del estado del conde de la Morlotte, que dado caso de haber muerto se habria acordado de su hermano Diego. Pero cuando supo que no habia muerto, pero que su estado era aun peor que si esto hubiese sucedido, naturalmente pensó en su descendencia, y que los derechos se transfiriesen de uno á otro.

Ya hemos dicho que todo fué inútil respecto del primero, y que con respecto del segundo consiguió solo algunas esperanzas.

El baron de Wizet se encontraba, pues, que de la descendencia del conde le tocaba á resolver el negocio desde el momento en que se vió asediado por la carta de Eva y su madre.

Todo estaba preparado y dispuesto para el caso que llegase la hora de una formal demanda contestar con una formal negativa.

Estaba bien distante de creer todo lo contrario. ¿Quién habia de esperar que en el último cuadrante de la vida de su abuelo este recobrase la razon, y con la razon toda su entereza, y con su entereza tratase de incautarse de nuevo de los negocios de su casa y hacienda? Nadie. Respecto de este punto no podia achacarse al baron de Wizet el dictado de desprevenido ó confiado. Un fenómeno como el de que fué objeto el conde, es tan raro, que en la mente del baron no cabia ni siquiera sospecharlo.

Pero mucho menos aun cabia en el baron la sospecha de que pudiese llegar un dia en que la nieta y el conde se hallasen el uno en frente del otro y hablando precisamente del negocio en cuestion.

Esto era para él un sueño. Es decir uno de estos actos que deseamos que sea un sueño, pues la realidad nos trastorna y la razon se resiste á creer la manera como ha venido á realizarse.

En este caso se hallaba á la sazon el baron de Wizet.

No le quedaba mas que un medio.

¿Cuál era este medio?

Teodomira, con su penetracion diabólica para el mal se lo habia indicado.

Perdidas las copias de la historia de Alegría, quedaba el original archivado en el archivo del obispado de L***

De un momento á otro debia salir el doctor en su busca. Era, pues, preciso que sin perdida de tiempo, se procurase evitar que estos papeles compareciesen en escena.

CAPITULO XVI.

La serpiente y el zorro.

Al dia siguiente por la mañana, el baron de Wizet mandó recado al abogado Thompson acompañando una tarjeta suya, y suplicándole se sirviese decirle la hora en que tendria á bien recibirle.

Thompson avisó á Teodomira y concertó la hora, que señalaron la de las doce.

Al mismo tiempo recibia Teodomira por el correo una carta.

Es inútil decir que las cartas que recibia Teodomira por semejante conducto, antes de entregárselas eran leidas por Thompson, ó todo lo mas en presencia suya por la interesada.

Cuando el criado se presentó con la carta, llevándola en una bandeja, Thompson y Teodomira se hallaban juntos.

El sobre de esta carta les indicó la procedencia.

—Es de Anton Martin,—esclamaron á la vez.

—A cuyas palabras Teodomira repuso:

—Ya esperaba yo carta de ese pobre hombre.

—Y yo tambien;—añadió Thompson,—parece que los negocios se complican. Así me gusta. A mar embravecida gran ganancia, dicen los pescadores.

La carta contenia las siguientes líneas.

«Amable Teodomira: deseo que tengamos una entrevista solos, enteramente solos. De ella depende nuestro gran negocio. Contestadme por vuestro criado la hora. Ya sabeis que es siempre vuestro afectísimo A. S. S. Anton Martin.

La carta era lacónica, no podia ser mas lacónica; pero la contestacion que debia recibir no habia de serlo menos.

Thompson miró en su reloj.

—Son las diez,—dijo.

—Que venga á las once,—añadió Teodomira.

—Bien.

Nada mas dijo Thompson, y acto contínuo Teodomira llamó á su criado favorito.

Cuando se presentó le dijo:

—Vas inmediatamente á casa del señor D. Anton Martin; le llamas aparte como de costumbre, y le dices: á las once aguarda á usted en casa mi señora.

Es de advertir que Thompson mientras Teodomira daba esta órden á su criado se estuvo escondido detras de las tapicerías de un balcon, de modo que el criado no le vió.

Este desapareció al punto para dar cumplimiento á la órden de Teodomira y entonces volvió á aparecer Thompson.

—¿Tienes que vestirte todavía?—le preguntó.

—Sí, es preciso parecer bien á los ojos de esa serpiente para fascinarle.

—Bueno, bueno; pues yo te dejo. Pero estaré al aviso. Nada tengo que advertirte; ya sabes tú cumplir como conviene en situacion semejante.

Thompson se fué por su lado sin añadir palabra y Teodomira por otro sin contestar nada.

Dejaremos al primero por no tener que abandonar la segunda.

Teodomira se encaminó á su gabinete, y una vez allí tiró del cordon de una campanilla. Se presentó al momento su doncella.

—Señora...—le dijo con ademán que indicaba: estoy á vuestras órdenes.

—Vísteme,—respondió Teodomira.

—¿Para la calle?

—No; para mi gabinete particular, donde espero recibir... al viejo.

—¡Ah! ya comprendo. ¡Es preciso grande esmero!

—¡Se trata de dar golpe!—añadió Teodomira.

—Su merced,—repuso la doncella,—lo da siempre que se lo propone. Pero esta vez debe tratarse de algo estraordinario.

—Tal vez tengas razon.

Se conoce perfectamente por este pequeño diálogo que esas dos mujeres eran tal para cual. Generalmente sucede lo propio en tales casos: una camarera para ser perfecta en su oficio debe ser el vivo reflejo de la mujer á quien sirve...

A las once en punto Teodomira se hallaba vestida con una bata de casimir blanco con abundantes guipures azules de esquisito gusto y finura; bata huelga por la parte de los hombros, de modo que dejaba en descubierto á estos hasta el arranque del brazo. En el cuello no llevaba mas que una sarta de perlas. El peinado era coqueton, con gran acopio de rizos que parecian caidos al azar, mientras que en realidad eran obra del estudio y artificiosamente dispuestos.

A las once tambien llamaron á la puerta y un criado anunció á Anton Martin.

—Que entre,—contestó simplemente Teodomira.

Al momento entró el hombre á quien ya conocen nuestros lectores.

Como sorprendido repentinamente por los resplandores de un rayo, Anton Martin al entrar retrocedió un paso, asombrado de la belleza que á sus ojos se presentaba.

—Entrad,—le dijo Teodomira,—y cerrad la puerta.

—¿Estais sola?—le preguntó con voz baja Anton Martin.

Por toda contestacion Teodomira le presentó la mano.

—¿Estais sola?—repitió.

—Cerrad la puerta.

Anton Martin se apresuró á obedecerla.

—Ahora os diré que estamos solos, como en medio de un desierto. Me habeis pedido una entrevista con esta circunstancia y he tomado bien todas mis medidas. Podeis hablar alto sin temor alguno de que nadie os oiga.

—¿Y Thompson?

—No está en casa.

—¿Tardará en venir?

—Mas de una hora.



TEODOMIRA.

—¿Estais segura?

—¡Oh; segurísima!

Teodomira al decir estas palabras echó una mirada furtivamente hácia el punto que ocupaba la cama de pabellon detrás de la cual habia una puerta. Por aquella puerta se hallaba escuchando Thompson todo lo que allí se decia.

Anton Martin preguntó, despues de morderse los labios con violencia:

—Teodomira, ¿qué sucederia si de improviso Thomson se presentase y sorprendiéndonos en semejante intimidad adivinase, como no podria menos de adivinar, nuestras respectivas situaciones?

Teodomira prorumpió en una larga carcajada.

—¿Por qué os reis?—le preguntó:

—Porque teneis unos pensamientos endiablados; esto no es posible.

—¿Pero si sucediese?

—Si sucediese...

—Vamos á ver ¿qué haria?

—Abrasarnos á los dos de un solo pistoletazo. Nada mas. Ya veis que esto es bien sencillo.

—¡Sencillo! ¡eh! ¿decís que esto es bien sencillo? ¿Y cómo sabeis vos esto?

—Porque le conozco.

—¿Os lo ha dicho alguna vez?

—Mas de mil.

—¿A propósito de quien?

—A propósito de nadie.

—Decidme la verdad. ¿Ha sospechado alguna vez de mí?

—Para esto seria necesario que me creyese capaz de infidelidad.

—¿Luego está seguro de vos?...

—Ya veis si puede estarlo.

Anton Martin echó una mirada por su alrededor con manifiestas señales de espanto y dijo:

—Esto no obstante, es muy espuesto que nos veamos en lo sucesivo de este modo.

—¡Calle!—contestó Teodomira,—¿Os he llamado yo por ventura?

—Teneis razon; yo tengo la culpa. Pero en lo sucesivo, esto es ya imposible. Es preciso que nos veamos en alguna otra parte.

—En ninguna mejor que aquí.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Y cuando seais mia?

—¡Ah! entonces donde vos querais. Pero no hablemos ahora de esto y decidme el objeto de vuestra visita.

—¿Hay nada mas importante para mí que la cuestion de que ahora trato?

—Sin embargo, no habeis venido para esto. Os prohibo que hableis de otra cosa que de lo que os ha movido á pedirme esta audiencia.

Anton Martin hizo un gesto con los hombros y la cabeza que indicaba resignarse desde luego á obedecer los mandatos de Teodomira.

Esta continuó:

—¿A qué habeis venido?

—A participaros que he descubierto el paradero de mi hijo.

—Mucho habeis tardado. Y bien, ¿qué pensais hacer?

—Atraerlo á mi casa con cualquier pretesto.

—¿Y despues?

—Obligarle á pasar por lo que yo quiera.

—¿Y qué es lo que vos quereis?

—Que no se case con Eva.

—Dificilillo es. ¿No veis que se halla tan ardientemente enamorado? ¿Cómo pretendeis conseguir esto?

—Usando de la fuerza.

—Mal pensamiento. ¿Tratais de encerrarlo en vuestra propia casa?

—Quizás ¿qué me aconsejais vos?

—Yo—dijo sonriendo Teodomira,—yo no puedo aconsejaros nada.—Por otra parte, la idea de su madre: el plan que se ha fraguado para descubrir su paradero, ya se halle viva ó se halle muerta...

—Esto es imposible que dé el menor resultado. Su madre ha muerto.

—Se cree que estais en un error.

—¿Teneis, pues poca fé en que yo logre triunfar de mi hijo?

—Ya os lo tengo dicho.

—¿Luego el premio que yo os he ofrecido no os importa?

—¡Oh! si; sois mi demonio tentador. Os ofreceis á tan gran precio... A propósito de esto; ya que hemos llegado á un tan alto grado de franqueza me convendria, por cierto, que me repitiéseis palabra por palabra todo lo que me habeis ofrecido á cambio de mi amor.

—¿No lo recordais? ¡Ah! esto es inícuo; esto es mas de lo que yo podia sospechar de vos.

—Y no solamente quisiera que me lo refiriéseis de nuevo sino que me entregaseis una minuta detallada de ello.

—¿Os falta memoria?

—Acaso voluntad. Mas viéndolo de bulto, tan de realce tal vez la tentacion...

—Oid pues,—contestó Anton Martin pasándose la mano por la frente que manaba abundante sudor,—oid. Yo soy rico, inmensamente rico; gozo de gran crédito y reputacion entre los hombres de toda clase de negocios, y los financieros, sobre todo, creo entenderlos. Mi nombre es conocido y vale en el mercado todo lo que quiere valer. En bienes raíces poseo como unos doce millones; en papel hoy dia cuento en cartera con valores por mas de ocho millones, y á préstamo á diferentes cajas de usureros bien puedo aseguraros que poseo mas de un millon. Total, una fortuna que envidiarian algunos de los que pasan por altos potentados; y título hay y dignidad real que se contentaria con la suma de los intereses anuales como capital. Puedo hacer con esto feliz á cualquier mujer. Mi fortuna no es sospechosa, por consiguiente cualquiera podria considerarse honrada con mi mano. Supongamos que la mujer á quien yo amo es ambiciosa; ¿qué mas puede apetecer? Supongamos que tiene orgullo y no quiere deber nada á su amante. Antes de permitirme que imprima un beso, un solo beso de amor en en sus manos, toda esta riqueza será suya, absolutamente suya. Cuando esta mujer sea mia, no lo será por haberse vendido á un hombre rico por su oro, sino á un hombre pobre en recompensa de su amor... ¿Comprendeis lo que quiero decir? ¿Os acordais de que estos son precisamente mis palabras que otras veces os he proferido?

—Proseguid, proseguid.

—Pero ¿no teneis presente que otras veces os lo he dicho así mismo?

—Sí... me lo parece.

—¡Ah! ¡os lo parece solamente!

—Proseguid, proseguid.

—En una palabra; todo para vos. Ahora bien: si además de ambicion y de orgullo teneis vanidad; hablad, ya vereis cuan pronto encuentro medios de satisfacerla hasta su última espresion. Casaos conmigo. Pediré al gobierno títulos y condecoraciones; me haré elevar á la primera grandeza... ¡Oh! esto no es nada difícil. Entraré en negociaciones con el gobierno. Prestaré á las cajas nacionales con condiciones ventajosas para el país. Yo que he sido económico, sóbrio; que he vivido retirado del mundo; me presentaré á él hidalgo, espléndido, derrochador si quereis. En un año conquistaré un nombre que llenará á la córte y será la admiracion de todos. Todo para vos... ¿Qué mas quereis?...

—Proseguid, proseguid.

Anton Martin hablaba aprisa, rápidamente, como si sus palabras brotasen á torrentes de sus labios.

—¿Todavía quereis mas?

—Sí; proseguid, proseguid.

—Pues bien, prosigo.

Anton Martin enjugó el sudor de su frente que continuaba manando con abundancia y dijo:

—Mirad, Teodomira, os amo tanto, que por vos he abandonado á mi hijo. Ya sabeis que los únicos móviles que me inducian á tratar de impedir que Emilio diese riendas al amor que dice profesar á Eva, eran la avaricia. Yo no queria que se casase con una mujer pobre, porque esto amenguaba necesariamente su fortuna, cuando yo lo que queria era que por medio de su casamiento acrecentase Emilio la mia. Aquí os soy franco: os habla mi corazon porque es lo único que á vos puede hablaros. Si ahora, además de pretenderse casar Emilio pretende en mal hora descubrir quien era su madre; ya podeis calcular que mi fortuna decreceria todavia mas. Os amo, y nada de esto me conviene.

—¡Vaya!—esclamó Teodomira,—veo que vais poniéndoos en la razon. Ya casi es imposible resistiros.

—Oh seria necesario ser un mónstruo de crueldad,—dijo Anton Martin.—Teodomira, habladme, habladme de este modo.

—¿No estais satisfecho con lo que os digo? Sois, pues, exigente.

—Perdonad.

—Proseguid.

—Quiero toda mi fortuna, y lo mucho que puedo hacerla acrecentar, para vos, únicamente para vos. Si yo amé en otro tiempo á una mujer, con los desvaríos propios de la juventud, ¿qué me importa? ¿qué os importa á vos tambien? Nada.

—Nada,—contestó Teodomira.

—Si yo tengo un hijo y este hijo es un estorbo á nuestra felicidad ¿qué nos importa pasar por encima de él? Nada.

—Nada—repitió Teodomira.

—El amor de un viejo que tiene toda la energía de la juventud y todo el cálculo de la esperiencia, esto, esto es lo que debe importaros. ¿No es verdad?

—Sí, esto... teneis razon.

—Pues bien habladme ahora á vuestra vez.

Teodomira tomó una actitud estudiada que queriendo aparentar gravedad no aparentase otra cosa que una dulce coquetería á los ojos de Anton Martin.

—¿Y cómo me garantizais todo esto?—le preguntó!

—Muy sencillamente.

—Esplicaos.

—Por medio de escritura pública.

—¿En qué sentido?

—En forma de debitorio.

—No está bien.—saltó Teodomira.

—Pues, ¿cómo traspaso en pago de ciertas deudas?

—Tampoco.

—¿Como dote?..

—¿Cómo?... Repetidlo.

—¿Cómo dote?

—¿Qué será entregado en el acto?—preguntó Teodomira.

—En la forma que vos querais.

—¿En metálico?

—Será preciso realizar todos los intereses. Mejor dicho, reducirlos todos á moneda contante. Despues que vengan á reclamaros la herencia ni vuestro hijo ni vuestra antigua amante. Yo guardaré vuestros tesoros para vos, viejo mio, ¿no es verdad?

Estas palabras *viejo mio* fueron las dos únicas espresiones de cariño que hasta aquella hora habian brotado de los labios de Teodomira. Sin embargo, Anton Martin sintió por ellas el rostro de tal modo enardecido que parecia iba á reventar en sangre. ¿Era la lujuria ó un sentimiento de ofensa? Eran ambas cosas á la par, pero predominando la primera sobre la segunda.

Anton Martin miraba á diestra y siniestra con esa mirada que los tigres dirigen á su cazador al verles acercar sin poder moverse á causa de la herida mortal que les tiende al suelo sin fuerzas para arrojarse en contra suya. Solo Teodomira hubiera sido capaz de resistir á aquella mirada pavorosa y siniestra. Sin embargo, hubo un momento en que pareció tener miedo de aquel hombre y le dijo:

—¿Qué teneis?

—Nada.

—Vamos, viejo mio; decidme que teneis.

—Nada.

—No quereis decírmelo.

—Será fuerza complaceros en todo. ¿Quereis saber lo que tengo? Tengo horror de mí mismo.

—¡Hola!... esto es muy curioso. Esplicadme lo que esto significa.

—Significa que despues de sesenta años de existencia, despues de haber triunfado siempre de mí mismo; de haber hecho solo aquello que la cabeza me aconsejaba, ahora, cuando ya mis cabellos principian á platear, el corazon me domina por completo. Esto es lo que significa.

—Y esto que acabais de decir, Anton Martin, creedlo, es lo que á mis ojos os vende.

Anton Martin sorprendido por las palabras de Teodomira, le dijo.

—¿Qué quereis decir?

—Que todavía pensais demasiado.

—No, no; nada pienso ni nada sé, si es vuestra voluntad que nada sepa ni sienta.

—Reflexionais demasiado.

—En nada. Ha sido un mal pensamiento; ha sido una mala idea. Perdonad. Decid si convenís ó nó; decidme, ¿qué es lo que quereis ser para mí?

—Vuestra esposa.

—¡Ah! ¡me haceis feliz!

—Vuestra esposa, sí; quiero ser vuestra esposa; pero advertidlo bien. Vos habeis dictado las condiciones.

—Y me atengo á ellas. Pero ¿cómo salvaremos los inconvenientes de vuestro compañero; de ese hombre fatal?

—Que me desprecia...

—Y del cual yo me ofrezco vengaros. Decid, ¿cómo nos libraremos de ese hombre funesto, cuyo solo recuerdo me hace estremecer?

—Muy sencillamente,—contestó Teodomira.—Muy sencillamente.

—Veamos: hablad.

—Llevando el negocio de vuestro casamiento con todo el sigilo. Una vez consumado, subimos los dos en un coche y nos trasladamos al estranjero donde viviremos consagrados el uno al otro y fuera de la infame accion de este hombre que á vos no os martiriza mas que á mí.

—¡Ah! me haceis feliz,—esclamó Anton Martin.

—Viejo mio: mereceis esto. Vuestro desprendimiento es sin ejemplar. Es una prueba de que no hay en el mundo hombre que pueda amarme mas que vos.

—Teneis razon, no le hay... no le ha habido... no le habrá.

—Acabaré por amaros infinitamente.

—Me matareis de amor. ¡Ah! Pero ¿qué me importa?

—¿Quereis morir? ¿quién habla ahora de morir?

—Teneis razon... soy un loco.

Teodomira se levantó.

—Vaya,—dijo,—que ya es hora de que os marcheis.

Anton Martin miró el reloj.

—Son las doce dijo.

—Partid.

—¿Me lo mandais?

—Os lo suplico: Tomad.

Teodomira le dió á besar la mano.

Anton Martin se abalanzó á ella como un lobo sobre su presa y la besó con frenesí.

—Marchaos.

Teodomira abrió la puerta y desapareció.

. . . . . .

. . . . . .

Tan pronto como Anton Martin hubo desaparecido entró Thompson. Venia riendo, pero su risa era sardónica y sombría. Parecia un demonio.

—¿Has oido?—le preguntó Teodomira.

—Todo,—contestó Thompson.

—Y bien...

—Perfectamente. Pero que no venga á creer el viejo ahora en casarse antes de entregarte en billetes del banco toda su fortuna.

—Se hará lo posible,—dijo Teodomira con indiferencia.

Thompson continuó:

—Ni que tú te creas tampoco obligada á vivir un solo dia separada de mí.

—De ningun modo.

Teodomira al decir esto clavó una mirada penetrante al rostro de su amante que este no pudo observar.

En aquel momento entró un criado y anunció con una tarjeta una visita del conde de Wizet.

—Silencio esclamó Thompson.—Salgamos.

Teodomira y Thompson salieron á recibir el baron cuya visita no nos importa relatar por lo que verán nuestros lectores.



THOMPSON DE ACECHO EN LA PUERTA DEL GABINETE DE TEODOMIRA.

CAPÍTULO XVII.

Robo en cuadrilla.

Tres dias despues de la época anunciada en uno de los desfiladeros de los Alduides, frontera de España y camino escabroso pasaba lo siguiente.

Era de noche, pero noche sombría. Los montes estaban cubiertos de espesa nieve y en el cielo no brillaba otro fulgor que el despedido por la nieve que como un sudario de muerte todo lo envolvia; caminos, bosques, valles y collados.

La soledad era inmensa y todo se hallaba desierto.

Algunas sombras vagaban por la cima de una montaña que tenia á sus piés un precipicio y entre la cumbre y el precipicio habia una garganta que parecia suspendida sobre el abismo, cuya garganta era la carretera real de Francia.

Las sombras mencionadas tan pronto aparecian sobre la loma de la montaña como sobre los picos de la roca que la formaba. Vagaban de un punto á otro; aparecian y desaparecian, como centinelas que desde lo alto de las almenas de gigantescos castillos rondan sigilosos de un punto á otro.

De repente se oyó un silbido que resonó repetidas veces por el antro de los montes prolongada y guturalmente.

A aquel ruido sucedió un silencio de muerte.

La noche además de lúgubre y helada era silenciosa, porque el aire no tenia mas fuerza que el aliento de un niño y no lograba mover ni el mas débil tronco de los arbustos que entre la nieve levan-

taban sus copas, ni azotaba los picachos con la violencia propia de aquellos lugares, que levanta á veces grandes masas de nieve formando el alud que brama á gran distancia como el trueno que rueda sobre los abismos.

Aquel silbido, sin embargo, tuvo un eco que no era el eco de sí mismo sino el de otro silbido mas lejano, pero de idéntica duracion.

De la parte de Francia apareció el respandor de una movediza luz que se apagaba y volvia á aparecer con frecuencia.

Evidentemente era el de un carruaje que rodaba por el camino, pero á larguísima distancia.

No se oia el ruido de sus ruedas, ni el galope de los caballos, ni el chasquido de los látigos de los conductores, ni voz alguna humana que indicase allí la presencia de nadie. Todo era soledad, silencio, lobreguez imponente.

Pero de repente una de las sombras que trepaba por lo alto de un collado fué descendiendo como si descendiese de roca en roca, y llegó á perderse de vista tras de unos matorrales.

Poco tiempo despues sucedió lo mismo con otra de las sombras que vagaba por un llano del pié de una roca, que se evaporó como el humo, y finalmente vióse perderse en la inmensidad de una gran sábana de nieve la última de las tres sombras mencionadas.

Nada mas se vió.

Pero al perderse de vista lo que acabamos de decir, pudo oirse á gran distancia un ruido que al punto podia conocerse su procedencia. Era el ruido de un carruaje.

Mas no se veia la luz de sus faroles, ni se apercibia aun ningun otro ruido.

Por fin pudo verse y oirse todo claro y distintamente desde el punto en que tendríamos necesidad de hallarnos para ver y oir lo que referimos.

Era un coche efectivamente lo que se presentaba, un coche que iba á enfilar por la garganta de que hemos hablado.

Entonces el chasquido de un látigo y el trotar de los caballos resonó clara y distintamente.

El carruaje rodaba con precipitacion.

Se oyó jurar al conductor dos ó tres veces repetidas y sucedió aquí otro momento de silencio.

De repente salió una voz como de los abismos diciendo:

—¡Alto!

Y otra voz que gritó:

—¡Deteneos!

Y por fin uno que dijo:

—¡Sois muerto si adelantais!

Las tres sombras que se habian perdido entre los resplandores siniestros de la nieve aparecieron instantáneamente en un solo grupo.

La voz del conductor dijo:

—Aguardad. ¿No veis que es culpa de los caballos si no me hallo ya parado?

—Basta de hablar,—dijo una voz.

—A tierra,—gritó otro.

Solo faltaba de los tres uno que hablase.

Habló por fin de este modo.

—Un tiro á ese bribon, ¿no veis que quiere salvar la distancia?

—No; no os digo que no.

A estas palabras el coche se hallaba parado.

—¿Qué quereis?—dijo el cochero.

—Robaros,—contestó una voz.

—Bien por vuestra franqueza,—repuso el cochero.

Mientras esto decia contestando á uno de los aparecidos, otro ya se habia colocado á la parte opuesta, y le agarraba con mano férrea por el cuello.

—¡Que me ahogan!—gritó.

—¡Mientes!—le dijo,—porque si no ¿cómo hablarias?

Y sus manos como el tornillo de un garrote debieron comprimir mas y mas el cuello del infeliz que desde aquel momento cesó de hablar.

Los otros dos se hallaban uno en cada parte de la portezuela.

Uno de los dos sujetos que iban dentro del coche trató, al oir las voces que acaba de dar el cochero, trató decimos de sacar la cabeza.

Pero su cabeza dió con la mano de uno de los indicados que le agarró fuertemente por los cabellos.

—¡Diablos!—gritó este.

El otro que iba á su lado hizo lo mismo, pero tal vez hubo de agarrársele mas fuertemente y gritó:

—¡Asesinos!

—No somos asesinos,—le contestaron:—somos ladrones y nada mas,

—¡Apearos y silencio!

—¿Cómo?—preguntó el uno.

—Así,—contestó.

Y al mismo tiempo abrió la portezuela, añadiendo:

—¡A tierra!

De un empellon le hizo saltar sobre la nieve de la carretera y apuntándole una pistola, le dijo:

—Boca abajo.

El paciente obedeció.

Lo propio sucedia con el infeliz que ocupaba la parte de la otra portezuela.

—¡A tierra y boca abajo!

Y se hallaba á tierra y boca abajo.

—¿Qué quereis?

—Robaros.

—Empezad cuando gusteis.

—Aguardad.

—¿Qué?

—Aguardad.

Despues de un buen rato uno de los ladrones preguntó al que se habia entendido con el conductor.

—¡Eh! ¿cómo se halla esto?

—Pronto estará arreglado.

Esta pregunta y consiguiente respuesta indicaban lo siguiente.

El ladron indicado llevaba dispuesto en una de sus manos un lazo corredizo que con la rapidez y destreza de un índio cazador le habia pasado al cuello, y al mismo tiempo atado á una de las ruedas del coche. En esta disposicion se hallaba cuando su compañero hubo de hacerle la pregunta. Y su contestacion indicaba que la operacion no se habia terminado, ya que al momento, sacando otra cuerda del bolsillo procedió á atar á su víctima las manos por la espalda.

Todo esto, sobre todo lo último, no requirió por parte del ladron mas tiempo que el necesario para contarlo.

Terminado que hubo, dijo:

—Ahora ya todo está terminado.

—Pues ven,—le contestó el otro, sin ni siquiera volver la cabeza atrás.

—¡Aguardad! me falta algo.

—Qué

—Hacer una amonestacion á ese pollo atado á la rueda.

Y se dirigió al cochero y le dijo:

Nosotros no somos ladrones así como así, somos ladrones de buen género; gentes de honor, y esto basta. En cuanto llegues á dar el mas ligero grito; en cuanto te atrevas á intentar el menor esfuerzo para desatarte: óyelo bien, porque esto es muy importante; en cuanto llegues en fin, á dar la menor muestra de resistencia, un pistoletazo á quema ropa será el premio: tus sesos sabrán si es muy fria la nieve que ahora pisas. Como hombre de honor no tengo mas que una palabra.

Y retirándose un paso al tiempo de amartillar una pistola, añadió:

—He dicho.

Acto continuó se trasladó al lado de sus dos compañeros, y dijo:

—¿Por cuál principio?

—Por este,—dijo una voz.

—¿Por el doctor de la Morlotte?

—Esto es.

—Doctor, levantad la cabeza,—le dijo.

El doctor Morlotte, que era efectivamente el mismo á quien llamaban por su apellido y profesion, levantó la cabeza á duras penas levantando un poco su cuerpo con ambos manos apoyadas en la nieve.

—¿Quereis estrangularme?

—Ya hemos dicho que eramos ladrones, pero hombres de honor al mismo tiempo. Lo que queremos es ataros.

A cuyo tiempo le pasó nn lazo coredizo por el cuello.

—No apreteis,—dijo.

—Ésto dependerá de vuestra voluntad; sino os moveis no hay cuidado, ya sabeis vos doctor que no hay efecto sin causa, os lo dejaré flojo.

—Pues no me moveré.

El ladron entretanto ataba el cabo de la cuerda á otra de las ruedas del coche.

—Atadle las manos,—dijo uno.

—Aguardad,—contestó.

Pero no se hizo aguardar mucho en atencion á que la operacion practicada sin resistencia alguna pronto estuvo ejecutada.

—Pasemos á este,—dijo el que se hallaba á la otra; me parece que este trae malas intenciones; mira de reojo como un condenado.

—¡Pues alerta!

—Somos tres contra uno, y es mengua hablar así, ¿somos ó no somos hombres de pró?

—Vaya, vaya,—dijo otro.

Y la misma operacion, los mismos detalles, igual procedimiento se observó con este, sin que se moviese menos que los otros dos.

Concluido que estuvo todo, uno de ellos dijo:

—¡Bravo!..... Ya se ha llevado á cabo felizmente el primer paso.

—Pasemos, pues, al segundo,—dijo el otro.

Pero se tomaron un momento de descanso, durante el cual cada uno se colocó mejor la careta que llevaba puesta; pues, es de advertir que los tres iban enmascarados y que además, por medio de un instrumento que llevaban en la boca, sus palabras producian un sonido estraño y que hacia imposible pudiese reconocérsele con la voz.

Uno de ellos preguntó:

—Doctor, podeis hablar bien.

—Sí,—contestó,—por ahora muy bien.

—Pues, escuchad y responded sinceramente.

—Pues es claro,—dijo con toda serenidad.

—¿Dónde teneis las llaves de vuestras maletas y las de la caja del coche.

—En la cartera de viaje.

—No la llevais puesta. ¿Dónde la teneis?

—Sobre el asiento del coche.

Uno de ellos se destacó del grupo, y fué á comprobar la contestacion del doctor.

Poco rato despues volvió con la cartera en la mano.

—¿Es esta?—preguntó.

—Sí.

El enmascarado la abrió y halló dentro algunas llaves.

—Cuál es la de la maleta,—dijo presentándoselas.

—La mas pequeña.

—¿Esta?

—Sí.

—¿Dónde teneis la maleta?

—Debajo del asiento.

Fué el mismo por ella y la halló efectivamente. La sacó de allí y la trajo en medio del grupo diciendo:

—Aquí está.

—Bravo—contestaron los otros dos.

Mas uno de ellos añadió en seguida.

—Ahora, la caja del pescante.

Se dirigió el mismo que habia ido por la maleta á la mencionada caja y la abrió, habia varios envoltorios de papeles y algunos pañuelos liados. De una sola vez lo trajo todo en medio del grupo.

—¿Todo está aquí?—preguntó uno.

—Todo.

—¿Y la maleta de este pobre diablo?—añadió otro.

—Que venga aquí tambien.

—No tengo,—contestó el que se hallaba atado al lado del doctor.

—¿Pues donde llevas tus tesoros?—preguntóle con sorna.

—En la caja; es esto que habeis traido ahora aquí.

—¿De verdad?—esclamó uno con acento socarron.

—¡Yo no miento!

—Hola, ¿eres tú tambien hombre de honor?

—Indudablemente.

Creyeron los ladrones á ese que llamaron un pobre diablo, bajo su palabra.

Despues uno de ellos dijo.

—Vamor á ver, señor doctor, ¿dónde teneis vuestro dinero?

—En la cartera.

—¿Y dónde teneis la cartera?

—En la faltriquera.

—Y ¿dónde teneis la faltriquera en que se halla?

—En el pecho del gaban.

Acto contínuo se bajó el que acababa de interrogar al doctor y le metió la mano en la faltriquera indicada.

Allí habia realmente una cartera:

—¿Es esta?—preguntó:

—No hay otra.

La abrió.

—¿Qué teneis aquí?—le preguntó.

—Billetes de banco.

—Bravo ¿Los teneis contados?

—No.

—¿Son franceses?—saltó otro de los ladrones.

—Y españoles—añadió el doctor.

Entretanto se contaban por el primero los billetes de banco.

—¿Cuántos hay?—preguntó uno.

—Diez y seis.

—De cuanto?

—De distintos valores.

—Veamos á cuanto ascienden.

Mientras tanto esto decia el uno, contaba el otro.

—¡Phs!—esto no es nada.

—¿Cuánto?

—Unos veinte y un mil reales.

—Es poco.

—Es preciso que haya mas.

El doctor dijo entonces.

—¿Y porqué es preciso que haya mas?

—Porque todo un hombre como vos no se traslada de un país á otro con tan poca moneda.

—¿Luego me conoceis? ¡Vaya, pero no me conoceis muy á fondo, puesto que me considerais rico.

—Segun todos los indicios que tenemos, así es.

—Son falsos, pues, los indicios: vuestra confidencia esta vez la ha errado. Soy un pobre médico del departamento de...

—Basta, basta; hablais demasiado alto y es necesario bajar la voz: estos sitios son muy concurridos por los carabineros.

—Bueno, pues, bajaremos la voz.

—¿Llevais reloj?

—Sí.

Con una presteza digna del mejor ladron de las Calabrias, al punto saltó el reloj de su faltriquera.

—Y tú ¿traes reloj?—dijo al criado.

—Tambien.

Con la misma presteza le fué arrebatado.

—¿Qué mas objetos de valor llevais?

—Yo, por mi parte ninguno mas.

—¿Y vos, doctor?

—¿Yo...?

—Sí, vamos á ver, os hablo á vos.

—Yo... tampoco. Llevo un alfiler de pecho y algunas monedas en el bolsillo.

—¿Es de valor el alfiler del pecho?

—De mas estima para mí que de valor para vosotros.

—¡Cuánto valdrá?

—Unos doscientos francos.

—Vengan,—dijo el uno.

—Pues vengan,—añadió el que hasta entonces así habia puede decirse llevado la palabra, como ejecutado las operaciones que acabamos de reseñar,—venga.

Y le quitó el alfiler del pecho.

—¿Qué mas llevais?

—Nada.

—¿Bajo palabra de honor?

—Sentiria equivocarme, miradlo vos mismo.

El mencionado principió á registrarlo todo. Primero la bolsa de viaje, despues abrió la maleta.

Dentro de la maleta habia entre algunas ropas un libro.

Llamó el tal libro muy particularmente la atencion de los ladrones, y sacándolo con una mano sin separar la otra del fondo de la maleta, dijo:

—¿Qué es esto?

—Un libro.

Otro de los ladrones lo tomó.

—¿Qué libro es?—dijo.

—Memorias de una mujer del gran mundo.

—¡Hola! La *Matilde*, de Sue.

—No. No es solamente la *Matilde* de Sue que puede bautizarse con semejante nombre.

—Calle,—dijo el ladron, observando el libro que habia ojeado ligeramente.—No está impreso.

—No. Es un manuscrito que no se halla destinado á ver la luz pública por ahora.

—Y es de interés el drama que contiene.

—Escrito por una mujer..

—¿La misna protagonista?

—Cabal.

—Debe ser curioso.

—Para quien no esté en antecedentes, ni pisca.

—Con todo siempre es curioso esto.

—¿Quereis quedaros con él?

—Para entretenernos durante algunas noches en que uno no sabe qué hacer. No siempre espera uno al paso pájaros de cuenta como vos, doctor.

—No os gustará.

—¡Bah! volved á pasar dentro de algunos dias por aquí mismo y os sabremos dar la contestacion. Tal vez no nos guste, pero vos tampoco le dais ningun valor.

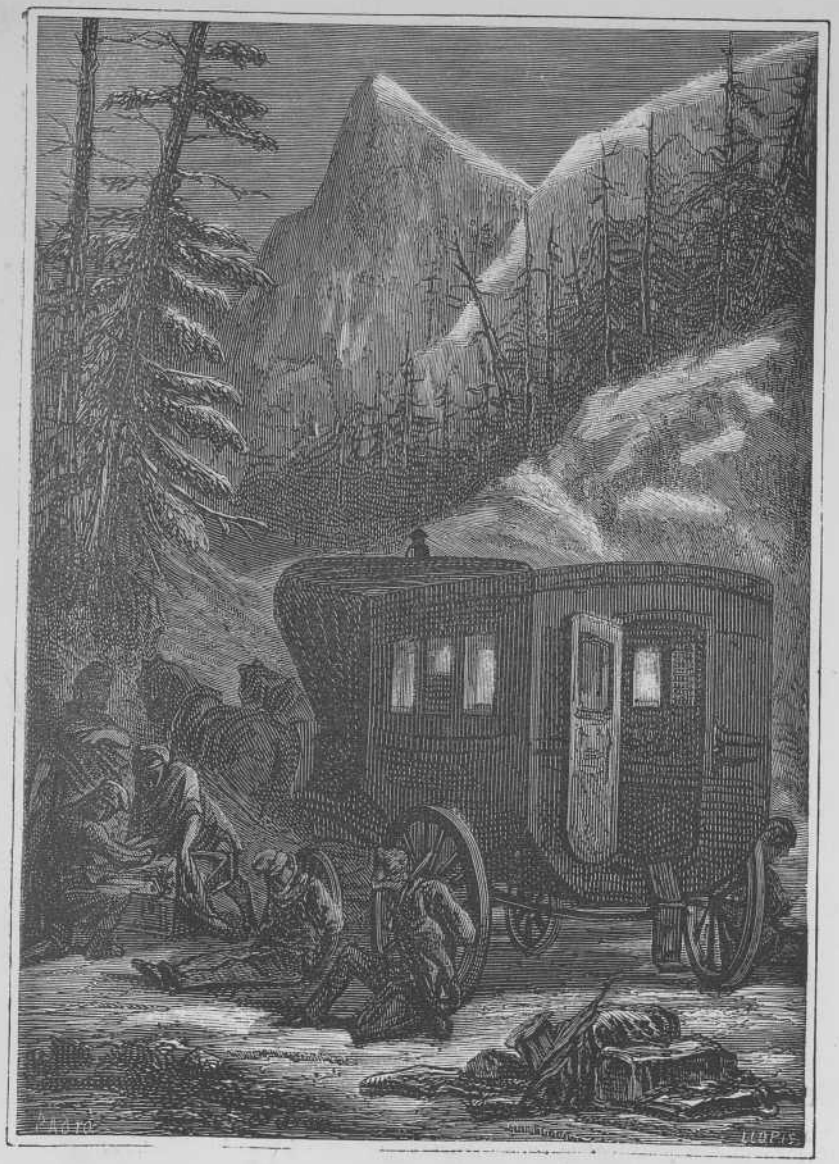
—¡Oh! yo sí.

—¿Estais en antecedentes?

—Si tal.

—Siento no lo estemos igualmente nosotros. Pero basta, acabemos esto que ya se prolonga demasiado. ¿Teneis algo mas en la maleta?

El doctor afectado terriblemente por el robo que de su libro ha-



LOS TRES LADRONES METIERON LAS MANOS EN LA MALETA.

cian, levantó cuanto pudo la cabeza, aun á riesgo de estrangularse, y dijo:

—Miradlo vosotros mismos, revolved bien el fondo de la maleta, y no me pregunteis mas.

—No os poneis de buena fé, doctor. Quereis que lo inspeccionemos todo.

—¡Esta es faena de ladrones!—esclamó.

—Pero honrados,—le contestaron riendo.

El doctor se calló.

Todos los tres, denominados por ellos mismos con el dictado de ladrones metieron las manos en la maleta.

CAPITULO XVIII.

El resorte.

Pero hé aquí lo que sucedió: la maleta era una maleta especial, tenia un secreto espantoso en el fondo que hacia que solo pudiese manejarla la persona que fuese conocedora de ella. A favor de un resorte se cerraba con una fuerza violentísima y al mismo tiempo de cerrarse se descubrian dos sierras finísimas cuyos dientes engravaban entre sí exactamente quedando como una sola pieza, como una masa compacta y sólida cuando no encontraba obstáculo en medio, pero que podia destrozar una mano con facilidad suma.

El doctor estaba esperando los resultados que esta máquina diabólica debia dar, precisamente en ocasion en que los tres tenian en la maleta metidas sus manos.

Pero se impacientaba porque veia que todos continuaban registrando su fondo y la máquina no funcionaba.

Mas de repente se oyó un ruido sordo, y á una los tres arrojaron un rugido siniestro como el del lobo que se encuentra de improviso amarrado en el horrible lazo que se le tiene preparado.

No exhalaron un solo grito, ni una sola voz salió de sus labios: solo un quejido doloroso y aterrador respondió á la máquina.

Uno solo que llevaba una pistola en una de sus manos, la dejó caer en el suelo á gran distancia.

Los tres se revolvian, comprimiendo los dientes y rugiendo como otras tantas fieras.

Ninguno de los prisioneros de los ladrones, podia moverse; las

manos atadas á sus espaldas, los cuellos presos de un lazo corredizo. El menor ruido podia espantar los caballos y si daban un paso, si por desgracia echaban á andar, hubieran sido todos arrastrados á la pendiente y estrangulados horriblemente.

Esta idea podia asaltar la mente de los ladrones y dar rienda á sus instintos de venganza.

La situacion era angustiosa, y lo era no solo por parte de los prisioneros sino tambien por parte de los ladrones.

—¡Malvado!—esclamó por fin el que parecia llevar la iniciativa entre los ladrones,—¡Malvado!

Mas el doctor contestó con alguna calma.

—Ya comprendeis que esto no se ha hecho para vosotros. Los ladrones honrados no se atreven á meter las manos en una maleta.

—¡Ah! ¡morirás!

—Ya lo presumo; pero advertid que en este caso morireis tambien los tres rabiando como fieras. Yo se el remedio á lo que sufrís; yo se el resorte, que se necesita mover para aflojar esta infernal máquina.

—Dilo, ó eres muerto ahora mismo;—dijo uno de ellos.

—Desatadme y os lo diré.

—Bien; convengo en esto.

Iba el indicado ladron á dar un paso sin duda para hacer lo que decia y no pudo continuar.

Otro de sus compañeros cayó al suelo sin sentido.

—Llegáos á mí y desatadme,—dijo el doctor.

—No puedo, miserable.

—Pues yo tampoco puedo indicaros el resorte.

—No quieres... Oh morirás, morirás!

—No puedo, ¿como os he de hablar? hablo tan bien el español como vosotros mismos, pero no puedo esplicároslo; es necesario practicarlo por mi mano; os apretaríais mas todavia las sierras y acabaríais por dejar aquí los puños ó los brazos.

—¡Oh! que horrible es esto.

—¡Que cruel dolor!

—¡Que maldad tan grande!

Principiaban pues los tres ladrones, por no poder contener su do-

lor sin proferir esclamaciones propias de su horrible caso, cuando se oyeron pasos tras de ellos sosegadamente.

Era el cochero que con maña habia conseguido aflojar el nudo corredizo de su garganta y una vez libre la cabeza consiguió, no sin dejar algun fracmento de sus carnes entre las cuerdas librar una de sus manos. Despues de esto se hallaba libre del todo.

Entonces presentándose con paso lento dijo:

—¡Verdaderamente esto es una maldad insigne!

CAPITULO XIX

La salvacion.

El hombre que se presentó con la mayor sangre fria; es decir, el cochero, dijo avanzando algunos pasos:

—Aguardad.

Y se dirigió primero al doctor y últimamente al criado. Aflojó el nudo corredizo que cada uno tenia en el cuello y puso á salvo sus cabezas. Despues desató sus manos. Todo esto lo hizo con una calma glacial é imponente.

El grupo de malhechores permanecia entretanto arrastrándose por el suelo en una actitud, mas que penosa horrorosísima. El único que antes empuñára una pistola estaba desarmado, pues esta le habia caido al suelo. Con todo, dos de ellos, que solo tenian una de sus manos prisionera entre las sierras del infernal resorte de la maleta, consiguieron sacar de sus faltriqueras dos grandes y afiladas navajas con las cuales blandian al aire como si acuchillasen el espacio que les rodeaba. Su situacion era desesperada. Alguno habia intentado romper la piel de la maleta pero en vano, y aun cuando hubiera sido posible conseguirlo, no hubieran alcanzado su propósito, pues sus manos estaban agarradas en el cierre como entre las mas fuertes esposas de hierro. Librarse era imposible.

Cuando el doctor estuvo levantado dijo:

—Cachaza; ahora, señores, cachaza.

—¡Matad!—gritó en esto una voz de uno de los malhechores.

—Aguardad,—contestó el cochero.

—Esto es insoportable.

El doctor repuso.

—Verdaderamente, conozco que debeis sufrir mucho; pero amigos mios, yo no tengo la culpa.—¿Quién os hace meter las manos en cosas agenas?

—¡Por compasion!.

—No os molesteis con vanas declamaciones. Paciencia y aguardad un poco. No os haremos ningun otro daño que este. Habeis procedido con mucho tino en todo; dadnos ahora muestras de sufridos y callados, porque si gritais mucho, es preciso que tengais presente que pueden presentarse los carabineros y hacer con vosotros buena presa. Nosotros no os haremos ningun otro daño: os dejaremos libres.

Continuaban los tres revolcándose sobre la nieve cuando uno de ellos dijo:

—Atadnos á un árbol sino quereis matarnos, pero esto es horroroso; libertadnos de este tormento.

—Luego.

—¡Por piedad, si sois humanos!

—Nosotros no os hemos hecho ningun daño.

—¡Ay! ¡ay! Santo Dios, esto es insoportable.

—¡Oh! ¡yo no puedo mas!

—¡Yo muero!

Cuanto mas forcejaban, cuanto mas su dolor era causa á que se revolcasen mas y mas, los agudos dientes de las sierras que comprimian sus miembros, penetraban en sus carnes y hasta quizás en sus mismos huesos.

Diremos en que disposicion habian sido cogidos.

El uno que era, al parecer, quien entre todos ejercia mas influencia, fué cogido por una mano á poca distancia de la muñeca. El otro fué cogido en el arranque del antebrazo y el último por la misma muñeca. Ni dispuesto espresamente hubiera podido ser amarrado mejor ni mas por igual. Los tres presentaban igual volúmen á la accion de las serritas de la máquina: de modo que los tres debian sentir sus dientes igualmente entradas en sus carnes.

A cada movimiento del uno, los otros debian sentirse desgarrados

de dolor. Hasta cada una de sus palabras debia parecerles un agudo puñal, que dejaba á todos igualmente sin sentidos.

Comprendió el doctor que esta posicion no podia durar mucho sin que muriesen ó la máquina se rompiese. Temiendo tanto lo uno como lo otro trató de dar sima á su propósito y dijo al cochero y al criado.

—Vaya; despachemos.

—¿Qué hemos de hacer?

—Colocarlo todo donde estaba.

Ambos se apoderaron de los efectos que habia esparcidos sobre la nieve y los devolvieron al punto de donde los ladrones los habian sacado.

—Venga mi dinero.

El criado recogió los billetes de banco y se los entregó al doctor quien los contó minuciosamente y dijo despues:

—Exactamente; no falta nada.

El criado tomó una pistola.

—Guárdala, añadió el doctor,—y bien amartillada procura que su boca no deje de estar pronta á hablar á estos señores.

—El primero que se mueva y consiga el menor de sus intentos le mato,—dijo el criado á los ladrones,—¿lo entendeis?

Los tres rugieron por toda contestacion.

—Y lo que ha quedado aun dentro de la maleta,—dijo el cochero,—¿qué haremos de ello?

—Nada, abandonarlo. La sangre de estos señores lo habrá teñido todo, solo han quedado cuatro trapos, alguna camisa!...

—¡Pues, para hilas y apósitos!—contestó el doctor.

—En este caso todo está ya en su puesto menos la maleta. ¿Qué pensais hacer de la maleta?

—Ahora veremos.

El doctor se encaminó al grupo de los pacientes y les dijo:

—Señores; ¿quereisme prestar un momento de atencion?

—¡Oh!—contestaron todos;—¡Oh!

Mas uno de ellos añadió:

—Matadnos.

—¿Quién habla aquí de matar?

—Pues hablad pronto y haced de nosotros lo que os plazca; pero acabad.

—¿Quereis salvaros?

—Sí. Proponed lo que querais.

—Os propongo que permanezcais quietos un solo instante.

Todos hicieron esfuerzos inmensos para obedecer al doctor.

—Oid,—continuó;—nosotros ahora subiremos á nuestro coche y partiremos con paso lento; os dejaremos aquí donde estais y en la misma disposicion.

Al oir estas palabras uno de ellos esclamó:

—¡No teneis entrañas!.. ¡Sois un malvado!

—Dejadme acabar.

—¿Quereis dejarnos aquí en esta posicion?

—Sí.

—¡Y no sabeis matarnos por humanidad!...

—¿Somos acaso verdugos ó asesinos?

—Sois mil veces mas crueles.

—¿Qué sabeis vosotros, si todavía no me habeis dejado concluir lo que tengo que deciros?

Todos callaron dejando oir solo el terrible crujir de sus dientes y la estertorea respiracion de sus pechos.

El doctor continuó:

—Subiremos á nuestro coche y partiremos con paso lento; os dejaremos aquí donde estais y en la misma disposicion; pero antes, oid bien esto, antes dejaré la llave de este resorte, que llevo en la faltriquera, al pié de un árbol, cuando nosotros estemos fuera del alcance de un disparo de pistola, arrastrándoos sobre el camino, os llegareis al árbol designado, tomareis la llave, la introducireis en el cerrojo y dareis la vuelta hácia la izquierda. La máquina entonces levantará las serretas y quedareis libres... ¿Os place la proposicion?

—¿Hablais con formalidad?

—¿Es cierto lo que decís?

—¿No nos engañais?

Estas preguntas fueron dirigidas al doctor por los malhechores casi á un tiempo.

El doctor contestó á todos diciéndo:

— Entre caballeros no debe dudarse de la palabra de nadie.

—Partid, pues.

El doctor llamó al cochero y le dijo:

—¡Al pescante!

Pero este contestó.

—Dejadme examinar antes el correaje, pues aquí hay un enredo de mil demonios.

—¡Aprisa!—contestó uno de los malhechores.

—¡Cachaza! señores; que no andabais tampoco muy de prisa vosotros en terminar esta escena.

—¡Pueden venir los carabineros!

—Ya se vé que sí... pero no hay cuidado: la noche es muy cruda y se está mejor en la paja que en la nieve.

El cochero examinó muy cuidadosamente el bridaje de los caballos y demás arreos del tiro, y despues de arreglarlo todo convenientemente, dijo:

—Señor doctor, ahora puedo obedeceros; cuando gusteis.

—Pues, ¡arriba!

El cochero se colocó en el pescante y desde allí dijo:

—Ya estoy.

—¿A punto de arrancar?

—Sí señor.

El doctor se dirigió en seguida al criado.

—Tú,—le dijo,—te pondrás en la trasera del coche; de pié; te sujetarás bien con una mano á las correas, con la otra empuñarás una pistola, y de cara al camino, sin dejar de vista á estos malhechores, les observarás atentamente. Mientras puedas divisarles tu mision es muy sencilla.

—Mandad, señor.

—Hacerles fuego así que los veais levantados: de este modo no lo harán hasta habernos perdido de vista.

Se volvió en seguida al grupo y les dijo:

—¿Habeis oido bien?

—Sí,—contestaron á la vez.

—¿Estais conformes en libraros de este modo?

—Sí,—repitieron.

—Ved, que os esponeis, de lo contrario á una muerte segura.

—Bien.

—Pero ¿por qué no quereis andar de prisa?

— Para daros tiempo á reflexionar,—contestó el doctor simplemente.

Nada tuvieron que objetar.

El doctor, siempre con la misma calma, se metió la mano en una de sus faltriqueras y sacó una pequeña llave.

—¿Veis esta llave?—les preguntó.

—Sí.

—Pues es la llave del resorte; lo abre dando la vuelta á la izquierda. ¿Lo tendreis presente?

—Sí.

—Mirad.

Los malhechores miraron todos al doctor. Este se puso á andar contando cada uno de sus pasos.

—Uno, dos; tres,—dijo. Y fué contando hasta quince pasos, haciendo de manera que quedase su planta hundida y bien marcada en la nieve.

Cuando estuvo á esta distancia añadió:

—Aquí.

Entonces se sacó un pañuelo; envolvió la llave y dijo:

—Podria ser que perturbados como os hallais no encontraseis esta llavecita; por esto la envuelvo en un pañuelo, de este modo os será mas fácil ó imposible que dejeis de dar con ella. ¿Veis aquí dónde la dejo?

—Sí,—contestaron.

—¡Pues, adios! Y cuidad mucho de recordar esta escena para lo sucesivo. Os dejo en testimonio mi maleta salvadora.

El doctor se encaminó al coche y abrió la portezuela, de paso dijo al criado:

—¡Atencion!

—Perded cuidado, mi amo.

Un momento despues, á una señal del doctor, el cochero arreó los caballos.

—¡Despacio!—dijo el doctor.

Y el coche fué marchando lentamente por uno de los desfiladeros mas formidables de los Pirineos.

CAPITULO XX.

***

Nuestros lectores que se hallan en antecedentes, podrán haber adivinado, que los malhechores que acababan de ser tan tremendamente castigados, no eran ladrones de profesion. Pero el doctor, ni ninguno de los de su comitiva podian sospechar otro tanto.

Los tres iban enmascarados; los tres hablaban con instrumentos en la boca que cambiaba completamente el metal de su voz por donde tal vez hubieran podido ser conocidos; los tres en fin, procuraron imitar con sus ademanes las groserías y baladronadas del papel que trataban de representar. Y es preciso confesar que lo hacian á las mil maravillas y como si realmente fuesen prácticos en semejantes cosas.

De momento al doctor no le fué dable sospechar que aquellos ladrones, no pertenecian á la familia comun de los malhechores, porque ellos se tuvieron buen cuidado de no descubrirse. Por esto asaltaron la cartera de los billetes de banco del doctor con la avidez propia de los ladrones comunes, y cuando dieron con el objeto en busca del cual iban únicamente, que era el libro manuscrito, ó *las memorias de una mujer de gran mundo*, como habia calificado el doctor al libro de la vida de Alegría, hicieron con él la comedia de menospreciarle y de quedárselo solamente por mera curiosidad.

Ya hemos visto que el doctor se dejaba robar su dinero con la mayor impasibilidad, pero que al tratar de apoderarse de su libro, no pudo contener su enojo, creyendo que verdaderamente á los ladrones no debia servirles de nada.

Otro menos preocupado que él en la sorpresa de que era objeto, tal vez lo hubiera sospechado todo; mas no acertó en semejante cosa, y de aquí su enojo.

Nosotros ya hemos visto que eran Thompson, el baron de Wizet y el criado del primero, que se habia hallado en compañía de Emilio durante su permanencia en L*** al lado de Eva.

Thompson y su criado tenian ambas manos ocupadas en la máquina de la maleta, solo el baron de Wizet tenia una de las suyas libres.

Apoyados primero de codos y luego con las rodillas lograron nuestros personajes incorporase sobre la nieve.

Thompson se hallaba de espaldas al descenso de la carretera. Cuando conoció que el carruaje se hallaba á alguna distancia de ellos, dijo:

—¡Maldicion! ¡maldicion!... ¡Qué horrible tormento! ¿Principiemos á andar?

—No,—contestó el de Wizet,—nos descerrajarian un pistoletazo.

—¡Oh! en qué lazo tan sutil hemos caido.

—Si al menos escapásemos en vida!—esclamó el criado.

—¿Será preciso que nos resignemos á morir de este modo? Mira, tú,—dijo Thompson á su criado,—tú que te hallas de frente al coche, mira si todavía no nos han perdido de vista.

—Aun veo el coche,—contestó:

—Parece que está parado,—añadió el de Wizet volviendo cuanto pudo la cabeza.

—¡Maldicion!

—Es preciso que el doctor muera tan pronto como le hallemos á nuestro paso.

—Oh sí: yo le mataré,—dijo Thompson.

—Si antes no morimos nosotros,—saltó el criado.—No escaparemos con vida de esta si al momento no se procede á la amputacion de estos miembros que siento, por lo que á mí hace, que se me están triturando rápidamente.

—No deliremos, majadero; no deliremos todavía.

—Os repito que este dolor es insoportable.

—Pero no tienes las carnes y los huesos de mejor condicion que los mios y es preciso aguantar.

—¿Levantémonos?

Al oir esta pregunta del baron de Wizet, el criado miró á lo léjos y viendo el coche esclamó horrorizado:

—¡Ah! no, señor, no; nos abrasarian de un tiro

—¿No prefieres esto á morir gangrenado?

—¡Ay!... no lo sé; yo no sé lo que me digo,—esclamó el criado.

A cuyo tiempo Thompson repuso con voz imperativa:

—¡Levantémonos!

Hizo un esfuerzo para ponerse de pié y por medio de aquel esfuerzo removió la maleta de tal modo que oyéronse crujir los huesos de sus dos compañeros.

El de Wizet profirió una horrible blasfemia. El criado prorumpió en un agudo grito de dolor y cayó de lado.

—¿Qué es esto?—esclamó Thompson.

—¡Oh! ¿qué quereis que sea? El destino que se burla de nosotros.

El criado habia caido desmayado y con su peso acababa de arrastrar á sus dos compañeros cuyos rostros se hundieron en la nieve.

Por fin consiguieron incorporarse. El de Wizet logró agarrar al criado por la cintura con la mano que tenia libre y lo levantó al aire.

—Probad de levantaros,—dijo á Thompson.

—Los dos á un tiempo.—dijo el de Wizet.

—Bien.

—¡Arriba!

A un tiempo los dos consiguieron lo que deseaban. Tambalearon, es verdad, algunos instantes, pero al fin se pusieron en firme.

En esta dura posicion avanzaron un paso, luego otro, y así sucesivamente fueron avanzando con penuria.

Quien les hubiera visto en aquel momento no hubiera podido contener un grito de horror, por fuerte que hubiese tenido el corazon. Tres hombres sujetos de las manos por medio de un instrumento de hierro rodeado de agudos dientes, que penetraban en sus carnes á cada paso; tres hombres negros como el carbon de cuyo

polvo tenian cubierto el rostro; tres hombres vestidos lo mas pobremente y como miserables mendigos; llenos de sudor en medio de una inmensa nevera, ensangrentados sus miembros y rechinando sus dientes, lo que no dejaba duda de lo horrible de su situacion; tres hombres decimos, pero uno de ellos desmayado y medio arrastrado por otro, y todos agobiados por una agonía mortal, formaban un cuadro el mas espantoso que darse puede.

Paso á paso; ora cayendo ora levantándose, fueron atravesando el trecho de los quince pasos señalados por el doctor.

Al llegar allí se encogieron sobre las piernas y el de Wizet abandonó al criado sobre la nieve.

Alargó la mano y cogió el pañuelo; lo desplegó levantándolo por una de sus puntas y la llave cayó sobre el cuero de la maleta.

Thompson rugió como una fiera al ver aquel instrumento libertador. No pudo contener sus instintos de venganza y miró á lo léjos.

El coche ni se veia ni se oia ya su paso por la garganta del monte.

—¡Miserables!—esclamó.

El de Wizet temblando cogió la llave y la aplicó á la cerradura de la maleta. La oscuridad; el temblor que producian la fiebre y el sufrimiento en sus manos, imposibilitaban acertase á penetrar la llave en la cerradura.

—¿Qué haceis?—preguntó Thompson.

—Aguardad! no acierto á introducir la llave.

—Puede que es un engaño.

El de Wizet continuaba inútilmente procurando conseguir su objeto.

—¿Todavía no?

—¡Callad, por Dios!

—¿Está la llave en el cerrojo?

—No.

—¡Ah!

Esta contestacion del de Wizet á Thompson devolvia á este la esperanza. ¡Qué cosa tan horrible para ellos, si realmente aquella llave no fuese la que correspondia al resorte de la maleta! ¡Qué momentos tan espantosos aquellos! ¡Qué ansiedad mortal devoraba sus pechos!

Tal era la precipitacion del de Wizet que una vez logró introducir la llave en la cerradura; pero al instante mismo volvia, á impulsos del temblor que ya hemos dicho dominaba sus miembros, á sacarla sin querer y como si su mano obedeciese á la fuerza de otra superior y mas enérgica que la suya.

—¿Qué haceis?—repetia sin cesar Thompson.

Y sin cesar repetia el otro:

—¡Aguardad!

Por fin pronunció esta palabra:

—¡Ahora!

Al mismo tiempo se oyó un ruido que era el que producia la cerradura al levantar el pestillo, y las dos sierras se separaron con la misma violencia con que poco antes se habian juntando.

El dolor que sufrieron fué igual, ó acaso superior, al que esperimentaron al ser de improviso cogidos por aquella máquina infernal. El anterior era mordiente y punzante, el presente era desgarrador de sus carnes que quedaron en pequeñas fracciones adheridas á los dientes de las sierras.

Pero el dolor moral quedaba en aquel instante aliviado.

En esto el criado volvió en sí.

—¡Ay!—esclamó,—que me matan!

—¡Silencio! ¡cobarde! Estamos en salvo.

El criado miró á su alrededor y esclamó:

—¿En salvo?

—Sí; pero silencio.

El primer instinto de los tres fué llevar sus manos ó las partes heridas de sus brazos á la altura de sus ojos.

—¡Qué destrozo,—esclamó Thompson.

—Que iniquidad,—dijo á su vez el de Wizet.

—¡Qué dolor!—profirió el criado.

Se miraron despues un momento unos á otros y menearon tristemente la cabeza.

—¡Hemos sido vencidos!—dijo Thompson.

—Pero hemos jurado vengarnos,—repuso el de Wizet.

—Yo he de matar al doctor,—saltó el criado.

—Si se te autoriza,—esclamó Thompson;—no sea cosa que tus

deseos de venganza, por justos que sean, vayan á echarlo todo á rodar.

—Por de contado,—respondió,—ya sabeis que yo no tengo voluntad propia; pero espero que me hareis el obsequio de confiarme á mí esta mision, ¿no es así?

—Ya veremos. Ahora, es preciso pensar en nuestra salvacion.

—¿Cómo?

Thompson sin atreverse á volver á meter la mano en la maleta la cogió por debajo y la volcó. Salieron de su fondo algunos objetos de lienzo. Con los dientes y la ayuda de los piés desgarró uno de ellos, un pañuelo del doctor.

Los demás le imitaron en esta operacion y se envolvieron las heridas del mejor modo que les fué posible.

—¿No haber pensado en esto?—esclamó el de Wizet.

—¿En qué?

—En que podíamos vernos empeñados en una refriega.

—¿Quereis decir que nos hemos olvidado el botiquin?

—Cualquier cosa para restreñir una herida... Sin un mal vendaje...

—Ibamos á jugar el todo por el todo. Acordaos de nuestra decision. Ya estabamos prevenidos...

—Pero no para esto.

—Esto es ser víctima de un lazo infernal.

—De una miserable ratonera.

—Bien: ¿qué haremos ahora aquí?

—Nada y deberíamos tomar una providencia. Yo no puedo soportar el dolor que es cada vez mas intenso,—dijo el de Wizet.

—Lo propio debe pasarme á mí, señor baron,—dijo Thompson.

—Y á mí... ¡Oh! os aseguro que esto es horrible y que tanto mas cruel es mi dolor cuanto mayor es mi deseo ardiente de venganza.

—¡Vámonos!

—Sí, huyamos de aquí.

El de Wizet tomó la delantera diciendo:

—Seguidme.

—Todos le siguieron.

Instintivamente todos, tambien, suspendieron sus manos en la

juntura de sus chalecos procurando de este modo alcanzar algun alivio en su dolor.

En medio del mayor silencio enfilaron por un despeñadero hasta colocarse en la cima de una colina. Desde allí divisaron los palos que señalaban una estrecha vereda. Siguieron por ella y pronto se perdieron de vista.

La maleta quedaba en medio de la carretera, al lado de un gran cuchillo de monte que sin duda se dejaron inadvertidamente.

Una hora despues, las nubes abrieron paso á un rayo de la luna.

Al mismo tiempo tres hombres, pobremente vestidos y tiznados sus rostros penetraban en una casucha que ocupaba el fondo de un torrente.

CAPITULO XXI.

El encuentro.

Sigamos ahora al doctor.

El criado del doctor cumplió exactamente lo que le habia sido prescrito. No abandonó el gatillo de la pistola mientras pudo divisar á los malhechores, resuelto á disparar contra ellos al menor movimiento de avance hacia el camino que hubiese observado.

El cochero hizo lo propio: obedeció al doctor y guió los caballos por la pendiente con suma lentitud.

Cuando ya no podian verse unos y otros, el criado abandonó la trasera del coche y dijo al conductor.

—Ya no se divisa semejante gente.

A la voz del doctor el cochero paró los caballos para dar tiempo al criado de internarse en el coche. Despues prosiguió el camino al trote largo.

—De buena nos ha librado vuestra maleta, señor doctor,—dijo el criado tan pronto hubo tomado asiento.

Este le contestó simplemente.

—Nunca es malo llevar un amigo por el estilo.

—Pero ¡cómo hemos sido sorprendidos, señor!...

—¡Durmiendo!—contestó,—no era cosa de pasar todo el camino velando, como unos sepultureros en la antesala.

—Teneis razon. ¡Y cómo me han cogido de los cabellos los bribones; ni tiempo me han dado de decir Jesus!...

—¿Sí? Vaya, pues os han cogido por los cabellos!

—Si señor, ni mas ni menos. ¡Pero, calle! Me parece que tambien á vos os ha sucedido una cosa parecida. No; pues no podeis reiros de mí.

—¡Bha!

—Decid: ¿os han cogido tambien por los cabellos? Tengo como una idea de esto. Con que presteza, señor. No; pues los ladrones esos me parece que son prácticos. Decid, ¿qué os ha sucedido á vos? ¿Cómo os han echado al suelo?

—Poco mas ó menos, lo mismo que á tí.

—¡Qué infamia! ¿No es verdad que deben ser pájaros de cuenta?

—¡Oh! sí.

—Y ahora conviene vigilar por si acaso apareciesen de nuevo por algun desfiladero; por ahí abajo...

El doctor se rió abiertamente.

—¿Podrian ganarnos la delantera, derrumbándose por alguna vereda transversal del camino.

—¿Ellos?—preguntó el doctor.—No hay cuidado: lo que procurarán es tratar de curarse las heridas, que en estos momentos deben escocerles mucho mas de lo que tú te figuras.

—¡Vaya un demonio de maleta!

—¡Oh! no merece que se la maldiga.

—Que máquina tan infernal. Y lo que es estraño, señor doctor, es de la manera como los tres han podido ser cogidos en un mismo tiempo. Esto es providencial.

—Aun cuando hubieran sido veinte, lo mismo hubiera sucedido, si á la vez hubieran metido sus manos dentro de ella.

Así iban dialogando amo y criado, cuando el doctor metió la mano en la bolsa del coche, donde habia depositado el libro manuscrito y lo sacó.

—Iban á robaros este libro?—preguntó el criado.—Vaya que tambien hubiera sido capricho raro.

—¡Y muy raro!—contestó el doctor.

Entonces se lo metió en el bolsillo del gaban de pieles que llevaba y se colocó encima una de las pistolas que habian sido cogidas á los malhechores.

En aquel momento el cochero detuvo los caballos.

—¿Qué es esto?—preguntó el criado—No saqueis la cabeza, señor.

El doctor la sacó sin embargo con algunas precauciones.

—¿Que hay?

—Nada.

—¿Porqué paramos?

—No se.

Oyóse el cochero que decia:

—Con prisa aun los alcanzareis.

¿Qué significaban estas palabras? ¿Con quién hablaba el criado?

El doctor pudo convencerse de todo luego de haber sacado la cabeza por la portezuela. Era un grupo de guardias civiles con quienes el criado habia trabado conversacion con motivo de lo que acababa de sucederles.

—¿A quién llevais aqui dentro?—preguntaba en aquel momento, uno de los guardas, sin duda el gefe de la fuerza.

—Al señor doctor de la Morlotte, de la familia de los condes del mismo nombre.

—¿De dónde venís?

—De L***.

—¿A dónde vais?

—A Madrid.

—¡Los pasaportes!

El doctor que habia oido esta conversacion dijo:

—Acercaos.

Asi lo hizo uno de los guardias á quien el doctor presentó sus papeles.

—Corriente,—dijo este, apenas hubo pasado sus ojos encima de ellos.—Ahora, hacedme el favor de esplicaros sobre lo que dice el cochero.

—¿Y qué dice el cochero?

—Que habeis sido robados.

—Esto no es cierto. Los ladrones han visto frustrados sus intentos.

—¿Pero, os han salido ladrones?

—Como lo oís.

—¿Cuántos eran?

—Tres.

—¿Hace mucho?

—Cosa de media hora.

—¿Y cómo os habeis librado de ellos?

—Por milagro.

—¿Os habeis resistido?

—No.

—¿Pues cómo ha sucedido?

—Han tenido un susto.

—¿Un susto?...

El doctor no quiso ser esplícito sobre este asunto, sin duda por no tener que diferir su viaje en inútiles averiguaciones y dijo:

—Sí, sí; un susto. Han visto lucir á lo léjos vuestras bayonetas.

—¡Ah! ¡ah! Han huido el cuerpo por temor de ser batidos por la fuerza.

—Cabal.

—Han obrado prudentemente; pero ¿hácia donde se han dirigido?

—Camino de Francia.

—¿Por la carretera?

—No; por veredas transversales.

—¡Diablo! Ya no les alcanzaremos.

—Es muy posible que tengais razon.

—Pues vale mas no intentarlo.

—Tal vez.

—Mas por si acaso conviniere, habeis dicho que os dirigíais á Madrid, ¿donde vivís?

—En el palacio de los condes de la Morlotte.

—Teneis tarjeta.

—Sí

El doctor le entregó una tarjeta y al propio tiempo dijo:

—Mirad, por si acaso encontrais una maleta, que por no retroceder no hemos ido en su busca, acordaos bien de que ofrezco dos mil reales á la persona que me la presente, y si para esto ha tenido necesidad de emprender su viaje á la corte le será además entregado el importe de cuanto haya tenido necesidad de gastar en él.

—¡Diablos de maleta! —esclamó el guardia,—caro ofreceis, su rescate.

—Es una prenda que aprecio en mucho. Pero os advierto que es de resorte y que no metais la mano en ella teniendo la llave puesta, porque os podria suceder una desgracia. Si quitais la llave no hay cuidado de nada. Mas si apesar de esto, no acordándoos de lo que os digo, os sucediese alguna desgracia, volved la llave á la izquierda y os libertareis de un amaño terrible. Puede que los ladrones no hayan pensado en recogerla. Procurar por rescatarla.

—Lo procuraremos. ¿Pero, porqué no prefirís interrumpir algunas horas vuestro viaje.

—Por que el tiempo es precioso y lo tenemos limitado.

—Ved que os podríamos rogar de tal modo que os vieseis obligado á hacerlo así.

—Me causaríais un grave perjuicio.

—Y sin embargo, casi casi considero que es un deber mio suplicároslo.

—Como gusteis. Pero creo que llevamos nuestro pasaporte en regla.

—No lo niego, pero pueden habérseos ensuciado algo los papeles por el camino.

—Vaya, pues, como querais. ¿Nos paramos? ¿retrocedemos? ¿adelantamos? Pronto, señor guardia mandad; pero os suplico que sea prontamente.

El jefe, ó el que hacia sus veces, consultó con una mirada dirigida á sus subordinados lo que debia hacer. Mas estos no le contestaron sino con un signo de indiferencia, que lo mismo significaba detenerles que dejarles proseguir su viaje.

Los guardias civiles de España rivalizan con los gendarmes franceses, sino superan á ellos en caballerosidad y buenos modos con los viajeros. Como caballeros su corazon debe ser naturalmente inclinado al bien. Además el hábito y la costumbre les familiarizan en eso de conocer á las gentes á primera vista. Son fisonomistas y hasta diríamos que como los perros galgos adivinan con el olfato las presas de buena ley.

El guardia, inclinándose reverentemente ante el doctor le dijo:

—Señor de Morlotte y si vuestra maleta no se encuentra?

—Por bien perdida,—contestó.—Mas si lo contrario ya sabeis lo que acabo de deciros.

—¡Corriente! Proseguid vuestro camino.

Al punto se despidieron y el coche emprendió su marcha á galope tendido.

CAPITULO XXII.

***

Entretanto el conde de la Morlotte cada dia hacia mayores y mas rápidos progresos en su curacion. Puede decirse que ya no se distinguia en nada del hombre mas racional y cuya vida desde la juventud á la vejez no hubiese tenido la menor alteracion mental y se hubiese en su curso enterado de los principales acontecimientos verificados en el mundo.

Era una ilustracion regular.

Pero sobre todo era un hombre de toda conciencia, justiciero y de moralidad acrisolada.

A los pocos dias de tratar á su nieto y biznieto les conocia lo suficiente por haber formado de ellos un juicio que le parecia exacto. Distaba mucho de serlo, pero se hallaba, preciso es confesarlo, en camino de conseguirlo.

El viejo conde de la Morlotte, desde sus primeros pasos á su nueva vida racional, permítasenos la palabra, habia manifestado entrar en ella con los deseos de adquirir toda su personalidad y estado civil que le correspondian.

Es decir, que queria ser el conde de la Morlotte con todas las riquezas y autoridad que le competian como á tal, escepto en aquellas cosas que las alteraciones de la ley hacian imposible su restablecimiento.

Mas veia, apesar de manifestar sus deseos á la familia, que tanto el de Wizet como el de Noblestante no se daban nunca por entendidos.

El conde reflexionaba y decia para sus adentros:

—¿Qué es esto? ¿qué significará esto?

Y no sabia contestarse una palabra.

Su estrañeza subia cada vez de punto hasta que al fin decidió un dia hablar sobre esto al doctor su pariente, y mas que su pariente su amigo en quien al fin tenia puesta toda su confianza.

Pero el doctor en aquellos dias no se hallaba allí, habia salido para Francia en busca de unos papeles.

Decidió, pues, entre tanto hablar á Luisa y á Laura.

—Sabeis,—dijo á la primera,—que es muy original lo que está pasando.

—¿Qué?—le preguntó Luisa.

—¿Qué hubiera sucedido á un hombre que habiendo partido de su familia á los diez y siete años, dejando encargada á una persona el cuidado de sus bienes, se presentase de nuevo cincuenta y seis años despues?

—¿Qué hubiera sucedido, preguntais?

—Sí.

—No lo sé.

—Lo primero que le hubiera sucedido indudablemente hubiera sido que el encargado de su hacienda, le hubiera hablado de ella.

—¡Ah! quizás sí.

—Y sin quizás. Pues bien ¿qué ha sucedido conmigo? Nada de esto; ni una palabra. Todo lo contrario: en cuantas ocasiones me he propuesto trabar conversacion sobre este punto, otras tantas me ha sido imposible conseguirlo.

—¿A quién habeis hablado?—preguntó Luisa.

—A tu marido el baron de Wizet.

—¡Oh! no es estraño,—saltó Luisa,—mi papá se hallaba tan ocupado...

A cuyas palabras el conde contestó.

—Y á tu marido tambien; al baron de Noblestante tambien he procurado hablarle en este sentido.

—¿Y qué habeis conseguido?

—Nada, todo ha sido en vano, no he conseguido una respuesta.

—¡Ah!—contestó Laura,—esto tampoco debe estrañaros: mi marido es novel en la casa.

—Ya,—dijo el conde con cierta desconfianza.

—No dudeis que ya os hablarán de esto.

—¿Cuándo?

—¡Oh! esto si que no lo sabemos. ¿Lo sabes tú, mamá?

—Yo no.

—¿No has entendido algo sobre si era preciso tratar de estos asuntos?

—No, nada.

El conde meneando la cabeza con desconfianza dijo:

—¡Ah! ya veo yo que es un grande estorbo en una casa hallarse con la resurreccion de un viejo del cual tal vez ya nadie se acordaba. Esto debe ser muy molesto para ciertas gentes.

—No, señor conde, no digais esto.

—¡Oh! yo no me refiero á nadie.

—Pero indirectamente os referís á todos; es decir, á mi esposo y á mi padre,—dijo Laura.

—¿Yo?... no hijas mias, no: sentiria que alguna de vosotras se incomodase.

De modo que el conde manifestaba á esas dos mujeres, y sin duda con la intencion de manifestarlo de esta manera indirecta á sus esposos respectivos, lo estraño que para él era el proceder de entrambos.

¿Por qué no le dirigian sobre este punto ni una sola palabra?

Esto era sumamente estraño para el conde. Trató de llamar á su casa una junta de abogados. Estuvo tentado mas de una vez de dar este paso. Pero, ¿quiénes debian ser estos abogados? ¿Conocia el conde de la Morlotte alguno á quien consultar? ¿Sabia quienes fuesen los de mas fama?

No. ¿Qué hacer pues en este caso?

Aguardar.

Esta al fin era su resolucion para cada uno de sus proyectos: aguardar. Pero ¿qué aguardar? ¿á quién?

La vuelta del doctor; de su amigo, de su confidente.

Entretanto el doctor no llegaba y el conde se moria de impaciencia.

—¿Cuándo volverá el doctor?—preguntaba á sus descendientes.

—Qué sabemos nosotras,—le respondian.

—¿Y vuestros maridos?

—Qué sabemos nosotras,—volvian á responder.

De modo que no conseguia averiguar nada.

—¿Cuánto dista de aquí el pueblo donde ha ido el doctor?

—Cinco dias.

—Y vuestros maridos cuando tardarán en llegar,—preguntaba.

—No creemos que tarden tampoco mas de este tiempo. Hace diez dias que faltan ya de casa.

—Salieron el mismo dia que el doctor.

—No señor, la vigilia.

—¿Y llegarán poco mas ó menos cuando llegue este?

—Así parece.

—Abandonar á un mismo tiempo todo el mundo mi casa.

El personal mi, era palabra que pronunciaba el conde siempre recalcando el acento. Pero al pronunciarlo esta vez se llevó la mano á la boca y dijo:

—Caramba, siempre me equivoco. Siempre se me escapa esta palabra. Digo á todo *mi*... mi casa, mi palacio, mi hacienda. Vaya no parece sino que todo esto es mio aun.

Laura respondió medio ofendida:

—Señor conde, ¿por qué decís esto?

—Perdona, hija mia, perdona: no sé lo que me digo.

—¿Pues por ventura todo esto no es vuestro?

—¡Oh! en cuanto á lo que decís...

—¿Qué?...

—¿Quién sabe? Puede que no. Yo no sé lo que sobre esta materia dicen las leyes modernas del país.

—¡Cómo! Seria posible que sospechaseis...

—¿Qué no soy nadie en esta casa? Quizás...

—¡Ah!... ofendeis la delicadeza de mi marido,—dijo Luisa.

—Y del mio,—añadió Laura.

—Pues no hablemos mas de esto y aguardemos su regreso. Pero no les digais nada; que no lleguen á entender la menor de mis sospechas; que no son sospechas, son pensamientos indudablemente temerarios.

Luisa y Laura callaron. Pero á buen seguro que entrambas concibieron la idea de revelar á sus maridos, tan pronto regresasen de su viaje, las palabras del conde que tan mal efecto les habian producido.

Y el conde tenia razon.

¿A qué venia ese estraño silencio sobre el asunto de que trataba? ¿Podia á punto fijo adivinarlo? No.

Pero nuestros lectores sí.

Ya sabemos todo lo que sobre este punto habia gestionado particularmente el baron de Wizet. Ya sabemos donde se hallaba en la actualidad y para qué.

De modo que no podia tardar mucho sin que la cuestion se aclarase.

El conde confiaba en la llegada del doctor mas que en otra cosa alguna.

Laura y Luisa esperaban á sus maridos con viva impaciencia.

Era crítica la situacion del uno y de los otros.

CAPITULO XXIII.

La taberna de la tia Mortaja.

En uno de los barrios mas apartados de Madrid, y una de sus calles mas pobres y por consiguiente tortuosa, infecta y mal empedrada, habia, como en mitad de la misma una *taberna-botillería*.

Esta denominacion basta para indicar que en la misma se vendian buñuelos, á los cuales son tan aficionadas ciertas gentes de la córte; se despachaba aguardiente, se consumian roscas, pescadilla, aceitunas, etc., etc. y, de encargo, se preparaban cenas, almuerzos y comidas estraordinarias.

Habia, pues, además del local comun, que era un sotabanco ancho, bajo de techo y húmedo, donde de dia apenas se divisaban unos á otros los concurrentes; habia, decimos, dos ó tres aposentos reservados, de pequeñas dimensiones, que solo contenian una mesa en el centro y un banco á cada lado. Bancos y mesa eran de madera, sin mas pulimentacion que el roce de las gentes que los ocupaban y que, dicho sea de paso, habian conseguido bruñirlos de tal modo, que por este solo hecho podia deducirse su antiguedad en el servicio.

Las paredes de estas habitaciones se diferenciaban del departamento general solamente en una circunstancia: eran blancas, comparadas con las otras que el humo de las luces y gases de la respiracion habia ennegrecido completamente.

Esta taberna era conocida en el barrio con el nombre de la taberna de la tia Mortaja.

La tia Mortaja era una mujer con quien la naturaleza, sin ninguna duda, habia incurrido en un grave error al destinarla al sexo á que pertenecia. Desde su rostro, cuyas líneas eran decididamente las de un hombre repugnantemente feo, hasta su voz y sus maneras, todo pregonaba en ella una viva protesta de las faldas que vestia. Llevaba el cabello corto y un pañuelo en la cabeza atado sobre la frente formando allí un lazo cuyas puntas parecian dos alas como las que adornan el capacete de Minerva. Era gruesa pero pequeña y rechoncha, no obstante que su pecho era liso como una tabla rasa y sus manos huesosas como las de un viejo. Tenia los ojos pequeños y la boca torcida.

Acostumbraban á frecuentar esta taberna algunos estudiantes en compañía de ciertas deidades que penetraban en ella por una puerta escusada y con el manton ó velo de la mantilla echado al rostro. Generalmente estos ocupaban alguno de los cuartos reservados.

Cuando esto sucedia la tia Mortaja preguntaba á los estudiantes lo que debia servirles y despues añadia:

—¿Y no quereis nada mas?

Los estudiantes reflexionaban y generalmente añadian algun nuevo pedido.

—¿Y nada mas?—repetia la tia Mortaja.

Mientras iban pidiendo iba ella repitiendo la pregunta hasta que uno ú otro le decia:

—No; nada mas.

Entonces ella se escusaba con estas palabras:

—Os pregunto esto, señores, por servíroslo todo de una vez. No me gusta entrar y salir en estas habitaciones de preferencia, por no molestar á los concurrentes. Y no solamente no me gusta á mí sino que no permito á otro alguno que se esponga á esto. Cuando las personas piden un cuarto solo, ellos saben porque lo hacen: es señal que no quieren ser vistas de nadie.

La tia Mortaja procedia en esto con esquisito tino, en prueba de lo cual generalmente recibia el asentimiento de los concurrentes.

Despues que habia servido á estos volvia á repetir su pregunta sacramental:

—¿No se ofrece nada mas, señores?

Si le contestaban negativamente terminaba su peroracion con estas palabras:

—En hora buena; quedad, pues, con Dios. La llave de la puerta queda por dentro... si se ofrece algo, llamad.

La tia Mortaja desaparecia y los concurrentes si no se hallaban aun satisfechos de las seguridades que les daba, no tenian mas que doblar la llave de la puerta.

Lo que hemos dicho de los estudiantes sucedia con algunos artistas, y lo que con estos, con cuantos se presentaban á la taberna. Pero preciso es consignar que los honores de la frecuentacion en la casa, eran debidos principalmente á los estudiantes.

Una noche, serian como cosa de las diez, se presentaron dos jóvenes de risueña fisonomía, altos, de buena planta, pero algo abandonados en sus trajes; no porque estos no fueran de géneros superiores y hechura de la mas moderna, sino porque se conocia que los llevaban con abandono y cierta negligencia que mas de algun observador hubiera creido ser esto mismo un particular estudio.

Detrás de los dos mencionados jóvenes iban dos mujeres, á regular distancia medio cubiertos sus rostros con sus mantillas de tafetan.

No era la primera vez que estas parejas frecuentaban la taberna.

Ellas se quedaron en la única escalerilla que habia al lado de la puerta de la taberna, y ellos, embozados hasta la boca, se dirijieron al mostrador, donde constantemente se hallaba la tia Mortaja.

Esta les conoció al momento de entrar.

—¡Hola!—les dijo,—señores príncipes; ¿venís á honrar mi casa?

—Deseamos tomar unas copas.—Contestó uno de ellos que era al parecer el de menos edad.

La tia Mortaja daba siempre á sus parroquianos predilectos uno ú otro título de nobleza.

Esta les preguntó:

—¿Arriba? ¿en vuestro cuarto reservado?

—Sí,—contestó el otro.

—¿Luego venís acompañados?

—¡Vaya!....

—Toma, es claro... ya no debia habéroslo preguntado... soy una tonta; no lo estrañeis

Y dejando cuanto tenia entre manos, principió á removerse detrás del mostrador y finalmente abrió el cajon de un armario que tenia á sus espaldas. Tomó una llave que habia dentro y dijo entregándosela á uno de ellos:

—Tomad, señores marqueses; aquí teneis la llave; subid por la escalerilla del lado que yo pronto subo y me direis cuanto se os ofrezca.

Los dos jóvenes tomaron la llave y salieron de la taberna.

Como hemos dicho, en la escalerilla del lado les aguardaban dos jóvenes mujeres, quienes al verles se internaron y subieron precipitadamente los escalones.

—¿Teneis la llave?—preguntaron.

—Sí.

Un minuto despues abrian la puerta y los cuatro entraban en un reducido local, en cuyo fondo habia tambien un pequeño mostrador que comunicaba con las habitaciones particulares de la tia Mortaja.

El que abrió la puerta, quitó la llave, la metió por dentro y despues cerró.

Los cuatro tomaron asiento en los dos bancos de la única mesa que allí habia. Las jóvenes apartaron sus mantillas de la cabeza dejándolas caer sobre sus hombros, y descubrieron sus dos bellísimos rostros.

Apenas tenian tiempo de haberse acomodado en sus asientos resonó una voz ronca diciendo:

—Vamos á ver, príncipes; ¿qué se os ofrece?

Todos volvieron la cabeza.

La tia Mortaja se hallaba detrás del pequeño mostrador.

—Lo de siempre, dijo uno de los jóvenes.

—¿Pescadilla y Málaga dulce?—preguntó la tia Mortaja.

El otro de los jóvenes repuso:

—Jamon y queso, por añadidura.

—¡Oh, señores príncipes; tengo un jamon que es una gloria: no os arrepentireis de haberle pedido. ¿Y vosotras señoritas?—Dijo á continuacion dirigiéndose á las lindas jóvenes que se hallaban en su compañía.

—¡Yo nada!—saltó una de ellas con desenfado.

—Yo unas sardinitas de Nantes,—repuso la otra.

Veamos ahora antes de proseguir nuestro relato, de trazar en pocas líneas una ligera idea de la fisonomía de estos cuatro personajes.

Principiaremos por la mas jóven de ellas.

Era una niña: una niña que todo lo mas contaba diez y siete primaveras, de modo que se hallaba en el período álgido de la primavera suya. Llevaba el cabello corto para ser peinado á la romana, pero cortado de algun tiempo, es decir, que era algo largo para ser peinado de este modo. Era naturalmente rizado, lustroso, por lo cual despuntaba en conatos de rebeldía. Era de aquel cabello cuyo mejor peinado consiste en un par de pases del batidor, y que todo lo demás solo consigue afearlo. Tenia los ojos grandes, brillantes, rasgados y circuidos de una pestaña larga y espesa que daba á su mirada una actitud siempre solemne y magestuosa; pero que perdia algo de su imperio al observar su boca, en la cual se transparentabe una sonrisa desdeñosa y provocativa que imposibilitaba el que nadie pudiese permanecer á su lado sin sentirse acometido del deseo de hacerla desplegar sus labios, que eran rojos como el coral y menudos como dos hojas de clavel. El color de su tez era algo moreno, lo cual contribuia á aumentar su gracia y donosura.

La otra era al parecer de algo mas edad, algo mas alta, algo mas grave y algo menos hermosa, pero esto no supone que ninguno de estos algos le diera el mas ligero tinte de fea, no; era bella, pero no lo era tan soberanamente como la otra.

La primera se llamaba Adela; la segunda María.

Ahora veamos de fisonomiar á sus camaradas.

El uno, el mas jóven, tendria unos veinte y cinco años: era alto y delgado, sin pelo de barba, pero con una ligera sombra de pelo en el labio superior. Tenia los ojos rasgados y grandes, bastantante sejijunto y el color de su rostro era pálido. Enseñaba constantemente sus dientes blancos como el marfil, y tambien á su manera parecia reir constantemente.

El otro era un poco mas bajo: llevaba patilla casi rubia y parecia ser de mas edad que su compañero.

Se llamaba el primero Cárlos; el segundo Agustin.

La tia Mortaja, con una velocidad á toda prueba, cubrió la mesa con los manjares que le habian sido demandados.

—¿Se ocurre algo mas?—preguntó.

—No,—le contestaron.

Nada mas les preguntó, solo que al irse les advirtió segun costumbre ya referida lo siguiente:

—Queda la llave por dentro; si algo se ofrece llamad, príncipes mios; pichones de mi alma...

Nada le contestaron. Pero tras ella Cárlos se levantó y dobló la llave de la puerta.

Restablecido en su puesto, dijo:

—Maruja, ¿por qué no has pedido algo?

—Porque nó.

Y cerró los ojos, y apoyó uno de sus codos sobre la mesa y la barba sobre la palma de la mano, quedando de este momento en actitud meditabunda.

—Vaya,—dijo Agustin;—¿hemos venido aquí para hacer oracion mental?

Adela se echó á reir y dijo:

—Por si acaso, Agustin, échame una copa de Málaga.

Agustin obedeció.

Cárlos, contemplando con cierta curiosidad á María, dijo:

—Maruja ¿qué es esto? ¿te esplicarás al fin? Todo el camino que estás de un mal humor que no puede aguantársete. Revienta de una vez y acabemos; ¿qué tienes?

—No se esplicará, no;—dijo Adela.

—Pero, ¿por qué?

—¿Qué diablos tiene la muchacha?—preguntó Agustin á Adela.

—Qué ha de tener...

—¿Lo sabes tú?.

—¡Yo!...

—¡Vamos!—dijo Cárlos,—si lo sabes tú, dilo y acabemos.

—Ya me guardaria yo bien aun cuando lo supiese.

—Conque no lo sabes.

—Te digo que no.

—Pues entonces, si nadie lo sabe y Maruja no quiere decirlo, ¿qué le haremos? Comamos y no preguntarlo mas. ¿Come, Maruja?

Al decir esto, Cárlos le presentó con el tenedor una tajadita de jamon.

Maruja rechazó el presente que se le hacia, diciendo:

—No.

El jamon fué al suelo, y el tenedor cayó sobre el plato de Agustin.

—¡Hola! ¡hola!... ¡Hé aquí una cosa deliciosa! ¿Quién demonios aguanta á esta muchacha cuando pone la proa á la mar?

—¡Nadie!—contestó María con desenfado,—ya lo sabes. Pero te juro que no tendrás ocasion de saberlo por tí mismo desde hoy en adelante.

—¡Puede que no!—contestó Cárlos con manifiesta indiferencia.

—¡Oh, no!

—Pero, ¿por qué?

—¿Y te atreves á preguntarlo?

—¿Lo sé por ventura?

—Claro está que sí.

—¡Ah! está es otra; ¡yo lo sé!

—¡Bribon!

—¡Bravo, bravo! yo lo só. Pues no me acuerdo, no presumo, no atino de que puedes habértelas.

—Pues yo te lo esplicaré. ¿Dónde estabas el veinte de julio?

—¿Yo?... ¡pues ahora quieres que me acuerde dónde estaba el veinte de julio! Toma, en Madrid.

—¿Dónde estabas á las nueve de la noche?

—Yo que sé.

—¿Quieres que yo te lo diga? ¡Oh! no importa, por mas vergonsoso que sea para mí, yo te lo diré.

—Dí, ¿dónde estaba?

—En la iglesia de San Ginés.

—Yo. Vaya que te han engañado. No he estado en la tal iglesia desde...

Cárlos suspendió su palabra en los lábios y demudó un poco el

color de su rostro. En aquel momento acababa de recordar que efectivamente el veinte de julio habia estado en la iglesia de San Ginés. Entonces dijo tartamudeando, pero haciendo esfuerzos supremos para manifestarse con ánimo calmoso.

—¡Ah, tienes razon! estuve efectivamente en la iglesia de San Ginés...

—¿Te atreverás ahora á preguntarme la causa de mi encono?

—¡Vaya, vaya Cambiemos de conversacion, porque esto nos llevaria en mal sendero! ¿Qué tiene de estraño que yo estuviese ó no en la iglesia de San Ginés?

—¿Y te atreves á preguntarlo?

—Pues es claro; asistí al casamiento de un amigo...

—¡Mientes!..—gritó Maruja dando un fuerte golpe con el puño sobre la mesa.

—¿Qué no asistí á un casamiento?—preguntó Cárlos con enfado.

—Asististe, sí; ¡pero siendo tú uno de los contrayentes!

Al tiempo de decir estas palabras, María descargó sobre la mesa otro fuerte puñetazo que hizo estremecer todos los platos y botellas que en ella habia.

Cárlos se quedó con la boca abierta y sin saber que contestar.

Agustin esclamó:

—¡Ya reventó la bomba!

Adela añadió:

—¡Gracias á Dios..!

CAPITULO XXIV.

Sube y baja la marea.

Hubo aquí un buen rato de silencio.

María apoyada sobre la mesa con un codo y la barba en la palma de la mano, dirigia de cuando en cuando una mirada al soslayo á Cárlos. Cárlos comia con buen apetito al parecer, pero su amigo y Adela estaban como suspendidos esperando la resolucion de todo aquello.

Así permanecieron hasta qué Cárlos dijo:

—Vaya, Maruja, ¿quieres ó no hacer las paces conmigo?

Maruja no contestó. Cárlos insistió diciendo:

—¡Me parece imposible tu enojo!

—¡Es justo!—contestó por fin;—es justísimo. ¡Casarse así, de este modo!

—¿Pues cómo?—preguntó Cárlos.—¿acaso no me he casado como todos los demas.

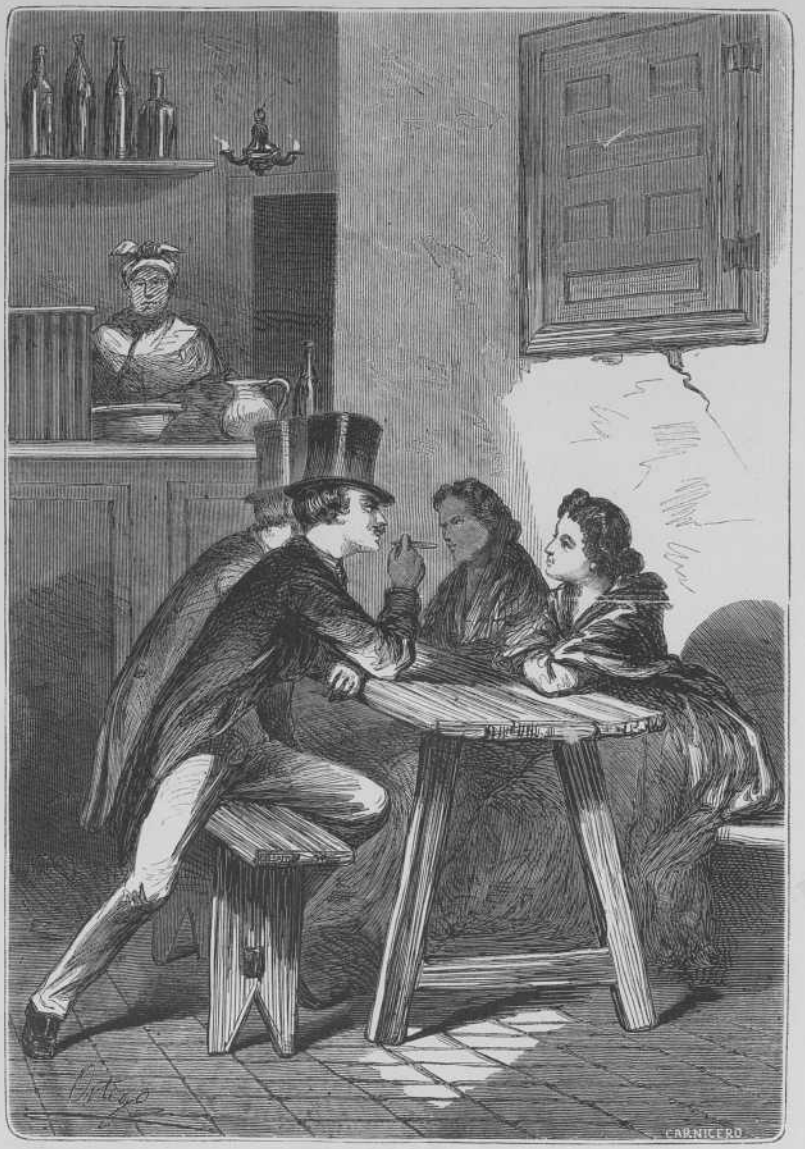
—Quiero decir, así... sin decirme nada.

—Es claro,—saltó entonces Adela,—debias por lo menos haberla advertido.

—Pero ¿por qué? Vamos á ver, ¿qué tiene que ver Maruja con asuntos de esta naturaleza?

—¿No es tu amante?—preguntó Adela.

—Sí; pero ¿tengo por ventura firmados esponsales en su favor? ¿no era libre de casarme con quien me diera la gana? ¡Esto si que es raro!.. Suponed ahora, que porque en este instante nos hallamos



LA TABERNA DE LA TIA MORTAJA.

juntos en la taberna de la tia Mortaja, mañana me salta Maruja gruñendo por ejemplo ¿por qué diré? porque viene el barbero á mi casa y me afeita. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? Nada. Al menos yo no lo se ver; no sé encontrar la analogía. ¿No puedo yo ir al teatro sin Maruja, á misa si me place, á la banca á jugarme mi dinero, á la bolsa á contratar un negocio cualquiera? Indudablemente. Pues de la misma manera he podido casarme: al fin es un negocio y un pasatiempo á la vez que se me ha ocurrido realizar. ¡Y por esto tanto misterio! ¡Por esto tantos pucheritos!.. Vaya, Maruja, vaya que no tienes razon.

—¿Qué no tengo razon?

—Pregúntaselo á cualquiera que se halle en el caso de apreciar las razones que yo daré; ya verás como el fallo me será favorable.

—¿A tí?... ¡eh! ¿á tí?

—¡Cómo que no puede ser de otro modo!

—Precisamente. Soy tu amante desde hace mas de dos años; soy la mujer mas fiel que en la vida haya podido presentarse como modelo; desafío al mundo entero á que se me presente una mujer que mas quiera, y mas ame á un hombre de lo que yo te amo á tí..... ¡Oh! digo mal... de lo que yo te amaba á tí; y de repente, ese hombre por quien una delira, por quien una se pierde; sin motivo, sin agravio alguno, trata de hacer un negocio, y ¡allá vá! de la noche á la mañana aparece desposado con una gran señora, que á la verdad vale, comparada conmigo, lo que el grajo con una estrellita del cielo. ¿Qué direis á esto, señores?

—Que sí y que no,—dijo el amigo de Cárlos.

—¿Cómo que sí y que no?

—Toma, es bien fácil de entender, Maruja, que sí y que no. ¿No conoces el sentido de estas dos palabras?

—Vaya, que no te entiendo.

—Pues, yo te lo esplicaré.

—¿Tú?

—Sí, yo; yo precisamente. Ya verás, oye: tienes razon y por esto te digo que sí.

—¡Gracias á Dios!—esclamó Maruja.

—Y no tienes razon y por esto te digo que no,—continuó Agustin.

—¡Bah! esplícate mejor.

—Cárlos saltó entonces:

—Tienes razon, en cuanto dices que tú vales infinitamente mas que mi mujer, la señorona doña Laura de.... y hasta acepto la comparacion que has hecho entre tú y ella; vales más mucho más que ella; vale mas una mirada tuya que un soliloquio de amor de la otra; vale mas un cabello tuyo que todo su cuerpo. Pero no tienes razon en cuanto das á mi casamiento la menor importancia. Pues ¿qué? ¿No sabes tú que entre ciertas gentes; el casarse no significa otra cosa que pillar algunos centenares de miles de reales, que en vez de venir consignados en una carta órden, ó letra, ó billetes de banco, es decir, en un simple papel de crédito, vienen consignados sobre una mujer de carne y hueso? Mil veces hemos hablado de esto en conversaciones familiares y otras tantas te he oido á tí criticarlo, no en el hombre sino en la mujer... Critica á mi mujer, mas no á mí. ¿Es suyo mi amor ó tuyo?

—Esto es lo que me falta saber,—contestó Maruja.

—Ingrata,—respondió Cárlos con acento salamero,—ingrata: dices que no sabes esto.

—No.

—¿Qué necesitas para convencerte?

—Ahora nada. Creo todo lo contrario.

—Pues haces mal. No he dejado de verte un solo dia á pesar de mi casamiento.

—Esto me prueba que sabes finjir amor á quien no lo tienes.

—¿Por qué?

—Porque ó no amas á tu mujer, ó no me amas á mí. Y sin embargo, debes habérselo dicho.

—¡Toma! es claro.

—No ves; bribon.

—¡Hola! ya volvemos á las andadas, es una fórmula de cajon decir que se ama á la mujer con quien uno va á casarse. No ves que de otro modo no seria posible cazarla y no cazándola no podria verificarse el negocio.

—¡Habrá descaro!

—No sé... ¿Pues eres capaz de pensar que me hubiese casado como los reyes, por medio de negociaciones, diplomáticas? No pico

tan alto: he tenido que sujetarme á las prácticas establecidas entre la nobleza, y basta... La he dicho que la amaba sí, pero si ella hubiese sido una muger como tú, por ejemplo, de talento y esperimentada, hubiera conocido á la legua que era grilla esto de amarla.

—Pero ¿ella te ama á tí?

—Así lo creo. Pero no debe inportarte. Nadie es dueño de impedir á otro el que nos ame. Que me ame cuanto quiera.

—¿Sí?

—¿Pues?—esclamó Cárlos con desenfado.

—Hé aquí lo que yo no quiero,—saltó Maruja.

—¿Puedo privar yo á nadie que te ame á tí?

—Sí.

—¿Cómo?

—Mandándome á mí el encargo de hacer que me aborrezca.

—Bueno, si este es el medio: mándame á mí otro tanto y te obedeceré.

—Es que hay mucha diferencia entre el amor que yo te profeso y el que tú me profesas á mí.

—¡Quizás!—volvió á esclamar Cárlos con desenfado.

—¿Lo ois, señores?—dijo Maruja volviéndose á sus amigos,—¿y no puedo decir que Cárlos es un malvado?

—No,—contestó Cárlos,—no. Porque yo puedo decir que te amo á tí mucho mas que tú á mí.

—Ya.

—Pues es claro, y ya que nos hallamos en este terreno, en el terreno de las esplicaciones, digámoslo todo. ¿Sabes porqué me he casado? Voy á decírtelo: por tí; Laura me ha llevado en dote mas de cinco millones, ¿Para que quiero yo este dinero? Vamos dilo tú misma ¿para qué?

—Para derrocharlo. Pues, digo, ¿no sabes tú esto?

—Lo has adivinado. Pero ¿con quién? Dilo tambien sin rebozo.

María inclinó los ojos y sonrió ligeramente.

—Maruja, — continuó Cárlos,—vamos habla ¿con quién he de derrochar mi dinero? ¿No respondes?

—¿Conmigo? Apuesto que eres capaz de decirlo...

—Y de jurarlo. Acabas de decir la verdad, toda la verdad de mis intenciones, de mis propósitos, de mi firme resolucion.

María al parecer no se dió por satisfecha y nada contestó. Pero sus amigos, sus comensales es decir Agustin y Adela esclamaron á un tiempo.

—¡Magnífico! Bravo! ¡Escelente!

Adela añadió:

—Hemos hecho un gran negocio.

—De hoy en adelante todos seremos felices.

—Menos yo.—saltó María.

—Tú mas que nadie,—dijo Adela.

—No sabeis lo que es amar.

—Agustin, toma tú la palabra por una alusion personal; no quiero que te dejes insultar,—dijo Adela.

—Oh yo me guardaré bien de ponerme en pugna con Maruja,—dijo Agustin;—ahora es una señora una gran señora, gracias al negocio, con tanta felicidad llevado á cabo por Cárlos.

Todos se rieron y María repitió:

—Menos yo, todos podreis ser felices. Yo he cedido á la invitacion de venir aquí hoy, solamente hoy, para decirle al señorito cuantas son cinco. Yo ya no quiero relaciones con semejante hombre.

—Vaya una rareza.

—Vaya una majadería.

—¡Vaya un insulto!

—Tomadlo como querais mi resolucion es irrevocable.

Cárlos aparentando no creer ni hacer ningun caso de lo que decia María, y con la mayor calma del mundo, le presentó una sardina de Nantes con la punta del cuchillo y le dijo:

—¡Maruja; toma!

—Veneno, tomaria,—contestó.

—Luego te daré veneno, si quieres. Ahora toma esto.

—Yo no tomo nada de un hombre casado.

—¿Huele á puchero de enfermo?—esclamó Adela,—soy de la misma opinion, pero ¿qué le harás?

—¿No soy por esto el mismo, tonta?—esclamó Cárlos,—se han comido de mí algun pedazo ¿que mas dá?

—Mucho.

—¿Qué?

—Ya lo sabes tú.

—Yo; malditosi te entiendo.

—Porque no quieres.

—Porque no puedo.

Adela y Alberto se reian, pero sin dejar de embuchar de cuando en cuando un buen pedazo de jamon ó de tragar algun prolongado sorbo del dulce Málaga.

María al fin tanto fué rogada para que aceptase la sardina de Nantes, que al fin tomó el cuchillo y se la echó en el plato.

—¡Gracias á Dios!—dijo Agustin.

—Ya verás que escelente es,—añadió Adela.

—Como el acibar,—esclamó ella.

—Como la miel, tonta, en que se convierte todo lo que pasa por mis manos,—saltó Cárlos.

—¡Eres un criminal!—contestó Maruja.

Pero al decir esto engulló un pedazo del escelente pescado que Cárlos le habia dado.

—Bendito sea Dios!—dijo este.—Pareces una enferma de gravedad; cuanto te cuesta tragar esto...

—Oh mucho, mucho me cuesta tragarme un amante de semejante naturaleza... ¡Casado!... ¡eh!..

Y abriendo la boca escesivamente, escupió el contenido arrojándolo al suelo con el mayor menosprecio.

Agustin y Adela se rieron á carcajada tendida. El primero le presentó una tajadita de jamon diciéndola:

—Prueba esto. Es de la mano de un soltero.

—No quiero nada,—contestó María,—nada, lo entendeis; quiero morir.

Si la risa primera en que sus amigos prorumpieron al escupir la sardina fué una risa burlona, esta vez fué á toda satisfaccion una risa provocada por la salamería de Maruja.

—¿Quieres morir?—le preguntaron á la vez.

—Sí.

—¿De hambre?

—No.

—¿De sed?

—Tampoco.

—¿Pues?...

—De harta.

—¿Y principias por rechazar la comida que te ofrecen? ¡rayo! esto si que no tiene esplicacion.

—Sí, que la tiene. Quiero morir de harta de vengarme de este pícaro.

—Vuelta con lo mismo!—esclamó Cárlos.—Esto si que es grande.

Maruja cojió un cuchillo, é hizo ademan de pasárselo por el cuello al tiempo de decir:

—¡Me degüello, si no lo consigo!

—¡Vaya, vaya! Basta de bromas de esta especie,—dijo entonces Cárlos.

—Hablemos con formalidad de otras cosas.

—Cabal, esto és. Ahora... entendimiento de casado,—dijo Adela.

—Justamente.

—¿De qué quieres hablar?

—De nuestro porvenir.

—Tú no tienes ya nada que ver con el mio.

—Eres mi amor.

—Y tú eres mi desesperacion.

—Quiero ser tu dicha...

Adela y Alberto esclamaron:

—¡Esto es, esto es; veamos, veamos como!

—Oid,—dijo Cárlos.—Yo deseaba hace algunos dias revelarte este secreto; el secreto de mi casamiento. No sabia como hacerlo y al fin determiné ayer mismo que no pasase del dia de hoy. Esto ya era demasiado y no podia durar sin dar lugar á dudas y murmuraciones. Yo no quiero nada de esto, porque ya sabeis que soy franco en todas mis cosas. Resuelto á esto, ahora debe decirte la verdad, Maruja; siento que lo hayas sabido por boca de otro. Yo debia decírtelo, no antes sino despues de verificado, porque antes hubieras destruido mi valor y me hubieras vencido, desbaratando un buen negocio. Pero ya que ha llegado á tus oidos y lo sabes todo, es preciso que te diga mis proyectos con los cuales conocerás si eres ó no mi amor, mi único amor, y si este casamiento lo he llevado á cabo para tu dicha ó por un afecto enteramente contrario.

—Vamos á ver, vamos á ver.—gritó Agustin con la boca llena y vaciando en su vaso el dulce Málaga de una botella.

—Oyelo bien, tú, Maruja,—dijo Adela.

Cárlos continuó:

—Tengo arrendada una casa en la calle del Prado, un cuarto segundo precioso, ricamente pintado, con muchos dorados, enladrillado de mármol blanco y negro, agua de pié; un magnífico terrado para flores donde hay palomar y pajarera, un saltante en el centro y cochera en la puerta... He mandado amueblar este cuarto tan elegante como sencillamente, porque como conozco los gustos de la persona que al fin debe habitarle, he procurado que todo estuviese á la altura de sus deseos. Hay en la casa un rico espejo de cuerpo entero, cuatro cómodas con piedra, dos consolas de ébano preciosas; un sofá, un confidente y dos duquesas, con sillería proporcionada. Hay dos camas, la cosa mas deliciosa, con pabellon de damasco, ricos cortinajes de la misma tela en los balcones, tapicería en las puertas y dos habitaciones alfombradas con rico gusto. Hay seis juegos de candelabros de plata y hechuras distintas sumamente elegantes todos. Hay tres lámparas de cristal mate de suavísimos colores. No hablo del comedor, con sus fuentes sobre picas de mármol, con sus armarios atestados de fina porcelana, ni tampoco de otros cuartos, cada uno de ellos parecido á un camaril de la Vírjen que cuenta mas devotos. Diré que hay un gabinete tocador que encanta y todo de la última moda. ¡Cuántas aristocráticas mujeres de la corte se desharian de envidia para conseguir uno igual si llegasen á verlo! Pero no es esto lo mejor, sino que las cómodas están atestadas de ricos trajes de toda clase, y hay un gabinete con dos armarios de chiranda llenos de ropa blanca y otros útiles que encantan siempre á las mujeres hacendosas que los poseen....

Al llegar aquí la narracion de Cárlos fué interrumpida por Agustin, diciéndole:

—Acabarás. Esto parece un inventario.

—Tienes razon,—dijo Cárlos.—No continuo: basta decir que es una casa donde no falta nada así en cantidad como en calidad.

—Y bien....

—Esta casa,—continuó Cárlos—tan llena de todo lo necesario,

lo útil y lo agradable y hasta lo superfluo, tiene un secreter, en el fondo del secreter hay un cajoncito, en el fondo del cajoncito hay algunos legajos de papeles: uno de estos legajos contienen todos los recibos de todos los muebles y ropas de que acabo de hacer mencion superficialmente. Los recibos están á nombre de una mujer y esta mujer eres tú; Maruja de mi alma!

—¡Bomba!—esclamó Agustin,—estas palabras valen un imperio.

Maruja que habia adivinado tiempo hacia á lo que podia ir á parar aquella narracion esclamó:

—¡Cárlos! ¿Todo es realmente para mí?

—Para tí.

—¿Es el precio á que tasas el inmenso sacrificio de mi alma?

—No; es una mínima espresion de mi cariño hácia tí.

—Pues preferiria—dijo,—que nada de esto hubieses hecho y que hubieses continuado como antes.

—Lo creo... pero dejémoslo correr ahora. Esto no viene ya al caso.

—¡Ciertamente esclamó Agustin.

—Pues yo creo que sí, yo creo que viene al caso,—dijo Adela. —¿Cuándo de otro modo hubiera podido esperanzar la Maruja suerte tan grande?

Y volviéndose á Agustin le dijo:

—¡Ay! ¿por qué no te casas tú á este precio?

—¿Lo quieres?—preguntó este.

Mas al momento arrojándosele al cuello contestó:

—No, no, no; no lo quiero.

Maruja se hallaba algo meditabunda.

—Todo esto, al lado tuyo,—dijo,—seria muy bueno. Sin ti...

—¿Cómo sin mí?... Acaso yo he de abandonarte.

—Ojalá yo pudiese. Acepto esto porque te amo; porque á pesar de tu grande infamia no puedo aborrecerte, pero si pudiese... si algun dia puedo....

—Me abandonarás?

Maruja tardó en contestar, pero al fin dijo, arrojándose á su cuello con vehemencia:

—No, no, no. No podré nunca.

Adela y Agustin encontraron en el abrazo de sus amigos pretesto para abrazarse ellos tambien y lo hicieron con no menos vehemencia.

—¡Todo está acabado ya!—dijo Agustin.

—Y con un final magnífico,—añadió Adela.—Sin embargo, cuidado que no te pase nunca por la cabeza hacer tú tambien semejante cosa; pero en fin, si así fuese no pasaría por menos que por lo que Cárlos acaba de hacer por Maruja. Siempre he dicho yo que este demonio de chica llevaba trazas de ser mujer la mas afortunada del mundo. Mire usted ahora por donde se le descuelga su suerte. ¿Quién habia de decirlo? Pero en fin; por una parte ú otra habia de descolgársele: es buena estrella la suya.

Caramba, ganas me dán ya de casarme,—dijo Agustin;—veo que ambicionas tanto los armarios de chicranda y los espejos de cuerpo entero, y...

—Y la ropa blanca, sobre todo, la ropa blanca. Caramba se me hace la boca agua. Ya quisiera ahora mismo ver todo esto. Porque supongo Maruja que todo esto lo veremos. No sea cosa ahora que vayas á envalentonarte con tus riquezas y no quieras ya por amigas sino á mujeres de tu rango.... digo, á grandes señoras de alto copete como tú desde ahora...

Maruja se rió abiertamente y dijo:

—Afortunadamente me conoces. No tengo otro defecto sino el de ser un poco desconfiada. Tú dices que quisieras ver ya todo esto; yo digo que ardo en deseos de lo mismo y que no estaré bien ya en ninguna parte, y que me muero de ansiedad, hasta que lo haya visto. Quiero ver si todo es tal como acaba de referírnoslo Cárlos. He aquí mi defecto, mi único defecto. Ahora mismo no juraria yo que todo es cierto lo que acabamos de oir.

—¡Hola, hola!

—No hay como enseñárselo en el acto.

—Y tomar posesion de todo,—dijo Cárlos.—Pues es claro; no faltaba mas. Cuando yo he soltado la lengua, claro está que mi propósito era no aguardar á mañana.

—¿Lo verémos hoy mismo?—preguntó Adela.

—Ahora mismo.

Cárlos llamó á la puerta y gritó:

—¡Tia Mortaja!

—¡Tia Mortaja;—añadió Maruja con una voz que á pesar de todo indicaba claramente que su alegría era tal que casi la ahogaba.

La tia Mortaja se presentó.

—La cuenta,—dijo Cárlos.

—Voy á ver.

Y la tia Mortaja volvió á salir.

—Entretanto Adela se acercó al oido de Maruja y le dijo:

—¡Has hecho tu suerte!

Volvió la tia Mortaja y murmuró:

—Ciento veinte reales, y... mil felicidades, señores.

—¿Qué dice esta mujer?—esclamó Adela.

—Ciento veinte reales; señorita ni un adarme ménos; como parroquianos he contado lo mas justo.

—Ni vale veinte lo que nos habeis servido.

—Señorita, silencio, que el crédito de mi casa no se ha de echar por tierra de este modo. Yo soy mujer que me las tengo tiesas con el sol cuando conviene. Además yo no canto la cuenta á usted, sino al señorito, que ya me conoce de otras veces, y bien sabe qne no soy capaz de felonía ni abuso alguno. El otro dia estuvo aquí con otra señorita, si es ó no casi casi tanto ó mas guapa que usted, y la cuenta se cantó, y el señorito pagó sin decir esta boca es mia, y...

—¡Qué dice esta mujer!—esclamó Adela.—¿Quién es el que vino aquí con otra señorita? ¿Ese caballero?

Y diciendo esto Adela cojió del brazo á su amante añadiendo á la tia Mortaja.

—¡Diga usted!

—Sí, ¿qué quiere usted?—contestó.

—¿Ese?

Agustin prorumpió en una gran carcajada y dijo:

—¿Yo? Vaya, tia Mortaja, mirad bien lo que decís.

Entonces la tia Mortaja miró á Agustin y repuso.

—Yo no digo el señor.

—¿Pues quien?

—El otro.

—¡Ah esto es diferente!—gritó Adela soltando del brazo á Agustin.—Yo no tengo nada que ver con el otro.

Pero Maruja que lo habia oido todo, saltó entonces:

—¿Qué dice esta buena mujer?

—La verdad, señora.

Maruja cojió del brazo á Cárlos y preguntó.

—¿Es este, pues el que estuvo aquí con otra mujer?

—¿Qué tiene esto de estraño?

—Respondedme.

—¿No lo he dicho ya?

—Fué este?

—Os digo que sí.

Al tiempo en que Maruja miraba de hito en hito á Cárlos este dijo á la tia Mortaja:

—Y yo os digo que no: ¿cuándo me habeis visto aquí? ¿qué dia era? conviene que aclareis esto.

—Si, conviene que lo aclareis,—dijo Cárlos.

La tia Mortaja repuso entonces.

—¡Ah! señores, si quereis que os diga la verdad, mi cabeza no está por aclaraciones semejantes. Tantas gentes vienen aquí que se parecen, que una no puede decir á punto fijo quienes son. A mí me lo parecia... Y ahora ya voy viendo, cuanto mas os miro, que no sois los que yo creia. Príncipes, pordonad; las gentes se parecen y yo no tengo la culpa. ¿Qué quereis que os diga? Os he tomado por otros.

—¿Pero estais cierta?—repuso la Maruja.

—¿De que?

—De que no son...

—Ni el uno ni el otro,—contestó la tia Mortaja.

—A mí no me importa del otro, queria solo saberlo del uno.

—Y yo os digo lo mismo: no me importa del uno sino del otro.

Saltó Adela.

—Vamos decidnos cual,—dijo Maruja señalando á Cárlos.—¿era este?

—Pues vamos formalmente: ahora si que lo juraria.

—Pronto ¿qué?

—¿Qué? Pronto.

—Que ni es el uno ni el otro de los dos, la persona á quien yo me refiero.

—Acabaremos,—dijo Cárlos.

—Gracias á Dios.—esclamo Agustin.

Pero Agustin y Carlos se guiñaron el ojo y la tia Mortaja que lo observó se hizo perfectamente la desentendida.

—Perdonad,—añadió;—hé aquí una imprudencia mia, que siento en el alma; podria haber hecho un disparate, causado una desgracia... pero mejor para vosotros, príncipes, esto os probará que yo no reparo ni pongo atencion ninguna con los que aquí vienen. No tengais cuidado de esto.

—Vamos, vamos terminemos este incidente.

—Ya está terminado. Cobrad.

Cárlos puso en su mano algunas monedas y añadió:

—Mandad por un coche inmediatamente.

—Precisamente—dijo la tia Mortaja,—precisamente hay un puesto en la plazuela de la esquina.

—Mandad pronto.

La tia Mortaja salió. Nuestros camaradas, se disputaron un momento y no poco tuvieron que hacer para disuadir á sus amigas de de que no eran ellos los que allí habian estado en compañía de otras dos mujeres.

Pocos minutos despues; entró de nuevo la tia Mortaja.

El coche estaba aguardando frente de la puerta.

Al irse Cárlos le dió una propina y dijo al oido de Maruja:

—Es por la última vez.

—Vamos.

—A dios.

CAPITULO XXV.

A la calle del Príncipe número ***

Nuestros camaradas entraron en el coche y dijeron al cerrar el áuriga la portezuela:

—A la calle del Príncipe.

—¿Número?—preguntó.

Cárlos se acercó á su oido y profirió una palabra.

El áuriga subió al pescante y echó á correr á galope tendido.

—Cuidado en atropellar á álguien,—gritó Maruja.

—No hay cuidado señorita,—contestó desde el pescante:—soy viejo en el oficio.

Efectivamente, llegaron en un santiamen á la calle del Príncipe número *** sin atropellar á nadie. Por el camino no se dijeron una sola palabra. Cada cual reflexionaba á su manera sobre los acontecimientos del momento, que en todos necesariamente debian producir efectos bien encontrados.

De fijo que Adela hacia mil reflexiones inspiradas por la repentina é inesperada suerte de su amiga Maruja. Esto es imposible de evitar en una mujer que pocas horas antes se creia mas feliz que su amiga y se hallaba pronta á brindarle con sus ausilios y consuelos de resultas de la mala noticia del casamiento de su amante. De superior á inferior, de más á ménos, de protectora á protegida. ¿Cuál será la mujer que pasa en un instante de una á otra de estas situaciones sin sentirlo profundamente? Ninguna. En cuanto á las reflexiones de Maruja eran irremisiblemente de un mismo órden de co-

sas completamente distinto. De protegida á protectora, de ménos á más, de menor á mayor. En un instante habia cambiado de posicion.

Esto no sucede á ninguna mujer sin sentirse satisfecha en su vanidad hasta el estremo.

Uno de los caractéres de la vanidad satisfecha y de la vanidad mortificada, es el mostrarse silenciosa y callada en tiempo oportuno.

Por esto ni Maruja ni Adela se hablaban una palabra. Cada cual contenia los movimientos de su corazon como sabia ó podia.

Pero Agustin y Cárlos ¿porqué callaban?

¿Eran de un mismo órden los pensamientos que en aquel entonces cruzaban por su mente?

No.

Nada les importaba esto.

Pensaban en otra cosa. ¿Quieren nuestros lectores saber en que pensaban?

Oiganlo.

Pensaban en el lance que estuvo á punto de provocar con sus inprudencias la tia Mortaja. Sus conocimientos fisonomistas á poco producen una escena que hubiera tenido que ver. Si llega á insistir, allí se hubiera armado una que hubiera sido cosa de ver.

Realmente habia muy pocos dias que Cárlos y Agustin estuvieron allí.

¿Se preguntará con quién?

Vamos; que Maruja y Adela nos podrian oir y...

¿Y que?

Nada.

Aprécielo cada cual como sea de su gusto.

CAPITULO XXVI.

En la calle del Príncipe número *** cuarto segundo.

Trasladados velozmente á la calle del Príncipe, y número indicado por Cárlos, se apearon.

La casa era una casa con puerta cochera y bastante suntuosa. Mientras subian por la escalera Cárlos se sacó unas llaves del bolsillo que hizo sonar con negligencia suma, entonando el canto de una cancion popular.

Llegados al cuarto segundo introdujo la llave en el cerrojo y abrió.

Lo primero que se presentó á su vista fué un recibidor de cuyo techo colgaba una rica lámpara de cristal encendida.

—Hay luz;—dijo Maruja.

—Sí; prenda,—saltó Cárlos,—esto te probará que mi intencion era la de presentarte hoy mismo en esta casa. Todo lo he dispuesto anticipadamente para que pudieses tomar posesion de tu nueva casa esta noche, sin dilacion...

Maruja se volvió á su amiga y le dijo:

—Sabes Adela, que todo esto me parece un sueño.

—No puede ser otra cosa: hasta me lo parece á mí.

—Y á mí,—añadió Agustin guiñando el ojo á Cárlos.

Pero este haciéndose el desentendido saltó:

—Vamos, vamos niñas; no entretenerse y proseguir vuestro camino.

—¿Hácia dónde? ¿hácia la derecha ó hácia la izquierda? Veo que por ambas partes tiene su portier este magnífico recibidor.

—Por la derecha.

Maruja empujó el portier indicado y apareció otra habitacion iluminada por las bugías de dos ricos candelabros de bronce que descansaban sobre una sencilla consola.

—Vaya,—dijo al reparar en dicho mueble,—ya tenemos una de las consolas anunciadas por Cárlos. Por ahora veo que no va mal; todo es cual nos lo ha dicho.

—Pues, ¡podíais pensar que os habia engañado en mi relacion? Ahora te diré que me he quedado corto en ella.

Realmente era así. La comitiva iba abriendo los portiers que comunicaban con las distintas habitaciones de la casa y á la luz de las bujías ó de las lámparas colgadas del techo, iban examinándolo todo, que era de un gusto exquisito apesar de su sencillez y en algunos objetos de modestia suma.

Maruja estaba estasiada.

En cada armario, en cada mesa, en cada silla, en una palabra, en cada mueble, no podia resistir á la tentacion de pararse, de examinarlo atentamente y de poner sobre ellos las manos con estrema curiosidad, pero al mismo tiempo como si no se atreviese á tocarlos. sobrecojida de un estraño temor. Los muebles que tenian cajones ó compartimientos interiores como los armarios, los abria, subia y bajaba el pestillo de las llaves, abria y cerraba y los examinaba interiormente con una curiosidad inocente que hubiera encantado á cualquiera que no la hubiese conocido de antes como nosotros.

Por fin penetraron en el gabinete dormitorio.

—¡Ah, esto es admirable!—dijo Adela así que penetró en él.

Maruja se sonreia con esa sonrisa infantil que se parece tanto á la risa de los dementes.

—¿Te gusta?—le preguntó.

Adela no contestó á su amiga.

El gabinete era de pequeñas proporciones. Las paredes estaban cubiertas de papel lustroso jaspeado imitando á la madera doradillo barnizada. A la altura del respaldo de las sillas habian una guarnicion de rosas que parecian de terciopelo y desde allí abajo figu-

raba una balustrada de mármol invadida por las ramas de jazmines y pasionarias, produciendo un bellísimo efecto. El techo era un cielo-raso que figuraba descansar sobre una ancha cornisa de órden dórico. Del techo colgaba una lámpara de cristal color de esmeralda de matices los mas suaves.

El suelo estaba alfombrado.

En frente de la puerta de entrada habia otra de las consolas, y la puerta además de la correspondiente manpara, tenia una cortina de tapiceria de seda y lana. En una parte habia un balcon que daba á un jardin y en la opuesta la cama muy apartada de las paredes y debajo un gracioso pabellon de seda blanca salpicado de estrellas azules, cuyo remate lo formaban dos palomas asidas del pico y con las alas estendidas graciosamente. La cama era de ébano; sobradamente ancha para servir á una sola persona; demasiado estrecha para pasar por cama de matrimonio. Entre la puerta de entrada y el lugar que ocupaba esta cama habia algunas sillas á cada lado de un rico sofá de damasco labrado.

Adela no pudo resistir á la tentacion de sentarse en él, tan pronto hubo echado una mirada investigadora por todo lo que contenia el gabinete.

—¡Y es de muelles!—dijo hundiéndose blandamente en el asiento. —¡Uf! que bien se está aquí tendida.

Y en el acto se tendió casi á lo largo de su asiento.

—¡Y que ancho! Dijo; pues aquí podrian dormir dos personas perfectamente!

—¡Ya lo creo!—dijo Maruja.

Y se sentó al lado de Adela balanceándose coquetamente en su asiento.

Despues se levantaron las dos asidas por el cuerpo y se acercaron á la cama. La contemplaron á la par con infantil asombro.

—¡Y cuán bien estarás aquí!—dijo Adela á Maruja.

Maruja no contestó.

—Vamos ¿qué te parece? Contesta.

—Que sí,—dijo con acento tan bajo que apenas pudo oirse.

Despues como dominada por un irresistible arranque se volvió á Cárlos y le dijo:

—Vamos, vamos; dime la verdad, ¿todo esto es para mí?

—Sí, Maruja, sí; aun cuando me aborrezcas y digas que soy un bribon. Para regalarte de este modo he hecho el sacrificio de aceptar, con mi mujer, una dote de cinco millones de reales.

—¡Eres todo un hombre!—dijo Adela.

—¡Eres todo mi amor!—esclamó Maruja.—Pero ¿dices que todo esto es mio?

—Sí; tuyo.

—¿Y nadie podrá arrebatármelo?

—Nadie.

—¿Ni tú tampoco?

—Tampoco.

—¡Vaya!—esclamó entonces asiéndole cariñosamente del brazo, —cuando yo digo que eres todo mi amor. ¡Pero calle! me has dicho que en un cajon habia un legajo de papeles con los recibos de todo esto hechos á nombre mio!

—Cabal.

—¿Dónde está ese cajon? no le hemos visto.

Cárlos la acercó á la consola.

—¿No hay aquí un cajon?—le preguntó.

—¡Ah! sí,—esclamó Maruja.

—Tira de él.

Tan pronto lo hubo Cárlos dicho, Maruja lo habia hecho. Revolvió varios objetos que en él habia y desenvolvió un papel que al parecer contenia otros doblados y ordenados.

—¿Es esto?—preguntó.

—Míralo.

Maruja desenvolvió el papel con ligereza si bien temblándole las manos y encontró lo que buscaba.

—Lée—le dijo Cárlos.

Maruja apenas podia leer, pero consiguió fijar la vista en uno de ellos que comprobaba la verdad de las palabras de su amante.

—Eres todo un hombre honrado,—le dijo.

—Siempre lo he sido,—le contestó.

Luego cambiando de tono prosiguió:

—Y dime ¿me quedaré aquí esta misma noche? ¡Oh! sí todo esto es mio; yo no quiero irme ya de aquí.

—Nadie podria obligarte á semejante cosa. Eres dueña de esta habitacion,—y registrando el interior del cajon añadió:

—Mira por aquí debe haber...

Buscó algun objeto y al fin encontró una pequeña libreta. Entonces dijo:

—Precisamente; toma: aquí está. Ahí tienes la libreta firmada á tu favor por el dueño de la casa: cuatro cientos reales mensuales.

—¡Santo Dios! Cuatro cientos reales!

—Y es barato.

—¿Y pagarás tú por mí, cuatro cientos reales mensuales?

—¡Toma! Claro está... como no quieras tener huéspedes en esta casa; cosa que te prohibo absolutamente, entiendes, absolutamente.

Maruja se echó á reir y dijo:

—Aquí soy yo la reina y esa reina no recibe á mas corte que á su Cárlos; á su adorado Cárlos...

—Perfectamente.

Adela saltó entonces:

—¿Ni á mí?

—Se trata de hombres.

—¡Hola!—esclamó Agustin—eso va para mí. ¿Ni á mí?

Maruja miró á Cárlos y contestó:

—Yo no soy quien he de decir esto. Cárlos mandará y yo obedeceré. Pero calle; ahora caigo en otra cosa. Yo me quiero quedar esta noche aquí, desde esta noche no abandono ya mi casa. Pero ¿tendré que quedarme sola? ¿Cómo habiendo pensado en todo, no has pensado en otra cosa? Porqué no me has tomado criada á tu gusto?

—Esto no es cosa mia.

—¿Pues, mia?

—Es claro.

—Esta bien; esta noche dormiré sola, ¿qué digo? esta noche no dormiré, no podré dormir. ¿Cómo quieres que duerma teniendo una alegría tan grande en el cuerpo? ¡Oh! no es posible, yo no podré dormir. Estaré rondando toda la noche por casa; me probaré todos los vestidos... Mas calle, ¿y me irán bien todos estos vestidos? ¡Ah, ya caigo! los has mandado hacer segun las medidas de aquel de

percal rosa que me regalaste á la entrada del verano pasado? ¡Bendito sea Dios! ¡cuán tonta soy! Deberia haberlo adivinado. ¿No es verdad que te has valido de este medio.

—Cabal, ¿pues de otra manera cómo...?

—Precisamente. Pero vaya ¿te resuelves á quedarte sola?

—Por no abandonar mi casa.

—Tontuela, tontuela,—dijo entonces Cárlos.—¿No te acuerdas de Adela? ¿No ves que arde en deseos de quedarse aquí contigo.

—Ah tienes razon; ¿quieres Adela?

—Con mucho gusto.

—Pues no hablemos mas. Asunto concluido. Ya tienes compañía.

CAPITULO XXVII.

El guante de cabritilla.

Despues de esta peroracion, que toda ella indicaba la sorpresa de Maruja, Cárlos miró en su reloj la hora.

—¿Que hora es?—preguntó Adela.

—Las once bien cerca,—contestó;—tan cerca que esto me advierte que me precisa irme.

—¿Irte?—preguntó con sorpresa Maruja.—¿Tan pronto? ¿Y por qué te vas tan pronto? ¿Qué significa esto?

—Oye lo que significa. Que de aquí al Teatro Real hay mas de un cuarto de hora. Que tengo allí á Laura y que es preciso ir por ella. No es cosa de dejarla ir sola.

—¡Ah! ya comprendo. Si; debes ir por ella.

Maruja pronunció estas palabras con un tono sentimental imposible de describir.

—No hay mas remedio,—esclamó Cárlos.

—Los deberes de todo buen marido,—saltó Agustin—no pueden escusarse de acompañar á la esposa al teatro y luego irla á buscar.

—¡Ah! ¿tambien la has acompañado?

—Toma; necesariamente.

—¿Tienes palco?

—Palco, hija, palco....

—¡Ah! ¡tu mujer tiene palco! ¡Laura tiene palco!

—Es de rigor,—contestó Cárlos.

Y en esto se puso á andar hácia la puerta diciendo con tono distraido.

—Vamos; ¿te gusta todo esto?

—¡Infinitamente!

Pero se quedó triste y fue siguiendo á Cárlos que ya habia abandonado la estancia. Al atravesar de una á otra Maruja tropezó con un objeto que habia en el suelo, lo retiró con el pié y luego llamándole la atencion muy particularmente se bajó á recogerlo.

Era un guante.

—¡Hola!—esclamó ¿que es esto?

—Un guante dijo Alberto.

—Si, un guante; ¿y de quién es este guante?

Cárlos lo tomó y lo examinó atentamente.

—¿Que se yo?—dijo.

—Aquí ha estado una mujer. Este guante es de mujer; no cabe dudarlo, es de cabritilla...

—¡Cah!

—Vaya, es de mujer.

—Y bien ¿qué quieres que te diga yo?

—¿Qué mujer ha estado aquí?

—Lo ignoro.

—Y no es de una mujer cualquiera: este guante es de alguua señorona.

Adela se acercó y dijo:

—¡Uf! tienes razon, ¡y como huele!

Agustin lo acercó al olfato y dijo:

—Vaya ya se lo que es esto. La modista que ha venido á colocar las ropas en los armarios y cómodas lo habrá perdido.

—¡Oh, nó! Una modista no puede ser. Una modista no se presenta en un caso semejante con guante de cabritilla blanco, y nuevo...

—Pero vaya; ¿qué tiene que ver ahora esto?

—¡Ah! ¿qué tiene que ver? que aquí ha estado otra mujer antes que yo.

—Y esto te enoja: mas de dos tambien han estado. Aquí se han colocado los pabellones; han tenido necesidad de coserse; ha sido necesario traer las ropas. ¡Vaya unos espavimientos, por un guante blanco!...

—Oh, esto necesita una esplicacion.

—Dejémonos ahora de esplicaciones: es tarde.

—¡Que me importa á mí!

—Pues á mí sí. Me he de ir.

—¿A buscar á la señora del guante? Ah sin duda; y quieres hacerme creer que vas al teatro para acompañar á tu mujer á tu casa?

—Sí.

—No te iras.

—Adios. Mañana vendré á verte. A las doce estaré aquí. Adios.

—Te suplico que aguardes,--gritó Maruja.

—No puedo.

—¿Amas más, á tu mujer que á mí?

—No seas loca. Adios. Agustin ¿te vienes?

CAPITULO XXVIII.

El convite.

Era una tarde á la caida del sol.

Tarde tranquila, alegre, risueña; tarde que parecia de verano apesar de hallarse el tiempo en los primeros pasos de la primavera.

Los balcones del gran salon del palacio de la Morlotte, que daban al jardin estaban abiertos de par en par. En medio de la estancia habia una gran mesa parada, destinada sin duda para muchos convidados y una profusion de criados, que corrian de aquí por allí, no se daban un momento de descanso.

Los balcones abiertos como hemos dicho de par en par dejaban divisar en aquellos momentos el mas rico y poético panorama. El cielo entre azul y púrpura, cortado en fajas horizontales, brillantes como el acero, no ostentaba ni la mas pequeña nube. Los árboles apenas se balanceaban al impulso de los álitos de la noche que se acercaba lentamente. Una suave ambrosía inundaba el espacio, y se oia el ligero rumor de las cascadas y fuentes del jardin.

Pero de cuando en cuando relucia en los horizontes los fulgores de esos relámpagos inofensivos tan propios de las noches calorosas de verano, y raros, sumamente raros en las tardes de los primeros dias de la primavera.

Despues que los criados hubieron dejado la mesa á su gusto y satisfaccion, uno de ellos encendió las bujías de las arañas que colgaban del techo y los candelabros de los pedestales arrimados á las paredes.

El salon quedó entonces solo durante algunos momentos.

Digamos ahora que en las habitaciones particulares del baron de Wizet se hallaban algunas personas reunidas.

¿Quienes eran esas personas?

Principiando por el baron Santiago de la Morlotte, diremos que eran casi todas las personas que nuestros lectores han visto en juego en nuestro drama.

Veámoslos pasar desde sus habitaciones particulares, hasta el mencionado salon.

El conde de la Morlotte apareció dando el brazo á Eva.

El doctor Alfonso acompañaba, tambien del brazo, á Sor María del Desengaño.

El baron de Wizet á Teodomira.

Thompson á Laura.

El baron de Noblestante á Luisa.

Anton Martin iba al lado del doctor Mauricio.

Y finalmente Emilio.

Desde la última escena que hemos descrito ocurrida en la línea de la frontera de España y Francia, hasta el dia de que hablamos habia transcurrido bien cerca de un mes.

Todos tomaron asiento por el órden que hemos indicado al rededor de la mesa.

A juzgar por la fisonomía de todos ellos no parecia que se tratase de la celebracion de un suntuóso banquete, cual aparecia por la disposicion de la mesa y el movimiento estraordinario de los criados; antes bien parecia que se trataba de un duelo: todos estaban graves y su gravedad tenia algo de siniestro.

Sin embargo el conde de la Morlotte, una vez sentados todos los concurrentes y habiéndose servido á los platos algunos manjares, dijo con tono alegre:

—Vamos señores, aquí con la mayor franqueza. Esta es, como si dijéramos una comida de familia.

—Teneis—razon dijo el doctor Alfonso.

—Pues en este caso provocar todos su apetito y comer.

Sin contestar nadie todos principiaron á comer como si se tratase de obedecer ciegamente al conde.

Pero claramente se veia que nadie tenia el menor apetito. ¿Nadie? No; decimos mal. Entre ellos habia tres personas que desempeñaban bien su papel. Eran Maruja, Agustin y Adela.

—Esto parece un convite en el cementerio—dijo el de la Morlotte. Vamos, señores; ¿qué hacemos?

—Todos revolvieron por sus platos los tenedores y cucharas, pero apenas uno que otro abrió la boca.

—Señor conde,—dijo Alfonso,—yo no lo estraño. Habeis tenido la humorada de celebrar un banquete para revelar ciertos secretos de familia que tiene á todos en la mayor impaciencia. Todos deseamos saber el final de los acontecimientos de estos dias.

—Y yo,—contestó el conde,—ya sabeis cuanto ha sido mi impaciencia durante algunos dias para revelároslo.

—Teneis razon.

—Si no lo he conseguido, no me deis á mí la culpa.

—¡Oh! no.

—Ha dado la casualidad de hallarse el señor baron de Wizet enfermo de alguna gravedad de resultas de cierta desgracia...

—Que puso en peligro su existencia—saltó el doctor.—Y á proposito, añadió dirigiéndose al baron de Wizet, ¿como os escontrais de vuestras heridas?

El baron contestó con siniestra calma.

—¡Mal!.... creo que no estaré curado del todo mientras no me encuentre cara á cara con el asesino que me produjo mal tan grave.

—¿Y creeis esto fácil?

—¿Quién sabe?

—Luego no lo sabeis.. ¡Bha! vale mas en este caso que no os acordeis de esto y procureis solamente curaros cual corresponde. He oido contar la manera horrible como sucedió esto y os aseguro, á fé de médico, que es un milagro el que hayais podido resistir hasta aqui la gravedad del mal. ¿No es así, doctor Mauricio?

Al decir esto se dirigió al otro de sus compañeros que era tambien médico.

Este contestó:

—La fortuna estuvo en que la terrible máquina cedió prontamente á la presion que ejercia sobre estos importantes músculos de la organizacion humana.

—Oh sí,— dijo Alfonso sonriendo.—¡Oh! mucho que sí; de otro modo....

—La muerte era infalible.

—¡Gran Dios!—esclamaron á la par todas las mujeres que se hallaban allí reunidas.—Gran Dios!

—Y sin mas remedio,—añadió el doctor Alfonso.—Cuando menos hubiera sido necesario apelar á la amputacion. Que cosa tan triste hubiera sido ver al señor baron con la muñeca cortada.

Teodomira que hasta entonces no habia desplegado los lábios dijo:

—¡Ah! y el señor Thompson!... ¿qué hubiera sido de él?

Thompson contestó:

—¡Antes mil veces la muerte!

Cada cual de los concurrentes sabia á su manera la historia de una triple desgracia que habia tenido lugar hácia cosa de un mes. Pero ya pueden conocer nuestros lectores que entre los concurrentes solo uno, quizas, creia conocer la realidad de la causa. Es decír, solo el doctor. Como no se habia tenido por las víctimas la precaucion de referirla á su manera, de aqui que Anton Martin le preguntase.

—Pero ¿como fué en realidad el lance? Todavía no he podido saberlo exactamente. No he oido á dos referirlo del mismo modo.

El baron de Wizet que era interpelado en este sentido dijo:

—Ya estoy cansado de esplicarlo.

—Y yo—contestó Thompson.

—Esto no obsta para que nos complazcais. Estoy seguro que el señor conde ni el doctor, su ilustre pariente, tampoco lo están.

—Pues es muy sencillo.

—Veamos.

—Figuraos que fuimos á visitar una máquina de serrar y que mientras los tres queríamos hacer gala de entender su mecanismo, los tres á la vez fuimos cogidos por la sierra. Nuestra fortuna fué que la máquina no tenia gran velocidad en aquellos momentos.

—De otro modo,—saltó el doctor Alfonso,—os hubierais quedando sin manos.

Wizet clavó una mirada siniestra al rostro del doctor y le dijo:

—Ciertamente.

—Esto me recuerda—continuó el doctor,—cierta historia de unos

bandidos que salieron al encuentro de un amigo mio en las inmediaciones de la frontera de Francia, á quienes sucedió una cosa parecida á la que os ha pasado á vosotros.

—¿Parecida?—preguntó el de Wizet.

—Sí, muy parecida; solo que no era una máquina de aserrar lo que causó su desgracia, sino una máquina construida ex-profeso para castigar la audacia de los ladrones que de vez en cuando infestan los caminos de este país.

El de Noblestante dijo con la boca llena y pudiendo apenas hablar:

—Contadnos esta historia, doctor; debe ser curiosa.

—¿Para qué?—repuso el conde.—Esto no viene al caso.

—Como querais.

El doctor, que no quiso dejar aquella propicia ocasion, dijo:

—Es muy sencilla. Se reduce todo á una maleta de que unos ladrones se apoderaron en el asalto de un coche que venia de Francia. Era una maleta de resorte; tenia dos sierras que se juntaban la una á la otra, tan pronto como una mano inesperta llegaba á tocar inadvertidamente el fondo de dicha maleta. El amigo mio de quien os hablo tuvo la fortuna de ver cogidos entre sus puntiagudos dientes á los ladrones, que eran tres, é iban en busca de unos papeles muy interesantes.

—¿Y cuánto tiempo hace de esto?—preguntó el de Noblestante.

El doctor contestó.

—¡Oh! ya hace tiempo.

—¿Mucho?

—Sí, mucho.

—Y ¿cómo quedaron los heridos?

—Creo que lograron curar, ó por lo menos...

—¿Se hallan en vias de una completa curacion?—saltó el de Noblestante maliciosamente.

El doctor se sonrió.

Es imposible ponderar el efecto que estas palabras produjeron en el ánimo de Wizet y de Thompson á juzgar por la mirada siniestra que el uno dirigió al otro y los dos sobre el doctor. Aquellas palabras eran una revelacion repentina de que el secreto ya no era solo de su única y esclusiva pertenencia.

Pero audaces los dos y á mas de audaces malvados, su sensacion repentina terminó con una sonrisa que indicaba toda su maldad.

El de Wizet preguntó al doctor.

—¿Y quién era este amigo vuestro?

—¿Quereis saber su nombre?

—Ningun interés, doctor, esto bien podreis comprender, debo tener en saberlo; pero la conversacion lleva la pregunta y por esto os la dirijo.

—Entonces permitidme que lo calle.

—Como gusteis.

Thompson tomó entonces por su cuenta la prosecucion del diálogo con el doctor, y dijo:

—¿Vos sereis un buen amigo suyo?

—Sin duda alguna.

—Y hé aquí la razon de vuestro silencio sobre este punto. Os encargaria toda vuestra reserva... Vuestro amigo no debia ser muy valiente que digamos.

—¿Por qué?

—Toma. El diria para su capote: si canto tal vez debo considerarme muerto. Vale mas vivir. No provoquemos el enojo de esos ladrones, y no se hable mas de esto. Se vengarian y entonces mis imprudencias me harian perder la partida en la revancha despues de haberla ganado en el primer juego.

—Pues nada de esto: yo puedo decir el nombre de este amigo mio, y si me apurais el mismo nombre de los ladrones.

—¡Ah! ¿el de los ladrones tambien?... Esto si que es original. Pero vamos, doctor, cuando vos hablais con tanta seguridad, bien se comprende quien fué el actor de ese drama.

—¿Quién? ¿quién?—esclamó el de Noblestante que era el único á la verdad que paraba mientes en aquella conversacion,—¡que se diga, que se diga!

Thompson saltó:

—Vaya, ¿á qué preguntarlo? es él mismo.

—¿Vos, doctor?—preguntó el de Noblestante.

—Claro está,—añadió el de Wizet.

A cuyas palabras el doctor dijo:

—Pues bien, sí, yo; el mismo. ¿Quereis ahora que os diga el nombre de los ladrones?

—Sí, sí,—esclamó el de Noblestante.

Pero el doctor que tenia la vista fija sobre sus dos contrincantes, sin hacer caso ni escuchar al de Noblestante aguardó una contestacion.

Thompson tenia la boca abierta quizás para contestar, cuando el de Wizet dijo:

—Ya es inútil. Conocemos vuestra historia.

Thompson cerró los labios ó se los mordió con tal violencia que parecian brotar sangre.

Los dos se habian entendido perfectamente. Ya no habia que hablar mas. El primero anhelaba el instante de comunicárselo al criado, para darle medio de cumplir con lo prometido; el segundo maquinaba el modo de cambiar de conversacion. Sobre una mesa en que comen diversas personas, nada mas fácil que esto. Pronto, pues, halló manera de salirse del paso.

En ocasion en que Emilio y Eva se trocaban algunas palabras, el de Wizet, dijo:

—Y bien, señorita, ¿cuándo se verifica vuestro casamiento? He oido decir que no hay intenciones de hacernos aguardar mucho tiempo la asistencia en vuestra boda.

Eva humilló la vista y solo contestó con una modesta sonrisa:

—¿Qué sé yo?

—¿Depende esto del señor don Anton Martin?

Anton Martin lanzó una mirada á Teodomira y dijo:

—No por cierto.

—¿Pues?

—Depende del señor conde, que debe ser el padrino de la boda.

—¡Ah! ¡ah!...

El conde respondió:

—Tampoco depende de mí.

—¿Y pues?

—Depende del doctor Alfonso.

—¡Hola!...

—Sí, él es quien debe destinar el dia: dice que aun estoy

demasiado débil para permitir, como médico, que me esponga á ninguna emocion fuerte, ya sea agradable ó desagradable, y como esto debe ser muy agradable para mí...

—Efectivamente,—esclamó el de Noblestante sin que su esclamacion significase otra cosa que el deseo de decir algo.

Mas el doctor dijo en seguida.

—Tampoco depende de mí...

El de Wizet prorumpió en una fingida carcajada y dijo:

—¡Diablos! ¿de quién depende en este caso la tal boda? Esto si que es raro, no depende de ninguno segun veo, y si es preciso que dependa de alguno ú otro, rechazando todos, nuestros novios no verán llegado el momento de sus aspiraciones.

—¡Oh! sí;—contestó el doctor,—sí.

—Veamos.

—Ni depende del señor conde, ni de mí, en el recto sentido de la palabra. Depende de la lectura de ciertos papeles, que no son otra cosa que la confesion de una pobre moribunda. Lectura, señores, á que se procederá dentro de muy pocos momentos.

El baron de Wizet y Thompson esclamaron á la vez:

—¡Ah!

—Vamos; al fin sabemos á que atenernos,—dijo el de Noblestante.

El doctor Mauricio que no habia tomado parte en la conversacion, pero que no habia perdido una palabra de ella, dijo entonces:

—Ya que de anécdotas hablamos voy tambien á mi vez á contaros una.

—Venga, venga,—dijo el de Noblestante,—vaya de anécdotas.

—Os contaré la historia de una madre que ignoró durante mucho tiempo que hubiese tenido jamás hijo alguno.

Thompson y Wizet prorumpieron en una estrepitosa y burlona carcajada.

Anton Martin se puso pálido como la cera: los demás escepto Emilio apenas manifestaron llamarles la atencion las palabras del doctor.

Emilio dejó el tenedor de la mano y preparándose para oir aquella anécdota dijo:

—¡Cosa rara! doctor decís que hubo una mujer que siendo madre lo ignoró completamente durante mucho tiempo?

—Sí,—contestó el doctor.

—Parece imposible.

—Nosotros los médicos vemos cosas que parecen del todo imposibles.

El de Noblestante oyó este diálogo y dijo:

—Esta si que es grilla.

—Os lo cuento como un caso ocular.

—Vaya, vaya, doctor, estais de un perfecto buen humor.

—Os podria decir los nombres de las personas actoras de este drama.

—¿El nombre de esa madre que fué madre sin saberlo?

—Sí, y el nombre del hijo de esa madre.

—¿Y el nombre del padre de ese hijo?

—Sí; todos me son hoy conocidos: mas, podria si quisiese señalaros á no tardar mucho, uno á uno estos sujetos.

—¡Caramba! eso es grave.

Anton Martin parecia una estátua al lado del médico pero una estátua de mármol á juzgar por la palidez de su rostro.

—Ved si es cierto, que de resultas de haber tenido la desgracia de intervenir en este negocio á poco me cuesta la vida.

—¿Fuisteis el comadron?

—Poco le faltó. Vaya, no le faltó nada. Vos lo habeis adivinado.

El de Wizet dijo:

—Sin rodeos; contadlo, doctor, hoy estamos dispuestos á oir anécdotas curiosas.

—¿Quereis al fin oir esta?

—Sí.

Anton Martin dijo entonces haciendo un comprensivo movimiento.

—Advertid delante de quien hablais.

Y señaló á un tiempo á Sor María del Desengaño y á Eva.

A estas palabras el doctor dijo casi al oido de Anton Martin:

—No tengais miedo: sé lo que se debe á la inocencia y á la virtud á un tiempo.

—¿Qué demonio hablais ahí, por lo bajo?—preguntó el de Noblestante.—Esto no está permitido. ¿Os aconsejais de algo para hacernos tragar la bola con mas visos de verosimilitud?

—No, caballero. Doy al señor una contestacion oportuna.

—Pues andando.

—¡Andando!—añadió Thompson.

Y los dos convidados, cada uno por su parte añadió:

—Ándando, andando.

El doctor se secó los labios con la servilleta, llenó una copa de vino y cogió un tenedor con el cual principió á dar pequeños golpes al borde del plato.

El conde estaba aguardando que el médico hablase, pero en ocasion en que este se preparaba tuvo tiempo de decir al doctor Alfonso:

—¿Creeis vos que sea esto posible?

—Sí.

—En fin, vos lo decís,—dijo dudando el conde.

—Y os recomiendo que escucheis con atencion sus palabras. No sé por qué me parece que de ellas hemos de reportar algun provecho.

—¿Lo creeis, doctor?

—Oigamos.

El doctor Mauricio entre tanto no principiaba. Esto para el de Noblestante era una impertinencia inusitada y dijo:

—¿Quereis contar el cuento de nunca acabar?

—No,—contestó:—oid:

CAPITULO XXIX.

El precio del secreto.

El doctor principió del siguiente modo:

—Era una vez un caballero muy rico, como pocos en esta corte, (porque esto pasó en la corte de las Españas) y mas pocos eran los que tuvieran conocimiento de sus riquezas. En la calle humilde y poco concurrida en que vivia, nadie ó muy pocas personas tenian conocimiento de su existencia. La calle de... (pues vivia en ella) ya sabeis que es una de las mas pobres y humildes de Madrid. Allí vivia en un segundo piso y por ahora me abstendré de pronunciar su nombre si es que el nombre aquí no venga á cuenta.

—Viene á cuenta—esclamó el de Wizet.

—Creo que no,—dijo el de Noblestante.

—Que se diga todo,—saltó Agustin, amigo de este último.

Mas el doctor se volvió á Anton Martin y le preguntó:

—¿Qué os parece á vos?

Anton Martin dijo:

—Lo que querais.

Mas por lo bajo dijo al oido del doctor.

—(Dos mil duros os valdrá el silencio sobre este punto.)

El doctor se volvió á la concurrencia y dijo:

—Por ahora permitidme que no recuerde su nombre. Si conviene mas tarde haré un esfuerzo para recordarlo.

—Adelante.

—Prosigo. Como iba diciendo, el caballero vivia en un cuarto se

gundo de la calle de... cuarto humilde al parecer pero que no dejaba de albergar cuantas comodidades podia desear el hombre mas sibarita del mundo. El tal hombre, ó caballero, ya que hemos principiado por darle este título, si en el barrio no era conocido, no dejaba de tener sus buenas relaciones fuera de él. Conocia y trataba con cierta prosopopeya á eclesiásticos de alta graduacion, abogados de fama, por el estilo del señor Thompson por ejemplo, comerciantes de alto copete, agentes de negocios, banqueros y muchos personajes de la nobleza. Pero ni unos ni otros, por lo menos así yo me lo figuro, le conocian á fondo, porque todos indistintamente le consideraban el hombre mas honrado, mas modesto, mas humilde de cuantos sin duda trataban. Le hacian la justicia de reconocerle algun talento; y lo tenia efectivamente, pero ninguno sabia quizás con quien se trataba tratándose con aquel hombre. Era un solemnísimo hipócrita.

Thompson y el de Wizet hicieron un imperceptible movimiento de ojos como si se tratase con aquella palabra de algo que á ellos se refiriese.

El de Noblestante dijo:

—Vaya, que esto no merecia la pena de tan gran prólogo. Para venir á parar en que el indicado caballero era un hipócrita, bastaba principiar la anécdota diciendo:—«Una vez era un hipócrita.» Los hipócritas se parecen todos.

—Como los fátuos,—respondió el doctor Alfonso.

—Efectivamente; como los fátuos;—saltó el de Noblestante señalando disimuladamente al doctor que acababa de pronunciar la palabra.

—¿Prosigo?—preguntó el otro.

—Proseguid.

—Atencion.

—El tal hipócrita, sin duda para el mejor logro de sus fines, se propuso aparentar que no solo llevaba la modestia de sus costumbres hasta una parquedad grande, sino que por mejor servir á la causa de la humanidad, que para él se reducia á hacer el bien individual, y la limosna en fracciones homeopáticas, salvo muy raras escepciones, se propuso aparentar que se habia jurado á sí mismo morir, para mayor honra y gloria de Dios, en su absoluto celibato.

El baron do Noblestante no pudo continuar y prorumpiendo en una sardónica carcajada, dijo:

—Bravo; no digais mas para saber quien era el padre del hijo cuya madre no supo nunca que lo era.

Todos imitaron al de Noblestante en esto de reirse á carcajada tendida.

—No me interrumpais,—dijo el doctor,—y si adivinais algo guardáoslo para vuestro coleto.

—Perdonad; pero esto se vé,—añadió el de Noblestante.

—Proseguid.—dijo el de Wizet:—esto se va haciendo curioso.

El doctor continuó:

—El célibe era el dueño de la casa en que habitaba. En el último cuarto...

—¿En la buardilla?—preguntó el de Noblestante.

—No; no habia buardilla... En el ultimo cuarto vivian dos infelices mujeres; madre é hija. La primera era ya algo anciana; la segunda era una niña de unos diez y ocho años, linda si las hay, pura como ella sola, inocente como la misma virtud, y á esas prendas acompañaban una asiduidad grande para el trabajo, una solicitud estraordinaria hácia su madre, á quien amaba, con frenesí inesplicable.

—Su nombre,—saltó el de Noblestante;—su nombre: esto no puede comprometer á nadie. A nadie deshonra el conocimiento de sus virtudes y prendas corporales.

—Podria decíroslo si quisiera; pero...

—Pero no es necesario—saltó Anton Martin.

—Esto no implica; no es necesario, pero puede decirse.

—Sin duda.

—¿Pues?

El doctor se volvió á Anton Martin y le dijo:

—(¿Lo digo?)

Este contestó casi al oido del doctor y murmuró:

—(Cinco mil duros, y pasad adelante.)

El doctor reflexionó y dijo para sus adentros:—(Cinco y dos son siete; siete mil duros)... Adelante. Señores; no es del caso pronunciar el nombre de la doncella. Prosigo.

—Vaya unas reticencias tontas,—dijo el de Noblestante.

El doctor continuó:

—Esa virtud, esa hermosura consiguieron mover las pasiones amativas del caballero, y desde aquel dia proyectó introducirse en la casa de la pobre anciana. Poco debia costarle, porque siendo el dueño de la casa y las inquilinas del cuarto piso tan pobres, tan absolutamente pobres, que la hija con su trabajo debia mantener á la madre llena de achaques y enfermedades consiguientes á la edad, de un dia á otro debia llegar la ocasion de prestarles algun servicio. Asi fué: el caballero aguardaba con paciencia suma, cuando una mañana supo por otro vecino á quien preguntó, que la pobre anciana se hallaba enferma de bastante gravedad.

El de Wizet dijo entonces interrumpiéndole.

Sepamos el nombre al menos de la anciana.

—¿Es posible que os entretengais en querer averiguar tan pequeños invenientes?

—Al grano al grano,—dijo Agustin.

—Yo por mí como querais.

El bueno de Anton Martin se hallaba otra vez puesto en un brete. El doctor se hallaba prócsimo á consultarle, de la manera que lo habia hecho anteriormente, cuando este se apresuró haciendole una señal por debajo la mesa con dos dedos estendidos sobre los demas cerrados.

Mas quiso el doctor asegurarse y le preguntó al oido.

—(¿Dos mil duros mas?)

Anton Martin la hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Tampoco hay necesidad—dijo—de pronunciar el nombre de la madre,—y añadió por lo bajo—(siete y dos son nueve.)

—Pues adelante.

—Adelante.

—Como decia; hallándose la pobre anciana enferma de bastante gravedad hubiera sido un cargo de conciencia para el caballero; para el hombre moral á quien me refiero, dejarla perecer de hambre en semejante situacion. ¡Oh! es que en este caso no se trataba solo de la madre sino que tambien de la hija; porque esta, claro está, no la hubiera espuesto á tener qne ir á parar al hospital. Primero se

hubiera muerto y cuando los encargados de estraer de las casas los cadáveres por amor de Dios, hubieran ido por la madre, hubieran tenido tambien que llevarse á la hija. Hubiera principiado por no poder trabajar y últimamente por no saber á quien ni como pedir, y así hubieran muerto madre é hija. Mas no lo quiso la Providencia del caballero en cuestion y se presentó. Preguntareis ¿de que medios hubo de valerse? ¡Bah! no se necesita saber sino de que manera entra la raposa en un corral, y de que modo se arrastra la culebra entre flores en busca del inocente pajarillo por saber como entró el caballero en la casa en cuestion.

—Ya habeis convenido en que era un grande hipócrita.

—Efectivamente.

—Pues adelante.

—El hipócrita ó el caballero...

—Como querais vos. Nombradle como querais,—dijo el de Noblestante rápidamente.

—El caballero, pues, como que se trataba de una enferma creyó que lo mejor que podria hacer en su socorro era proporcionarle algun médico, sino de fama, por lo menos bastante entendido en medicina; porque ya sabeis señores, que el verdadero interés de los enfermos no está en que sus médicos gocen de gran reputacion, sino que posean verdaderamente mucha ciencia. El médico que mandó á llamar el consabido caballero no gozaba de gran fama, quizás por ser todavia bastante jóven, para tener la fortuna de ser conocido suyo por sus cualidades científicas. ¿Quereis que os diga su nombre?

—Sí, sí—contestaron todos menos Anton Martin.

—Pues lo diré... Se llamaba...

—No viene al caso.—saltó entonces Anton Martin.

—¿Tampoco?

—No.

Anton Martin se acercó al oido del médico y le dijo:

—(¡Mil duros!)

El médico reflexionó un momento.

—(No puede ser,)—dijo siempre por lo bajo.

—Callad.

—(Por mil duros no niego yo mi nombre á tan respetable concurso!)

—(Dos mil).

—(Tengo la misma razon).

—(Tres mil).

Entonces, hizo el doctor, un gesto afirmativo con la cabeza y dijo:

—¡Qué diablos! Veo que aquí nos hemos propuesto que no se pronuncie nombre alguno y á fé que no se yo que interes puede haber por parte de nadie en callarse sobre este punto.

—Puede ser,—dijo el de Noblestante.

—¡Vaya! ¿quién habia de tenerlo?

—Quien sabe, puede que...

—Vamos ¿quién?

—Nadie, nadie, no digo nada.

—¿Continuemos?—preguntó el doctor.

—Adelante,—dijo el de Wizet.

—Pues continúo,—repuso el doctor.—El médico, fuese cual fuese su nombre, pues no viene al caso, era conocido del caballero hipócrita, como lo habeis bautizado señor baron de Noblestante. Fué á casa de la enferma. La enfermedad era una mezcla desproporcionada de dos cosas distintas: esto es, sobra de años y falta de dinero. ¡Vejez y miseria! enfermedad que no cura la medicina con todo su poder y ante la cual el médico receta agua caliente por no vender en las boticas á módicos precios emplasto alguno de oro amasado. El médico hizo, pues, lo que debia, recetando *aque fontis* y prodigando á la pobre hija alguna esperanza en Dios. Mas al salir de la habitacion el hipócrita siguió al médico y entabló con él el siguiente diálogo:

—¿Hay mujer para muchos dias?

—No. ¿Y sabeis porqué?

—¿Porqué?—preguntó.

—Porque parece que en su casa no hay que digamos esceso de recursos.

—Teneis razon. Pero me conviene que esta mujer viva algun tiempo. ¿cuánto necesitais?

—Si vos quereis, es cosa hecha; pero no os respondo por mucho tiempo.

—Medio año; necesito medio año.

—Advertid que no pasará.

—Que no pase.

No hubo mas que este pequeño diálogo, y la pobre vieja con la proteccion del caballero, amo de la casa, mejoró rápidamente á favor de algunas gelatinas y la consiguiente alegría que tuvo al verse rodeada en su vejez de un ánjel bajado del cielo que no contento con endulzar sns últimos dias ofrecia ser el apoyo de su hija dándole su mano en matrimonio....

—¡Bravo!—esclamó el de Noblestante que ya se hallaba mas que lo suficientemente bebido para interrumpir á cada paso al narrador de aquella historia.

—¿No es verdad que fué un escelente medio?—preguntó el médico,—para atraerse las simpatías de la una y de la otra?

—Escelente.

—La vida de la pobre anciana era artificial. Observó el médico mas tarde al caballero protector, que mediante un régimen metódico, muy metódico, la vida de la anciana podria haberse prolongado en su pronóstico y le preguntó que es lo que pretendia hacer. El protector contestó:

—Nada.

—¿Cómo, nada?—le dijo el médico.

—Nada. Quiero decir nada de esto. Seguir el mismo régimen y que concluya todo el tiempo prefijado.

El médico se encogió de hombros y añadió:

—Pues morirá antes de un mes: hacemos con la pobre anciana lo que con el cerdo: cebarla para morir.

—Para matarla,—saltó el de Noblestante.

—Cabal, para matarla. En esto no se equivocó el médico: tanto alimento; tanta gelatina, tanta crema, tanta yema de huevo, tanta manteca, vino tan bueno, asados tan bien condimentados etc. etc. en una mujer que necesitaba un régimen de vida totalmente distinto, acabaron por producirla un ataque cerebral poco menos que fulminante, en un lugar que tengo ahora á la memoria y si quereis podré decir...

—Volvemos á las andadas. Decidlo si quereis, doctor pero no nos vengais con tales comedias.

—Tampoco nos lo habeis de decir.

—¿Lo quereis?

—Sí.

—Y vos, caballero Anton Martin, ¿deseais que lo diga?

Anton Martin hizo, como ya tenia por costumbre un gesto que indicaba no importarle nada. Pero mirando poco menos que de hito en hito á Sor María del Desengaño, murmuró por lo bajo casi al oido del médico:

—(Callad).

—(Cuanto me dais)—contestó este.

—(Mil duros).

—(Bien.)

Despues volvió á levantar la voz y dijo:

—Señores, no viene tampoco al caso que digamos si el ataque apoplético de la pobre anciana ocurrió en la calle ó en un teatro ó en una iglesia... Ocurrió fuera de su casa y esto basta saber á mis oyentes.

—¿Espichó la buena mujer?—preguntó el de Noblestante.

—Tardó algunos dias.

—¿Cuántos?

—Unos ocho.

—¡No fué pues fulminante!...

El médico se sonrió prosiguiendo su narracion.

CAPITULO XXX.

Continuacion del capítulo anterior.

—A los pocos dias murió la pobre anciana. Era cosa digna de verse aquel espectáculo que ofrecia dos grandes cuadros que la lengua del mejor poeta no podria espresar con exactitud. Era el primero, el dolor de la pobre hija, quien durante la enfermedad de su madre soportó con un valor á toda prueba toda clase de fatigas y le prodigó los mas minuciosos cuidados; y era el segundo, la gravedad del caballero protector. Verle atender á todo, sobre todo lo que se referia al descanso eterno de su madre, era cosa grande. Ningun asesino del mundo ha estado jamás tan tranquilo al lado de su víctima y por otra parte, ningun padre, ningun amigo, ningun pariente hubiera podido acreditar mejor su celo en favor de aquella situacion desgarradora. La pobre hija se volvia loca. Nadie en el mundo ha podido presenciar un dolor mas grande por el amor filial terriblemente herido por la perdida de uno de los autores de sus dias.

—¡Patético cuadro!—esclamó el de Noblestante.

—Causaba terror ver la pena de la una y la resignacion del otro.

—Toma, ya lo creo.

—El asesino habia conseguido su objeto.

—A medias,—saltó el doctor.

—Como á medias. ¿Habia muerto á medias la pobre anciana?

—No, desgraciadamente: pero me refiero al malvado.

—No nos vengais ahora con meras calificaciones; decid el hipócrita y basta.

—Sí, basta. La hipocresía lo encierra todo.

—Dejaos de antologías,—dijo el de Wizet.

—De... an... to... lo... gías... ¿decis, amado cuñado de mi alma?

—De lo que querais.

—Proseguid, doctor.

El médico continuó:

—Dije que el objeto del hipócrita no se hallaba satisfecho sino á medias. La muerte de su madre era una sola parte de su proyecto. Quedaba la segunda que verificar.

—¿Y cual era la segunda?

—Callad.

—No me interrumpais.

—No interrumpais al doctor.

Este dijo:

—La segunda que venia como la primera ó principal causa de sus móviles, era... la deshonra de la jóven muchacha.

—¡Buena ocasion para pensar en semejantes cosas!

—Escelente para el... hipócrita. Dado el acerbo dolor de la hija por la muerte de su madre, era consiguiente un estado de agitacion tal en ella que debia necesariamente afectar su salud. Una enfermedad mas ó menos peligrosa era inminente. Sobrevino esta y héte aquí otra vez el médico en disposicion de tener que proceder. Pero como allí donde se hallaba aquel hombre, (hablo ahora del hipócrita), el médico no podia proceder sino segun la voluntad de aquel, de aquí que el médico tuvo que hacerlo contra su voluntad.

—¿Por qué esto?

—¡Oh!

—¡Cosa rara por cierto!

—Algun misterio anunciaria semejante cosa!

—Sin duda alguna.

—Que se diga,—gritó el de Noblestante.

—¿Lo quereis?

—Y porque no: ¿ya volvemos á las andadas? Proseguid.

—Voy á complaceros en cuanto á esto: no se trata de ningun nombre propio. El médico debia todo cuanto tenia, es decir, el título de doctor en medicina, á la munificencia de aquel hombre.

—¡Ah! ya comprendo.

—¿Y por esto se creia obligado á matar á diestra y siniestra segun la voluntad ó capricho de su protector?.. Adelante.

—¡Oh! ¡no! esto nó. No mató á nadie.

—Dejó morir.

—Una sola vez.

—Pues ¿qué sucedió á la pobre jóven?

—Sucedió que teniendo necesidad de un remedio para calmar la terrible fiebre de la infeliz, que subiéndosela á la cabeza se manifestó con un delirio espantoso que rayaba en la locura, tuvo por fuerza que suministrársele un calmante: solo que se le suministró demasiado activo...

—¡Un veneno!

—No hombre, nó.

—¿Un narcótico?

—Cabal.

—Ah, ahora lo entiendo todo, y ¿que sucedió despues?

—¿No decis que lo adivinais? Sosegada la enferma, aquel hombre se quedó solo en la casa con ella, se quedó solamente en compañía de...

—¡De la difunta!—esclamó el de Wizet.

—Y de una pobre criada enfermiza, de quien le fué muy fácil desprenderse.

—¿Y despues?

—¿Deseais saber mas todavía?

—¡Toma! ¿Dónde esta, pues, la historia de la madre que no supo...

—¡Aquí!

—¡Cómo!

—Toma; en este pasaje, en esa noche á que me refiero; en la circunstancia de hallarse dueño del campo, con la infeliz niña, fuertemente narcotizada, el vil corruptor...

—Y el médico que no dejaba de ser tan malvado ó quizás mas que el mismo hipócrita, ¿qué se hizo?

—Toma; se fué á su casa á dormir.

—Pues bien, acabad la anécdota, ¿qué sucedió despues?

—Que el malvado hipócrita...

El conde levantó su mano y la estendió sobre la mesa con aire solemne y esclamó.

—¡Basta! no continueis. Todo lo habeis dicho ya.

—No.—Saltó el de Noblestante.

—No,—añadió el doctor,—hemos hablado de la madre. Falta que hablemos ahora del hijo.

CAPÍTULO XXXI.

Continuacion del capítulo anterior.

—Hasta aquí,—continuó el doctor,—lo que se refiere á la madre. Ahora voy á pasar adelante.

—Proseguid, proseguid doctor. Esta historia debe necesariamente tocar á su fin.

—Así es; ya se acerca el fin.

El doctor, volvió á secarse los labios, esta vez con el pañuelo de su bolsillo, y continuó:

—La madre, desde aquel dia, si bien á primera vista parecia que su dolor iba menguando, y por consiguiente restableciéndose cada vez mas, bien pronto principió á dar señales evidentes de que su estado era altamente delicado. Algo trabajaba lentamente en sus entrañas que algun dia debia de nuevo poner su vida en peligro. Habia ocasiones en que la infeliz no sabiendo lo que tenia y desesperada no obstante de sus sufrimientos, lloraba y acudia en busca de facultativos que le diesen un remedio á sus dolencias.

—¿Y el hipócrita? ¿qué hacia entretanto el hipócrita?—preguntó el de Wizet acosado por una viva curiosidad.

—¿Qué hacia?—respondió el doctor,—¿qué tenia que hacer? No perdia ni un solo instante de vista á la enferma. Cuando esta pedia que se llamase á un médico, al momento el médico era llamado. Recetaba y... asunto concluido.

—¿No tomaba la infeliz las medicinas? Decís: recetaba y asunto concluido. Una receta no cura.

—Bueno; hé aquí porque la infeliz continuaba á pesar de esto en el mismo estado de enfermedad, porque no tomaba las medicinas ordenadas. Peor hubiera sido, sin embargo. Preguntareis, ¿por qué no las tomaba? y ¿por qué si no las tomaba, acudia en busca de los médicos? Hé aquí la esplicacion: allí estaba el hipócrita, que en esto procedia como debia, es decir, que cambiaba los brevajes recetados por otros inofensivos. Engañaba á la infeliz mujer, haciéndola creer que se medicaba segun la ciencia, y no habia nada de esto.

—¡Ah! ah!—esclamó el baron de Noblestante,—bien hecho.

—Sí, muy bien hecho. Pero la pobre debia cansarse necesariamente de tanto acudir inútilmente á los médicos, sin hallar remedio á su dolencia, mayormente, y esto fué lo que la decidió á renunciar á ellos, mayormente, por la razon de que todos le hacian preguntas que ella consideraba altamente inoportunas, molestas y hasta ofensivas.

—¡Oh! los médicos, es claro; debian adivinar...

—Todo; los médicos veian claro. Pero...

—Pero ¿qué?

—Toma. Ella se resistia á confesar.

—¿Y cómo habia de confesar?

—De ningun modo.

—Ella ignoraba todo lo que habia pasado.

—Y esta fué, pues, la causa de no querer acudir mas á los facultativos y se abandonó desde entonces á la buena de Dios. Pero no tardó mucho sin que hasta se privase de salir de casa: avergonzada; sin saber lo que le pasaba, llena de estupor, llena de vergüenza llegó una noche en que sintió grandes y terribles dolores y no pudo prescindir de llamar al hombre moral, al hombre benéfico que la habia prodigado toda clase de auxilios y atenciones.

—¿Y se presentó?

—Puede decirse que nunca se separaba de su lado; por consiguiente poco tardó en presentarse. Al principió se fingió aquel hombre singular tranquilo y con toda su calma habitual; ella, la infeliz, no pudo resistir á un sentimiento de horror que se apoderó de su espíritu, mas luego consintió que se apelase á un médico.

—¿El médico fué?

—Claro está.

—¿Era el mismo que la habia asistido durante su enfermedad por el trastorno producido por la muerte de su madre?

—El mismo. Cuando el médico la vió, como ya sabia de lo que se trataba, ordenó una medicina que en otra ocasion, nueve meses antes le habia producido el efecto deseado por el malvado protector.

—¿El cloroformo?

—Cabal.

—Una hora despues, con gran dificultad, la pobre mujer, de alma pura, y casta ante Dios, como el dia de su nacimiento, daba á luz un robusto niño...

—¡Cielos santos!—esclamaron á la par Teodomira y las dos mujeres que se hallaban á su lado.

—Continuad, doctor.

—¿Qué quereis saber mas?

—Lo que hizo despues el médico.

—Parece que aquí debia terminar su cometido. ¿no es cierto? Pues nada de esto el médico que preparó el crímen debia consumarlo.

—Mataron al niño.

—Esto es lo que á primera vista se ocurre á cualquiera.

—¿No le mataron?

—No.

—¿Pues que hicieron de él?

—¿Lo espusieron en una casa de asilo?

—Tampoco.

—¿Pues?

—El médico, abrigado debajo de su capa se lo llevó.

—¿Dónde?

—A su casa.

—¿Y lo dió á ama?

—Sí, hasta la edad de cuatro años.

—Supongo que el niño seria bautizado?

—Oh sí, esto era indispensable.

—¿Y qué nombre le pusieron?

El médico se volvió á Anton Martin, y le preguntó.

—(¿Se ha de pronunciar su nombre)?

Anton Martin, pálido como la cera no respondia. Mas el doctor continuó diciendo:

—Hé aquí una cosa que hoy por hoy creo que á nadie comprometeria, pero nos hemos propuesto no pronunciar nombre alguno y solo cuando me lo exigais dejaré de abstenerme de hacerlo.

—Yo por mi parte, os suplico que lo digais.

—Y yo tambien,—dijo el de Wizet.

—¿Y vos señor, Anton Martin?

—Haced lo que querais, os repito, á mí qué me importa; no parece sino que yo he de dictar aquí la ley de lo que deba decirse ó callarse.

—¡Oh!... eso no; ya lo veis.

Mas añadió por lo bajo.

—(¿Os conviene?)

—(No),—contestó, sin que nadie pudiese oirlo.

—(Pues poned precio á mi silencio).

—(Cinco mil duros).

El doctor se volvió á la concurrencia y dijo:

—Ya que hemos principiado callando los nombres, continuaremos del mismo modo.

—Mas esto,—saltó el de Wizet,—no impide que pronuncieis su apellido.

Los hombres se echaron á reir.

—Los bastardos no tienen apellido, —dijo el doctor.

—Ciertamente.

—Pero tienen señas: indicadnos alguna seña. Deberia ser muy curioso conocer á un ser de semejante especie.

—Puedo dar algunas señas; esto sí.

—Dadlas, dadlas,—gritó el de Noblestante.

El doctor se volvió otra vez al oido de Anton Martin y le dijo:

—(Por cuanto comprais la esclusiva de conocer vos solo el retrato del personaje de quien estoy hablando en estos momentos?)

—(Seis mil duros).

Iba el doctor á hablar para escusarse del nuevo compromiso en que le habia colocado la charla del de Noblestante cuando el conde tomó la palabra y dijo:

—Basta, basta de anécdotas semejantes.

—No; una palabra mas,—dijo el de Noblestante.

—¿Cual?

—¿Que se hizo despues del hijo?.

—¿Qué sucedió á su madre?—preguntó Maruja.

El doctor concreto en dos palabras las preguntas de los humorados interlocutores.

—Cuatro años despues, el niño fué reclamado por su padre, y la madre entraba en un convento de hermanas de la caridad de San Vicente de Paul despues de haber servido este tiempo en un hospital de esta corte.

El conde repitió estas palabras:

—Basta, basta señores, de anécdotas semejantes.

—Hé concluido,—dijo el doctor.

En aquel mismo instante iba á suceder un accidente estraño y quizás de fatales consecuencias. Sor María del Desengaño que habia parado, quizás sin querer, mas atencion de lo que convenia á la anécdota del doctor, exaló al llegar al final de su narracion un suspiro profundo. Luego prorumpió en un agudo ¡ay! que hizo volver todos los rostros hacia ella.

La religiosa se habia desvanecido repentinamente y presa de un desmayo habia caido en los brazos de Emilio que se hallaba al lado suyo.

Todos los concurrentes se levantaron.

—¿Qué es esto?—preguntó el conde.

—¡Socorro!—esclamó una voz.

Y á un tiempo todos se levantaron. Todos corrieron en su ausilio y todos procuraron sostenerla en sus brazos.

Aquel desmayo fué momentáneo. Sor María del Desengaño volvió en sí casi repentinamente y su primera mirada fué dirigida al doctor que acababa de hablar.

Anton Martin y el doctor Mauricio se miraban fijamente el rostro y á media voz decia el primero.

—Conocemos la madre, pero el hijo ¿quién conoce el hijo?
El doctor le preguntó al oido.
—(Y al padre ¿no le conoceis aun?)
—No.
—Es....

CAPÍTULO XXXII.

Continuacion del capítulo anterior.

El accidente de Sor María del Desengaño se desvaneció casi en el mismo instante de presentarse, es decir, que volvió en sí á los pocos momentos de haber perdido el sentido y de caer en los brazos de Emilio.

Desde aquel momento debia darse por terminada la comida.

El salon donde habian de tomar el café estaba preparado. La concurrencia á imitacion del doctor de la Morlotte se trasladó allí. El conde parecia que hubiera perdido toda iniciativa y se hallaba ensimismado y profundamente pensativo.

Servido el café poco tardó en reanudarse la conversacion procurando reanimar á Sor María del Desengaño, quien pidió permiso para retirarse. Mas el doctor la suplicó que aguardase algunos momentos hasta que todos se fuesen, en cuya ocasion ofreció acompañarla á su casa y suministrarle algun medicamento para fortalecer su espíritu, al parecer un tanto abatido. Ninguno de los concurrentes dió el menor indicio de sospechar la verdad que aquella situacion encerraba, no obstante que mas de alguno de ellos en su interior lo adivinaba todo.

Pasado algun tiempo el conde preguntó al doctor.

—¿Creeis llegada la hora de proceder á la lectura de los manuscritos en cuestion lo cual es el objeto principal de nuestra reunion aquí.

El doctor vaciló antes de contestar.

—¿Qué respondeis á esto?

—Que me parece podríais diferir esto para un poco mas tarde.

—¿Quereis oir solo la lectura de estos manuscritos?

—Solo, nó,—contestó,—pero me parece que están aquí de mas algunas personas.

—No penseis tal; si mi voto debiese prevalecer en esto os suplicaria que en presencia de todos los actuales concurrentes me permitiéseis proceder á su lectura.

—¿Es vuestro gusto?

—Me parece que es vuestro propio interés.

—¿El mio?

—Sí señor; el vuestro.

—Pues haced lo que mas os plazca. Así como así,—añadió sonriendo,—es este siempre el final de todas nuestras cosas.

—Perdonad...

—Adelante, adelante: proceded á la lectura de estos papeles.

El doctor dijo entonces dirigiéndose á la concurrencia:

—Señores; ya sabeis el asunto por el cual principalmente se os ha convidado aquí. El señor conde dispone de unos papeles antiguos cuya lectura desea que se proceda en presencia de su familia, y mejores amigos de ella. Me ha comisionado á mí el encargo de leerlos en alta voz. Cuando sea de vuestro agrado daré principio á la lectura.

—¿Es muy largo el protocolo?—preguntó el de Noblestante.

—No.

—¿Interesa á todos nosotros?

—Tal vez: siempre interesa oir la narracion que una mujer desgraciada hace de su vida.

—¡Desgraciada!—esclamó el de Wizet.

—Sí, muy desgraciada,—contestó el doctor.

—¿Nos hará llorar?

—Quizás, y si no á vos, por lo menos es de presamir que quien tenga el corazon sensible no pueda contener sus lágrimas en favor de la desgracia.

—Vamos á ver que será esto.

—Son unas memorias escritas por la mano de la misma protagonista.

—Llevarán su título correspondiente.

—Sí: se titulan *Memorias de una mujer del gran mundo.*

—Veamos; veamos.

El doctor Alfonso sacó de la faltriquera un voluminoso rollo de papeles. Los desdobló y puso sobre la mesa.

—¿Me prestais atencion?—dijo.

—Sí,—contestaron todos.

El doctor se puso á leer.

Nosotros solo diremos que aquellos papeles eran la historia de Alegría escrita por ella misma y á la cual se referia la confesion hecha al padre Paolo.

La lectura duró como cosa de una hora. Todos la oyeron con el mayor interés.

Cuando hubo concluido, dijo el de Wizet.

—Interesante historia, bien escrita, elocuente, revela disposiciones de novelista en la persona que la ha escrito, pero no sé ver la relacion entre la protagonista y las personas que nos hallamos aquí reunidas. Y advertid, para que no os estrañe lo que estoy diciendo en estos momentos, que nos habeis dicho, que tenia algo que ver con alguno de nosotros. En cuanto á mí, os aseguro que no lo sé ver.

—Ni en cuanto á mí tampoco.

—Aguardad,—dijo el doctor,—aguardad un instante.

—¡Ah! todavía mas.

—No, ya no mas, en cuanto á estas memorias; pero ahora falta otra cosa.

—¿Qué falta?

—Una adicion.

—¡Hola, hola!

—Si una pequeña adicion hecha por un señor obispo.

—¡Diablos!—esclamó el de Noblestante.—Las *Memorias de una mujer del gran mundo* adicionadas por un señor obispo! Esto deberá ser curioso.

—¿Y no podríamos prescindir de la adicion?—preguntó el de Wizet.

—No,—saltó el doctor Alfonso.

—¿Es larga?

—Muy corta.

El de Wizet hizo un gesto que indicaba todo su mal humor y añadió:

—Venga la adicion.

El doctor se volvió al señor conde y le dijo:

—¿La teneis aquí en vuestro poder?

—Sí.—contestó.

—¿Quereis leerla vos ó me la dais para leerla yo?

—Yo la leeré.

Todos escucharon y el doctor leyó lo siguiente:

«Señor conde de la Morlotte:

»La persona que os entregará esta carta, á vos ó á vuestros descendientes, será una persona de vuestra propia familia: será sangre de vuestra propia sangre. Yo, durante mucho tiempo, he practicado muchas y repetidas instancias para conseguir de vuestra hidalguía una respuesta satisfactoria. Todo ha sido inútil; no he logrado mas que escusas, dilaciones é interrupciones de largos años, de una carta á otra. El corazon me dice, sin embargo, que algun dia Dios tocará el corazon de alguno de vosotros y mis súplicas serán oidas. Este dia será el dia en que alguno de los descendientes de mi hermana llegue á lo último de la desgracia. Tal vez antes se apiade vuestra alma. Mis descendientes son tambien los vuestros. El hermano del señor conde de la Morlotte, cuyo nombre era Diego, tuvo un hijo, este hijo casó con mi hermana única: ambos fueron padres de una niña, que ha pasado á mi lado los mejores años de su juventud; ha casado por fin, pero con un hombre consagrado por entero á la caridad y al alivio de las dolencias humanas. Ignoro si Dios tiene reservado á ese hombre una larga vida y sucesion, pero lo dudo, porque almas que así se consagran á la felicidad del resto de sus hermanos, Dios los llama bien pronto á su seno para recompensarles sus buenos servicios. Si ese hombre muere ¿qué será de su mujer? ¿qué será de sus hijos si los tiene? Dios nos manda mirar por el porvenir de los venideros y en esta obligacion yo me creo tambien obligado á escribir esta carta, cuya importancia ó inutilidad ignoro en estos momentos, pero que puede en su dia ser el último refugio de la desgracia. Si mis presentimientos no me engañan ha-

bré salvado á alguna víctima y si lo contrario todo se habrá perdido, porque con esta carta abandono la última esperanza, la última prenda, el último testimonio de un secreto de familia.

«Todo depende de que la persona en cuyas manos vaya á parar esta carta, tenga el espíritu animado por el bien ó para el mal. Si lo primero, todo se habrá salvado, si lo segundo todo se habrá perdido.

»Dios me es testigo que obro animado del mejor deseo.

»Y en prueba de lo que digo, sea cual fuere la persona descendiente del señor conde Santiago de la Morlotte, que lea esta carta, no tiene mas que mandar á la abadía de X. inmediata á la poblacion G. de la provincia alemana M. por medio de persona de su entera confianza y con la firma suya pedir al superior del convento el carpete número 1110, presentando la marca de pergamino que viene en el interior de esta carta y se le entregarán al punto los documentos que atestiguan la procedencia de la persona objeto de ella...»

. . . . . .

El conde suspendió aquí la lectura de la carta. Permaneció un buen rato esperando que alguna persona le interrogase algo para contestarle y viendo que nadie lo hacia, dijo:

—Voy á continuar.

—Es inútil,—saltó el de Wizet.—Señor conde, ¿quereis hacernos el favor de decir en alta voz quien es la persona que os ha entregado esta carta?

—Sí, señores, sí; lo diré en alta voz para que todos lo oigan bien clara y distintamente.

Y levantándose del asiento que ocupaba se dirigió á Eva y presentándole su mano, que esta cogió con el mayor respeto, prosiguió:

—Héla aquí, es la señorita Eva de Tournail, hija del doctor del mismo nombre, natural de L***. y de María, cuyo padre era el hijo de mi hermano Diego.

Todos los concurrentes se miraron el uno al otro con vivo asombro; pero entre ellos habia dos que no pudieron menos de apartar con horror la vista el uno del otro. Eran el baron de Wizet y Thompson.

Algunos se adelantaron hácia Eva y la felicitaron, mientras esta sin apenas contestarlos, permanecia con los ojos fijos en el suelo.

—¿Sois la nieta del hermano del señor conde?—esclamó uno.

—La descendiente del baron de Chesburgo?—añadió otro.

—Señores, dijo el conde, es mi heredera universal, salvo los derechos forzosos de mis demás descendientes.

El de Wizet y el de Noblestante se trocaron una mirada siniestra.

—Sí,—dijo el doctor Alfonso,—si es esta vuestra voluntad no hay quien os prive de realizarlo.

Todas estas palabras eran oidas con el mayor asombro por parte de la concurrencia; pero á la verdad, quien mas asombrado se mostraba era el que al parecer menos tenia que ver en aquel lance. Thompson era este. Quien quiera que le hubiese visto no hubiera podido menos de creer que allí se trataba de sus propios intereses. Se deshacia mirando á Teodomira que por su parte permanecia pálida como una difunta y lanzando sobre el doctor ciertas miradas siniestras que á haberlas este advertido sin duda le hubieran estremecido.

De repente esta mujer concibió una idea.

Se dejó caer como poco antes habia sucedido con Sor María del Desengaño, sobre el cuello de Emilio, desmayada, y como si en aquel momento cayese muerta en sus brazos.

—¿Qué es esto?—gritó Emilio.

—¡Santo Dios!—esclamó Eva.—Muerta.

—Salvadla, doctor,—dijo Thompson.

—¡Qué pasa! Dios mio. ¡Qué desgracia!

Y todos corrieron hácia Teodomira alarmados por lo que pasaba en presencia suya.

—¡Demasiado lo sé yo!—gritó por fin Thompson.

—Esplicaos.

—Mas tarde, mas tarde. Ahora acudamos solo al socorro de esta pobre víctima.

—¡Víctima!—esclamó el conde—¿de qué?

—De muchas imposturas.

—No os entiendo.

—Ni hace falta, señor conde que lo sepais por ahora. Pero os

aseguro que esa mujer es víctima de imposturas muy graves y de las cuales tal vez vos mismo vengais al fin á serlo tambien.

—¡Caballero!—dijo el conde,—repito que no os entiendo.

—Y yo repito que no hace falta por ahora; mas tarde lo sabreis todo.

El conde, lo mismo que los demás concurrentes se miraron con asombro.

Pero el doctor que habia acudido, lo mismo que su cólega Mauricio, á socorrer á Teodomira, esclamó:

—Esto no es nada; es un pequeño vahido, nada mas.

Thompson, que sabia de lo que se trataba se acercó entre los dos y dijo:

—Aguardad y lo sabreis todo. Vuestra ciencia aquí significa bien poco. Dentro un momento vereis mas claro. Os habeis precipitado demasiado en dar vuestro dictámen.

—¿Qué sospechais, pues?—dijo el doctor Alfonso.

—Que no entendeis nada aquí. Preparaos para presenciar en esta pobre mujer algo mas que un ligero desmayo.

—No veo indicio alguno de lo que decís,—dijo el doctor Mauricio.

Mas en aquel momento Teodomira sacudió fuertemente sus brazos y se arrojó al suelo prorumpiendo en un grito agudo.

—¿Lo veis?—preguntó Thompson.

—¡Un ataque de nervios!—le contestó el doctor.

—Aguardad.

Apenas habia pronunciado estas palabras Teodomira principió á sacudir fuertemente con la cabeza el suelo y á rugir como una fiera.

La mayoría de los concurrentes se apartaron con horror de aquel funesto cuadro. Pero los dos doctores, con ojo certero contemplaban á la enferma.

—¡Socorro! ¡socorro!—gritaron algunos.

A cuyos gritos acudieron varios criados.

—Sujetad á esta infeliz,—dijo el doctor Alfonso.

Los criados se apresuraron á obedecer al médico. Pero apenas pudieron conseguirlo; tal era la fuerte violencia que oponia Teodomira.

En esta situacion permaneció algunos momentos hasta que haciéndose con los remedios propios de semejante enfermedad, abrió los ojos al mismo momento de ir á suministrárselos. Habia pasado, sin embargo, mucho tiempo.

Thompson se opuso en el acto á que se le suministrasen.

—Dejadla descansar,—dijo.

Y consiguieron colocarla en un divan que habia arrimado á la pared.

Entonces esta escena debia cambiar. Tan pronto estuvo bien colocada levantó la cabeza y preguntó:

—¿Dónde estoy?

—No temais nada:—le dijeron,—estais en la casa del señor conde de la Morlotte.

—Dejadme salir,—gritó en seguida;—dejadme huir.

—Sosegaos.

—Acaban de robarme á mi hijo!—esclamó:

—Tranquilizaos.

—El ladron está aquí.

—No os fatigueis.

El doctor Mauricio con la mayor indiferencia dijo:

—Dejad que se desahogue, no importa que grite.

—Vos sois el ladron,—dijo al doctor Alfonso.

—Bien si, yo soy el ladron,—dijo este continuando en la misma calma.—Proseguid.

—Acaban de robarme á mi hijo...

—¿Y yo os lo he robado?

—¿Quereis saber cómo?

El doctor no contestó. Mas Teodomira dijo:

—Dándole una madre que no es la suya, no; porque sor María del Desengaño no ha sido nunca madre. La madre, la verdadera madre soy yo. ¡Emilio, tú eres mi hijo!

Emilio, al oir aquellas esclamaciones, se abalanzó al grupo que formaban los médicos y los criados al derredor de Teodomira, y dijo:

—Señora, ¿qué decis?

—Que aquí todos tratan de engañaros, y no solo á vos sino tam-

bien á vuestra amada Eva. ¡Cuántas imposturas, Dios mio! ¡Estos médicos lo han preparado todo, todo á medida de su gusto. ¡Oh, digo mal de su gusto, debiera haber dicho á medida del interés infame que para ello se les han ofrecido!

—¡Continuad, continuad!—dijo el doctor Mauricio.—No pareis.

Mas Thompson, acercándose al médico, le dijo en alta voz.

—¿Creeis que esto puede convenirla?

—Qué sé yo; pero siempre es un desahogo. Vos direis si acostumbran á terminar así estos accidentes.

—Alguna vez. Siempre que la afecta algun dolor moral suele revelarlo en estos instantes.

—¿Creeis que es un dolor moral lo que ahora la afecta?

—Sin duda.

—¡Oh! si considerais que un proyecto frustado puede infundirla un esceso de dolor tal, lo comprendo.

—No os entiendo.

—Quiero decir, que si cuando alguno de sus proyectos se sale al revés de lo que desea, se afecta de tal modo, no estraño lo que ahora la sucede.

—¡Caballero!

—¡Amigo mio!

—Me parece que os burlais de su enfermedad.

—Oh, no; no me burlo: adivino, todo lo mas, la causa de que proviene.

—Ya veis como ella misma os acusa hasta cierto punto de...

—¡Bah! ¿Hay por ventura que hacer caso de una mujer en semejante estado? ¿No veis que delira?

—Pero su delirio es fundado, acaso muy fundado.

—Puede ser: y la causa os la he indicado yo.

—¡O yo!

—Como querais.

Teodomira que habia continuado durante este diálogo deshaciéndose en imprecaciones, oyó las últimas palabras de Thompson, y dijo:

—Sí, sí; este es el malvado, este, que ha referido una historia fingida y ha hecho creer á este pobre anciano que Eva era hija de sor María del Desengaño. ¡Qué impostura! ¡Qué iniquidad!

Sor María del Desengaño estaba fuera de la habitacion en estos precisos momentos, pero al oir pronunciar su nombre compareció, diciendo:

—¿Quién me llama?

—Nadie,—contestaron algunos á la vez.

—Sí, sí, señora,—gritó Teodomira,—yo soy, yo os llamo.

—¿Qué quereis?

—Advertiros que vais á ser víctima de un cruel engaño.

—¡Ah!

—No os admireis por lo que os digo; se ha fraguado aquí un terrible plan contra el honor vuestro, y contra la vida de la mas desgraciada de las madres.

—¡Dios mio!—esclamó sor María del Desengaño,—¿qué es esto? ¿qué significa esto?

—Que os engañan.

—No me lo repitais.

—Sí, sí; os engañan traidora é impunemente. Vos no sois la madre de Emilio. Yo conozco á su madre.

Sor María del Desengaño se ocultó la frente entre ambas manos, y solo dejó oir claramente algunos sollozos entrecortados que en vano pretendia mitigar.

—No les creais,—continuó Teodomira,—os engañan; quieren haceros víctima de una cruel impostura.

—¿Quién?—dijo por fin sor María del Desengaño.

El doctor Mauricio que todo aquello lo oia con cierta sonrisa burlona y sarcástica, contestó:

—Yo.

Mas en aquel instante el doctor Alfonso se acercó á la hermana de la caridad, y le dijo:

—¿Me creeis á mí capaz de engañaros?

—¡Oh, no!—contestó.

—Pues figuraos en este instante que la persona á quien acusa esa infeliz loca, soy yo; figuraos que no se trata aquí de otra persona que de mí. ¿Creereis en las palabras de esta desgraciada?

—No.

—¿No?—gritó Teodomira,—¿luego quereis ser vos la madre de Emilio?

Sor María del Desengaño no contestó.

—¡Responded!

El doctor se acercó al oido de la virtuosa hermana y la dijo:

—Decid que sí.

—¿Yo?—preguntó con horror.

—Vos. No temais nada.

Teodomira entre tanto gritaba:

—¡Responded!

—¿Qué quereis que responda?—dijo la religiosa.

—Que sí.

—Sí,—contestó sor María del Desengaño, volviéndose á tapar el rostro con las manos;—pero soy inocente.

—Mas que inocente,—repuso el doctor Alfonso,—sois una infeliz víctima de las liviandades de un hombre perverso.

El de Noblestante, que hasta allí apenas habia tomado parte en la conversacion general dijo:

—Decís de un hombre perverso: añadid de un hombre hipócrita. ¿Quereis que yo lo señale con el dedo ante la concurrencia toda? Hablad.

Nadie le contestó.

Pero en aquel momento se acercaba Anton Martin y dijo señalándole con el dedo.

—Dejadle pasar. Hélo aquí.

Este preguntó:

—¿Qué decís?

—Que se os deje pasar. Representais aquí un papel mas interesante de lo que á primera vista me parecia. Veo que sois una persona importante. Pasad.

Anton Martin pasó.

En aquel momento si se le hubiese sangrado, es bien seguro que de sus venas no se hubiera podido hacer brotar ni una sola gota de sangre.

CAPITULO XXXIII.

Media hora despues.

Las cosas llegadas á este término indican que los personajes que acabamos de ver puestos en juego, eran respectivamente conocedoras de los acontecimientos que entre sí á cada uno de ellos incumbian. Los que en este caso no se hallaban, del todo y plenamente, hubieron de enterarse durante las escenas que acabamos de relatar.

Nos esplicaremos.

El doctor Alfonso habia venido en conocimiento de quienes eran los ladrones que le habian aparecido en la línea de la frontera francesa. Y dada esta circunstancia, que le fué muy fácil averiguar atendidas sus relaciones en la casa del conde de la Morlotte; fácil le fué tambien venir en conocimiento de otros sucesos para él no menos importantes. Sus relaciones con el doctor Mauricio vinieron tambien á favorecer sus planes de una manera admirable.

El baron de Wizet, una vez convencido de esto, debia darse por vencido, pero Teodomira, mujer valerosa y de grandes recursos en los momentos supremos, le habia hecho concebir una esperanza para el último caso, esperanza que ya hemos visto en que consistia y que á no hallarse el conde prevenido le hubiera hecho vacilar. Nos referimos aquí al accidente epiléptico, que casi logró engañar con él á los mismos médicos y que por su medio trató de revelar, con visos de un gran secreto, quien era la madre de Emilio, para desbaratar de este modo al doctor sus proyectos y hacer concebir á An-

ton Martin una esperanza de triunfo sobre el doctor que tan ardientemente protegia los amores de Eva.

Todos, sin embargo, se hallaban en medio de la mayor confusion al final de aquella comida que principió con la gravedad de un entierro, segun espresion del de Noblestante, y acabó por una grotesca tragedia de Teodomira.

¿Produjo, empero, todo esto su efecto?

Veámoslo.

Media hora despues de lo anteriormente relatado, la escena habia cambiado por completo.

Todos los concurrentes se hallaban en el gabinete particular del baron de Wizet. Cada uno revelaba en su fisonomía las señales de afectos interiores distintos y encontrados. Todos se hallaban meditabundos y silenciosos, fraguando sin duda cada cual proyectos de triunfo en sus situaciones respectivas.

El doctor Mauricio se hallaba entre sor María del Desengaño y Eva; el otro doctor, es decir, Alfonso, tenia á su derecha á Emilio y á su izquierda á Anton Martin. Los demás se hallaban confundidos sin observar órden alguno.

El doctor Alfonso despues de haber cerrado la puerta, se dirigió al conde, y le dijo:

—Señor conde, me parece que ahora os toca hablar á vos.

El conde contestó:

—Está bien; hablaré, pero son tantas y tan graves las emociones que he recibido durante estos últimos dias que me hallo en el caso de suplicaros un obsequio.

Estas palabras se dirigian al doctor y este le contestó:

—Señor conde, ya sabeis que vuestros deseos son siempre mandatos para mí.

—Gracias.

—Decid que favor es este.

—Suplicaros,—continuó el conde,—que si en mi relacion llego á olvidarme de algo, me interrumpais al punto y repareis mi falta.

—Lo haré.

—Y si lo creeis conveniente continuad vos la relacion, concluyendo mi cometido.

—Lo haré.

—En este concepto principio.

Todos se pusieron en actitud de escuchar con atencion las palabras del conde, pero ya se comprenderá cuan distintas debian ser sus actitudes. Se revelaba en unos la esperanza, en otros el temor, en estos la alegría, en aquellos el ódio, aquí la simple curiosidad y allí la mas viva impaciencia.

El conde principió:

—Señores: todo lo que acaba de pasar aquí, pareceria, al que nada tuviese que ver con la existencia de dos seres que se aman y se han jurado vivir eternamente el uno por el otro, la cosa mas rara é incomprensible; sin embargo, ello tiene una significacion clara aunque espantosa para algunos de nosotros. Aquí se trata del reconocimiento de una niña como descendiente natural de un hermano mio, á quien quise, mientras tuve corazon para querer, tanto como á mi misma persona, y además, se trata de averiguar quien puede ser la madre del hombre á quien la indicada descendiente de mi hermano ama con toda la fé de los corazones nobles y apasionados. Es inútil que os diga, pues, que se trata de Eva y de Emilio, aquí presentes.

Eva y Emilio se miraron algo avergonzados. Anton Martin buscó la vista de sor María del Desengaño y se encontró solamente con la de Teodomira que se sostuvo fuerte y provocadora.

El conde continuó:

—Acabais de oir la relacion escrita por una desgraciada mujer que murió arrepentida de sus culpas y agobiada de dolor por haber abandonado á su hijo. Yo he conocido á esa infeliz mujer cuando era el encanto y embeleso de cuantos tenian ocasion de verla y que perdió con su hermosura á mi no menos desgraciado hermano. Ya habeis visto de que manera providencial, por conducto de un respetable obispo, que fué su confesor en la hora de su muerte, he venido en conocimiento del fin trágico de aquella mujer y á indagar el paradero de la única descendiente viva de mi hermano. El amor que á este habia yo justamente profesado siempre, (y, perdon admeque aquí lo declare puesta la mano sobre el corazon), el haber sido tal vez yo la primera causa de sus infortunios sucesivos, me obligan por dos conceptos distintos, á considerar á Eva como á mi mas

predilecta sobrina, y por consiguiente á interesarme por ella como me interesaria por mi mismo hermano, que era si me permitís espresarme así, mi misma persona. Dios me sea testigo de mis intenciones, que eran desde el dia de mi fatal desgracia en que perdí por completo la memoria y quizás la misma razon, la de hacer en favor de mi hermano Diego todo cuanto un padre puede y debe hacer en favor de su hijo predilecto. No pude: encerrado durante cincuenta y cinco años en un estrecho recinto, como una especie de tumba para mí, no me fué dable satisfacer el menor de mis deseos. No tenia conciencia de mi personalidad y por consiguiente no me alcanza la menor de las responsabilidades. Mi pobre hermano, en vano trataria de indagar las causas de mi silencio, las causas de mi abandono; pero como el infeliz no podia restablecerse á mi lado, porque las leyes le hubieran exigido una estrecha cuenta por alguna de sus acciones punibles por las mismas, fácil fué á las personas que me rodeaban, hacerle perder hasta el resto de todas sus menores esperanzas. Mi hermano debió morir desesperado. Los desengaños de la vida y su triste situacion en pais estranjero, debieron necesariamente proporcionarle una muerte desastrosa. Pero Dios vela para los hijos de los desgraciados, y hoy es el dia mas feliz de mi vida, porque me hallo en el caso de celebrar con un acto de la mayor justicia, la curacion radical de mi larga enfermedad. La representacion viva de mi desgraciado hermano en la tierra, es la señorita Eva, aquí presente, y en ella restablezco el cariño á mi hermano haciendo por ella cuanto me sea dable hacer en uso de mis derechos.

Aquí el conde hizo una pausa que duró algunos instantes y luego continuó:

—Pero, señores, ¿qué es lo que yo puedo hacer por ese ángel de candor y de hermosura, que tambien ha sufrido en su corta peregrinacion en este mundo toda clase de amarguras y tormentos? Oidlo. Primero: quiero llenar sus aspiraciones que, por su parte, se reducen á entregar su mano al caballero Emilio á quien ama con todo su corazon; segundo: quiero entregarle mis bienes en aquella parte de la cual sea libre por las leyes.

Eva y Emilio se miraron esta vez tambien avergonzados, pero en

medio de todo habia en sus miradas un tinte de alegría bien fácil de adivinar.

Thompson sonreia sardónicamente.

El doctor Mauricio, aprovechando la pausa del conde dijo:

—Señor, sois libre de disponer á vuestro antojo de todos los bienes de vuestra pertenencia. Vivís todavía y no hay en vuestros bienes vínculo alguno forzoso.

—¡Bendito sea el progreso de los tiempos!—dijo levantando las manos hacia el cielo,—ello viene á restablecer una gran justicia.

—Sí, señor conde.

Mas el de Wizet contestó en el acto.

—Proseguid, señor conde, esta opinion es muy aventurada. El doctor no conoce bastante las leyes de este pais.

—Creo que sí.

Thompson, como movido por una mirada de fuego que le dirigió Teodomira respondió.

—Yo creo todo lo contrario. Soy abogado y considero no solamente aventurado el concepto del doctor Mauricio, sino contrario y contraproducente á las mismas leyes que rigen sobre esta materia.

El conde respondió entonces:

—¿Quereis disputarme mi herencia?

—No, señor,—contestó el de Wizet;—pero en último caso vuestra razon...

—¿Quereis inhabilitarme como si fuese un miserable loco?

—Si llegase este caso los tribunales fallarian lo mas prudente y justiciero.

—Ya os entiendo.

El conde calló, pero el doctor tomó entonces la palabra.

—No se trata ahora de esto,—dijo,—el señor conde está resuelto á ser el protector de la señorita Eva y ha manifestado su voluntad de casarla con el hijo del señor don Anton Martin.

Y dirigiéndose á este le preguntó:

—¿Qué decís vos á esto?

Anton Martin nada contestó por lo cual el doctor repitió su pregunta.

Thompson saltó entonces.

—Aquí se ha suscitado una cuestion y antes creo yo que sino Emilio, el señor Anton Martin deben dilucidarla precisamente. ¿Quién es la madre de Emilio? Esta es la cuestion.

Todas las miradas se dirigieron alternativamente á sor María del Desengaño y á Teodomira.

—¿Quién puede saberlo aquí mas que el señor Anton Martin?

Este no respondió.

El conde dijo: dirigiéndose á aquel.

—Efectivamente, nadie mejor...

—Es un secreto,—respondió Anton Martin.

—Pues mientras este secreto no se aclare,—dijo Thompson,—el señor Emilio tiene empeñada su palabra de no contraer matrimonio con persona alguna.

—Que se aclare aquí mismo,—saltó el conde,—como se ha aclarado el orígen de Eva. ¿Qué podeis temer en esto?

—Nada.

—Pues, ¿qué os detiene?

El doctor Mauricio se acercó á Anton Martin y le dijo:

—¿Qué os detiene? ¿Quereis que lo diga yo?

—Nunca.

—¿Cuánto vale mi silencio?—le dijo por lo bajo.

—Cinco mil duros.—contestó.

—Callaré.

Todos estaban esperando una contestacion de Anton Martin. Mas este levantándose de su asiento se acercó á Teodomira y le dijo tambien al oido:

—¿Qué hago?

—¡Silencio!—esclamó esta.

—¿Qué preferís; la herencia del hijo ó la del padre?

—La de los dos,—contestó esta.—Mi amor vale mas, mucho mas.

Anton Martin se volvió á la concurrencia y dijo.

—Estoy autorizado para declararlo todo.

—Hablad dijeron algunos á la vez.

—Declararé quien es la madre de Emilio.

Emilio se levantó y dijo:

—Padre mio, por Dios, hablad, hablad.

—Tu madre es...

Anton Martin en aquel momento miraba con estupor á sor María del Desengaño. Emilio tenia los brazos abiertos próximos á abalanzarse al cuello de la religiosa...

—Es...—dijo Anton Martin con voz solemne es...

Pero en aquel instante se acercó á él Thompson y le dijo al oido:

—Si pronunciais el nombre de Teodomira os cuesta la vida en el acto ó bien la cantidad de diez millones de reales. Ved lo que preferis.

—Contad con esto último.

—Hablad pues.

—Entonces con voz solemne dijo:

—¡Es... Teodomira!

Emilio se sintió contrariado en el mas profundo de sus impulsos. Lanzó una mirada dolorosa á sor María del Desengaño y se arrojó á los brazos de Teodomira esclamando:

—¡Madre mia! ¡madre mia!

Los dos doctores se miraron y se encontraron ambos riendo el uno del otro.

—Esto vale treinta mil duros á Emilio,—dijo el doctor Alfonso.

Y añadió el otro.

—Y la deshonra de esa mujer, por lo mismo que no es la verdadera madre.

—Callad,—dijo el primero temiendo que su colega fuese oido de alguno.

—No hay cuidado,—contestó el segundo.

Emilio entretanto permanecia abrazado al cuello de Teodomira. Thompson tenia los ojos fijos en ella: quizás en aquel momento, á pesar de la clase de sentimientos que debian inspirar á Emilio, sentia devorado su corazon por el gusano roedor de los celos. Thompson creia á Teodomira capaz de todo.

Sor María del Desengaño habia caido en un abatimiento singular, en ese abatimiento que produce el salir en bien de un grande trastorno, desde el momento que triunfamos de una ilusion ó desvarío de la mente que circunstancias raras nos presentan con todos los caractéres de la realidad.

Habia creido á Anton Martin capaz de la vil felonía referida con el carácter de anécdota por el doctor Mauricio y hubo un momento, el en que cayó presa de un desmayo que podia haber sido funesto, que se consideró ser ella la madre de Emilio. Si bien esta circunstancia por razones que seria inútil repetir aquí, no podia creerla sin admitir un imposible á sus ojos. Sus ojos podian estar velados por un gran misterio y realmente lo estaban, pero sus conocimientos sobre puntos dados que solo pertenecen á las ciencias, podrian estar ofuscados y esta reflexion la tenia en un estado vacilante, hasta que por fin, habló Anton Martin declarando sobre esto lo que todos, escepto los dos doctores, debian dar por real y verdaderamente cierto.

Sor María del Desengaño respiró fuertemente y elevando sus manos al cielo parecia dirigir una plegaria llena de gratitud.

Entonces el doctor Alfonso se acercó á ella y le dijo:

—Señora ¿no mintió en otro tiempo á vuestro corazon, ese hombre, Anton Martin?

Sor María le miró con espanto.

—¿Qué quereis decir?—le preguntó.

—Os pregunto,—dijo,—si ese hombre ha mentido alguna vez en lo que á vos se haya alguna vez referido?

Sor María del Desengaño se creyó obligada á contestar.

—Oh, sí.

—Pues bien; el que miente una vez, mentirá mil veces. No hagais caso de las palabras que acaban de proferir sus labios.

—¿Qué quereis decir?

—Nada, que ameis á Emilio como si fuese vuestro hijo...

Otra vez la duda, la zozobra, la pena, la mas angustiosa pena, volvia á apoderarse del alma generosa y bella de aquella mujer.

CAPITULO XXXIV.

En que se trata de los efectos de la maleta.

Concluida la escena que acabamos de relatar, el doctor Alfonso comprendió que su cometido con respecto de algunas de las personas allí presentes habia tambien terminado. En este concepto llamó á parte al conde y le dijo algunas palabras al oido.

El conde contestó:

—Teneis razon; yo opino de la misma manera.

Y dirigiéndose á Eva sor Maria del Desengaño y Emilio les dijo:

—Amigos mios, nuestra mision ha terminado aquí: os invito á que paseis á mis habitaciones donde procuraremos descansar un rato. Creo que teneis gran necesidad de permanecer solos algun tiempo.

—Oh sí, si;—esclamó sor María del Desengaño.

Lo mismo dijeron Eva y Emilio.

—Vamos.

Y presentando el conde el brazo á Eva y Emilio á sor María del Desengaño se fueron de la habitacion sin á penas saludar á otras personas que á los dos doctores, que les acompañaron con la vista hasta desaparecer por la puerta de la habitacion.

Solos los dos doctores con Anton Martin, Thompson, el baron de Wizet, el de Noblestante y Teodomira, el primero que tomó la palabra fué el doctor Alfonso.

—Señores—les dijo;—ahora ha llegado la ocasion de que podamos hablar algo mas libremente que hasta aquí:

—Sí, hablemos,—dijo el Wizet.

Y los demás haciendo coro á las palabras de este repitieron á una.

—¿De que quereis hablar?—preguntó el de Noblestante.

—¿De cosas que sin duda á todos interesan.

—¿A mí tambien?—preguntó con cierto desenfado.

—¡Toma!—respondió el doctor Alfonso—¿no sois vos de la familia de los Morlotte?

—Por parte de mi esposa.

—Lo mismo da.

—Sois yerno del caballero,—añadió señalando al de Wizet.

—Efectivamente.

—Por lo tanto debeis interesaros por su salud.

—Efectivamente,—repitió.

El de Wizet comprendió que aquellas palabras debian entrañar algun nuevo misterio y dijo:

—¿A que viene ahora mi salud, con...

—Con los asuntos de la familia Morlotte? A primera vista no es estraña vuestra sorpresa; pero oid. No somos aquí enemigos vuestros, como parece, y no os queremos todo el mal á que vuestra conducta os hace acreedor.

—¡Hola!—esclamó con énfasis,—tratais de perderme. Por Cristo que no comprendo vuestra generosidad ni puedo sospechar en que podais ejercerla conmigo.

—Calma, señor baron;—dijo el doctor Mauricio; calma, dejad hablar con cachaza y luego lo sabreis.

—¿Vos tambien?—saltó Thompson.

—Iguales palabras puedo dirigiros á vos, señor abogado, vos tambien vais comprendido en las dos palabras de mi ilustre cólega el doctor Alfonso.

—¿Yo?

—Sí vos.

—No os comprendo.

—Oid y callad, luego lo comprendeis todo,—y volviéndose al doctor Alfonso dijo:

—Continuad, amable colega.

—El doctor Alfonso continuó.

—Baron de Wizet; caballero Thompson: estais envenenados.....

Dijo estas palabras con tono solemne y grave y examinando el rostro de los dos personajes á quienes se dirigia.

—¿Envenenados?—contestaron estos á la vez.

El baron de Wizet pronunció esta palabra sonriendo irónicamente, pero Thompson con verdadero y penetrante acento de terror.

—Sí,—continuó el doctor;—envenenados...

—¿Habeis tratado de deshaceros de nosotros para la mejor prosecucion de vuestros planes?—preguntó Thompson.

—No, yo no os he causado semejante daño,—dijo el doctor Mauricio.

—Ni, yo tampoco,—añadió el doctor Alfonso.

—Pues entonces ¿quién ha sido?—preguntó Thompson.

—Nadie,—contestó el de Wizet.—Estos señores se quiere burlar de nosotros.

—Y lo que es peor,—dijo Alfonso,—es qué no sois solos.

—¿Somos todos los que acabamos de comer?

—No. De los que hemos comido juntos solo vosotros dos caballeros, estais en verdadero peligro de muerte. ¿Cómo está la salud de vuestro criado Delfin?

—¡Ah!—esclamó Thompson, que de los dos era el que realmente se hallaba mas persuadido de la verdad.

El baron de Wizet, le miró con espanto y dijo:

—¿Qué quereis decir con esto?

—Nada. Yo solamente os pregunto como está la salud de vuestro criado Delfin. ¿No es cierto que á estas horas se halla moribundo?

Realmente el criado de Thompson se hallaba en aquellos momentos de gravedad suma, de resultas de la herida que recibió en la mano la noche del robo del coche del doctor Alfonso en la carretera de Francia.

—Y bien; ¿qué quereis decir con esto?—repitió Thompson.

—Nada... si no quereis creerme.

—Acabemos.

—Pues bien; quiero decir que os aguardan á vosotros iguales sufrimientos. Los remedios que se os han aplicado para la curacion de vuestras heridas...

—¿Tenian el veneno, quereis decir, que circula á estas horos por nuestras venas?

—No. Donde estaba el veneno era en las serretas del resorte que os aprisionó cuando introducisteis imprudentemente vuestras manos en mi maleta.. Porque, vamos, ahora ya no hay que ocultarnos nada; todo se sabe aquí; no hay secreto entre nosotros; fuisteis unos imprudentes, y vuestra poca prevision os ha perdido. ¿Qué necesidad teníais de registrar la maleta; vosotros que queríais haceros pasar por unos ladrones honrados y decentes? No bastaba que yo os dijera que no habia mas oro en mi poder? Si hubieseis sido francos conmigo, y me hubieseis dicho que ibais en busca de unos papeles, que son los mismos que se acaban de leer, yo os hubiera dicho: caballeros; esto es imposible porque os podria costar la vida. Pero no procedisteis como caballeros, que decíais ser, y de aquí que, en el pecado encontraseis la penitencia.

Thompson que se hallaba algo confundido, dijo:

—Vamos, dejémonos de inútiles disertaciones, que ahora precisamente no vienen al caso. Decid lo que haya de verdad en lo del envenenamiento.

—Ya os lo he dicho.

—¿Qué?

—Que si Dios no lo remedia cuanto antes, os podreis mirar en el espejo que os presenta el grave estado de vuestro cómplice Delfin.

—¡Bah!—esclamó el de Wizet;—perdonad que os diga por el momento que no os creo.

—Peor para vos; pero ved como vuestro amigo es mas racional en esto y toma la cosa por lo serio.

—Esto va en naturalezas.

—Vos sois mas fuerte,—dijo con ironía.

A cuyas palabras el de Wizet contestó:

—Dejaos de bromas. Seria una accion indigna de vos y villana esta que espresais; yo no puedo creeros.

—De todos modos estais advertidos vos y el caballero Thompson.

—¿Y á qué objeto nos habeis advertido?

—Al objeto de proponeros un remedio.

—Y ¿quién nos responde á nosotros que en el remedio de que vos hablais no está precisamente el veneno aludido?

—Yo

—Tenemos motivos de tener confianza en vos.

—Como gusteis. Pero advertid lo que voy á preguntaros. ¿Las heridas de vuestros brazos y muñecas están cicatrizadas?

—Ved,—contestó el de Wizet levantándose la bocamanga de la levita y disponiéndose á enseñarlas.

—No,—contestó el doctor,—no quiero ver nada.

—¿Y vos?—dijo al doctor Mauricio.

—Tampoco quiero yo verlo.

El doctor Alfonso añadió:

—Seguid respondiendo á mis preguntas: ¿los bordes de las heridas, aunque cicatrizadas, presentan un color negruzco con manchas blancas algo amoratadas?

Thompson respondió:

—Sí; sí por lo que á mí hace.

—¿Os causan cierta molestia que tan pronto os parece ser escosor como se os figura que teneis puntas de alfileres que os punzan ligeramente?

—Sí,—respondió Thompson.

—¿Sin poder localizar á punto fijo el dolor?

—Ciertamente.

—¿Y no sabeis lo que significa esto?

—Decid.

—Significa que la gangrena se esta presentando en el mal; quirúrgicamente están cerrados, pero no tardareis mucho en tener necesidad de una dolorosa amputacion, si quereis salvar la vida.

—¡Cuerpo de Dios!—esclamó el de Wizet,—qué decís doctor?

—Que de los tres ladrones heridos, uno de ellos ya no tiene remedio: ni la amputacion, le salvaria.

—¡Rayo de Dios! ¿hablais con formalidad?

—¡Oh! sí, con toda formalidad. Principiareis por observar en vuestro brazo una hinchazon, que al principio solo os molestará, pero que despues irá en aumento; sentireis un peso enorme...

—Callad, callad; no continueis, doctor. Hace dias que me

siento fuertemente molestado por lo que vos decís,—esclamó el de Wizet.

—¡Desgraciado!—saltó el doctor Alfonso.—¿Y así permaneceis con semejante calma oyendo lo que os dice mi colega?

—¡Oh! nos habeis envenenado.

—No, ya os he dicho que no he sido yo: sino vosotros mismos: yo os he llamado aquí para proponeros la curacion.

—Vos.

—Sí. ¿Qué tiene esto de particular? soy médico y además conozco la índole del veneno que á estas horas recorre por vuestras venas, cosa necesaria para suministrar el oportuno remedio.

CAPITULO XXXV.

Proposiciones.

El doctor Alfonso viendo ya entonces que así Thompson como el de Wizet habian tenido lugar de reflexionar seriamente sobre el verdadero peligro que amenazaba su vida, creyó llegado el momento de hablarles con mayor gravedad, si cabe, que la que hasta entonces habia usado y les dijo:

—Vamos, señores: ¿nada teneis que preguntarme? ¿Estais ya plenamente convencidos de que por vuestras venas circula un veneno activo, cuyos resultados se han anunciado ya en uno de vosotros? ¿No quereis curar?

—¿Hay remedio para nuestro mal?—preguntó Thompson con una zozobra que indicaba el miedo de que se hallaba poseido.

—Sí.

—¿Qué clase de veneno es el que circula por nuestras venas?

—¿Me lo preguntais formalmente?

—Oh, sí.

—¡Necio! Perdonad esta palabra, señor mio, perdonadla, pero en la situacion en que respectivamente nos encontramos, comprendeis perfectamente que no es cosa de entreternos en semejantes nimiedades. ¿Qué sacaríais de saberlo?

—Mucho!—saltó el doctor Mauricio.—Conocido el veneno procurarian aplicar su antídoto, y quedaba de este modo todo salvado.

El de Wizet echó una mirada siniestra sobre el rostro del doctor que acababa de hablar y dijo:

—Teneis razon.

Y volviéndose con calma á Thompson, prosiguió:

—No espereis nada de estos dos hombres; si realmente estamos envenenados, nuestra muerte es segura.

—No,—dijo el doctor Alfonso,—no penseis tal de nosotros. Por lo que á mí hace, os ofrezco una pronta curacion si prontamente acudís á los remedios.

—¿Cuáles?

—Los tengo yo en mi poder.

—Aquí.

—Si no aquí, no muy léjos de aquí.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—¿Y quereis salvarnos?

—Sí, siendo esto de vuestro agrado.

—Pues ¿podeis dudarlo? Id; corred á vuestra casa y salvadnos.

—¿Bajo qué condicion? ¿A qué precio?

El de Wizet sonrió diabólicamente y dijo dirigiéndose á Thompson;

—Verdaderamente sois muy necio. ¿Podríais creer que estos hombres, que nos vencieron en la línea de Francia, se dejarian vencer aquí?

A cuyas palabras el doctor Alfonso dijo:

—Aquí no se trata de vencer sino los progresos del veneno que circula por vuestras venas. Pronunciad una palabra y estais salvados.

—¿Cual?

—¡Cien mil duros!

—No os entiendo.

—Yo sí,—saltó el de Wizet.—Quieren cien mil duros por la curacion.

—Cabal,—dijo el doctor Alfonso.

Mas Mauricio añadió:

—¡Cincuenta mil cada uno! No es caro.

—Yo no puedo pagaros,—esclamó Thompson.

—Yo tampoco,—añadió el de Wizet.

—En este caso no os queda mas remedio que principiar á rezar por vuestras almas.

El uno y el otro se miraron á un tiempo. Aquella mirada encerraba la duda, la desesperacion, el ódio, el miedo, el terror á la vez, de tal modo, que llegó á infundir cierto respeto á los dos doctores, que tambien se miraron mútuamente. Pero Alfonso, que era el mas grave y el que sin duda en menos tiempo habia conocido mejor á los personajes con quienes en aquel instante se las habia, dijo:

—Este dia habia de llegar. En este mundo no todos los crímenes quedan impunes. Vosotros dos habeis cometido muchos y atroces, era preciso que los purgarais convenientemente. Ningun poder del mundo puede obligarme á mí á declarar que clase de veneno es el que en estos momentos circula por vuestras venas, amenazando perentoriamente vuestras vidas; ningun poder del mundo puede obligarme tampoco á curaros, ya que sois unos infames que sin duda ejerceríais, si pudieseis, el resto de vuestra vida en perder la mia. Estais perdidos. Sin embargo, me obligo voluntariamente á arrebataros de la muerte, que ya os llama, y á arrostrar vuestras, iras si consentís en pagarme cual corresponde.

—A tenor de lo que se os ha pedido,—dijo el doctor Mauricio.

—¡Cien mil duros!

—Sin faltarle un maravedís.

—Cincuenta mil duros,—dijo por su parte el de Wizet.

—Cincuenta mil duros,—añadió Thompson.

—Cabal.

—¿Y como quereis que os paguemos esta cantidad?

—En el acto.

—Es imposible.

—Pues lo dicho....

—¡Qué!

—Aprontaos para la muerte.

—Esto no es posible. Vos nos engañais, doctor.

—Aguardad á mañana y me dareis la contestacion.

—¡Mañana!

—Sí; mañana.

—Mientras no sea tarde.

—Gran Dios.

—Probadnos que estamos envenenados y entonces entraremos en negociaciones.

—Es inútil: ya os dicho las señales que indicaban un pronto desarrollo de la gangrena en las partes heridas.

—¡Será cierto!

—Podemos garantizároslo.

—¿Cómo?

—Firmando un pagaré en que conste ser la cantidad de cien mil duros el precio de vuestra curacion. En el mismo pagaré constará vuestra renuncia de derechos ante los tribunales, así como de péritos con respecto á él. Si no os sentís atacados de daño alguno, no habrá lugar á la presentacion del pagaré; si lo contrario no tendreis ningun derecho á recusar el documento objeto del pago.

—Convenido,—dijo Thompson.

—Sí, yo tambien me conformo,—añadió el de Wizet;—pero es necesario que los médicos que nosotros llamemos declaren nuestro peligro de muerte.

—Como gusteis,—saltó el doctor Alfonso.

—Convenido.

—Pues, manos á la obra y estendamos el documento en cuestion.

El de Wizet salió de la habitacion, diciendo al propio tiempo:

—Aguardad un momento; voy en busca de recado de escribir.

Y suspiró fuertemente al tiempo de abandonar la estancia.

—Nos habeis ganado por mano,—dijo.

—Ya lo sabia. No ignoraba que sospechabais que ya os conocia, y que bajo este punto de vista nada bueno debia esperar de vosotros. Pero, no siempre salen bien las cuentas de los malechores. Raras veces forman bien sus cálculos. Se olvidan con frecuencia de un dato importantísimo.

—¿Cuál?

—No me lo pregunteis. Os reiríais si os lo dijese.

—Eso no debe importaros, decid.

Entonces el doctor Alfonso levantó la mano hácia el cielo y dijo:

—¡La Providencia! La Providencia, cuyo dedo sigue á los malvados para perderles en su marcha criminal.

Thompson lejos de reirse como habia dicho el doctor Alfonso, prorumpió en una blasfemia horrible y añadió:

—Estais en un error. Conozco gentes mil veces mas malvadas que nosotros, y viven tranquila y sosegadamente.

—Seguidles hasta el fin... ya vereis.

—Trabajo me daríais.

En aquel instante se presentó el de Wizet y dijo:

—Aquí está lo necesario para estender nuestro documento. ¿Quién escribe?

—Escribid vos mismo,—dijo el doctor Alfonso.

El de Wizet se sentó á la mesa, rasgó el papel y mojó la pluma en el tintero.

—¡Dictad!—dijo al punto.

El doctor Alfonso se puso á dictar, pero á las pocas palabras añadió:

—Aguardad; no puedo continuar.

—¿Qué teneis?

—Me tiembla el pulso. Estoy agitado y las heridas me duelen terriblemente.

—En este caso,—continuó el doctor,—escribid vos Thompson.

Thompson se puso á la mesa y volvió á principiar el pagaré.

Poco despues dijo:

—Advertid que á mí me duele el brazo terriblemente.

—Vos estais mas adelantado que vuestro compañero: la serreta debió penetrar mas en vuestro brazo que en el suyo.

—¡Oh! no os burleis, si todo esto es un miserable engaño...

—Continuad.

Thompson trató de continuar.

—No puedo,—dijo.

Y soltó la pluma con desesperacion.

—¿El pulso os tiembla?

—Todas las arterias del brazo parece que se me encogen. Ese dolor es insoportable; que horrible mal estar.

—Pues daos prisa.

—¿Qué quereis que haga? Qué escriba el doctor Mauricio.

—Corriente,—dijo el doctor Mauricio.

Y se sentó á la mesa y en un momento tuvo escrito el documento de que se trataba, y en los términos indicados. Lo leyó en alta voz y preguntó:

—¿Está bien?

El doctor Alfonso contestó:

—Para mí, sí.

—¿Y para vosotros?

Thompson y el de Wizet se miraron.

—Bien,—dijo el primero.

—¿Y vos?—preguntó al segundo.

—Quiero curar,—dijo por toda contestacion.

—Pues firmad.

El de Wizet se acercó, y de pié, temblando todo su cuerpo como si estuviese invadido por un frio glacial firmó.

—Ahora vos.

Tompson hizo lo propio, firmó temblando.

—Todo está concluido.

El doctor Alfonso dobló el documento y se lo metió en el bolsillo.

—¡El remedio!—esclamó el de Wizet.

—Ahora, ahora,—dijo el doctor Alfonso,—Vamos á vuestro remedio. Quitaos los gabanes.

Thompson y su compañero obedecieron con una docilidad infantil.

—A ver vuestros brazos.

En el acto, los indicados sujetos se levantaron las mangas de las camisas hasta el codo.

El doctor Alfonso se apoderó del brazo de Wizet y el doctor Mauricio del de Thompson. Los examinaron atentamente y tentaron con minuciosidad.

—¿Qué decís á esto?—preguntó el de Wizet.

Pero el doctor Alfonso no contestó.

—Y vos, doctor Mauricio, ¿qué os parece de mis heridas?—preguntó Thompson.

Tampoco contestó este á sus preguntas. Despues el doctor Alfon-

so pasó á examinar el brazo de Thompson y el doctor Mauricio el de Wizet.

Ambos doctores se miraron con asombro.

—No sabeis que contestar,—dijo por fin el uno.

—Oh, sí.

—¿Qué?

Mas la contestacion no vino y los dos se desesperaban.

—¿Qué opinais?

—¿Quereis que os lo diga con franqueza?—preguntó Mauricio.

—Sí.

—Y creo que en esto estará acorde conmigo mi sabio colega.

—Hablad.

Pero el doctor Mauricio calló. En aquel instante Alfonso tomó la palabra.

—Nuestro parecer, igual, sin duda, en todas sus partes,—dijo, es que como la gangrena se halla ya abiertamente pronunciada.....

Thompson le interrumpió diciéndole:

—No hay remedio...

—No, no es esto.

Ambos heridos respiraron fuertemente.

—¿Pues?...

—Como la gangrena se halla ya abiertamente formada, no queda mas remedio que uno.

—¿Cuál?

—¡La amputacion!

—¡La amputacion!—esclamaron á la par.

—¿Qué estais diciendo?

—Eso no es posible.

—Es indispensable.

—De absoluta necesidad,—repuso el doctor Mauricio.

—Esto no es una curacion.

—Es el único modo de salvar vuestras vidas. Si no estais conforme con nuestro parecer llamad una consulta de profesores.

—Oh, sí; sí...

—Interin procurad no fatigaros. Toda desazon podria seros funesta. Habeis dejado que el mal tomase creces. Habeis cicatrizado

la herida y habíais de combatir el virus ponzoñoso que circula por vuestras venas. Pero ya se vé, ¿vosotros que sabíais? Vuestros médicos qué sabian? Esto es una desgracia que en la actualidad no tiene ya mas que un remedio. Ved lo que querais hacer; pronto. El tiempo vuela y nos acusaríais á nosotros al oir estas fatídicas palabras, ¡ya es tarde!

—¡Rayo del cielo!—esclamó Thompson.—Coged mi brazo y cortad por donde querais.

—Yo no. Quiero consulta,—esclamo el de Wizet.

—Pues ved que sea pronto. Señores, no os durmais: mientras hay tiempo aprovechaos de él, quizás mañana ya seria tarde.

—¡Oh, qué horror!

—Vale mas vivir,—esclamó Thompson.

—¡Rayo de Dios!—gritó entonces el de Wizet!—¡renunciar á un brazo!...

—A cambio de la vida.

—¡Oh, qué horror!

—Quedais advertidos.

—Vamos, ¿qué hemos de hacer por el pronto?

—Acostaros. Me ofrezco ser el médico de cabecera de uno de los dos.

—¡Mio!—dijo Thompson.

—Y vos,—dijo el de Wizet á Mauricio,—sereis el mio.

—Convenido.

—Doctor, acompañadme á mi casa.

—Y vos seguidme á mi gabinete.

. . . . . .

Pocos momentos despues aquella habitacion estaba desierta.

El de Wizet, acostado en su cama, veíase rodeado de su mujer, de su hija y de algunos criados de la casa.

Thompson se hallaba tambien en cama, teniendo al lado á Teodomira que preguntaba con ansiedad la causa del trastorno porque estaba pasando su aliado.

A Laura y á Luisa el de Wizet solo contestaba con gritos de dolor profundo. Todos los criados se hallaban en movimiento y se habia convocado á algunos médicos para celebrar la consulta deseada.

El doctor no le abandonaba un solo instante y procuraba mitigar la desesperacion de las dos mujeres que se hallaban á su lado.

A Teodomira, Thompson solo contestaba á sus preguntas con imprecaciones y diciendo:

—¡Me muero! ¡me muero!

El mal hacia rápidos progresos en ambos heridos. Las heridas se iban enconando, y era cosa de no perder tiempo.

CAPITULO XXXVI.

La amputacion.

A eso de las doce de la noche del mismo dia de que acabamos de hablar, las habitaciones particulares del baron de Wizet presentaban un aspecto imponente. Alumbraba la estancia el resplandor tétrico de una sola lámpara y no se oia el menor ruido sin embargo de que las gentes entraban y salian de ella con frecuencia. En el rostro de cada cual se hubiera leido claramente lo que allí pasaba. Todos miraban hácia la cama que habia en el fondo de la habitacion de una manera tal que indicaba que allí descansaba algun enfermo de mucha gravedad.

Acababa de celebrarse la consulta pedida por el de Wizet y esta consulta habia acordado la pronta amputacion de la mano derecha.

Júzgese de la sorpresa de Luisa, su esposa, al oir de los médicos el dictamen pavoroso de semejante medida. Al oirlo cayó presa de un terrible desmayo, porque su sorpresa fué mayor bajo el supuesto de que ella daba por terminada la curacion de su esposo.

Los médicos acordaron retirarla á su habitacion y proceder ocultamente de ella á la operacion ordenada.

Solo habia una persona en el palacio que lo ignoraba todo, esta persona era el conde de la Morlotte, que se hallaba en compañía de su criado en su habitacion. Se habia encargado especialmente al criado que procurase ocultarlo todo á su amo á fin de proceder mas desahogadamente á la curacion del enfermo.

El enfermo por su parte no podia dar todo su asentimiento á la

opinion de los médicos. Le parecia imposible hallarse de la gravedad que todos le habian asegurado.

En la parte esterior de este gabinete el movimiento era parecido, pero algo mas vivo. Habia allí dos médicos y un ayudante, aparte de los criados que iban y venian de un lado á otro.

¿Que hacian allí los médicos?

Solo era necesario verlo para sentirse dominado de terror. Estuches, cuya sola vista desmayaba á las criadas que por allí se acercaban, llenos de instrumentos brillantes y de formas las mas espantosas; cajas llenas de hilas y vendajes de todos tamaños y dimensiones; frascos encima de la mesa, botellas, tazas, y últimamente, en un rincon de la sala, un hornillo encendido que sin duda seria necesario á las operaciones que allí debian practicarse.

De repente el doctor Mauricio interrogó al ayudante con esta frase.

—¡Y bien!...

—Todo está dispuesto—le respondió este.

El doctor tomó de sus manos una cuchilla resplandeciente como el rayo y la examinó con atencion.

—Está bien,—dijo.

Entretanto el médico examinaba una agudísima sierra.

—¿Cómo está esto?—preguntó.

—Perfectamente.

—Pues, no aguardemos mas.

El ayudante tomó aquellas siniestras armas de cirujía y las envolvió en un lienzo; con la otra mano tomó una tohalla.

Los tres entraron en la habitacion del enfermo.

—¿Cómo estais?—le preguntó el doctor Mauricio.

—Aguardándoos!... le respondió.

—¿Con ánimo tranquilo?

No contestó el de Wizet.

—¿Os sentís con valor para resistir á la operacion? Decidlo; esto no es mengua; la fortaleza del espíritu no es la del cuerpo.

—¿Me causareis gran dolor?

—No: todo se reduce á la primera impresion.

—¿Y se puede evitar esta primera impresion?

—¡Oh, sí!

—¿Cómo?

—Tomando unas cucharaditas de cierto espíritu...

—¿Me quereis narcotizar?

—¡Bha, esto no es nada!—le contestó.

El de Wizet se puso un momento reflexivo. Parecia buscar una idea.

—Haced lo que querais,—dijo por fin.

Los dos médicos se miraron y el doctor Mauricio hizo con la cabeza un signo afirmativo, que indicaba no tener confianza en el valor del de Wizet.

Un momento despues le dieron á beber una pocion líquida que habia preparada sobre la mesa. Despues acercaron á su olfato un espíritu que le hizo estremecer repentinamente y despues de levantar el enfermo la cabeza con violencia, la dejó caer como si en aquel momento acabase de exalar su último suspiro.

—No hay cuidado,—esclamó el compañero del doctor Mauricio: —esto es hecho.

Acto continuo desabrigaron el pecho y brazos del enfermo, quien continuaba como profundamente dormido.

El doctor tomó su brazo. Lo examinó atentamente y dijo:

—No tiene remedio.

El enfermo suspiró, pero no pudo imprimir á sus músculos movimiento alguno.

—Está fatal.

—Oh, ya os lo decia yo.

—Debia haberse procedido ayer mismo á la amputacion.

—Sin duda alguna.

Quitáronle los vendajes con el mayor esmero y presentando el doctor Mauricio á su cólega el brazo del de Wizet, le dijo señalándole al arranque de la muñeca.

—¡Aquí!

—Mas arriba,—contestó el otro.

—¿Lo creeis así?

—Oh ¿no veis que la inflamacion alcanza hasta mas allá.

—¡Pues aquí!—dijo señalando mas arriba.

—Aguantad.

El ayudante aguantó aquel brazo, al parecer de un hombre muerto.

Mauricio y su compañero de profesion se acercaron á la caja donde habia los vendajes y sacaron uno muy estenso.

—Aguantad.

El doctor Mauricio aguantó un cabo y lo fijaron en el brazo en la parte señalada por este. Principiaron á envolverle desdoblando el vendaje á medida que daban vueltas sobre el brazo del enfermo.

—Vos aquí,—señaló entonces al ayudante.—Aguantad el otro brazo é inclinad el cuerpo sobre las rodillas por si acaso hace algun violento esfuerzo.

El ayudante obedeció.

CAPÍTULO XXXVII.

La mano amputada.

El ayudante dócil desde aquel instante á los menores deseos de los médicos, á los cuales adivinaba en sus simples movimientos de ojos, sujetó de tal modo al de Wizet, que hubiera sido imposible á este el menor ademan, aun cuando su espíritu hubiese permanecido con todo su vigor.

Acordado que estuvo el punto por donde debian cortar la mano, el compañero del doctor Mauricio dijo á su colega.

—¿Quereis vos la cuchilla?

—No importa,—le contestó,—manejadla vos.

Entonces la tomó diciendo:

—¡Cuidado señores!

Todos pusieron la mas esquisita atencion y se prepararon para el arriesgado lance á que Mauricio iba á proceder.

Mauricio aplicó la cuchilla á la muñeca de la mano del de Wizet y acto continuo brotó un chorro de sangre.

Wizet se estremeció y exaló un rugido profundo. Volvió la cabeza, abrió los ojos y volvió á quedar sin sentido.

—Aguantad fuerte,—dijo el médico.

—Proseguid, doctor.

El ayudante, cuando el doctor hubo cortado la carne y arterias del contorno del hueso, le presentó una sierra que era la misma que ya hemos visto preparar anteriormente.

—Tomad,—le dijo.

El doctor la tomó.

—Aguantad fuerte,—repitió con gravedad.

—Podeis continuar.

Mauricio aplicó la sierra al descarnado hueso y en un momento, con la lijereza del mejor artífice serró la muñeca por la parte inferior del brazo: la mano quedó completamente aislada.

No en vano habia pronunciado las palabras: aguantad fuerte... Conocia lo que debia suceder en aquel acto, que era verdaderamente espantoso.

Los labios del de Wizet se separaron por medio de una violenta contraccion que dejó sus dientes y encias descubiertas de tal modo como si aquellos hubiesen desaparecido. Los dientes, al contrario, apretados entre sí, produjeron un rechinamiento violento, que cualquiera hubiera creido que se rompian bajo una presion inmensa. Todos los músculos de su rostro se contrajeron, y finalmente, su cuerpo se estremeció hasta hacer precisa toda la fuerza de los que servian á la amputacion, aplicada sobre aquel cuerpo, para evitar que se les escapase de su poder.

A este estremecimiento general acompañó un rugido como de fiera, y el de Wizet pudo articular fuertemente su espresion favorita:

—¡Rayo de Dios!... ¡Matadme!—¡Rayo de Dios!!!..

Era en aquel momento cuando la mano quedaba del todo separada del brazo.

En el acto se procedió á las ligaduras de las venas y arterias que manaban abundante sangre y en seguida á la colocacion de los apósitos propios de semejantes actos.

El de Wizet, á juzgar por sus horribles estremecimientos, sufria cruelmente, pero apenas podia pronunciar otras palabras que entrecortados ayes y gritos de dolor.

El ayudante no cesaba de aplicarle al olfato cierto espíritu que sin duda servia para amortiguar la fria sensibilidad de aquel hombre.

Por fin cayó postrado en un profundo aletargamiento.

Se le dejó en semejante estado, fuertemente narcotizado y como presa de un insomnio funesto.

Media hora despues abrió los ojos. Su razon se habia despejado bastante y entonces, con voz que al principio parecia moribunda y despues fué tomando mayor intensidad, dijo:

—Doctor ¿dónde estais?

—Aquí.

—¿Todo se ha acabado?

—Todo.

—¿Ya no tengo mano?

—No.

—¿Estoy, pues, salvado?

—Si no os agitais, si no os atormentais inútilmente, sí; es de esperar por lo menos.

—Bien; ¿pero estais seguro de lo que decís? ¿Me habeis cortado la mano?

—¿Quereis verla?

—¡Oh!...

El compañero del doctor Mauricio dijo:

—¡Qué necesidad de atormentaros inutilmente!

—Quiero verla,—dijo.

El ayudante se la presentó sumerjida en un líquido contenido por un receptáculo de cristal.

—¡Oh!—volvió á esclamar:—¿es posible?

—Sosegaos.

—Nada sufro: solo siento un lijero dolor que me parece que es en la mísma mano que acabais de cortarme. Por eso os preguntaba si realmente estabais seguros de lo que me decíais. Todavía dudo. Yo me siento la mano del mismo modo. Estoy por asegurar que si es esta la que me habeis cortado, ha brotado otra nueva en su lugar. ¡Rayo de Dios! ¿qué es esto?

—Esto,—contestó el doctor Mauricio,—en un fenómeno natural y constante en estos casos. Es una prueba de que las sensaciones de los sentidos no radican en sus órganos de transmision sino en el cérebro. Pero esto no viene al caso, para vos, en este instante: procurad sobre todo no mover el brazo en lo mas mínimo, y haceos superior á toda idea que os acometa sobre vuestra situacion.

—¿En qué quereis pues, que piense?

—En nada.

—¿Cómo se consigue esto, doctor?

El doctor Mauricio calló como dándole la razon.

Poco rato despues dijo:

—¿Y Luisa?

—Nada sabe.

Volvió á callar y despues añadió:

—¿Cuánto tiempo durará esta curacion?

—Dentro veinte dias no os acordareis de nada.

—¡Ah!...—repuso.—Guardad bien esa mano; que se conserve en el mejor estado que sea posible. Quiero conservarla.

Y echando una mirada á la mano que permanecia dentro del receptáculo indicado, puesto sobre la mesa de la habitacion, esclamó:

—¡Qué horror!

—Todo miembro separado del cuerpo humano produce igual efecto; no lo mireis.

Y se acercó á la mesa y cubrió el receptáculo con un paño, ocultándolo de este modo á su vista.

—Ahora os sobrevendrá un poquito de fiebre.

—Y deliraré?—preguntó con ansiedad.—¿Deliraré durante el acceso?

—Eso es imposible de preveer.

—Guardaos bien, pues, de que durante la fiebre entre nadie en este gabinete.

—Perded cuidado.

—Sobre todo mi suegro, el señor conde...

—Perded cuidado.

—Ni mi mujer.

—Nadie...

—Dejadme, pues, descansar.

Volvió la cabeza y cerró los ojos. Pero, pasado mucho tiempo, durante el cual se conocia los inmensos esfuerzos que hacia para dominarse, es decir, para permanecer en estado de reposo, principió á agitarse de nuevo. Volvia la cabeza de una parte á otra; levantaba las rodillas, agitaba el brazo que quedaba libre de toda dolencia y pronunciaba palabras al parecer incoherentes.

—No os agiteis,—decia el doctor.

—No puedo estar quieto.

—¿Sentís dolor?

—Ninguno.

—¿Y pues?...

—Sufro?

—¿Qué sufrís?

—Angustia.

El doctor le dió á beber una medicina, diciéndole:

—Tomad; tal vez esto os sosiegue.

El enfermo la tomó.

Despues de un rato, continuando en la misma agitacion, que no podia dominar apesar de esfuerzos supremos, dijo:

—¿Y Thompson?

—¿Qué quereis saber de él?

—¿Cómo se halla? ¿qué sabeis de él?

—No se sabe nada, pero en estos instantes deberá hallarse poco mas ó menos en la misma situacion que vos.

—¿Cortada la mano?

—Sin duda.

—¡Ah! él tiene la culpa de esto,—esclamó con ira;—él la tiene, sin él nada de esto hubiera pasado, nada. Pero me queda una mano libre para vengar á la otra, y yo la vengaré. ¡Qué desgracia! ¡qué desgracia! Juro á Dios que me he de vengar, de él y de otros. Si los tuviese aquí, con mis dientes los destrozaria á todos. ¡Perder una mano! ¡Oh rayo de Dios! Esto es inutilizar á un hombre terriblemente.

—No tengais cuidado, yo os aseguro que os acostumbrareis.

—Acostumbrarme? nunca.

—Se os aplicará una artificial y apenas la echareis de menos...

El ayudante que era quien estas palabras decia, no pudo continuar, porque el de Wizet, haciendo un movimiento vertiginoso le interrumpió diciéndole:

—¡Ah! qué decís? ¿Sabeis bien lo que decís? Repetidlo; ¿por medio de una mano artificial, decís que...

—Que no echareis á menos la vuestra.

—Repetidlo, repetidlo. Ya comprendereis que no puedo resignarme á perder un miembro tan importante á las funciones prácticas de...

—Hay manos de resorte.

—Cuésteme lo que me cueste. Sí; yo quiero una mano de resorte. ¿Y en qué consiste esto?

El doctor Mauricio hizo un gesto al ayudante para que cortara la conversacion, y á los pocos minutos lo consiguió. El de Wizet parecia dormirse halagado con la idea de obtener una mano de resorte.

CAPITULO XXXVIII.

Preparativos.

Pasemos ahora á incautarnos de Thompson.

El doctor Mauricio se engañaba cuando decia que este debia hallarse poco mas ó menos en la misma situacion que el baron de Wizet. La consulta tenida durante aquella misma noche habia acordado la pronta é inmediata amputacion de la mano, sí; pero el doctor Alfonso habia sido de parecer de no practicarla sin aguardar antes algunos dias.

—Teneis esperanzas de salvarme la mano, doctor?—le habia preguntado.

—¿Quién sabe? Podemos correr un albur,—le dijo Mauricio.

—¿Un albur? ¿y en qué consiste?

—En aguardar.

—Esplicáos.

—A favor de ciertos medicamentos,—le dijo el doctor,—que yo os propinaré, podemos esperar algunos dias; pero arriesgais en esto la vida. Dentro de tres dias, ó muerto ó respondo de vuestra mano. A vos toca decidiros.

—Opto por salvar la mano ó morir. Pero ¿cuáles son estos medicamentos?

—El cauterio.

—¿Por el fuego?

—Es el mejor de todos.

Thompson rugió como una pantera y dijo:

—¿Con probabilidades de buen éxito?

—Sí, quizás...

—¿En qué proporcion?

—De dos á tres.

—¿Tres en pro?

—No, al revés. Pero amigo mio, veo que es tal vuestro temor por perder la mano que...

—¡Oh! es la derecha.

—Comprendo vuestro disgusto, pero la vida...

—Pero ¡manco!—repuso con ira,—¡manco! Mal haya el demonio de Wizet, él tiene la culpa. ¡Bah! comprendo que no es ahora ocasion de pensar en esto. Quiero saber dominarme y tendré el valor suficiente para olvidar á aquel malvado.

—¡Vaya! ¿qué hacemos?

—No sé.

—Ved que el tiempo es precioso.

Teodomira estaba allí, á su lado, junto á la cabecera de la cama y parecia hallarse profundamente afligida.

El doctor Alfonso se acercó á ella y le dijo.

—Haced que se decida cuanto antes.

Todomira no contestó, pero Thompson respondió por ella diciendo:

—Si al menos fuese al revés; si hubiese tres probabilidades en pró contra dos. ¡Ah! ¿qué haríais vos en mi caso, doctor?

—Yo optaria por la amputacion.

—¿Y os resolveríais á perder la mano? ¡Oh no, no puedo!

—Entonces el cauterio; no queda mas que hacer. Teodomira, —dijo volviéndose á aquella,—¿qué haríais vos en este caso?

—Yo,—contestó,—estoy por la cauterizacion.

—¿Resueltamente?—preguntó á Teodomira Thompson,—responde.

Teodomira, con la serenidad del que presencia como otro se bebe un vaso de agua, se afirmó en su idea.

—Pues estoy resuelto, Teodomira, tú lo has dicho: la cauterizacion sí; pronto, la cauterizacion. Pero... ¡oh! ¿por medio del fuego? no hay otro elemento en la medicina de que echar mano que produzca iguales afectos?

—Iguales, no. Son mucho menos eficaces.

—Pues no hablemos mas.

Dijo estas palabras con tal resolucion que hizo estremecer á la misma Teodomira, que optaba por el mayor peligro de muerte en su compañero. ¿Si habria en esto el cálculo perverso de librarse de Thompson por tal medio? Nadie es capaz de entrar en el sagrado de las intenciones. Solo diremos que Thompson lanzó sobre ella una mirada siniestra y le dijo:

—Sí, sí; pronto. ¿No es verdad Teodomira?

Esta no contestó. Mas, su aliado presentando su brazo al doctor le dijo:

—Haced lo que querais.

—Será preciso prevenirme de algun auxiliar.

—¿Por qué?

—Porque la operacion es dolorosa y podría faltaros valor...

—No temais.

—Necesito el brazo seguro.

—No temais, repito... Aquí está Teodomira.

—Es una muger.

—Pero tendrá valor.

—¿Y si os engañais?

—No hay cuidado, ¿qué dices tú á esto?—preguntó á Teodomira.

—Que para salvarte la vida respondo de mi serenidad,—dijo con resolucion.

El doctor la miró con asombro, dudó algunos instantes y despues de algun tiempo añadió:

—Que venga, al menos, un criado.

—No hay necesidad,—saltó Teodomira,—yo aguantaré su brazo.

—¿Tú?—dijo Thompson.—No; yo me basto. Os respondo que podreis trabajar en él como sobre el brazo de un cadáver. No quiero que nadie se entere de esto.

—Tal vez os engañais.

—¿Y á vos que os importa en este caso? Vaya, no hablemos mas. Preparad vuestros menesteres y concluyamos.

El médico dijo:

—Sea, pues, como vos querais.

—¡Oh! entendámonos—añadió entonces Thompson,—¿es qué os falta valor á vos?

—¿A mí?—contestó el doctor con cierta gravedad,—¿á mí?

Y nada mas dijo. Acto contínuo hizo una seña á Teodomira para que le siguiese y los dos desaparecieron.

Solo Thompson, volvió á rugir desesperadamente y no pudo abstenerse de decir en alta voz:

—¡Ah! doctor, doctor, salvadme la mano; salvadme la vida, que esta vida y esta mano os han de costar caras. He de comeros el corazon sin que haya para vos remedio alguno. No os han de valer ni todos los médicos juntos ni todas las cauterizaciones. ¡Morireis á mis manos como un perro!

En aquel momento oyó ruido de pasos y calló. Pero no entrando nadie en la habitacion prosiguió:

—Habeis jugado infamemente conmigo. Yo os enseñaré quien puede mas de los dos.

CAPITULO XXXIX.

La cauterizacion.

El médico entre tanto habia ido á preparar lo necesario para la operacion que iba á emprender. Teodomira le acompañó, y al salir á la puerta esterior de la habitacion en que habian dejado á Thompson, le preguntó:

—Decidme lo que necesitais.

—Un hierro agudo y fuego; nada mas.

Pocos momentos despues Teodomira se presentaba con una barrita de hierro de unos tres palmos de largo, redonda y del diámetro de medio pulgada, escasamente y rematando casi en punta.

—¿Os sirve esto?—le preguntó.

—Perfectamente. Pero ¿teneis otro igual?

—Sí; debe haber algun otro.

Volvió á salir Teodomira y á presentarse poco rato despues con otra barrita de las mismas dimensiones.

—¿Teneis un hornillo?

—Sí.

—Mandad encender fuego en él, y que lo traigan aquí.

Todo se hizo como el doctor deseaba, con la particularidad que no intervino nadie mas que Teodomira en todo lo que fué necesario, escepto algunas medicinas é ingredientes que con receta suya fué un criado á buscar en una botica contígua.

Media hora despues todo se hallaba dispuesto. En un ángulo de la antesala ardia el hornillo donde se veian los dos hierros indica-

dos. Sobre la mesa habia varios vasos y botellas y una caja llena de vendas y lienzos; sobre la mesa veíanse algunos mazos de hilas.

De cuando en cuando el doctor se acercaba al hornillo. El fuego era vivo, pero sin llama. Con los mismos hierros agitaba el carbon encendido. Teodomira soplaba con un fuelle á las indicaciones del doctor que decia con frecuencia:

—¡Vivo, vivo; señora!

Por fin los hierros se presentaron encandecentes, como si fuesen el ascua mismo.

—Esto principia á estar bien,—dijo el doctor.

—¿Si?—preguntó Teodomira.

—Si; pero os aseguro que tiemblo por vos.

—Yo por Thompson.

—No tengais cuidado: es valiente.

—Pero esto debe ser horrible. ¿No seria mejor dejarle morir?

—¡Phs!—hizo el doctor con una contraccion de labios.—Pero nosotros no podemos hacer esto. Vamos señora.

Y dejando el fuelle en el suelo y los hierros en el fuego, se encaminaron los dos á la alcoba de Thompson.

Este se hallaba sentado en la cama.

—¿Cómo está esto?—preguntó con indiferencia glacial.

—A punto,—contestó el doctor.

—¿Pues vamos á ello?

—¡Vamos!...

El doctor se acercó á Thompson, levantó la manga de su camisa hasta el hombro y se la sujetó fuertemente. Luego tomó dos almohadas y se las colocó debajo del sobaco derecho. Puso su brazo perpendicular y levantó el apósito que llevaba en la muñeca.

Al levantarle el apósito se descubrió la herida que se hallaba amoratada, casi negra en algunos puntos, y derramando una materia blanquizca que despedia un hedor insoportable.

—No debeis moveros de esta posicion.

—Haré todo lo posible.

El doctor se fué y volvió á comparecer con el hornillo que puso al lado de la alcoba.

Despues le entregó una tohalla y le dijo:

—Tomad.

—¿Para qué?

—Para entreteneros con las dientes, mientras dura la operacion.

—Que supongo no será duradera...

—No. Es cosa de algunos minutos.

—¿Dentro de un cuarto de hora todo estará concluido?

—Oh si; antes tambien.

Thompson tomó la tohalla y la arrolló á lo largo.

El doctor dijo á Teodomira.

—Pasad vos á la otra parte.

Teodomira obedeció: y el doctor prosiguió:

—Volved la cabeza á la otra parte.

Teodomira se incautó del otro brazo y dijo á Thompson:

—¡Valor, alma mia!

Por toda contestacion Thompson sonrió ironicamente.

—Tened cuidado en no levantar las piernas,—añadió el doctor.

Thompson entonces como algo resentido de tanto preámbulo dijo:

—Acabad, doctor: estoy impaciente... Parece que soy un niño á quien trataseis de hacer miedo.

El doctor no contestó; se dirigió al hornillo, cogió uno de los hierros que ardian como una barra de carbon, lo raspó con la hoja de un cuchillo y se encaminó á la cama... Allí se apoderó de la mano de Thompson y con la punta del hierro tocó el foco de la herida.

El brazo de Thompson saltó como galvanizado, inchándose todas sus arterias cual si fuesen á reventar en sangre.

Teodomira no hizo el menor movimiento. En aquel acto se levantó una nube de humo.

—Pronto, doctor,—dijo Thompson,—no pareis... ¡Vivo vivo!...

Parecia que se trataba de otro al decir Thompson estas palabras. El doctor fué prosiguiendo hasta carbonizar el borde de las heridas gangrenosas que iba aislando de la parte sana del brazo.

—Vivo, vivo!—continuaba Thompson.—No os durmais.

Entonces la cama principió á temblar. El hierro iba produciendo un chirrido espantoso en la carne del paciente y á cada chirrido se levantaba una nueva nube de humo. El doctor continuaba salpicando los puntos enconados y paseando por ellos el hierro candente con len-

titud y dejando caer su pesada mano en algunos puntos, que eran precisamente aquellos en que la carne, siendo mas viva, necesitaba aislarla del daño que iba rápidamente invadiendo el brazo.

—¡Ah! doctor me martirizais!... ¿qué haceis? ¡Ay!.. ¡Bárbaro!.. ¡basta no puedo mas!... ¡Dejadme!

El doctor no hizo el menor caso de sus palabras. Aguantaba aquella mano y aquel brazo como por medio de una fuerza hercúlea, sin dejarle apenas libre el menor movimiento.

—¡Toma!—le dijo Teodomira poniéndole la tohalla á la boca,—muerde... ¡Oh! se trata de tu salvacion!

Entonces Thompson hizo un fuerte movimiento de cabeza y dijo:

—¡Fuera... esto!...

Y levantó la frente, fijó los ojos en el techo, cerró fuertemente los dientes y esclamó:

—¡Oh! esto es poco! ¡Más, más, más!

En aquel momento el doctor habia levantando su hierro. El fuego se habia apagado con la humedad de la carne viva y la sangre que brotaban de sus venas, que en el acto se carbonizada.

—Aguardad,—dijo;—esto va á concluir.

—¡Más, más, más!—continuaba gritando Thompson, con verdadera desesperacion.

El doctor se encaminó al hornillo, cogió el otro hierro, cuya sola vista causaba horror, y volvió al paciente.

Este habia cerrado sus labios; continuaba mirando al techo con ojos que parecian inyectados de sangre y respirando violentamente, de modo que su pecho se levantaba con precipitacion espantosa.

Bien pronto se oyó otro chirrido, prosiguió otra nube de humo y los músculos del brazo se levantaron hasta el hombro de un modo horrible. Pero Thompson no desplegó los labios. Permaneció como una estátua mirando al cielo.

Pocos segundos despues el doctor dijo:

—¡He concluido!

Entonces Thompson esclamó:

—¿Estais seguro?

—Sí; esto está hecho.

—¿Bien hecho?

—Creo, que sí.

—Si os parece, continuad... Ahora ya estamos.

—No hay necesidad.

Thompson se miró la herida y esclamó:

—¡Mala baba tenia... vuestra preciosa maleta!...

CAPITULO XL.

Donde se ve que Thompson tenia prisa en salir de casa.

Quince dias despues de lo que acabamos de relatar el de Wizet y Thompson se hallaban libres del peligro de perder la vida. El criado habia sucumbido preso de horrorosos tormentos.

El de Wizet ignoraba que Thompson hubiese salvado la mano y Thompson ignoraba que el de Wizet la hubiese perdido. Todas las preguntas, que ambos dirigian á sus respectivos médicos, se encaminaban á averiguar el estado de la salud del otro: creian que para los dos se habia procedido con igual método; asi es que al preguntar el uno por el estado del otro, ambos partian de un concepto equivocado.

Teodomira y Anton Martin eran los únicos que se hallaban en posesion de la verdad; es decir, que eran conocedores de lo que los médicos trataban de ocultar á un enfermo del otro. En verdad, solo debieran haber procurado la ocultacion en el de Wizet, que era quien habia perdido la mano, pues el otro solo hubiera hallado motivos de contento sobre su compañero, por su triunfo inesperado. Mas los médicos, apesar de conocer á fondo los sentimientos de entrambos, no quisieron esponerse á revelarles la verdad.

Esto, sin embargo, no podia durar mucho. Convalecientes los dos debia temerse al momento de que entrambos quisiesen verse. Cosa de la cual, durante los primeros dias de sus dolencias, no se acordaron ni el uno ni el otro. A la operacion terrible que cada uno por su parte habia sufrido, sobrevino la consiguiente fiebre, con

delirio y un estado peligroso para su vida. Durante este período sufrieron mucho y hubo momentos en que los médicos desesperaron de su curacion. Aquellas dos naturalezas eran indómitas, inquebrantables, y á esas naturalezas, el dolor duradero y la sujecion de su actividad por el abatimiento del mal que sufren, las exaspera y arrebata, contrariando de este modo los progresos de una rápida curacion.

Por fin la naturaleza, auxiliada de los profundos conocimientos de los médicos, triunfó de todo y llegó el dia en que oyeron estas palabras:

—Estais fuera de todo peligro.

Una mañana, el doctor Alfonso, (ya sabemos que el doctor Alfonso era en esta curacion el médico de Thompson) en ocasion de hacerle su visita facultativa, le dijo:

—Habeis triunfado de todo.

—¿De todo?—contestó Thompson con cierto mal humor,—¿decís que he triunfado de todo?

—Sí; observad cuan milagrosamente hemos impedido que la gangrena progresase en ninguno de los puntos amenazados; habeis conservado el juego de los dedos y de la muñeca. Ninguno de los tendones de vuestro brazo ha sufrido el menor daño. Era terrible su encojimiento y hoy, observad que todos conservan la misma elasticidad. Solo habeis perdido un poquito de carne que fué preciso darle á comer al fuego, y esta no volverá á aparecer, por lo demas...

—Me falta la fuerza,—repuso Thompson.

—Vendrá...

—¿Me lo asegurais?

—Oh, si; os lo aseguro.

—¿Podré escribir?

—Perfectamente.

Thompson se puso á reflexionar un momento y dijo:

—Pues bien, en cuanto á lo demás, poco importa; el guante, y el puño de la camisa se encargarán de todo. Podré decir que esto no habrá sido mas que un ligero susto.

—¿Ligero?—esclamó el doctor.—Amigo mio; dudo que algunas horas mas tarde hubiese podido ya hallarse remedio para vuestro mal.

—Pero, se ha hallado, y esto basta,—repuso con glacial acento.—No era posible que yo muriese; el corazon me lo decia y no me engañaba.

Entonces cambiando de tono, preguntó:

—¿Y el de Wizet?

—Sigue bien.

—¿Ha quedado perfectamente en cuanto al juego del brazo?

—Como vos.

—¿Y de la mano?

El doctor no contestó.

—Os pregunto,—repitió Thompson—¿cómo ha quedado de la mano? ¿podrá escribir?

El doctor no hizo mas que menear tristemente la cabeza.

—Vamos;—dijo entonces Thompson;—ya conozco yo que he sido mas afortunado que mi buen amigo. Pero, habladme claro, ¿qué inconveniente teneis en decirme la verdad.

—Ya le vereis, y podreis juzgar entonces por vos mismo.

Thompson no insistió, porque por otra parte conocia perfectamente que todo hubiera sido inútil. Sabia que el doctor Alfonso no hablaba mas que aquello que queria, y que todos sus esfuerzos hubieran sido en vano para arrancarle una palabra que creyese improcedente. No insistió, pues; pero desde aquel momento tomó la resolucion de apersonarse con él.

Poco dias despues se hallaba levantado.

Por entonces el doctor habia mandado disponer un aparato conveniente para sostener el brazo descansando á la altura de su pecho. Era un aparato de cuero negro, lustroso por la parte esterior y sostenido con correas colgantes del cuello, formando una ancha manga cerrada con cintas negras. Thompson estaba pálido, ya por la pérdida de la sangre que habia sufrido, por razon de algunas sangrías, ya por la rigurosa dieta en que el doctor le habia tenido durante el curso de su enfermedad.

El dia mismo en que se levantó se presentó ante un espejo y se le ocurrió esclamar:

—¡He mejorado! ¿No es verdad, Teodomira, que estoy mucho mas aceptable? parezco otro; parece que se me han quitado veinte años de encima. ¡Oh! estoy hecho un jóven, un pollito, un...

Teodomira contestó sonriendo:

—¡Estás adorable!

Thompson conocia el significado de todas las sonrisas de su aliada y se mordió ligeramente los labios.

En aquella ocasion entró el doctor.

—Venís perfectamente,—le dijo,—¿quereis acompañarme?

—¿Dónde? ¿vais á salir á la calle?

—Con vuestro permiso. ¿Hago mal? Voy á mandar poner mi coche.

—Vamos, pero, ¿dónde quereis ir?

—¡Toma!—respondió con resolucion,—¿ignorais á quién debo mi primera visita?

—Al baron de Wizet,—dijo el doctor Alfonso.

—Cabal.

El doctor se encogió de hombros y dijo:

—Vamos.

Teodomira que todo lo habia oido saltó entonces.

—Os acompañaré.

Nada contestó el doctor ni Tompson. Media hora despues los tres bajaban la escalera, y pasados pocos minutos subian la del palacio del conde de la Morlotte.

CAPITULO XLI.

La entrevista.

Tambien el baron de Wizet se hallaba levantado y con un aparato igual tenia colocado su brazo descansando á la altura de su pecho.

En aquel momento Luisa se hallaba á su lado y sostenia con él una conversacion bastante animada. Cuando un criado anunció la visita de los dos que llegaban, solo nombró al doctor Alfonso.

El baron con un gesto de disgusto dijo simplemente:

—Que pase adelante.

Pero cuando tras el doctor Alfonso apareció la pálida figura de Thompson, miró á este con cierta curiosidad y sin levantarse del sillon en que se hallaba sentado. No le conocia. Mas hubo al momento de reconocerle y entonces hizo un esfuerzo para levantarse.

Ya sabemos la clase de relaciones que unian á estos dos personajes; ya sabemos como habian manifestado, cada uno por su parte, en los momentos del dolor producido por su enfermedad, la clase de cariño que indicaban profesarse, pues se escaparon asi del uno como del otro palabras de odio y de venganza en contra suya. Mas fuese porque en aquel instante no se acordasen de nada de eso, fuese porque la rabia hubiese mitigado en entrambos, reconociendo su ningun motivo, ó fuese por la natural alegría de verse, despues de pasado todo el peligro que juntos corrieron, por iguales causas; lo cierto es, que al verse, corrieron el uno hácia el otro animados sus semblantes por signos indesmentibles de grata satisfaccion.

Mas sucedió que al hallarse el uno á poca distancia del otro, los

dos hicieron con sus brazos un mismo movimiento, levantándolos un poco dentro de sus aparatos. Ambos estaban mutilados de la mano derecha. Entonces se abrazaron con los brazos izquierdos.

—Por fin...—dijo el de Wizet.

—Oh si; por fin... nos volvemos á ver fuera de todo peligro. Ya era hora.

—Y bien ¿cómo os encontrais?

—Cada dia mas apesadumbrado.

Thompson trató de penetrar rápidamente el sentido de aquellas palabras, y atribuyéndolas á la dolorosa operacion que habia tenido que sufrir, que pensaba era igual á la suya, dijo:

—Es verdad que hemos tenido que sufrir mucho para salvar la vida.

—¡Pero la mano! ¡cuán sensible es la pérdida de una mano!

Thompson miró al doctor con asombro y viendo que este no le contestaba, continuó:

—¿Quién sabe? El doctor Alfonso da buenas esperanzas.

Entonces el doctor mencionado dijo:

—En cuanto á la vuestra, sí; estais fuera de todo peligro...

Comprendió entonces el de Wizet que allí habia algo que aclarar, y sacándose el brazo del aparato lo levantó al aire esclamando:

—Mirad, verdaderamente que en la vida no volveré á tener daño alguno en ella.

Thompson quedó como helado de espanto.

—¿Qué es esto?—dijo.

Y al propio tiempo sacó su brazo, lo levantó tambien al aire y esclamó:

—Todavía yo soy suceptible de sufrir, por ella... horriblemente.

El uno enseñaba el estremo inferior del brazo envuelto en un pequeño apósito y sin mano. El otro enseñaba parte del brazo y de la mano vendados, y con todos los señales de contener mal por algunos dias.

—¡Cielos!—esclamaron á la par.

Mas el de Wizet preguntó á continuacion dirigiéndose á Thompson:

—¿Habeis salvado la mano?

Y el otro

—¿Habeis perdido la mano?

Teodomira lanzó sobre ambos una mirada siniestra que revelaba cierta mezcla de dolor y de contento á la vez. El médico no pronunció palabra alguna y contemplaba á los dos con viva curiosidad.

Hubo aquí un momento de silencio. En este intérvalo ambos se sentaron indicando la viva agitacion de que se hallaban poseidos. En los ojos de Teodomira brillaba un rayo de alegría, en ocasion en que se hallaba mirando fijamente al de Wizet.

El doctor creyó que era preciso decir algo para distaer el efecto que en ellos habia producido el resultado de su curacion.

—Señores,—dijo,—no hay que pensar en otra cosa sino en que habeis triunfado de la muerte que os amenazaba.

El de Wizet, que era manifiestamente el que peor humor ostentaba, saltó en esto.

—Por lo cual os debemos diez mil duros!...

El doctor Alfonso se hallaba léjos de esperar semejantes palabras en contestacion de las suyas; palabras que indicaban que el de Wizet, por su parte, no se sentia muy complacido por haber salvado la vida por semejante precio. Quiso, pues, contestarle como correspondia á los sentimientos indicados y dijo:

—Señor baron, verdad es que si tuviese que valorarse la vida de ciertas personas por lo que ella vale, les encontrariamos que cinco mil duros son un precio escesivamente caro. Hay hombre cuya vida no vale un solo real. Pero, como cada uno aprecia la suya por lo que cree valer ó por el apego que á ella tiene, de aquí que no haya vida, por despreciable que sea el que la posee, que no diera por ella, no cinco mil duros, si no...

—Veinte, treinta, sesenta...—contestó el de Wizet precipitadamente—teneis razon; los diera... si los tuviese. Pero...

—Aquí no se trata de esto. Vosotros podrías pagar centuplicado el precio.

—Y á fé que teneis razon, doctor—saltó Teodomira.—No hay que hacerse ilusiones; ambos son lo suficientemente ricos. Por lo que hace á Thompson, todo el mundo lo sabe; en cuanto al caballero de Wizet, le supongo en este caso, pues ya sabe él que cuenta con buenos amigos que pagarian de sobras su feliz curacion...

—Es verdad,—dijo Thompson.

Pero Teodomira hizo un gesto que evidentemente demostraba que aludia á ella misma en su referencia á los amigos prontos á pagar su curacion.

El doctor quiso decir algo en apoyo del aserto de Teodomira y esclamó:

—Y vos tambien, Thompson, teneis buenos amigos. El de Wizet lo es vuestro hasta un estremo peligroso. A la verdad, no se hallaba aun en disposicion de salir de casa, pero su impaciencia, su fabril impaciencia por veros, le han hecho arrostrarlo todo, contra mis consejos; contra lo que sin duda le aconsejaban sus propias fuerzas, ha querido salir, sin otra idea que la de veros. ¿Qué le importaba un dia mas ó menos? Nada. Pero no ha habido medio de retenerle en casa un solo dia mas. ¡Dios quiera que esto no le haya afectado demasiado! Yo os aconsejaria que no hablaseis mucho ni os agitaseis, porque comprendo que tendreis muchas cosas que deciros, y os puede perjudicar. Vuestro estado es sumamente delicado.

Todos le dejaban hablar, el de Wizet porque efectivameute su estado era sumamente débil y la sorpresa que habia tenido al ver que el otro habia salvado la mano le infundia mas dolor por la pérdida de la suya. En cuanto á Thompson, tampoco le interrumpia, porque oyendo á Teodomira con toda atencion, se enteraba de este modo de su ansiedad por ir allí, y dejaba manifestarle todo su afecto. Ya sabia el de Wizet que Teodomira se atribuiria á ella misma la causa de semejante impaciencia.

—Sin embargo,—saltó Thompson,—es preciso que hablemos. Han pasado muchas cosas durante nuestra enfermedad.

—Pues que ha pasado.

—Antes de todo cúmpleme haceros una pregunta.

—¿Cuál?

—El conde de la Morlotte ¿sabe algo de este misterio? Es decir el conde sabe que habeis perdido la mano?

—No.—se apresuró á contestar el doctor.

—¿Sabe que yo he estado á punto de perderla?

—No,—repuso;—no sabe nada. Para él, uno y otro habeis estado fuera de Madrid.

—El doctor tiene razon,—saltó el de Wizet;—ha sido necesario mucho arte, mucho engaño, mucho talento por parte de todos, sobre todo por parte de Luisa y Laura; pero no sabe nada.

—Ni lo sabrá.—saltó el doctor.

—¿No lo sabrá?

—No. Cuando el de Wizet vuelva á aparecer á su lado, no reparará nadie en la falta de su mano. En estos instantes se le está construyendo una mano de marfil y plata con todos los resortes mecánicos que, á favor de un guante, nadie será capaz de distinguir la de la otra.

—Asi me lo ha asegurado el doctor Mauricio.

—Y así es efectivamente. La pérdida de vuestra mano pasará desapercibida para todo el mundo: pocas serán las personas que tengan dentro de algun tiempo la menor noticia de vuestra desgracia.

—Asi me lo ha asegurado el doctor Mauricio,—repitió el de Wizet.

—Y así es efectivamente,—saltó tambien el doctor Alfanso, y continuó:—por esto soy de opinion que hoy no debeis ocuparos de otra cosa que de celebrar vuestro triunfo. Os habeis salvado milagrosamente, señores, y esto siempre es un motivo plausible para hombres jóvenes como vosotros, á quienes el mundo brinda todavía con dias de placer y de felicidad. Yo supongo que los negocios de que quisiérais tratar son referentes al asunto del casamiento de Emilio con Eva. Ya os quedará tiempo para esto. Ya sabeis que yo tampoco soy ageno á estos negocios; que me intereso por ellos, como si fueran mios propios. Tal vez tengais necesidad de referiros á mí mas de una vez, y os aseguro que me pesaria volver á este negocio sin que os hallaseis completamente restablecidos.

—Sin embargo, es preciso ganar tiempo. Doctor, á pesar de haber sido hasta aquí nuestro enemigo formidable, sois sin embargo, hombre de mundo, conoceis las cosas y dais á cada una su verdadero valor. Ya veis que os hablo con lealtad y que en estos momentos no os juzgo contrario. Aquí se trata de un gran negocio; si quereis, de una gran jugada, en que va la fortuna y la reputacion de mas de una persona. Podemos hablar, seais ó no en lo sucesivo, enemigo ó amigo nuestro.

El doctor quiso hacerse el desentendido y dijo:

—¿Pero de que se trata?

—De mi fortuna,—dijo el de Wizet.

—Y de la mia,—añadió Thompson.

A cuyas palabras repuso Teodomira:

—Y de la mia tambien.

—Hablad, hablad,—saltó el doctor:—Yo no sé á lo que os referís. Veamos, decid vos, baron de Wizet.

—Pocas palabras bastarán para todo,--dijo.—Sabeis vos, mas que nadie, lo que ha pasado con el conde mi suegro. Su vuelta á la razon ha desconcertado toda mi fortuna.

—¿Por qué?

—Porque, suponed por ejemplo, que hoy mi fortuna asciende á trece millones y viene una mujer y se presenta reclamando sus haberes en casa, y esos haberes ascienden poco mas ó menos la misma cantidad.

—Pero ¿qué tienen que ver vuestros haberes con los suyos?—dijo el doctor sencillamente.

—Mucho.

—Esplicaos.

—La hacienda, á pesar de sus aumentos consecutivos durante largos años, hoy está en disminucion asombrosa. Viene una mujer, y reclama su parte en el patrimonio. Ya os he dicho á lo que equivale esta parte.

—¿Y qué quereis hacer?

—Disputársela,—respondió precipitadamente Thompson.

—¿De qué manera?

—Ante los tribunales,—añadió

—¡Es posible?

Thompson entonces con aire sombrío pero mesurado continuó: Hay aquí una persona que se presta, en holocausto á los intereses del baron de Wizet, á hacer el mayor de los sacrificios; el sacrificio de su honra. ¿Pensais que es poco? Pues esta persona se apresta á justificar ser ella la madre de Emilio.

—Pero que tiene que ver Emilio con..?

—¿Con Eva? Vais á ver lo.

—Emilio es el heredero de una inmensa fortuna, que percibirá

siendo el hijo de Teodomira; que no heredará siendo el hijo de una pobre hermana de la caridad...

—¿Y porqué?

—Porque asi lo quiero yo,—dijo Teodomira.

—¿Vos?... Mas no comprendo la razon.

—Oidla,—continuó Teodomira, quien dirigiéndose á Thompson le dijo:—¿Soy yo tu esposa?

—No,—contestó este despidiendo como un relámpago de sus ojos.

—No soy su esposa. Habeis de saber además que este hombre—dijo señalando con cierto desprecio á Thompson,—no es para mí otra cosa que mi aliado en sentido mercantil. El padre de Emilio me ofrece su mano si adopto por hijo al hijo suyo: seré entonces rica, y...

—A costa de Emilio.

—No; porque Emilio lo será tambien.

—¿Cómo?

—Casándose con Eva, y siendo hijo mio.

—¿Y el de Wizet?...

—El de Wizet es un amigo, ya os he dicho que tiene amigos en todo y por todo; aquí por lo menos le amamos con toda nuestra alma.

Teodomira al decir estas palabras dirigió una mirada furtiva al que llamaba su amigo, que Thompson observó y pareció extremecerse por ella vivamente.

El doctor Alfonso se llevó un dedo á los labios y se puso á reflexionar. Estuvo largo tiempo imponiendo con su silencio á los demas; pero por fin dijo:

—Oscuro es todo esto, y á más de oscuro criminal.

—No lo creais. Si quereis examinar la cuestion bajo este punto de vista, pronto vereis todo lo contrario.

—Imposible.

—Y sin embargo, nada mas cierto. Permitidme una sola pregunta, ¿creeis que si al fin se revela á Sor María del Desengaño su verdadera situacion respecto de Emilio, no sufrirán tan rudo golpe su razon y su vida, que pueda resistirlo? Yo, por lo que he podido comprender, no puedo menos de creerlo así. ¿Cómo le hareis entender la verdad, á ella, que no tiene la menor conciencia de lo que

le ha pasado? ¿Sabeis su carácter? ¿Ignorais que esa mujer ha pasado la mayor parte de los años de su vida consagrada á Dios únicamente, y que si de repente se viese madre de un hijo de la edad de Emilio, de las circunstancias de Emilio, con un padre como el de Emilio, que si algo de él recuerda es solamente con horror y odio; creeis, doctor Alfonso, que bajo este punto de vista, lo que sucederia no fuera matar á esa infeliz mujer? ¿Cabe el asesinato dentro de ningun acto moral de la vida? ¿Cabe la moralidad dentro de ningun órden en que la muerte, la muerte mas desastrosa, tenga necesariamente que redundar en él? Se queda, pues, Emilio sin madre... ¿Es inmoral proporcionarle una rica, buena, generosa, si por este medio además, el hijo en cuestion, consigue todo su anhelo, y al fin se labra toda su felicidad? Creo que no.

—Yo sospecho que sí.

—Sin fundamento alguno. Además se ha partido aquí del principio de que sois hombre despreocupado, que conoceis al mundo.

—Por lo mismo; por mas que miro y procuro averiguar la causa de semejante empeño, no observo...

—¿Que necesitais observar?

—El interés que pueda haber por parte vuestra.

—Oh no, no es por parte nuestra.

—¿Pues?

—Es por parte de Anton Martin.

—Tampoco se verlo.

—¡Ah! ¿no sabeis verle?

—No.

—¡No conoceis pues á Anton Martin!

—Sí.

—¿Le conoceis, é ignorais que no hay en el mundo persona alguna mas profundamente hipócrita que ella? ¿Le conoceis y no adivinais de cuanto es capaz para evitar un escándalo? ¿Le conoceis y no presumís que primero consentiria en la muerte, que declarar de quien es hijo Emilio, si realmente lo fuese de Sor María del Desengaño?

—Esto no deberia trascender de ellos dos.

—¿Cómo? Pensais que Anton Martin sea capaz de consentir en semejante cosa? Os engañais.

—Se le probará sin embargo.

—Y este será el modo de echarlo todo á rodar. Sor María del Desengaño moriria de dolor. Al morir revelaria la causa de su muerte; Anton Martin se consideraria perdido, en este caso, y...

—¿Y vosotros quereis salvarle?—preguntó con cierto énfasis el doctor Alfonso.—Esto os constituiria en una complicidad infame.

—Respecto de la muerte de Sor María del Desengaño, sí, ¿quién lo duda? y nuestro interés está en salvarla.

—Y en salvar la hacienda para Emilio.—repuso Thompson.

—Y en librarme á mí de la ruina,—saltó precipitadamente el de Wizet.—Ya veis como el plan ni es descabellado, ni improcedente, ni vilmente interesado, ni inmoral, ni...

—Callad, callad,—esclamó el doctor.—Esto no son mas que palabras que no tienen aquí esplicacion ninguna regular. Aquí hay algo mas de lo que vosotros esponeis.

—¿Qué?

—¡Oh! no lo adivino en la actualidad, amigos no lo adivino,—dijo el doctor pasándose la mano por los ojos;—pero de fijo no me equivoco.

—Reflexionad un momento,—dijo Thompson,—no os precipiteis. Despues decid lo que os parezca.

Todos creian que en aquel momento tenia el doctor, cuando menos confundida la razon; anonadado su espíritu, y sin saber que decir su lengua. Por esto procuraban instintivamente agobiarle con palabras que tenian contrario objeto de su significado.

—Reflexionad,—decia el uno,—sin precipitacion, con calma.

—Cuanto mas discurrais, ya vereis como esto no tiene otra esplicacion,—decia el otro.

—Esto no tiene otra solucion digna. Pensadlo bien.

Y lo que todos deseaban en verdad, era que el doctor no pensase ni reflexionase nada en aquellos momentos, impidiéndoselo con su palabrería.

Pero la cabeza del doctor, y mas que la cabeza su tranquila conciencia, no era fácil de extraviar. Su juicio era claro y al fin debia ver bien de lo que se trataba.

—Vamos,—le dijo Teodomira,—resolveos á ser nuestro amigo.

—No hay ningun inconveniente; soy amigo de todas las personas que obran con justicia.

—Decid con equidad.

—Mas... no me parece equitativo lo que vosotros decís.

—¿Por qué?

El doctor no contestó.

—¿Porqué?—insistió entonces Thompson.

—No puedo daros ahora la razon.

—No sabeis ninguna.

El doctor lanzó una mirada á sus tres interlocutores á la vez y dijo.

—No querais saberla. Os avergonzaríais todos, indistintamente, si os dijese lo que en estos momentos acude á mi imaginacion. Se quienes sois, comprendo de lo que sois capaces; pero no quiero avergonzaros. Vos Thompson lo sentireis en el alma, si en vuestro pecho se alberga una ligera llama del amor que habeis manifestado profesar siempre á Teodomira; vos os anonadaríais de espanto, si acaso habeis creido alguna vez en la fiereza del amor de Thompson. Thompson, celoso, debe ser una fiera. Vos, noble baron de Wizet, si jamás habeis temblado anté el cañon de la pistola de un hombre herido en lo mas vivo de su amor propio, creo que si dijese lo que pienso, y lo que pienso es cierto, temblaríais por vuestra vida y por la vida de otra persona que ahora no quiero nombrar. Vale mas que callemos todos juntos.

Todos juntos, escepto el doctor, en vez de callar prorumpieron en una horrísona carcajada.

CAPITULO XLII.

El cobro.

¿Cómo quedaban desde aquel momento los asuntos?

Bien claro se desprende. El conde resuelto á casar á Eva con Emilio. El doctor decidido á probar que Emilio era hijo de sor María del Desengaño y no de Teodomira. Thompson seguro de que alcanzaria, de la mano de Anton Martin una cantidad fabulosa por haber consentido en pasar por que su muger fuese madre de un hijo que no era suyo. El de Wizet, decidido á litigar para arrebatar la herencia de Eva, y el de Noblestante burlándose de todo con una indiferencia estóica á toda prueba.

Solo las mujeres de estos dos personajes representaban allí un papel estraño. Tan pronto se inclinaban á un parecer como á otro; es decir, tan pronto eran partidarias del conde y de los intereses que este representaba, como lo eran de los de la parte opuesta. Llegaron en alguna ocasiones hasta á enternecerse, al reflexionar sobre las anécdotas referidas, y al tratar de hacer aplicaciones prácticas entre los concurrentes.

Emilio estaba como apesadumbrado en medio de su dicha. Parecia que si en su mano hubiera estado elegir madre entre sor María del Desengaño y Teodomira, hubiera preferido la primera. Pero él nada podia hacer en semejante situacion en favor de sus afecciones hacia la buena religiosa y tenia que aceptar las cosas tal como eran segun las esplicaciones dadas por Anton Martin, su padre; único, á su parecer, capaz de decidir aquella cuestion. Pero

quedaba en su pecho un vacío y este vacío no podia, por esfuerzos que hiciese, conseguir que lo llenase Teodomira. Tenia como un presentimiento de algun engaño, ó por lo menos, la seguridad de que allí reinaba algun misterio que todavía no habia podido desvanecerse. Si Teodomira era su madre, era una madre que principiaba á presentarse á sus ojos cruel y desnaturalizada.

Pero al dia siguiente debia aclararse todo.

Las cosas habian llegado á un punto que no podian durar por mas tiempo y la mision de los dos doctores, hácia el esclarecimiento de la verdad, debia dar comienzo inmediatamente.

Serian como las once de la mañana cuando el doctor Mauricio se presentó á casa de su colega el doctor Alfonso.

Este le estaba ya aguardando y en disposicion de salir inmediatamente á la calle.

Así que llegó el primero se encaminó hácia el salon donde habian celebrado sus anteriores conferencias.

El doctor Alfonso le recibió con afabilidad.

—Hola, hola,—le dijo,—ya estais aquí...

—Sí.

—Vuestra puntualidad me agrada.

—No he podido dormir en toda la noche.

—Y yo no he querido.

—¿Habeis vuelto ya de vuesto asombro?

—No por cierto, ¿y vos?

—Yo lo esperaba todo, cual sucedió.

—Y ahora,—dijo el doctor Alfonso,—¿que nos resta hacer? ¡Ah! por ahora no hemos adelantado nada.

—Sí, sí; hemos adelantado mucho.

—No comprendo.

—¿Estais dispuesto á seguirme?

—Sí.

—Pues en marcha.

Ambos se encaminaron hácia la escalera que daba al atrio de la casa donde el coche del doctor Mauricio se hallaba parado, y subieron en él sin pronunciar palabra alguna.

En un santiamen el cochero guió al coche hácia la casa de Anton Martin.

Preguntaron por él y despues de algunos minutos de antesala penetraron, acompañados de un criado, al despacho de este personaje.

Se hallaba sentado en una gran butaca, vestia bata y parecia hallarse algo meditabundo.

Al divisar á los doctores se levantó y fué en su recibimiento.

—No os molesteis,—le dijo Mauricio.

—Os esperaba,—contestó simplemente.

—Así lo creo, pero no quizás tan pronto.

—Sí: conozco que hay cosas que no admiten dilaciones.

—Efectivamente. ¿Y supondreis tambien á lo que venimos?

—De vos sí, doctor Mauricio, lo adivino, lo presumo, lo sé; pero en cuanto al doctor Alfonso, no puedo presumir...

Como es mi mejor amigo y hay cosas que no deben confiarse sino á personas de nuestra mayor confianza, por esto me he permitido venir en compañía suya. Me hareis la justicia de creer que no trato de sugestionaros y que solamente veng o acompañado para daros una prueba mas de la lealtad de mis intenciones.

—No os comprendo.

—¿No?

—No por cierto.

—Pues me esplicaré. He venido aquí á cobrar ciertas cantidades que conmigo estais en descubierto, y he considerado oportuno llevar una persona respetable en mi compañía, que en todo caso pueda serviros de testigo de la entrega que hoy mismo debeis hacer de las cantidades mencionadas.

—¿Hoy mismo?—preguntó Anton Martin.

—Sí; ¿quién lo duda? Decis que me esperabais ya.

—Precisamente para suplicaros la gracia de diferir el pago.

—Imposible,—contestó el doctor Muricio,—imposible. Hoy mismo, antes de que el sol esté en mitad de su carrera, debe quedar terminado este negocio, y otros de no menor importancia...

—¿Otros?—preguntó Anton Martin con la mayor viveza.—¿Otros? Supongo que no se referirán á este mismo negocio. Supongo que no querreis destruis con una mano lo que habeis hecho con la otra.

—Oh no,—contestó, el doctor Mauricio,—no; bien léjos de esto. Pero lo cierto es que depende de vos que esto suceda ó nó.

—¿De mí?

—Sí, de vuestro pago.

—¡Ah! ya entiendo; decididamente quereis percibir hoy mismo la paga de vuestro silencio.

—Sí, decididamente.

—¿A qué hora?

—Al instante.

—Y si no me fuese posible; si materialmente me fuese imposible, por no tener numerario en mi poder.

—En este caso nada de lo hecho.

—¿Cómo? ¿en qué sentido decís esto?

—En el sentido y terminante significacion siguiente...

—Callad.

—Oh no. Voy á deciros lo que pienso hacer y lo que haré irremisiblemente. Si no me entregais el dinero, ahora mismo, no me considero obligado á guardar por mas tiempo mi secreto y voy á revelárselo á quien de él hará sin duda mejor uso que vos.

—Prisa llevais,—dijo Anton Martin sonriendo.

—He aguardado muchos años y ha llegado por fin la hora.

—Ocasion mas oportu na podríais haber elegido para mí...

—Pero no para mí...

—Quizas os hubiese sido igual.

—Lo dudo. Mas acabemos. ¿Viene mi dinero?

Anton Martin vaciló un instante.

—¿Estais resuelto,—dijo,—á llevar á cabo vuestros propósitos en el caso de contestaros que me es imposible?

—Sí.

—¿Y si os pido un plazo de algunas horas no mas? ¿Qué hareis?

—Romper el trato.

—¿Irremisiblemente?

—Oh, sí, irremisiblemente.

El doctor Mauricio miró en su reloj y dijo:

—Son las once y seis minutos; dos minutos os quedan para aprontar vuestra deuda.

Anton Martin clavó una mirada siniestra sobre el rostro de su interlocutor y se levantó del asiento.

—¿Cuánto es lo que os debo dar?

El doctor Mauricio murmuró una cantidad.

Al oirla Anton Martin dió un salto sobre el talon de sus botas y palideció repentinamente.

—¡Treinta y dos mil duros!—murmuró por lo bajo,—treinta y dos mil duros!... esto es horrible.

—Es el precio de un amor frenético y espantoso que os llevará sin duda á la tumba. A vuestra edad,— añadió sarcásticamente,— no se debe amar con tanta vehemencia.

Anton Martin se llevó el índice á los lábios y dijo:

—Callad. Vos no sabeis eso; vos no sabeis nada de esto... Esto sí que os podria costar á vos la vida.

—Me rio de lo que decís.

—¿Os reís?

—Sí.

—Luego no conoceis a fondo á un tal Thompson?

—¡Oh! le conozco: mucho; quizás mejor que vos mismo.

—Desgraciado.

—Ved que se va pasando el tiempo.

—Podemos aprovechar el minuto que resta en otra negociacion.

—¿Cuál?

Anton Martin se acercó al oido del doctor Mauricio y le dijo:

—Doblo la cantidad, si buscais el medio de que Thompson desaparezca de enmedio.

—¿De vos y de Teodomira?

—No: del mundo.

El doctor Mauricio se sonrió y dijo:

—Luego hablaremos: ahora son treinta y dos mil duros lo que me debeis.

—No quereis negociar.....

—Despues; ahora no.

Y volviendo á mirar el reloj, dijo:

—Faltan solo veinte segundos.

—¡Ah!—exclamó Anton Martin fuera de sí,—¡es cierto, este hombre es inflexible!

—Como el destino que os arrastra á la perdicion.

Anton Martin al pronunciar sus últimas palabras se habia arrimado á una arca de hierro que habia á poca distancia de su sillon, sacó temblando una llave de la faltriquera y abrió.

Acto contínuo echó una ojeada escudriñadora por su rededor y murmuró:

—¡No hay mas remedio!.

A cuyas palabras esclamó el doctor Alfonso.

—Así debe ser; sin remedio...

Anton Martin, clavó una mirada de ódio sobre el rostro del doctor y sin añadir palabra contó algunos billetes de banco.

—Contad bien,—le dijo el doctor Mauricio.

—No os desconteis con vuestra zozobra. Calma, calma, amigo en las grandes circunstancias es cuando se conocen á los grandes hombres.

Anton Martin rugió como una fiera.

—Qué quereis,—dijo;—los hombres tenemos nuestras debilidades.

Y dicho esto arrojó sobre la mesa un puñado de billetes de banco añadiendo:

—Contad.

El doctor Mauricio dijo á su colega:

—Ayudadme.

Ambos doctores se pusieron á contar con exquisito cuidado.

—¿Cuánto teneis aquí?—dijo el doctor Mauricio al doctor Alfonso.

—Diez y ocho mil duros. ¿Y vos?

—Catorce mil.

—Son treinta y dos mil.

—Cabal.

El doctor Mauricio juntó los dos paquetes y dijo tomándolos:

—Está bien, nuestro negocio ha terminado.

—¿Cómo?—esclamó Anton Martin,—¿ha terminado decís?

—Sí.

—Y vuestro recibo.

—¿Quereis recibo?

—Claro.

—¿En qué concepto?

—En garantia del pago de esta cantidad? ¡Ah... es preciso que yo tenga un resguardo vuestro: mañana podríais faltar, doctor, á vuestros compromisos.

—Teneis razon; estais en vuestro derecho. Proporcionadme pluma, papel y tintero y especificaré el concepto por el cual recibo de vos esta cantidad...

—Yo lo dictaré.

—No hay inconveniente, siempre que lo hagais en regla.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir siempre que digais la verdad.

—¿Cómo?

—Toma, ¿Cómo ha de ser? Declarando que es el pago de mi silencio con respecto á la madre de vuestro hijo Emilio, y mi consentimiento en permitir que se atribuya á Teodomira lo que pertenece en rigor á la que es hoy sor María del Desengaño..

Anton Martin al oir estas palabras murmuró:

—Nunca; eso nunca

—Pues ¿qué quereis?

—Otra cosa.

—¿Cuál?

—Otra cosa cualquiera.

—¿Cuál? decidla.

Aquí Anton Martin vaciló y no sabiendo que decir, esclamó:

—¡Maldicion!

—Vamos, ¿qué quereis pues?

—Un recibo simplemente.

—¿Cuya devolucion,—saltó el doctor Mauricio,—me ecsijiríais el mismo dia de mañana?

—No.

—¿Cómo me lo asegurais?

—Bajo mi palabra de honor.

Los dos doctores soltaron una burlona carcajada.

—¿Qué significa esto?—preguntó Anton Martin.

—¿No lo adivinais?

—No.

—Significa que vuestra palabra de honor es una cosa objeto de la mayor burla.

—Acabemos, ¿cómo me garantizais á mí el recibo de esta cantidad?

—Del modo dicho.

—No quiero.

—Pues entonces, fiad vos en mi palabra de honor.

Anton Martin miró á su interlocutor de arriba á bajo y le dijo:

—¿Estais loco?

—Como vos. ¿No creeis en mi palabra de honor, no creeis en mi juramento?

—¿Cuáles?

—Los que querais. ¿Os basta que os jure que no volveré á reclamaros mas esta cantidad por el concepto en que me la entregais? Pues os lo juro.

Anton Martin levantó una mano y señaló la puerta.

—¡Estamos pagados!—esclamó el doctor Mauricio.

—Sí.

Y ambos doctores tomaron la puerta y desaparecieron.

Un momento despues Anton Martin esclamaba:

—¡Desgraciados!

CAPITULO XLIII.

La dote.

Los doctores se dirigieron inmediatamente á la casa donde vivian Eva, sor María del Desengaño y Emilio.

Emilio iba á salir en aquel momento de casa.

—Deteneos,—gritó el doctor Alfonso al verle al momento de apearse por la portezuela del coche.

—Ah ¿sois vos?—esclamó Emilio.

—Sí, necesitamos hablaros.

Los tres subieron la escalera mientras tanto Emilio decia:

—¿A qué debo el honor de vuestra visita?

—No es á vos solamente á quien venimos á ver.

—¿Venis á ver á Eva?

—Y á sor María del Desengaño.

—Subid, subid.

Emilio les acompañó hasta á un pequeño salon donde habia una librería.

—Perdonad que os reciba aquí,—les dijo:

—Es igual.

—Me habeis dicho que veníais con la intencion de ver á Eva?

—Y á sor María del Desengaño.

—Voy á avisarlas.

Emilio se fué. Entretanto el doctor Mauricio dirigió algunas preguntas á su colega, á las cuales este contestó brevemente y en voz baja como si temiese ser oido.

—Qué pretendeis hacer le dijo:

—Lo vereis, doctor, lo vereis al momento. No paseis ningun temor por la parte que á vos corresponde en este negocio. Soy honrado, á pesar de mis pasados estravíos. Todo esto os lo vá á probar. Soy la mano elegida por la Providencia para hacer espiar, despues de largo tiempo, el horrible crímen de un hombre. Vengando á la inocencia me vengo á mí mismo. Vengándome á mí restablezco una gran justicia.

El doctor Alfonso parecia que sin embargo de las palabras de su colega vacilaba.

En aquel momento se presentaron Eva y sor María del Desengaño acompañados de Emilio.

Los dos doctores se levantaron y despues de saludarlas cortesmente les ofrecieron asiento.

—¿A qué debemos el honor de vuestra visita?—dijo la religiosa.

—A un asunto de la mayor importancia.

—¿Respecto de Eva?—añadió la misma.

—Y de Emilio.

—Por de contado,—añadió,—decir Eva es decir Emilio. Vamos á ver. ¿Qué novedades traeis?

—Una que debe seros muy agradable. Es costumbre en nuestros civilizados paises que cuando una mujer se casa reporte á la sociedad matrimonial aquellos intereses de que pueda disponer por sí, ó los que sus padres ó allegados tienen á bien entregarle para este objeto. De esto, por lo que á Eva se refiere, se encargará el conde de la Morlotte, su ilustre pariente. El marido entra en la sociedad con su talento y su fortuna. Desgraciadamente Emilio puede contar solo con su talento, á juzgar por las declaraciones de su padre, que se opone abiertamente á su matrimonio; pero Emilio no es solo en este mundo.

—¡Tengo madre!—esclamó este con viveza.

—Sí, teneis madre,—dijo el doctor Mauricio,—y madre qne es en verdad una santa mujer á quien todos veneramos.

Emilio sintió una especie de rubor al oir aquellas palabras.

—Y además de la madre,—continuó el doctor Alfonso,—hay otras personas que desde muy niño se han interesado vivamente para vos.

—¡Ah!

—Sí, no lo dudeis.

—Dios es justiciero,—dijo sor María del Desengaño,—y no abandona nunca á sus pobres criaturas.

—Esas personas, pensando que un dia ú otro deberíais ser hombre, han pensado tambien en vuestro porvenir.

—¿En mi porvenir?

—Sí.

—¿Quiénes son estas personas?

—No os precipiteis. Digo qne hay personas que han pensado en vuestro porvenir. Nunca mejor ocasion que la presente para acreditarlo formalmente. Tratais de casaros. La suerte de vuestra futura esposa corre á cuenta del señor conde de la Morlotte; la vuestra corre á cuenta de las indicadas personas.

—¿Y no puedo saber, sin que prosigais, quienes son esas personas?

—Despues os lo revelaré todo. Aquí traigo el testimonio de lo que os digo. La fortuna que hoy se os entregará... que ahora mismo yo os entregaré de órden suya, es esta.

Y sacándose el paquete de los billetes de banco que acababa de recibir de manos de Anton Martín los depositó sobre una mesa.

—¿Qué es esto?—preguntó Emilio.

—Es vuestro dote.

—¡Mi dote!

—Que tomareis sin escrúpulo alguno por ser vuestro, enteramente vuestro.

—¡Gran Dios! ¿Y no es mi padre quien me remite esta cantidad?

—No.

—¿Ni mi madre?

—Contad—dijo el doctor Alfonso.—Despues lo sabreis todo.

Emilio sin duda con esta esperanza se levantó y se acercó á la mesa. Se puso á contar los billetes de banco y despues de algun tiempo dijo:

—Treinta y dos mil duros.

—Cabal—respondió el doctor Mauricio.—Treinta y dos mil duros. ¿Teneis aquí recado de escribir?

—Sí.

Emilio se dirigió á la librería donde habia un secreter y tomó un tintero y algunos pliegos de papel que puso sobre la mesa, diciendo:

—Aquí está.

—Escribid.

—¿Qué escribo?

El doctor Mauricio dictó lo siguiente:—Recibo de...

Y se paró un momento añadiendo en seguida:

—Dejad el nombre en blanco.

Y continuó:—la cantidad de treinta y dos mil duros en papel moneda, importe de una imposicion única á todo evento que se hizo en la caja...

Volvió á pararse un momento.

—Dejad el nombre en blanco,—dijo.

Y continuó:—el dia del nacimiento de D. Emilio Martin, con la devengacion de los intereses acumulados, á todo evento y sobre la vida del mismo.

Escrito que hubo Emilio estas líneas el doctor Mauricio dijo:

—Firmad.

Emilio firmó. Mas levantando el papel y estrechándolo fuertemente con sus dedos, dijo:

—¿Los blancos deberán estar llenados de mi mano y letra?

—No—respondió el doctor Mauricio,—no; perdonad. Esto es cosa de mi esclusiva incumbencia.

Y le pidió con un ademan el papel que acababa de escribir.

—Pero ¿cuándo sabré yo de donde procede esto?

—Aguardad.

Entonces, aunque con alguna repugnancia al parecer, Emilio, entregó al doctor Mauricio lo que le pedia. Este llenó los huecos y dijo:

—Teneis lacre.

—Sí. Aqui hay; en el fondo de la salvadera.

El doctor dobló el papel y acto continuó encendió un fósforo.

—¿Qué vais á hacer,—preguntó el doctor Alfonso.

—Cerrar y lacrar este recibo, para mi resguardo.

Y aplicó en seguida el lacre á la llama de un fósforo, y comprimió

en el sobre, el líquido resíduo que habia vertido en él, con la piedra de una sortija que llevaba en un dedo.

Despues se volvió á sor Maria del Desengaño y le dijo:

—Señora, ¿seríais vos tan bondadosa que es quisieseis constituir por el momento, en depositaria de este recibo?

—¿Yo?—preguntó la pobre religiosa casi sonriendo pero con aire de duda.—¿yo?

—Sí, vos; os lo suplico.

—¿No sabeis que me hallo accidentalmente en esta corte?

—Sí, lo sé; pero será por muy pocos dias. Pronto os relevaré de este depósito. Me conviene asi señora.

—¿Por qué?

—No me lo pregunteis.

Y volviéndose á Emilio le dijo:

—Ya sabeis ahora la procedencia de este dinero.

—Pero no sé el nombre de la persona bienhechora y sin saberlo, yo no se si debo considerarme verdadero y legítimo posesor de esta fortuna.

—Sí.

—Pero, dudo, sin embargo.

—No debeis dudar. Es vuestro como si os lo hubieseis ganado con el sudor de vuestra frente.

—Esto encierra algun misterio.

—Sin duda; mas es muy sencillo. Oid: el dia en que vos vinisteis al mundo, fuisteis objeto de una infame accion por parte de un médico; este médico se arrepintió de su maldad poco tiempo despues de haberla consumado, pero ya era, puede decirse, tarde y no habia medio de repararlo. Halló, sin embargo, uno, que fué el de entregar el precio de su infame accion en una compañía de seguros sobre la vida. Si hubieseis muerto, esta cantidad se hubiera perdido; habeis sobrevivido á un sin fin de calamidades, y triunfado de una multitud muy grande de peligros. Nada mas justo que vos reporteis los beneficios de una cantidad, que hubiera sido siempre en manos del médico un cruel tormento. Vuestro padre pagó bien el crímen de aquel médico tan desnaturalizado; vuestro mismo padre es pues, el que os proporciona esta cantidad, porque se desprendió de ella y el mé-

dico la aprovechó para vos, y pudo de este modo librarse de los remordimientos que le hubieran acosado durante toda su vida.

—Dios tocó el corazon de aquel desgraciado,—dijo sor María del Desengaño,—y sin duda Dios le ha perdonado ya. ¿Ha muerto el médico de quien hablais?

—No, señora; vive y vos conoceis su crímen.

—¿Yo?—preguntó asustada sor María del Desengaño.

—Vos,—añadió el doctor Alfonso.—¿No oiste ayer noche contar la historia de una madre que ignoraba que en su vida hubiese concebido?..

—Sí.

—Pues aquella historia se referia á Emilio.

Emilio saltó entonces:

—¡Oh! y como despues ha venido mi madre, mi desgraciada madre, en conocimiento de todas estas circunstancias?

—Es que vuestra madre lo ignora todavía.

—¿Cómo? ¿qué decis?

—Perdonad si me abstengo de contestaros. Tomad esta cantidad y haced el favor ahora de dejarnos solos con esta buena hermana. Tenemos algo que hablar todavia.

—¿Respecto á mi madre?

Emilio volvió á concebir una sospecha que era sin duda una esperanza que llenaba todo su corazon. Pero el doctor se apresuró á desvanecerla diciendo:

—No: se refiere al recibo del cual queda depositaria.

—¡Ah!—esclamó Emilio como si lo sintese terriblemente. Y añadió:

—Todo cuanto me rodea, es misterioso y cruel.

El doctor se sonrió y dijo:

—Tomad este dinero y hacednos el favor de dejarnos un momento solos. No podríamos continuar nuestra conversacion sin este requisito. Despues, ya volvereis á entrar. Doctor Alfonso, hacedme el favor de acompañarles.

El doctor mencionado se levantó, recogió los billetes de banco y entregándoselos á Eva le dijo:

Tomadlos vos.

Eva vaciló un momento, miró á sor María del Desengaño y comprendió por una mirada que esta la dirigió que debia hacer lo que el doctor la suplicaba.

Acto continuo obedeció y dijo:

—Vamos.

Emilio sin decir palabra obedeció tambien.

—Volveremos al momento,—dijo.

—Si, pronto,—contestó el doctor Mauricio.

—No comprendo nada de lo que está pasando.

El doctor Alfonso añadió:

—Pronto lo sabreis todo.

Los tres se retiraron dejando solos al doctor Mauricio y á sor María del Desengaño.

CAPITULO XLIV

La revelacion final.

Solos sor María del Desengaño y el doctor Mauricio, este dijo á la primera.

—Ahora será preciso que nos entendamos los dos.

—¿Sobre el recibo?

—No, señora.

—Pues, ¿sobre qué?

—Oid: os considero mujer fuerte, mujer que conoceis el mundo, que teneis esperiencia, que sabeis haceros cargo de las cosas y sobre todo de las debilidades humanas. Si no lo considerase así, ni hubierais presenciado mi proceder en este instante, ni me atreveria á desplegar los labios en el sentido que trato de hacerlo.

—¿A dónde vais á parar?

—A un asunto que os interesa vivamente. Pero yo necesito antes tener respecto de vos todas las seguridades de que, sea cual fuere el secreto que voy á revelaros, sabreis tener corazon suficiente para dominaros y venceros en todo lo que suceda.

Sor María del Desengaño se puso pálida como una difunta y preguntó:

—¿Se trata, pues, de mí?

—Sí, señora, de vos.

—Podeis hablar sin recelo.

—Vos no sois una mujer como las demás del vulgo de las mujeres. Poseeis una instruccion poco comun y sobre todo una alma templada en las desgracias, así propias como agenas.

—Hablad!... me estais martirizando cruelmente.

—Pero sin preámbulos, y contando con todo lo dicho, me permitiré dirigiros una pregunta.

Sor María del Desengaño, se puso á temblar como una azogada.

—Pronto.

—¿Recordais que ayer, al oirme contar cierta anécdota, que no era otra cosa que una historia verdadera, al llegar á cierto pasage, al final precisamente, fuisteis acometida de un accidente, que por fortuna no tuvo mas consecuencias que las de un lijero desmayo?

—Sí, lo recuerdo.

—¿No es verdad tambien, que todo, excepto el final que fué causa del mencionado accidente, os parecia oir en la anécdota referida por mí, vuestra propia historia?

—¡Ah!

—¿Y la de vuestra madre?

—¡Oh!

—¿Y la de Anton Martin, con respecto á entrambas? Vamos, sedme franca y no vacileis en contestarme.

—Sí:

—Ahora bien; ¿no es verdad que Anton Martin, en lo que á vos se refiere puede considerarse como un gran malvado?

—Como un gran pecador, sí; señor médico: agostó en flor á una pobre mujer que habia nacido para amar.

—Pues bien: fué un gran malvado para con vos. ¿Le creeríais posible de otra clase de maldades, aun superiores á aquellas? Ya veis su proceder para con su mismo hijo. Le abomina, solo porque no quiere obedecerle en lo único quizás que los hijos están relevados de obediencia á sus padres. Reflexionad bien sobre esto y responded.

—Dios nos manda no juzgar mal del próximo.

—Sí; pero no nos manda abonar al réprobo.

—Adelante, proseguid, doctor.

—En una palabra ¿no le considerais capaz de haber cometido con una infeliz el atropello de su honra, abusando de su posicion, ausi-

liado por los secretos de la ciencia y con la esperanza de no poder nunca ser descubierto?

—Sí,—dijo por fin sor María del Desengaño.—pero...

—¿Pero dudais todavia que haya podido llevar á cabo con vos sus proyectos infames?

—¿Conmigo?—esclamó sor María del Desengaño..—Ah, callad, callad, doctor.

—Es preciso que no me lo ordeneis, y que me permitais hablar claro sobre este punto.

—Acabad, pues, pero procurad acortar mi agonía.

—Seré breve. ¿Recordais que despues de la muerte de vuestra madre, tuvisteis una larga y penosa enfermedad?

—Sí.

—Hoy teneis esperiencia del mundo, de la cual carecíais en aquella época, y podeis juzgar de su carácter..

—¡Gran Dios!..—esclamó sor María del Desengaño como fuera de sí—¡Gran Dios!... pero yo...

—Vos erais inocente de todo; lo sois aun: ante Dios sois tan pura como el dia de vuestro nacimiento, y Dios no puede haceros el menor cargo por culpas que solo pertenecen al malvado. ¿Recordais pues; el carácter de aquella enfermedad?

—Sí.

—¿Adivinais cual es el orígen de ella?

—Oh, muy fácil es de confundir con...

—¡Basta!

—¡Doctor!

—Basta... No debe caberos ninguna duda.

—Pero...

—Ya se lo que pretendeis decir. Señora; así como logró paralizar vuestras fuerzas y vuestros sentidos, en dia aciago para vos, en que vuestra madre, difunta, permanecia aun en su alcoba; así tambien consiguió alejar de vos toda conciencia... el dia del alumbramiento de vuestro hijo Emilio.

Sor María del Desengaño, no pudo resistir á aquellas palabras del Doctor y dió un grito horroroso cayendo al suelo de rodillas.

—Señora!—esclamó el doctor Mauricio;—¡valor! habéisme prometido que tendríais valor para todo!

Y la cojió por los brazos y la obligó á sentarse en su silla.

La infeliz tapándose los ojos con ambas manos esclamaba:

—Doctor, doctor, soy inocente.

—Lo sé.

—¡Dios mio, perdonadme!

—No temais á Dios, que Dios no castiga á las víctimas por los pecados de los verdugos. ¡Yo se que sois inocente!

—¿Vos?

—Sí, señora: yo soy el único cómplice de las liviandades del infame Anton Martin...

CAPITULO XLV.

Anton Martin se prepara para salvarse del «que dirán.»

Pocos dias despues el doctor Mauricio habia formado sus cálculos, y bien meditado todo, habia resuelto que no quedara nada en secreto. La primera persona á quien habló fué á sor María del Desengaño. Esta, como ya saben nuestros lectores, se hallaba en una situacion especial respecto de Emilio; su ánimo se hallaba dispuesto lo mismo á aceptarle como á hijo como á dar por posible el que lo fuese. Pero cuando el doctor la habló con la gravedad y sinceridad indisputable de su palabra, lo creyó todo y se lo justificó plenamente á sus ojos:

Solo tuvo algunas esclamaciones que dirigir al cielo.

—¡Gran Dios!—dijo,—esto es una cosa increible .. El mundo no me creerá.

A cuyas palabras el doctor contestó.

—Señora; ninguna necesidad tiene el mundo de saberlo. En cuanto á Dios, penetra el fondo del corazon humano y no debeis temerle. El no os abandonará.

De cuyas palabras resultó la resolucion de no dar al mundo la menor noticia de este hecho, salvas algunas pequeñas escepciones, que costó mucho hacer aceptar á la pobre religiosa. Estas escepciones fueron dos: Emilio y el conde de la Morlotte, y aun así bajo la promesa formal de que estos no lo revelarian á nadie.

Pero el doctor quiso sobre este punto llevar las cosas algo mas adelante. Quiso no perjudicar ó agravar la situacion del de Wizet

y sus cómplices. Comprendió que eran unos miserables á quien debia compadecerse y se decidió, contando con el secreto de los individuos mencionados, dejarles en la ilusion de que sus planes habian triunfado.

Todos estaban, pues, contentos.

El conde de la Morlotte ignoraba la vil complicidad del de Wizet en el robo frustrado de los papeles, que aclaraban la procedencia de Eva: los demás lo ignoraban tambien, aun cuando alguno lo sospechara decididamente.

Desde entonces, el doctor, resolvió poner fin á todos los negocios pendientes y terminar aquel drama de una manera satisfactoria y prontamente, ya que todavía podia embrollarse, si daba lugar á que los perversos interesados en la causa del mal, trabajasen, poniendo en accion sus manejos y actividad criminal.

Decidido á esto, formó su plan y la primera persona con que se avisto fué el conde de la Morlotte.

—¿Cuándo quereis—le dijo—que vuestra sobrina, (á Eva la llamaba su sobrina) entregue por fin su mano á Emilio?

—Cuanto antes mejor,—le contestó:

—¿Os está bien de hoy en ocho dias?

—Perfectamente.

Nada mas hablaron sobre esta materia escepto estas frases que dijo el doctor:

—Pues bien; yo me cuidaré de todo, de todo, lo entendeis. Y sea lo que fuere lo que veais el dia de la boda, no lo estrañeis, ni siquiera pregunteis el porqué de todo lo que pase, porque vos mismo os lo esplicareis todo á medida que veais las cosas dispuestas.

Desde aquel dia el doctor principió á trabajar con ahinco. No dejaba un solo dia de visitar á todos y de enterarles de aquello que conviniese á su propósito. Cuando Eva y Emilio supieron que al fin debian enlazarse para siempre, no acertaban á adivinar lo que les pasaba; la alegría era en ellos grande y estraordinaria. Habian temido muchas veces ver contrariado su propósito, que no dependia de ellos, y que solo porque el doctor se lo habia asegurado, ponian crédito á tanta dicha y felicidad.

No menos loca de contento se hallaba Teodomira que consideraba como asegurado su triunfo y no se cansaba de llamar hijo, hijo mio, á Emilio, que ya sabia quien era realmente su madre y la adoraba en secreto, porque el doctor al decírselo le habia asegurado que esa lo ignoraba, lo mismo que habia hecho con la buena sor María del Desengaño. Ambos lo sabian y el uno lo ignoraba á los ojos del otro. Y si ambos pasaban por esto, era porque el doctor les habia tambien asegurado que iba en ello su mútua felicidad.

Así se hallaban las cosas cuando llegó el momento de la realizacion de lo que el doctor llamaba el fin del drama.

Para semejante realizacion contaba el doctor Alfonso con su colega el doctor Mauricio, quien, como saben nuestros lectores hubo de ser su providencial ausiliar en los negocios.

Se apersonó entonces con este y le dijo:

—Doctor, amigo mio: ha llegado la hora de procurar por el cobro de nuestros trabajos en la curacion de nuestros clientes Thompson y el de Wizet.

Mauricio se sonrió por toda contestacion.

—¿Guardais los documentos?—le preguntó:

—Oh sí.

—Será preciso presentarlos. Ya sabeis que son á la vista.

—Oh sí, cuando gusteis.

—Es preciso escribir á nuestros deudores y citarles para el dia conveniente.

—Decid que dia.

—De hoy á tres dias.

—¿A qué hora?

—A las ocho de la noche.

—¿En sus casas respectivas?

—No.

—¿Pues?

—Ambos en la casa del conde de la Morlotte.

Mauricio se encogió de hombros y despues de algunas lijeras observaciones que indicaban la duda mas manifiesta, que se referia á su cobro, dijo:

—Está bien.

—Sí, citadles á entrambos para las ocho de la noche; no olvidándoos de consignar en la cita que iremos allí prevenidos de escribano por si es conveniente estender en el acto la protesta. Os dirá que en tal dia y á tal hora se celebran en la casa, los desposorios de su parienta, Eva, con el caballero Emilio; responded que esto no os importa, y si os place, decid que precisamente es por esto que hemos elegido tal hora de tal dia...

Igual invitacion se pasó á Anton Martin.

Por otro lado recibieron tambien invitacion los tres, de parte del conde de la Morlotte, para asistir al casamiento proyectado. Anton Martin habia acudido al enlace de su hijo con la señorita Eva, por haberle manifestado Teodomira ser estos sus deseos. La voluntad de Teodomira era para Anton Martin un mandato irrecusable.

Desde el dia en que acordaron el precio de su mano, es decir de la mano de Teodomira para Anton Martin, este no habia dejado un solo dia de visitarla. Thompson lo sabia y tenia la mayor confianza en Teodomira; pero á su pesar no habia podido dominarse el corazon enteramente y habia atesorado todo su odio contra aquel hombre, que mal que debiese ser el objeto de una burla cruel é infame, le atormentaba el tener que ceder á ciertas exigencias necesarias para el logro de sus fines.

Thompson hubiera sido capaz en el lugar de Teodomira de entregarse á Anton Martin; Teodomira solo era capaz, por aquel entonces de entregarse á Wizet. Podia decirse que le amaba, mientras que Thompson era incapaz de semejante sentimiento, sino por orgullo y vanidad, por perversion y vil interés.

Habia además la circunstancia de hallarse peligrosamente enfermo durante el tiempo de todas las negociaciones, y esto aumentaba su cólera y la amontonaba contra Anton Martin.

Cuando un hombre de la índole de Anton Mortin, que ha hecho gala durante toda su vida de ilimitada austeridad, y ha llevado su hipocresía hasta el punto de darse á conocer como invulnerable á las pasiones humanas; á quien el mundo considera ageno al fausto y á los deseos de goces y placeres, resuelve repentinamente dar á comprender á todos que va á entrar en él bajo otro pié distinto, no dá á conocer, ni siquiera á sospechar, que la nueva faz de su vida

sea contraria á la hasta entonces acostumbrada. Al abandonar una máscara no hace mas que tomar otra, pero perfectamente social. Anton Martin creia, daba por cierto, que dentro de muy pocos dias seria el esposo de Teodomira; pero esta Teodomira tenia fama en la sociedad, fama abiertamente sospechosa; fama de mujer de grandes estravíos. ¿Podia Anton Martin manifestar por ella una pasion tremenda sin que esta pasion le denigrase? No. Era pues, preciso salvar las apariencias, bajo un aspecto moral y heróico, como habia presentado siempre todas sus acciones.

¿Qué hizo? Al momento que se consideró el futuro esposo de Teodomira, se presentó á ciertos círculos y anunció, ó mejor dicho, hizo anunciar, una redencion por vias de su persona. Hizo correr la voz de que se habia descubierto en el alma de Teodomira el alma de una mártir de las injusticias del mundo; que era la mujer de mejores sentimientos, el corazon mas tierno y santo de todos los corazones, el espíritu mas noble y generoso de la tierra; pero que el abandono, la miseria, la desesperacion la habian colocado por una série de fatales circunstancias, en la horrible situacion en que se hallaba. Y esplicaba de tal modo lo horrible de la situacion suya, que solo un hombre, decia, capaz de toda abnegacion y de todo sacrificio para salvarla, podia lograrlo entregándole su mano. El era este hombre; á él se debia que una alma estraviada se redimiese, y dejaba entrever, con toda hipocresía, que no era el amor material sino el amor á Dios, lo que le obligaba á entregar su mano á tan desventurada criatura.

Esto dentro de algunos de los círculos en que Anton Martin se presentaba como un oráculo era un acto meritorio, tan meritorio que decian: ¡ojalá que este hombre pudiese entregar su corazon y su mano á todas las mujeres que se encuentran en semejante caso! Lo haria con la misma caridad y amor á Dios con que lo hace por Teodomira...

CAPITULO XLVI.

La venganza.

Eran las ocho de la noche del tercer dia, pasados los acontecimientos de que acabamos de hablar. Todos los salones del palacio del conde de la Morlotte estaban llenos de gentes y radiaban de luz y esplendores. Ya saben nuestros lectores como se adornaban las estancias del palacio, en dias de grandes solemnidades; diremos, pues, que si cabe, ofrecian aun mejor aspecto.

El de Noblestante y Laura hacian los honores de la casa, interin el conde de la Morlotte se preparaba para presentarse en medio de la multitud, Luisa y varias amigas suyas, vagaban de acá por allá, y de cuando en cuando se la veia conversar amistosamente con Anton Martin, que puede decirse que no se separaba un instante del lado de Teodomira, que tambien se hallaba allí, deslumbrando á la concurrencia de mujeres con su lujo y hermosura.

Se hallaba de menos, sin embargo, al de Wizet y á Thompson.

En aquel momento estos dos, junto con otros varios de nuestros conocidos, se hallaban en otro salon.

Antes de confundirse entre el bullicio de la concurrencia, penetremos en el salon donde estos se hallaban, y digamos con quienes se hallaban.

Habia el conde de la Morlotte y los dos doctores, Eva y sor María del Desengaño. Por añadidura un escribano que se hallaba sentado detrás de una mesa, sobre la cual habia algunos papeles que registraba con minuciosidad.

—Cuando querais, señores,—decia el escribano;—podremos continuar nuestro negocio.

—Cuando sea de vuestro agrado.

El escribano dijo leyendo:

«Considerando que el señor conde de la Morlotte, legítimo poseedor de la herencia del mismo nombre puede por las leyes del reino, disponer de aquella parte de sus bienes que no se hallan afectos á los derechos de sus sucesores en línea recta, y que, ha reservado en usufruto la parte correspondiente á su difunto hermano D. Diego, cuyas partes se hallan, despues de convenientemente deslindadas, señaladas en este mismo escrito y en el apéndice n.° 2;

»Considerando, por último, que el dictámen de los facultativos forenses han declarado hallarse el señor conde de la Morlotte en cabal juicio, no obstante la larga suspension que este ha sufrido de sus facultades mentales, hoy dia completamente restablecidas y normalmente funcionando; hago entrega de ellos en metálico, títulos correspondientes de propiedad y demás accesorios á doña Eva Tournail, á quien en esta forma doto de mi libre y espontánea voluntad en el acto de su casamiento con don Emilio Martin.....»

El escribano hizo aquí un pequeño alto, y entonces el doctor Alfonso dijo:

—Señores, permitidme una pequeña interrupcion.

—Hablad,—dijo el escribano.

El doctor continuó:

—Como lo que ahora sigue todo es pura fórmula, deseo que antes de pasar á la lectura definitiva de la escritura de esponsales, pasemos á la realizacion de las diligencias que luego vendrán á empalmar, como vereis, con las generales de este asunto.

—No hay inconveniente,—dijo el escribano.

El doctor Alfonso se dirigió á Anton Martin y le dijo:

—Caballero; habeisme ofrecido trescientos mil reales para...

Anton Martin, sin dejar continuar al doctor Alfonso y temiendo que este manifestase en el concepto en que le adeudaba esta cantidad, se apresuró á contestar:

—Ciertamente, y la oferta se halla aquí presente.

Anton Martin se sacó una cartera, y estrajo de ella algunos papeles que puso sobre la mesa.

El doctor Alfonso continuó:

—No me habeis dejado concluir. Decia que teníais ofrecidos trescientos mil reales para entregar á Eva como regalo de boda el mismo dia de su casamiento.

Al oir estas palabras Anton Martin se mordió los lábios fuertemente y dijo:

—Efectivamente es así.

—Incautaos pues de esto, señor escribano. Y ahora hacedme el favor de continuar prestando atencion.

En seguida continuó, sacándose un papel doblado del bolsillo y presentándolo á Thompson:

—Caballero, hacedme el favor de pasar la vista por este documento; es formado de vuestro puño y letra y ha llegado la hora de hacer efectivo su cumplimiento.

—¡Ah! sí,—dijo Thompson,—son trescientos mil reales que ofrecí bajo el mismo concepto.

Y se sacó del bolsillo, en billetes de banco, la mencionada cantidad.

Dijo entonces el doctor Alfonso al escribano:

—Hacednos el favor de incautaros de ella. Y volviéndose al doctor Mauricio le dijo:

—¿Y vos?

—Yo,—contestó este,—yo me hallo en el mismo caso con respecto al baron de Wizet; debo declarar que por igual concepto tiene este ofrecidos trescientos mil reales.

—Efectivamente,—contestó el de Wizet,—los ofrecí en testimonio de lo grato que me es el enlace de mi parienta Eva con el caballero Emilio. Tomad, aquí os los entrego.

El escribano recibió la cantidad y dijo:

—Formarán estas partidas parte separada en los esponsales de los novios, ¿no es verdad?

—Como gusteis,—le contestaron los dos doctores á la vez.

Eva y Emilio ante aquella estraña manifestacion de afecto, no cabian de gozo consigo mismos. Eva estrañaba infinitamente lo que se referia al de Wizet, Emilio estrañaba mas, mucho mas, lo que se referia á su padre. El conde de la Morlotte estrañaba en todos su

proceder, y no pudiendo contener su alegría se levantó y ofreció su mano uno á uno, diciéndoles:

—Gracias, señores, gracias, en nombre de mis queridos ahijados; porque habeis de saber que desde este momento considero á los dos novios como hijos, como verdaderos hijos mios. Pero particularmente al baron de Wizet me dirijo, y aquí públicamente, en este acto solemne, manifiesto que le estoy agradecido, altamente agradecido por su noble comportamiento. No hay falta en el mundo que no pueda repararse, al menos ante Dios, que todo lo juzga segun el sagrado de las intenciones de cada cual. Yo no os consideraba tan bueno, os lo confieso; no es esto decir que os considerase malo, pero el interés maldito, el afan de riquezas ciegan con frecuencia al hombre y le estravian. Tal vez no os considerase de estos ó tal vez susceptible de esto. Algunas pruebas me lo tenian acreditado: veo ahora que ó bien yo iba equivocado, ó bien vos os habeis arrepentido. Si es lo primero, perdonadme; si es lo segundo os doy mi sincera enhorabuena y os declaro mi digno sucesor en todo.

El de Wizet se mordia los labios para no estallar de ira y de despecho. Thompson y Anton Martin sonreian con aire de manifiesto menosprecio. Solo Teodomira permanecia muda é inmóvil como una estátua.

Cuando el conde de la Morlotte hubo acabado de dar las gracias á todos con la mas viva emocion, el escribano dijo:

—¿Quereis que levante acta de todo esto?

—Sí, caballero,—dijo el doctor Alfonso,—levantadla y haced de manera que todo quede bien consignado.

—Sí,—añadió el doctor Mauricio.

El conde se sentó y el escribano principió á escribir.

Entretanto en medio del mayor silencio y recogimiento durante el cual solo se oia el ruido de la pluma del escribano al correr sobre el papel, pasó una escena singular.

El doctor Alfonso dijo al oido de Thompson y del de Wizet sucesivamente.

—Ya estamos vengados de vuestra villana accion. Cuando os llegueis á vuestro gabinete particular encontrareis la mitad de una maleta partida perpendicularmente; tiene solo una sierra de las dos

que contenia la fatal noche de vuestra intentona. No la aparteis nunca de vuestra habitacion; ella os demostrará constantemente que en el pecado va la penitencia. Servíos de ella como de un ejemplo de lo que os digo y teniéndola siempre presente, tal vez os preservará de malas tentaciones. Id con cuidado en lo sucesivo y sed hombres de bien.

El doctor Mauricio decia á Anton Martin:

—Ya estoy vengado. Ha sido necesario que para llegar al dia de hoy viviese mas de veinte años no acariciando con verdadero placer otra idea que la de encontrar á la madre de Emilio. Miradla, está allí en frente.

Y señaló á sor María del Desengaño que se hallaba abismada en su toca. Despues continuó:

—Miradla, parece una santa.

. . . . . .

Pocos momentos despues el escribano leia la conclusion del acta donde se detallaban los incidentes que acabamos de ver.

CAPITULO XLVII.

Murmuraciones.

Cuando el escribano hubo leido los documentos referidos con todo el detenimiento propio de estos casos. Se levantaron uno á uno los concurrentes y firmaron el acta. Aquella escena desde entonces dejó de tener interés alguno. La conversacion se generalizó hasta que el doctor dijo:

—Señores, recordad que los salones se hallan atestados de concurrentes que aguardan presenciar la ceremonia.

—Es cierto,—dijo el conde de la Morlotte,—no debemos hacerles esperar mas tiempo.

Entonces Luisa entró é invitó á Eva para que la siguiese á un gabinete donde estaban aguardándola para vestirle su traje de ceremonia. Con Eva salió acompañándola sor María del Desengaño, pasando por algunos corredores interiores del palacio.

Ahora y mientras Eva se reviste de los atavíos de boda, veámos de echar una ojeada por los salones del palacio.

Allí se hallaban entre otras beldades los compañeros del de Noblestante, aquellos que vimos departir amigablemente en la taberna de la Tia Mortaja.

Maruja parecia un sol por lo encantadora; Clara, era una beldad envidiable entre todas las que allí se hallaban. Vestian con una elegancia esquisita y nadie las aventajaba en nobleza de continente ni en ese aspecto propio de las grandes señoras de la aristocracia. Parecian haber nacido para los salones. Su compañero se hallaba

entre ellas, y en los momentos en que el de Noblestante no estaba allí, este parecia ser el marido ó el hermano de una de las dos.

Pasaban por amigos íntimos de la casa; por personas muy allegadas; hasta habia quien las conceptuaba parientes en cercano grado con los condes de la Morlotte.

A nadie debia dar esto tanto que decir como á ellos mismos. Al ver las versiones diversas que se propalaban con este motivo se reian á todo reir.

Esto parecerá estraño, pero no lo es en realidad. En todas las grandes concurrencias del mas elevado tono, en todas las mas suntuosas fiestas y ceremonias de la aristocracia, existe siempre alguna que otra persona de quien todos procuran informarse y nadie puede conseguirlo. Generalmente la pregunta de quien es aquel ó aquella á quien todos señalan con el dedo, se dirige ó á una deidad sorprendente ó á un hombre de arrogante figura, con cuyo fausto parece que insulta á la concurrencia toda, dejándoles muy atras en riqueza de los trajes ó en ostentacion de arrogancia. Nadie sabe quien es, y por esto todo el mundo lo pregunta. Y como una pregunta se hace para conseguir una respuesta, y el que pregunta manifiesta que ignora, y como la ignorancia es á veces el mal tono, y es preferible á ella, por algunos, una equivocacion ó una mentira; de aquí, aunque nadie en verdad pueda responder, que algunos responden en mentira, y se propalen bajo este concepto las versiones mas contrarias y desacertadas.

Maruja y Clara eran objeto de todo esto.

Los que creian que eran parientes de los condes de la Morlotte, procuraban arrimarse á ellas con aire adulador y les rendian algunas palabras respetuosas. Los que creian eran simplemente amigas, procuraban indagar que clase de amistad era la suya para presentarse á ellas, y á su tenor, cruzar algunas palabras que les hiciesen nacer algunas simpatías en provecho propio. Pero sucede en estos casos, que así como se dicen mentiras y se vierten suposiciones en un sentido, tambien se vierten y propalan en otro. Alguno tiene que adivinar y si no adivina del todo se acerca por lo menos mucho á la verdad, á veces casualmente.

Habia un grupo de jóvenes al parecer pertenecientes todos á la nobleza que hablaban en voz baja y no hacian mas que mirar á hurtadillas á nuestras dos deidades y al jóven que no se apartaba nunca de su lado sino alguna que otra vez para dar entrada al de Noblestante.

Uno de los concurrentes al grupo, en ocasion en que se hallaba de espaldas á las referidas deidades decia:

—Cuanto mas la miro mas me cercioro de lo que digo.

—Hombre,—contestaba otro,—esto no puede ser. No hay mas que observar sus maneras. ¿Hay nada mas fino, mas modesto, sin afectacion, mas noble?

—Teneis razon, sí; todo esto es cierto; pero repito que no me engaño, no; y repito que cuanto mas la miro mas me cercioro.

—¡Bah! tú deliras,—decia otro.

—Os admito una apuesta de cinco mil reales en que lo es.

—Perderias,—saltó otro,—yo no la conozco, soy bastante fisonomista para no engañarme hasta este punto. Te admitiria la apuesta si pudiese tener sobre esto la menor duda.

¿Qué es lo que se trataba de averiguar en aquel grupo de jóvenes de la nobleza?

Lo dirémos en pocas palabras. No se referian á la conducta mas ó menos sospechosa de Maruja y su compañera, no; se referian á si la tal mujer, despues de ser una íntima amiga del de Noblestante, que habia permanecido habitando en una calle pobre y oscura de Madrid, sin duda ocupando una posicion humildísima, conocida solo por su bonita cara entre unos cuantos estudiantes, era la misma que poco tiempo hacia se habia de repente instalado en un cuarto segundo de la calle del Príncipe, donde vivia con soberana suntuosidad, y si todo esto databa de la época reciente del casamiento de su amigo el de Noblestante...

Es decir se murmuraba sobre la verdad, sobre la verdad que ya saben nuestros lectores.

Los pareceres eran encontrados, pero en lo que estaban todos unánimes era en sospechar de su virtud y aparente elevada alcurnia.

Uno de ellos decia:

—Si esto fuese verdad, el de Noblestante no se hubiera atrevido á llevarla aquí, á la casa propia de su mujer.

Uno que se reia de estas palabras dijo:

—Amigo mio: no parece sino que ignoras tú lo que es el mundo y desconoces completamente sus prácticas. ¡Cuántos quieres que cuente aquí mismo que al lado de sus esposas se hallan tambien sin...

—Silencio.

—Dais por cierto lo dicho.

El que trataba de imponer silencio á los demás se hallaba sin duda en este caso ya que otro de sus compañeros le dijo:

—Amigo mio, no te olvido; no vayas ahora á pensar que trato de echarte en cara el que...

—Basta... basta...—repitió otro.

La conversacion ó murmuracion fué de repente interrumpida, por cierto movimiento general que se observó entre la concurrencia y un ruido de voces que por lo bajo venian todas á significar: ya están aquí.

Efectivamente allí se presentaba la comitiva acompañando á los novios que debian contraer ante aquella concurrencia su eterno enlace. Como es consiguiente todas las miradas se volvieron á ellos y todas las conversaciones suspendiéronse instantáneamente.

Al rumor que indicaba la curiosidad de todos. prosiguió una general esclamacion de asombro, una unánime esclamacion.

Eva estaba encantadora. Llevaba un vestido blanco de seda salpicado de flores de oro, pequeñas comó estrellas formadas de diamantes, y una segunda falda recojida con rosas blancas formando grandes ondas á la altura de las rodillas. Llevaba el velo nupcial sujeto á la cabeza por una diadema de jazmines blancos de cuyos menudos cálices brotaba un diamante, causando un efecto fascinador. Cualquiera hubiera dicho que iba á tomar el velo sacerdotal mejor que entregar su mano de esposa á juzgar por la actitud modesta y religiosa de su rostro. Sus párpados caidos y su tez pálida la constituian en una deidad artística imposible de describir.

CAPITULO XLVIII.

***

Al concluirse la ceremonia del casamiento de Eva y Emilio, Anton Martin se acercó á Teodomira y le habló al oido algunas palabras. Teodomira se sonrió diabólicamente y le dijo:

—Habeis hablado sobre esto al amigo Thompson.

—Sí, y considero que se halla conforme con todo.

—En este caso,—dijo Teodomira,—estoy yo tambien conforme con lo que se disponga.

A lo que se referia Anton Martin era á su negociacion, sabida ya de nuestros lectores, respecto de su casamiento con Teodomira. El papel que con este asunto jugaban los tres personajes en cuestion era crítico y diabólico. Teodomira tenia su palabra comprometida de entregar su mano á Anton Martin á cambio de la entrega de toda su fortuna y Thompson hacia allí el papel de procurador ó agente matrimonial. Ni Thompson debia consentir en semejante matrimonio, ni Teodomira. El primero por amor á esta, esta por amor al baron de Wizet. Pero la codicia de las riquezas de Anton Martin eran para los dos un cebo que les llamaba sin duda alguna á acometer una arriesgada empresa, que no podia ser otra cosa que un lazo para hacer caer en él á la víctima predestinada.

Cuando la ceremonia del casamiento mencionado estuvo concluida, Anton Martin se acercó á Thompson y le dijo:

—Amigo mio: todo se halla dispuesto para realizar lo pactado.

—¿Todo?—preguntó Thomspon con desenfado.

—Sí; todo.—repitió.

—A ver, esplicad vuestro plan.

Anton Martin le dijo casi al oido.

—Esta mañana he realizado el último crédito que tenia; todos mis intereses se hallan reducidos en papel moneda. No hay un solo maravedí que no sea en esta forma.

—¿Y á cuánto asciende vuestra fortuna?

—A veinte y dos millones de reales.

Entonces Thompson soltó una burlona carcajada y profirió estas palabras:

—Pues yo creia que vuestra fortuna ascendia por lo menos á cuarenta millones.

—Ibais equivocado.

—No, yo no; esto es cosa de Teodomira. Ella asi lo cree: ella parecia hallarse muy bien informada cuando me lo dijo.

—Ella estaba en un error.

—¿Os dejais, amigo mio, algo por realizar? ¿Temeis que Teodomira se canse algun dia de vos, y para entonces os habeis guardado algo en reserva? Acaso hayais obrado en esto prudentemente, pero fáltanos saber si Teodomira querrá pasar por esto. Lo dificulto.

Anton Martin, subiéndole al punto los colores de su rostro, dijo:

—Os aseguro que no me reservo ni un solo real.

Quizás el viejo hablaba en esta ocasion con toda sinceridad. Era tal el incendio de su pecho, agitado violentamente por la hermosura de Teodomira, que era capaz de todo por ella, hasta de decir la verdad mas pura en una de las manifestaciones mas pronunciadas de su carácter, que habia sabido siempre ocultar con arte el mas refinado. Anton Martin se hallaba en un período de locura la mas desenfrenada hácia Teodomira. Hacia mucho tiempo que no sosegaba, que no dormia, que no se tomaba un punto de libertad para pensar en otra cosa que en ella. La penetracion de su carácter y la reflexion para pensar el mal en los demás, y sospechar por consiguiente de todos, parecia que se habian estinguido completamente en él, absolutamente. Un demente hubiera procedido en todo mejor que él. En poco tiempo habia enflaquecido mucho y sus ojos hundidos y apagados, de repente se habian presentado saltones y res-

plandecientes como los de una víbora. Quizás quien no le hubiese tratado íntima y frecuentemente no hubiera sido capaz de reconocerle, sino le hubiese visto en algun tiempo. Una fiebre le devoraba, rápida y feroz. Si la ambicion y la lujuria habia sido siempre su carácter, jamás nadie habia podido traslucirlo porque ocultaba todas sus manifestaciones tras una máscara de hierro, que parecia hacerle invulnerable á todas las miradas de las gentes. Pero esta máscara se habia roto en mil pedazos y caido á los piés de Teodomira al impulso de sus miradas fascinadoras.

Thompson le miraba y no creia conocer en él á Anton Martin; procuraba sondearle íntimamente y entonces tenia que convenir en que aquel fenómeno era un hecho positivo. Sin embargo dudaba, porque en un alma como la de Thompson, el límite del mal no se comprende.

Cuando estuvo bien cerciorado de que por lo menos podia hablar libremente con el hombre aquel, le dijo:

—Anton Martin, ¿estais resuelto á entregar vuestra mano á Teodomira?

—¡Oh! ¿qué quereis decir?—le respondió.—¿Acaso ella....?

—Ella os aceptará la vuestra sin obstáculo alguno; péro aquí no se trata de ella, sino de vos.

—Hablad,—le dijo.

—Sabed que esta mujer no os ama.

—¡Ah!

—Es decir, no os ama tanto como vos teneis derecho á esperar en vista de vuestra heróica abnegacion y sacrificios.

—¿Teneis datos?

—Sí, un dato viviente y que debiera sin duda alguna haberos ya llamado la atencion á vos, como me la ha llamado á mí.

Anton Martin palideció.

—Hablad, hablad,—le dijo.

—No habeis observado nunca al baron de Wizet. Los hombres que en vuestra edad sucumben á una de esas pasiones tempestuosas y horribles deben observarlo todo, y su mirada inquieta y penetrante debe verlo todo con la luz que le suministra el fuego de los celos. ¿No habeis observado, repitò, á Wizet?

—¡Oh!

—¿No habeis sorprendido jamás sus miradas hácia Teodomira? Si una sola vez las hubiérais observado, hubiérais descubierto como yo todo un secreto horrible que vende á su corazon palmariamente. ¡Y pensais casaros con Teodomira y no sabeis ver lo que pasa en su alrededor! Si vuestra pasion no fuese verdadera, diria que sois un imbécil; y digo que es verdadera, porque en cuanto á mí por lo menos que lo concibo todo para conseguir á una mujer, no concibo lo que vos haceis por ella, que es arruinaros. Yo no digo que Teodomira no sea capaz de amar á otra cosa que el fausto, el lujo, las riquezas; yo no digo que Teodomira le ame, pero os aseguro que cuando sea rica por vuestra mediacion y despues que considere pagados con sus hechizos vuestros millones, entonces, sí, entonces considero que será para vos el baron de Wizet un verdadero peligro. Yo tambien he amado á Teodomira; verdad es que nunca la he amado con la vehemencia que vos, pero afortunadamente me he sabido curar de mi pasion hácia ella y hoy es para mí no lo que una hermana, sino lo que una conocida cualquiera que ni el respeto de un hombre honrado se merece. Los celos en mí infunden el ódio y el ódio acaba por engendrar el menosprecio. ¿Quereis que os dé un consejo para ser feliz con Teodomira?

—Hablad, hablad,—contestó precipitadamente Anton Martin.

—Deshaceos de él.

—¡Ah! sí, sí, teneis razon. Pero ¿cómo? decidme cómo.

Thompson le clavó una mirada menospreciativa y despues de algunos segundos de silencio le dijo:

—¿Cómo? ¿me preguntais cómo? si mis celos por Teodomira hubiesen en otro tiempo recrudecido mi amor por ella, lo hubierais sabido ahora, sino lo adivinais. ¿Qué quereis que os diga?

—Decidme si el de Wizet...

—Nada mas puedo deciros. Casaos y procurad ser feliz.

Y cambiando de tono, poniéndole una de sus manos sobre el hombro con acento festivo y sonriendo buenamente, añadió.

—Todo está dispuesto; á la salida de aquí nos trasladaremos á mi casa. Allí hay un sacerdote y un escribano que á estas horas sin duda nos está aguardando. A la puerta de la calle un coche. Lan-

zada la bendicion sobre vuestras manos, subireis al coche y Dios os haga felices. Habré sido testigo del caso mas raro que los anales del amor pueden presentar á los ojos del hombre y que hacen creer en la fuerza mágica de esta pasion hasta un punto que yo creia imposible.

—Callad.

—Vamos. Parece que la ceremonia está ya concluida. Despues que os hayais despedido de la concurrencia os aguardo en mi casa. Venid con un testigo.

Thompson le abandonó, dejándole de pié en un rincon de la estancia donde habian hablado sin poder ser oidos de nadie á pesar de la mucha concurrencia que habia por todas partes.

Lo que en aquel instante pasaba por el ánimo de Anton Martin era indecible. El aguijon de los celos se acababa de delinear en su alma de un modo horrible. Pensó algunos momentos no sabemos que y dió algunos pasos vacilante por la estancia.

CAPITULO XLIX.

Un crímen.

Quiso su mala suerte que en aquel instante se presentase á su vista el de Wizet; Anton Martin corrió hácia él y le asió del brazo. Este se volvió y le dijo:

—¡Ah! ¿sois vos?

—Sí, caballero; soy yo, que os tengo que hablar algunas palabras.

—Cuando gusteis,—le contestó.

El de Wizet creyó que iba á hablarle de algun asunto referente á Emilio y Eva, y apesar de que estrañó un tanto la manera brusca de presentársele; pero su estrañeza obtuvo una esplicacion por los mismos acontecimientos que alli se celebraban. Harto sabia el de Wizet que el casamiento del hijo de Anton Martin habia contrariado las intenciones de este, y tomó el repentino ademan suyo por el consiguiente mal humor de que le consideraba poseido.

—¿Teneis que hablarme?—le preguntó.

—Sí, pero no aquí.

—¿Quereis que sea en mi gabinete reservado?

—Sea,—contestó Anton Martin.

El de Wizet le ofreció el brazo que aquel aceptó temblando. Por el camino le dijo.

—¡Estais ajitado! Que diablos, caballero: esto es hecho; ya no tiene remedio! No creais que esté yo muy satisfecho de lo que aquí acaba de pasar; pero uno no puede hacer que las cosas todas se hagan á medida de su gusto. Por poco que uno se descuide pierde una partida. Ya lo veis.

A cuyas palabras le enseñó el brazo en que le faltaba la mano, repitiendo:

—Ya lo veis.

—Sí, lo veo,—contestó.

En esto llegaron al gabinete reservado del deWizet y este dijo á Anton Martin.

—Sentáos.

Anton Martin rechazó la silla qne le presentaba y dirigiéndose á la puerta dobló la llave.

—¿Tomais precauciones?—le preguntó.

—Sí: son necesarias.

—¿Por qué?

—Para haceros una pregunta.—Y sin esperar que el de Wizet le contestase continuó:—Decidme: ¿qué clase de relaciones os unen con Teodomira?

Al hacer esta pregunta al de Wizet, los ojos de Anton Martin parecia que iban á saltársele de las órbitas; tenia el puño cerrado y contraidos todos sus miembros, dispuesto para saltar encima de su interlocutor.

—¿Por qué me lo preguntais?—le dijo este con sereno acento.

—Prescindid del por qué y respondedme sin vacilar.

—¿Pretendeis intimidarme?

—No: algo mas es lo que pretendo. Respondedme, ¿que clase de relaciones os unen á Teodomira.

—Las de la amistad,—contestó sonriendo.

—¡Mentís!

A esta palabra el de Wizet lanzó sobre su adversario una mirada sarcástica.

—¡Caballero!—esclamó.

—¡Ah! todo lo he adivinado. Vos amais á Teodomira.

—¡Desgraciado! El hombre que ha proferido esta palabra no puede volverse atrás. Os haceis acreedor á todo mi odio. En la tierra sobra ya uno de los dos. Este secreto es mio, esclusivamente mio, y el que lo sorprenda se hace á mis ojos reo de muerte. Supongo por consiguiente que no rechazareis batiros conmigo hasta espirar el uno á los piés del otro. Elejid armas y sitio. El dia, hoy mismo; antes de salir el sol.

Mientras el de Wizet pronunciaba estas palabras, Anton Martin, sonriendo sarcásticamente, temblaba como un azogado. No obstante, introdujo la mano en la faltriquera del frac y sacó un objeto que relució en el espacio como un relámpago. El de Wizet pareció estremecerse y retrocedió dos pasos.

—¿Teneis miedo?—le preguntó con ira.—¡Oh! no escapareis!

A cuyo tiempo se abalanzó sobre él, puñal en mano.

—¡Cobarde!—esclamó el de Wizet viéndose tan de improviso y ferozmente acometido.—¡Aguardad! ¿qué haceis?

—Lo que debo hacer con vos... ¡Amais á Teodomira!

—¡Sí la amo!—contestó,—la...

Pero no pudo continuar. Su palabra espiró en su garganta. El arma homicida acababa de atravesar su corazon y de dejarle cadáver. No fué necesario otro segundo golpe, para verle caer como una roca desplomado á sus piés.

—¡Bien; así!—dijo,—¡Desgraciado! Teodomira no ha de ser de ningun hombre despues de haberla conocido yo!..

En el acto se ocultó el puñal en la faltriquera del frac y se miró de piés á cabeza. Tenia las manos ensangrentadas y alguna que otra gota salpicaba su traje. Nada le importó á Anton Martin. Sacudió su cabeza como el leon sacude su melena despues de triunfar de su víctima, y calándose los guantes, con la mayor sangre fria, salió de la habitacion y se perdió entre la multitud.

Nadie tuvo el menor conocimiento de lo que allí acababa de pasar, aun despues de muchas horas del suceso. Habia un cadáver en la casa y todo el mundo lo ignoraba. Faltaba un hombre en ella, el padre del novio que acababa de contraer su casamiento, y nadie reparaba en su ausencia. Desde un principio habia permanecido allí como un simple espectador. Mas todo el mundo se esplicaba esta circunstancia del modo mas natural. Su oposicion anterior, que para nadie era un secreto; su disgusto actual que todos adivinaban, eran causa de que todos tambien disimulasen la ausencia de aquel hombre modesto, áustero y religioso.

Pero ¿á qué atribuian generalmente las gentes el disgusto, la oposicion de Anton Martin? Cada uno lo comentaba á su manera.

Unos decian que porque la familia de los Morlotte, con quien em-

parentaba su hijo, era una familia montada demasiadamente á la moda; otros al contrario, decian que Emilio era inmensamente rico como hijo de Anton Martin y que este hubiera deseado para él un mejor partido.

Todos se engañaban.

Pero prescindamos nosotros de esto y sigamos á nuestro héroe al atravesar los salones del palacio.

Tan pronto se le hubo perdido entre la concurrencia se le vió aparecer al recibidor contiguo á la escalera. Allí se le entregó el sombrero y el abrigo y dijo al criado encargado de todo esto:

—Decid á los señores que me hallo un poco indispuesto y que me dispensen si me voy á mi retiro sin despedirme de ellos. Mañana les veré y me disculparé personalmente.

CAPITULO L.

***

Acto continuo se dirigió á la casa de Thompson. Allí encontró á Teodomira solo con él, lo cual no pudo menos de sorprenderle altamente.

—¿Dónde está el escribano?—preguntó al entrar.

—Allí,—dijo Thompson señalando con el dedo una puerta inmediata;—en la otra habitacion.

—¿Y el cura y los demás testigos?

—Tambien allí,—añadió Teodomira.

El que hubiese fijado en Anton Martin una sola mirada, hubiera sentido horror ante su aspecto. Los cabellos blancos, que profusamente poblaban su cabeza, presentaban un aspecto espantoso, pues permanecian erizados como un campo de serpientes. Tenia el labio inferior caido y sus ojos brillaban con resplandor siniestro. El rostro era de un color cadavérico y parecia inundado de sudor.

Nada de esto pasó desapercibido á Thompson, y lo atribuia todo á la especial situacion en que se encontraba, pero habiendo observado en el traje de Anton Martin algunas manchas de sangre, pasó por su imaginacion una idea pavorosa, que, sin embargo le hizo sonreir de un modo singular. Mas sin referirse á esto le dijo:

—¿Venís dispuesto á cumplir con todo lo prometido?

—No os debo á vos semejante contestacion,—respondió con un aire sombrío que indicaba claramente que el esceso de ira en aquella fiera no habia menguado aun desde la escena anterior.

Thompson comprendió que el estado de aquel hombre era escepcional y que sus facultades sufrian una alteracion violenta. Por toda contestacion le dijo:

—¿Quereis hablar solo con Teodomira? ¡Ah! teneis razon. ¿Qué me importa á mí de todo esto?

—Es verdad,—dijo,—nada, nada os importa. Cuando sea la hora de venir á reclamar vuestra parte en el negocio, entonces presentaos. Digo esto, porque bien comprendo que vos habeis mediado en este negocio para reportar algun beneficio. Cuando Teodomira sea libremente dueña de toda mi fortuna, entonces presentaos á ella y os pagará. ¿Veis como no soy tan necio que no comprenda yo el papel que venís á representar aquí?

Estas palabras llevaban el convencimiento al ánimo de Thompson del trastorno porque pasaba el cérebro de Anton Martin, pero tambien de ira llenaban su corazon. No quiso provocar con aquel hombre una escena cuyo final debia ser trágico, y le dijo:

—Pues bien; arreglad vuestros asuntos con Teodomira mientras yo voy á disponerlo todo para...

Anton Martin no le dejó concluir.

—Marchad, marchad,—le dijo.

Thompson partió como el que obedece á la voz de su amo; pero al pasar por el umbral de la puerta rugió de una manera singular, y que ya Anton Martin no pudo apercibir. Asi que salió Thompson aquel se levantó y dobló la llave de la puerta. Teodomira lo observó y le dijo levantándose,

—¿Qué haceis?

—Quiero libertarme de la presencia de ese impertinente.

—Abrid.

—No quiero.

Y se colocó entre las dos hojas de la puerta que acababa de cerrar.

—Abrid, os repito.

—No quiero; ya os lo he dicho.

—¡Oh! haceis mal, muy mal en proceder de esta manera.

—Os considero ya mi esposa y con derecho sobre vos; puedo proceder de esta manera.

—Os engañais.

—No me engaño,—gritó Anton Martin,—no me engaño.

Y llevando su mano á la faltriquera del frac sacó dos objetos de su fondo: el puñal que hemos visto relucir hace poco tiempo y un gran legajo de papeles. Echó los papeles sobre la mesa diciendo:

—Esta es toda mi fortuna... Veinte y tres millones de reales! No me queda un solo maravedí de que disponer. Vengo á pagaros el precio de vuestra mano. ¿Estáis conforme?

Teodomira miraba alternativamente el puñal y el legajo de billetes de banco. No sabia cúal de los dos objetos debia merecerle en aquel acto la preferencia. Luchaba consigo misma como entre la vida y la muerte. Por fin triunfó su carácter y dijo:

—¿Esta es toda vuestra fortuna?

—Sí: no soy en este instante posesor ni de un real.

—Pues esta es vuestra mano;—dijo presentándole la diestra. Y añadió en seguida,—viejo mio; veo ahora que me amais de todas veras!

Anton Martin le tomó la mano con la suya helada y convulsiva. Teodomira le cruzó sobre el cuello el brazo que le quedaba libre y repitió dos ó tres veces consecutivas:

—¡Viejo mio; viejo mio!..

Pero á la par de este ademán y estas esclamaciones procuraba dominar el arma de Anton Martin. Este lo advirtió y dijo:

—¿Qué pretendeis, imbécil? ¿Pensais que me dejaré desarmar? Soy viejo, es verdad, y por lo mismo soy tambien zorro. Esta fortuna que aquí os entrego es vuestra, pero no antes de que vos seais mia.

—¡Oh, sí, viejo mio; solo así me la habeis ofrecido!

—Pues bien, no andemos mas con rodeos...

—¿Qué quereis decir?

Los ojos de Anton Martin eran como dos ascuas. En la oscuridad hubieran sido suficientes para alumbrar aquel espacio.

—Quiero decir,—dijo,—que conozco al mundo y á los hombres. Que conozco perfectamente á Thompson... ¿No podria ser todo esto una jugada infernal para robarme?

—¡Oh! ¿Qué decís? Robaros á vos, viejo mio; esto seria lo mismo que robarme á mí.

—Pues bien: dadme una garantía.

—No os entiendo.

—Estamos solos. Ya se yo que de aquí, muerto ó vivo, no saldré con uno solo de estos billetes en mi poder. Desde hoy yo seré pobre y vos rica. Pero esto no importa, de todos modos vos habreis sido mia.

—Dentro de pocos instantes mi juramento habrá sellado nuestra union para siempre,—le dijo Teodomira.

—No es esto lo que yo quiero. Aquí no entrará nadie, mientras yo viva, sin conseguir mi objeto. Soy zorro, os repito.... Ved, pues, lo que es necesario hacer. Este puñal está deseoso de herir; negaos y sois muerta en el acto.

Teodomira comprendió exactamente todo lo crítico de su situacion; pero procuro fingir todo lo contrario, á fin de ganar algun tiempo y dar lugar á que Thompson se apercibiese de algo.

—Sois un liviano,—le dijo sonriendo.

—Como querais,—le contestó;—pero os repito que este puñal está sediento de herir, y herirá, si os empeñais en esponeros á una sangrienta burla.

—¿Burlarme yo de vos, viejo mio? ¿Qué estais diciendo?

—Acabemos.

—¿Qué quereis?

—Haceros mia.

—Abrid la puerta; marchaos: vereis con que ánimo me presento al pié del altar. Oireis mi juramento con voz clara y sonora. Veo que hay alma en este cuerpo decrépito y corrompido por los años, y esto me fascina, esto me enamora. Os amaré como una leona ama á su cachorro. ¡Viejo mio; vamos, dejadme abrir la puerta!

—No.

—¿Os oponeis á mi voluntad sin temor de provocar mi enojo?

—Y que me importa vuestro enojo, si no puedo conseguir vuestro amor.

—Lo teneis.

—Jurádmelo.

—Os lo juro.

Apenas habia pronunciado estas palabras, Anton Martin, que an-

tes había procurado con todas sus fuerzas desasirse de Teodomira, entonces con fiera precipitacion se abalanzó sobre ella.

Y entre los dos principió una lucha á brazo partido en la cual procurando Anton Martin dominar á Teodomira, todo su cuidado se dirigió á no herirla con el puñal que blandía en su mano.

Teodomira á pesar de su fuerza; no obstante su habilidad para escapar de las manos de Anton Martin, no podia librarse de ellas. Escapaba un momento para volver á caer otra vez. Aquello era atroz y desesperado, pero Anton Martin hubo al fin de conseguir dominarla por completo.

En aquel instante el que hubiese separado los ojos del cuadro infame que ofrecia aquel hombre, hubiera observado como la pared de la parte opuesta se removia y cedia ante la figura de un hombre que allí se presentaba como una sombra.

Era Thompson que aparecia por la puerta secreta; por aquella puerta que construida espresamente para dar paso al baron de Wizet, ignoraba todo el mundo su existencia. Thompson sin hacer el menor ruido se acercó al centro de la pieza y sacándose un puñal de la manga del gaban que llevaba puesto, se lanzó con la lijereza del gamo sobre el cuello de Anton Martin.

Teodomira esclamó:

—¡Sálvame!

Mas luego vió abierta la puerta secreta y no pudo contener un grito de horror.

Thompson se hizo á todo esto el desentendido: y agarrando á Anton Martin por el cuello le dijo:

—¡Miserable!

En cuyo instante le clavó el puñal por la espalda.

—¡Traicion!—gritó Anton Martin y rugió fuertemente cayendo á los piés de Teodomira sin sentido.

—¡Le has muerto!

—Sí.

—No,—dijo Anton Martin;—falta aun otra puñalada: traspasadme el corazon. Todavia vivo.

—¡Miserable!—esclamó Thompson,

—¡Traidor, ladron!

Mas no puedo continuar, y principió á revolcarse por el suelo.

Teodomira procuraba acercarse á la puerta secreta, lo que advertido por Thompson, corrió á ella y amarrándola por el brazo con fuerzas hercúleas le dijo:

—Quieta tú, y atiende bien á lo que voy á decirte. Ves este hombre? pues este hombre acaba de asesinar por celos al baron de Wizet. Yo le he dicho que te amaba y que tú le amabas tambien. Este castigo merecia por su audacia.

—¿Qué yo le amaba?—preguntó Teodomira.

Thompson le respondió con una sola palabra.

—¡Mira!—Le dijo señalando la puerta:—Esto lo denuncia.

Teodomira cayó á sus piés gritando:

—¡Perdon!

Pero Thompson la arrojó de un golpe sobre el cuerpo de Anton Martin, diciendo:

—Que te perdone este imbécil.

—¡Perdon!—volvió á esclamar.

En aquel mismo instante Thompson arrojó á Anton Martin, con el pié, el puñal que le habia caido un momento antes de las manos y le dijo:

—Aquí tienes el medio...

Dió un paso mas, recojió los billetes de banco y desapareció por la puerta secreta llevándose antes la llave del cerrojo que estaba cerrado.

Allí quedaron los dos revolcándose por el suelo.

—Amada mia,—dijo Anton Martin.—Oh, yo muero, ven, ven; recoje al menos mi último aliento. Muramos los dos abrazados.

Acto continuo cayó sobre su pecho y le clavó el puñal que pudo alcanzar con la mano.

EPÍLOGO.

I.

Tres años despues, poco mas ó menos, una mañana que hacia un tiempo primaveral, á eso de las once de la misma, los concurrentes que acertaban á pasar por las afueras de la puerta de Alcalá, se paraban ante dos jóvenes del mas gallardo continente que iban del brazo y cuyo semblante rebosaba completa alegria.

Cualquiera hubiera asegurado que eran un niño y una niña, pues la cara del uno anunciaba escasamente veinte años y la del otro diez y ocho. Tenian, sin embargo, algo mas edad.

Andaban aprisa, y como si temiesen ser oidos, se hablaban casi al oido, pero de vez en cuando, acortando el paso, casi puede decirse que se paraban. Y realmente era así, se paraban pero solo momentáneamente para volver á emprender su marcha. Tan pronto parecia que iban á alguna precisa diligencia, como nadie hubiera dicho sino que vagaban al azar por aquellos alrededores. Nada de cierto podia adivinarse en ellos sino que gozaban de un inefable é infantil gozo. ¿Seria tal vez lo brillante y sereno de aquella mañana; lo apacible del aire que apenas tenia fuerza para remover la hoja de los árboles; la temperatura de los rayos del sol que caldea-

ban la atmósfera, cual si fuese en uno de los mejores dias del estío? Para dos bellas jóvenes, de alma hermosa, cual casi siempre revela la hermosura del rostro la poesía que encierran unirán los dias de las mas bellas estaciones del año, son por sí solos motivos suficientes de gozo y alegría; pero á la verdad, nuestros dos jóvenes indicaban en sus semblantes algo mas que todo esto. Debian ser felices, sumamente felices, á juzgar por las señales que casi siempre infunde la felicidad en el rostro de los mortales.

Fijémonos un instante en ellos.

Figuraos una jóven que viste un traje de lana color de tórtola con una cinta negra en la cintura que ondea sobre el vestido graciosamente; que esta jóven lleva un sombrero de terciopelo blanco con una pluma negra y algunos lazos de moaré del mismo color, y que en el cuello lleva una berta de piel que apenas la llega á media espalda y por delante se prolonga casi hasta las rodillas, piel blanca como la del armiño, pero que al lado del rostro y la garganta de aquella mujer se eclipsa su blancura. Además de esto figuraos que la mujer tiene los labios mas delgados y los ojos mas grandes y rasgados, mas dulces y resplandecientes que podais imaginaros para formarse la idea de la mas acabada hermosura, y tendreis la imágen de la mujer de que os hablamos.

Figuraos un jóven de color algo quebrado, cabello negro como la noche, vigote tambien negro y fino como la seda y ojos que resplandecen como el brillo de una estrella en noche apacible y serena, y conocereis al personaje de que os estamos hablando.

La primera se llamaba Eva y el segundo Emilio.

¡Ah! ¿cómo no habian de ser felices, sumamente felices nuestros dos antiguos conocidos, si hacia tambien cerca de tres años que eran esposos, y el uno tenia completamente consagrado al otro, no solamente su vida, su vida entera sino el menor de sus pensamientos, los latidos todos de su corazon, la mas pequeña, la mas insignificante de las manifestaciones de su alma? Conocemos á los dos, y sabemos que ambos eran de corazon tierno, de espíritu elevado, de carácter dulce y apasionado. Sí; los dos eran felices, completamente felices, hasta el punto de poderse asegurar que eran de aquellos seres á quienes el destino, como espantado de los estragos que

en ellos podria producir una sola gota de las amarguras de la vida, tiene sobre ellos tomado el propósito de depararles eternamente la plenitud de la dicha.

Si les hubiésemos oido, de sus labios hubiéramos recogido palabras de amor. Habia pasado en ellos esa época de encantos poéticos que trae consigo la primera edad del matrimonio, para dar paso á esa otra de dulce contentamiento y paz armoniosa, que es cuando se forman los lazos verdaderos del amor de esposo que, entre dos corazones nobles, no deben romperse sino con la muerte y cada dia se estrechan mas y mas á impulsos de una amistad verdadera y santa.

No son los primeros dias del matrimonio los que traen sobre la frente de los esposos todas las bendiciones del cielo. Ellos solo traen cierta felicidad que no siempre es la felicidad santa que el cielo depara á los verdaderamente dignos. Esas bendiciones llueven sobre su frente como una lluvia benéfica, que diariamente va empapándose en sus corazones para venir mas tarde á dar su fruto de verdadera felicidad.

En esa edad del matrimonio se hallaban ya nuestros jóvenes esposos. Parecian dos hermanos del alma, dos palomas arrulladas en un mismo nido de amor.

De repente se pararon y fijaron sus ojos en algunas gentes que de de aquí y allí corrian hacia la carretera.

—¿Qué es esto?—preguntó Eva casi sorprendida por aquellas carreras de algunos ociosos, que por allí vagaban.

—Nada, amada mia, nada;—contestó Emilio, debemos apartar nosotros la vista de allí.

Pero Eva insistió diciendo:

—¿Pero tú sabes lo que significa esto?

—Que se yo,—contestó, como si esta vez dudase de la opinion que primero habia formado.

—Veámoslo,—le contestó Eva con infantil curiosidad.

Y subiéndose á un reborde que formaba al márgen de la carretera, ayudada por la mano de Emilio, dijo:

—Es una escolta de caballería de la guardia civil.

Efectivamente; una partida de caballería de la indicada fuerza venia escoltando á una cuerda de penados que desde la cárcel iba á ser conducida al presidio de Alcalá.

Así que Eva se hubo enterado de esto, esclamó en el acto azorada.

—¡Ah, Dios mio! ¡huyamos de aquí!

Pero ya era tarde; la fuerza armada se hallaba á poca distancia, y entre las dos filas que formaba veíanse como unos cuarenta hombres atados de dos en dos de fondo, y entre sí, por medio de una larga cuerda cuyos cabos sostenian algunos soldados que iban á la retaguardia.

Eva temblaba de miedo al ver aquel miserable cuadro compuesto de seres humanos, algunos de los cuales revelaban en su rostro la abyeccion mas completa y la miseria mas infamante. A algunos pasos de distancia de esos infelices iba una calesa desvencijada, escoltada tambien, y con un guardia civil dentro, al lado de un hombre que vestia algo modestamente, pero que tenia los pies sujetos con grillos y fumaba con una de sus manos libremente.

—¡Dios mio! ¿qué es esto?—esclamó en aquel instante Eva.

A cuyas palabras fijando Emilio la vista en el hombre indicado contestóle:

—¡Es la Providencia!

—¿Qué díces?

—Mira!—le dijo,—y señaló disimuladamente con la cabeza al hombre de la calesa.

—Santo Dios,—esclamó Eva;—Thompson!

El mismo era. Thompson, pocos dias despues de la escena que llevó á la muerte á Teodomira y á Anton Martin, habia caido preso por las diligencias que el tribunal mandara instruir sobre tan terrible asesinato, y en aquel momento, despues de tres años en averiguacion de su culpabilidad, faltando la prueba plena para condenarle al cadalso, fué condenado á la inmediata; es decir, á cadena perpetua.

Cuando Eva hubo visto y reconocido perfectamente á Thompson se tapó la frente y los ojos con la palma de las manos y no tuvo mas palabras que esclamar sino:

—¡Dios le perdone!

Emilio se volvió de espaldas, é inclinó la cabeza al suelo.

No se sabe si fué por que á Thompson le llamaron la atencion

aquellos dos personajes ó porque les reconociese, lo cierto es que, aun despues de mucho tiempo de haber pasado por delante de ellos, todavía tenia inclinada la cabeza fuera la calesa mirándoles con cínica curiosidad.

. . . . . .

Eva desde aquel momento, cogida del brazo de su esposo, y temblando como la hoja del árbol, no sabia articular otras palabras que estas:

—¡Desgraciado, desgraciado!

La alegría de su rostro, y lo propio sucedió á Emilio, se nubló repentinamente; léjos de proseguir, como diríamos, trincando por aquel campo cubierto de yerba y donde brotaban espontáneamente algunas flores, sin necesidad de decírselo el uno al otro, encaminaron su paso hacia la puerta de Santa Bárbara, con ánimo de abandonar el campo y todas las delicias á que les brindaban lo magnífico de aquella mañana primaveral.

Por el camino, es decir, ya por las calles de Madrid y en las del tránsito que debian atravesar para llegar á su casa, sostuvieron este pequeño diálogo.

—Eva,—decia Emilio,—esto era procedente. No siempre la justicia divina se reserva para sí solamente el cuidado de juzgar de las acciones criminales de los hombres: tambien se complace en levantar ante los tribunales de la tierra la punta del velo oscuro y que á veces parece impenetrable, y que oculta los crímenes de los hombres. ¿Quién habia de decir que ese hombre, tan audaz, tan previsor, con tan grande talento para el mal, tenia al fin que caer debajo la espada de la ley; él que sostenia que las persecuciones de la justicia solo tenian que habérselas con los criminales pobres y tontos.

—Ya nos lo habia dicho tu desgraciada madre,—contestó Eva, —ella, al morir, nos dijo que no quedaria impune ninguno de los delincuentes que habian entervenido en el funesto drama de que fuímos objeto. ¡Pobre madre!

—¡Pobre madre!—esclamó Emilio,—por qué habia de morir tan jóven todavía, y cuando Dios quiso permitir que la hallase el hijo que mas hubiera sabido adorarla!

. . . . . .

Dos años hacia que sor María del Desengaño habia muerto; por esto todavía Eva llevaba en su traje un signo característico de medio luto.

Blanca, la pobre Blanca, la víctima del malvado Anton Martin no habia podido resistir á una dicha que llegaba á ella envuelta con el manto de tantas desgracias á la vez.

. . . . . .

Aquella misma mañana, apenas llegados los dos á su casa, que es en vano que digamos que era la misma casa ó palacio del conde Santiago de la Morlotte, pasó una escena bastante singular y que es la siguiente.

El juzgado que habia intervenido en la informacion del proceso de la muerte de Anton Martin y Teodomira, se constituyó en la casa, y prévias algunas formalidades de costumbre, hizo entrega de una enorme cantidad á Emilio, como procedente de la fortuna de su padre.

En la casa reinaban como dueños absolutos indistantemente el conde, Eva y Emilio; nadie mas. Luisa se retiró á una de sus posesiones que el conde le cedió buenamente en un rincon de provincias: Laura huyó del poder de su marido despues de cerciorada de sus relaciones con Maruja, y cuando decimos que huyó, ya puede suponerse que no fué sola en el negocio de su abandono del de Noblestante. Generalmente estas cosas no las verifica una mujer sin que á la larga ó á la corta, no aparezca mezclada la figura de algun instigador. Cuando la víctima pasa á ser vengadora de sus propios infortunios, raramente es sin haberse antes entregado, con toda fé, en manos de algun abogado... que trata de sacar buena cuenta de las defensas.

II.

Diremos dos palabras sobre el conde de la Morlotte; dos solas palabras.

—Cada dia,—decia,—bendigo mas y mas los progresos de la moderna civilizacion. Bendigo el año 1793 y compadezco al rey, mi pariente. Fué una víctima mas en holocausto á la justicia... Sin aquello no hubiéramos llegado á esto. Yo no hubiera podido desheredar á los que tan mal supieron aprovechar su fortuna. Ahora soy libre de mis bienes y los disfrutarán los que verdaderamente los merecen.

III.

Otro dia Eva y Emilio se dirigian por la puerta de Santa Bárbara hacia el pequeño poblado de Chamberí. Cuando estuvieron á las primeras casas salia muchas gentes á mirarles al paso, les saludaban desde los portales y todos, una vez habian pasado, les acompañaban con la vista.

Se observaba la particularidad de que muchos de los que se acercaban á hablarles lo hacian en lengua francesa.

Todos la llamaban Eva, simplemente Eva: solo alguna que otra la daba el tratamiento de usted, generalmente el de vos, ó Eva á secas. Esto era una prescripcion espresa suya.

El que cinco ó seis años antes hubiese permanecido en Francia, en la ciudad de L*** y barrio H*** hubiera tal vez adivinado la razon de reconocer algunas de sus fisonomías.

Con motivo de las calamidades ocurridas en Francia durante aquellos años, muchas familias emigraron: las industrias sufrieron terriblemente y particularmente las fabriles, que son la riqueza de L***. Puede decirse que todo el barrio H***, primero unos y despues otros, fueron transportándose á Madrid, y de Madrid al barrio de Chamberí.

Eva habia comprado algunas casas en aquel barrio y las habia cedido á arriendo, que en algunos era nominal, á sus amigos, á sus queridos paisanos. La noticia de su fortuna llenaba de gozo á todos sus corazones. Eva procuró á todos trabajo, y á los que no podia conseguirles esto, les ausiliaba hasta el punto de colocarse al frente

de todas sus necesidades. Era la providencia de aquella especie de colonia francesa.

Pero entre ellos habia algunos particularmente distinguidos. Ya puede calcularse quienes serian estos. Eran Luisa, la que habia sufrido la amputacion del pecho, la mujer y el colono de la casa del jardin del pozo, etc. etc. Estos, distinguidos sobre todos, eran objeto de su predilecta amistad y constante cariño.

Juanito, puede decirse que entre todos era el mas distinguido, y se comprenderá cuando espliquemos los motivos.

Cuando Eva abandonó la casa del jardin del pozo, á Juanito se le puso en la cabeza una cosa quizás mas difícil aun que la de hacer sostener el gato Neftalí con las patas levantadas al aire; esto es, se encasquetó que habia de cazar á los dos favoritos de Eva, á los pájaros denominados por ella Nevadillo y Gendarme. El se valió de sus mañas y antes de tres dias eran suyos.

Los guardó enjaulados un mes y otro mes, y un año y otro año, hasta que obedeciendo á la ley de emigracion de su pequeño barrio, fué tambien á ampararse con su familia bajo la providencia de Eva. En testimonio de su afecto y de los recuerdos que constantemente le habia guardado, una mañana, haciéndose una violencia imposible de describir, se resolvió á regalárselos.

Eva se volvia loca de alegría al ver á sus antiguos compañeros. Los conoció en el acto y aun le pareció que tambien ellos la reconocian.

Mandó construir una gran pajarera en medio de los jardines y los depositó allí colocando en la casa á Juanito, con el único encargo de cuidarlos, y asignándole una pension para poder cursar la carrera que fuese de su agrado.

Eligió la medicina.

A su lado tenia al doctor Alfonso que tampoco se separó de ellos. A Luisa la nombró aya de un niño que entonces apenas contaba ocho meses y que llevaba el nombre de su padre.

Emilio, el padre, se complacia solamente en una cosa: en salir al encuentro del menor de los deseos de su esposa y de colmar con toda clase de atenciones al anciano conde, quien á su vez, se complacia en recordar la historia de los acontecimientos de que habia sido objeto su familia, diciendo:

— ¡Cuántas vueltas da el mundo en tan corto período de tiempo!

El doctor Alfonso decia que todavía iba cada dia completándose la educacion del conde con sus lecciones, y ayudado de la lectura, á que cada noche procedia su antiguo y fiel criado.

FIN DE LOS HIPÓCRITAS.

ÍNDICE.

Págs.

PRIMERA PARTE—**La obrera.**

PRÓLOGO. 7
CAPITULO I.—Donde se hallaba el nido de la paloma. 9
II.—De como el nido de la paloma no estaba sin duda exento de las asechanzas del gavilan. 13
III.—El señor D'Erville, fabricante de hilados y tejidos de algodon en la ciudad de L.***. 20
IV.—De como si el señor D'Erville no era gavilan habia sido pájaro de mal aguero.. 25
V.—Antecedentes justificativos. 29
VI.—Continuacion del capítulo anterior.—En busca del conde de Morlotte en Madrid. 39
VII.—Continuacion del capítulo anterior.—A lo que fueron á parar la viuda Ana María y la señorita Eva su hija. . 47
VIII.—Continuacion del anterior.—La separacion . . . 50
IX.—Continuacion del capítulo anterior.—Fin de Ana María.—La resolucion de Eva. 53
X.—Generosidad de la pobre Eva 56
XI.—El primer préstamo.—La primera carta. 64
XII.—La segunda carta. 72
XIII.—La familia Tronchette. 78
XIV.—Donde se comprueba el aviso del señor D'Erville. . 83
XV.—El fabricante D'Erville. 86
XVI.—Entre sombras y horrores. 88
XVII.—Luz y tinieblas. 91
XVIII.—Contrastes. 94
XIX.—Donde al fabricante ya no se le aguanta la máscara. . 96

Págs.

XX.—La resolucion. 100
XXI.—De la noche á la mañana. 103
XXII.—De la mañana á la noche. 107
XXIII.—Nueva copa de amargura. 111
XXIV.—Donde Eva sucumbe á los pesares. 119

SEGUNDA PARTE—**Amores.**

CAPITULO I.—Emilio. 133
II.—El embozado. 139
III.—Quien era ella. 147
IV.—Quien era ella. 150
V.—El amor de Emilio. 161
VI.—El amor de Eva. 165
VII.—De como el padre de Emilio lo habia adivinado todo. 167
VIII.—La visita. 172
IX.—Una rara coincidencia. 179
X.—Segunda visita. 183
XI —La tercera visita. 186
XII.—Anton Martin 192
XIII.—Precedente importante. 194
XIV.—Precedentes importantes.—Continuacion. 199
XV.—Preliminares importantes.—Continuacion. 205
XVI.—Continuacion del capítulo anterior. 209
XVII.—Continuacion del capítulo anterior. 214
XVIII.—Continuacion del capítulo anterior. 218
XIX.—El colono de la casa del jardin del pozo. 226
XX.—Esplicacion de Tomás. 230
XXI.—La enferma. 235
XXII.—Sor María del Desengaño. 238
XXIII.—Sor María del Desengaño y Emilio. 240
XXIV.—El delirio. 244
XXV.—Esplicacion de sor Maria del Desengaño. 250
XXVI.—El retrato y la sorpresa. 255
XXVII.—La presentacion. 259
XXVIII.—A una sorpresa otra mayor. 263
XXIX.—Un hombre bueno contra un mal criado. 268
XXX.—Genealogía del doctor Morlotte. 274
XXXI.—El Gendarme y el Nevadillo. 278
XXXII.—Solicitud de sor María del Desengaño. 283
XXXIII.—Juego de ojos, juego de palabras. 286
XXXIV.—La flor y el ramillete. 292
XXXV.—Revelacion por revelacion. 297
XXXVI.—La fuga. 303
XXXVII.—La partida. 309

Págs.

TERCERA PARTE.— **Morlotte.**

CAPITULO I.—Una fecha memorable. 317
II.—Sorpresa y terror.. 322
III.—Un apropósito.. 327
II.—De fecha á fecha.—Descripciones. 330
III.—De fecha á fecha.—El Minué en resurreccion. . . . 333
IV.—Terror y sorpresa. 337
V.—Comparacion entre dos fechas. 841
VI.—Genealogía del conde de Morlotte. 347
VII.—¿Qué hora es? 356
VIII.—El primer rayo de esperanza. 361
IX.—Problema á resolver.. 364
X.—Iguales preguntas, distintos significados. 367
XI.—El roble de medio siglo.. 370
XII.—Los abrazos.. 378
XIII.—***. 382
XIV.—El buen criado.. 390
XV.—La leccion de historia. 395
XVI.—Otra vez Emilio y otra vez Teodomira.. 401
XVII.—Nuevos antecedentes. 408
XVIII.—Prosiguen los antecedentes. 414
XIX.—El primer paso.. 417
XX.—El segundo paso. 424
XXI.—El paso tercero. 428
XXII.—El cuarto paso.. 432
XXIII.—Suma y sigue. 437
XXIV.—Sigue y suma. 442
XXV.—Otro mas de la familia de los hipócritas. 449
XXVI.—Otro idem de la familia. 454
XXVII.—Discurso del doctor Alfonso. 458
XXVIII.—Donde principia á probarse como el conde se democratiza.. 478

CUARTA PARTE.—**Diego.**

CAPITULO I.—Los gemelos.. 483
II.—¡Mejor... y mejor!.. 489
III.—Malas consecuencias. 492
VI.—Simon Dourier. 496
V.—La luna de miel. 499
VI.—El cambio de parejas. 504
VII.—De uno á otro palco. 507
VIII.—De un amante á otro. 511
IX.—El rapto. 516

Pags.

X.—La burla y el castillo de la Alphalfa 524
XI.—El despido. 529
XII —El juego ganado por mano. 533
XIII.—El hijo 537
XIV.—La confesion. 543
XV.—Una esperanza. 546
XVI.—Madre é hijo. 552

QUINTA PARTE—**Los doctores.**

CAPITULO I.—La visita. 559
II.—En busca de averiguaciones. 562
III.—Principian las revelaciones. 566
IV.—Cuestion científica. 574
V.—Continuacion del anterior. 583
VI.—Continuacion del capítulo anterior. 588
VII.—Continuacion del capítulo anterior. 592
VIII.—Continuacion del capítulo anterior. 596
IX.—Recuerdos. 604
X.—La cajita de metal. 608
XI.—La carta.. 612
XII.—La escalera secreta. 617
XIII.—El y ella 625
XIV.—El negocio de familia. 629
XV.—Las cartas. 634
XVI.—La serpiente y el zorro. 640
XVII.—Robo en cuadrilla. 651
XVIII.—El resorte. 662
XIX.—La salvacion. 665
XX.—***. 672
XXI.—El encuentro. 679
XXII.—***. 685
XXIII.—La taberna de la tia Mortaja. 690
XXIV.—Sube y baja la marea. 698
XXV.—A la Calle del Príncipe número *** 711
XXVI.—En la calle del Príncipe numero*** cuarto segundo. . 713
XXVII.—El guante de cabritilla. 719
XXVIII.—El convite. 722
XXIX.—El precio del secreto. 732
XXX.—Continuacion del capítulo anterior. 740
XXXI.—Continuacion del capítulo anterior. 744
XXXII.—Continuacion del capítulo anterior. 750
XXXIII.—Media hora despues. 761
XXXIV.—En que se trata de los efectos de la maleta. 769
XXXV.—Proposiciones. 775

Pág.

XXXVI.—La amputacion. 784
XXXVII.—La mano amputada. 788
XXXVIII.—Preparativos. 794
XXXIX.—La cauterizacion. 798
XL.—Donde se ve que Thompson tenia prisa en salir de casa. 803
XLI.—La entrevista. 807
XLII.—El cobro. 817
XLIII.—La dote. 825
XLIV.—La revelacion final. 832
XLV.—Anton Martin se prepara para salvarse del «que dirán.» 836
XLVI.—La venganza. 841
XLVII.—Murmuraciones. 846
XLVIII.—***. 850
XLIX.—Un crímen. 855
L.—***. 859
EPÍLOGO. 865

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	Pags.
Portada.	3
Eva..	16
Eva desde la ciudad al arrabal.	121
Emilio.	139
Sor María del Desengaño.	239
Eva tenia una mano entregada á Emilio y la otra á Sor María del Desengaño.	264
¡Eva! ¿Estás triste?	295
El conde presentó la mano á Laura.	338
El conde de la Morlotte..	376
El criado del conde de la Morlotte.	392
Anton Martin.	409
Luisa y Laura..	425
Alegría.	485
Teodomira.	642
Thompson de acecho en la puerta de Teodomira. .	650
Los tres ladrones metieron la mano en la maleta.	661
La taberna de la tia Mortaja.	699

ESTANTE 12
Tabla 4.ª 12
N.º 9 12

LOS

HIPÓCRITAS

16.623